

CIÓN

BIBLIOTECA



RESTAURACION
DE LA
SOCIEDAD MORAL
POR EL
CRISTIANISMO







BX1975

.M353

1855

c.1

264

E # H C # 98

47



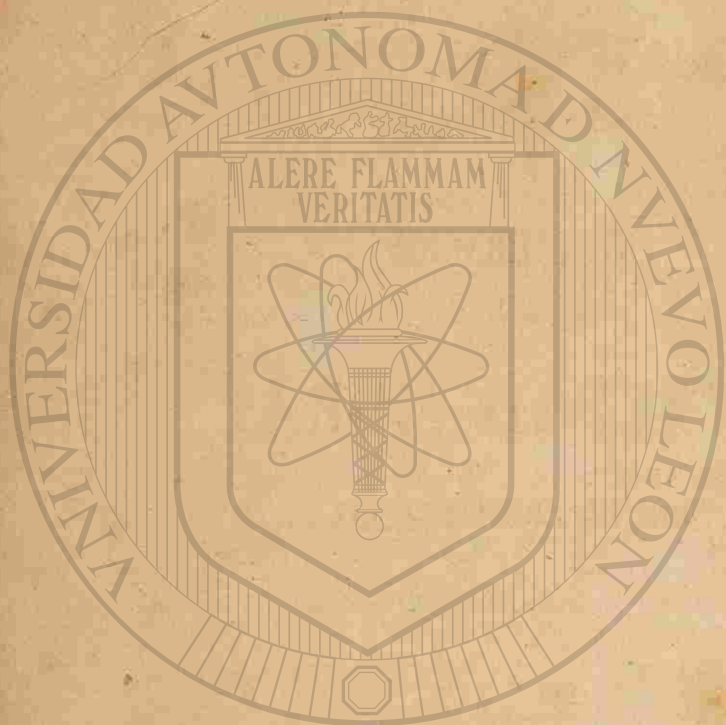
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

284

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





RESTAURACION

DE LA

SOCIEDAD MORAL

POR EL CRISTIANISMO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

38317



RESTAURACION

DE LA

SOCIEDAD MORAL

POR EL CRISTIANISMO.

OBRA ESCRITA POR

M. J. G. DE MAICHE.



Como de todo fruto del paraiso, excepto del arbol de la ciencia del bien y del mal; y el dia que de el comieres moriras.—JEHOVAH.
De ninguna manera morireis; sino que Dios sabe que el dia que comiereis de ese fruto, se abriran vuestros ojos y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal.—LA SERPIENTE.
¡Eres rey!—Lo soy. Yo vine al mundo para dar testimonio de la verdad.—JESUCRISTO.

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

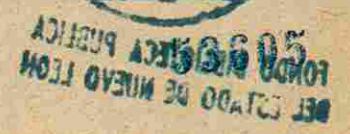
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



MÉXICO.

IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCOBAR,
CALLE DE CADENA NUMERO 12.

1855.



11884



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

ESPOSICION.

Anarquía y Sociedad.

HAY una palabra que por sí sola representa á la imaginacion la division, el desórden, la confusion, la sangre y la ruina : esa palabra es, *anarquía*; porque por su etimología significa ausencia de precepto y de autoridad. De esto se sigue, que la *anarquía* existe con todos los males que entraña, desde que en una reunion de séres libres falta un jefe que los una y dirija.

Por el contrario, existe otra palabra que representa las ideas de union, órden, paz y felicidad : esta segunda palabra es, *sociedad*.

Anarquía y sociedad: hé aquí dos términos correlativos como el bien y el mal.

Cuando la anarquía es extrema, el mal es igualmente extremo ; así como el bien crece cuando la sociedad crece en perfeccion. Pero ¿cuál es la suma perfeccion de la sociedad, y dónde se encontrará?

Antes de examinar esta cuestion, señalemos cuáles son los elementos esenciales para la existencia de la sociedad.

Para constituir una sociedad, tres elementos son absolutamente indispensables : es necesario un poder *legislativo*, un poder *interpretativo* y un poder *ejecutivo*, reunidos estos tres poderes en una, ó en distintas manos, pero perfectamente acordes. Nada seria el poder legislativo, si las leyes generales que promulgara no se aplicaran á los casos particulares, quedando sin ejecucion ; y asimismo, los poderes interpretativo y ejecutivo no tuvieran objeto sin el legislativo.

En este supuesto, y estando reconocido que la sociedad

tiene por fin unir entre sí, de la manera mas firmemente posible, las libertades aisladas, no es difícil de formar teóricamente el bello ideal de la sociedad. Suponed una autoridad legislativa, interpretativa y ejecutiva incontrarrestable, infalible, omnipotente, que alcance á la voluntad humana hasta los retiros mas inaccesibles del foro interno, y tendréis los elementos de la sociedad irreprochables, con los cuales podréis establecer una constitucion social perfecta en todos sus puntos; sociedad que verdaderamente hará desaparecer la anarquía. Mas ¿dónde encontraremos los medios de establecer esa constitucion perfecta? No es evidentemente sobre la tierra. Ningun hombre posee en sí mismo las condiciones necesarias para fundar una verdadera sociedad, porque ningun hombre privado tiene derecho para imponer leyes á sus semejantes. Verdad es que, atendiendo á su propio interes, pueden los hombres convenirse entre sí y delegar los tres poderes á uno ó á muchos jefes, á quienes quieran reconocer y sujetarse; pero esa autoridad humanamente constituida, es estremamente débil, pudiendo disolverse del mismo modo que se estableció, y pudiendo ademas sujetarse á otras combinaciones que no darán mas orden, garantías y estabilidad que las primeras. Por lo demas, bien podrán los hombres investir á sus jefes con todos los poderes, que jamas podrán comunicarles aquello en que consisten los perfectos poderes sociales; es decir, las facultades necesarias para espresar todos los deberes en leyes sábias, para aplicar estas leyes á todos los casos y para hacerlas observar en todo y por todos. De este modo, toda sociedad que no tenga otro lazo que la delegacion humana, siempre será una sociedad insubsistente, que caerá en la disolucion. Admitiendo, sin embargo, que por medio de un desarrollo considerable de fuerza material se puede hacer subsistir una sociedad, el orden, puede ser que reine superficialmente; pero si se examina el fondo, si se llega hasta el fuero de las voluntades, no se advertirá otra cosa, sino la mas completa anarquía. Esto es porque el hombre

puede sufrir violencia en el cuerpo; pero dentro de sí mismo tiene un asilo la libertad que la fuerza mas brutal jamas puede invadir. Cualquiera que solo pueda obrar sobre el cuerpo, es incapaz de constituir una sociedad perfecta, y no puede crear otra cosa que una anarquía enmascarada. Esta es la verdad de las cosas, reconocida por toda la humanidad; de suerte, que abandonada á ella misma, ha sido impotente para fundar una sociedad humana ó moral; es decir, la sociedad de las voluntades libres.

Encuétranse filósofos, y encontraránse mas adelante, que pretendieron y pretenderán formalmente hallar en la ciencia, objeto de sus cultos, medios suficientes para la constitucion de la sociedad moral; mas la esperiencia los desmiente y les patentiza, que siendo la ciencia obra del hombre, no tiene mas poder que el hombre mismo, quien no podrá sostener un derecho de que está desprovisto. Por lo demas, esos mismos filósofos lamentanse siempre de la impotencia de la pretendida ciencia, y hasta el dia, á la estupefaccion del mundo, responden á porfia, ó que esa ciencia no ha producido sino quimeras,¹ ó que no existe aún,² ó que apenas está en mantillas.³ Mas una ciencia que despues de haber sido cultivada con empeño por los mas grandes ingenios, no tiene hácia el año 6000 de la creacion sino una existencia cuestionable, no ha nacido probablemente para conservar la vida, ni puede legítimamente dirigir sus pretensiones sobre el imperio de las almas. Pero aun suponiendo que realmente haya existido, y que desarrollándose prodigiosamente ha llegado á su apogeo, no por eso sus pretensiones serian mas justas, segun que siempre careceria del poder legislativo, interpretativo y ejecutivo, suficiente para sostenerse. "Filósofo, decía J. J. Rousseau, bellas son tus leyes morales; ¿peró dónde está su sancion?"⁴

1 Filosofía de Kant, tom. I, pág. 68.

2 Jouffroy. Nueva Miscelánea, pág. 358.

3 Cousin. Introduccion á la historia de la filosofía, lec. 2, pág. 33.

4 Emilio.

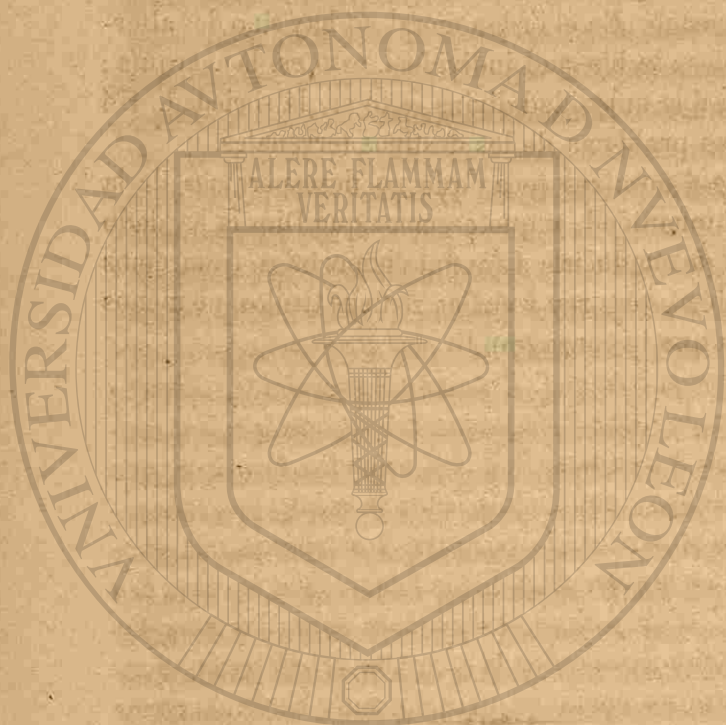
Es necesario, pues, para constituir la verdadera y perfecta sociedad moral, medios mas poderosos que los que dependen del hombre y de su ciencia, y esos medios solo se pueden encontrar en el cielo. La verdad de la anterior proposicion está garantizada con la opinion de muchos ilustres pensadores tanto de la antigüedad como de los tiempos modernos, no menos que con el sentimiento de todo el género humano. Es mas fácil, dicen los primeros, levantar una ciudad en el aire, que fundar una sociedad sin religion; y si examinamos la conducta de los pueblos, encontraremos que ninguno se ha sometido á la autoridad moral de un legislador antes de persuadirse, con razon ó sin ella, que ese legislador no hablaba en su nombre, sino en el de Dios, de quien era enviado.

De estas consideraciones, creemos justo concluir, que la sociedad perfecta, la única que excluye la anarquía es la religion, nombrada así, porque ligando doblemente al hombre, esto es, con relacion al alma y al cuerpo, le mantiene en union con Dios, con sus semejantes y consigo mismo.

Por un sentimiento justo de la dignidad primitiva, la humanidad no ha querido, ni lo querrá nunca, reconocer otro rey de su libertad sino á Dios. ¿Quién la podrá vituperar? ¿No es Dios, como soberana inteligencia, el único capaz de señalar reglas infalibles á los seres libres? Desgraciadamente la humanidad ha abusado de ese excelente instinto, y no han faltado impostores que dándose á conocer como órganos del cielo, la hayan engañado indignamente. Pero si la humanidad ha sido frecuentemente engañada, ¿lo será siempre, y Dios se reirá de su suerte cuando la inspira una repugnancia tan profunda para no sujetarse á otra soberanía moral que la suya? ¿Deberá resignarse la humanidad á no ver jamas realizada una sociedad moral sobre la tierra, ó deberá, por el contrario, dirigir su actividad hácia el fin que sus invencibles tendencias la designan, esforzándose á distinguir entre la multitud de los usurpadores religiosos al rey legítimo de la libertad? Tal es la cuestion realmente vital del porvenir. Ha

pasado el tiempo de las pretensiones racionalistas: ningun hombre tiene derecho de someter á su razon la de otro. El hombre quiere que sus pensamientos, sus deseos y sus acciones sean dirigidos por un rey Dios, ó cuando no, quiere dirigirse por sí mismo. En el órden moral no hay sino dos alternativas posibles: la libertad individual, esto es, la anarquía; ó la sumision á la autoridad divina, esto es, la sociedad. Hé aquí el forzoso problema de los destinos terrenales.

Por lo que á nosotros toca, que no desesperamos de la suerte de la humanidad, y que creemos que Dios la ha dado un rey capaz de conducirla á sus fines inmortales, trataremos de buscar quién es ese rey y cuáles son sus títulos, no menos que las obras que le consagran.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCION.

El reinado de la Cruz.

Hace diez y nueve siglos verificábase un suceso extraordinario en Jerusalem. Un acusado comparecia ante un tribunal, y el presidente de ese tribunal dirigia al reo esta rara pregunta: "*Eres, por ventura, rey?*" Y el acusado respondia: "*Tú dices, que yo soy rey. Yo nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad.*" Entonces el presidente, volviéndose al pueblo, le dijo: "No encuentro en este hombre causa para que se le condene." Y los soldados formaron una corona de espinas, y poniéndola sobre la cabeza del inocente, le vistieron una ropa de púrpura, y colocaron una vara en la mano, y se le acercaban diciéndole: "*Dios te salve, Rey de los judíos.*" Por último, cargándole sobre las espaldas una cruz, le condujeron sobre la montaña del Calvario, donde le crucificaron en medio de otros dos reos, haciendo poner el presidente sobre la cruz del que estaba en medio, á pesar de las representaciones que en contrario se le hicieron, un letrero que decia: "JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS."

Y para que nadie ignorase lo que estaba escrito, se puso en los tres idiomas mas comunes entonces en el mundo, en hebreo, en griego, y en latin.¹

¿Qué cosa es esa sangrienta parodia? ¿Qué significa ese juego cruel? ¿Vióse jamas á un acusado declarársele inocente y ser tratado de ese modo? ¿Qué quieren decir esa púrpura, esa corona, ese cetro irrisorio y esa solemne inscripcion, que tiene el aire de una seria promulgacion? ¿Qué es, por último, ese reinado sagrado sobre un patíbulo?

1 S. Juan, cap. 18 y 19.

Mas ved lo que habia profetizado el que estaba clavado sobre la cruz: "Cuando haya sido exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré á mí." Es forzoso que padezca para entrar en la gloria.¹

Sin duda que esta singular profecía deberia parecer el colmo de la locura á aquellos que insultaban villanamente á quien la habia proferido, cuando esclamaban irónicamente: "Si tú eres el rey de los judíos, sálvate á tí mismo;"² porque ese rey permanecia sobre la cruz, y en ella exhalaba el último suspiro.

Sin embargo, ¿qué fué lo que sucedió? Separando nuestras miradas de ese triste espectáculo, convirtámoslas sobre la superficie de la tierra. Levántase un signo alrededor del globo y le domina: ese signo es la cruz que fué plantada sobre el Calvario. En vano desde entonces sus enemigos reunieron todas sus fuerzas para derribarla; siempre en pié, crece diariamente. Más poderosa que los mas intrépidos conquistadores, uno de sus brazos toca el Oriente y el otro el Occidente, y su virtud se hace sentir hasta los dos polos del orbe. Por todas partes se levantan altares, los pueblos se prosternan, los espíritus se humillan, los poderosos inclinan la cabeza, y una voz se eleva sin cesar cantando: "Digno es el Cordero que fué inmolido de recibir el honor, la bendición, la gloria y la divinidad en los siglos de los siglos."³ La cruz es adorada y la tierra cayó bajo su imperio.

¿No es este el suceso mas grande y pasmoso que se ha verificado en la tierra? ¿Qué encontraremos en la historia de los pueblos que se le pueda comparar? Y ese suceso ¿será un hecho aislado, una manifestacion sin valor, un resultado debido al acaso, que ninguna relacion tiene con la humanidad? No, sin duda: semejante prodigio debe tener la mas alta significacion. Ese ingenio extraordinario, cuya mirada

1 S. Juan, cap. 12.—S. Lucas, cap. 24.

2 S. Mateo, cap. 27.

3 Apocalipsis, cap. 5.

de águila abraza con asombrosa claridad todo el campo de la historia, Bossuet, ha traído las raices de todos los acontecimientos humanos al derredor de ese suceso único, á tal punto, que los espíritus ruines le han reprochado el no haber hecho sino la historia de los judíos, cuando todo lo reataba á su verdadero centro. La cruz no se plantó al acaso sobre la tierra, y el sol que la recibió estaba oportunamente predispuesto y tenia íntimas afinidades con ella para hacerla radificar vigorosa y prontamente.

La cruz ofrece á los espíritus juiciosos y reflexivos, que tratan de buscar en los acontecimientos del mundo los designios de la Providencia, un objeto de importantes y profundas meditaciones. Hoy, mas que en otro tiempo, ese objeto es digno del estudio de los hombres que con imparcialidad y sinceridad tratan de inquirir la verdad. ¿Qué provecho resulta de abusar mas y entretenerse en deplorables errores? Es preciso ya que con franqueza y buena fé examinemos sobre todo esos prodigiosos fenómenos históricos, en los que brilla la virtud de Dios, arrojando en medio de nuestras tinieblas las divinas claridades. Sucede con frecuencia que para combatir la religion, ó para instruirse, se toman puntos aislados, oscuros, y que la distancia de los tiempos, la ignorancia de los lugares, de las costumbres, de los usos, de las lenguas y de las circunstancias, nos impiden comprender; y cuando así se la estudia, se esclama que no tiene puntos luminosos: los que así obran, son semejantes á aquel que en pleno dia, volviendo la espalda al sol, fuese á buscarle en un abismo, y no encontrándole, negase su existencia. Tal modo de proceder, que ni es recto ni leal, no puede convenir á la condicion limitada de nuestro espíritu. De ninguna cosa vemos el conjunto, se ha dicho; y con esto se ha dicho una verdad grande é importante: de nada vemos el todo, porque todo es ante nuestros ojos luz y sombra, y cualquier ciencia tiene sus misterios, y por este lado precisamente es por donde atacan los que comienzan á instruirse, por lo que no com-

prenden. Antes de entrar de lleno á las grandes dificultades de la religion, ¿no sería mas conveniente, con particularidad á los que no tienen tiempo de hacer un estudio profundo, el fijarse en los puntos generales, luminosos como el dia, cuyos puntos les moverian necesariamente y les obligarian á confesar que allí estaba el dedo de Dios? Al bajar del Gólgotha los soldados que se habian burlado de Jesus, sintiendo el temblor de tierra y viendo que el sol se cubria con un velo ensangrentado, dándose golpes en el pecho, decian: ¡Sí, era verdaderamente Hijo de Dios ese hombre¹! También en nuestros tiempos los que reniegan de Jesucristo pueden á su vez confesar, si meditan atentamente sobre la cruz, que lo que ayer fué un instrumento ignominioso de suplicio, es hoy un trono de gloria y de inmortalidad.

Por esta razon San Pablo no apoyaba su predicacion en otra cosa que en la virtud de la cruz, dejando los razonamientos de la sabiduría. “La predicacion de la cruz, decia el Apóstol, es locura para los réprobos; pero para los escogidos es la virtud del poder de Dios. Estaba escrito: Yo destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé su ciencia. ¿Qué ha sido de los sabios y en qué han parado los doctores de la ley? ¿Qué se han hecho esos espíritus ávidos de la ciencia del siglo? ¿No convenció Dios de locura la sabiduría del mundo? En efecto, viendo Dios que el mundo con toda su sabiduría no le habia conocido por las obras de la sabiduría divina, quiso salvarle por la locura de la predicacion, porque los judíos pedian milagros y los gentiles ciencia. Nosotros, sin embargo, predicamos á Jesucristo crucificado, que es escándalo para los unos y demencia para los otros; pero que es la fuerza y la sabiduría de Dios para los creyentes, sean judíos ó gentiles; segun que, lo que parecia insensatez, es superior á toda la ciencia de los hombres, y lo que parecia debilidad, es superior á todo el poder del mundo. Dios escogió lo que era nada para

1 S. Mateo, cap. 27.

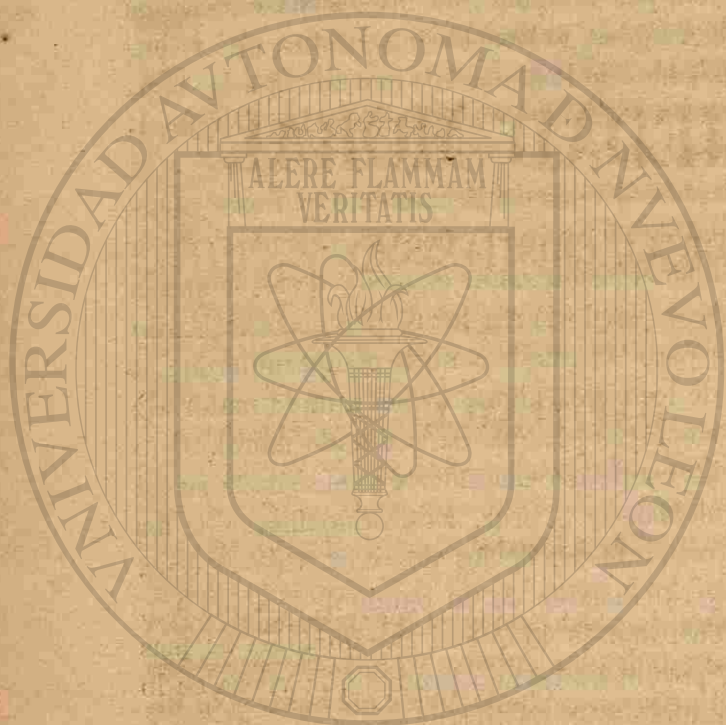
“destruir lo que habia de mas poderoso.¹” En vano, dice el Apóstol en otra epístola, las perfecciones invisibles de Dios, su eterno poder, y su divinidad se habian hecho visibles desde la creacion por la manifestacion de sus obras; los que se llamaban sabios, fueron tan insensatos, que tributaron á las imágenes de los hombres mortales y á las figuras de las aves, cuadrúpedos y serpientes el honor que solo se debe al Inmortal.²”

En vano Dios por los soles del firmamento, por esos mundos, por su admirable mecanismo y por todas las obras de su infinita sabiduría habia hecho saltar en medio de los hombres un reflejo inmenso de su gloria; la luz resplandecia en medio de las tinieblas; pero las tinieblas no la comprendieron: el reluciente astro de los cielos alumbrará el mundo material; mas ninguno de sus rayos penetró en el mundo moral. Este mundo yacia en las sombras de la muerte y necesitaba su sol propio. Ese sol debia ser la cruz. El destino moral de los hombres pende, como Jesus, de los dos brazos de la cruz. Dios por un misterio inefable de su omnipotencia infinita, formó á su Hijo un trono de lo que el mundo tenia de mas vil, convirtiendo, por un estupendo prodigio, la vileza en lo que hay de mas grande sobre la tierra.

Nosotros, pues, á semejanza de aquellos guerreros, que despues de la batalla tremolan su bandera para reunir á los dispersos, así tambien, despues de tantos combates terribles, de tantas luchas encarnizadas, cuando un número considerable de los soldados de Dios, esto es, de hombres bien intencionados, arrojados lejos de la ciudad santa, la buscan ansiosos, y allí corren con regocijo si perciben el estandarte que flota sobre sus torres, tratamos de agitar la bandera, á fin de que apareciendo ante sus ojos, la reconozcan, y llenos de santos trasportes, vengan á reunirse al derredor de este sagrado signo.

1 S. Pablo, 1^a á los corintios, cap. 1.

2 S. Pablo, Ep. á los romanos, cap. 1.



RESTAURACION

DE LA

SOCIEDAD MORAL

POR EL CRISTIANISMO.

CAPITULO I.

De la Libertad.

¡Libertad! hé aquí la palabra mágica que conmueve todos los corazones, exalta todos los ánimos, y escita el entusiasmo general; ese es el grito que sale de todas las bocas y la divisa inscrita en todas las banderas. ¿Por qué? porque la libertad no es solo la mas noble dote del hombre, sino que es el hombre mismo. *El hombre es una libertad organizada esteriormente*; de suerte, que la libertad es el sér y la vida del hombre; porque perdiendo la libertad, desciende á la condicion de las cosas, ó de la nada. *Non tan viles quam nulli!* decian los romanos de sus esclavos. Sin embargo, ¿qué es la libertad? A juzgarla por sus obras, es el guerrero generoso que afronta la muerte en defensa de su patria; mas es tambien el asesino que degüella friamente á su víctima; es la madre que se arroja en medio de las llamas para librar á su hijo; pero es tambien la madre que sofoca en secreto el fruto de sus entrañas para librarse á sí misma: la libertad es el

amigo de la humanidad que se consagra al alivio de sus semejantes, y es tambien el egoista que consume la sustancia del pobre : es un rey, padre de sus súbditos, ó es un tirano sin piedad : es S. Vicente de Paul, ó Marat, S. Luis, ó Tiberio : ¡ es un Dios, ó un Demonio ! ¡ En el cielo se canta ¡ libertad ! y en los infiernos tambien se dan aullidos de ¡ libertad ! Cuando se lee sobre una bandera esa palabra tan seductora en la apariencia, no sabe uno si debe regocijarse ó temblar ; se ignora si encontraremos ciudadanos virtuosos, ú hordas de asesinos.

¿ Qué significa esto ? ¿ Es la libertad cual una impura cortesana que se presta á todas las profanaciones ? ¿ Es un detestable hipócrita que se enmascara de mil modos y representa todos los papeles ? No por cierto : ¿ por qué entonces esa inmensa diferencia entre libertad y libertad ? La razon es porque la libertad no es una cosa simple y absoluta, sino una cosa complexa y relativa, cuyos diversos elementos ni son idénticos entre sí mismos, ni se encuentran en circunstancias iguales.

La libertad resulta de tres elementos indispensables : el poder que obra, la inteligencia que ilustra, y el amor que solicita ; y segun se combinan esos tres elementos, así la libertad sufre modificaciones diversas. Mas por infinitas que puedan ser esas modificaciones, se pueden reducir á cuatro generales, por las que puede presentarse la libertad en otras tantas categorías.

Sobre todos los seres, en las regiones de la eternidad, brilla en toda su pureza la libertad *soberanamente perfecta*, es decir, la Omnipotencia, la Inteligencia y el Amor infinitos, la Libertad de Dios. Despues de esta libertad increada, se ordenan en tres gerarquías sucesivas las libertades creadas, hechas á semejanza de la de Dios. En el primer orden se coloca la libertad *relativamente perfecta*, que aunque procede de elementos finitos, vive en relacion tan armoniosa con su esfera de su actividad, que no teme los movimientos desarre-

glados. Esta es la idea que tenemos de la libertad de los ángeles en el cielo. En el segundo orden se coloca la libertad *probada* ; libertad relativamente perfecta en sus elementos, mientras permanece sumisa á las condiciones de prueba que se le han impuesto. De este modo fueron libres los ángeles antes de su admision en la gloria. En el tercer orden, por último, se coloca la libertad *decaída*, que relativamente perfecta por la prueba, cesa de serlo violando las leyes de su legítimo ejercicio. Tal es la libertad de los ángeles rebeldes.

Ya se habrá advertido la razon porque nos hemos limitado á asentar que toda libertad que no es la soberanamente perfecta, admite grados de perfeccion ó imperfeccion relativas.

Desde el momento que la libertad sufre alteracion en sus elementos, para clasificar rectamente la categoría de sus modificaciones, debe permitirse no comprender la idea de la libertad bajo una definicion única, hecha *á priori*, segun un perfecto ideal, sino que es necesario desde el principio dar una idea exacta sobre cualquiera clase de libertad que se quiera estudiar. De otra suerte, se procederia sobre un supuesto falso, y los racionios subsecuentes, aunque deducidos lógicamente, conducirian al error. Por esta causa, implicando el objeto de esta obra uno de los mas grandes problemas de la libertad humana, es absolutamente preciso fijar con exactitud la idea de la libertad. Para este fin trataremos esta cuestion segun las cuatro categorías en que hemos distinguido la libertad.

¿ A cuál de esas categorías pertenece la libertad humana ? No á la primera, porque no puede haber otra libertad absolutamente perfecta, sino la de Dios. Trátase de saber ¿ qué lugar le toca entre las tres clases de libertades inferiores ? Si la solucion de esta cuestion dependiese forzosamente del conocimiento perfecto de la naturaleza de la libertad humana y de la armonía de sus relaciones con su fin, ya podriamos renunciar la tarea ; mas lo que no podemos lograr por medios directos, lo alcanzaremos fácilmente por los indirectos.

tos, es decir, por el exámen de los resultados de la libertad de que se trata.

En efecto, la cuestion propuesta puede fijarse así: ¿la libertad humana es capaz de mal? La respuesta afirmativa nos bastará para fijar su categoría. Otras averiguaciones serian inútiles. Desde que se admita que la libertad humana es capaz de mal, se confesará que no entra en el rango ni de las libertades *relativamente perfectas sin condicion de pruebas*, ni de las *relativamente perfectas con esa condicion*, y por consiguiente, debe colocarse en la categoría de las libertades *decaídas*.

El que la libertad humana sea capaz de mal es un hecho desgraciadamente muy positivo para que se pueda poner en duda, y por lo mismo no podemos clasificar esta libertad sino entre las que voluntariamente se colocaron fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, es decir, entre las libertades *decaídas*.¹

Mas la libertad humana ofrece un fenómeno muy singular. El bien y el mal aparecen frecuentemente en sus obras, y su historia presenta dos aspectos enteramente diferentes; el uno horrible como el crimen, y el otro hechicero como la virtud. La caída de la libertad humana no llegó á aquel grado supremo de malicia que no deja sino facultades infernales, segun que nuestra libertad puede volver á los caminos del bien, no encontrándose en estado de desesperacion, sino al contrario, siéndole posible su remedio. Lo que sí es cierto, en su situacion actual, es que no puede caminar con firmeza por sí sola, y que no puede abandonarse por lo mismo á su propia direccion, á menos que no se pretenda decir que es bueno

1 Para evitar equivocaciones sobre el sentido de las palabras que usamos, advertiremos que lo *decaído* no recae sobre la esencia misma del albedrío, que todo entero permanece en el hombre, aunque *muy debilitado*, como dice el Concilio de Trento, * sino que recae sobre los elementos orgánicos del mismo libre albedrío, sobre las facultades que sirven para su ejercicio, sea ilustrándole, sea moviéndole.

² Concilio de Trento, seccion 6ª, cap. I.

dejarla errar segun sus caprichos y perversas inclinaciones. ¿Quién osará sostener este absurdo? Nuestra libertad necesita de auxilio, así como la enfermedad necesita de remedio, como el enfermo debilitado de un apoyo benévolo, como el caballo indómito un freno poderoso y firme. Pero ¿quién preparará ese remedio; quién servirá de apoyo, y qué mano poderosa y diestra manejará ese freno?

Antes de resolver estas cuestiones es necesario sondear el misterio de nuestra libertad, y esto es lo que procuraremos hacer en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Sobre el misterio de la libertad humana.

Si hay algun hecho psycológicamente constante, ese hecho es la division, la lucha incesante que existe en el fondo de lo que llamamos sér humano, que frecuentemente sufre vergonzosos vencimientos. Desea el hombre el bien, y no puede obrarlo; busca lo verdadero, y lo verdadero huye de él; ama la felicidad, y la desgracia es su herencia. "Dios mio, esclama Racine con S. Pablo, ¡qué guerra tan terrible! Encuentro dos séres dentro de mí: no hago el bien que amo, sino el mal que aborrezco."

¿De dónde procede este desacuerdo tan estraño dentro de nosotros mismos? ¿de dónde viene esa guerra intestina en nuestro corazon, esos asaltos continuos á nuestra libertad, que fatigada y herida, se debilita y languidece, y sucumbe al fin bajo el imperio del mal? ¿Cómo hemos venido á esta miserable condicion? ¿Dios tan bueno, santo y justo es quien nos colocó en ella?

Este misterioso problema tuvo en tortura á todos los filósofos antiguos, quienes se dividieron en sistemas, buscando su esplicacion. Unos atribuian la imperfeccion de la libertad

tos, es decir, por el exámen de los resultados de la libertad de que se trata.

En efecto, la cuestion propuesta puede fijarse así: ¿la libertad humana es capaz de mal? La respuesta afirmativa nos bastará para fijar su categoría. Otras averiguaciones serian inútiles. Desde que se admita que la libertad humana es capaz de mal, se confesará que no entra en el rango ni de las libertades *relativamente perfectas sin condicion de pruebas*, ni de las *relativamente perfectas con esa condicion*, y por consiguiente, debe colocarse en la categoría de las libertades *decaídas*.

El que la libertad humana sea capaz de mal es un hecho desgraciadamente muy positivo para que se pueda poner en duda, y por lo mismo no podemos clasificar esta libertad sino entre las que voluntariamente se colocaron fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, es decir, entre las libertades *decaídas*.¹

Mas la libertad humana ofrece un fenómeno muy singular. El bien y el mal aparecen frecuentemente en sus obras, y su historia presenta dos aspectos enteramente diferentes; el uno horrible como el crimen, y el otro hechicero como la virtud. La caída de la libertad humana no llegó á aquel grado supremo de malicia que no deja sino facultades infernales, segun que nuestra libertad puede volver á los caminos del bien, no encontrándose en estado de desesperacion, sino al contrario, siéndole posible su remedio. Lo que sí es cierto, en su situacion actual, es que no puede caminar con firmeza por sí sola, y que no puede abandonarse por lo mismo á su propia direccion, á menos que no se pretenda decir que es bueno

1 Para evitar equivocaciones sobre el sentido de las palabras que usamos, advertiremos que lo *decaído* no recae sobre la esencia misma del albedrío, que todo entero permanece en el hombre, aunque *muy debilitado*, como dice el Concilio de Trento, * sino que recae sobre los elementos orgánicos del mismo libre albedrío, sobre las facultades que sirven para su ejercicio, sea ilustrándole, sea moviéndole.

² Concilio de Trento, seccion 6ª, cap. I.

dejarla errar segun sus caprichos y perversas inclinaciones. ¿Quién osará sostener este absurdo? Nuestra libertad necesita de auxilio, así como la enfermedad necesita de remedio, como el enfermo debilitado de un apoyo benévolo, como el caballo indómito un freno poderoso y firme. Pero ¿quién preparará ese remedio; quién servirá de apoyo, y qué mano poderosa y diestra manejará ese freno?

Antes de resolver estas cuestiones es necesario sondear el misterio de nuestra libertad, y esto es lo que procuraremos hacer en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Sobre el misterio de la libertad humana.

Si hay algun hecho psycológicamente constante, ese hecho es la division, la lucha incesante que existe en el fondo de lo que llamamos sér humano, que frecuentemente sufre vergonzosos vencimientos. Desea el hombre el bien, y no puede obrarlo; busca lo verdadero, y lo verdadero huye de él; ama la felicidad, y la desgracia es su herencia. "Dios mio, esclama Racine con S. Pablo, ¡qué guerra tan terrible! Encuentro dos séres dentro de mí: no hago el bien que amo, sino el mal que aborrezco."

¿De dónde procede este desacuerdo tan estraño dentro de nosotros mismos? ¿de dónde viene esa guerra intestina en nuestro corazon, esos asaltos continuos á nuestra libertad, que fatigada y herida, se debilita y languidece, y sucumbe al fin bajo el imperio del mal? ¿Cómo hemos venido á esta miserable condicion? ¿Dios tan bueno, santo y justo es quien nos colocó en ella?

Este misterioso problema tuvo en tortura á todos los filósofos antiguos, quienes se dividieron en sistemas, buscando su explicacion. Unos atribuian la imperfeccion de la libertad

á la alianza del espíritu con la materia, otros á la influencia opresiva de una divinidad maléfica : algunos para desatar el nudo gordiano, negaron nuestras imperfecciones, esotros sostuvieron que no éramos libres, y los demas, entre los que se contaron Platon y Ciceron, ayudados de luces sobrenaturales, supusieron una falta cometida en otro estado mas feliz, de cuyo estado por castigo habiamos decaído.

Si consultamos sobre la misma materia á los filósofos modernos, no nos ilustrarán mejor que los antiguos, de quienes aquellos han renovado los diferentes sistemas optimistas ó fatalistas. Lutero niega pura y sencillamente el libre albedrío ; Rousseau afirma que nacemos perfectos ; los falansterianos y sansimonianos santifican todas las pasiones, y los panteístas enseñan que todo sucede por necesidad.

Mas todos los sistemas, tanto antiguos como modernos, sucumben ante los hechos y el sentido comun, y aniquilan la libertad lejos de descubrir su vicio. Los filósofos que han aparecido recientemente, jactándose de mas ciencia, han propuesto la siguiente solucion : " Dios, nos dicen, es el SÉR soberanamente perfecto, y solo ÉL es capaz de perfeccion infinita ; por consiguiente, cuando produce creaturas, las produce necesariamente imperfectas, pues de otro modo se reproduciria á sí mismo, ó lo que es lo mismo, todas las criaturas serian dioses, lo cual es imposible. Esto esplica la mezcla de bien y mal que se encuentra en el mundo." Este es ciertamente el mas ingenioso sistema que háya inventado el racionalismo para arrojar alguna claridad sobre las profundidades misteriosas de nuestra libertad, y este es el solo sistema que merece ser considerado. Sin embargo, examinado el artificio de ese sistema y visto atentamente, desaparece todo su prestigio, y en lugar de satisfacer á la razon, se le presenta como verdaderamente impío, fatalista y desesperante. En verdad que dicho sistema no puede ofrecer la menor apariencia de razon sino á los que olviden que hay dos órdenes de perfeccion, una absoluta y otra relativa. La primera sin duda no

pertenece, ni puede pertenecer á otro que á Dios, porque supone la posesion del sér por esencia : la segunda no exige este grado, sino que basta para su existencia que esté en perfecta relacion con su naturaleza y fin.

El utensilio del obrero y el instrumento del observador son perfectos en su clase cuando dan los resultados á que se aplican. Algunas veces el hombre da esa perfeccion á sus obras, y cuando no se las da, no es por falta de voluntad, sino porque no le es posible. De igual modo ¿ no pudo Dios colocarnos en una esfera donde todas las cosas estuviesen en una justa proporcion, ó donde nada se tuviese que sufrir ? Si pudo ¿ por qué no lo hizo ? Aun cuando se respondiera que hay un fin último, solo conocido de Dios, donde todo se armoniza definitivamente, siempre quedaria en pié la dificultad de que el hombre no pudo nacer de las manos de su Autor tal como al presente le conocemos ; porque el hombre en la actualidad no es solo un sér débil, miserable y lleno de dolores, sino lo que es más, es un sér viciado. Jamas sentirá el hombre en lo íntimo de su conciencia que posee una naturaleza simple y pura, absolutamente indiferente al bien ó al mal, y pudiendo sin esfuerzo escoger lo uno ú lo otro ; sino que al contrario, sentirá siempre hervir en su interior no sé qué fermento corrompido ; sentirá no sé qué perversas tendencias. No bien entra á la vida, cuando ya los instintos depravados le arrastran al mal, y al mal encamina sus primeros pasos ; y aunque esté amparado con la razon, no por eso se soporta á sí mismo sin trabajo para evitar sus caídas y correr á su eterna ruina. " En general, dice Broussais, cuya autoridad es de gran cuantía en la cuestion presente, en general el niño prefiere el mal al bien, y por esto se le ve con frecuencia complacerse rompiendo los objetos inanimados ; deleitarse en el tormento de los animales, y si no le retuviera el temor, agradaríale asimismo el sufrimiento de sus semejantes." ¹ Ved por qué un gran número de hombres, lle-

¹ Broussais. De la irritacion y de la locura, pág. 100.

vados por sus malas inclinaciones, despues de romper todo freno, llegan á un grado de perversidad tan temible y monstruosa. Por esto se ve que el hombre no solo carece de la perfeccion relativa que Dios le acordara, sino que dentro de sí mismo tiene el mal y el amor al mal.

Pero aun suponiendo que el hombre fuese solamente imperfecto, no por eso dejaria de ser impío el sistema que estamos combatiendo, en razon de que contraría la santidad y la sabiduría divinas, y por consiguiente, nos conduce á la negacion de Dios. Ó Dios puede, ó no puede dar á los hombres una perfeccion relativa: si puede y no la da, ofende á su sabiduría; y si no puede y sin embargo produce hombres, falta á su santidad, porque el acto de la creacion introduciría en el mundo necesariamente el mal.

Por lo dicho, el sistema en cuestion es fatalista y conduce á la desesperacion; porque si somos necesariamente imperfectos, necesariamente estamos destinados á obrar el mal segun nuestra natural imperfeccion. Por otra parte, si Dios no ha podido hacernos mas perfectos de lo que somos, el deseo del progreso es un deseo vano, segun que siendo infinitamente menos poderosos que Dios, no era posible que mejorásemos una obra que Dios debió llevar á su mayor perfeccion posible.

Todo lo que hemos dicho de este sistema en particular se puede aplicar á los otros que hacen á Dios cómplice de nuestra imperfeccion; y en cuanto á los que la niegan, no se les puede decir otra cosa que lo que Diógenes dijo á Zenon: "Hagamos caminar á un hombre delante de nosotros."

A los dos puntos indicados se refieren todas las invenciones de los filósofos para esplicarnos el misterio de nuestra doble naturaleza: jamas encontraremos una idea cierta, útil y firme, sobre la cual podamos trabajar eficazmente para buscar los medios propios para remediar la insuficiencia, debilidad y miseria de la libertad humana.

Mas volvamos nuestras miradas á otro rumbo, y preguntemos á las generaciones pasadas el secreto de un misterio

que la ciencia no ha podido descubrirnos. Los pueblos recuerdan que no siempre estuvo el cielo cargado de tempestades, ni la tierra cubierta de escabrosidades y espinas, y para espresar la suma dicha de esa época feliz, la llamaron: *Edad de oro*. Mas ¿por qué no duró esa edad? Enseñannoslo las tradiciones antiguas bajo diferentes formas mitológicas. Todas están acordes en que la desobediencia de nuestros primeros padres, el primer hombre y la primera mujer, á un precepto de Dios, fué la causa de nuestra degeneracion. Ora es Prometeo quien arrebató el fuego del cielo contra la voluntad de Júpiter, y Pandora quien abre caja vedada, de donde salen todos los males; ora Meschia y Meschiano, transgrediendo el precepto que Ormuzd les habia impuesto, de no comer ciertos frutos, inficionan á toda su posteridad. Mas en esa primitiva desobediencia nunca aparecen solos el hombre y la mujer, sino que interviene, como consejero pérfido, un genio maléfico, generalmente representado bajo la figura de un dragon ó de una serpiente monstruosa. Entre los griegos se llamaba Até, entre los egipcios Typhon, entre los persas Akrimane, entre los escandinavos Loke, entre los chinos Tehi-Yeou, y entre los mexicanos Ci-Hua.¹

Es, pues, evidente que las tradiciones de la antigüedad han conservado como un depósito sagrado el recuerdo de tres hechos en los que están perfectamente acordes, y son: 1º que el hombre fué criado por Dios en un estado de inocencia y de felicidad: 2º Que decayó con toda su descendencia de ese estado; y 3º Que decayó por sugeriones de un genio perverso. "La creencia, dice Voltaire, del hombre caido y degenerado se encuentra en todos los pueblos antiguos. *Aurea prima sata est aetas*, es la divisa de todas las naciones."²

De lo que acabamos de decir se deducen naturalmente dos

1 Ved el sabio estudio de Mr. Nicolas sobre las tradiciones universales, en su obra intitulada: Estudios Filosóficos sobre el Cristianismo.

2 Ensayo sobre las costumbres, cap. 4.

consecuencias muy importantes para la apreciacion de la libertad humana : primera, que la humanidad reconoce positivamente que su libertad fué criada perfecta relativamente, y con esto justifica á Dios de la acusacion impía de ser cómplice de nuestra imperfeccion actual ; y segunda, que si nuestra libertad fué pervertida, lo debió á haber oido otra voz que la de Dios, por lo que se manchó con un gérmen impuro.

Mas aclaremos estas consecuencias en el crisol purísimo de las santas tradiciones.

En un rincon oscuro de la tierra aparece un pueblo que ninguna semejanza tiene con los demas, y que aislándose de todas las naciones, gloriábase de haber sido escogido y destinado, despues de un naufragio universal, para guardar las tradiciones y las esperanzas de todo el género humano. Esas tradiciones y esperanzas fueron consignadas en un libro sagrado, el mas antiguo y prodigioso del mundo, cuyo libro guardaba ese pueblo con un respeto asombroso, como la palabra de Dios. Ese libro es el único entre todos los antiguos que nos enseña claramente á conocer la grandeza, la majestad y omnipotencia del Creador, cómo formó el mundo, y cuándo, y de qué modo creó á los hombres : si se consultan las páginas inspiradas, allí se encontrarán, sin las ficciones que el curso de los tiempos ha mezclado, las tres grandes tradiciones humanas. “ Dios, leerémos, creó al hombre á su imágen y semejanza, y vió que su obra era BUENA. Le colocó en el paraiso, y le dijo : Come de todos los frutos de este jardin, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el dia que de él comieres, morirás.—Adam y su mujer estaban desnudos sin ruborizarse.—Mas la serpiente dijo á la mujer : ¿ por qué os prohibió Dios comer de todos los frutos de este jardin ? La mujer respondió : Nos ha dicho Dios que no comamos del árbol colocado en medio de este jardin, porque moriremos.—De ninguna manera morireis, repuso la serpiente, sino que Dios sabe que el dia que comieseis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocien-

do el bien y el mal.—Seducida la mujer toma el fruto, y presentándose á su marido, comen ambos.—Entonces se abrieron sus ojos, y conocieron que estaban desnudos, y trataron de esconderse á la presencia de Dios.—Pero Dios dijo á Adam: maldita se ha hecho la tierra por tu causa ; ya no te producirá sino abrojos : comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de donde saliste.—El Señor arrojó á Adam del jardin de las delicias, colocando á su entrada á un querubin, que agitando continuamente en la mano una espada de fuego, guardaba el árbol de la vida.¹

De esta suerte la humanidad, por esta relacion del escritor sagrado, vese caída y separada de su Creador, permaneciendo sola con su pecado sobre la tierra, entregada á sus propios juicios y remordimientos, como un rey destronado, objeto de irrision y ultraje de sus súbditos.

Este relato de la Biblia confirma hasta la evidencia los hechos tradicionales del género humano y las consecuencias que tenemos deducidas, es decir, que la libertad humana estuvo dotada originalmente de una perfeccion relativa ; que esa perfeccion se perdió por escuchar otros consejos que los de Dios ; y que encontrándose esclava de sus tendencias, tiene que vivir avergonzada. Por lo demas, la relacion bíblica supone constantemente que toda la desgracia del hombre proviene de su separacion de Dios y de que es formado con una simiente impura, naciendo en pecado.²

Esto, sin duda, no lo negamos, es un gran misterio ; pero ¿ cuáles son las razones para negar esta creencia, cuando todo el género humano la testifica, sabe la causa, y por otra parte, es la sola explicacion que está en armonía con los hechos, la sola explicacion que satisface los secretos de otro misterio no menos profundo, cual es esa violenta inclinacion del hombre hácia el mal, y la existencia del dolor y la desgracia sobre la tierra ? “ El nudo de nuestra condicion, dice

1 Génesis, cap. 2º y 3º.

2 Job, cap. 14.—Psam, 50.

Pascal, toma sus vueltas y pliegues en ese abismo ; de suerte que el hombre es mas inconcebible sin este misterio que lo que el misterio mismo puede ser al hombre." ¹ Trátase por otra parte, no tanto de saber si en esto hay misterio, supuesto que el misterio aparece por cualquier punto, sino de inquirir el misterio de la caída del hombre. Por lo que á nosotros toca, creemos que la degradacion de la libertad humana se debe considerar como el hecho histórico mas constante, y por consiguiente, mas asegurado ; hecho comprobado, y que bien comprendido, revela los secretos del porvenir ; porque si la humanidad está viciada, es de toda necesidad para curar el vicio reconocer su causa verdadera, y no entretenerse en juegos que no harán sino empeorar su condicion. Todos los que de buena fé deseen trabajar en bien de este mundo tan infeliz, deben guiarse segun los datos de ese hecho fundamental ; de otra suerte, se puede predecir que todos los esfuerzos que se hagan, cuando no sean perjudiciales, serán infructuosos.

Conformándonos con este principio, consideraremos en esta obra á la libertad humana segun aparece de las tradiciones universales, esto es, como una libertad en su origen relativamente perfecta mediante ciertas condiciones, pero que con todo conocimiento y poder se colocó fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio. Segun esto definiremos la libertad humana : *Una potencia creada, en posesion de sí misma, dueña de sus acciones ; pero servida por un entendimiento falible y un corazon corrompido.*

En este punto de vista nos colocaremos para seguir en la amplitud del espacio y del tiempo las evoluciones libres de la humanidad ; de ese *criterio* nos serviremos para explicar y apreciar aquellas, sacando lecciones saludables, que nos ayuden á comprender los designios providenciales en la obra de la regeneracion del mundo.

¹ *Pensamientos de Pascal.*

CAPITULO III.

El reino de Satanás.

Cuando de la nada crió Dios el mundo, como dueño soberano de toda la creacion, despues de haber fijádola las leyes convenientes, pudo exigir á los séres libres una sumision absoluta á su divina voluntad, segun que la sumision no seria conforme á unos preceptos caprichosos y arbitrarios, sino en conformidad á las relaciones necesarias é indispensables á su propia vida, y cuyos preceptos violados, entrañaban forzosamente la perturbacion, el desórden y todo género de males. Así fué como Dios crió al hombre y le colocó en el paraíso terrenal. Dispensándole el noble dón de la libertad, quiso para ordenar el uso de la libertad con la sabiduría suprema, reservarse la direccion en el vasto campo del bien y del mal. "Come de todos los frutos de este paraíso, dijo el Señor á Adam, pero no comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal." Dóciles nuestros primeros padres al precepto de Dios, caminarían con paso firme por las sendas de la santidad y de la justicia, y toda la creacion se movería con armoniosa majestad : siempre aparecería el cielo puro, y los astros del día y de la noche despedirían sus rayos con dulzura : la tierra, cual fecunda madre, sin cultivo, cubriríase de hermosas flores y se cargaría de opimos frutos : todo sería grato : el hombre, en paz consigo mismo, ejercería un reinado pacífico, y por todas partes se entonaría un himno de alegría, felicidad y reconocimiento. Tal sería el reino de Dios, el reinado de la libertad inmaculada, dirigida por una inteligencia infalible ; pero este reino fué de corta duracion.

Se ha tratado de saber en qué época comenzó el reino de la independencia racional absoluta, ó en otros términos, cuán-

Pascal, toma sus vueltas y pliegues en ese abismo ; de suerte que el hombre es mas inconcebible sin este misterio que lo que el misterio mismo puede ser al hombre." ¹ Trátase por otra parte, no tanto de saber si en esto hay misterio, supuesto que el misterio aparece por cualquier punto, sino de inquirir el misterio de la caída del hombre. Por lo que á nosotros toca, creemos que la degradacion de la libertad humana se debe considerar como el hecho histórico mas constante, y por consiguiente, mas asegurado ; hecho comprobado, y que bien comprendido, revela los secretos del porvenir ; porque si la humanidad está viciada, es de toda necesidad para curar el vicio reconocer su causa verdadera, y no entretenerse en juegos que no harán sino empeorar su condicion. Todos los que de buena fé deseen trabajar en bien de este mundo tan infeliz, deben guiarse segun los datos de ese hecho fundamental ; de otra suerte, se puede predecir que todos los esfuerzos que se hagan, cuando no sean perjudiciales, serán infructuosos.

Conformándonos con este principio, consideraremos en esta obra á la libertad humana segun aparece de las tradiciones universales, esto es, como una libertad en su origen relativamente perfecta mediante ciertas condiciones, pero que con todo conocimiento y poder se colocó fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio. Segun esto definiremos la libertad humana : *Una potencia creada, en posesion de sí misma, dueña de sus acciones ; pero servida por un entendimiento falible y un corazon corrompido.*

En este punto de vista nos colocaremos para seguir en la amplitud del espacio y del tiempo las evoluciones libres de la humanidad ; de ese *criterio* nos serviremos para explicar y apreciar aquellas, sacando lecciones saludables, que nos ayuden á comprender los designios providenciales en la obra de la regeneracion del mundo.

¹ *Pensamientos de Pascal.*

CAPITULO III.

El reino de Satanás.

Cuando de la nada crió Dios el mundo, como dueño soberano de toda la creacion, despues de haber fijádola las leyes convenientes, pudo exigir á los séres libres una sumision absoluta á su divina voluntad, segun que la sumision no seria conforme á unos preceptos caprichosos y arbitrarios, sino en conformidad á las relaciones necesarias é indispensables á su propia vida, y cuyos preceptos violados, entrañaban forzosamente la perturbacion, el desórden y todo género de males. Así fué como Dios crió al hombre y le colocó en el paraíso terrenal. Dispensándole el noble dón de la libertad, quiso para ordenar el uso de la libertad con la sabiduría suprema, reservarse la direccion en el vasto campo del bien y del mal. "Come de todos los frutos de este paraíso, dijo el Señor á Adam, pero no comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal." Dóciles nuestros primeros padres al precepto de Dios, caminarian con paso firme por las sendas de la santidad y de la justicia, y toda la creacion se moveria con armoniosa majestad : siempre apareceria el cielo puro, y los astros del día y de la noche despedirian sus rayos con dulzura : la tierra, cual fecunda madre, sin cultivo, cubriria-se de hermosas flores y se cargaria de opimos frutos : todo seria grato : el hombre, en paz consigo mismo, ejerceria un reinado pacífico, y por todas partes se entonaria un himno de alegría, felicidad y reconocimiento. Tal seria el reino de Dios, el reinado de la libertad inmaculada, dirigida por una inteligencia infalible ; pero este reino fué de corta duracion.

Se ha tratado de saber en qué época comenzó el reino de la independencia racional absoluta, ó en otros términos, cuán-

do la filosofía apareció por primera vez en el mundo. Guiados por la luz de las Santas Escrituras, ensayarémos dar la respuesta. Pero explicarémos antes para evitar equivocaciones lo que entendemos por *filosofía*. No confundimos, como frecuentemente se hace, la razón con la filosofía: para nosotros estas son dos cosas muy diferentes; tan diferentes como el efecto y la causa; de suerte que al combatir la una, se puede respetar la otra, á la manera que un padre puede considerar la razón de su hijo, de quien, sin embargo, censura las palabras inmoderadas. A nuestros ojos la razón es la mas hermosa dote del hombre, la que forma su sér y le distingue del bruto; pero la razón, como las otras cosas muy excelentes, puede pervertirse hasta el extremo, si se emplea mal. Por filosofía entendemos (y pedimos que no se olviden nuestras palabras) el amor á la sabiduría; ó en otros términos, el ejercicio temerario de la razón, por lo que la definimos: *Una pretension ilegítima del espíritu humano para adquirir por sus propias fuerzas la ciencia del bien y del mal*. Hé aquí lo que entenderémos por filosofía, siempre que hablemos de ella desfavorablemente; porque si creemos que hay una filosofía bastarda, también creemos que hay otra recta, y consiste en la aplicación del espíritu humano para buscar el bien ó el mal desconocidos, ó la razón del bien y el mal conocidos por la revelación, bajo la dirección y con el registro de una autoridad infalible y divinamente instituida.

Segun esto, ¿cuándo comenzó el reinado de la independencia racional absoluta?—Ese reinado tuvo su origen lejos de la tierra, en una region superior, cuando la mas resplandeciente de las criaturas inteligentes, poseida súbitamente de un insensato orgullo, se levantó contra la divinidad, diciendo en su interior: "*Levantaréme sobre las alturas de los cielos; fijaré mi trono sobre los astros, y seré semejante al Altísimo.*"¹ Desde aquel día la autoridad de Dios fué menospreciada, la libertad creada rechazó su necesaria guía, y el mal

¹ Isaías, cap. 14.

entró en el mundo. Lucifer aspiró á formar un reino contrario al reino de Dios, y trató de seducir á los seres libres, asociándolos á su rebelion con el aparato de la independencia moral. La tierra á su vez sufrió la prueba de las tentaciones insidiosas de Satanás, y por la primera vez oyó el lenguaje de un sofista. Dirigiéndose insidiosamente á la mujer, la dice: "Por qué (así leemos en la Escritura Santa) ¿por qué no comes del fruto de la ciencia del bien y del mal? No moriréis. Si Dios os ha prohibido comer de ese fruto, es porque sabe que despues de haberlo comido os haréis como dioses, conociendo el bien y el mal." Oyó la mujer las palabras del seductor y cayó en el lazo que se la tendió, seduciendo en seguida á su marido.

De esta suerte el hombre se separó de Dios, despreciando la sabiduría del precepto y prefiriendo obedecer los funestos consejos del ángel rebelde; abandonó el camino señalado por la mano divina, para seguir las cavernas tortuosas de la serpiente; huyó de la paternal dirección de su Creador, de la noble autoridad de Dios, para entregarse á un director embustero, haciéndose esclavo de una criatura como él. ¿Qué luz alumbrará donde no brilla la claridad de Dios? Los siniestros resplandores del infierno y la amarillenta y vacilante luz de la razón. En lo de adelante los destinos del mundo veránse desenvolver bajo la influencia de Satanás, y su reino, el reinado de la falsa filosofía, quedó establecido desde esa época.

Al dirigirse Satanás al hombre, temiendo hacer violencia á su recta razón, para evitar sospechas, encubre la mentira bajo la apariencia de la verdad, y como hábil sofista, de premisas aparentemente verdaderas, deduce consecuencias simuladamente falsas, contando con que el orgullo del hombre, puesto en juego, suplirá el defecto del raciocinio. "Sabréis el bien y el mal, dice Satanás, adquiriendo la ciencia del bien y del mal; el que sabe el bien y el mal es como Dios, y el que es como Dios no muere; luego vosotros no moriréis co-

miendo el vedado fruto. ¡Silogismo irreprochable! silogismo que, sin necesidad de hacerle la menor variacion, ha estado en boga desde Adam hasta nuestros dias. En efecto, ¿qué es lo que os dice hoy la falsa filosofia, cuya filiacion directa viene de la serpiente? Dice que la razon del hombre es suficiente para descubrir el bien y el mal, y que si esto es así, no se necesita de la enseñanza divina: si la enseñanza divina es innecesaria, la palabra y la revelacion de Dios son inútiles, y por consiguiente, la razon humana puede caminar por sí sola á sus fines.

Todos los que tan frecuentemente hemos lamentado la debilidad de nuestra madre Eva, á pesar de su triste ejemplo, ¿no hemos sucumbido bajo el paralogismo de Satanás? Cualquiera que cree que la razon humana, aislada de la divina, es guia suficiente para el hombre, y cree en el poder de la filosofia para la ciencia del bien y del mal, y juzga inútil la revelacion, puede decirse, que cae en el lazo en que cayó Eva; y tratando de ensayar una altanera independenciam, cae engañado bajo la esclavitud del ángel caído.

Ya seria tiempo de que nuestra pobre razon conociese su debilidad: 6,000 años hace que es víctima del insidioso sofisma de la serpiente: ya era tiempo de desenredar el artificio; operacion bien fácil por cierto. "Si poneis en práctica la ciencia del bien y del mal, decia el demonio, sabréis el bien y el mal." En verdad que si esto fuera cierto, tambien lo seria que fuéramos como dioses; porque todo entendimiento suficiente para comprender el bien absoluto, el bien infinito; suficiente para discernir toda clase de mal, seria una inteligencia infinita, divina, que jamas moriria; porque no aspirando sino al bien sumo, cuya hermosura nos arrastraria, y repeliendo el mal que deberia presentárenos con toda su deformidad, colocaria la vida en su pura é inalterable fuente, y evitaria el contagio de los deletéreos principios que origina la muerte. Pero ¿alcanzará el hombre la ciencia del bien y del mal? Si neciamente fué orgulloso para creerlo, es todavía mas ri-

dículamente crédulo para esperararlo. ¡Qué! siendo criaturas, y por consiguiente, séres finitos, inteligencias limitadas por órganos groseros, colocados en el último lugar de la escala intelectual; cuando con tanta pena ahondamos el sulco de la verdad, aun en el órden material; que nada descubrimos sino al través de espesos velos; que levantamos el grito á los cielos, llenos de alegría, cuando de siglo en siglo alcanzamos un rayo de luz; nosotros, que siempre hablamos el lenguaje de la infancia; que titubeamos por la inesperienza; que nuestra vida no es sino un punto de la eternidad; que por todas partes sentimos nuestra debilidad, tropezamos con obstáculos, límites, dificultades y misterios impenetrables; cuando nuestras ciencias son tan estrechas, que ninguna ha pronunciado la última palabra de su objeto, y por el contrario, ante todas se abre el inmenso horizonte de lo indefnido, que jamas llegará á sondear el ojo mas perspicaz; nosotros, decimos, ¿hemos tenido, y tenemos aún la loca temeridad de pensar que podemos como dioses conocer el bien y el mal, seguir lo uno y evitar el otro, sin necesidad de un guia superior?

No por ejercer un acto arbitrario de autoridad soberana, sino porque la ciencia del bien y del mal es inaccesible al hombre, le prohibió Dios tocar el fruto. Para alcanzar esa ciencia se necesita conocerse á sí mismo, conocer perfectamente todos los séres con los que podemos estar en relacion, encontrar y apreciar debidamente las relaciones que todos los séres tengan entre sí. Mas por grande que se suponga el entendimiento humano, ningun hombre se puede prometer el sondear los misterios del SER infinito; ninguno puede jactarse de que descubrirá algun dia el conjunto absoluto de las leyes que rigen el mundo moral, las leyes de los individuos, de las familias, de las naciones, de la humanidad, las leyes del tiempo, de la eternidad y de la divinidad.

Pero aun cuando por la misma inmensidad de su objeto no estuviera la ciencia moral fuera del alcance de nuestras débiles facultades, los resultados serian por sí solos bastan-

tes para convencernos de la imposibilidad que tenemos para adquirirla. ¿Cómo, por ejemplo, determinaríamos la ciencia de lo verdadero y de lo bello? Lo verdadero y lo bello no son apreciables sino por la conciencia y por el gusto de los individuos, ante los que claudican todas las leyes y fórmulas científicas, cuando entre sí mismos no hay acuerdo. Mas ¿cómo encerrar en fórmulas finitas y precisas lo que es infinito y de una aplicación infinitamente variada? El bello ideal de Rafael no es el bello ideal de Miguel Angel, y lo que realizaron esos dos grandes genios se eclipsaría delante de las obras de otro genio superior. De igual manera el horizonte y las faces de lo verdadero no serían vistos del mismo modo por el sabio y por el ignorante: solo Dios los ve de un modo superior á toda otra inteligencia. Lo que decimos de lo verdadero y de lo bello se aplica á todos los puntos referentes al bien y al mal, porque ellos no son otra cosa que lo verdadero y bello considerados en su práctica, ó en su omisión. Sin la revelación lo verdadero y bello son asunto de conciencia, esto es, de juicio privado; y la ciencia en este caso es relativa é impotente para imponer preceptos aun al último de los hombres. Además, teniendo necesidad esa ciencia en su aplicación de dirigirse á seres libres, cuya acción no es igual, constante y uniforme como la de los seres puramente materiales, no podría dar resultados concluyentes. Mas quiero suponer que la experiencia de alguna pretendida ley moral diese resultados matemáticamente exactos; ¿sería por eso mas ventajosa? Ciertamente no. Esa experiencia probaría utilidad, pero no moralidad; porque la moralidad es una cualidad espiritual, fuera del alcance de los ojos carnales; cualidad que solo puede ser valorizada por la conciencia, y no por la utilidad, que no siempre es un indicio seguro, ni una inseparable compañera de la justicia.

Hé aquí lo que ha hecho y hará siempre desesperar á los filósofos de todos tiempos y lugares. Escuchad las quejas de los enciclopedistas: "Encuétrase algunas veces la verdad

sobre muchos artículos; pero la desgracia es que no se sabe si se la ha encontrado. La filosofía, me atrevo á decirlo, es semejante á aquel juego de niños, en el que vendándose los ojos á uno de ellos, corre éste tras de los demás, y llegando á asir á alguno tiene que decir su nombre, y no acertando con él, le suelta y continúa la tarea. Esto es lo que nos sucede á los filósofos: con los ojos vendados alcanzamos alguna verdad; ¿para qué? para que no pudiendo sostenerla, se nos escape al momento."¹ Tenemos aún presente la notable confesión de un nuevo y ardiente partidario de la independencia racional. "Vosotros felizmente, decía Mr. Lamartine á los horticultores de *Saône et Loire*, vosotros felizmente no trabajais como nosotros sobre la dominación del pensamiento, con las incertidumbres del espíritu humano, con las nubes de la duda, con el espíritu de partido, con la manía de sistemas, con las pasiones, con los desvaríos, con las preocupaciones y los delirios de las escuelas, de las sectas, que todo lo oscurecen, y que caminan siglos enteros en el error ó en la duda, de los que no despiertan sino tardamente, cuando han tropezado en los abismos de las mentidas ciencias, y de cuyos abismos no huyen sino para caer en otros.—Vuestra ciencia se reduce á la práctica y experiencia.—Nosotros podemos durante muchos siglos vivir engañados en sistemas religiosos y sociales; podemos inventar las quimeras mas absurdas y ofrecerlas al mundo durante mucho tiempo como verdades."²

La falta de fé y de poder de la filosofía se ha conocido lo mismo entre los modernos que entre los antiguos. Platon invocaba la enseñanza extraordinaria para que el mundo se salvase del error: Ciceron juzgaba que todo era verosímil, y todo el mundo sabe que el escepticismo nunca dejó de existir en la antigüedad.

Es evidente que la suprema sabiduría de Dios no debia entregar la dirección de la libertad humana á una ciencia

¹ Enciclopedia, palabra *Verdad*.

² Discurso pronunciado en la sociedad de horticultura de *Saône et Loire*.

tan incierta como la filosofía, y, lo dirémos sin embozo, no debia abandonar esa libertad á la ciencia. La ciencia se forma por grados, á pasos lentos y á tientas; y adviértase que no tratamos del mundo físico, cuyas leyes, aunque desconocidas, siguen siempre su curso á pesar de las investigaciones y de las disputas de los hombres: trátase del mundo moral, cuyas leyes ignoradas se quebrantan necesariamente por los séres libres; siendo al mismo tiempo evidente, que todo el que viola una ley de la natureleza, por leve que sea, obra mal, ofende á la santidad de Dios, y abre una puerta al desórden, que le conduce á la muerte. Por esto decia San Pablo: "Por el pecado de uno solo entró la muerte al mundo."

Por otra parte, al confiar la direccion del hombre á la ciencia, el mal era inevitable; porque antes de que se adquiriese la ciencia, sin conocerla y sin que estuviese bajo el dominio de todos, era preciso obrar, y obrar sin reglas, es decir, caminar á ciegas y caer en el abismo. El conocimiento de nuestros deberes no debe depender de una ciencia adquirida con trabajo, siempre incierta y necesariamente imperfecta, sino que nos debe ser comunicada por la enseñanza divina, que escluye la discusion, las dudas y los vacíos. El conjunto de nuestros deberes ó debe ser completo ó no debe llamarse así; debe ser cierto ó no puede ser obligatorio. Es imposible que la conducta del hombre se someta á las variaciones, incertidumbres y contradicciones de una ciencia limitada, y que se la condene á obrar sin fé y sin fuerza, violando las leyes de la naturaleza, y ejecutando el mal que le degrada, corrompe, y le lleva á la muerte.

Todavía se conocerá mejor por qué Dios no podia abandonar la libertad humana á la sola direccion de la ciencia, si se recuerda lo que ya tenemos asentado, es decir, que la ciencia es impotente para constituir la sociedad moral. Pero aun cuando la ciencia hubiera encontrado sus fórmulas y aun cuando hubiera redactado sus leyes, ¿qué habria alcanzado? solo un código y nada mas que un código. Empero para que un

código tenga valor es necesario que sea aceptado; que las leyes generales que contenga se apliquen justamente á la infinita multitud de casos particulares, y que esas leyes sean ejecutadas exactamente; ó en otros términos, es necesario que ese código sea vivificado por los poderes legislativo, interpretativo y ejecutivo permanentemente: de lo contrario, nada seria. Luego sin estos requisitos el código de la ciencia moral careceria de sancion y en vano aspiraria á imperar sobre las voluntades libres, porque no vendria á ser otra cosa que la alfajía de la fábula.

De esta suerte, hablando prácticamente, al aconsejar Satanás al hombre que se sustrajera de la autoridad divina, y confiase la direccion de sus destinos á los cuidados de la ciencia, arrojaba sobre la tierra un falso y funesto principio, que debia ser necesariamente el gérmen de los mas desastrosos resultados. Nosotros seguiremos á ese principio sobre el campo de la esperiencia para demostrar sus vicios por los hechos, á fin de convencer á los espíritus de que la humanidad aislada de Dios, reducida á sus propias fuerzas y tiranizada por Satanás, jamas llegará á formar una sociedad moral, tipo único de la verdadera perfeccion.

CAPITULO IV.

El reino de Satanas ha producido la anarquía moral y el despotismo de la fuerza material.

Ciertos filósofos, entre los que Rousseau fué el órgano principal, pretendieron que la desigualdad y los otros males que afligen á la especie humana provenian de la institucion de la sociedad política, y consecuentes consigo mismos, no temieron provocar su destruccion, proponiendo la vuelta al estado salvaje. Pero ¿cómo hombres circunspectos han podido concebir reflexivamente una idea tan estravagante? Confundien-

tan incierta como la filosofía, y, lo dirémos sin embozo, no debia abandonar esa libertad á la ciencia. La ciencia se forma por grados, á pasos lentos y á tientas; y adviértase que no tratamos del mundo físico, cuyas leyes, aunque desconocidas, siguen siempre su curso á pesar de las investigaciones y de las disputas de los hombres: trátase del mundo moral, cuyas leyes ignoradas se quebrantan necesariamente por los séres libres; siendo al mismo tiempo evidente, que todo el que viola una ley de la natureleza, por leve que sea, obra mal, ofende á la santidad de Dios, y abre una puerta al desórden, que le conduce á la muerte. Por esto decia San Pablo: "Por el pecado de uno solo entró la muerte al mundo."

Por otra parte, al confiar la direccion del hombre á la ciencia, el mal era inevitable; porque antes de que se adquiriese la ciencia, sin conocerla y sin que estuviese bajo el dominio de todos, era preciso obrar, y obrar sin reglas, es decir, caminar á ciegas y caer en el abismo. El conocimiento de nuestros deberes no debe depender de una ciencia adquirida con trabajo, siempre incierta y necesariamente imperfecta, sino que nos debe ser comunicada por la enseñanza divina, que escluye la discusion, las dudas y los vacíos. El conjunto de nuestros deberes ó debe ser completo ó no debe llamarse así; debe ser cierto ó no puede ser obligatorio. Es imposible que la conducta del hombre se someta á las variaciones, incertidumbres y contradicciones de una ciencia limitada, y que se la condene á obrar sin fé y sin fuerza, violando las leyes de la naturaleza, y ejecutando el mal que le degrada, corrompe, y le lleva á la muerte.

Todavía se conocerá mejor por qué Dios no podia abandonar la libertad humana á la sola direccion de la ciencia, si se recuerda lo que ya tenemos asentado, es decir, que la ciencia es impotente para constituir la sociedad moral. Pero aun cuando la ciencia hubiera encontrado sus fórmulas y aun cuando hubiera redactado sus leyes, ¿qué habria alcanzado? solo un código y nada mas que un código. Empero para que un

código tenga valor es necesario que sea aceptado; que las leyes generales que contenga se apliquen justamente á la infinita multitud de casos particulares, y que esas leyes sean ejecutadas exactamente; ó en otros términos, es necesario que ese código sea vivificado por los poderes legislativo, interpretativo y ejecutivo permanentemente: de lo contrario, nada seria. Luego sin estos requisitos el código de la ciencia moral careceria de sancion y en vano aspiraria á imperar sobre las voluntades libres, porque no vendria á ser otra cosa que la alfajía de la fábula.

De esta suerte, hablando prácticamente, al aconsejar Satanás al hombre que se sustrajera de la autoridad divina, y confiase la direccion de sus destinos á los cuidados de la ciencia, arrojaba sobre la tierra un falso y funesto principio, que debia ser necesariamente el gérmen de los mas desastrosos resultados. Nosotros seguiremos á ese principio sobre el campo de la esperiencia para demostrar sus vicios por los hechos, á fin de convencer á los espíritus de que la humanidad aislada de Dios, reducida á sus propias fuerzas y tiranizada por Satanás, jamas llegará á formar una sociedad moral, tipo único de la verdadera perfeccion.

CAPITULO IV.

El reino de Satanas ha producido la anarquía moral y el despotismo de la fuerza material.

Ciertos filósofos, entre los que Rousseau fué el órgano principal, pretendieron que la desigualdad y los otros males que afligen á la especie humana provenian de la institucion de la sociedad política, y consecuentes consigo mismos, no temieron provocar su destruccion, proponiendo la vuelta al estado salvaje. Pero ¿cómo hombres circunspectos han podido concebir reflexivamente una idea tan estravagante? Confundien-

do por una distraccion muy frecuente en las almas agitadas por sistemáticas preocupaciones el efecto con la causa, ó mejor dicho, tomando lo uno por lo otro, dieron esos filósofos precisamente en lo contrario á la verdad. Lejos de que la sociedad política haya engendrado todos los males de la humanidad, estos mismos males se invocan como remedio de la sociedad política. De este modo los pueblos dando oído á los consejos insensatos de la filosofía, los ponen en práctica, descendiendo mas bajo que los brutos, á quienes se asemejan en la libertad, sin participar de los instintos providenciales que la regulan. Sin embargo, como dice Xenofonte en su *Cyropedia*, mientras que los animales se apegan con pasion al pastor que los conduce, el hombre no tolera al jefe que le gobierna, y siente fermentar en su corazon la levadura de la rebelion. ¹ ¿De qué proviene esto? De que el hombre segun los primeros designios de Dios, no nació para la sociedad política sino para la moral. Dotado de una alma pura y radiante de santidad, si hubiera sido dócil á la infalible direccion de su autor, no hubiera necesitado de otra direccion ni otras leyes; y la gran familia de la humanidad, libre con una libertad inocente, feliz con una suerte exenta de corrupcion, se hubiera desarrollado en paz, igualdad y fraternidad sinceras, que jamas se hubieran perturbado por el soplo de las pasiones.

Despues que el hombre desobedeció á Dios, se encontró dueño de sí mismo, y esperó que por sus propias fuerzas podria mantener la sociedad moral; creyó que podria conservar la verdad, y que esa verdad tendria poder bastante para sujetar á todas las voluntades en el camino recto. Las primeras sociedades fueron puramente teocráticas: los hombres eran como los representantes de Dios, encargados de transmitir á sus hermanos la ciencia del bien y del mal; pero bien pronto fué ineficaz su enseñanza, y se huía de su voz; y la libertad, despreciando los principios racionales, se escapaba

¹ Prefacio de la *Cyropedia*.

de la línea recta, y ya fué necesario sujetarla por medios mas fuertes que los de la persuasion. Solo una nacion, por un favor especial de la Providencia, conservó por mas tiempo que las otras el régimen de la sociedad teocrática, y pudo en virtud de la proteccion de Dios conservarlo siempre; pero seducida por el ejemplo de los pueblos vecinos, quiso tener un gobierno como el de ellos. "Ved, dijeron los judíos á Samuel, que has llegado á la ancianidad, y tus hijos no siguen tus caminos: nombradnos un rey para que nos juzgue, como lo tienen las demas naciones." Samuel consultó al Señor, y el Señor le respondió: "No es á tí, sino á mí á quien se dirige esa increpacion del pueblo: haz lo que te dicen, y dales un rey que los gobierne." ¹

Así fué como el hombre no tardó en hacer justicia, comprendiendo él mismo que no era capaz de constituir la sociedad moral. Por lo demas, difícil le hubiera sido conservar tal ilusion, considerando el espectáculo que le ofrecia la tierra despues de la desobediencia. "Hé aquí, dice el Todopoderoso, ofendido por su criatura; hé aquí á Adam que se ha hecho como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal: no sea que estienda la mano y coma del árbol de la vida y viva eternamente." Dicho esto, hízose invisible el Omnipotente, y arrojó al hombre del paraiso, abandonándole á sus deseos, y dejándole el cuidado de proveer sus destinos. ²

Fijemos ahora esa nueva situacion, en la que se encuentra nuestra especie.

Todavía está dotado el hombre de poderosas facultades: tiene una inteligencia vasta, una sensibilidad viva, una voluntad fuerte, y sentidos vigorosos: en el fondo de su corazon todavia lee la revelacion divina, ese fuego puro de verdad, que Dios mismo se habia encargado de atizar. Pero estas cualidades no constituian el todo de la existencia pervertida del hombre. El trato con el espíritu impuro le habia

¹ I de los Reyes, cap. 8.

² Génesis, cap. 3.

traído un germen de corrupcion, del que ya habia experimentado los tristes efectos. Desde entonces comenzó á levantarse en su interior la guerra intestina : allí no reinaba el bien sino á medias : los buenos y los malos deseos se combatian sin descanso en su débil corazon, teatro de continuas guerras, y desgraciada víctima del eterno buitres que le despedazó : ya no era como un sér simple, sino doble ; no podia creer en el seno de una dulce paz, sino en las turbaciones de la guerra. Si tal como Dios le habia criado al principio, en toda la pureza de su naturaleza, era ya el hombre un sér finito, impotente para crear la ciencia moral, ¿ qué seria cuando el veneno obraba en él ? La perversion de sus inclinaciones no le permitia buscar el bien con indiferencia ; bien que descubierto debia imponerle reglas que deberia trasmitir á su voluntad para reducirlas á actos difíciles de cumplir. Adquiriendo la ciencia del bien y del mal, cada uno de los descendientes de Adam tenia que levantarse contra sí mismo, contra los deseos mas caros á su corazon ; deberia ser juez de diferencia, en la que estaba necesariamente interesado ; y como nadie es juez en su misma causa, debia tenerse por sospechoso, y temer que su sentencia fuese dictada más por el aliciente de su pasion, que por el amor á la verdad.

Pero veamos prácticamente al género humano. Su trabajo, á decir verdad, no era tan difícil como nosotros lo suponemos. Realmente no debia formar la ciencia moral, sino que debia solo conservarla : intacto habia quedado el sagrado depósito de las verdades reveladas por Dios, y la humanidad no tenia que hacer otra cosa mas que respetarlas, para tener una regla invariable de su conducta. Sin embargo, esto aun fué mucho para su debilidad y corrupcion. Teniendo entre sus manos las tradiciones primitivas, no tardaron en degradarse, desnaturalizarse y hacerse inconocibles. A la única religion verdadera, de quien el hombre era el guardian, sucediéronse bien pronto una multitud de religiones falsas, obras de la imaginacion, de las pasiones, del capricho

y de la ignorancia. La anarquía llegó á su colmo. No solo cada pueblo tuvo su culto particular, sino que los cultos variaban segun los tiempos, los climas y las circunstancias, á tal grado, que no seria posible clasificarlos. En ningun pueblo, escepto el judío, se encontraba una religion fundada sobre la creencia pura de la unidad de Dios. Esta creencia despues de haber sido desfigurada por estravagantes y ridículas teogonías, fué sucesivamente desnaturalizada en la India por el panteismo, mutilada en Persia y en Egipto por el dualismo, y en todas partes despedazada por el politeismo. Todo fué hecho Dios, dice Bossuet, escepto Dios mismo. Divinizáronse los astros, los elementos y las diferentes fuerzas de la naturaleza ; adoráronse los hombres, los animales, las plantas, y para eterna vergüenza del espíritu humano, adoráronse las pasiones mas bajas, y los vicios mas degradantes se colocaron sobre los altares y recibieron adoraciones. Las demas verdades morales, que son consecuencia de la unidad de Dios, sufrieron las mismas vergonzosas vicisitudes que ésta : se despreciaron las relaciones entre Dios y los hombres ; y las ceremonias y prácticas religiosas que son la espresion de aquellas relaciones, lejos de recordar la bondad, la majestad y la santidad divinas, fueron destinadas á santificar la crueldad de los sacrificios humanos, la ignominia de las supersticiones idolátricas, y la infamia de misteriosos secretos. Chronos, Baal, Teutates, Pan, Baco, Venus y Cibeles nos recuerdan extrañas aberraciones y monstruosos escesos. Inventáronse acerca de la otra vida las fábulas mas absurdas : la metempsícosis obtuvo gran boga, y las nociones sobre el paraíso y el infierno estaban tan sobrecargadas de invenciones, que era necesario, siguiendo el pensamiento de Sócrates, tener una fé muy firme para no juzgarlas como cuentos de viejas.

Así como el hombre se habia olvidado de Dios y de sus relaciones con su Creador, no menos se habia olvidado de sí mismo y de las relaciones con sus semejantes. Las ideas sobre nuestro origen, naturaleza y fines fueron inciertas ; y el

hombre ó se envilecia hasta el extremo, ó se sublimaba neciamente: ora se reputaba como víctima de la fatalidad, ora como un fenómeno divino: unas veces se resignaba bajo el yugo de la esclavitud, y otras con impudencia aspiraba á los honores de la divinidad. Perdida la idea de la unidad de Dios, la idea de un padre comun de todos los hombres, se fué igualmente debilitando: se establecen las castas y las naciones; y la humanidad ya no se reputa como una gran familia de hermanos, sino que es una multitud de séres desunidos, que se repelen y se tratan mutuamente como extranjeros, como bárbaros y enemigos, descendiendo la humanidad á la esfera de las cosas, sobre las que se puede traficar. En vano se tuvo la idea de levantar en Babel una capital universal, y de construir un soberbio monumento que sirviese de punto de reunion, porque ese lugar no se hizo célebre sino por la confusion de lenguas y por la consumacion de la anarquía moral.

Cuando la verdad estuvo para extinguirse completamente, ciertos hombres que se reputaban mas sabios que los demas, sonrojándose de los excesos de la humanidad, emprendieron restablecer por sí solos el edificio moral, que no se habia podido preservar de la ruina. Loables eran, si se quiere, sus intenciones; pero la empresa era superior á sus fuerzas. Sin embargo, pusieron manos á la obra. Thalés y Pithágoras fueron los primeros que buscaron en la ciencia la solucion de los grandes problemas, para saber qué habia ocasionado el olvido y oscurecimiento de la verdad. Desgraciadamente el resultado frustró las esperanzas. Desde el punto de partida esos filósofos estuvieron desacordes enteramente, y ese desacuerdo fué en progresion hasta llegar á establecer proposiciones enteramente contrarias, pero igualmente tan funestas como falsas. Los sistemas de sus diferentes escuelas entrañaban el gérmen de los errores universales, de donde nacian los otros, como el panteismo, el dualismo y el ateismo. Thalés y Anaxágoras admitieron dos principios eternos é increados, la materia y espíritu; y Anaximenes y Anaximan-

dro admitieron un solo principio material, de cuyo seno salió todo lo creado. Segun Phytágoras, el principio de las cosas es la *unidad absoluta, espíritu y materia, que todo lo comprende, de donde todo sale, y adonde todo vuelve*. Por otro lado, la escuela social creada en la sensualidad, negaba la existencia de un mundo espiritual, y terminaba en el materialismo; al paso que la itálica, considerando las sensaciones como ilusorias, echaba el fundamento del idealismo, y procediendo lógicamente, negaba la existencia del mundo material. Estas consecuencias se desarrollaron rápidamente; y otros filósofos, aceptando la herencia de sus antecesores, la hicieron fructificar, y resueltamente sostuvieron el panteismo espiritualista, ó el panteismo materialista. El uno sostenia la existencia de un *solo Sér inmaterial, eterno, infinito é inmutable*, afirmando que los otros séres finitos no eran sino pura ilusion; y el otro, al contrario, defendia que no existia en el mundo sino una *pluralidad indefinida de principios materiales*, y que el Sér único y espiritual no era sino una imaginacion. Hiciéronse estas diferentes sectas una guerra encarnizada, y la lógica, reducida á arte, no sirvió para que una discusion sábia trajese al conocimiento de la verdad, sino para lanzar con mejor resultado las saetas pérfidas del sofisma.

Todas estas interminables disputas conmovian á los espíritus. Parmenides sostuvo que los sentidos no nos ofrecian sino apariencias: Zenon probó que todas las ideas sobre lo finito eran contradictorias; Metrodoro de Chio, arrebatado por el escepticismo mas desesperado, exclamó: "*Yo mismo ignoro si algo sé.*"

Así era como la razon orgullosa, que habia osado asemejarse á Dios, aspirando á conocer el bien y el mal, se castigaba, renegando de sí misma. Repentinamente una nube de sofistas se echaron sobre el ídolo derrumbado, y revistiéndolo de mil trajes, le hicieron desempeñar toda suerte de papeles. Sócrates corre á su defensa, y librándolo de las profanaciones de los farsantes, lo coloca sobre su antiguo pedestal.

Advertido por las desgracias anteriores, estuvo en guardia é hizo un esfuerzo magnánimo por recobrar su dignidad perdida y su arruinado imperio. De ese esfuerzo nació el gran Platon, que llevó el sobrenombre de divino; pero ¡oh fatalidad! también salieron Aristóles el convenenciero, Zenon el fatalista, Diógenes el ruin, Epicuro el ateo, Ebulides el disputador, Pirro, Arcésilas, y Carneades, nuevos apóstoles del escepticismo. En todos tiempos encontraremos la corrupcion, la disolucion y la anarquía; y siempre veremos que si la razon parece elevarse un momento, es para volver á caer en los abismos. Seamos, sin embargo, indulgentes para con la razon, y no la juzguemos sino por el lado mas favorable, esto es, segun las doctrinas de su mas ilustre intérprete. ¿Creeráse por esto que la filosofia racionalista, aun cuando hubiese permanecido en la altura donde la colocó el divino Platon, no blasonaria pretensiones exorbitantes, aspirando al gobierno moral del mundo? Examínense los sistemas de ese filósofo, médase su capacidad, y fállese luego. Los sistemas de Platon no pasan de puros sistemas, sin autoridad ninguna sobre los espíritus; sistemas vagos, incompletos, inaccesibles al vulgo, entregados á todos los caprichos de la interpretacion individual, y donde los hombres jamas encontrarán ni las reglas de todas sus acciones, ni la fuerza suficiente para practicarlas. Por lo demas, el mismo Platon tiene por insuficientes sus doctrinas, cuando apela al socorro de *lo alto*, y afirma que la humanidad no alcanzará nunca la verdad moral, si Dios no se digna revelarla. Razon tenia el filósofo para juzgar así; y sus sistemas tan vanos, como manchados de errores graves y funestos, son la mas irrefragable prueba de la verdad asentada. Platon, que supo revestir ciertas verdades con tan brillante esplendor, pagó en otros muchos puntos, como el último de los mortales, un copioso tributo de la debilidad humana. Así fué que admitia la eternidad de la materia, negaba el libre albedrío, y sancionaba en su república la abolicion de la propiedad, el establecimiento de castas, la comunidad de muje-

res é hijos, el aborto, la inmolacion de los hijos defectuosos, incorregibles, ó nacidos sin permiso de la ley, la proscripcion de extranjeros y la esclavitud. Hé aquí al gran filósofo, bajo cuya proteccion se ampara con tanta complacencia la filosofia, proponiéndonoslo con admiracion por modelo y como su mas digno órgano. Y si Platon pudo emitir las mas falsas y deplorables doctrinas, ¿se podia esperar algo mas razonable de todos los demas filósofos que le fueron inferiores? No, ciertamente; y los estravagantes sistemas que idearon, son la mejor prueba que pudiera darse: de modo que, faltándole á la humanidad confianza en sus directores ciegos, hubieran quedado realmente sin leyes y sin sociedad moral.

Ved, pues, el resultado de esa ciencia que apareció en el mundo con tanta presuncion, y que pretendia volvernos las diferentes verdades que las diferentes religiones no habian podido conservar intactas en el fondo de sus santuarios. Doctrinas mas perniciosas que la idolatría misma salieron de esas escuelas y borrarón lo que quedaba de la fe primitiva en el fondo de las almas. Así fué que los pueblos, guiados por instinto natural de conservacion, se armaron contra los filósofos; y el tiempo ha venido á justificar sus presentimientos y su conducta, porque es un hecho, como lo han observado muchos escritores insignes, entre los que se cuentan Chateaubriand, Lamennais y Villemain, que los imperios afianzados por los siglos y por la prudencia han sido destruidos por los sofistas; y que mas vale una mala religion, que una buena filosofia. Siempre y por cualquier parte que el error llega á la inteligencia, no es posible que la voluntad deje de resentir el golpe: y de este modo cuando Satanás engañó á la humanidad, directamente la condujo al mal.

En efecto: veamos cuáles son gradualmente los frutos de la primera desobediencia. Todavía están grabadas sobre la superficie de la tierra las cicatrices profundas que testifican un espantoso trastorno. En consonancia con esos indicios, las tradiciones antiguas refieren que un diluvio de aguas

inundó toda la tierra, pereciendo todos los hombres, excepto una familia; empero esas tradiciones no dejaban ver sino confusamente la causa de esa terrible catástrofe; y si los anales de ese pueblo, de que ya hemos hablado, no nos revelasen el misterio de nuestra caída, siempre estaríamos precisados á conjeturar segun las relaciones mas ó menos fabulosas de los otros pueblos; porque nuestros sabios muy bien habrían podido discurrir sobre los signos que indican el gran cataclismo, racionando sobre las razones físicas; pero siempre ignorarian la causa moral, la causa primera y determinante. Hé aquí cómo los Libros santos esplican el diluvio, observando á la vez, que bajo las fábulas paganas se encuentran las mismas ideas. "Y viendo Dios que era mucha la malicia de los hombres y que se multiplicaba la malicia de sus corazones, dijo: No permanecerá mas mi espíritu sobre el hombre, porque es de carne: la tierra se ha corrompido y está llena de iniquidades; toda carne se habia corrompido." ¹ Ovidio, el cantor de las tradiciones paganas, pinta asimismo un oscuro cuadro de la corrupcion de costumbres en la época anterior al diluvio: "El crimen, dice, habia invadido la tierra; el pudor, la verdad y la buena fe huyeron perseguidos por la mentira, el fraude, la perfidia, la violencia, la codicia, la rapiña y la guerra, que se colocaron en su lugar: el huésped no podia contar con la buena fe de su huésped, ni el suegro con la de su yerno, y aun el mismo hermano desconfiaba de su hermano: el esposo disponia en secreto el veneno para su esposa; el hijo calculaba sobre la vida de su padre; huyó la probidad y la justicia; á su vez la vírgen Astrea abandonó un lugar siempre manchado de sangre; y aun el mismo cielo no estuvo al abrigo de la impiedad de los hombres; y hubo gigantes, que pretendieron escalar las alturas y derribar el trono de los dioses."

Hé aquí la triste historia de los primeros pasos de la liber-

¹ Génesis, cap. 6.

² Ovidio, Lib. 1º de las Metamórfosis.

tad entregada á su propia direccion. Colocada entre diversas sendas, de las cuales solo una era recta, pero estrecha, monótona y difícil, y las demas multiplicadas, amplias, graciosas y fáciles, la libertad retrocede en presencia del camino áspero, y á semejanza de un corcel que se escapa de la mano de quien le guia, ciego se precipita por las sendas que ante los ojos tienen tantos atractivos. Faltó la fuerza necesaria para resistir á las seducciones y encantos del placer; y fascinada y seducida la libertad, ya no aspiraba ni veia otra cosa que los placeres; y lejos de emplear la fuerza del entendimiento para buscar y conservar lo verdadero, y el poder de la voluntad en practicarlo, no procuró otra cosa que saborearse é inventar nuevos goces. Desgraciadamente despues de la corrupcion de nuestra naturaleza hizose el placer un cebo fatal del que se debia desconfiar; porque si el placer era en ciertas ocasiones la recompensa de un deber satisfecho con trabajo, en otra, y esto era lo mas comun, era el resultado de una obligacion fácilmente violada. Siempre que se buscara el placer por el placer mismo, sin averiguar su origen, violábase la ley de los seres libres, que solo deben solicitar lo bueno, aunque sea con el sacrificio de lo mas caro; de lo contrario, se escitan todas las malas inclinaciones, y queda abierto el campo de las orgías, del desenfreno y toda clase de desórdenes. Y así fué que habiendo perdido el hombre la regla del espíritu, no tardó en caer bajo la dominacion de los placeres libidinosos, enfangándose en todas las torpezas de la sensualidad, y manchándose con las infamias mas aborrecibles. Entonces fué cuando contemplando Dios su obra la desconoció, y cuando, segun la enérgica espresion de la Escritura, se arrepintió de haberla creado, y decidió á hundir la tierra, perdida en la sensualidad, en las aguas del diluvio. *Perdendum mortale genus*: así habla el Júpiter de Ovidio. ¹

Pero el tremendo castigo con que fué afligida la genera-

¹ Libro 1º de las Metamórfosis.

cion del hombre ¿cambió su naturaleza? ¿es mas avisada para conocer que si se perdió por seguir un camino estraviado debe buscar otro seguro? De ningun modo. Trabajados los hombres por un mal inveterado, cuyas raices llegan hasta las últimas fibras de nuestro sér, no bien salieron de las aguas del diluvio, cuando volvieron á caer en los mismos males; y seguramente Dios hubiera consumado nuestra ruina, si como amante padre, que arranca de las manos de su hijo una arma destructora, no nos hubiera hecho en cierto modo impotentes, poniéndonos un dique que no pueden saltar ni los mas criminales. Disminuyó los dias de nuestra existencia, se debilitó nuestro entendimiento, y embotado de este modo el instrumento de nuestra ruina, compadeciéndose de nosotros, y dijo: "No volveré á maldecir la tierra por causa de los hombres, porque el sentido y el pensamiento del corazon humano son propensos al mal desde su juventud."¹

El hombre quedó libre y capaz de obrar el bien, ó el mal, pero en una esfera mas limitada; mas en esa limitada esfera nunca supo la ciencia librar al hombre de la tiranía de las pasiones. Hemos dicho anteriormente que el panteísmo, el dualismo y el politeísmo ocuparon el lugar de la verdadera religion, y que las doctrinas que contenian, lejos de proteger la libertad, la anonadaban ó la sacrificaban completamente sobre los altares de los vicios. Creer que todo es Dios, ó juzgar que nosotros somos juguete de dos poderosos enemigos, ¿qué era sino destruir la libertad? Adorar á la voluptuosidad ¿no equivalia á abjurar toda moral? La filosofía hizo todavía peores males, porque acabó por precipitar la decadencia de las costumbres. No conforme con reproducir los sistemas religiosos fatalistas, introdujo el escepticismo y se ocupó en dar valor científico á las teorías disolventes. Alguna vez se oia la voz de la verdad declamando contra el vicio, recordándole al hombre la dignidad de su naturaleza; pero otras voces mas numerosas y mejor atendidas hacian la apo-

¹ Génesis, cap. viii, v. 21.

logía de las pasiones que presentaban bajo las formas mas seductoras. Pero habia aun otro mal mas grave, y era la falta de autoridad de los hombres sabios, que tomaban la representacion del bien ante sus semejantes. Cuando Sócrates predicaba la virtud á sus conciudadanos, obedecia sin duda á un instinto noble de su conciencia; pero predicándola á nombre de la filosofía, ¿qué garantía pudiera dar á sus palabras? Atended á los comentarios de la filosofía: ¿qué cosa es la virtud? Platon responde: "Es la imitacion de Dios." (Pero ¿de qué Dios?) Aristóteles: "Es un medio entre las pasiones contrarias;" Antisteno y Zenon: "Es el cuidado de seguir la naturaleza." (¿Qué cosa es seguir á la naturaleza?) "Buscar la felicidad," dice Arístipo: "buscar el placer," dice Epicuro: "obedecer los instintos de la crápula," dice Diógenes: es, dicen á una voz los pirrónicos, en la incertidumbre de todas las cosas, "vivir segun la fantasía." De este modo la filosofía nos conducia lógicamente, en el órden de las acciones, como en el de los pensamientos, á la mas completa anarquía; porque ¿qué cosa es vivir segun las fantasías de la naturaleza, sino el abandonarse á todos los caprichos de las pasiones? Y ¿sobre qué cimiento podia estribar la doctrina de Sócrates ni la de otros filósofos para la regeneracion de la sociedad, cuando la filosofía tenia un lenguaje tan discordante, tan ridículo y tan inmoral; y cuando abdicando su poder entre las manos de los torpes instintos, declaraba que el término de la sabiduría era seguirlos ciegamente? No hay duda que ningun apoyo podrian encontrar los filósofos para sancionar su moral, supuesto que el que podian usar se prestaba tanto para sostener las buenas como las malas doctrinas, las honestas como las mas degradantes costumbres.

Por esto la antigüedad no pudo evitar las desastrosas consecuencias que entrañaba necesariamente aquella desgraciada situacion, y por eso fué víctima de las pasiones. Todavía vemos sobre la frente de las sociedades antiguas las hondas huellas de los cuatro abominables vicios que resumian todos

cion del hombre ¿cambió su naturaleza? ¿es mas avisada para conocer que si se perdió por seguir un camino estraviado debe buscar otro seguro? De ningun modo. Trabajados los hombres por un mal inveterado, cuyas raices llegan hasta las últimas fibras de nuestro sér, no bien salieron de las aguas del diluvio, cuando volvieron á caer en los mismos males; y seguramente Dios hubiera consumado nuestra ruina, si como amante padre, que arranca de las manos de su hijo una arma destructora, no nos hubiera hecho en cierto modo impotentes, poniéndonos un dique que no pueden saltar ni los mas criminales. Disminuyó los dias de nuestra existencia, se debilitó nuestro entendimiento, y embotado de este modo el instrumento de nuestra ruina, compadeciése de nosotros, y dijo: "No volveré á maldecir la tierra por causa de los hombres, porque el sentido y el pensamiento del corazon humano son propensos al mal desde su juventud."¹

El hombre quedó libre y capaz de obrar el bien, ó el mal, pero en una esfera mas limitada; mas en esa limitada esfera nunca supo la ciencia librar al hombre de la tiranía de las pasiones. Hemos dicho anteriormente que el panteísmo, el dualismo y el politeísmo ocuparon el lugar de la verdadera religion, y que las doctrinas que contenian, lejos de proteger la libertad, la anonadaban ó la sacrificaban completamente sobre los altares de los vicios. Creer que todo es Dios, ó juzgar que nosotros somos juguete de dos poderosos enemigos, ¿qué era sino destruir la libertad? Adorar á la voluptuosidad ¿no equivalia á abjurar toda moral? La filosofía hizo todavía peores males, porque acabó por precipitar la decadencia de las costumbres. No conforme con reproducir los sistemas religiosos fatalistas, introdujo el escepticismo y se ocupó en dar valor científico á las teorías disolventes. Alguna vez se oía la voz de la verdad declamando contra el vicio, recordándole al hombre la dignidad de su naturaleza; pero otras voces mas numerosas y mejor atendidas hacian la apo-

¹ Génesis, cap. viii, v. 21.

logía de las pasiones que presentaban bajo las formas mas seductoras. Pero habia aun otro mal mas grave, y era la falta de autoridad de los hombres sabios, que tomaban la representacion del bien ante sus semejantes. Cuando Sócrates predicaba la virtud á sus conciudadanos, obedecia sin duda á un instinto noble de su conciencia; pero predicándola á nombre de la filosofía, ¿qué garantía pudiera dar á sus palabras? Atended á los comentarios de la filosofía: ¿qué cosa es la virtud? Platon responde: "Es la imitacion de Dios." (Pero ¿de qué Dios?) Aristóteles: "Es un medio entre las pasiones contrarias." Antisteno y Zenon: "Es el cuidado de seguir la naturaleza." (¿Qué cosa es seguir á la naturaleza?) "Buscar la felicidad," dice Arístipo: "buscar el placer," dice Epicuro: "obedecer los instintos de la crápula," dice Diógenes: es, dicen á una voz los pirrónicos, en la incertidumbre de todas las cosas, "vivir segun la fantasía." De este modo la filosofía nos conducia lógicamente, en el orden de las acciones, como en el de los pensamientos, á la mas completa anarquía; porque ¿qué cosa es vivir segun las fantasías de la naturaleza, sino el abandonarse á todos los caprichos de las pasiones? Y ¿sobre qué cimiento podia estribar la doctrina de Sócrates ni la de otros filósofos para la regeneracion de la sociedad, cuando la filosofía tenia un lenguaje tan discordante, tan ridículo y tan inmoral; y cuando abdicando su poder entre las manos de los torpes instintos, declaraba que el término de la sabiduría era seguirlos ciegamente? No hay duda que ningun apoyo podrian encontrar los filósofos para sancionar su moral, supuesto que el que podian usar se prestaba tanto para sostener las buenas como las malas doctrinas, las honestas como las mas degradantes costumbres.

Por esto la antigüedad no pudo evitar las desastrosas consecuencias que entrañaba necesariamente aquella desgraciada situacion, y por eso fué víctima de las pasiones. Todavía vemos sobre la frente de las sociedades antiguas las hondas huellas de los cuatro abominables vicios que resumian todos

los demas; el orgullo, la avaricia, la crueldad y la lujuria. El orgullo se manifestó hasta la demencia en la pasion de los reyes por las genealogías divinas, en el porte de vida, y en las bravatas ridículas del escepticismo por las que se igualaban á los dioses: la avaricia se personificó en el usurero; y el procónsul romano, despojando unas provincias y asolando otras, no tenia rubor, como Scipion, Salustio y Verro, de ostentar el lujo escandaloso de sus rapiñas. La crueldad formaba asimismo el fondo de carácter de la antigüedad: las inclinaciones salvajes de la indiferencia hácia la miseria, el infortunio y el sufrimiento; los azotes, las cadenas y la cruz para los esclavos, que formaban los dos tercios del género humano; los espectáculos bárbaros, donde millares de hombres se degollaban por entretener al pueblo; el saqueo de las ciudades vencidas; el esterminio ó la esclavitud de los pueblos conquistados: todo esto constituia el estado normal de la sociedad del antiguo mundo, identificado ademas con la pasion de la lujuria. Las costumbres de los hombres no podian menos que estar en armonía con las de los dioses; y habia un perfecto acuerdo en la corrupcion del cielo y la tierra. Sodoma y Gomorra, Nínive y Babilonia, Antioquía y Corintio, &c., no se hicieron célebres sino por su perversion; las bacanales y saturnales, los misterios de Ceres y de Cibeles, cítanse como el tipo del desórden y disolucion, elevados al rango de lo sagrado. Herodoto refiere que las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Venus en Babilonia,¹ y Strabon dice que en el templo de la misma diosa en Corintio contaba como propiedad mas de mil prostitutas, sacerdotisas ó esclavas. En la Armenia las familias mas ilustres consagraban á sus hijas vírgenes á la diosa impúdica.² Todo esto no era sino resultado forzoso de las tendencias naturales, y era forzoso que el hombre separado de Dios, se deshonrase á sí mismo y ultrajase su naturaleza al ultrajar

1 Herodoto, Lib. 5º

2 Luciano.

su dignidad. Entregado á sus depravados sentidos, concibió un sinnúmero de deseos incalificables, cometió actos contra la naturaleza sin el menor horror: la mas esquisita delicadeza no se ofendia de aquellas costumbres, y se vió á la filosofía severa jugar con esas monstruosidades. Virgilio, Horacio y Tibulo las cantaron; el mismo Sócrates fué acusado: Ciceron se acusa de tales excesos en su hermoso tratado de *La naturaleza de los dioses*; y el grave Caton fué convencido de que fueron su pasion dominante.

¡Júzguese por lo dicho de la intensidad y estension que tenia la lepra que consumia al género humano! Inoculada esa lepra con la desobediencia primera, no cesó de cundir, para que se hiciese palpable la impotencia del género humano para curarla, á pesar del perfeccionamiento á que llegó en las ciencias y las artes, cuyos adelantos lejos de atajar el mal le favorecian; porque los siglos mas civilizados (como lo demostró Rousseau en su famoso é irrefutable discurso, coronado por la academia de Dijon) fueron los mas corrompidos, ó los mas cercanos á la corrupcion. Por último, para completar la prueba, ábrese con el siglo tan ilustrado de Augusto, una era tal de decadencia, que sin necesidad de un nuevo diluvio, la sociedad se hubiera anonadado en la podredumbre, si continuara entregada á sus propios destinos.

Fáltanos ahora esplicar, cómo el reino de Satanás, entrando la anarquía moral, debia engendrar, por última y necesaria consecuencia, el despotismo de la fuerza material.

El primer efecto de una libertad sin otra regla que un capricho individual, falible y depravado, es decir, sin regla segura, es el de destruir, por la diversidad de sus actos, la igualdad de los séres libres. Los que obrasen con mas cordura, violando menos las leyes de la naturaleza, serian mas fuertes; entretanto que los mas ignorantes, atacando los principios de la constitucion al minarla con sus excesos, se harian mas débiles. El segundo efecto de una libertad desarreglada es el de aniquilar la fraternidad; porque tal libertad, se-

ñalándose por actos injustos que violan los derechos de los otros seres libres, no puede menos que escitar el odio de los agraviados: el hombre en este caso no ve en su semejante un hermano benéfico, sino un enemigo temible; el hombre, recordando la enérgica espresion de Hobbes, ve un lobo en vez de otro hombre: y luego que la inhumanidad y desigualdad hayan aparecido sobre la tierra, será imposible que respeten la libertad que las engendró; siendo el tercer y último efecto de la libertad de que tratamos indigna en verdad de tan grato nombre, la destruccion de toda libertad. Desde el instante que se establezca la desigualdad entre débiles y fuertes, y que el amor no arregle las relaciones mutuas, comenzarán las disensiones, y el resultado no puede ser dudoso. Dos poderosos móviles escitarán á los fuertes á arrebatarse la libertad á los débiles; el deseo de librarse de una libertad incómoda, y la tentacion de confiscarla para hacerla servir al orgullo y bienestar: y se puede predecir desde luego que los poderosos no resistirán á esos móviles tan enérgicos, que por otra parte no tienen el contrapeso suficiente. Nosotros siempre tendremos como un axioma irrefragable, que toda libertad incierta en sus actos y capaz de hacer el mal, aniquila la igualdad y la fraternidad, inmolándose en seguida con sus propias manos sobre el cadáver de sus dos nobles víctimas.

Estas esplicaciones sucintas bastan, á nuestro modo de ver, para que se comprenda cuáles debieron ser las consecuencias del reinado de Satanás. Separóse á Dios del gobierno del mundo; no hubo ya otra autoridad suficiente sobre las voluntades, y cada una quedó señora de sí misma, pero señora ciega en sus movimientos, vagando á la ventura por el soplo fatal y caprichoso del acaso ó de la fantasía; desarrollóse la anarquía mas completa, y por consiguiente, la confusion, el desórden, el choque y los padecimientos. No podia durar semejante situacion; y en vano los que se sentian víctimas se esforzaron en escogitar un remedio que minorase los males

y que trajese la paz sobre la tierra, procurando restablecer la sociedad por los medios con que podian contar. Impotentes para unir las voluntades directamente, trataron de ligarlas por medio del cuerpo, para obtener por la fuerza lo que no alcanzaba la autoridad de la palabra. Fundóse entonces la sociedad política; pero desgraciadamente los fundadores de esta sociedad no estaban mas seguros sobre la verdad moral que los demas hombres con los que discordaban, y por lo mismo no pudieron darla por base de sus instituciones. Animados por el egoismo, el terror y la utilidad particular fueron sus normas. Por miedo á la libertad falta de principios, la impusieron pesados lazos, ó la ahogaron bajo cadenas severísimas; y por un cálculo mas combinado con el interes particular que con el del comun, consagraron como derechos la desigualdad, la inhumanidad y la esclavitud, engendradas por el abuso de las vías de hecho. De esta suerte toda la sociedad antigua reposaba sobre la ley de la fuerza, sobre la servidumbre de los débiles á los poderosos, de las minorías á las mayorías, y de los vencidos á los vencedores. Una rápida mirada sobre aquellas sociedades bastará para convencernos plenamente. ¿Qué es, pues, lo que vemos? En la sociedad de la familia vése un jefe absoluto, el padre, que mira á sus hijos, no como un depósito sagrado que le fué confiado por el cielo, sino como un rebaño del que puede disponer á su agrado: el padre vendia á sus hijos, los esponia en los caminos, los arrojaba en un pozo, ó los mataba con sus propias manos; y todos estos actos estaban reconocidos por el derecho. En la sociedad conyugal el marido era todo y la mujer nada: ésta siempre en tutela y esclava; siempre envilecida, sufría en el hogar doméstico la presencia de muchas rivales, ó el divorcio tenia suspendida sobre su cabeza la espada de Damócles: sometida á todos los caprichos de su tirano, debia soportarlos sin quejarse, porque el marido tenia sobre ella el derecho de muerte. Sobre el mismo sistema se fundaba la sociedad civil: por un lado colocaba al hombre li-

bre, y por otro al esclavo. Este estaba privado de todos los derechos; no era reputado como persona, sino como cosa, mientras que su dueño tenía sobre él un derecho tan absoluto, que podía á su placer destrozarle el cuerpo, arrojarle á los viveros de pescados, ó hacerle espirar sobre una cruz. A su vez también el ciudadano libre sentía la ley del mas fuerte: anonadado con relacion á la sociedad nacional, en nada se consideraba su individualidad; y aun él mismo se creía destinado fatalmente al sacrificio de su patria. Si nos remontamos hasta la sociedad política, encontraremos asimismo el despotismo mas absoluto: veremos á los reyes deificados, y á los súbditos esclavos; ó veremos en las democracias turbulentas, facciosas y salvajes á los grandes oprimiendo al pueblo, ó al pueblo tratando de oprimir á los grandes; siempre en eterna lucha. Para concluir, veremos á toda la humanidad, no como una gran familia de hermanos, sino cual la imagen que ofrece un campo de batalla, disputado siempre y ocupado á su vez por el mas audaz y poderoso. Guiados por el instinto de la unidad, y arrastrados por una ambicion insaciable, todos los grandes conquistadores pretendieron sojuzgar la tierra entera. Nabucodonosor, Sesostris, Ciro y Alejandro, probaron realizar una opresion universal; y si no lo consiguieron, fué porque les faltaron los medios, pero no la voluntad.

Algunos aventureros, sin embargo, se reunieron para fundar una ciudad, que por una especie de prevision de sus destinos se llamó *la fuerza*. Poseidos de un espíritu atrevido y emprendedor sus fundadores, concibieron el pensamiento de realizar la obra que no pudieron llevar al cabo los antiguos conquistadores. Tal pensamiento, que de la cabeza de un hombre habia pasado á la de una ciudad, y muy pronto á un gran pueblo, tomó cuerpo y vida, y no volvió á morir. Roma continuó la tarea con una perseverancia asombrosa y con una inteligencia admirable sobre el uso de la conquista. Roma, afortunada en sus empresas, derramó sus legiones por

todas partes y todo cayó bajo sus armas; y las naciones vencidas y humilladas, vinieron sucesivamente á prosternarse á sus piés, encorvadas bajo su yugo; y un dia en la persona de su emperador, subió al templo de Jano y cerró sus puertas. La tierra vencida por su poderosa mano no osaba agitarse, y resignada, se prestaba á vivir en la paz de la servidumbre universal. Entonces Roma embriagada de entusiasmo, entonó un himno de triunfo, y por la melodiosa voz del poeta cantó: "Dióme un imperio sin límites." *Imperium sine fine dedid.*

De esta manera fué cómo la libertad, arrastrada por móviles funestos, y colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, descendió rápidamente, despues de haber perdido la noble paz, la felicidad pura de la sociedad moral, ó la edad de oro, hasta la innoble voluptuosidad, hasta la calma degradante, hasta la inmovilidad afrentosa de la sociedad material, en las estrechas veredas de la edad de hierro.

CAPITULO V.

Como un nuevo reino que habia sido anunciado y era esperado, habia de ser el que destruyese el reino de Satanás.

Anarquía moral, sociedad material; hé aquí el estado de la sociedad. ¿Para llegar á él era para lo que Dios la habia hecho libre? ¿Y para esto la libertad vagando á la ventura, precipitándose como insensata en todo género de excesos, habia de merecer, por una justa represion, que se la encadenase como á una vil esclava en sus formas visibles? ¿Su suerte se habia fijado definitivamente? ¿habia tocado su última perfeccion? ¿y el reinado del capricho y de las pasiones, templado por el terror del sable, habia recibido su sancion para siempre? Los pueblos no lo creyeron. En tanto

bre, y por otro al esclavo. Este estaba privado de todos los derechos; no era reputado como persona, sino como cosa, mientras que su dueño tenía sobre él un derecho tan absoluto, que podía á su placer destrozarle el cuerpo, arrojarle á los viveros de pescados, ó hacerle espirar sobre una cruz. A su vez también el ciudadano libre sentía la ley del mas fuerte: anonadado con relacion á la sociedad nacional, en nada se consideraba su individualidad; y aun él mismo se creía destinado fatalmente al sacrificio de su patria. Si nos remontamos hasta la sociedad política, encontraremos asimismo el despotismo mas absoluto: veremos á los reyes deificados, y á los súbditos esclavos; ó veremos en las democracias turbulentas, facciosas y salvajes á los grandes oprimiendo al pueblo, ó al pueblo tratando de oprimir á los grandes; siempre en eterna lucha. Para concluir, veremos á toda la humanidad, no como una gran familia de hermanos, sino cual la imagen que ofrece un campo de batalla, disputado siempre y ocupado á su vez por el mas audaz y poderoso. Guiados por el instinto de la unidad, y arrastrados por una ambicion insaciable, todos los grandes conquistadores pretendieron sojuzgar la tierra entera. Nabucodonosor, Sesostris, Ciro y Alejandro, probaron realizar una opresion universal; y si no lo consiguieron, fué porque les faltaron los medios, pero no la voluntad.

Algunos aventureros, sin embargo, se reunieron para fundar una ciudad, que por una especie de prevision de sus destinos se llamó *la fuerza*. Poseidos de un espíritu atrevido y emprendedor sus fundadores, concibieron el pensamiento de realizar la obra que no pudieron llevar al cabo los antiguos conquistadores. Tal pensamiento, que de la cabeza de un hombre habia pasado á la de una ciudad, y muy pronto á un gran pueblo, tomó cuerpo y vida, y no volvió á morir. Roma continuó la tarea con una perseverancia asombrosa y con una inteligencia admirable sobre el uso de la conquista. Roma, afortunada en sus empresas, derramó sus legiones por

todas partes y todo cayó bajo sus armas; y las naciones vencidas y humilladas, vinieron sucesivamente á prosternarse á sus piés, encorvadas bajo su yugo; y un dia en la persona de su emperador, subió al templo de Jano y cerró sus puertas. La tierra vencida por su poderosa mano no osaba agitarse, y resignada, se prestaba á vivir en la paz de la servidumbre universal. Entonces Roma embriagada de entusiasmo, entonó un himno de triunfo, y por la melodiosa voz del poeta cantó: "Dióme un imperio sin límites." *Imperium sine fine dedid.*

De esta manera fué cómo la libertad, arrastrada por móviles funestos, y colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, descendió rápidamente, despues de haber perdido la noble paz, la felicidad pura de la sociedad moral, ó la edad de oro, hasta la innoble voluptuosidad, hasta la calma degradante, hasta la inmovilidad afrentosa de la sociedad material, en las estrechas veredas de la edad de hierro.

CAPITULO V.

Como un nuevo reino que habia sido anunciado y era esperado, habia de ser el que destruyese el reino de Satanás.

Anarquía moral, sociedad material; hé aquí el estado de la sociedad. ¿Para llegar á él era para lo que Dios la habia hecho libre? ¿Y para esto la libertad vagando á la ventura, precipitándose como insensata en todo género de excesos, habia de merecer, por una justa represion, que se la encadenase como á una vil esclava en sus formas visibles? ¿Su suerte se habia fijado definitivamente? ¿habia tocado su última perfeccion? ¿y el reinado del capricho y de las pasiones, templado por el terror del sable, habia recibido su sancion para siempre? Los pueblos no lo creyeron. En tanto

que gemian abatidos bajo la mano de hierro de sus opresores, se escapa de los últimos latidos libres de su corazón un grito de esperanza, que repitiéndose en distintos ecos viene á turbar la alegría de los vencedores. No, no conteis mas, romanos, con el poder y el orgullo de vuestros pensamientos y de vuestras conquistas; vuestro imperio no será largo, y ya la hora ha llegado de que un imperio nuevo se establecerá sobre los escombros del vuestro. Así es como los graves escritores, los poetas ilustres, los grandes historiadores nos refieren esta espectacion ansiosa, que era el único consuelo del mundo oprimido. Ciceron cuenta, cómo los antiguos oráculos de las Sibilas habian anunciado para un tiempo, que se creia seria el mismo en que vivia el grande orador, la venida de un rey, á quien era necesario reconocer para poder salvarse.¹ Virgilio canta la venida de la última edad, que habia predicho la Sibila de Cumas, y el nuevo orden de los siglos que de este punto habia de volver á comenzar.² Tácito, Suetonio y Josefo aseguran, casi en los mismos términos, que en todo el Oriente existia el rumor de una antigua opinion, sobre que estaba señalado en los destinos del mundo, que por aquel tiempo habia de verse salir de la Judea á los que regirían el universo.³ ¿De dónde podian venir estas singulares preocupaciones? ¿cuál habia sido su origen? ¿Dónde se habia tenido, sobre todo, la idea de que los nuevos conquistadores saldrian de la Judea, ese pais contenido en tan estrechos límites, tan débil, y que apenas se le percibia en medio de la vasta aglomeracion de los pueblos? Solo los espíritus elevados, y que se habian educado y formado en la escuela de una verdadera y profunda filosofia de la historia, podian haberlo comprendido. Ellos solos podian tener la nocion de que no hay sino una sola verdadera fuerza, la

1 De Divin., I, 2. c. 54.

2 Eglog. 4.

3 Tacit., Hist., I, 5, cap. 13.—Suet., In. Vesp., 4.—Joseph. Bell. jud., I, 6, c. 31.

fuerza de la verdad; que la espada se rompe, y que solo la verdad prevalece. Pero de todos los pueblos, aquel solo era en el que se habia conservado la primera verdad, aquella de que todas las demas emanan, y que es la que hace la vida de las naciones, la verdad acerca de Dios; aquel solo, á pesar de la corrupcion universal de las ideas sobre la naturaleza del Ser Supremo, á quien los paganos habian reducido á tan mezquinas proporciones, era el único, decimos, que habia persistido en reconocer y adorar esa naturaleza infinita y omnipotente. Pudo comprenderse, pues, reflexionando en ello, que los mensajeros de esta idea tan sublime y útil obtendrian al fin el triunfo. Pero no era sobre tales consideraciones filosóficas, demasiado profundas por otra parte para aquel tiempo, sobre lo que se fundaban aquellos rumores populares, que circulaban de un extremo á otro del mundo; ellos venian desde mas alto; tenian por origen la voz de Dios mismo. Esa voz divina que habia pronunciado el *fiat* poderoso de la creacion, y á la que la criatura libre é infiel á sus preceptos compelia á pronunciar contra ella una sentencia terrible, se suspendió un instante entre aquellos dos momentos solemnes para cumplir un grande acto de justicia, y que era al mismo tiempo un acto de suprema sabiduría y de infinita misericordia. Antes de herir con un último golpe á las víctimas de la tentacion, el Señor, dirigiéndose al gran culpable, al autor de todos los males, al espíritu tentador, le lanzó una maldicion profética, que contenia el germen de los destinos futuros del mundo. “Yo pondré, le dijo, una enemistad entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y ella será la que ha de quebrantar tu cabeza.”¹ Todavía encontramos esta narracion en el libro sagrado de los hebreos, el mas respetable, y aun humanamente hablando, el mas antiguo de todos los libros, de donde ya hemos tomado noticias tan preciosas y tan admirablemente concordantes con las tradicio-

1 Genes., c. 3.

nes del pecado y del diluvio. Allí mismo se halla claramente indicada una lucha futura entre la descendencia de *la mujer* y la descendencia de Satanás, lucha terminada al fin por la derrota de este último. Dios condenaba á Satanás á ser un día vencido por la descendencia de la mujer, y esta sentencia podia considerarse, con buena razon, como el primer oráculo mesiánico acerca de la redencion de la especie humana. No era éste, sin embargo, un oráculo aislado y sin mas valor que el que quiera buenamente concedérsele ó negársele, no, porque él habia sido acogido y apoyado por las tradiciones universales. Todas las naciones lo han respetado, han creído en él, y sobre esta fé han esperado al Libertador que debia triunfar del genio del mal. Voltaire, Boulanger, Volney, convienen y reconocen entre todos los pueblos la universal espectacion de un gran mediador, de un último juez, salvador futuro, rey, Dios conquistador y legislador, que vendria del Oriente, polo de todas las esperanzas, que volveria á traer la edad de oro sobre la tierra, y libraria á los hombres del dominio del mal.¹ Por todas partes este mediador está representado como un Dios de bondad que desciende á la tierra, se reviste de la forma humana, sufre la persecucion y la muerte, para abrir y mostrar á los hombres el camino del cielo. Comunmente se le hace nacer milagrosamente de una vírgen. Ya es *Epaphus*, ese niño maravilloso prometido á la vírgen *Io* para librar al hombre del buitre roedor, al cual una *mujer-serpiente* habia dado el sér; ya es el *Dios del Olimpo*, ese querido hijo de un padre enemigo, que, segun la tradicion reproducida por Esquilo, debia ofrecerse en sustitucion á nuestros sufrimientos; ya *Orus* descendiendo de *Isis*, al que debia sobreponer sin destruirlo la serpiente *Tiphon*, segun los egipcios; que debia nacer de *Isis-Vírgen*, segun los galos; es *Hércules*, que ha de ahogar á la *Hydra* de Lerna y

¹ Vol., Addit. á l'hist. gen., p. 15.—Voln., *les Ruines*, p. 228.—Boul., *Rech. sur le desp. Orient.*, p. 116.

devolver á los hombres los frutos de oro de aquel maravilloso jardin de donde habian sido escludidos; es el *Mithras* de los persas, aquel mediador que habia salido victorioso de *Ahrimanes*; es el *Wischnou* de los habitantes de la India, cuya encarnacion habia tenido por objeto reparar los grandes males causados por la *gran serpiente Kaliya*; el *Genteolt* de los mexicanos, que debia triunfar de la ferocidad de otros dioses, traer una reforma bienhechora, y combatir á la *culebra*, que habia seducido á la *madre* de nuestra carne; es el dios *Thor*, primogénito de los hijos de Odin, y el mas valiente de los dioses, que debia vencer en un combate particular á la *gran serpiente Migdard*, y perder él mismo la vida en la victoria: es el *Logos* de Platon, el *Sabio universal* de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Rey* tan temido de los romanos, el *Dominador* esperado en todo el Oriente; tal se hallaba bajo diversas figuras simbólicas, la profecía del *Mesias Salvador* en el fondo de todas las teogonías.¹

Todas estas tradiciones, como es fácil verlo, conservando en un todo la esencia del hecho, le habian trasfigurado cada una segun su espíritu, le habian representado bajo diversos *mythos* ó imágenes que no le dejaban traslucir sino al través de los colores groseros de un prisma, que obscureciéndose mas y mas, le harian muy pronto impenetrable. Pero Dios en su inexhausta bondad sabia procurar el remedio á este nuevo mal. Teniendo compasion de la humanidad, ya bastante infortunada, para dejar perder entre sus manos las verdades mas esenciales á su existencia, y hasta las esperanzas de redencion que le habian sido concedidas, resolvió cubrir un lugar especial de la tierra con su poderosa proteccion, sustraerlo á la influencia del reino de Satanás, y conservar en él intacta la verdad con la memoria de su nombre y de

¹ Véanse los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* por Mr. Aug. Nicolás, p. 218, t. II.

sus promesas, á fin de que el dia señalado para su venida, el Libertador pudiera presentarse entre los suyos, y hacerse reconocer por signos fijados desde antes como ciertos é inequívocos. Para llegar á este gran resultado, para sostener durante un gran número de siglos en la vía recta á un pueblo pequeño, rodeado por todas partes de pueblos idólatras, espuesto á las tentaciones, á las persecuciones, al ridículo, á la fuerza, en fin, irresistible del ejemplo, un gran milagro, que no se ha comprendido bastante, un gran milagro era necesario; pero Dios podia hacerlo, y lo hizo. En la posteridad de un solo hombre justo, Él se escogió un pueblo, prediciéndole los mas altos destinos; y á pesar de todos los obstáculos verdaderamente insuperables, ya estraños, ó ya producidos por ese pueblo mismo, Dios le sostuvo durante veinte siglos en la fidelidad y obediencia á su ley. Pero una razon mas particular todavía, una razon principal, ó para mejor decir, superior á todas las demas, mostraba la solici- tud de Dios por su pueblo elegido: era que entre los desti- nos anunciados á este pueblo, habia uno que tocaba á los mas sublimes, á los mas inefables designios del cielo. Ha- llándose todas las naciones sometidas al yugo de Satanás, no podian ser dignas de que naciese en ellas el Mediador futu- ro: Dios restringia las promesas generales hechas en otro tiempo á la descendencia de la mujer, á la única raza de Abraham que se habia hecho desde entonces depositaria de las esperanzas de la humanidad.

Un dia, refiere la Escritura, el Señor se apareció á Abra- ham en Ur de los Caldea, y le dijo: "Abandona tu tierra y tu heredad, deja la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré. Yo haré salir de tí una gran nacion, te bende- ciré, y en tí serán bendecidos todos los pueblos de la tierra. Yo te lo juro por mí mismo, todos los pueblos de la tierra serán ben- decidos en aquel que saldrá de tí."¹ Estas magníficas promesas

1 Gen., c. 12 y 22.

fueron otra vez renovadas por Dios, casi en los mismos tér- minos, á Isaac, uno de los dos hijos de Abraham, y á Jacob, uno de los dos hijos de Isaac. "Yo seré contigo, dijo á Isaac, y te bendeciré, para cumplir el juramento que hice á tu pa- dre Abraham. Yo multiplicaré tus hijos como las estrellas del cielo, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en aquel que vendrá de tí."¹ "Yo soy el Señor Dios de Abraham y de Isaac, dijo á Jacob; tu posteridad será nume- rosa como los granitos del polvo, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en aquel que vendrá de tí."²

De esta manera Dios escogió á su pueblo y le reveló cla- ramente que estaba destinado á dar al mundo su Libertador futuro. Pero no se limitó á esto su bondad. Cuando vol- viendo á su perenne reposo, dejó de hacer oír su voz en la tierra, le envió mensajeros que, iniciados en los secretos del cielo, y desenvolviéndolos con mas claridad de pormenor y mas precision, luchasen siempre contra la indiferencia y el olvido de los hombres.

Aquí comienza esa sucesion no interrumpida de persona- jes estraordinarios, únicos en el mundo, que probaron todos no solamente que sabian leer en el gran libro del porvenir, sino lo que parece inconcebible, que estaban acordes en dis- tinguir en medio de los grandes acontecimientos futuros, uno solo y único entre todos, en presentarlo con todos sus caractéres, y darlo como el acontecimiento esperado, como el acontecimiento regenerador de la humanidad. La mision profética fué confiada desde luego á los patriarcas, á los je- fes del pueblo, á los reyes: despues, cuando las bocas de es- tos no eran bastante puras para proclamar los oráculos divi- nos, Dios fué á buscar en otra parte á los dignos intérpretes de su voluntad. Fijó mas frecuentemente su eleccion en los hombres sencillos y austeros que, viviendo lejos del mundo,

1 Genes., c. 26.

2 Ibid., c. 28.

en el silencio, la penitencia y la oracion, no salian de su retiro sino para venir á llorar sobre las iniquidades del pueblo de Israel, para reprochárselas despreciando los tormentos y la muerte con que muy frecuentemente era recompensado su celo, y para anunciarle, en fin, las terribles calamidades que le amenazaban si no volvía en sí de sus extravíos.

Piénsese lo que se quiera acerca de los profetas; pero no por eso será menos cierto que la aparicion de esos hombres, la mision que llenaron, la conservacion de sus escritos, tenidos como inspirados por el pueblo, á quien reprendian tan severamente; llevados á todas partes, y venerados aun por ese propio pueblo al que en los mismos escritos se condenaba; su correlacion maravillosa sobre un hecho cuyos pormenores analizaron pero sin variar nunca en el fondo; el crédito que sus predicciones llegaron á obtener en el mundo, todo esto, decimos, es todavía uno de esos fenómenos que la razon no puede explicar por causas comunes y conocidas.

El patriarca Jacob abrió la era profética, y tomando la historia de la promesa desde el punto donde Dios la habia dejado, reveló á sus hijos cuál de ellos se contaria entre los abuelos del Libertador. "Reuníos, les dijo antes de morir, reuníos, á fin de que yo anuncie quién debe llegar en los días últimos." Cada uno á su turno tuvo su prediccion especial; pero cuando le tocó el suyo á Judá, Jacob le dijo palabras que los otros no habian oido. "Judá, tus hermanos te alabarán, tu mano estará sobre la cabeza de tus enemigos; *los hijos de tu padre se inclinarán delante de ti.* El cetro no saldrá de Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta que venga *aquel que debe ser enviado, y que será esperado de las naciones.*"¹ Despues de esta solemne prediccion, el anciano hijo de Isaac se durmió en la paz de una firme esperanza, diciendo: "Yo espero, Señor, al salvador que vos debeis enviar."²

1 Genes., c. 49.

2 Ibid.

Moisés, jefe, libertador y legislador de Israel, que se habia elevado ya á la gerarquía de pueblo, apareció en seguida. Arrojando desde el punto de vista en que se hallaba colocado una mirada profunda sobre los tiempos futuros, descubrió un profeta mas grande que los demas, y el que únicamente despues de él debería ser tambien jefe, libertador y legislador. "Las naciones cuya tierra poseeréis, les dijo á los hebreos, escuchan los augurios y á los adivinos; pero vosotros estais instruidos de otra manera por el Señor vuestro Dios. El hará nacer de vuestra nacion y de entre vuestros hermanos *un revelador como yo: vosotros le escucharéis*, porque el Señor me ha dicho: Yo suscitaré de en medio de tus hermanos, *un revelador como tú: yo pondré mis palabras en su boca*, y él les dirá todo lo que yo le ordenaré: Y aquel que no quiera oir las palabras que él dirá en mi nombre, yo lo perseguiré en mi venganza."¹

Recojamos, de paso, el testimonio de un profeta extranjero, de Balaam, adivino de Bethor en el pais de los armenios, que gozaba las visiones del Omnipotente. Balac, rey de los moabitas, le hace venir á su campo y le dice: "Ven y maldice á Jacob; apresúrate y detesta á Israel." Pero Balaam, contemplando á Israel desde lo alto de las montañas, "¿Cómo he de maldecir, dijo, al que Dios no maldice? Ese pueblo vivirá separado de los demas pueblos y no se mezclará con las naciones." Elevándose despues á mas alta inspiracion el adivino de Bethor, arrebatado por una vision inesperada, esclama: "*Yo lo veo, pero no está todavía; yo lo contemplo*, y aun está lejos de aparecer. Una *estrella* saldrá de Jacob, un *cetro* se elevará de Israel: el *Dominador* saldrá de Jacob, y abatirá á todos los hijos de Seth (es decir, á todos los hombres.) ¿Quién vivirá cuando Dios haya cumplido sus designios? Yo veo unos hombres venir de la *tierra itálica* sobre unos bajeles: destruirán á Assur, á Heber, y al fin pere-

1 Deuteron., c. 28.

cerán ellos mismos.¹” Entre tanto, según la profecía de Jacob al morir, la tribu de Judá subió al trono en la persona de un hombre elegido de Dios, que no fué solamente un gran rey, un gran poeta, sino todavía más, un santo inspirado por el sople del cielo. Embriagado del amor divino, y exaltándose con un sagrado entusiasmo, animó su lira con las celestes armonías que aun resuenan hoy en todo el universo. Un pensamiento domina siempre en sus cánticos: es el de ese hijo bendecido que se había prometido á su raza, y que la visión profética llevada á un grado superior, le deja entrever como saliendo de su propia familia. “Vos lo habeis dicho, Señor, expresa él en su canto, la misericordia se ensalzará, y vuestra verdad se afirmará eternamente en los cielos. Yo he hecho un testamento para mis elegidos; un juramento á David mi siervo: yo le prepararé una raza inmortal; yo estableceré á mi primogénito elevado más allá de los reyes de la tierra; haré su raza eterna, y su trono durará tanto como los días del cielo. ¿Engañaría yo á David? Su raza será eterna, y su trono se elevará como el sol delante de mí: durará tanto como los astros; él me es un testigo fiel en el cielo.” Este admirable salmo termina con la sublime impaciencia de la promesa divina, y con el voto ardiente de verla cumplida. “Oh Dios, vuestros enemigos nos colman de ultrajes; ellos me acusan de lo que vuestro Cristo se hace esperar. ¡Que Dios sea alabado en la eternidad! ¡así sea! ¡así sea!”²

Sucesivamente se nos ha enseñado que de la descendencia de la mujer, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá y de la familia de David nacería el Redentor del mundo: no falta más á los profetas sino trazar los particulares caracteres que lo distinguirían personalmente, á fin de que fácilmente fuese reconocido cuando viniese. Es el Mesías mismo el que va á ofrecerse á sus ojos; es él al que van á contem-

1 Núm., c. 23 y 24.

2 Salmo 88.

plar; esa gran figura sobre la cual el pasado, el presente y el porvenir van á dirigir sus miradas llenas de esperanza, es la que van á describirnos con fidelidad y ternura. Si hay una cosa que más conmueva en esos magníficos cuadros en que han delineado con tanto vigor los contornos de su modelo, es sobre todo esa mezcla indefinible de humillación y de esplendor, de anonadamiento y de gloria, de dolor y de alegría, de vencimiento y de victoria, de muerte y de triunfo. Es á un rey poderoso el que nos anuncian, es el más hermoso entre los hijos de los hombres; es también un objeto de desprecio, un leproso, un hombre herido de Dios, un ajusticiado! Ligados contra él los pueblos y los reyes, le postran bajo de sus golpes; pero muy pronto se rie él de sus esfuerzos, les hace encorvar la cabeza, y los obliga á servirle de escabel. ¿En dónde, pues, habían visto esos profetas que las humillaciones conducirían á su héroe á la conquista, y que un patíbulo debería ser su trono? Prestemos atención á sus palabras inspiradas. David es el primero que aparece en la liza, y comienza á hacer oír los gemidos y las quejas del Hombre Divino á quien celebra. “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habeis abandonado? Todos los que me ven me insultan; el desprecio se muestra en sus labios: ellos han sacudido la cabeza diciendo: ‘Ha puesto su confianza en Dios, pues que Dios lo liberte y lo salve!’ El consejo de los malos me asedia: han taladrado mis manos y mis piés, y han contado mis huesos: ellos me han mirado y considerado atentamente: se han dividido mis vestiduras y han sorteado mi túnica.” No acaba sin embargo esta dolorosa lamentación sin que ya se vea vislumbrar la esperanza á través de los dolores. “Señor, continúa el Profeta, yo haré conocer vuestro nombre á mis hermanos; publicaré vuestras alabanzas en medio de ellos. ¡Oh Dios! vos sois mi alabanza en medio de vuestra iglesia tan extendida. Los pueblos los más remotos se acordarán del Señor y se volverán hácia él; todas las naciones se postrarán ante él, y él reinará sobre todos los pueblos. Las ge-

neraciones venideras le servirán; ellas se consagrarán al Señor. *Vendrán aquellos que anunciaron la justicia á los pueblos futuros.* Es el Señor el que prepara estas maravillas.¹ Estos acentos de esperanza se cambian luego en gritos de victoria. “¿Por qué las naciones se han estremecido? ¿Por qué los pueblos han meditado en vanas maquinaciones? Los reyes de la tierra se han levantado, los príncipes se han ligado contra el Señor y contra el Cristo. Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos, y les hablará en su cólera: Yo, yo he consagrado á mi rey; yo le he consagrado sobre Sion, mi montaña santa. Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y yo te concederé las naciones por herencia y la tierra por imperio.²”

En el salmo cuadragésimocuarto el Profeta se eleva en su entusiasmo, y la alegría del triunfo rebosa de su corazón: así lo espresa cuando dice: “Mi corazón no contiene ya la palabra dichosa; es al Rey á quien yo dirijo mis cánticos: mi lengua obedece como la pluma al escritor rápido. Vos sobrepujáis en hermosura á los mas bellos entre los hijos de los hombres: la gracia se derrama de vuestros labios, porque el Señor os ha bendecido por toda la eternidad. Armaos de vuestra espada, ¡oh el mas poderoso de los reyes! Revestíos del resplandor de vuestra gloria, y en vuestra sublime majestad marchad á la victoria. Subid sobre el carro de la verdad, de la justicia y de la clemencia, y vuestro derecho se mostrará en las cosas maravillosas que ejecuteis: los pueblos todos caerán á vuestras plantas. Vuestro trono ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio; es porque ¡oh Dios! vuestro Dios os ha consagrado con una unción de bienaventuranza, que os eleva sobre todos aquellos que deben participar de ella.”

Después de haber oído estos acentos sublimes de la victoria y del triunfo, parece que David no puede ya elevarse mas

1 Salmo 21

2 Ibid.

sin que su harpa se rompa bajo el poder de su inspiración; sin embargo, él no se detiene; sube hasta el cielo y allí canta el apoteosis del Cristo. “El Señor ha dicho á mi Señor: ‘Sentaos á mi derecha hasta que yo reduzca á vuestros enemigos á servir de escabel á vuestros piés. El Eterno va á hacer salir de Sion el cetro de vuestra autoridad: vos estableceréis vuestro imperio en medio de vuestros enemigos. Los pueblos os obedecerán en el día de vuestra fuerza, en medio del esplendor de vuestros santos. Yo os he engendrado antes de Lucifer. El Eterno lo ha jurado, y no revocará jamás su juramento: vos sois el Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec.’”

Así David cantaba los sufrimientos y los brillantes destinos de ese hijo prometido del cielo.

A su turno Salomón describe con grandes rasgos las pruebas por que debe pasar el Mesías. En su hermoso libro de la Sabiduría se encuentra este notable pasaje: “Armemos lazos al Justo, porque él nos reprocha las faltas contra la ley, y vuelve contra nosotros los errores de nuestras doctrinas: él se vanagloria de poseer la ciencia de Dios, y se nombra el hijo de Dios. El se ha hecho el detractor de nuestros pensamientos. Bien visto, él nos es odioso porque su vida es diferente de la vida de los demás, y sus caminos no son los nuestros. El llama dichoso el fin de los justos, y se jacta de tener á Dios por padre. Veamos si sus palabras son verdaderas; probemos lo que le sucederá; porque si es verdaderamente el hijo de Dios, Dios le sostendrá y le librá de las manos de sus enemigos. Interroguémosle por el ultraje y el suplicio, á fin de que conozcamos su dulzura y experimentemos su paciencia. Condenémosle á la muerte mas infame, porque Dios le guardará segun sus palabras. Así han pensado ellos, pero se han engañado y su malicia los ha cegado.” Ningun-

1 Salmo 109.

2 Sabid., c. 2.

no nos parece puede dejar de reconocer al momento á quien se dirigen estas palabras del autor de la Sabiduría, y la prediccion ha tenido ciertamente el carácter de una historia anticipada.

Ved ahora acercarse á Isaías, el mas elocuente, el mas sublime intérprete de los secretos de Dios. Digno era sin duda por la nobleza y santidad de su alma, de ser escogido especialmente para contemplar al Mesías en el porvenir, é iniciar á la tierra en las maravillas que esta vision le revela; porque todo su libro no es mas que un canto en cierto modo á la gloria de los padecimientos y de los triunfos del Redentor. Para comprender bien el poder de esta idea profética que le cautiva, y se reproduce bajo todas sus formas, seria necesario abrazarla en todo su conjunto. Desde el segundo capítulo anuncia el profeta que "en los últimos dias la montaña que habita el Señor se elevará sobre las demas montañas; todas las naciones vendrán allí en multitud, porque la ley saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalem." Luego no se encuentra casi un capítulo que no contenga algunas palabras referentes al Libertador, alguna alusion sobre su reino futuro: es un hecho notable para el que quiera examinarlo con una profunda atencion. Recorramos algunos de los mas principales. "Un dia, dice el profeta, aparecerá en su magnificencia y en su gloria el germen del Señor, el fruto sublime de la tierra. La vírgen concebirá y dará á luz un hijo que será llamado Emmanuel (es decir, Dios con nosotros). El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; el dia se ha levantado sobre aquellos que habitaban en las regiones obscuras de la muerte; porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: él lleva sobre sus espaldas el signo de su dominacion: será llamado el Admirable, el Consejero, Dios poderoso, el Padre de la eternidad, el Príncipe de la paz. El estenderá mas y mas su imperio; establecerá la paz eterna; fundará y afirmará para siempre su reino sobre la justicia y la equidad.... Este vástago saldrá del tronco de

Jesé (el padre de David), esta flor se elevará de sus raices. El espíritu del Señor descansará sobre él; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de ciencia y de piedad. Él volverá la justicia á los pobres, él será el vengador de los indefensos: el impío se desvanecerá al soplo de su boca.... Un dia el vástago de Jesé será elevado como un estandarte á la vista de los pueblos: todas las naciones acudirán á él, y su sepulcro será glorioso. En ese dia diréis: hé aquí que mi Dios, mi Salvador ha venido. ¡Oh Sion! estremécete de alegría, redobla tus cánticos: el Altísimo, el Santo de Israel habita en medio de tí.¹"

Mas adelante la profecía penetra todavía mas en el corazon del objeto. "Se oye la voz de aquel que clama en el desierto: ¡preparad los senderos del Señor! Su gloria va á ser revelada; el Señor va á hablar; toda la tierra verá á nuestro Salvador. Decid á las ciudades de Judá: Ved aquí á vuestro Dios. El Señor se manifiesta en su fuerza, su brazo señala su poder, sus obras le preceden y le anuncian. Él dirige su rebaño como un pastor vigilante; reúne sus corderos y los abriga en su seno; lleva él mismo á las ovejas preñadas. ¿Quién os predijo estas cosas desde los antiguos dias para que reconocieseis al Justo? El Señor ha dicho el primero á Sion: Vedle ahí; y yo enviaré á Jerusalem un Salvador. Aquel que yo he escogido, es el objeto de mis complacencias; yo he esparcido mi espíritu sobre él; él llevará la justicia entre las naciones.... Él juzgará en la verdad, y estará tranquilo y sereno hasta que haya establecido su sabiduría sobre la tierra: las islas entonces recibirán su ley. Yo lo daré por luz á las naciones; abrirá los ojos á los ciegos; romperá los hierros de los cautivos; librára de la servidumbre á aquellos que están sentados en las tinieblas."²

En los capítulos 52, 53, 54 y 55 Isaías despliega toda la

1 Isaías, c. 4, 7, 9, 11 y 12.

2 Isaías, c. 40, 41 y 43.

riqueza de su palabra, toda la fecundidad de su inspiracion para representar el cuadro sorprendente y terrible de las grandezas y humillaciones de aquel rey misterioso que anuncia: "Sal del polvo y levántate, ¡oh Jerusalem! Sube sobre un trono y rompe los hierros de la cautividad, ¡hija de Sion! Mi pueblo va á conocer mi nombre: *yo, que he hablado, estoy ya aquí.* ¡Qué bellos son sobre las montañas los piés de Aquel que anuncia la paz y la dicha, que predica la salud y que dice á Sion: *Tu Dios va á reinar!* El Señor ha desplegado la santidad de su brazo á los ojos de las naciones: *todas las regiones de la tierra verán á su Salvador.* Su semblante estará **obsurecido**, su figura despreciada entre los hijos de los hombres; pero *él purificará á la multitud de las naciones.* Aquellos á quienes no ha sido anunciado le verán; contemplarán á Aquel de quien no habian oido hablar. Se elevará en presencia de Dios como un arbolillo, como un retoño que sale de una tierra árida. Despreciado, el último de los hombres, Hombre de dolores, él conoció la enfermedad; su semblante estaba **obsurecido** por los oprobios y por la ignominia, ¡y nosotros no lo hemos tenido en nada! Él mismo verdaderamente ha llevado nuestra debilidad, y está cargado de nuestros sufrimientos: le hemos visto como un leproso, herido de Dios y humillado. Él ha sido lacerado á causa de nuestras iniquidades, ha sido destrozado por nuestros crímenes: nosotros hemos sido curados por sus llagas. *Nos hemos estraviado todos como las ovejas: cada uno de nosotros seguía su camino:* y el Señor ha hecho caer sobre Él *la iniquidad de todos.* Ha sido sacrificado porque ha querido, y ni siquiera ha abierto la boca: será conducido á la muerte como un cordero, y estará mudo como la oveja ante aquel que la esquila. Él ha muerto, despues de sufrir un juicio, en medio de innumerables angustias: ¿quién contará *su generacion?* Se le destinaba la sepultura del impío, y ha sido sepultado en la tumba del rico. Él ha dado su vida para expiar el crimen, pero tendrá una raza inmortal; su alma ha estado sumergida

en el dolor, pero Él verá, Él se saciará de gozo, y justificará *á una multitud de hombres por su doctrina:* ha sido entregado á la muerte y puesto entre malhechores, pero yo le daré en patrimonio un pueblo numeroso; y distribuirá Él mismo los despojos de los fuertes. Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; mis caminos no son vuestros caminos, dijo el Señor."

Nos limitamos á estas citas de Isaías, que bastan para hacer conocer con qué luminosa claridad le habia sido revelada la persona y los destinos de ese nuevo Rey, vencido y vencedor, gusano de la tierra y esplendor del cielo, hombre y Dios todo á un tiempo.

Con el hijo de Jessé y el hijo de Amós, Daniel divide el honor de ser uno de los mas grandes profetas del Mesías; y aun se distingue por cierto grado de precision, se puede decir matemática, y que no pertenece sino á él mismo. Como era cautivo en Babilonia y se habia educado en la corte, se halló por esta circunstancia en presencia del mas soberbio de los reyes, á quien anuncia por primera vez el advenimiento de un reinado que debia absorber á todos los demas. Nabucodonosor habia tenido un sueño durante la noche, pero éste se habia borrado de su memoria. Sin embargo, habiendo quedado su ánimo en una grande agitacion, quiso que sus adivinos le recordasen y le interpretasen aquel sueño. Habiéndose visto precisados á confesar que su ciencia no podia estenderse á tanto, el rey, en su furor, los hizo condenar á todos á muerte. Entonces para salvarlos, Daniel solicita ser presentado al rey, prometiendo darle la esplicacion que deseaba. Introducido ante Nabucodonosor le dice: "Vuestros adivinos, ¡oh rey! no pueden descubrir el secreto de vuestro sueño, pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios: este Dios os ha mostrado las cosas que deben suceder en los últimos tiempos. Vos habeis visto una enorme estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas y una parte de

los piés de hierro, y lo demas de arcilla. Estabais atento á esta vision, cuando de la montaña, sin que *hubiese ninguna mano de hombre*, se desprende una piedra, la cual despues de haber herido y derribado la estatua, se convierte en una gran montaña que ocupa toda la tierra.—Este ha sido, ¡oh rey! vuestro sueño; hé aquí ahora la esplicacion.—Vuestro reino es la cabeza de oro (*el Asia*). Se elevará despues de vos otro reino que será de plata (*la Grecia*), y en seguida habrá un tercer reino, que será de bronce, y que dominará á toda la tierra (*Alejandro*). El cuarto reino será como el hierro, todo lo reducirá á polvo, pues que el hierro rompe y sojuzga todas las cosas (*imperio romano*). En el tiempo de estos reinos el Dios del cielo *suscitará un reino que no será jamas destruido*, que no pasará á ningun otro pueblo, y que trastornará y reducirá á polvo todos esos reinos, de los que no quedará nada en ninguna parte; y cuyo reino subsistirá eternamente.—Habiendo oido estas palabras, Nabucodonosor cayó con la faz en tierra y adoró á Daniel diciendo: ‘Vuestro Dios es verdaderamente el dios de los dioses, el señor de los reyes, y el que revela todos los misterios.’¹”

Pero si Daniel habia recibido de Dios el poder maravilloso de interpretar los sueños, le habia sido concedido igualmente el de contemplar los misterios inefables del cielo. Oigámosle espresarse á él mismo: “Yo he mirado en la vision de la noche, y hé aquí cómo el *Hijo del Hombre*, que venia sobre las nubes del cielo, se adelanta hasta el *Anciano de dias* y se ofrece en su presencia. Y Él le da el poder, y el honor, y el reinado; y todos los pueblos de todas las tribus y de todas las lenguas *le servirán*. Su poder es un *poder eterno*, que no será transferido, y su reino no será debilitado.”²”

Daniel, sin embargo, no entrevió únicamente el gran sacrificio regenerador en la indecisa lontananza de los siglos,

1 Daniel, c. 2.

2 Daniel, c. 7.

sino que tambien le fué revelado el instante preciso en que deberia cumplirse. “Escucha la palabra, le dijo el Espíritu de Dios, y mira la vision:—A setenta semanas se reduce el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad Santa, para que la prevaricacion sea abolida, que el pecado se expie, que la iniquidad quede borrada, que la justicia de los siglos aparezca, que las visiones y las profecías queden consumadas, y que el Santo de los santos sea ungido.—Oid, pues, y comprended bien: A contar desde el edicto que será promulgado para la reconstruccion de Jerusalem hasta la venida de el Cristo, trascurrirán setenta y dos semanas; y de nuevo se fabricarán las murallas y las plazas de la ciudad durante este tiempo penoso. Y despues de las setenta y dos semanas, el Cristo será entregado á la muerte; y el pueblo que ha de negarlo no será ya su pueblo. Un pueblo con su gefe en lo venidero debe destruir la ciudad y el santuario, y dispersar los restos; ¡fin devastador! y terminada la guerra, la desolacion declarada seguirá. Pero el Cristo confirmará su alianza con un gran número en la última semana; los sacrificios serán abolidos, la abominacion de la destruccion estará en el templo, y la desolacion que debe seguir, durará hasta la consumacion, hasta el fin.”¹”

La evidencia de la prueba que queremos suministrar ha venido á ser tan indudable por los testimonios de los grandes profetas que hemos citado, que se podria tener como superfluo é inútil todo lo mas que se quisiera añadir para demostrarla. Sin embargo, vamos todavía á hacer ver la perpetuidad de la tradicion profética.

Jeremías y Ezequiel se entrelazan como una trama en la cadena de las revelaciones divinas, para cerrar mejor el te-

1 Daniel, c. 9.—Es necesario saber, para la mejor inteligencia de esta profecía, que los judíos y aun otros pueblos de la antigüedad, contaban por semanas de dias y por semanas de años. El número y tamaño de los acontecimientos, indican por sí mismos que aquí se trata de semanas de años.—Véase el Levítico, c. 25.

jido. "Hé ahí que los días llegan, dijo Jeremías en nombre del Señor, y yo suscitaré la palabra dichosa que he anunciado á la casa de Israel y á la casa de Judá. En este tiempo haré salir de David el germen de justicia, y él volverá la justicia y el discernimiento sobre la tierra. Se le nombrará *Jehovah*, nuestra justicia.¹" Ezequiel continúa: "Yo mismo apacentaré mis ovejas, dijo el Señor: yo buscaré á las que estén perdidas, y levantaré á las que estén caídas; vendaré las llagas de las que estén heridas, y suscitaré sobre ellas el pastor único para apacentarlas: yo haré germinar una planta de un gran precio; un pastor único las conducirá: ellas marcharán en mis juicios; ellas guardarán mis preceptos y los observarán. Yo haré con ellas una alianza de paz, un pacto eterno; en medio de ellas yo estableceré para siempre mi santuario. Y las naciones sabrán que yo, el Señor, soy el santificador de Israel.²" Despues de ellos, Joël recoge la herencia profética, y anuncia que el Señor va á dar un doctor de justicia, y que la salud se encontrará sobre la montaña de Sion.³ Miqueas prosigue, y predica "que los pueblos acudirán en multitud á esta santa montaña, ilustre entre todas las demas, porque la ley saldrá de Sion y la palabra del Señor de Jerusalem." El profeta se trasporta despues repentinamente, y vé con tal claridad descender esa palabra santa á la tierra, que indica y llama por su nombre la ciudad donde debe obrarse el prodigio. "Y tú, *Bethlehem Ephrata*, la mas pequeña entre las mil ciudades de Judá, de tí debe venir Aquel que dominará en Israel, y su generacion es desde el principio y desde los días de la eternidad. Judá no será abandonado sino en el día en que aquella que debe parir parirá; entonces los demas de sus hermanos se convertirán á los hijos de Israel. Aquel que debe venir se afirmará, y conducirá su ganado con la fuerza de *Jehovah*, con la gloria del nom-

1 Jerem., c. 23.

2 Ezeq., c. 24 y 37.

3 Joël, c. 3.

bre de *Jehovah* su Dios: *los pueblos se convertirán, porque su poder alumbrará hasta las estremidades de la tierra, y él será su paz.*¹"

Como Joël, Zacarías trae tambien su tributo de revelaciones acerca del Mesías, y las esclarece con pormenores circunstanciados.

"Regocíjate, hija de Sion, porque ved ahí que yo vengo y habitaré en medio de tí, dice *Jehovah*. Y las naciones vendrán en multitud hácia el Señor en este día; ellas serán mi pueblo, y yo habitaré en medio de tí; y tú sabrás que *Jehovah*, el Dios de los ejércitos, me envía contigo. — Yo haré venir del Oriente á mi servidor, y un día borraré la iniquidad de la tierra. Ella poseerá el germen de la paz, los cielos esparcirán su rocío. — Estremécete de alegría, hija de Jerusalem; ved ahí que tu rey vendrá hácia tí, justo y salvador, pobre, y montado sobre una jumenta. Yo romperé el arco de los combates, Él publicará la paz á las naciones, y su poder se extenderá del uno al otro mar hasta las estremidades del universo.²"

Pero este Rey pobre y poderoso será vendido á vil precio, traspasado, llorado.... porque el profeta añade: *Jehovah* me dijo: "Id, arrojad en la casa del alfarero estas treinta piezas de plata; este es el precio magnífico en que ellos me han avaluado. — Los habitantes de Jerusalem mirarán hácia mí, que ellos han enclavado, y llorarán sobre mí como se llora sobre un primer nacido.³"

Entretanto, los tiempos se adelantaban: los judíos, vueltos de su cautividad, reedificaban el templo en medio de inmensas dificultades. Los ancianos lloraban pensando que la gloria de este nuevo pueblo no seria nada en comparacion de la del primero. Para consolarlos, Ageo viene de parte del Señor á hacerles esta profecía: "Todavía un poco de tiempo, y

1 Miqueas, c. 4 y 5.

2 Zacar., c. 2, 3, 8 y 9.

3 Zacar., c. 11 y 12.

yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y *todo el universo*. Yo conmoveré á *todos los pueblos*, y *el Deseado de las naciones vendrá, y llenaré de gloria esta casa*, dijo el Señor de los ejércitos. La gloria de *esta casa* será mucho mas grande todavía que la de la primera, y yo daré la paz en este lugar.¹

En fin, llegaron los tiempos: Dios mismo lo anunció, por la boca de Malaquías. "Hé ahí que yo envío á mi ángel, y él prepara el camino delante de mí; y *súbitamente* vendrá á su templo el Dominador que buscáis.—El ángel de la alianza que deseais *ved aquí que viene*, dijo el Señor de los ejércitos; y despues, desde que salga el sol hasta su ocaso, mi nombre es ya grande entre las naciones; y se le sacrifica, se le ofrece en todo lugar *una oblacion pura* en mi nombre, porque mi nombre es grande entre las naciones."²

Así termina la série de los oráculos divinos. El último de los profetas, encargado de poner el sello á esta obra magnífica, despues de haber arrojado una mirada retrospectiva sobre las antiguas promesas, confirma su cumplimiento, y asegurando la paciencia del mundo, le anuncia la llegada *repentina* del Libertador: no hay mas porvenir; la espectacion ha concluido: vedle ahí, que ya viene: ved á la tierra purificada por un santo y universal sacrificio: Dios, coronando sus designios misericordiosos, va á conceder á la veracidad de sus enviados un esplendente testimonio.

¡Qué admirable combinacion, qué maravilloso encadenamiento en la sucesion de estas profecías! ¡Qué prodigioso fenómeno son ellas en la historia de ese pueblo que, separado de los demas por sus costumbres, por sus creencias, por su legislacion, se siente superior á ellos á pesar de su inferioridad numérica, á pesar de sus desprecios, á pesar de sus injurias; se forma una existencia predominante, se compone sus títulos de gloria, y describe pomposamente las magnificencias futuras del reinado que su Mesías debe ejercer sobre

1 Ageo, c. 2.

2 Malaquías, c. 1 y 3.

todo el universo! No, en la historia de las naciones, en las páginas sueltas de sus sibilas, en los libros de sus sacerdotes y de sus sabios, no se encuentra un conjunto como éste de predicciones, teniendo sus raices en el principio del mundo, apoyándose en los grandes hechos tradicionales, esplicando nuestros primeros destinos y anunciando nuestros destinos futuros, y dirigiéndose todavía como un luciente fanal para alumbrar el porvenir y encaminar á la humanidad en su movimiento de vuelta hácia el objeto glorioso que le está designado.

A pesar de lo largo de las citas, no hemos podido resistir al deseo de esponer á los ojos del lector el conjunto de ese hermoso poema, persuadidos sin embargo de que el darlo en fragmentos incoherentes era disminuir mucho su importancia é interes. Para cualquiera que examine estas profecías con un poco de atencion, debe quedar demostrado que el pueblo judío ha creído en la caida del hombre; que ha sido considerado como un pueblo escogido, teniendo la mision de conservar la promesa de la reparacion; que esta promesa ha sido renovada sin cesar en nombre de Dios por hombres que se llamaban inspirados, y que anuncian el modo, las circunstancias, la época de su realizacion por medio de un Mesías, hijo de la mujer, hijo de Abraham, de Judá, de David, en quien todas las naciones serian bendecidas; que tomara sobre sí todos nuestros dolores y todos nuestros crímenes; seria rechazado por los suyos y condenado á muerte, y despues de haber apurado el cáliz de las angustias y de los tormentos, seria glorificado en su sepulcro, y reinaria eternamente sobre el universo entero, subyugado y regenerado por sus doctrinas.

Pero esta viva y segura esperanza no permaneció escondida entre los judíos, guardada como un secreto por sus sacerdotes en el lenguaje misterioso de los libros santos: muchas veces esta nacion, en castigo de sus crímenes, fué arrastrada cautiva por los pueblos enemigos, á quienes hizo

conocer sus creencias. La India y el Egipto, tan ávidos de ideas filosóficas y religiosas, quisieron sin duda saber lo que era la Biblia; y es muy de creer que varios filósofos griegos la leyeron: ciertas páginas de Platon parecen hojas desprendidas de ella: su justo imaginario que él hace espirar en una cruz, se asemeja rasgo por rasgo al Mesías anunciado por los profetas. Luego Tolomeo Philadelpho, haciendo venir á su corte á los setenta ancianos judíos, les hace traducir al griego las Santas Escrituras, de que ya tenia noticia; y esta version conducida por vías providenciales á todos los paises del mundo, hace nacer en ellos la idea del verdadero Dios, y las esperanzas que habian sido ya concedidas á nuestros primeros padres despues de su desdichada caida.

Un nuevo reino, destructor del reino de Satanás, habia sido predicho y esperado. La voz de los profetas llevada por el viajero á través de los desiertos hasta las mas apartadas regiones, siguiendo sobre los mares al navegante en medio de los peligros, meditada por los sacerdotes, por los sabios y por los filósofos, colocada en las bibliotecas de los reyes, se habia hecho oír en todas partes: el mundo, despues de tantas desgracias de que no esperaba salir, escucha esta voz, la comprende, y siente alentarse con la expectativa consoladora de su Salvador. ¿Cuándo nacerá el Salvador? decian los habitantes de la India, durante su famoso sacrificio Ekiam. ¿Cuándo, por fin, aparecerá el Redentor?¹ Se procuraba adivinar la época de este dichoso acontecimiento, se compulsaban las antiguas tradiciones, y aun se interrogaba en la estrellada noche á la bóveda celeste para ver de descubrir en ella algun astro precursor: todos los ojos se volvian hácia la parte del Oriente; y Virgilio en su suave poesía, haciéndose el intérprete de los sentimientos universales, templaba su lira en un tono mas elevado y tomaba de los profetas su estilo y sus acentos para celebrar la venida del nuevo Rey, y

¹ Notas del Genio del Cristianismo.

el porvenir venturoso que se le preparaba al mundo. “¡Musas de Sicilia! vamos ahora á cantar grandes sucesos; la última edad predecida por la sibila de Cumas ha llegado ya: hé ahí un nuevo orden de siglos que va á comenzar. La noble Astrea volverá á posar sobre la tierra; el reinado de Saturno va otra vez á aparecer: una nueva posteridad nos viene de lo alto de los cielos. Casta Diana favorece el nacimiento de un niño que va á desterrar el siglo de hierro, y á restablecer la edad de oro en el universo! Las señales de nuestros crímenes van á ser enteramente borradas, la tierra se verá libre para siempre de sus temores. Este niño recibirá la vida de los dioses; él verá á los héroes mezclados con las divinidades sobre la tierra; á él le verán asimismo entre ellos, y él regirá al universo pacificado por las virtudes de su padre. ¡Niño divino! la tierra, fecunda sin necesidad de cultivo, os ofrecerá desde luego sus sencillos presentes: la serpiente perecerá, como tambien la engañosa planta que destila el veneno. Quedarán todavía algunos vestigios de la antigua maldad de los hombres, y habrá todavía guerras y discordias; pero desde que hubiereis llegado á la edad perfecta la tierra producirá todo abundantemente. ¡Hijo querido de los dioses, digno vástago de Júpiter! preparaos á los mas grandes honores; el tiempo va á abriros muy pronto la carrera que debeis recorrer. Ved cómo la máquina entera del mundo se conmueve; la tierra, el cielo, los mares, todas las cosas en fin, se regocijan de la era dichosa que va á renacer.¹”

Estos cantos proféticos del cisne de Mantua, que parecen robados á las sublimes inspiraciones de David y de Isaías, este ardor en inquirir las predicciones de las sibilas, bastarian por sí solos, sin necesidad del testimonio de los historiadores, para probar el estado de vaga inquietud que por aquel tiempo reinaba en todos los espíritus; el presentimiento de la caida de un mundo envejecido por la corrupcion y el error, la

¹ Virgilio, Egloga 4ª

preocupacion general de un porvenir nuevo y mas afortunado, la espectacion y la esperanza de todos los corazones que convirtiéndose hácia Dios, principio de toda verdad, despues de haberse fatigado en senderos inextricables, pedian con todos sus votos los socorros prometidos del cielo á su debilidad y á su miseria. En esta época suprema en que la hora de la regeneracion iba ya á sonar, qué espectáculo tan tierno y conmovedor debia presentar la decaida humanidad! Despues de estar tanto tiempo separada de su Autor, y por consiguiente alejada de la fuente de lo bueno, de lo verdadero y de lo justo, envuelta en las tinieblas del error á que la habia arrastrado el contagio de la primera culpa, sumida en el fondo de un abismo, ella, se atrevia al fin á dirigir al cielo sus miradas, á enviarle los suspiros de su tristeza, sintiendo que de allí solamente podia venir su salvacion; y en la impaciencia de sus deseos elevaba á Dios esas ardientes aspiraciones que la Iglesia ha consagrado despues en las festividades de Adviento: "¡Oh Adonai, gefe de la casa de Israel, ven á rescatarnos, no tardes ya mas tiempo! ¡Cielos, enviad vuestro rocío: nubes luminosas de la mansion inmortal, abrios! ¡dejad descender al Justo!"

CAPITULO VI.

O la Cruz, o Satanas.

Esas tradiciones universales, esas profecías repetidas de edad en edad y siempre concordantes, esos oráculos multiplicados, ¿no eran mas que ilusiones, mentiras y supercherías? Nadie hubiera podido creerlo. El género humano esperaba tambien lleno de confianza la hora de la regeneracion. ¿Su esperanza habria sido burlada? Y todas esas voces mis-

teriosas de regeneracion, todos esos votos, todas esas súplicas, toda esa agitacion, ¿se habrian estinguido como vanos síntomas, sin motivo, sin objeto, sin consecuencia? El mundo habia tocado al fin de su descenso en la pendiente de la degradacion, sin que ninguna fuerza superior hubiese venido á interponerse en el camino y á impelerlo en una direccion contraria? ¿Dios habria faltado á sus promesas, ó el hombre habia sido el juguete de engañosos ensueños? La historia se encarga de responder á estas cuestiones.

En el momento fijado por la Sabiduría divina, tuvo lugar un acontecimiento que ha producido en las cosas humanas un movimiento de reaccion universal, y tan poderoso, que lejos de debilitarse por el efecto del tiempo, no ha hecho sino acelerarse y continuar hoy todavía con una energía mas viva que nunca. Este es el acontecimiento que se ha tenido como inesperado, como la realizacion de las profecías, como la reparacion del mal terrestre; y ¡cosa notable! este acontecimiento es único en el mundo en su especie, y el solo tambien que podria revindicar esta gloria: ningun otro suceso importante viene á disputársela, y es que no solamente no deja ninguna duda sobre la esencia del hecho mismo entre las pretensiones diversas, sino que aun permite establecer este riguroso dilema:

O este acontecimiento es verdaderamente lo que él anuncia, y entonces las cosas que pasan entre los hombres tienen un sentido, el mundo moderno se armoniza con el mundo antiguo, todo se enlaza, todo se encadena, y la humanidad está necesariamente colocada en la vía de regreso á mejores destinos; ó este acontecimiento no es lo que él anuncia, y en este último caso el hombre marcha todavía al acaso en medio de las tinieblas de la duda, sin ideas fijas sobre su origen, sobre su naturaleza, sobre su fin, sobre sus deberes; nada es cierto entonces en el órden moral, en esto que es lo que mas nos importa conocer: Dios, la creacion, el alma, la vida, el bien y el mal, el tiempo y la eternidad, todo queda

preocupacion general de un porvenir nuevo y mas afortunado, la espectacion y la esperanza de todos los corazones que convirtiéndose hácia Dios, principio de toda verdad, despues de haberse fatigado en senderos inextricables, pedian con todos sus votos los socorros prometidos del cielo á su debilidad y á su miseria. En esta época suprema en que la hora de la regeneracion iba ya á sonar, qué espectáculo tan tierno y conmovedor debia presentar la decaida humanidad! Despues de estar tanto tiempo separada de su Autor, y por consiguiente alejada de la fuente de lo bueno, de lo verdadero y de lo justo, envuelta en las tinieblas del error á que la habia arrastrado el contagio de la primera culpa, sumida en el fondo de un abismo, ella, se atrevia al fin á dirigir al cielo sus miradas, á enviarle los suspiros de su tristeza, sintiendo que de allí solamente podia venir su salvacion; y en la impaciencia de sus deseos elevaba á Dios esas ardientes aspiraciones que la Iglesia ha consagrado despues en las festividades de Adviento: "¡Oh Adonai, gefe de la casa de Israel, ven á rescatarnos, no tardes ya mas tiempo! ¡Cielos, enviad vuestro rocío: nubes luminosas de la mansion inmortal, abrios! ¡dejad descender al Justo!"

CAPITULO VI.

O la Cruz, o Satanas.

Esas tradiciones universales, esas profecías repetidas de edad en edad y siempre concordantes, esos oráculos multiplicados, ¿no eran mas que ilusiones, mentiras y supercherías? Nadie hubiera podido creerlo. El género humano esperaba tambien lleno de confianza la hora de la regeneracion. ¿Su esperanza habria sido burlada? Y todas esas voces mis-

teriosas de regeneracion, todos esos votos, todas esas súplicas, toda esa agitacion, ¿se habrian estinguido como vanos síntomas, sin motivo, sin objeto, sin consecuencia? El mundo habia tocado al fin de su descenso en la pendiente de la degradacion, sin que ninguna fuerza superior hubiese venido á interponerse en el camino y á impelerlo en una direccion contraria? ¿Dios habria faltado á sus promesas, ó el hombre habia sido el juguete de engañosos ensueños? La historia se encarga de responder á estas cuestiones.

En el momento fijado por la Sabiduría divina, tuvo lugar un acontecimiento que ha producido en las cosas humanas un movimiento de reaccion universal, y tan poderoso, que lejos de debilitarse por el efecto del tiempo, no ha hecho sino acelerarse y continuar hoy todavía con una energía mas viva que nunca. Este es el acontecimiento que se ha tenido como inesperado, como la realizacion de las profecías, como la reparacion del mal terrestre; y ¡cosa notable! este acontecimiento es único en el mundo en su especie, y el solo tambien que podria reivindicar esta gloria: ningun otro suceso importante viene á disputársela, y es que no solamente no deja ninguna duda sobre la esencia del hecho mismo entre las pretensiones diversas, sino que aun permite establecer este riguroso dilema:

O este acontecimiento es verdaderamente lo que él anuncia, y entonces las cosas que pasan entre los hombres tienen un sentido, el mundo moderno se armoniza con el mundo antiguo, todo se enlaza, todo se encadena, y la humanidad está necesariamente colocada en la vía de regreso á mejores destinos; ó este acontecimiento no es lo que él anuncia, y en este último caso el hombre marcha todavía al acaso en medio de las tinieblas de la duda, sin ideas fijas sobre su origen, sobre su naturaleza, sobre su fin, sobre sus deberes; nada es cierto entonces en el órden moral, en esto que es lo que mas nos importa conocer: Dios, la creacion, el alma, la vida, el bien y el mal, el tiempo y la eternidad, todo queda

entregado á disputas infinitas, inacabables, sin esperanza de solucion precisa, segura, irrefragable, digna de fé; nada hay posible en la tierra sino la anarquía de las inteligencias y de las voluntades; nos hallamos, en fin, todavía en medio del paganismo.

Estas sencillas observaciones harán comprender cuál es la inmensa importancia, la importancia *humanitaria*, como se ha dicho, del acontecimiento de que hablamos. Nos bastará, pues, para hacerle apreciar, el esponerlo tal como él mismo se presenta, limitándonos solamente á hacer resaltar su espíritu y sus consecuencias, porque mas bien que en racionios filosóficos, él se apoya en su existencia, en su mismo desarrollo: so pena de no ser nada, debe ser evidentemente lo que él dice ser: á la simple vista debe producir en el espíritu de todo hombre de buena fé, esta reflexion de J. J. Rousseau: "No, no es así como se inventa: el que hubiese inventado un acontecimiento semejante, seria mas digno de admiracion que el héroe mismo á que él se referia.¹"

CAPITULO VII.

El Crucificado.

El espíritu del mal habia vencido; el mundo que él se habia formado habia recibido la triple sancion del tiempo, de la fuerza y del hábito de las pasiones: bajo un cetro de hierro tenia doblugada la tierra, de la que habia conseguido desterrar á Dios: reinaba, pues, sin rival; y sobre su trono rodeado de genios ilustres, de valientes guerreros, de legis-

1. "Emilio."

ladores célebres, de profundos filósofos y de armoniosos poetas, viendo á sus piés la multitud humillada de los pueblos, se creia firme é invencible, y contemplaba con arrobamiento el conjunto de los reinos terrestres diciéndose: "¡Todo esto me pertenece!" Una idea sola, *la idea de la reparacion*, le asaltaba con todo su poder; él procura repelerla, mas á pesar de todos sus esfuerzos, ella se le muestra siempre amenazante, implacable, y turba la alegría de su funesto triunfo. Sentia que en esa idea se contenia una virtud divina, que tarde ó temprano vendria á serle fatal; y en sus oidos resonaba todavía esta sentencia terrible: "*La descendencia de la mujer te quebrantará la cabeza.*"

Un dia su terror se redobló; sus miradas cayeron sobre la Judea, que él no miraba nunca sin desconfianza, porque un poder oculto habia sustraído á su imperio ese rincon despreciable de la tierra, se sintió conmovido por algo misterioso y estraño que pasaba allí. Un hombre austero, hijo milagroso de un sacerdote anciano y de una madre estéril, viviendo en el desierto, llevando un vestido de pieles de camello ajustado al cuerpo con un cinturon de cuero, alimentándose de langostas y de miel de abejas, predicando el bautismo de la penitencia *para la remision de los pecados*; este hombre, decimos, iba seguido de una multitud inmensa, á cuyas diversas interpelaciones respondia con estas palabras: "Yo soy la voz que grita en el desierto: preparad la vía *del Señor*, enderezad sus senderos. Hay entre vosotros alguno que no conoceis, y es el que debe venir despues de mí. *Él está mas arriba que yo*; y yo no soy digno de desatar los cordones de su calzado." Al dia siguiente se presenta á él un personaje estraordinario, á quien saluda con trasporte por medio de estas no menos estraordinarias palabras: "*Ved ahí al Cordero de Dios; ved ahí al que quita los pecados del mundo.*" y en vista de su demanda, cuya insistencia triunfa de las vacilaciones de la humildad, confiérole el bautismo en las aguas del Jordan; y vióse entonces obrarse allí un prodigio desco-

entregado á disputas infinitas, inacabables, sin esperanza de solucion precisa, segura, irrefragable, digna de fé; nada hay posible en la tierra sino la anarquía de las inteligencias y de las voluntades; nos hallamos, en fin, todavía en medio del paganismo.

Estas sencillas observaciones harán comprender cuál es la inmensa importancia, la importancia *humanitaria*, como se ha dicho, del acontecimiento de que hablamos. Nos bastará, pues, para hacerle apreciar, el esponerlo tal como él mismo se presenta, limitándonos solamente á hacer resaltar su espíritu y sus consecuencias, porque mas bien que en racionios filosóficos, él se apoya en su existencia, en su mismo desarrollo: so pena de no ser nada, debe ser evidentemente lo que él dice ser: á la simple vista debe producir en el espíritu de todo hombre de buena fé, esta reflexion de J. J. Rousseau: "No, no es así como se inventa: el que hubiese inventado un acontecimiento semejante, seria mas digno de admiracion que el héroe mismo á que él se referia.¹"

CAPITULO VII.

El Crucificado.

El espíritu del mal habia vencido; el mundo que él se habia formado habia recibido la triple sancion del tiempo, de la fuerza y del hábito de las pasiones: bajo un cetro de hierro tenia doblugada la tierra, de la que habia conseguido desterrar á Dios: reinaba, pues, sin rival; y sobre su trono rodeado de genios ilustres, de valientes guerreros, de legis-

1. "Emilio."

ladores célebres, de profundos filósofos y de armoniosos poetas, viendo á sus piés la multitud humillada de los pueblos, se creia firme é invencible, y contemplaba con arrobamiento el conjunto de los reinos terrestres diciéndose: "¡Todo esto me pertenece!" Una idea sola, *la idea de la reparacion*, le asaltaba con todo su poder; él procura repelerla, mas á pesar de todos sus esfuerzos, ella se le muestra siempre amenazante, implacable, y turba la alegría de su funesto triunfo. Sentia que en esa idea se contenia una virtud divina, que tarde ó temprano vendria á serle fatal; y en sus oidos resonaba todavía esta sentencia terrible: "*La descendencia de la mujer te quebrantará la cabeza.*"

Un dia su terror se redobló; sus miradas cayeron sobre la Judea, que él no miraba nunca sin desconfianza, porque un poder oculto habia sustraído á su imperio ese rincon despreciable de la tierra, se sintió conmovido por algo misterioso y estraño que pasaba allí. Un hombre austero, hijo milagroso de un sacerdote anciano y de una madre estéril, viviendo en el desierto, llevando un vestido de pieles de camello ajustado al cuerpo con un cinturon de cuero, alimentándose de langostas y de miel de abejas, predicando el bautismo de la penitencia *para la remision de los pecados*; este hombre, decimos, iba seguido de una multitud inmensa, á cuyas diversas interpelaciones respondia con estas palabras: "Yo soy la voz que grita en el desierto: preparad la vía *del Señor*, enderezad sus senderos. Hay entre vosotros alguno que no conoceis, y es el que debe venir despues de mí. *Él está mas arriba que yo*; y yo no soy digno de desatar los cordones de su calzado." Al dia siguiente se presenta á él un personaje estraordinario, á quien saluda con trasporte por medio de estas no menos estraordinarias palabras: "*Ved ahí al Cordero de Dios; ved ahí al que quita los pecados del mundo.*" y en vista de su demanda, cuya insistencia triunfa de las vacilaciones de la humildad, confiérole el bautismo en las aguas del Jordan; y vióse entonces obrarse allí un prodigio desco-

nocido: de repente se entreabren los cielos, el Espíritu de Dios desciende sobre el bautizado, y una voz desde lo alto hace oír estas solemnes palabras: "*Este es mi Hijo muy amado y en quien yo he puesto todas mis complacencias.*"

En estas escenas maravillosas el espíritu del mal entrevió algo que amenazaba de un modo temible su poder, porque no perdió de vista al Elegido del cielo; le siguió hasta el desierto, adonde hablándole con su hipocresía acostumbrada: "¿Seriais vos *el Hijo de Dios*? le dijo. Haced, pues, milagros, puesto que os es posible; trocad en pan estas piedras, arrojados desde la altura de ese templo y los ángeles os recibirán sobre sus alas. Venid á la cumbre de esta montaña: ¿veis todos esos reinos y su brillante esplendor? Todo ese poder, toda esa gloria me pertenece; ella me ha sido concedida, y yo puedo trasmitirla á quien me plazca: pues bien, todo es vuestro si, cayendo á mis piés, me rendís adoracion."—La respuesta fué breve y significativa: "Apártate, Satanás; el hombre no vive solamente de pan, sino tambien de la palabra de Dios. Está escrito: vos adoraréis al Señor, *vos no serviréis sino á Él solo.*" Y la antigua serpiente, no reconociendo ya en esta fuerte actitud la debilidad de Eva y de sus extraviados hijos, desapareció como espantada del rayo.

¿Quién es, pues, este atrevido atleta que cuando todos se han sometido al yugo, no desespera de la causa comun, sino que habla como señor, y con solo una palabra irresistible hace huir aterrado al Espíritu orgulloso del mal? ¿De dónde viene Aquel que se encuentra revestido repentinamente de una virtud tan prodigiosa, y se presenta con ese carácter de autoridad tan soberana?

Podría recordarse haber visto por el camino de Bethlehem á dos pobres viajeros que iban á inscribirse en los registros de la ciudad, en obediencia de la orden del César, que habia decretado un empadronamiento general de los súbditos de su vasto imperio. Estos dos viajeros eran José, carpintero de Nazareth, y María, su mujer, que se acercaba al

término de su preñez. A su llegada, rechazados de todas las hosterías, no encontraron asilo para el descanso de la noche sino entre dos animales, en un establo abandonado, donde María recibió en sus brazos con alegría al hijo que habia llevado en sus entrañas. Este niño, nacido en un pesebre, y que habia participado, durante treinta años, de la oscuridad, de la miseria y del trabajo de su familia, era el que acaba de declararse el campeón de Dios y del hombre. Allá en su interior el ángel caído sospechaba con terror algun secreto designio del cielo, y procuraba con afan aclararlo. ¿Sabia acaso que Gabriel, el mensajero celeste, habia descendido á la casa de la Virgen de Nazareth, y le habia anunciado que el santo fruto que naceria de ella seria llamado el Hijo de Dios? ¿Sabia que Isabel, la esposa del venerable Zacarías, habia saludado á su prima con el nombre augusto de Madre del Señor? ¿Habia él oído á las falanges angélicas anunciar cantando á los pastores el nacimiento del Cristo Salvador? ¿Habia seguido en su peregrinacion á los magos del Oriente, á quienes guiara hácia el nuevo Rey una estrella milagrosa? ¿Sabia acaso que en el templo el santo anciano Simeon y la profetisa Anna, habian saludado al niño del establo como al Redentor del mundo, como la luz futura de los pueblos?.... Pero al menos ¿lo habia visto crecer en gracia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres, desconcertando con sus preguntas y sus respuestas á los doctores de la Sinagoga, admirados de su divina ciencia; encantando á María, su hermosa y pura madre, con el brillo de sus palabras santas, que ella guardaba con regocijo en el fondo de su corazon?... En fin, el firmamento estaba abierto, y él habia oído la voz de lo alto consagrar la mision del jóven prodigioso, dándole el título de Hijo muy amado, objeto de las complacencias de su Padre celestial. Entonces fué cuando Satanás, queriendo probar á su adversario, no pudo ni aun sostener la fuerza de su imponente palabra. Sin embargo, aunque ya no se atreviese á atacarle nunca de frente, no perdía todavía del

todo la esperanza, y no hizo mas que suspender por un tiempo el volver á ensayar los esfuerzos de su profunda é insolente astucia.

Desde el momento solemne que antes hemos indicado, Jesus empezó á manifestarse en el mundo, anunciando que *el reino de Dios estaba próximo*. Él recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, diseminando entre el pueblo su alta doctrina, y curando toda clase de enfermedades y dolencias. Su reputacion se extendia por toda la Siria; y donde quiera que se presenta, todos los enfermos, todos los que se hallan atacados de diversos géneros de males y dolores, sienten luego el alivio y el consuelo. Conmovida por estas maravillas, le sigue una gran muchedumbre de pueblo de Galilea, de Jerusalem, de la Judea, y aun de mas allá del Jordan. Querian hasta hacerle rey, pero él se opuso á sus instancias. Habiendo vuelto á Nazareth, donde se habia criado, entró el día sábado, segun tenia costumbre, á la sinagoga, y se puso en pié para leer. Presentáronle el libro del profeta Isaías, y abriéndolo, encontró luego el pasaje siguiente: "*El espíritu del Señor está conmigo; y es porque me ha consagrado por su unción: él me ha enviado á predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazón lacerado; para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista; para libertar á los que gimen en la opresion; para publicar el año de gracias del Señor, y el día en el cual hará justicia.*" Y habiendo cerrado el libro comenzó á decirles: "Estas palabras de la Escritura que acabais de oír, están cumplidas hoy en mí." Y continuó su discurso con espresiones tan llenas de gracia y elocuencia, que todos le escuchaban absortos de admiracion.

Más aterrorizados todavía que su gefe, los satélites de Satanás á quienes les habia entregado los cuerpos de algunos desgraciados para atormentarlos, cuando la presencia del joven profeta de Galilea les hacia salir de ellos, exclamaban: "Dejadnos, ¿qué teneis que ver con nosotros, Jesus de Na-

zaret? ¿habeis venido no mas que para perdernos? Ya sabemos quién sois: sois el *Santo de Dios, el Hijo de Dios!*"

Los discípulos de Juan le dijeron: "Maestro, aquel hombre que estaba con vos mas allá del Jordan, y á quien rendisteis testimonio, ved que bautiza y que todo el mundo va con él." Juan les respondió: "Vosotros mismos me sois testigos de lo que he dicho, y es, que no soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él: es necesario que él crezca y que yo disminuya: *aquel que viene de lo alto está mas arriba de todos*: el Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos: el que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que no cree en el Hijo no verá esta vida."

Entretanto Jesus continúa recorriendo las ciudades y las aldeas, seguido de una multitud siempre creciente. Por todas partes da sus lecciones: en las sinagogas, en los domicilios particulares, en las plazas públicas, sobre las montañas, en el desierto, á las orillas de los lagos, cerca de las fuentes. Él espresa las mas altas verdades en el lenguaje mas natural y sencillo. Para ser comprendido aun de las mas débiles inteligencias, se sirve casi siempre de parábolas ó comparaciones tomadas de las cosas mas comunes de la vida, ó de los diversos objetos que se ofrecen á sus miradas: un padre de familia, un niño, un sirviente, una viña, un rio, un árbol, un pájaro, le ministran el asunto de maravillosas esplicaciones. Jamas la tierra habia oido una doctrina tan sublime; jamas bajo formas tan dulces habia recibido preceptos tan puros y tan santos. Él se dedica sobre todo á restablecer el verdadero sentido de la ley, y á completar su enseñanza; á combatir ridículas preocupaciones, y á despejar los espíritus de frívolas fórmulas, para encaminarlos á las cosas verdaderamente importantes: anatematiza con fuerza á los orgullosos y á los hipócritas, estos sepulcros blanqueados que imponen sobre las espaldas de otros fardos pesados que ellos no querrian mover ni con la punta del dedo; recuerda continuamente á los ricos sus deberes imperiosos para con

los pobres; predica en fin á todos el sacrificio, la abnegacion, la paz, la concordia y la divina caridad. Su manera de enseñar los llena de admiracion; porque Él hablaba como en derecho de autoridad, y no como los escribas y fariseos. Estos decian: ¿cómo puede tener tanta ciencia no habiendo hecho ningunos estudios?

Pero Jesus no exigia de sus oyentes el que solo por las palabras creyesen en la realidad de su mision celestial. Él hacia al mismo tiempo enmudecer á los demonios, y que los enfermos curados milagrosamente le proclamasen Hijo de Dios; queria que la fé naciese en las almas por el testimonio que de Él rendia su Padre en los hechos maravillosos cuyo cumplimiento le habia encomendado. Así los multiplicaba bajo sus pasos: con una sola palabra calmaba las tempestades, lanzaba á los demonios, resucitaba á los muertos. Su reputacion se estendia por todas partes, y frecuentemente se decia: “¿Quién es ese hombre extraordinario que manda con autoridad y poder á los espíritus impuros, y á quien obedecen los vientos y los mares? Es un gran profeta, *es el Cristo*; porque si el Cristo viniese, ¿podria hacer cosas mas admirables?”

Esta gran gloria que se atraia, el suceso de sus predicaciones que desenmascaraban tantas hipocresías ocultas bajo el velo de falsas prácticas de la ley, le habian ya suscitado celos violentos y odios implacables. ¿No es un galileo? decian sus enemigos; ¿puede venir algo bueno de ese pais? ¿No es el hijo del carpintero de Nazareth? ¿no conocemos bien á su padre, á su madre y á sus parientes? Es sin duda Belzebut el príncipe de las tinieblas el que le da el poder de arrojar á los demonios.” Jesus sobrellevaba pacientemente las injurias, pero no pudo sufrir la blasfemia. “Decid en buena hora que si el árbol es bueno el fruto es tambien bueno, y que del árbol malo el fruto debe ser malo; pero no insulteis al Espíritu Santo atribuyendo su obra al espíritu del mal. Por lo demas, yo os lo aseguro, todo reino dividido contra sí

mismo perecerá. Si pues Satanás se ha dividido contra él mismo, ¿cómo puede subsistir su reino? Pero si es por el dedo de Dios por el que yo arrojé á los demonios *creed, pues, que el reino de Dios ha llegado entre vosotros.*”

Este hijo del carpintero, que se llamaba él mismo el Hijo del Hombre, habia ya hecho conocer á Andrés, á Felipe y á Nataniel que él era tambien el hijo de Dios. Sobre la piedra del pozo de Jacob habia revelado á la mujer de Samaria que era el Mesías esperado; habia obtenido de sus discípulos por boca de Simon Pedro que le reconociesen como al enviado de Dios; despues, por último, habia declarado á los judíos en términos muy explícitos, que *él era Hijo de Dios, igual en todo á su Padre*; y esta declaracion tan positiva y solemne puso el colmo al odio de sus enemigos. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los gefes del pueblo procuraban con empeño perderlo, pero no encontraban el medio de obrar contra él, porque todo el pueblo estaba de su parte, subyugado por el poder de sus discursos y por la fuerza irresistible de sus acciones. Temblando de cólera le cercaron un dia en el templo, y se atrevieron á dirigirle estas insolentes preguntas: “Decidnos, ¿por qué autoridad haceis estas cosas, ó quién os ha dado este poder? ¿Hasta cuándo nos tendréis el ánimo suspenso? Si sois el Cristo, decídnoslo claramente.”—Jesus les respondió con dulzura: “Yo os lo he dicho, y vosotros no me creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre, rinden testimonio de mí. Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creáis pues; pero si las hago, *cuando vosotros no queréis creerme*, creed á mis obras, á fin de que conozcais y esteis persuadidos de que el Padre está en mí y de que yo estoy en el Padre.” Lejos de apaciguarse con la calma y el poder de estas razones, ellos se pusieron mas furiosos, y se arrojaron sobre Jesus para prenderlo.

Ya antes habian querido precipitarlo de lo alto de una montaña, y no pocas veces quisieron apedrearlo; pero Jesus

se evadía siempre de entre sus manos, porque su hora no era todavía llegada.

Entretanto pusieron á acumular un gran número de cuestiones, tendiéndole redes para sacar de su boca algo de que acriminarlo. Enviaronle tambien espías que se fingiesen de las buenas gentes que le seguian, para sorprenderle en sus palabras, á fin de entregarle á los magistrados y al poder del gobierno. "Maestro, le decian traidoramente, nosotros sabemos que no decís ni enseñais nada que no sea justo; que no considerais la calidad de las personas, sino que enseñais el camino de Dios segun la verdad. Nosotros, pues, os consultamos para saber si es permitido ó no pagar el tributo al César."

Es verdaderamente tierna y llena de interes la situacion de el Justo por escelencia, rodeado de hombres tan profundamente pérfidos y malvados; pero su sabiduría sabrá destruir los cálculos y burlar las insidias de su hipocresía.— "¿Por qué me tentais? les dijo; mostradme una pieza de moneda. ¿De quién es la efigie y la inscripcion que lleva?—Del César.—Pues bien: dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios."

Desesperando de vencer su prudencia, tuvieron que echar mano de las injurias y las calumnias: era el recurso último que les quedaba. Ellos le llamaron hombre goloso y apasionado del vino, el amigo de los publicanos y de los pecadores: le acusaron de seductor del pueblo; le trataron, en fin, de violador de la ley de Moisés, de impío y de blasfemo. En el encono de su envidia, le hacian un crimen de sentarse á la mesa de los que le invitaban, sin escepcion de personas; de predicar una moral mas pura y mas santa que la suya; de curar á los enfermos en el día sábado; de pensar que era mejor purificar el corazón que las manos; de atreverse, en fin, á decir que por el poder de Dios su Padre, era por el que obraba aquellos milagros.

Es un hecho notable que el temor que tenian al pueblo

era el que los contenia en sus malévolas intenciones; porque á pesar de sus viles maniobras, de sus criminales sugestiones, de sus burlas y de las amenazas de arrojarlos de la sinagoga, no habian podido hacer que las gentes del pueblo participasen de un odio cuyos motivos no podian comprender. "¿Cómo un hombre malo, respondian con la sencillez y la rectitud del buen sentido natural, cómo un hombre tan malo como le pintais, podria hacer tales prodigios? Él debe ser seguramente un profeta."—"Si es malo, decia el ciego de nacimiento, que habia obtenido la vista, yo no lo sé: lo que sé es, que yo era ciego y que ahora veo; y lo que es mas admirable, que él me ha abierto los ojos, y que vosotros no sabeis de dónde le viene este poder."

En vano los fariseos enviaron algunos arqueros para que se apoderasen de él: los arqueros no se atrevieron á ponerle encima la mano, y volvieron al punto maravillados diciendo: "jamás hombre alguno ha hablado como él." Y los fariseos, burlándose de ellos para ver de obligarlos así á sus intentos, les dijeron: "¿conque tambien á vosotros ha seducido? ¿á vosotros lo mismo que á esas gentes malditas del populacho, que no entienden la ley? ¿Hay uno solo de los fariseos ó de los magistrados que crea en él?"

Una circunstancia reveló muy pronto el entusiasmo popular, y escitó el furor de los enemigos de Jesus hasta el último grado. Era el tiempo de las Pascuas, y una gran multitud de pueblo que habia venido á la fiesta, sabiendo que Jesus llegaba á Jerusalem, salieron de la ciudad á su encuentro, y tomando ramos de palmera, venian delante de él exclamando: "¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en la tierra y gloria en lo mas alto de los cielos!"—Y estendian sus mantos por donde debia pasar el triunfador. Los fariseos que se encontraban mezclados entre el pueblo, no podian ocultar su despecho ni aun al mismo Jesus; así es que le decian: "Maestro, haz callar á tus discípulos." A lo cual Jesus les respon-

dió: "Yo os aseguro que si ellos callasen, las piedras mismas clamarian." (*Lapides clamabunt.*)

Este espléndido testimonio de los sentimientos populares, esta brillante ovacion de la multitud les desconcertó, y unos á otros se decian: "Ya veis que no ganamos nada; que todos le siguen; si le dejamos correr su suerte, todo el mundo creará en él; y los romanos vendrán y destruirán nuestra ciudad y nuestra nacion." Entonces Caifás se levanta en medio de ellos y profetiza como gran sacerdote *que era ventajoso y conveniente que un solo hombre muriese por el pueblo, y la nacion.* Desde este dia no pensaron ya sino en hacer entregar á Jesus á la muerte.

Espectador inquieto de los sucesos que obtenia su enemigo y de los estragos que causaba en su imperio, Satanás juzgó que era tiempo de intervenir en una lucha que por momentos se hacia mas desigual y temible, prestando una mano fuerte á los que combatian en favor de su causa. Ya habia querido acribillar á los apóstoles como se criba el trigo, y Jesus le vió caer sobre ellos sulcando el cielo como un relámpago; ya habia procurado apoderarse y servirse de la persona de Pedro á quien no encontró muy dócil á sus inspiraciones; pero esta vez sus esfuerzos fueron mas dichosos: introdujose en Júdas Iscariote, y logró inspirar á su corazon el traidor designio de entregar á su Maestro.

Entretanto, sintiendo Jesus que su hora se acercaba, se conturbó su espíritu y dijo abiertamente á sus discípulos: "En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar. ¡Padre mio; libradme de esta hora! Pero si es para esto para lo que he venido, ¡Padre mio, glorificad vuestro nombre!" Volviéndose luego hácia Júdas: "Haced pronto, le dijo, lo que teneis que hacer." Júdas salió: y Jesus se dirigió de nuevo á sus discípulos consternados; y despues de haberles dejado en su testamento su cuerpo y su sangre como prendas de un amor inefable, se despidió de ellos tiernamente. En seguida se dirigió en su compañía mas allá del

torrente de Cedron en el jardin de los Olivos, y comenzó á entristecerse y á sentir el corazon comprimido por una profunda aficcion. "Mi alma, exclamó, está triste hasta la muerte. Padre mio, si es posible, que se aleje de mí este cáliz; pero si no, hágase vuestra voluntad y no la mia." En estas angustias de una agonía inesplicable, vínole un sudor como de gotas de sangre que corrian hasta la tierra. Fué necesario que un ángel descendiese del cielo para sostenerlo y confortarlo; porque resumiendo en él á la humanidad entera, cargado de todas sus miserias y de todos sus dolores, iba á sostener el combate supremo contra su eterno enemigo, y á oponerse como un escudo á los golpes redoblados que se preparaba á descargar sobre él.

Impulsado Judas por la infernal inspiracion, fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes, á los cuales vendió á su Maestro por treinta monedas de plata, prometiéndoles procurar desde luego la ocasion de entregárselos. En efecto, acompañado de una cohorte de diversas gentes armadas, y que llevaban hachas y linternas, llega al lugar donde estaba Jesus, y dirigiéndose á él con los brazos abiertos, le designa á su comitiva por medio de un ósculo pérfido. Jesus se deja coger y aprisionar sin oponer la menor resistencia. "Vuelve tu espada á la vaina, dice á Pedro que habia herido al criado del pontífice, porque el que con el hierro se defiende, por el hierro perecerá." Despues, volviéndose á los que habian venido para prenderle, se contentó con dirigirles estas palabras llenas de la mas noble dignidad: "Vosotros habeis venido á mí con espadas y palos, como si fuese un salteador. Yo, sin embargo, estaba con vosotros todos los dias en el templo, y no habeis puesto sobre mí la mano. Pero esta es vuestra hora, *la hora del poder de las tinieblas.*"

¡Siglos, estad atentos! Un acto el mas solemne va á cumplirse: un Dios va á inmolarse á la vista de un Dios; y la humanidad, rescatada por esta expiacion divina, entrará al fin en la senda de la regeneracion.

Jesus atado fuertemente por las manos impías que habia armado el traidor discípulo, es conducido á casa de Anás y á la del gran sacerdote Caifás: se le arrastra de un tribunal á otro tribunal; de Pilato á Herodes, de Herodes á Pilato; todos sus discípulos le abandonan; Pedro, el primero de ellos, no vacila en renegar de su Maestro tres veces; los criados de los sacerdotes le abofetean, los soldados le escupen el rostro, le revisten con las insignias de la locura, le dan de palos, le azotan atado á una columna, le ciñen las sienes con una corona de punzantes espinas; le colman de injurias, de ultrajes, de sangrientas burlas. "Cristo, le dicen despues de haberle vendado los ojos, adivina, quién te ha herido!" A todos estos indignos tratamientos no opone sino el silencio de una paciencia celestial.

Entretanto el gran sacerdote le interroga de esta manera: "Yo os ordeno de parte de Dios vivo, nos digais si sois el Cristo hijo de Dios." Jesus le respondió: "Ya lo habeis dicho; y yo os declaro que un dia veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios, descendiendo sobre las nubes del cielo."—"¡Ha blasfemado! esclama colérico el gran sacerdote; vosotros habeis oido la blasfemia."—Y todos esclaman como él: "¡ha blasfemado! merece la muerte."—Algunos falsos testigos, reclutados con mucho trabajo, son introducidos entonces y le acusan á su turno: "Este hombre ha dicho: 'Yo puedo destruir el templo de Dios, y reconstruirlo en tres dias.'" Jesus guardó silencio.

Pero solo Poncio-Pilato, gobernador de los romanos, podia condenarlo á muerte. Levantándose toda la asamblea le conduce ante su tribunal. "¿Dè qué crimen acusais á este hombre?" dice el magistrado romano, que sabia ya que era la envidia de aquellos la que lo entregaba.—"Si no fuese un malvado nosotros no le acusariamos: subleva al pueblo con sus doctrinas, prohíbe pagar el tributo al César llamándose *rey*, y diciendo que *es el Cristo*."—Pilato se dirigió á Jesus: "¿Sois en efecto rey?"—Jesus replicó: "Ya lo

habeis dicho: *yo soy rey*, pero mi reino no es de este mundo. Yo, sin embargo, he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Cualquiera que quiere la verdad, escucha mi voz."—"¿Cuál es esta verdad? repone el juez como aturdido de estas divinas palabras; y sin esperar la interesante respuesta se vuelve á los judíos y les dice: Yo he interrogado á este hombre, y no le encuentro culpable de ninguno de los crímenes de que le acusais; yo le dejaria libre despues de haberle impuesto algun castigo." Pero no podia bastar al furor de los judíos esta ilusoria satisfaccion, y persistieron por lo mismo en pedir la muerte para Jesus. En este momento la mujer de Pilato le envió á decir: "No toméis parte alguna en el negocio contra ese Justo, porque yo he sufrido mucho hoy en un sueño con este motivo." Asustado, y convencido asimismo de la mala fé de los judíos, no menos que de la inocencia del acusado, Pilato, que habria querido arrancarlo de sus manos, entabló con ellos este extraño diálogo, en el cual no se sabe qué cosa sea mas abominable, si la inicua debilidad del juez, ó el odio ciego y sanguinario de la nacion ingrata, sobre quien pesaba la sangre de todos los justos que le habian sido enviados.

"Es costumbre entre vosotros, dijo Pilato, que os conceda en la fiesta de la Pascua la libertad de un criminal: ¿cuál queréis, pues, que os entregue libre, Jesus, que se llama el Cristo, ó Barrabás?" (¡y este Barrabás era un ladrón, un sedicioso y un asesino!) Todo el pueblo, obedeciendo la inspiracion de los senadores y de los príncipes de los sacerdotes, se puso á gritar: "Haced morir á ese y soltadnos á Barrabás.—¿Qué haré yo, pues, con Jesus?—¿Que muera, que sea crucificado!—¿Pero qué mal ha hecho? yo no encuentro en él nada que merezca la muerte.—¿Que muera, que sea crucificado! Si librais á ese hombre no sois amigo del César, porque cualquiera que *se hace pasar por rey* se declara contra el César.—Tomadlo y crucificadle vosotros, porque yo no lo encuentro culpable.—Nosotros tenemos una ley, y segun

esta ley debe morir, porque se hace pasar por el Hijo de Dios. ¡Crucifícadle! ¡crucifícadle! — ¡Cómo! ¿queréis que yo haga crucificar á *vuestro rey*?—Nosotros no tenemos otro rey que el César.—Pero en fin, este es un hombre: héle ahí manando ya en sangre por la flagelación, coronado de espinas, cubiertas las espaldas con un ridículo manto de púrpura.— ¡Que muera, que muera! ¡A la cruz! ¡a la cruz!”

Hizo el juez traer agua, y díjoles entonces: “Yo me lavo delante de vosotros las manos de la sangre de este Justo: ahora este es negocio vuestro.— ¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”

¿Estaban también entre esta multitud furiosa los enfermos que había curado, los ciegos que había hecho ver, los sordos que había hecho oír, los mudos que había hecho hablar, los muertos á quienes había abierto el sepulcro? ¿Vociferaban ellos también ese voto deicida, que Dios escucha sin piedad hace diez y ocho siglos?

El cobarde gobernador de la Judea cedió: libertó á Barabás el asesino, y les abandonó á Jesús para ser crucificado.

Así es, según lo habían anunciado los profetas, cómo fué recibido entre los suyos aquel que se dió por el Hijo de Dios, el Mesías esperado, el Redentor del mundo; Verbo Eterno según San Juan, por quien todas las cosas han sido hechas; que San Pablo llama el heredero de todas las cosas, el esplendor de la gloria del Padre, y el carácter de su substancia; ese Jesús, Hijo del Hombre, que hizo relucir en su vida mortal una pureza, una sabiduría, una santidad divinas; cuyas palabras elevadas y llenas de gracia sembraban en los espíritus una doctrina regeneradora y esparcían en los corazones los más dulces consuelos; que pasó sobre la tierra haciendo el bien, buscando á los enfermos para curarlos, á los pecadores para salvarlos, á los pobres para sacarlos de su abyección; no usando de su poder sobrenatural sino para aliviar los sufrimientos de los hombres; dulce, humilde de co-

razón, paciente, sabio y modesto; no teniendo ni aun donde reposar su cabeza, aunque hubiera podido poseer todos los tronos de la tierra; lleno de una misericordiosa indulgencia dejando á la pecadora abrazarle los pies; conversando familiarmente con la mujer de Samaria, y devolviendo perdonada á la esposa culpable que se le había conducido para que la condenase; animado de una ternura tan afectuosa y tan sensible, que deja á su discípulo reclinar la cabeza sobre su pecho; que se conmueve por todos los dolores; que tiembla él mismo y vierte lágrimas al saber la muerte de su amigo Lázaro; que deplora con amargura las desgracias de su ingrata patria, de la ciudad pérfida que le entrega á la muerte más cruel en recompensa de sus beneficios. “¡Jerusalem! ¡Jerusalem! esclamaba, cuántas veces he querido reunir á tus hijos como un pájaro reúne á sus hijuelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Hijas de Jerusalem, no lloréis sobre mí sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos!”

Todo se sostiene en su persona, dice Bossuet; su vida, su doctrina, sus milagros. La misma verdad brilla en todas sus acciones; todo concurre á hacer ver en Él al Señor del género humano y el modelo de toda perfección. Él anuncia altos misterios, pero da al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Él solo viviendo en medio de los hombres y á la vista de todo el mundo, ha podido decir sin temor de ser desmentido: “¿Quién de vosotros me reprenderá de pecado?”¹

Aun la moderna filosofía no ha podido rehusarle su admiración, ni dejar de tributarle este pomposo homenaje: “¿Se puede creer, dice Rousseau, que el que es objeto de la historia del Evangelio no sea más que un hombre? ¿Se vé allí el tono de un entusiasta y ambicioso sectario?... ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡qué elevación en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de espíritu, qué delicadeza y qué justicia en sus

1 “Discurso sobre la Historia universal.”

respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? ¿Dónde Jesus habia tomado entre los suyos esa moral tan elevada y pura de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heróicas honra al mas vil de todos los pueblos.¹

CAPITULO VIII.

Con este signo venceras.

El infierno aplaudia: los ecos de los eternos abismos resonaban con los cantos de victoria. Satanás tenia en fin bajo su poder al enemigo que le habia hecho temblar un momento, y sentia que en lo de adelante no podria escapársele.

Jesus subia con penoso trabajo la montaña del Calvario, que va regando con su sangre; sucumbe bajo la pesada cruz que carga sobre sus espaldas, pero no marchará menos con ayuda del cirineo al lugar de su suplicio. Allí se le despoja de sus vestiduras que se habian pegado á sus llagas; se le clavan los piés y las manos sobre una cruz; se le levanta de la tierra y queda suspendido de sus dolorosas heridas. En torno suyo se agita un populacho ebrio de furor, prodigándole sin piedad todo género de ultrajes y de amargas burlas. "Tú que has salvado á otros, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo!" "Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y creéremos en tu doctrina." "Has puesto tu confianza en Dios, pues

¹ "Emilio."

que él te salve!—"Tengo sed, dijo Jesus, abrasado por la fiebre de una horrible agonía, y un soldado inhumano le presenta al extremo de un palo una esponja empapada en hiel y vinagre. "¡Dios mio! ¡Dios mio! esclama en medio de sus angustias, ¿por qué me habeis abandonado?" Y este grito de extrema aficcion no es acogido sino con una bárbara ironía: "Llama á Elías; esperad; veamos si Elías viene á libertarlo!" Hasta uno de los dos malvados entre quienes estaba crucificado, se creyó con el derecho de colmarlo de injurias. Escuchad, sin embargo, al divino ajusticiado; no salen de su boca sino palabras de misericordia: "Padre mio, perdónales porque no saben lo que hacen." Y luego volviéndose hácia el ladron arrepentido, añadió: "Os aseguro que hoy estaréis conmigo en el paraiso." Tres mujeres rodeaban su cruz; una de ellas era su Madre! Jesus olvida sus sufrimientos para no ver sino los de esta Madre desolada. A fin de fortalecer su alma desfallecida: "Mujer, le dice con ternura, indicándole al mas jóven y querido de sus discípulos, hé ahí á tu hijo; y dirigiéndose luego al discípulo, completó su pensamiento diciéndole: Hijo, hé ahí á tu Madre." Despues de esto, mirando en las profecías, segun la espresion de Bossuet, y considerando que todo estaba cumplido, el Dios-Hombre arrojó un gran grito, diciendo: "¡Todo está consumado!—Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu." É inclinando la cabeza, espiró.

En esos dias, llamados justamente la gran semana, no oimos nunca al sacerdote repetir en el canto de la pasion esta exclamacion de Jesus moribundo, sin que en medio del silencio solemne que sigue á ella, no sintamos un largo estremecimiento recorrer nuestro cuerpo, y un secreto terror apoderarse de nuestra alma. Y tú, ¡oh tierra! ¿por qué tiembles tambien? ¿Por qué, ¡oh sol! te cubres con un crespon sangriento? ¡Velo del templo! ¿qué mano invisible te desgarras? ¿Quién os impulsa, ¡oh muertos! á romper las losas de vuestros sepulcros? Y vosotros, bárbaros verdugos, ¿por qué os

respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? ¿Dónde Jesus habia tomado entre los suyos esa moral tan elevada y pura de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heróicas honra al mas vil de todos los pueblos.¹

CAPITULO VIII.

Con este signo venceras.

El infierno aplaudia: los ecos de los eternos abismos resonaban con los cantos de victoria. Satanás tenia en fin bajo su poder al enemigo que le habia hecho temblar un momento, y sentia que en lo de adelante no podria escapársele.

Jesus subia con penoso trabajo la montaña del Calvario, que va regando con su sangre; sucumbe bajo la pesada cruz que carga sobre sus espaldas, pero no marchará menos con ayuda del cirineo al lugar de su suplicio. Allí se le despoja de sus vestiduras que se habian pegado á sus llagas; se le clavan los piés y las manos sobre una cruz; se le levanta de la tierra y queda suspendido de sus dolorosas heridas. En torno suyo se agita un populacho ebrio de furor, prodigándole sin piedad todo género de ultrajes y de amargas burlas. "Tú que has salvado á otros, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo!" "Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y creéremos en tu doctrina." "Has puesto tu confianza en Dios, pues

¹ "Emilio."

que él te salve!—"Tengo sed, dijo Jesus, abrasado por la fiebre de una horrible agonía, y un soldado inhumano le presenta al extremo de un palo una esponja empapada en hiel y vinagre. "¡Dios mio! ¡Dios mio! esclama en medio de sus angustias, ¿por qué me habeis abandonado?" Y este grito de extrema aficcion no es acogido sino con una bárbara ironía: "Llama á Elías; esperad; veamos si Elías viene á libertarlo!" Hasta uno de los dos malvados entre quienes estaba crucificado, se creyó con el derecho de colmarlo de injurias. Escuchad, sin embargo, al divino ajusticiado; no salen de su boca sino palabras de misericordia: "Padre mio, perdónales porque no saben lo que hacen." Y luego volviéndose hácia el ladron arrepentido, añadió: "Os aseguro que hoy estaréis conmigo en el paraiso." Tres mujeres rodeaban su cruz; una de ellas era su Madre! Jesus olvida sus sufrimientos para no ver sino los de esta Madre desolada. A fin de fortalecer su alma desfallecida: "Mujer, le dice con ternura, indicándole al mas jóven y querido de sus discípulos, hé ahí á tu hijo; y dirigiéndose luego al discípulo, completó su pensamiento diciéndole: Hijo, hé ahí á tu Madre." Despues de esto, mirando en las profecías, segun la espresion de Bossuet, y considerando que todo estaba cumplido, el Dios-Hombre arrojó un gran grito, diciendo: "¡Todo está consumado!—Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu." É inclinando la cabeza, espiró.

En esos dias, llamados justamente la gran semana, no oimos nunca al sacerdote repetir en el canto de la pasion esta exclamacion de Jesus moribundo, sin que en medio del silencio solemne que sigue á ella, no sintamos un largo estremecimiento recorrer nuestro cuerpo, y un secreto terror apoderarse de nuestra alma. Y tú, ¡oh tierra! ¿por qué tiembles tambien? ¿Por qué, ¡oh sol! te cubres con un crespon sangriento? ¡Velo del templo! ¿qué mano invisible te desgarras? ¿Quién os impulsa, ¡oh muertos! á romper las losas de vuestros sepulcros? Y vosotros, bárbaros verdugos, ¿por qué os

golpeais el pecho y confesais ahora que *Aquel* era verdaderamente *el Hijo de Dios*?

Es que la última hora del viejo mundo ha sonado: el príncipe de este mundo corrompido ha colmado la medida de las iniquidades de que estaba ya lleno: ha vencido demasiado, y ha perdido en su mismo triunfo: va á ser ahora arrojado fuera. Satanás no ha conocido á su víctima, ni qué sangre hacia correr; no ha comprendido que esta sangre divina clamaria al fin venganza, por toda la sangre injustamente derramada; no ha sorprendido el secreto del cielo que le dejaba plantar en el Calvario el *árbol del dolor* para salvar la tierra, como le habia dejado plantar en el paraíso el *árbol del placer* que la habia perdido!

Mas volvamos nuestros ojos hácia el Calvario: la multitud, saciada del espectáculo del suplicio, y espantada del trastorno de la naturaleza, habia abandonado el sitio: tres cadáveres quedan allí suspendidos de sus patibulos, y en torno de ellos reina el silencio pavoroso de la muerte. En medio de este silencio, una corona y una inscripcion hablan al mundo; proclaman la autoridad de Jesus de Nazareth, que ha sido saludado y consagrado *rey* por sus verdugos. *La cruz es su trono.*

¿Está allí, acaso el famoso potentado que esperaban los judíos? ¿Está allí el poderoso conquistador que debia subyugar la tierra, y atraer á sus piés á todos los reyes vencidos? ¿Está allí, por último, el divino Redentor que el mundo invoca hace mucho tiempo con todos sus votos? . . .

Sin alarmarse de la aparente humillacion del héroe que anunciaba, el profeta-rey cantaba en su alegría: “¿Por qué las naciones se han estremecido? ¿Por qué los pueblos se entregan á vanas maquinaciones? Los reyes de la tierra se han sublevado, los príncipes se coligan contra el Señor y *contra su Cristo*. Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos; el Señor burlará sus esfuerzos. Yo, *yo he consagrado á mi rey, le he consagrado sobre Sion* mi montaña santa; yo publicaré el

decreto.”—“En este dia, profetizaba Isaías, el vástago de Jessé será elevado como un estandarte á la vista de los pueblos: todas las naciones se acogerán á él, y su sepulcro será glorioso. Ha muerto en medio de grandes angustias, despues de sufrir un juicio; ha dado su vida para expiar el crimen; pero él tendrá una raza inmortal; y la voluntad del Señor se cumplirá por sus manos; yo le daré en patrimonio un pueblo numeroso, y él mismo distribuirá los despojos de los fuertes.”—Los habitantes de Jerusalem, predecia á su turno Zacarías, mirarán *hácia mí á quien ellos han traspasado*, y llorarán amargamente sobre mí como se llora sobre un hijo único, como se llora sobre un primer nacido.”

Pero si el Santo de Dios debia sufrir la muerte, no debia, para servirme de las palabras de David, resentir los daños de la corrupcion; puesto que, por el contrario, en la noche de la tumba iba á contraer el germen de una vida nueva é inmortal. “Es necesario, decia frecuentemente el mismo Jesucristo á sus discípulos, es necesario que el Hijo del Hombre sufra mucho; que sea rechazado por los senadores, por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley; que sea condenado á muerte y que resucite el tercero dia.”—“Esta nacion pide un signo, decia, hablando en cierta ocasion á los judíos, y no le será dado otro que el del profeta Jonás; porque así como este profeta ha estado tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así tambien el Hijo del Hombre no estará mas que tres dias y tres noches en el seno de la tierra.—Destruid este templo, añadía mostrando su cuerpo, y yo lo reedificaré en tres dias.”

Los judíos no olvidaron estas predicciones de Jesus, y por lo mismo se reunieron en casa de Pilato, y le dijeron: “Señor, nosotros recordamos que este impostor ha dicho cuando vivia: Yo resucitaré á los tres dias: ordenad, pues, que se custodie el sepulcro hasta el dia tercero.—Vosotros teneis guardias, respondió Pilato; id y haced lo que os parezca.” Fueron ellos, en efecto, al sepulcro; le cerraron bien, pusie-

ron el sello sobre la piedra y colocaron centinelas.—Precauciones inútiles de la prudencia humana para luchar contra el poder de Dios!

En este tiempo dos de los discípulos se dirigían á un lugarcillo llamado Emmaus, y se entretenían en el camino conversando de lo que había pasado en la ciudad. Un viajero desconocido se reunió á ellos y les pregunta: “¿De qué os ocupáis? ¿Por qué os mostráis tan tristes?” Cleofas le respondió: “¿Qué! ¿sois tan extraño en Jerusalem que no sabéis lo que ha pasado allí estos días?” “¿Qué ha pasado, pues?” replicó el viajero. Ellos le refirieron entonces cómo Jesús de Nazareth era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de su pueblo; la manera con que los príncipes de los sacerdotes y los magistrados lo habían entregado para ser crucificado: “pero nosotros esperamos, añadieron, y con nosotros otros muchos, que él será quien dé la libertad á Israel. Después de todo esto, sin embargo, hémos ya en el tercer día después de que han sucedido todas estas cosas. El viajero les dijo entonces: “Hombres faltos de inteligencia, corazones tardíos en creer lo que los profetas han anunciado! ¿No era preciso que el Cristo sufriese todo esto, y que entrase de este modo en su gloria?” Después, comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo que estaba ya dicho acerca del Mesías Salvador en todas las Escrituras. Hablando así, llegaron al pueblecillo, y los dos discípulos obtuvieron á fuerza de instancias, que el viajero se detuviese y sentase á la mesa con ellos. Habiendo tomado éste el pan, lo bendijo y lo partió dándoselos: al momento quedaron sus ojos abiertos y le reconocieron; pero él desapareció. Admirados entonces se miraron el uno al otro: “No es verdad, dijeron, que sentíamos el corazón abrasado cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?”

Al comenzar el día en que pasaba este suceso, María Magdalena y la otra María fueron á ver el sepulcro. De repen-

te se sintió un gran temblor de tierra, porque un ángel del Señor descendiendo del cielo, vino á derribar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su semblante era como el relámpago y su vestido parecía deslumbrante nieve. Los guardias sintieron tal terror, que permanecieron lo mismo que muertos. Pero el ángel, hablando á las mujeres, les dijo: “No temáis por vosotras: yo sé que buscáis á Jesús que ha sido crucificado. No está aquí, *porque ha resucitado como lo había dicho*. Venid, ved el lugar en donde se había puesto al Señor.” Al punto estas mujeres salieron del sepulcro poseídas de temor y trasportadas de gozo, corriendo á llevar la noticia á los discípulos. Al mismo tiempo se les presenta Jesús, y acercándose ellas le abrazaron los pies y *le adoraron!*

¡Qué admirable contraste! ¡qué prodigioso cambio! No hace todavía tres días que se le colmaba de ultrajes sobre la cruz en que rendía su último suspiro, y hoy ya se le adora! “La muerte, esclama San Pablo, ha sido absorbida en la victoria! ¡Oh muerte! ¿dónde está tu triunfo? ¡Oh muerte! ¿dónde está tu aguijón?”

No se sabría dar una idea de los trasportes de alegría que animaron á los discípulos á la noticia de la resurrección de su Maestro, ni del regocijo con que los fieles celebraron el dichoso aniversario. Hoy todavía, después de mil ochocientos años, en nuestros siglos de tibieza, hay pocos cristianos que no sientan una grande emoción en la fiesta de las Pascuas. A los acentos de tristeza, á las ceremonias lúgubres, al aparato luctuoso de los días de la pasión, suceden de repente los cantos, los ornamentos de oro, las pompas de la alegría; el *aleluya* resuena, los altares brillan de luces y de vivos colores: la multitud inunda en oleadas los ámbitos de los templos, y las bóvedas sagradas resuenan con los graves sonidos del órgano que acompañan el gozoso *oh Fillii et Filice*, y los himnos sencillos de los tiempos antiguos: “Que los cristianos ofrezcan un homenaje de alabanzas á Jesucristo su Cor-

dero pascual!—Se ha librado un maravilloso combate entre la muerte y la vida: el Autor de la vida triunfa de la muerte y reina sobre ella.—Decidnos, María de Magdalo, ¿qué habeis visto yendo al sepulcro?—He visto la tumba vacía y á Jesus lleno de vida; he visto la gloria de su resurreccion; he visto los ángeles testigos, el sudario y los lienzos que lo envolvian. . . .”

Se concibe fácilmente esta alegría. La resurreccion de Jesus es el hecho fundamental de su reino, la sancion de su divinidad, el sello de las promesas del cielo, el signo y la seguridad de la redencion humana, el primer paso en la carrera, el primer triunfo, prenda cierta de todos los triunfos en el porvenir: “Si Jesucristo no ha resucitado, dijo el Apóstol á los corintios, nuestra predicacion es vana y nuestra fé es vana tambien; *porque estais todavía en vuestros pecados.*” En efecto, corrompiendo la libertad humana por el goce del placer prohibido, Satanás habia producido la muerte; pero Jesucristo, santificando la libertad por el sufrimiento voluntario y generoso de una muerte inmerecida y expiatoria, del pecado de que habia estado manchada, debia nacer la vida; porque así como por la desobediencia de uno solo, un gran número han venido á ser pecadores, así por la obediencia de uno solo un gran número vendrán á ser justos; y como el pecado habia reinado dando la muerte, del mismo modo la gracia reinará por la justicia dando la vida eterna. Habiendo sido armada la muerte para continuar el castigo de la falta original, la derrota de este terrible ministro de la justicia vengadora, deberia ser una señal cierta del avenimiento de la potestad regeneradora del mundo; era este el golpe mas grande al imperio de Satanás. ¡Levantad, pues, vuestra alma abatida, desterrados del paraiso terrestre! Este enemigo implacable, desesperacion de vuestra raza desgraciada, ha sucumbido ya; y ahora sabeis que ya no es invencible, y que el alto poder que lo ha vencido, sabrá muy bien libraros de los tiros de sus dardos mortíferos.

El apóstol San Pablo es el que nos hace penetrar mas profundamente en el gran misterio de la resurreccion; sus luminosas esplicaciones hacen entender á nuestro débil espíritu que ellas tienen un origen mas elevado que la nada de la ciencia humana. “Jesucristo, dice él, ha sido revestido de carne y de sangre como nosotros, y por su muerte ha destruido á aquel que tenia el imperio de la muerte, es decir, el demonio; y ha puesto en libertad á los que el temor de la muerte mantenía toda su vida en la servidumbre. Jesucristo resucitado de entre los muertos no muere mas; la muerte no tiene ya imperio sobre él. Ha muerto y ha resucitado, á fin de adquirir un imperio soberano sobre los vivos y sobre los muertos. Él ha venido á ser las primicias de los que duermen en el sepulcro; porque si por un hombre ha venido la muerte, es por un hombre tambien por el que nos viene la resurreccion; y como todos mueren por Adam, todos revivirán tambien por Jesucristo. No se habrá consumado todo, sino cuando Él haya entregado su reino á Dios su Padre, y haya aniquilado todo imperio, toda dominacion y todo poder; *porque Él debe reinar hasta que Dios haya puesto á sus piés á todos sus enemigos; pero la muerte será el último enemigo que será destruido*, puesto que, segun dice la Escritura, Dios ha abatido todo á los piés de la muerte, ha sometido todo á su poder. Y cuando ella dice que todo le está sometido, es indudable que debe esceptuarse al que le ha sometido todas las cosas. Y despues que todas las cosas estén sometidas al Hijo, el Hijo entonces estará él mismo sometido á Aquel que habrá puesto todo bajo su dominio á fin de que Dios sea todo en todos.”¹

Resucitando á su Hijo, Dios, como se ha visto, no queria solo hacer un milagro notable, sino que se habia propuesto tambien un gran designio, porque Jesucristo no habia venido con el solo fin de morir y salir de la tumba para sorpren-

1 Epist. á los Corint, c. 15.

der al mundo con un prodigio que la historia referirá con asombro, pero que habria sido infructuoso para la humanidad: los profetas le asignan una mision mas saludable, mas divina: ellos anunciaron de antemano que destronado el espíritu del mal, se restableceria en el mundo el reinado de Dios, el reinado de la verdad, de la virtud y de la dicha, sometiendo todos los hombres á su santa doctrina. "Pide, Hijo mio, le habia dicho, y yo te daré las naciones por herencia y la tierra por impeio. Los pueblos te obedecerán en el dia de tu fuerza, en medio del esplendor de tus santos. Yo reduciré á todos tus enemigos, á servirte de escabel. Tú establecerás la sabiduría sobre la tierra; las islas lejanas recibirán tu ley; yo te daré por signo de alianza á mi pueblo, y por luz á las naciones." Tales eran los destinos predichos á Jesucristo; destinos que no debian súbitamente cumplirse, pero sí seguir la marcha de la humanidad desarrollándose gradualmente con ella en su movimiento de regeneracion. Pero este movimiento es lento; muchos siglos se sucederán todavía antes que la tierra haya llegado á la edad completa del Cristo: esto no será sino al fin del tiempo en que las palabras proféticas hayan tenido completa realizacion. ¿No era desde entonces muy necesario que nos difundiésemos, seguros en esta esperanza, á fin de saber si Jesucristo era verdaderamente el Redentor prometido, el guia que debia conducirnos por la senda de que nos hemos apartado desgraciadamente?

Jesucristo no rechazaba ya la herencia de gloria que le estaba reservada. "Reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin," decia el ángel anunciando su nacimiento; y Él mismo comparaba su reino á un pequeño grano de mostaza, que, débil planta al principio, se eleva por crecimientos sucesivos hasta tomar las proporciones de un árbol tan vasto, que llegaria á cubrir con su ramaje toda la tierra, y á prestar el asilo de su sombra á todas las aves del cielo.

"Mi Evangelio, dice con seguridad, será predicado en todo el universo; id y enseñad á todas las naciones; yo atraeré todo hácia mí." Sus apóstoles y sus discípulos no han cesado de repetir este lenguaje de su Maestro. Era sin duda necesario que Jesucristo estuviese muy seguro de su mision y de su poder divino para apropiarse de este modo el porvenir; porque cada dia un hecho contrario podria venir á desmentir sus palabras, y á sepultar en la vergüenza y el desprecio sus audaces proyectos. Con todo, era indispensable que probase al mundo que sus predicciones no eran las presuntuosas mentiras de un sectario entusiasta, que queriendo escitar una fé ardiente en el espíritu de sus adeptos, abusa de su imaginacion y la exalta con promesas de un brillante porvenir, á fin de que ellos procuren con toda su actividad alcanzarlo; porque como lo dijo San Pablo, si está anunciado que Dios debe conducirlo todo á los piés de Jesucristo, nosotros no vemos, sin embargo, todavía que todo le esté sometido. ¿Qué hará, pues, para demostrar que nada debe resistir á su voluntad dominadora?

Puesto que hay aquí abajo un poder superior á todo otro poder, que lo destruye todo, al hombre con su inteligencia, al animal con su fuerza, al vegetal con su tejido indestructible muchas veces en la apariencia, á la materia insensible, en fin, á pesar de la resistencia que opone su inercia; alcanzar la victoria sobre este poder destructor y universal, ¿no era dar una prueba irrecusable de una capacidad de dominacion soberana sobre la tierra? Pero Jesucristo no vacila en luchar con la muerte, y pareció sucumbir bajo de sus golpes. La muerte cree haberle derribado como á tantos otros; mas vedle ya cual vigoroso atleta, burlando de repente el triunfo de su enemigo, salir vivo y resplandeciente del sepulcro. Así es como ha sido vencido el primero, el mas alto poder del mundo: porque él no tenia fuerza contra el nuevo Adam, que subyugándolo, ha hecho ver que podia someterlo todo, y que le estaba reservado el dominio universal.

La cruz, que parecía ser el signo de la derrota, ha venido á convertirse en estandarte de triunfo. En vano es que la muerte haya desplegado todos sus tormentos para aniquilar al Hijo del Hombre sobre ese lecho de dolor; la cruz se levanta delante de ella y le recuerda su impotencia con una ironía divina. Como un gigante infatigable va á marchar á la conquista del mundo, y cuando todas las naciones hayan aceptado su yugo, y una tras otra se hayan prosternado á su pié en una efusion de reconocimiento y de amor, ella aparecerá brillante de gloria mas allá de las nubes del cielo, llevada por el Hijo del Hombre, que en su majestad vendrá á juzgar la tierra y á abatir para siempre la muerte, despues de haberla hecho asistir á la ruina entera de su imperio: *In hoc signo vinces.*

Se puede ahora comprender el verdadero sentido de la resurreccion de Jesucristo, la razon divina que presidió á este gran milagro. Era una realizacion anticipada de las profecías, una certidumbre de su cumplimiento; y los primeros fieles, que no pudieron como nosotros presenciar todos los prodigios verificados despues por la cruz, empezaban á ser, viendo á ese Jesus muerto sobre ella y coronado de tanta gloria y de tanto honor, empezaban á ser, decimos, los testigos presentes de toda su grandeza futura; y nosotros mismos, que nos encontramos colocados en un punto mas distante del tiempo, sabemos de antemano é infaliblemente que la cruz no se detendrá en su carrera victoriosa; que sus enemigos, anunciando siempre y preparando en vano su ruina, sucumbirán sin poder acabar su obra impía, en tanto que ella, por el contrario, siempre triunfante y adorada, se elevará sobre ellos y gozará de un imperio perdurable.

Vamos ahora á estudiar en sí mismo el principio regenerador de la cruz; y hecho esto, la seguiremos despues en sus manifestaciones visibles, en las obras maravillosas que ha obrado, y en las luchas que ha sostenido y sostiene aún contra el principio del mal que ha venido á combatir.

CAPITULO IX.

Del misterio de la Cruz.

¿Qué viene á ser la cruz? ¿qué es lo que ha hecho por el bien de la humanidad?—Hemos visto ya que antes de su aparicion, el hombre habia no solamente trabajado sin fruto para levantarse de su caída, sino que por el contrario, se habia ido hundiendo mas y mas en el profundo abismo de la corrupcion. Sin embargo, desde el fondo de este abismo dirigia al cielo sus miradas, y esperaba siempre con una confianza perseverante el socorro prometido por los antiguos oráculos. Su esperanza no ha sido engañada, el socorro ha venido. El árbol regenerador ha sido plantado sobre la montaña de Sion.—Procuremos ahora explicar este gran misterio.

El hombre, como hemos establecido anteriormente, habia caído por su desobediencia al precepto de Dios y por su comercio con el espíritu impuro. Sobre él gravitaba el peso de una falta, y en él mismo habia una especie de germen diabólico, que debia ser el manantial de un inmenso desbordamiento de iniquidad. Así Dios, cuya pureza infinita no puede soportar ni la sombra del mal, habia entregado el hombre á merced de Satanás, que usurpó en la tierra todos los derechos de Dios, ejerciendo horribles estragos y fecundando á su placer la simiente funesta que en ella habia depositado. ¿Cómo salir de esta espantosa servidumbre? ¿cómo romper estas cadenas que el tiempo habia tan sólidamente remachado?—Para volver á colocar á la humanidad en su condicion nativa y verdadera, se comprende que tres cosas

La cruz, que parecía ser el signo de la derrota, ha venido á convertirse en estandarte de triunfo. En vano es que la muerte haya desplegado todos sus tormentos para aniquilar al Hijo del Hombre sobre ese lecho de dolor; la cruz se levanta delante de ella y le recuerda su impotencia con una ironía divina. Como un gigante infatigable va á marchar á la conquista del mundo, y cuando todas las naciones hayan aceptado su yugo, y una tras otra se hayan prosternado á su pié en una efusion de reconocimiento y de amor, ella aparecerá brillante de gloria mas allá de las nubes del cielo, llevada por el Hijo del Hombre, que en su majestad vendrá á juzgar la tierra y á abatir para siempre la muerte, despues de haberla hecho asistir á la ruina entera de su imperio: *In hoc signo vinces.*

Se puede ahora comprender el verdadero sentido de la resurreccion de Jesucristo, la razon divina que presidió á este gran milagro. Era una realizacion anticipada de las profecías, una certidumbre de su cumplimiento; y los primeros fieles, que no pudieron como nosotros presenciar todos los prodigios verificados despues por la cruz, empezaban á ser, viendo á ese Jesus muerto sobre ella y coronado de tanta gloria y de tanto honor, empezaban á ser, decimos, los testigos presentes de toda su grandeza futura; y nosotros mismos, que nos encontramos colocados en un punto mas distante del tiempo, sabemos de antemano é infaliblemente que la cruz no se detendrá en su carrera victoriosa; que sus enemigos, anunciando siempre y preparando en vano su ruina, sucumbirán sin poder acabar su obra impía, en tanto que ella, por el contrario, siempre triunfante y adorada, se elevará sobre ellos y gozará de un imperio perdurable.

Vamos ahora á estudiar en sí mismo el principio regenerador de la cruz; y hecho esto, la seguiremos despues en sus manifestaciones visibles, en las obras maravillosas que ha obrado, y en las luchas que ha sostenido y sostiene aún contra el principio del mal que ha venido á combatir.

CAPITULO IX.

Del misterio de la Cruz.

¿Qué viene á ser la cruz? ¿qué es lo que ha hecho por el bien de la humanidad?—Hemos visto ya que antes de su aparicion, el hombre habia no solamente trabajado sin fruto para levantarse de su caída, sino que por el contrario, se habia ido hundiendo mas y mas en el profundo abismo de la corrupcion. Sin embargo, desde el fondo de este abismo dirigia al cielo sus miradas, y esperaba siempre con una confianza perseverante el socorro prometido por los antiguos oráculos. Su esperanza no ha sido engañada, el socorro ha venido. El árbol regenerador ha sido plantado sobre la montaña de Sion.—Procuremos ahora explicar este gran misterio.

El hombre, como hemos establecido anteriormente, habia caído por su desobediencia al precepto de Dios y por su comercio con el espíritu impuro. Sobre él gravitaba el peso de una falta, y en él mismo habia una especie de germen diabólico, que debia ser el manantial de un inmenso desbordamiento de iniquidad. Así Dios, cuya pureza infinita no puede soportar ni la sombra del mal, habia entregado el hombre á merced de Satanás, que usurpó en la tierra todos los derechos de Dios, ejerciendo horribles estragos y fecundando á su placer la simiente funesta que en ella habia depositado. ¿Cómo salir de esta espantosa servidumbre? ¿cómo romper estas cadenas que el tiempo habia tan sólidamente remachado?—Para volver á colocar á la humanidad en su condicion nativa y verdadera, se comprende que tres cosas

eran necesarias absolutamente. Era necesario, primero, acercar el hombre á Dios; segundo, encontrar una expiacion suficiente para el primer pecado cometido y para todos los que lo han sido despues y lo serán en lo sucesivo; tercero, traer al mundo un principio de bien bastante eficaz para combatir victoriosamente contra el principio del mal. En efecto, en tanto que la criatura estuviese separada de su Criador, se hallaba fuera del centro de la felicidad y de la vida; en tanto que permaneciese envuelta en las manchas del pecado, no era sino un objeto repugnante y digno de castigo; en tanto, en fin, que estuviese entregada sin defensa al germen del mal, no podia evitar el ser presa de la corrupcion. Aun suponiendo que el hombre hubiese comprendido perfectamente estas verdades, que tuviese un conocimiento completo de lo que podia procurarle la salvacion, ¿estaba él en estado de realizarla? De ningun modo. ¿Por qué parte podia él, criminal y manchado, enlazarse á Dios? ¿Dónde encontrar en la naturaleza viciada y finita la expiacion suficiente de una ofensa que tenia por término la majestad pura é infinita? ¿Dónde encontrar en sí mismo un punto de apoyo sólido para resistir á tendencias perversas cuyo poder existia en su propio corazon?—Fuera de él solamente y en una naturaleza exenta del contagio original, podia esperar encontrar algun auxilio. Ya fuese revelacion instintiva, ó expresa, el hombre se penetró íntimamente de esta idea. Creyó que siendo criminal y corrompido, nada en él podia ser agradable á Dios, y que solo ofreciendo víctimas que no hubiesen sido culpables de sus faltas, podria, sin embargo, expiarlas con los sufrimientos de aquellas. De ahí nació la costumbre universal del sacrificio; costumbre estraña, tradicion materializada, que en su símbolo evidente resume todas las grandes tradiciones de la humanidad. Dios, la creacion, la primera culpa, el deseo de expiacion, la esperanza de la regeneracion, conservándolas donde quiera siempre vivas, visibles y conmovedoras para todos. “Es necesario confesar, dice

de Maistre, que el hombre como nos lo muestra la historia en todos los tiempos, se halla persuadido de una terrible verdad: que él existe bajo la mano de un poder irritado, y que este poder no puede calmarse sino por medio de sacrificios. El sacrificio, pues, consistia principalmente en la efusion de sangre; porque era tambien otra opinion que *en la sangre* residia el principio del mal, y que la remision del crimen no podia obtenerse sin la efusion de sangre. Discurriendo de este modo, el hombre, á fin de combatir sus malas inclinaciones y reconciliarse con Dios por medio de la expiacion, llevó al pié de los altares sus mas preciosos animales y derramó allí á torrentes su sangre. Andando los tiempos y habiéndose corrompido la idea del sacrificio, como todas las demas, él creyó agradar á la Divinidad y hacerla propicia á sus votos inmolando á otros hombres. Los enemigos hechos prisioneros en la guerra le sirvieron desde luego de víctimas; pero en seguida degolló á sus conciudadanos, á sus parientes, á sus propios hijos.¹ Esta práctica religiosa del sacrificio se encuentra en todos los pueblos. “Lejos de que la historia pueda hacernos retrogradar en nuestras investigaciones, leemos en Jennyngs, refiriéndose á tiempos mas remotos, que todas las naciones, tanto civilizadas como bárbaras, á pesar de las grandes diferencias que las separan en sus opiniones religiosas, vienen á reunirse en este punto, y creer todas que el medio de apaciguar la cólera de sus dioses ofendidos, era el de los sacrificios, es decir, la sustitucion de los sufrimientos de otros hombres y de otros animales. Nunca esta nocion universal ha podido derivarse de la razon, pues que ella la contradice; ni de la ignorancia, que no ha podido inventar jamas un recurso tan inexplicable, ni del artificio de los reyes y de los sacerdotes en sus miras de predominio sobre el pueblo: esta doctrina no conduce en ninguna manera á semejante fin. Nosotros la encontramos establecida en

1 Aclaraciones sobre los sacrificios.

el espíritu de los pueblos salvajes que se descubren mas distantes de nuestros tiempos y que no tenían ni reyes ni sacerdotes. Debe, pues, derivarse de un instinto natural, ó de una revelacion sobrenatural, y la una ó el otro son igualmente operaciones del poder divino.¹

Nada conduce mejor á nuestro propósito, que seguir al mismo conde de Maistre, cuyas profundas y sábias reflexiones son el mas claro comentario de las palabras que acabamos de copiar. "Tal fué la creencia antigua, escribia dicho autor, y tal es todavía bajo diferentes formas en todo el universo. Los hombres primitivos, de quienes el género humano recibiera las opiniones fundamentales, se creyeron culpables. Las instituciones generales se fundaron todas sobre este dogma; de manera que los hombres de todos los siglos no han cesado de confesar la degradacion primitiva y universal. La raiz de esta degradacion residia en el principio sensible, en la vida, en el alma en fin, que los antiguos distinguian tan sutilmente del espíritu ó de la inteligencia.

"Estas palabras del Apóstol: *la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu*" no deben entenderse, segun Orígenes, respecto de la carne propiamente dicha, sino de esa alma que es realmente el alma de la carne, y nosotros creemos que esta alma de la carne reside en la sangre. Se lee efectivamente en la Biblia: "La vida de la carne está en la sangre; por eso yo os la he dado á fin de que sea derramada sobre el altar para la expiacion de vuestros pecados; porque por la sangre es por la que el alma será purificada."²

"Nada es mas notable en toda la ley de Moisés, que la constante pretension de contradecir las ceremonias paganas, y de separar al pueblo hebreo de todos los demas por medio de ritos particulares; pero en lo que respecta al sacrificio, él abandona su sistema general; se conforma con el rito fundamental de las naciones; y no solamente se conforma, sino

¹ Evidencia de la Religion cristiana en si misma.

² Levit., 13.

que lo refuerza aun á riesgo de dar al carácter nacional una dureza y energía de que no tenia ninguna necesidad. No hay una sola de las ceremonias prescritas por este famoso legislador, y sobre todo no hay una purificacion aun cuando sea fisica, que no exija el sacrificio cruento.

"Por todas partes la revelacion anatematiza la carne, la declara enemiga de la inteligencia, es decir, de Dios: ella nos dice espresamente que todos aquellos que han nacido de la sangre, ó del deseo de la carne, no llegarán á ser hijos de Dios.

"Siendo, pues, el hombre culpable por su principio sensible, por su carne, por su vida, el anatema debió caer sobre la sangre; porque la sangre era el principio de la vida, ó mas bien, la sangre era la vida, y ninguna nacion ha dudado de que no hubiese en la sangre una virtud expiatoria. Las ceremonias del *taurobolo* y de los *criobolos*, que formaban parte del culto oriental de Mithra, son la espresion mas viva de esta idea de purificacion innata de los pueblos. A estos sacrificios se atribuia la virtud de operar una purificacion perfecta, de borrar todos los crímenes y de procurar al hombre un verdadero renacimiento espiritual. Abríase una fosa en cuyo fondo se colocaba el iniciado; poníase luego encima una gran plancha llena de pequeños agujeros, sobre la cual se inmolaba la víctima. La sangre caia en forma de lluvia sobre *el penitente*, que la recibia en todo su cuerpo, creyendo que por medio de este extraño bautismo se obraria en él una completa regeneracion espiritual.

"A la costumbre de los sacrificios se enlaza el inesplicable uso de la circuncision, practicado entre muchas naciones de la antigüedad, que los descendientes de Isaac y de Ismael perpetúan á nuestra vista, con una constancia no menos inesplicable, y que los navegantes de estos últimos siglos en el Archipiélago del mar Pacífico han encontrado todavía en las islas de Taití, en Santo Domingo y en la América Septentrional hasta el trigésimo grado de latitud. Algunas nacio-

nes han podido variar en el modo, pero siempre se vé una operacion dolorosa y sangrienta en los órganos de la reproduccion, es decir, el anatema sobre las generaciones humanas y la salvacion por medio de la sangre.

“La teoría general de los sacrificios descansa sobre el dogma de la *reversibilidad*. Se creía (como se ha creído y se creará siempre) que el inocente podia pagar por el culpable; de donde se concluía, que siendo la vida la que llevaba en sí misma la culpa, una vida menos preciosa podia ser ofrecida y aceptada en lugar de otra. Se ofrecia, pues, la sangre de los animales; y á esta oblacion de una alma por otra alma los antiguos llamaron *alma sustituida*.

“Un galo, leemos en César, atacado de alguna enfermedad grave ó entregado á los peligros de la guerra, inmolaba hombres ó prometia inmolarse, no creyendo que podrian los dioses aplacarse, ni que se pudiese rescatar la vida de un hombre si no era por el sacrificio de otra.

“Los griegos y los romanos degollaban á sus prisioneros en derredor de las tumbas. Si faltaban prisioneros, los gladiadores venian á derramar su sangre, y si faltaba asimismo la sangre de estos desgraciados y la de los prisioneros, habia mujeres que á despecho de las Doce tablas se desgarraban las mejillas, á fin de satisfacer á los dioses infernales mostrándoles su sangre.

“El sacrificio de un hombre, dice la ley antigua del Indostan, regocija á la divinidad durante mil años, y el de tres hombres durante tres mil.

“Era preciso llevar á los sacerdotes del sanguinario ídolo de los mexicanos hasta veinte mil víctimas humanas por año; á falta de ellas, los mexicanos sacrificaban á sus propios hijos. No podian, decia Magiscatzin en un discurso á Cortés, formarse la idea de un verdadero sacrificio, si no moria en él un hombre por la salud de otros.

“Los sacrificios tan famosos de la antigüedad reconocian el mismo dogma. Decio tenia la fé de que el sacrificio de su

vida seria acepto á la divinidad para poder apartar, por medio de él, todos los males que amenazaban á su patria. “Es pues, constante que el hombre ha creído en la mancha de la sangre, y en la eficacia de una sangre derramada para la purificacion de otra sangre. Pero ni la razon ni la locura han podido inventar esta idea; menos todavía hacerla adoptar generalmente. Ella tiene su raiz en los mas hondos abismos de la naturaleza humana; y la historia no presenta sobre este punto ni una sola discordancia en todo el universo.¹”

Sin embargo, si los hombres conservaron en todas partes el símbolo del sacrificio, olvidaron al fin que no era mas que un símbolo; y en su ignorancia de la naturaleza de la falta que tenian que expiar, apreciando mal la causa de la insuficiencia de sus inmolaciones, corrompieron con abusos monstruosos una institucion divina, destinada á poner maravillosamente sin cesar ante sus ojos la imágen viva de su caída y la expiacion redentora que les habia sido prometida. En vano se purificaban en el bautismo de los *criobolos* y de los *taurobolos*; en vano hacian humear los holocaustos y correr arroyos de la sangre de las hecatombes, la marcha de la degradacion humana no se detuvo, el mal aumentaba cada vez mas en la tierra, y los desterrados del Eden no volvian á hallar una existencia nueva en la destruccion de todas esas existencias que sacrificaban todos los dias. Para ellos el cielo permanecia cerrado, y la justicia de Dios, lejos de aplacarse por la efusion abundante de sangre, se mostraba, por el contrario, vivamente irritada. “¿Qué he de hacer yo, decia el Señor por la boca del profeta Isaías, qué he de hacer yo de esta multitud de víctimas? Todo esto me desagrade. Yo no quiero los holocaustos de vuestros carneros, ni la grasa de vuestros rebaños, ni la sangre de las terneras y de las ovejas. No me ofrezcais mas sacrificios inútilmente; este incienso me es abominable.”

1 Aclaraciones sobre los sacrificios, *passim*.

¿Qué había sucedido, pues, en el hombre? ¿cuál era esa mancha tan odiosa que había contraído? ¿qué horrible veneno había inficionado tan profundamente su naturaleza?— La revelación evangélica arroja sobre este misterio los más tremendos resplandores. “Un hombre, dice Jesucristo, había sembrado la buena simiente en su campo; pero en tanto que dormía vino su enemigo á sembrar la zizaña entre el trigo, y se retiró. El que sembró la buena simiente es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; el buen grano son los hijos del reino de Dios, y la zizaña son *los hijos del espíritu maligno*; el enemigo que la ha sembrado es *el diablo*.¹” El evangelista añade que esto lo dijo Jesús para publicar las cosas que habían estado ocultas desde el principio del mundo. Pero en otra parte él habla todavía de este modo á los judíos: “Vosotros *sois los hijos del diablo*, y quereis cumplir los deseos de *vuestro padre*. El ha sido homicida desde el principio, y no habiendo permanecido en la verdad, la verdad no está en él.” El apóstol San Juan nos dice en el mismo lenguaje: “Aquel que comete el pecado es hijo del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para *destruir las obras del diablo* es para lo que el Hijo de Dios ha venido á este mundo. Cualquiera que es nacido de Dios no comete pecado, porque la simiente de Dios permanece en él. Esto es en lo que se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo. No imiteis á Cain que era hijo del maligno espíritu y mató á su hermano.³”

Estos textos y otros muchos que pudiéramos citar, muestran evidentemente que la perversidad, innata en el hombre desde su caída, tiene en sí algo de diabólica. Nos hacen comprender por qué Cain fué rechazado por Dios desde su origen; por qué su posteridad ha estado como separada de la de Adam; por qué sus hijos, llamados hijos de los hombres, pues que viven según el principio malo de la carne, se dis-

1 San Mateo, cap. 13.

2 San Juan, cap. 8.

3 Primera Epístola de San Juan, cap. 3.

tinguen de los hijos de Dios, que viven según el espíritu; y concebimos cómo de la mezcla de estas dos razas pudo salir esa espantosa corrupción de toda la carne, que obligó á Dios á sumergir la tierra en un diluvio universal, y á disminuir la vida y las facultades de los hombres que había salvado, á fin de disminuir su poder para imaginar y cometer el crimen. Podemos también saber del mismo modo cuál es esa parte de hombres que el Evangelio llama el mundo, y á los que da por jefe al espíritu de las tinieblas, que viene á ser la viva personificación de todos los vicios. Más dichosos que Nicodemo, cuya sencillez y candor nos hacen, sin embargo, sonreír, nosotros comprendemos el sentido de estas palabras de Jesucristo: “*que nadie verá el reino de Dios, á menos de estar purificado por un segundo nacimiento.*”

¿Pero cómo renaceremos? Si todos los sacrificios son infructuosos, si Dios los repele como una ofensa, si toda la sangre vertida no ha podido lavarnos de nuestras manchas, dónde pondremos nuestra esperanza? “¿Qué puede purificar, decía Job, al hombre nacido de un seno impuro? ¡Vos solo, Señor!” Dios, pues, es quien puede salvarnos; tengamos confianza; él no nos dejará perecer sin recurso. Una voz se hace oír desde lo más alto de los cielos; un poderoso intercesor aparece: ved ahí la gran víctima. “Vos no habeis querido hostia ni oblación, pero me habeis formado un cuerpo. Los holocaustos y los sacrificios no os han sido agradables; entonces yo he dicho: Héme aquí; yo vengo, según lo que de mí está escrito, para hacer ¡oh mi Dios! vuestra voluntad.”

Quando sobre la cruz plantada sobre el Calvario la augusta víctima hubo sido inmolada, el velo del templo se desgarró, las figuras desaparecieron ante la realidad; y se verificó una nueva revelación, que completó la primera y le dió su verdadero sentido. Se comprende fácilmente la insuficiencia de los sacrificios para borrar la iniquidad humana, cuando se vé que había sido necesario que el Hijo de Dios se encarnase y sufriese en su carne inocente para expiarla: se com-

prende que debía haber en el hombre más que una falta voluntaria, la cual Dios hubiese podido perdonar en virtud de los remordimientos y de la expiación, y que la corrupción contraída en el comercio con el espíritu impuro, pedía necesariamente una regeneración divina.

Así la virtud que faltaba en la sangre de los toros y de las ovejas, la poseía la sangre derramada sobre la cruz: lo que no podían hacer los sacrificios figurativos, el verdadero sacrificio lo habrá de cumplir: la cruz acercará el hombre á Dios, expiará la falta, y producirá en el mundo un principio de bien suficiente para combatir el principio del mal. Cesemos pues, de mirar la cruz, á ejemplo de los judíos y de los paganos, como un escándalo y una locura; sepamos apreciar sus inmensos beneficios, y repitamos con San Pablo: "Hay ciertamente alguna cosa muy grande en este misterio de amor que se ha hecho ver en la carne; que ha sido autorizado por el espíritu, manifestado á los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo, elevado á la gloria.¹"

CAPITULO X.

De que modo la cruz ha acercado el hombre á Dios.

Los cielos de los cielos están en el Señor, dice la Escritura, pero él ha dado la tierra á los hijos de los hombres. A esta morada, otro tiempo llena de delicias, donde reinaban la paz, la inocencia y la dicha, el Criador descendió para visitar á su criatura, fiel y pura, obra maravillosa de sus manos divinas. Pero cuando ella hubo preferido á estas celestes

¹ Ep. á Timot., c. 3.

comunicaciones las pláticas seductoras de la serpiente; cuando hubo bebido en la copa emponzoñada del mal, sintiendo luego que no era ya digna de Dios, huyó al oír que se acercaba, para ocultarse de su presencia. Entonces Dios llamó á Adam y le dijo: "Adam, ¿dónde estás?" Adam le respondió: "Yo he oído vuestra voz en el Paraíso, y he tenido temor *porque estaba desnudo*, y por eso me he ocultado." El Señor le hizo entonces salir del jardín de las delicias, y colocó á la entrada querubines que hiciesen centellear una espada de fuego para guardar el camino que conducía al árbol de la vida.

El rompimiento era, pues, completo entre el cielo y la tierra; ya en adelante no había relaciones posibles entre ellos: el hombre había caído bajo el poder de Satanás, le había preferido á Dios, estaba unido á él, y por esta unión su naturaleza trasformada no era ya aquella naturaleza pura y bella, objeto de las complacencias de su Autor: ella se revistió de alguna cosa tan odiosa, que de sí misma tenía horror; y Dios, encontrando sobre su obra la marca del espíritu del mal, se retiró: ninguna alianza podía ya existir entre su naturaleza divina y una naturaleza manchada por el contacto diabólico. La suerte del hombre culpable se encuentra entonces sometida á esta terrible alternativa. Dios puede ó aniquilar á su infeliz criatura, ó dejarla en la servidumbre que ella había libremente aceptado. En uno ó en otro caso Dios obraba un acto de poder ó de justicia, pero en uno ó en otro caso Satanás alcanzaba la victoria, porque había desconcertado la obra y los designios del Criador. El poder y la justicia se harán, pues, á un lado, y la misericordia sola obrará.

Dios conservará su obra y sus designios; todavía más; él sabrá encontrar en su mente divina y en los recursos de su amor, el secreto no solamente de vencer el mal, sino aun de hacer salir un bien infinitamente mas grande. Meditando así sobre la redención divina un Padre de la Iglesia, conmovi-

prende que debía haber en el hombre más que una falta voluntaria, la cual Dios hubiese podido perdonar en virtud de los remordimientos y de la expiación, y que la corrupción contraída en el comercio con el espíritu impuro, pedía necesariamente una regeneración divina.

Así la virtud que faltaba en la sangre de los toros y de las ovejas, la poseía la sangre derramada sobre la cruz: lo que no podían hacer los sacrificios figurativos, el verdadero sacrificio lo habrá de cumplir: la cruz acercará el hombre á Dios, expiará la falta, y producirá en el mundo un principio de bien suficiente para combatir el principio del mal. Cesemos pues, de mirar la cruz, á ejemplo de los judíos y de los paganos, como un escándalo y una locura; sepamos apreciar sus inmensos beneficios, y repitamos con San Pablo: "Hay ciertamente alguna cosa muy grande en este misterio de amor que se ha hecho ver en la carne; que ha sido autorizado por el espíritu, manifestado á los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo, elevado á la gloria.¹"

CAPITULO X.

De que modo la cruz ha acercado el hombre á Dios.

Los cielos de los cielos están en el Señor, dice la Escritura, pero él ha dado la tierra á los hijos de los hombres. A esta morada, otro tiempo llena de delicias, donde reinaban la paz, la inocencia y la dicha, el Criador descendió para visitar á su criatura, fiel y pura, obra maravillosa de sus manos divinas. Pero cuando ella hubo preferido á estas celestes

¹ Ep. á Timot., c. 3.

comunicaciones las pláticas seductoras de la serpiente; cuando hubo bebido en la copa emponzoñada del mal, sintiendo luego que no era ya digna de Dios, huyó al oír que se acercaba, para ocultarse de su presencia. Entonces Dios llamó á Adam y le dijo: "Adam, ¿dónde estás?" Adam le respondió: "Yo he oído vuestra voz en el Paraíso, y he tenido temor *porque estaba desnudo*, y por eso me he ocultado." El Señor le hizo entonces salir del jardín de las delicias, y colocó á la entrada querubines que hiciesen centellear una espada de fuego para guardar el camino que conducía al árbol de la vida.

El rompimiento era, pues, completo entre el cielo y la tierra; ya en adelante no había relaciones posibles entre ellos: el hombre había caído bajo el poder de Satanás, le había preferido á Dios, estaba unido á él, y por esta unión su naturaleza trasformada no era ya aquella naturaleza pura y bella, objeto de las complacencias de su Autor: ella se revistió de alguna cosa tan odiosa, que de sí misma tenía horror; y Dios, encontrando sobre su obra la marca del espíritu del mal, se retiró: ninguna alianza podía ya existir entre su naturaleza divina y una naturaleza manchada por el contacto diabólico. La suerte del hombre culpable se encuentra entonces sometida á esta terrible alternativa. Dios puede ó aniquilar á su infeliz criatura, ó dejarla en la servidumbre que ella había libremente aceptado. En uno ó en otro caso Dios obraba un acto de poder ó de justicia, pero en uno ó en otro caso Satanás alcanzaba la victoria, porque había desconcertado la obra y los designios del Criador. El poder y la justicia se harán, pues, á un lado, y la misericordia sola obrará.

Dios conservará su obra y sus designios; todavía más; él sabrá encontrar en su mente divina y en los recursos de su amor, el secreto no solamente de vencer el mal, sino aun de hacer salir un bien infinitamente mas grande. Meditando así sobre la redención divina un Padre de la Iglesia, conmovi-

do por el reconocimiento, no pudo menos de exclamar: "Oh dichosa falta que nos ha merecido tal redentor!" y el célebre Malebranche pensaba que la encarnacion habia preparado á las obras de Dios la mas alta perfeccion que les era dado esperar.

Estudiemus con el auxilio de la luz de la revelacion este grande é inefable misterio.

En el capítulo primero del Evangelio de San Juan leemos estas sublimes palabras, centella de verdad robada á los cielos, y que un filósofo pagano deseaba ver escritas en el frontispicio de todos los templos: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y era Dios desde el principio. Todas las cosas han sido hechas por él, y nada ha sido hecho sin él. La vida estaba en él, y la vida era la luz de los hombres. Él estaba en el mundo, y el mundo ha sido hecho por él, y el mundo no le ha conocido. Y *el Verbo se hizo carne* y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y nosotros hemos visto su gloria como la gloria que el Hijo único ha recibido del Padre."

Ved ahí la fórmula del misterio: *el Verbo se hizo carne*. Antes de dar la esplicacion posible de los textos evangélicos y de lo que enseña la Iglesia, recordemos, como ya lo hemos indicado anteriormente en el capítulo de las profecías, que la idea de la encarnacion es una idea humanitaria, que está consagrada por las antiguas religiones, que se la encuentra en las Indias, en Persia, en Egipto, en Grecia, en las Galias, en la Escandinavia, en América; que por todas partes, instruidos necesariamente por una revelacion primitiva, los hombres han sabido, que era necesario que un Dios de bondad se hiciese hombre y descendiese á la tierra para combatir el principio del mal, y expiar por medio de grandes sufrimientos las iniquidades que aquel habia producido.

Todas las fábulas imaginadas á este respecto, y que no eran sino la falsificacion de la verdad, han tenido al fin un cumplimiento real en la persona del *Verbo hecho carne*. El

Evangelio con su casta y sublime sencillez nos va á decir cómo se ha realizado esta idea divina.

"En el tiempo señalado por las antiguas profecías, Dios envió el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una vírgen que se llamaba María. Entrando el ángel adonde ella estaba le dijo: 'Yo os saludo, ¡oh María llena de gracia! el Señor está con vos; bendita sois entre todas las mujeres.' Y viéndola turbada por esta salutacion, el ángel añadió: 'No temais, María, porque habeis hallado gracia delante de Dios. Concebiréis y daréis á luz un hijo, á quien pondréis por nombre Jesus. Él será grande, y será llamado el Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre; Él reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin.'" — Entonces María dijo al ángel: "¿Cómo se cumplirán todas estas cosas?" — El ángel le respondió: "El Espíritu Santo descenderá sobre vos, y la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra: por eso el santo fruto que nacerá de vos, será llamado el Hijo de Dios. Nada hay para Dios imposible." — "Yo soy la sierva del Señor, repuso María; que se cumpla en mí segun vuestra palabra" Y el ángel la dejó.

"Algunos meses despues María iba al pais de las montañas á visitar á su prima Isabel; y desde que Isabel oyó la voz de María que la saludaba, el niño que llevaba en el seno se estremeció: ella fué inspirada del Espíritu Santo, y elevando la voz exclamó: "Bendita sois entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de vuestras entrañas. ¿De dónde me viene esta dicha que la Madre de mi Señor venga á visitarme? ¡Qué dichosa sois en haber creído! porque las cosas que os han sido anunciadas de parte del Señor, se cumplirán." — María á su vez, poseida de un santo trasporte, cantó su dicha y su reconocimiento: "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios salvador mio. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las

generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es Todopoderoso, cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazon de los soberbios. Derribó del solio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo; segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia, por los siglos de los siglos."

"Zacarías, esposo de Isabel, lleno tambien del Espíritu Santo, pronunció á su turno estas palabras proféticas: "Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo; y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo: segun lo tenia anunciado por boca de sus santos profetas, que han florecido en todos los siglos pasados; para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen: ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente su alianza santa, conforme al juramento con que juró á nuestro padre Abraham que nos otorgaria la gracia de que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con verdadera santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los dias de nuestra vida."

"Cuando hubo llegado el momento en que debia verificarse el divino alumbramiento, un ángel del Señor apareció de improviso á los pastores de Bethlehem, y ellos se vieron circundados de una luz celestial. El ángel les dijo: "No temais, porque yo vengo á anunciaros una nueva que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo; y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor." Al punto una numerosa falanje de la milicia celeste se reunió al ángel, y ellos cantaron: "¡Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.¹"

1 San Lucas, caps. 1 y 2.

Este niño, cuyo nacimiento regocijaba á los espíritus celestiales, recibió el nombre de Jesus, es decir, *Salvador*, que el ángel le habia dado antes que fuese concebido en el seno de su madre; y cuando para cumplir la ley de Moises se le presentó en el templo, un santo anciano llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba el consuelo de Israel, vino allí por un impulso del espíritu, y tomándolo entre sus manos bendijo á Dios diciendo: "Ahora, Señor, ahora sí que sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, espuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel." La profetisa Ana, hija de Phanuel, llegando á la misma hora, se puso á alabar al Señor, y á hablar de aquel niño á todos los que esperaban la redencion de Israel.

Así es como hizo su entrada en el mundo y vino á habitar entre nosotros el Verbo hecho carne; mediador necesario entre Dios y el hombre despues que éste no podia ya acercarse inmediatamente á Dios. Aquellos que miden las concepciones divinas por las concepciones humanas, y que son débiles en la fé, sentirán vacilar su razon bajo el peso del misterio; pero representando un instante á su mente como un vasto cuadro, la triste caida de nuestra especie, su impotencia para levantarse, la sucesion de las profecías, la espectacion universal de un libertador, la vida, la muerte, los prodigios de Jesucristo, su pura y santa doctrina, sus combates, sus triunfos, su accion pasada y presente sobre el teatro del mundo, la que se presenta para el porvenir; tal vez, decimos, en presencia de estos maravillosos fenómenos históricos, que no se pueden poner en duda, en el pensamiento del amor incomprensible del Criador por su criatura, reconocerán ellos que se trata aquí de una cosa inmensa, única en los fastos de la tierra, y que debe sustraerse al exámen de nuestra débil razon. Hasta la Iglesia, sin inquietarse de

la susceptibilidad ó de la rebeldía del espíritu humano, que no puede soportar el sentirse inferior á la comprensión de una verdad aun cuando sea venida del cielo, no ha vacilado, á pesar de las protestas de la herejía, en inscribir en su símbolo, inmediatamente despues de la creencia en un solo Dios, la creencia de un Dios-Hombre, y de exigir la de todos aquellos que quieren pertenecer á ella; de hacer, en fin, cantar en sus templos: "Yo creo en Nuestro Señor Jesucristo, hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero, que no ha sido hecho sino engendrado, consustancial del Padre, por quien ha sido hecho todo, que ha descendido de los cielos para la salvacion de los hombres, y encarnado por el Espíritu Santo en el vientre de María fué hecho hombre."

Si las vías de que Dios se sirve parecen estrañas á la inteligencia del hombre, las ideas, sin embargo, que son el principio generador, lejos de humillarla, la elevan á una altura que jamas hubiera podido esperar sin esta sobrenatural revelacion; y desde este punto de vista descubre nuevos horizontes, se lanza mas allá de los espacios hasta entonces conocidos, toma en parte posesion de la eterna verdad para la cual ha sido hecha y que le reserva el porvenir, recibiendo de este modo el precio anticipado de una sumision costosa; así un niño encuentra la vida en el fondo del vaso que habia apartado de sí, repugnando acercarlo á sus labios, cuando por un supremo esfuerzo ha podido vencer su disgusto y beber el licor cuya amargura misma contenia la virtud. En el misterio de la Encarnacion descubrimos un plan maravilloso de reconciliacion entre Dios y el hombre; porque si por una parte penetramos en la profundidad de las perfecciones divinas, y por la otra en la profundidad de las miserias humanas, concebimos la aproximacion de estas dos estremidades por medio de la Cruz; abismo de amor, es decir, de la mas alta de las perfecciones, y abismo de expiacion, es decir, de las mas grandes miserias: aquel que vemos allí cla-

vado es verdaderamente un Dios; es tambien verdaderamente un hombre; y en esta union del cielo y de la tierra sobre la cumbre del Gólgota, todo lo que hallamos de sublime, de heróico en el amor pertenece al cielo, y lo reviste á nuestros ojos de nuevo esplendor; todo lo que es debilidad, todo lo que es sufrimiento, pertenece á la tierra; y esta debilidad, estos sufrimientos en los cuales parece tomar parte la Divinidad, no la humillan ni la deshonoran, porque siendo para la expiacion del mal, pueden ser aceptados por un Dios; el mal únicamente es el que debe huir para siempre de su presencia.

Sepamos, con todo, por qué maravillosa economía, por qué alta disposicion de su sabiduría, por qué virtud de su inefable esencia, el Verbo, sin alterar las infinitas perfecciones de la Divinidad, sin despojarse del resplandor de su gloria celeste, sin desprenderse de su eterna inmutabilidad, ha podido revestirse de nuestra limitada naturaleza, participar de sus miserias, asociarse á sus dolores. Esta esplicacion descansa enteramente sobre la idea bien comprendida de la *union personal*, que la Iglesia, empleando dos palabras griegas ha llamado *union hipostática*. Se distinguen dos especies de union: la *union material*, y la *union moral*. La *union material* se produce en el cuerpo, cuando sus partes, teniendo afinidad entre sí, se penetran mutuamente y forman un compuesto diverso de sus propiedades combinadas. La *union moral* no es, como la primera, el resultado de una mezcla; ella se forma cuando un principio de accion, libre y único, resume en él fuerzas diversas, inteligentes ó ciegas, viniendo á ser el director absoluto: así como un rey resume su pueblo y un general su ejército, la voluntad humana resume todas las fuerzas del alma y del cuerpo. Esta especie de union no confunde las cosas unidas; éstas permanecen tales cuales son, participando en todo de sus perfecciones ó de sus imperfecciones mutuas. Así la habilidad ó torpeza del general recaen sobre el ejército, y el valor ó la cobardía del

ejército recaen sobre el general, sin que por esto dejen de ser el general y el ejército dos cosas distintas.

Pero la union moral puede ser mas ó menos estrecha, segun que la voluntad directora ejerce una accion mas grande, y produce por lo mismo un lazo mas estrecho y mas fuerte. Cuando llega al mas alto grado de intimidad que nosotros conocemos, es decir, cuando todos los sentimientos, todos los pensamientos, todos los actos de los seres unidos se refieren á la voluntad directora y le son atribuidos, entonces se llama *union personal*. Tenemos un ejemplo en la union de nuestra alma y nuestro cuerpo, que sin confundirse y pudiendo existir separadamente el uno del otro, están, sin embargo, en una relacion de tal manera íntima, que nada de lo que pasa en el uno es extraño al otro; y bajo este aspecto se les toma frecuentemente por una unidad simple, y por eso ha habido hombres que han dudado unos de la existencia del cuerpo y otros de la existencia del alma.

Con el auxilio de estas ideas sobre la union moral, hecha ya personal, nos será fácil concebir el modo con que se verificó la encarnacion del Verbo.

En el casto seno de la Virgen María se formaron por el Espíritu Santo una alma y un cuerpo humanos, preservados así de la corrupcion original que les hubiera comunicado la generacion de Adam. Pero este cuerpo y esta alma no componian solos una persona, como sucede con los demas mortales: unióse desde luego á ellos la voluntad del Verbo Divino, sin dejar las alturas del cielo, sin tener necesidad de abatirse á la tierra; pues que el espacio, ese resultado de nuestra debilidad y de nuestra nada, no existe para ella; descansa sobre ese cuerpo y esa alma con la energía necesaria para constituir la union personal; y así es cómo las tres sustancias diversas, el cuerpo humano, el alma humana y el Verbo de Dios, concurrieron á la formacion de la persona de Jesucristo.

Tal es la doctrina eminentemente filosófica que la Iglesia

espone con relacion á esta obra divina, la mas grande y la mas incomprendible. Esta doctrina, aunque descansa enteramente sobre las ideas de la mas elevada metafisica, se encuentra en tal armonía con lo verdadero y perceptible, que da una solucion satisfactoria al espíritu en todas las cuestiones que pueden hacerse sobre el misterio: ella responde á todas las objeciones emanadas de las contradicciones aparentes que resultan de estas proposiciones sin embargo absolutamente justas: Dios hombre, Dios paciente y Dios muerto, que no vienen á ser mas extraordinarias que las comunes de: mis ojos han visto, mis oidos han escuchado, mis miembros han sufrido, por las cuales atribuimos á los cuerpos los fenómenos que no pertenecen sino á el alma, pero que no llegan á ella sino por la interposicion del cuerpo, al cual son comunes en virtud de la union personal. Dios sin duda, considerado en su esencia infinita, eterna, impasible, no puede nacer, sufrir ni morir, pero puede obrar todas estas manifestaciones por medio de una alma y un cuerpo que se haya escogido, que le esté unido por la union moral, tan íntima de la persona: así pues, se podrá decir sin incurrir en un absurdo: el alma de Dios, el cuerpo de Dios, y todo lo que ellos experimentaron de gozo ó dolor, no pertenecia á este cuerpo, á esta alma, fraccion de persona, sino á la voluntad divina, lazo, complemento y centro de la personalidad. Del mismo modo esta union, que en nosotros solo se efectúa en un punto del tiempo, no afecta en nada la inmutabilidad de la esencia divina, pues que la union moral deja las sustancias diversas perfectamente independientes, pudiendo operarse un cambio en una sin operarse en la otra. Además, reproduciéndose la existencia de Dios en el seno de la inmóvil eternidad, se representa en todos los caracteres, y no debe juzgarse por nuestras existencias efímeras, gotas de agua arrojadas un instante en el seno del tiempo instable, para volver hácia el océano de la eternidad, con



mas rapidez que la corriente de los rios se precipita en el océano de las aguas.

Dios, pues, ha encontrado el medio de acercarse á nosotros por la intermediacion de un cuerpo y de una alma semejantes á los nuestros, con la escepcion, sin embargo, de la corrupcion original, con la cual ninguna alianza le es posible: él ha habitado entre nosotros, se ha hecho realmente hombre, pero con la pureza de nuestra naturaleza primitiva; y Jesucristo, ese Dios-Hombre en quien Adam no ha pecado, que Satanás no puede reclamar como suyo, constituyéndose jefe y soberano de la humanidad, la resume en él; viene, y por el efecto de la union moral su verdadero representante, la regenera asociándola á la pureza de su naturaleza, revistiéndola á los ojos de Dios, segun el pensamiento de S. Pablo, como de un vestido resplandeciente y puro; derramando sobre ella las aguas del bautismo, para hacerla morir para el pecado: cubriéndola con su poderosa mediacion, para sostenerla, fortificarla, protegerla, interponiéndose sin cesar entre Dios y ella, á fin de detener los dardos de la justicia eterna y comunicarle los dones de la gracia; entre ella y Satanás, para preservarla de los ataques de este antiguo é implacable enemigo del linaje humano.

La humanidad no existe ya por Adam, fuente emponzoñada de donde traía la corrupcion y la muerte; no existe sino por Jesucristo, fuente inmaculada de donde emanan la sabiduría y la vida: es de Él de quien recibe por todos los vasos y todos los veneros que conducen la vida y el espíritu el crecimiento que le comunica por la eficacia de su influencia; Él es el tronco y nosotros debemos ser los engertos de este tronco para participar de la abundancia de la savia, para crecer y llegar al estado de perfeccion, á la medida de la edad completa de Jesucristo. "Yo soy la verdadera viña, nos dice él mismo; y como la rama de la viña no puede dar por sí misma el fruto si no permanece unida á la cepa, del mismo modo vosotros no podréis dar fruto si no permane-

ceis en mí. Yo soy la cepa de la viña y vosotros sois las ramas. Aquel que permanece en mí y yo en él, dará muchos frutos, porque sin mí no podeis hacer nada: el que no permanece en mí será arrojado fuera como el sarmiento: se secará y se le recogerá para arrojarlo al fuego.¹" "Jesucristo, dice tambien San Pablo, es la cabeza de la Iglesia, el príncipe, el primero á renacer de entre los muertos; á fin de que sea el primero en todo, porque el Padre se ha complacido en poner en él la plenitud de todas estas cosas. Él es por quien tenemos los unos y los otros acceso cerca del Padre en un mismo espíritu. Nosotros no somos ya extranjeros ni gentes estrañas; somos ya de la ciudad de los santos y de la casa de Dios, edificio que siendo construido sobre Jesucristo, principal piedra angular de él, se eleva y se aumenta en sus proporciones hasta llegar á ser un templo consagrado al Señor.²"

El fin del mundo antiguo ha llegado; el hombre envejecido ha sido sacrificado con sus concupiscencias; la tierra va á marchar hácia su fin bajo un nuevo estandarte; el reino del pecado está destruido; el reino de la gracia comienza; reino del hombre nuevo, criado en la justicia y en la verdadera santidad.

Así, para concluir con las hermosas palabras del gran Apóstol, ese Jesus que teniendo la naturaleza de un Dios, no ha creído que fuese en él una usurpacion igualarse á Dios, se ha anonadado sin embargo tomando la naturaleza de esclavo, haciéndose semejante á los hombres, y siendo tenido por hombre en todo lo que parecia en su exterior. Él mismo se ha abatido haciéndose obediente hasta morir, y en la muerte de cruz. Es porque Dios lo ha elevado y le ha dado un nombre que es superior á todos los nombres; á fin de que á ese nombre de Jesus, toda rodilla se doble en el

¹ San Juan, cap. 15.

² Coloss., cap. 1; y Efés., cap. 2.

cielo, sobre la tierra y en los infiernos, y que toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre.¹

CAPITULO XI.

La cruz ha sido una expiacion suficiente del pecado.

Si se quiere conocer la fuerza del veneno que la primera falta habia inoculado en nuestras venas, que se medite un instante en todo el mal que se ha hecho, se hace y se hará todavía en la tierra: que se tenga el valor de contemplar un momento la estension y la profundidad de la repugnante y espantosa llaga de nuestra naturaleza; que se imagine, si es posible, en qué multitud de crímenes, atrocidades, torpezas é infamias se halla nuestro desgraciado globo envuelto; pero no se sabrá hasta qué grado de horror deba uno detenerse para no quedarse mas abajo de lo cierto; y se comprenderá que solo Dios en la eterna balanza de su justicia puede apreciar el enorme peso de las iniquidades terrestres. Entretanto, está escrito en caracteres indelebles en la conciencia de los individuos y en la conciencia de los pueblos, que el mal una vez cometido, no desaparece; que vive produciendo la muerte; que permanece en el alma del culpable, y le imprime una horrible marca; que pide un castigo proporcionado, y que no se borra sino por medio de una expiacion suficiente. Que cualquier hombre se pregunte, y oirá en el fondo de su alma una voz que le responderá: "todo el que se hace

¹ Philipp., cap. 2.

culpable merece castigo." Donde quiera que se dirija la vista sobre la tierra, se encuentra el instrumento del castigo, desde el azote de esparto del padre, hasta el hacha del ejecutor de la ley; y si no fuese así, cómo se impediría que el mal, desbordándose, rodase como un torrente impetuoso arrasándolo todo en su camino?

La humanidad, pues, ha sentido que el mal atraia la venganza del cielo, y reconociéndose culpable, se ha estremecido, ha elevado sus manos hácia él, conjurándole acordase su perdon, y esforzándose en aplacarle por el sacrificio de lo mas agradable, de lo mas necesario, y de lo que en un todo le era mas querido.

Hemos visto en el penúltimo capítulo que la sangre de innumerables víctimas, y hasta de víctimas humanas, se habia derramado á torrentes en los altares; pero todas estas expiaciones, y todas las que hubiesen tenido lugar en los siglos futuros, ¿podian llenar la inmensa sima abierta por el crimen? ¿Podia el hombre sufrir tanto, sufrir, sobre todo, de una manera bastante meritoria para que la mancha de su alma quedase borrada al mismo tiempo que alcanzase la remision del pecado? Graves son estos problemas, y como ellos tienen relacion con un orden de cosas que pasa mas allá de los límites del espíritu humano, ninguno habrá que pueda lisonjearse de resolverlos. ¿Quién puede saber, en efecto, lo que es el mal, por ligero que se le suponga? ¿Quién se atreverá á pesarlo en una balanza terrestre, cuando Dios viene á colocarse en uno de los platillos? ¿Quién establecerá una justa proporcion entre una falta y el castigo que ella merece, puesto que una falta cualquiera tiene por término necesario y final la muerte, y la muerte del Ser por excelencia, de Dios, si podia contagiarle de esta lepra? ¿Dónde habrá en el sufrimiento de un ser finito la ecuacion posible con lo que va á atacar nada menos que al Ser infinito? Y esto aun ignorando si aquel que sufre se arrepiente, que seria preciso penetrar en los mas recónditos senos de su alma, para discernir

cielo, sobre la tierra y en los infiernos, y que toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre.¹

CAPITULO XI.

La cruz ha sido una expiacion suficiente del pecado.

Si se quiere conocer la fuerza del veneno que la primera falta habia inoculado en nuestras venas, que se medite un instante en todo el mal que se ha hecho, se hace y se hará todavía en la tierra: que se tenga el valor de contemplar un momento la estension y la profundidad de la repugnante y espantosa llaga de nuestra naturaleza; que se imagine, si es posible, en qué multitud de crímenes, atrocidades, torpezas é infamias se halla nuestro desgraciado globo envuelto; pero no se sabrá hasta qué grado de horror deba uno detenerse para no quedarse mas abajo de lo cierto; y se comprenderá que solo Dios en la eterna balanza de su justicia puede apreciar el enorme peso de las iniquidades terrestres. Entretanto, está escrito en caracteres indelebles en la conciencia de los individuos y en la conciencia de los pueblos, que el mal una vez cometido, no desaparece; que vive produciendo la muerte; que permanece en el alma del culpable, y le imprime una horrible marca; que pide un castigo proporcionado, y que no se borra sino por medio de una expiacion suficiente. Que cualquier hombre se pregunte, y oirá en el fondo de su alma una voz que le responderá: "todo el que se hace

¹ Philipp., cap. 2.

culpable merece castigo." Donde quiera que se dirija la vista sobre la tierra, se encuentra el instrumento del castigo, desde el azote de esparto del padre, hasta el hacha del ejecutor de la ley; y si no fuese así, cómo se impediría que el mal, desbordándose, rodase como un torrente impetuoso arrasándolo todo en su camino?

La humanidad, pues, ha sentido que el mal atraia la venganza del cielo, y reconociéndose culpable, se ha estremecido, ha elevado sus manos hácia él, conjurándole acordase su perdon, y esforzándose en aplacarle por el sacrificio de lo mas agradable, de lo mas necesario, y de lo que en un todo le era mas querido.

Hemos visto en el penúltimo capítulo que la sangre de innumerables víctimas, y hasta de víctimas humanas, se habia derramado á torrentes en los altares; pero todas estas expiaciones, y todas las que hubiesen tenido lugar en los siglos futuros, ¿podian llenar la inmensa sima abierta por el crimen? ¿Podia el hombre sufrir tanto, sufrir, sobre todo, de una manera bastante meritoria para que la mancha de su alma quedase borrada al mismo tiempo que alcanzase la remision del pecado? Graves son estos problemas, y como ellos tienen relacion con un orden de cosas que pasa mas allá de los límites del espíritu humano, ninguno habrá que pueda lisonjearse de resolverlos. ¿Quién puede saber, en efecto, lo que es el mal, por ligero que se le suponga? ¿Quién se atreverá á pesarlo en una balanza terrestre, cuando Dios viene á colocarse en uno de los platillos? ¿Quién establecerá una justa proporcion entre una falta y el castigo que ella merece, puesto que una falta cualquiera tiene por término necesario y final la muerte, y la muerte del Ser por excelencia, de Dios, si podia contagiarle de esta lepra? ¿Dónde habrá en el sufrimiento de un ser finito la ecuacion posible con lo que va á atacar nada menos que al Ser infinito? Y esto aun ignorando si aquel que sufre se arrepiente, que seria preciso penetrar en los mas recónditos senos de su alma, para discernir

si el horror del mal es tan sincero y profundo; y sería necesario además seguir el mal hasta en sus últimas consecuencias, y justificar todos los dolores que él ha producido para este mundo y para el otro; porque en vano se esperaría obtener el perdón, si á los padecimientos sufridos para expiarlo, no se reunían las condiciones del arrepentimiento y de la reparación. ¿Y qué conciencia humana podrá estar satisfecha de haber sentido todo el horror y el odio que merece el pecado? ¿Quién podrá, después de haberle cometido, irle siguiendo inmediatamente en sus pasos, como Homero dice que las Súplicas seguían á la maligna diosa Ates, para reparar todos los estragos que causara en su camino? ¿Qué padre, por ejemplo, reparará nunca todos los males que reserva á su posteridad, durante largos siglos, por una falta acaso para él desapercibida? Aquellos que han atentado á la vida, á los bienes, al honor, á la virtud de otro, ¿valorizarán alguna vez los daños que han producido, los sufrimientos de que han sido causa? Y el escritor que ha tenido el triste valor de mojar su pluma en el veneno del error y del vicio, para estraviar ó corromper á sus semejantes, ¿dónde encontrará tantas vidas cuantas sea necesario para restaurar todas las que ha deshonrado, inmolado y perdido?

Pero aun cuando detestemos el pecado como debe ser detestado, aun cuando nos arrepintamos como debemos arrepentirnos, aun cuando suframos tanto cuanto ha hecho sufrir á otros en sus consecuencias, ¿cómo podremos asegurarnos de que nos será perdonado? ¿Dónde está el contrato verificado entre Dios y nosotros por el cual nos esté prometida la remisión en cambio del arrepentimiento y de los sufrimientos? ¿Qué relación hay entre estos fenómenos que nos son puramente personales, y nuestras faltas, cuyas consecuencias subsisten fuera de nosotros? ¿Por qué lo que yo sufro por los remordimientos y el castigo ha de absolverme, cuando mis sufrimientos no alivian en nada los de aquellos á quienes he hecho infelices? Pero aun todavía más: suponiendo que yo

fuese absuelto de mi crimen, que hubiese obtenido un completo perdón, ¿habré de quedar rehabilitado por esto? ¿no permaneceré bajo el peso de mi deshonra? Solemos encontrar hombres que se han hecho culpables de acciones infames; les hemos perdonado sinceramente, pero sin embargo, ellos son siempre á nuestros ojos hombres indignos, y cuya sociedad ya no nos puede agradar en lo sucesivo.

Estas sencillas cuestiones que acabamos de poner son más elocuentes que las soluciones racionales, porque ellas por sí mismas hablan más alto y con más claridad al buen sentido, que todos los razonamientos. Con todo, si el hombre tiene miedo de responder á ellas, si teme hacer constar su impotencia para reparar lo que tuvo el poder de destruir, que escuche otra voz que no es la suya. “Padre mío, dijo el Hijo de Dios, vos no habeis querido hostia ni oblacion; los sacrificios por el pecado no os han sido agradables; pero me habeis formado un cuerpo, y héme aquí, oh Dios mío, dispuesto á hacer vuestra voluntad.” Y San Pablo añade, comentando estas palabras: “La ley no puede nunca, solo por las víctimas que se ofrecen continuamente todos los años, hacer justos y perfectos á los que se acercan al altar, porque es imposible que la sangre de los toros y de las cabras borre la mancha del pecado.¹”

Por lo tanto, si el hombre hubiese sido abandonado á sus propias fuerzas, si Dios no le hubiese tendido una mano compasiva, no habría salido nunca de ese mar de iniquidades, en cuyas olas se había sumergido; pero Dios ha amado tanto al mundo, que le ha enviado su Hijo único para su socorro. Desde el seno de su eternidad le llama en el tiempo diciéndole: “Vos sois mi Hijo á quien he engendrado hoy. Yo lo juro y cumpliré mi juramento: vos sois el *Sacerdote eterno* según el orden de Melchisedec.²” Dócil al mandato de su Padre, Jesucristo, cuyo amor por nosotros con nada puede

1 Epíst. á los hebr., cap. 10.

2 Salm. 109.

compararse, se somete obediente hasta morir en la cruz: sobre esta cruz ha fijado la cédula de pago que existía en nuestra contra, y habiendo desarmado á los principados y á las potestades del mal, las ha espuesto en espectáculo con plena autoridad despues de haber triunfado de ellas en su propia persona.¹ En la montaña de Sion es donde ha sido consagrado el reino de Jesucristo, y donde Satanás, el príncipe de este mundo, ha sido vencido por la virtud de una expiacion verdaderamente eficaz; porque solo la gran víctima del Calvario reunía y podía reunir en ella las condiciones precisas para la completa abolicion del pecado y la destruccion de la mancha; es decir, el sufrimiento proporcional y sin tacha, el horror y aborrecimiento suficiente del mal, la reparacion completa del daño que ha podido causar, y una fuente de gracia y de méritos bastante para lavarlo y borrarlo enteramente.

Instruidos en la escuela del grande Apóstol, que como él mismo dice, fué favorecido de una revelacion especial sobre el misterio que nos ocupa: "Apenas, dice, si alguno quisiera morir por otro, tendria la fuerza necesaria para dar su vida por un hombre de bien; pero Dios ha hecho resplandecer su amor por nosotros, en que siendo como somos pecadores, Jesucristo ha muerto en el tiempo señalado, y no solamente hemos sido reconciliados por él, sino que aun podemos glorificarnos en Dios: y es que habiendo entrado en el mundo el pecado por un solo hombre, y la muerte por el pecado, así en mayor proporcion, por la abundancia de la gracia y de la justicia de uno solo, todos los hombres reciben la justificacion que da la vida; porque allí, donde ha habido abundancia de pecado, ha habido tambien superabundancia de gracia, á fin de que, como habia reinado el pecado dando la muerte, la gracia, del mismo modo, reinase por la justicia dando la vida eterna."²

"Era muy digno de Dios, vuelve á decir en otra Epístola, por quien existen todas las cosas, que quisiese conducir á la

1 Epíst. á los Colos. cap. 2.—2 Epíst. á los Roman. cap. 5.

gloria á multitud de sus hijos, y consagrarse por los sufrimientos el autor de su salvacion. Así, pues, el que santifica y los que son santificados vienen todos de un mismo principio, y Él no tiene á menos el llamarles hermanos suyos. Como ellos están revestidos de carne y de sangre, así tambien se ha revestido Él mismo, á fin de destruir por su muerte al que tenia el imperio de la muerte. Él no se ha hecho libertador de los ángeles sino de la raza de Abraham, porque era necesario que fuese semejante en todo á sus hermanos, á fin de ser ante Dios un pontífice compasivo y fiel por la expiacion de los pecados del pueblo; porque es por los trabajos y los sufrimientos por los que ha sido probado que trae la virtud y la fuerza de socorrer á los que han sido tambien probados.

"La alianza de que Jesus es el mediador es mas perfecta que la primera; permanece eternamente, posee un sacerdote eterno y puede salvar siempre á aquellos que se acercan á Dios por su interposicion. Era muy conveniente que tuviésemos un pontífice como Él, santo, inocente, inmaculado; separado de los pecadores y elevado mas allá de los cielos; que no tuviese como los otros necesidad de inmolar víctimas por sus pecados, y Dios ha hecho pontífice para siempre á su Hijo que es perfecto.

"Segun la ley, se purifica casi todo con la sangre, y los pecados no pueden ser perdonados sin efusion de sangre. Jesucristo, el pontífice de los bienes futuros, ha entrado, pues, una vez en el santuario por un tabernáculo mas grande y mas perfecto que el antiguo, y ha entrado no con la sangre de las ovejas y de las terneras, sino con su propia sangre, habiéndonos adquirido una redencion eterna. Por ello es por lo que ha venido á ser el mediador del Nuevo Testamento; de manera, que en virtud de la muerte que ha sufrido para expiar las iniquidades, aquellos que son llamados reciben la herencia que les ha sido prometida."¹

1 Epíst. á los hebreos.

Para comprender como se debe el admirable secreto de la potencia redentora que emana de la cruz, es necesario tener presente lo que hemos dicho antes sobre los efectos de la union personal del Hijo de Dios con la naturaleza humana, y de la union moral de esta persona de Jesucristo con la humanidad. El Hombre Dios sufre, muere como hombre; y estos sufrimientos y esta muerte, que son ya de grandísimo precio, pues que han recaído en un inocente sobre el cual el pecado no tenia ningun derecho, adquieren un precio infinito, vienen á ser una expiacion superabundante del crimen, porque son asimismo los sufrimientos y la muerte de un Dios.

Ved aquí el otro aspecto del prodigio: Jesucristo al hacerse hombre, se ha constituido, como hemos dicho ya, el jefe de la humanidad para resumirla, representarla, responder por ella: la humanidad está toda en Él: no tiene mas vida verdadera que su vida; fuera de Él no halla sino la muerte: Él es la cabeza y nosotros somos los miembros: todo lo que Él aumenta nos aumenta; todo lo que aprovecha nos aprovecha: pero los padecimientos que sufre, padecimientos que por una parte tienen á Dios por término, son tambien los sufrimientos del Hombre: esta expiacion infinita viene á ser nuestra expiacion; y aun cuando, como dice Isaías, nuestros pecados escediesen en número á las gotas del mar, podian sernos perdonados; aun cuando fuesen tan rojos como la escarlata, llegarían á ser blancos como la nieve; porque Él es quien ha cargado con nuestras miserias, quien ha sido destrozado por nuestros crímenes: el castigo que debe darnos la paz ha pesado sobre Él; nosotros hemos sido curados por sus heridas; el Señor ha hecho caer sobre Él la iniquidad de todos. Por esto mismo, desde que San Juan Bautista vió á Jesus adelantarse hácia él, exclamó: "Ved ahí al Cordero de Dios; ved ahí al que quita los pecados del mundo." Y el mismo Jesus dijo: "Así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, es necesario tambien que sea elevado el Hijo del

Hombre, á fin de que todos los que crean en él no perezcan, sino que gocen de la vida eterna; porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que sea salvado por él.—Mi sangre, la sangre de la nueva alianza será derramada por muchos en remision de sus pecados."

Despues de esto, no podemos menos de exclamar con San Pablo: "¡Si Dios es así por nosotros, qué será contra nosotros! Si no nos ha rehusado ni á su propio Hijo, si lo ha entregado á la muerte por todos nosotros, ¿qué no nos dará despues de habérselo dado? ¿Quién acusará á los elegidos de Dios, si Dios mismo es el que los justifica! ¿Quién los condenará despues de que Jesucristo no solamente ha muerto, sino que aun ha resucitado y está sentado á la derecha de Dios, donde intercede por nosotros?"¹

La humanidad debe espantarse de la multitud de crímenes que la manchan, que la cubren de los piés á la cabeza como de una lepra asquerosa; pero no desespere, por enferma que esté, de su curacion: la verdadera víctima expiatoria se ha encontrado ya, el remedio es proporcionado al mal; y si Satanás, en el fondo de la copa del placer nos hace beber los sufrimientos de la muerte, Jesus, apurando ese cáliz de sufrimientos y de muerte, nos restituye la vida. Si es un Dios el que fué ofendido, es un Dios tambien el que expia la ofensa; y en lo de adelante, del trono de Dios y de el Cordero saldrá un rio de agua viva, clara como el cristal, y en las márgenes de este rio crecerá el árbol de la vida, cuyas hojas servirán para curar á las naciones.

¿Qué hay en el mundo mas grande que ese drama inmenso que se desenlaza sobre el Calvario? En la apariencia no es mas que un vil malvado á quien se castiga por sus crímenes, pero en la realidad es el gran combate del cielo contra el infierno, del bien contra el mal: es, en un punto del tiempo y del espacio, la concentracion poderosa de todo lo que ha sido y de todo lo que será, de la eternidad y del

¹ Epíst. á los romanos, cap. 8.

tiempo, de la vida y de la muerte, del ser y de la nada. Allí va á ventilarse la causa universal, la causa entre Dios y la criatura: allí se va á decidir la suerte del mundo, entre su verdadero Señor y el que se habia hecho usurpador: allí se va á resolver el inesplicable problema del antagonismo de los dos principios que desmiente toda la antigua sabiduría, que deja gemir al hombre en los sufrimientos de la duda, con el pecho oprimido como por una continua pesadilla.— ¿Veis al que pende de la cruz, pálido, abatido, cubierto de heridas, destrozado, sangriento?... Pues Él es toda la humanidad. Hé ahí al hombre, hé ahí el compendio de toda su historia; contempladle bien tal cual ha venido á ser bajo el imperio del mal, embruteciéndose, degradándose sin cesar por la violacion de la leyes de su naturaleza, y no dejando, en cierto modo, ninguna parte sana de él. ¿A quién han pertenecido y en qué vendrán á quedar esos restos informes, repugnantes y horribles? ¿Quién vendrá á reclamar esta podredumbre infecta, que parece ser espelida del seno del ser para desaparecer en las tenebrosas regiones de la nada? ¿El principio del bien podrá reconocernos aun por obra suya, y no estaremos marcados para siempre con el sello inmundo de la bestia? ¿Habremos sido vendidos para ser esclavos del mal, y para ser perpetuamente presa suya?

Pero miremos con mas atencion al Ajusticiado. Hé ahí tambien al hombre; pero el hombre tal como Dios le habia hecho, puro, inocente, libre de toda inclinacion perversa; su carne puede muy bien ser martirizada por el sufrimiento, su alma sometida á la prueba de mortales angustias; pero ni su alma ni su cuerpo reciben ninguna ofensa, padecen ningun menoscabo; el sufrimiento no los envilece, al contrario, los eleva á mayor altura de perfeccion que la que el Criador mismo pudo darles con todo su poder; los enaltece hasta el grado supremo de ese heroismo sobrenatural que, como dice la Escritura, regenera mas portentosamente la naturaleza del hombre que como habia sido creada por el poder di-

vino. Ya Satanás no será en lo de adelante el rey que nos uncirá á su carro triunfal con su horrible acompañamiento del orgullo, de las concupiscencias vergonzosas ó infames; no, no será sino Jesucristo resplandeciente con una celeste aureola de justicia, de paz, de santidad y de amor.

Rindamos humildes gracias á Dios Padre que nos ha alumbrado con su luz, que nos ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los Santos; que nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en el cual encontramos la redencion que nos ha adquirido con el precio de su sangre, y la remision de nuestros pecados.¹

CAPITULO XII.

La cruz ha depositado en el mundo un principio de bien bastante eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal.

No era bastante para Jesucristo el haber acercado el hombre á Dios, colocándose como mediador entre el uno y el otro; no era bastante el haber preparado, vertiendo toda su sangre, la expiacion de todos los pecados cometidos y por cometer; era necesario para coronar su obra, para establecer su reino entre nosotros, que dejara en nuestras manos las armas destinadas á combatir el mal y á destruirlo, del modo que él lo habia expiado; porque no habia venido solamente á hacer al mal una guerra de expiacion, sino todavía mas, una guerra de destruccion. Con todo eso, si la primera par-

¹ Epíst. á los coloss., cap. 1.

tiempo, de la vida y de la muerte, del ser y de la nada. Allí va á ventilarse la causa universal, la causa entre Dios y la criatura: allí se va á decidir la suerte del mundo, entre su verdadero Señor y el que se habia hecho usurpador: allí se va á resolver el inesplicable problema del antagonismo de los dos principios que desmiente toda la antigua sabiduría, que deja gemir al hombre en los sufrimientos de la duda, con el pecho oprimido como por una continua pesadilla.— ¿Veis al que pende de la cruz, pálido, abatido, cubierto de heridas, destrozado, sangriento?... Pues Él es toda la humanidad. Hé ahí al hombre, hé ahí el compendio de toda su historia; contempladle bien tal cual ha venido á ser bajo el imperio del mal, embruteciéndose, degradándose sin cesar por la violacion de la leyes de su naturaleza, y no dejando, en cierto modo, ninguna parte sana de él. ¿A quién han pertenecido y en qué vendrán á quedar esos restos informes, repugnantes y horribles? ¿Quién vendrá á reclamar esta podredumbre infecta, que parece ser espelida del seno del ser para desaparecer en las tenebrosas regiones de la nada? ¿El principio del bien podrá reconocernos aun por obra suya, y no estaremos marcados para siempre con el sello inmundo de la bestia? ¿Habremos sido vendidos para ser esclavos del mal, y para ser perpetuamente presa suya?

Pero miremos con mas atencion al Ajusticiado. Hé ahí tambien al hombre; pero el hombre tal como Dios le habia hecho, puro, inocente, libre de toda inclinacion perversa; su carne puede muy bien ser martirizada por el sufrimiento, su alma sometida á la prueba de mortales angustias; pero ni su alma ni su cuerpo reciben ninguna ofensa, padecen ningun menoscabo; el sufrimiento no los envilece, al contrario, los eleva á mayor altura de perfeccion que la que el Criador mismo pudo darles con todo su poder; los enaltece hasta el grado supremo de ese heroismo sobrenatural que, como dice la Escritura, regenera mas portentosamente la naturaleza del hombre que como habia sido creada por el poder di-

vino. Ya Satanás no será en lo de adelante el rey que nos uncirá á su carro triunfal con su horrible acompañamiento del orgullo, de las concupiscencias vergonzosas ó infames; no, no será sino Jesucristo resplandeciente con una celeste aureola de justicia, de paz, de santidad y de amor.

Rindamos humildes gracias á Dios Padre que nos ha alumbrado con su luz, que nos ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los Santos; que nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en el cual encontramos la redencion que nos ha adquirido con el precio de su sangre, y la remision de nuestros pecados.¹

CAPITULO XII.

La cruz ha depositado en el mundo un principio de bien bastante eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal.

No era bastante para Jesucristo el haber acercado el hombre á Dios, colocándose como mediador entre el uno y el otro; no era bastante el haber preparado, vertiendo toda su sangre, la expiacion de todos los pecados cometidos y por cometer; era necesario para coronar su obra, para establecer su reino entre nosotros, que dejara en nuestras manos las armas destinadas á combatir el mal y á destruirlo, del modo que él lo habia expiado; porque no habia venido solamente á hacer al mal una guerra de expiacion, sino todavía mas, una guerra de destruccion. Con todo eso, si la primera par-

¹ Epíst. á los coloss., cap. 1.

te de la obra le habia sido reservada exclusivamente, no era lo mismo la segunda; ésta nos concierne especialmente: nosotros debemos una cooperacion activa al poder que nos sostiene y nos ayuda: nuestra libertad está llamada á luchar para reconquistar su pureza y su dignidad primera.

Hémos aquí ya en el punto principal de la cuestion que nos hemos propuesto como objeto preferente de este libro: la redencion terrestre del hombre. Hasta ahora, sondeando la profundidad del misterio, hemos seguido las maravillosas y secretas operaciones de Dios en la regeneracion de su criatura, y en el restablecimiento de los vínculos celestiales que ella habia roto por la perpetracion del mal; pero nos hemos quedado en las regiones invisibles de los consejos eternos, cuya sublimidad hemos admirado, sin que nuestra débil razon pudiese comprenderlos enteramente, y sin que nuestra vista humana sea bastante penetrante para discernir los inefables efectos que no nos serán revelados sino despues que hayan concluido los dias de nuestra prueba temporal. La sangre vertida por el amor de un Dios es la que nos asegura que hemos sido arrancados al poder de las tinieblas, que hemos reconquistado nuestros derechos en el cielo, y que obtendremos por los méritos adquiridos sobre la cruz, el bien supremo de la salvacion eterna. Pero aun no es esto todo: la mision del Hijo del Hombre no se ha limitado á las cosas de la vida futura; otra gran dicha es la que nos prepara; Jesucristo nos reserva todavía otros beneficios; y desde el mundo la humanidad debe experimentar la influencia saludable de su venida. De otra manera, ¿qué significarian todas las predicciones de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento sobre el establecimiento del reino del Mesías en la tierra? ¿Qué significaria ese reino de Dios de que el mismo Jesucristo nos habla con tanta frecuencia, diciendo que ha venido á estar en medio de nosotros? ¿y la comparacion de ese grano de mostaza, imperceptible al principio, pero que vendria á ser un árbol inmenso que cubriria con su sombra toda

la tierra? ¿Qué significarian sobre todo esas bellas palabras de que nos ha formado una deprecacion: "Padre, que vuestro reino llegue, que vuestra voluntad se cumpla en la tierra como se cumple en el cielo?" El reino de Dios consiste evidentemente en la difusion progresiva y en la práctica mas y mas perfecta de la doctrina evangélica.

El imperio del Mesías no puede ser ese imperio material soñado por el orgullo de los hebreos, y fundado en el sometimiento de todas las naciones á una sola nacion: es un imperio moral establecido sobre el libre consentimiento de las voluntades, por la sola fuerza de la verdad y de la justicia, y á pesar de las violencias y persecuciones de la fuerza brutal. Pero si el mundo entero debe someterse á la ley evangélica, y constituir de este modo el reino de Dios, ¿no sacaria alguna ventaja temporal de esta sumision? ¿habria sido lo mismo para él haber permanecido en su estado precedente de anarquía moral? ¿A qué venia entonces promulgar el Evangelio? ¿No seria juzgado por estas palabras que él contiene: "El árbol se reconoce por sus frutos?"

La doctrina de Jesucristo debe hacer tambien la dicha de la humanidad, y volverle, tanto como sea posible, las prerogativas perdidas en el Paraiso terrestre, sin lo cual no seria mas que una doctrina estéril, indigna de un Dios. Pues si nos ponemos ahora á considerar las cosas que pasan en el cielo, y á examinar asimismo las profecías antiguas ó los milagros que se obraron lejos de nosotros, nos hallaremos frente á frente con la doctrina de Jesus: ella se presenta atrevidamente ante nosotros, desafiando la fuerza brutal, desafiando la ciencia, desafiando el tiempo, desafiando el espacio, y anunciando con la afirmacion mas absoluta, con una afirmacion que desconcierta á muchos espíritus, que fuera de ella no hay salvacion para la humanidad, que ninguna otra doctrina puede conducirla á sus verdaderos fines. No debe admirarse que esta pretension exclusiva haya escandalizado á los enemigos del Evangelio, y mas bien se concebi-

ria que se hubiesen regocijado; porque si despues de una seguridad tan firme, despues de tantas profecías formales de su inmortalidad, la doctrina de Jesucristo participase de las debilidades de las otras doctrinas, ella quedaria por el mismo hecho condenada, y caeria con mayor fracaso, con mas completa ruina. Por esto Gamaliel decia muy sabiamente á los judíos con respecto á los Apóstoles: "Cesad de perseguirlos, dejadles; que si su empresa viene de los hombres, ella se destruirá por sí misma."

Entretanto han trascurrido diez y ocho siglos, y la doctrina de Cristo no ha perdido nada de su seguridad: la impiedad la ataca, el mundo la rechaza, la indiferencia la desdeña; pero ella siempre de pié, á pesar de todas las tempestades, triunfando de todos los obstáculos, se estiende, se desarrolla, y cada dia se manifiesta mas luminosa, mas admirable para los espíritus que la meditan, viendo caer una á una á sus piés las doctrinas rivales que temerariamente la insultan prediciendo su próxima ruina!

No se han podido reconocer los beneficios del cristianismo porque concentrándose únicamente la atención en los desórdenes que han existido y existen aún entre los pueblos cristianos, no se ha querido comprender que estos desórdenes pertenecen al hombre, son propiamente obra suya, porque ellos proceden de la inobservancia y no de la práctica de la doctrina, que los reprueba y los prohíbe.

Es necesario no perder nunca de vista, si no se quieren hacer falsas apreciaciones, esta consideracion muy obvia y sencilla, y es que Jesucristo no ha venido á trasformar repentinamente á los hombres por la virtud de su poder infinito, porque entonces nuestra regeneracion habria sido inmediata y completa; Él no ha querido sino depositar en el mundo un principio de bien, un gérmen, una buena levadura, como la llama, que el hombre debe hacer fermentar por su cooperacion; pues que, segun el testimonio del Apóstol, nosotros somos los colaboradores de Dios; y por respeto á

nuestra libertad, como dice San Agustin, si Dios nos ha criado por sí solo, no nos salvará sin nosotros. El remedio está en nuestras manos, sepamos pues utilizarlo; por haberlo descuidado, desdeñado, rechazado, es por lo que la tierra está todavía tan al principio del camino de la perfeccion. Sabed pues, filósofos, políticos, socialistas que tan engolfados estais con la vanidad de vuestras pretendidas ciencias, que sin ese Jesus á quien no llamais en vuestras meditaciones, en vuestras investigaciones, en vuestros consejos, permaneceréis siempre impotentes para crear nada sólido, nada durable; edificaréis sobre movediza arena: escuchad sus palabras sagradas, ellas no son un rumor vano perdido en el vacío de los aires: "Aquel que no está conmigo, está en contra mia; aquel que no acumula conmigo, disipa."¹ Hasta aquí habeis tenido una desgraciada esperiencia: ¿qué remedio habeis aplicado á las miserias de la humanidad? Desconociendo su naturaleza, habeis agravado, como médicos imprudentes, el mal que queriais combatir; habeis favorecido la degradacion cuya marcha creisteis contener. Vosotros no habeis podido descubrir un sistema reparador, inventar una constitucion benéfica y capaz de mantenernos en la senda del verdadero progreso; la perfeccion humana ha ido alejándose siempre de vosotros como una vision engañosa, como una sombra que desaparece durante el sueño; y el mismo dia en que creiais poseerla, veia comenzar infaliblemente vuestra decadencia. Venid con nosotros al pié de la cruz; meditad religiosamente sobre este instrumento de un suplicio ignominioso; como un ilustre Santo en él aprenderéis mas que en todos los libros del mundo; y muy pronto heridos de la viva luz que alumbrará vuestra mente, reconoceréis que Aquel que está suspendido de esa cruz es vuestro Señor y vuestro Maestro; que en él solamente reside la salvacion que habiais buscado en otra parte inútilmente. Si algo de incomprensible, de extravagante tal vez en su doctrina, segun el lengua-

1 Evangelio de S. Lucas, cap. 11.

je de San Pablo, pone en confusion vuestros espíritus limitados, recordad que habeis sido engañados, que por consiguiente sus pensamientos no deben ser vuestros pensamientos, sus designios vuestros designios, sus medios vuestros medios; porque si no fuese así, ¿que habria hecho Él mas ni mejor que vosotros? Y esto que parece en Dios una locura es mas sabio que la sabiduría humana en todo su conjunto; lo que parece en Dios una debilidad es mas fuerte que la fuerza de todos los hombres; y como ellos no han conocido en las obras de su infinita sabiduría, Él ha querido salvar por la locura de la predicacion á aquellos que creyeren en Él.¹

Hé aqui de qué manera abrió Jesucristo su mision terrestre: "El espíritu del Señor descansa sobre mí, dice de Él mismo despues de Isaías; él me ha enviado para predicar la Buena Nueva á los pobres, para curar á los que tienen el corazon lacerado, para anunciar á los cautivos la libertad y á los ciegos el recobro de la vista; para librar á aquellos que están en la opresion, para publicar el año de gracias del Señor, y el dia en que hará justicia."² Y como Juan le envió á dos de sus discípulos para preguntarle: "¿Sois vos el que debe venir?" Él les respondió: "Referid á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos están sanos, los sordos oyen, los muertos resucitan; la Buena Nueva está anunciada á los pobres, y dichoso aquel que no se escandalice de mi objeto!" Despues dirigiéndose á la multitud que le seguia, les dirigió esta tierna invitacion: "Venid á mí todos los que os doblonais bajo el peso del trabajo y del sufrimiento, que yo os reanimaré."³

Tal es, si puede decirse así, el programa de Jesucristo. Nosotros tenemos que estudiar lo que ha hecho para realizarlo.

1 I. Epíst. á los corint., cap. 1.

2 S. Lucas, cap. 4.

3 S. Mateo, cap. 11.

Engañado por las pérfidas sugerencias de la serpiente, y fascinado por la perspectiva de una absoluta independenciam, el hombre, como ya hemos visto, habia rechazado la direccion divina y se habia confiado enteramente á las luces de su débil razon, y á las tendencias de su corazon corrompido.

Allí estaba la fuente del mal, y era necesario secarla para curar á la humanidad. En efecto, falta de una direccion superior que conociese su origen, su naturaleza y su fin, aquella no habia sabido otra cosa que apartarse de la senda del bien, alterar la verdad y avanzar á grandes pasos hácia la decadencia y á la muerte. ¿Qué debia hacer Jesucristo para salvarla, sino descender á esta nave donde perdida en medio del océano de las edades, la humanidad flotaba incierta de sus destinos, siempre espuesta á naufragar á merced de los vientos y de las olas, y ser Él mismo el piloto, el guia y el salvador? Esta es igualmente la mision que vino á llenar en la tierra: de su boca divina ha salido esta solemne declaracion: "*Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre sino por mí.*"¹

Así es como Jesucristo ha reivindicado los derechos usurpados por Satanás, y se ha declarado el Rey de la libertad humana. Es Él quien en lo de adelante trazará á la actividad la línea que debe seguir, iluminará la inteligencia con los destellos de la eterna verdad, y vivificará el corazon con la efusion de la gracia celestial. Todo el que rehusare seguir la nueva bandera se estraviará muy pronto en los antiguos senderos de la duda, del error y del mal. "Aquel que cree en el Hijo tiene la vida eterna; aquel que no crea en el Hijo no verá la vida; la cólera de Dios permanecerá sobre él."²

Soberbio espíritu humano, es tiempo ya de depositar á los piés del Rey legítimo el cetro de las almas, demasiado pesado para tus débiles manos; es necesario renunciar al título

1 S. Juan, cap. 14.

2 Ib. cap. 13.

de gefe supremo de las inteligencias, pues que tú no has sido jamas sino un esclavo ciego é impotente: y si te irrita este nombre de esclavo, si te proclamas fuerte, libre, independiente, abre tu historia, arroja una mirada sobre sus gloriosos fastos: ¿no lees en todas sus páginas error, absurdo, locura? ¿No escuchas á tus mas adictos campeones esclamar unánimes que no hay insensatez ni concepcion ridícula de que no seas capaz? Tú buscas la luz y te encuentras con las tinieblas; quieres avanzar y retrocedes; prometes la felicidad y produces los sufrimientos; creyendo restituir la vida das el golpe de muerte: ¡no eres sino esclavo, y esclavo del peor dueño que puede haber! ¿Qué has hecho de Dios? ¿qué has hecho del hombre? ¿qué has hecho de los divinos trasportes que los unen? ¿qué de la misma naturaleza? Yo voy á colocar sobre tu cabeza los principales títulos en que cifras tu gloria: *epicurismo, cinismo, escepticismo, ateismo*. Hé ahí los florones de tu corona: ¡espera con este adorno en la frente el juicio del porvenir!

No se crea que ha sido nuestro intento injuriar el espíritu humano, envilecer esta noble criatura hecha á la imagen de Dios; no, no ha sido ni pudo ser este nuestro pensamiento, porque entonces nos contradeciríamos al escribir estas líneas; no queremos sino atacar el orgullo del espíritu humano, desarraigat este vicio que ha sido la causa de su pérdida; no queremos decir otra cosa que en lo que en la tribuna decia últimamente un orador, tanto menos sospechoso, cuanto que pertenece á una de las sectas cristianas que han protestado en favor de la independenciam de la razon individual. "Yo respeto infinitamente la inteligencia: es uno de los méritos, y será uno de los títulos de honor en nuestro tiempo el saber respetarla altamente y tributarle lo que le es debido; pero yo no confio á ciegas en la inteligencia, ni creo que conviene confiar en ella ciegamente, y menos que nunca en nuestro tiempo. La escesiva confianza en la inteligencia humana, el orgullo humano, el orgullo del espíritu (permitid-

me llamar á las cosas por sus nombres) ha sido la enfermedad de nuestra época, la causa de nuestros errores y de nuestros males. La inteligencia tiene necesidad sin cesar de ser advertida, contenida, guiada, esclarecida.¹"

Sí, en el órden moral sobre todo, el espíritu humano es débil, no puede marchar sin los socorros de un poder sobrenatural. Nada lo prueba mejor que la vanidad de los esfuerzos en todos los tiempos de eso que se dice ciencia, y que se ha adornado con el nombre pomposo de filosofia; porque desde el sofista Satanás hasta los sofistas modernos, ¿qué progresos ha hecho, qué obras duraderas ha producido? ¿de qué monstruosos errores, por el contrario, no ha sido madre? ¿Dónde están las verdades descubiertas por ella y demostradas con entera certidumbre? Aquellas que ha revestido algunas veces con todo el esplendor de la elocuencia, no son mas que un hurto hecho á la religion; y ni aun ha sabido conservar intactos estos sagrados despojos: su soplo deletéreo desde luego los ha marchitado, alterado y descompuesto. Para decirlo de una vez; despues de mas de cuatro mil años de rudos trabajos, despues de los estudios concienzudos de una multitud de hombres dotados de genio, esta ciencia, segun la confesion de sus mas ardientes adeptos, no solamente no ha salido de la cuna, pero ni aun ha podido nacer, sino que ha permanecido en el estado de un feto informe, sin objeto, sin fin determinado, sin método seguro, sin criterio cierto, sin principios fijos, sin definicion propia. Y sin embargo, despues de una tan larga y desgraciada experiencia, no nos hemos desengañado todavía de nuestros errores, no nos hemos desprendido de nuestras orgullosas pretensiones, no nos hemos convencido de la inutilidad de nuestros esfuerzos; continuamos, al contrario, en la misma senda estraviada en la cual Satanás nos ha empeñado. Como Adam y Eva rechazaron la autoridad de Dios, así nosotros

¹ Discurso de M. Guizot, viernes 26 de Marzo de 1847.

rechazamos la autoridad de su Hijo; y cuando su obra está desarrollada paralelamente con la nuestra, cuando los resultados milagrosos de su doctrina nos han herido con su evidencia, cuando no hemos podido negar la superioridad de esta doctrina sobre nuestras miserables y efímeras concepciones, ¡oh prodigio de ceguera y de loco orgullo! no lo hemos ya desechado, sino que hemos querido apropiárnoslo; le hemos acariciado como á nuestro bien, y nos hemos dicho: ¡Jesucristo es el progreso del espíritu humano! Salvo que al día siguiente nos contradigamos pretendiendo que Jesucristo es una cosa gastada, que ha pasado su tiempo, y que á nosotros nos toca perfeccionar su Evangelio; porque si las máximas de este Evangelio agradan á nuestro espíritu, llenan también de terror nuestro corazón, y nosotros deseamos conservar mucho tiempo sobre nuestra cabeza una corona de espinas.

¿A quién iremos, por tanto, si no vamos hacia Jesucristo? Él solo tiene las palabras de la vida eterna: ¿á quién pediremos la regla de nuestra conducta? ¿á nosotros mismos? Pero tenemos la conciencia de nuestra debilidad y de nuestra ignorancia; sentimos que la ciencia del bien y del mal se nos escapa, que las pasiones nos seducen y nos arrastran: ¿á otro hombre? ¿á un genio?—¿Cuál es el genio bastante poderoso que se reconozca en él el derecho de imponer las leyes de la moral á sus semejantes? ¿Quién es el mortal bastante atrevido para poner la mano en el timón de la arca que lleva á la humanidad sobre el océano del mundo; bastante presuntuoso para creerse capaz de conducirla sabiamente á través de todas las tempestades, y preservarla de todos los escollos? ¿No conoce que su mano de carne va á helarse muy pronto bajo el soplo de la muerte, y que él tendrá que abandonar á sus pasajeros á merced de los vientos y de las olas? No, ningún hombre podrá decirle á la humanidad: “yo soy tu camino, yo soy tu verdad;” ninguno podrá decirle: “yo soy tu vida;” porque la muerte no tardará en darle un men-

tís irrecusable. No le queda evidentemente á la humanidad más que una sola alternativa: ó vagar al acaso al impulso de diversas y encontradas doctrinas, sin objeto y sin esperanza, ó colocarse y marchar bajo el santo estandarte de Aquel que ha podido únicamente decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida;” porque le ha sido posible decir también: “Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos: las potencias del infierno no prevalecerán contra mí: aquel que me sigue no anda en las tinieblas: si vosotros permanecéis adheridos á mis palabras, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres; yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí vivirá.” La elección, pues, no podrá ser dudosa.

Lo mismo que esas plantas que no pueden elevarse del suelo sin un apoyo, y si este apoyo les falta se marchitan y mueren; pero que, por el contrario, si se adhieren á un árbol tutelar proyectan en todas direcciones vigorosos y floridos ramos, así la razón humana, entregada á sus propias fuerzas desfallece y muere; pero si la razón de Dios viene á sostenerla y á llevarla sobre sus alas, en un vuelo atrevido puede lanzarse con ella hasta más allá de los astros.

Pues que el principio de bien que Jesucristo ha depositado en el mundo es Él mismo, su cruz es el apoyo de la débil humanidad: con sus brazos poderosos ella le atrae y le eleva entre el cielo y la tierra, le mantiene sobre su camino, le alumbra con su verdad, le reanima con la abundancia de su vida.

Espliquemos entretanto con más especificación cuál es este camino trazado por la cruz, cuál es esta verdad que ella revela, cuál la vida de que es fuente fecunda é inagotable.— Tal será el objeto de los capítulos siguientes.

CAPITULO XIII.

—
La via trazada por la Cruz.

Cuando el hombre en su ingratitude y en su orgullo hubo rechazado la direccion divina, vió de repente abrirse delante de él las vastas regiones del porvenir, donde no brillaba en un horizonte oscuro é indefinido ni faro ni estrella; donde no se señalaba punto de indicacion ni de llegada. Y sin embargo era necesario marchar. ¿Por qué senda se dirigiria el hombre? El pregunta á su razon, y su razon se turba, y no halla qué responderle: entre los innumerables caminos que se presentan delante de ella, ignora cuál es el que debe elegir. Pero en el silencio de la razon otra voz se levanta; es la de la naturaleza corrompida, de las pasiones perversas que solicitan, que seducen, que arrastran, y hé ahí á esa soberbia razon que se sentia poco hace humillada de obedecer á Dios, se pone servilmente á su remolque, y declara altamente que la soberana perfeccion es abandonarse á ella sin reserva. *Naturam sequi*: esta fué la última fórmula de la sabiduría antigua.

Ya hemos dicho sus resultados funestos: sin fuerza contra las seducciones del placer, el hombre se dejó arrastrar lejos de sus deberes, y llegó rápidamente á los últimos límites del egoismo, es decir, al amor del goce hasta la degradacion de sí mismo y á la inmolation de los demas. ¡Corrupcion! ¡esclavitud! tales son los dos abismos donde la humanidad vino á hundirse.

Un dia, cuando del fondo de su miseria ella elevaba al cielo sus ojos desconsolados, percibió hácia el Oriente, al ze-

nit tal vez del lugar donde habia sido plantado el árbol de la ciencia, una estrella milagrosa que reanimó su esperanza, y á la que saludó con gritos repetidos de gozo. *Videntes stellam, gavisí sunt gaudio magno valde.*

Guiados por el astro precursor de salvacion, los Magos llegaron hasta la puerta de un reducido y humilde albergue, encima del cual la estrella se detuvo, y donde se encontraba acostado sobre un pesebre, entre dos animales, al Niño libertador. Los Magos penetraron hasta donde se hallaba, se prosternaron llenos de fé ante Él, y le ofrecieron en nombre de la humanidad el oro, el incienso y la mirra, símbolos del poder que en él reconocian como *Rey*, como *Dios*, como *Hombre*, hermano y redentor de los hombres.

Ya desde entonces el Niño Dios quedó instituido gefe de la humanidad, y en vano los Herodes de todos los siglos, alarmándose de este nuevo rey, querrian hacerle perecer: por un momento podrá huir de ellos, para evitar su furor; pero muy pronto la órden del cielo le llamará de Egipto, porque los que querian su vida estarán ya muertos.

El rey Salvador permanece á nuestra cabeza, y hé aquí la senda difícil que abre resueltamente delante de nosotros: "Cualquiera, dice, que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo; que tome su cruz sobre sus espaldas y que venga. El reino del cielo se toma por la fuerza, y aquellos que emplean la fuerza le conquistan. Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta de la perdicion es ancha; el camino que conduce á ella es espacioso, y hay muchos que lo toman." Despues en una angustia profética esclama: "¡Qué pequeña es la puerta de la vida! ¡Cuán estrecho es el camino que conduce á ella, y qué pocos son los que le encuentran!"

Henos ahí arrojados á un mundo diferente. Por mas pesar que experimenteis, por mas que sintais la pena de arrancaros vuestras ilusiones, preciso es que os aparteis ¡oh hijos de

1 S. Mateo, cap. 16, 11, 7 y 10.

los hombres! de esa senda bella y espaciosa, rodeada de paisajes encantadores, de árboles deliciosos, de flores maravillosas que os ofrece el placer, y que entreis en la vía estrecha, sembrada de espinas y de abrojos, por donde os llama Jesucristo. ¿Qué teneis que vacilar? La primera es una vía engañosa que por los encantos del vicio os conduce á la desgracia; la segunda es una vía verdadera que por los combates de la virtud os llevará á la dicha.

Si Jesucristo ha establecido lo contrario de la sabiduría antigua; si en vez de decir á los hombres *seguid vuestra naturaleza*, les ha dicho *resistid á vuestra naturaleza*, es porque conociéndola perfectamente sabe que no está sana; que debe tratársela como á un enfermo cuyos gustos depravados no quieren sino lo que puede dañarle, y que solo los remedios violentos pueden salvarle. Los filósofos no habian podido comprender nunca el mal de que hemos sido víctimas: manifestándoseles los efectos ignoraban siempre la causa.

La regeneracion cristiana descansa toda sobre esta única base: la naturaleza humana está corrompida; es necesario luchar contra ella, hacerle sin cesar violencia y resistir á la peligrosa corriente en que nos arrastra. Recorred los cuatro Evangelios y los escritos de los otros Apóstoles, y no encontraréis en ellos sino el desarrollo continuo de esta máxima. Ella sin duda es rígida; el mundo la rechazará, la tratará de locura; pero cualquiera cosa que diga ó haga el mundo, esta máxima triunfará, se comprenderá al fin que en ella sola reside la virtud que debe volver al hombre su dignidad perdida, y le restituirá la verdadera libertad rompiendo los lazos de la corrupcion.

En efecto, Jesucristo derramando su sangre ha creado un tesoro de expiacion para nuestros pecados, pero no ha quitado la mancha que nos habia hecho contraer el pecado. Es lo mismo que perdonando nosotros una injusticia que se nos hubiese inferido, no podemos sin embargo restituir la virginidad del honor al que la hubiese cometido. Tambien San

Pedro decia en una de sus epístolas: El bautismo nos salva, no quitando las *manchas de la carne*, sino empeñándonos á servir á Dios con una conciencia pura.¹ Y el concilio de Trento decide á su vez: "que la ofensa del pecado original está, no hay duda, perdonada por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo que se concede en el bautismo; pero que en los bautizados permanece aún la *concupiscencia*, ó de otro modo, el *fomes*, segun le llama, es decir, el virus ó alimento del pecado, que se ha dejado para servir de ejercicio á la virtud."²

La esperiencia ha confirmado por desgracia, que así antes como despues de la Redencion, nuestra naturaleza ha conservado el principio corrompido contraído en el Paraiso terrestre. La obra de Jesucristo despues de borrar el pecado era asimismo combatir este gérmen venenoso arraigado en nuestra carne. Hé ahí por qué la vía que abre á la humanidad no es la vía ancha y cómoda que nos ha de conducir á la satisfaccion de nuestros deseos, sino la vía estrecha y penosa en la cual hemos de luchar continuamente contra estos deseos. ¿De qué tenemos, ademas, que quejarnos? Él ha marchado el primero por esta vía, y mostrándonos su cruz nos invita á seguirlo: queriendo por otra parte alentar nuestra debilidad, nos anuncia de antemano que su yugo es suave y su carga ligera. Contradiccion que no mas es aparente, porque por poco que se reflexione, no se tardará mucho en conocerlo. En efecto; ¿quién no sabe que la obediencia á los deseos de la naturaleza, degenera muy pronto en una cruel tiranía, en una insoportable esclavitud, en tanto que la lucha contra estos deseos de la concupiscencia nos desembara-
za, nos hace libres con esa verdadera libertad que reside en nosotros, que es nuestro verdadero bien, y que no está en poder de nadie arrebatarnos? ¿Cuál es el hombre verdaderamente libre? ¿Es el avaro ó el que distribuye discreta-

1 I. Epíst., cap. 3.

2 V. ses., can. 5.

mente sus tesoros entre los pobres, el disoluto ó el que es casto en sus pensamientos y en sus costumbres, el orgulloso ó el humilde, el ambicioso ó el modesto? Los primeros son tan poco libres, como que hostigados continuamente por sus pasiones, no saben ya resistir y se abandonan á ellas, aunque delante de sus ojos se abra el abismo donde van á precipitarlos.

Nada es mas importante que penetrar la profundidad de los designios de Jesucristo en la eleccion que ha hecho de la vía estrecha, porque allí está todo el secreto de la regeneracion futura; y si algun dia la humanidad la comprende bien, tendrá entonces la clave del Evangelio, y se hallará sin duda en vísperas de recobrar su grandeza y felicidad perdidas.

Entremos, pues, al exámen mas detenido del misterio.

Antes del pecado, el hombre, siendo tal como Dios le habia hecho, sus inclinaciones eran buenas y no tendian al desorden. Dócil á la voz de su Criador, su dicha era escuchar esta voz y obedecerle sumisamente en todo. Las cosas cambiaron de aspecto despues de la caída. La voz de Dios hablaba todavía al corazon del hombre, pero no hablaba ya sola; otra voz se habia hecho oír en él mas imperiosamente. ¿A cuál obedecer? Aquella le exige el cumplimiento del mandato ó del deber, ésta le incita á la violacion de ese mandato. Desde entonces se declara, como dice el grande Apóstol, una guerra intestina en el corazon de los desgraciados mortales, entre los deseos de la carne y los del espíritu; pero frecuentemente los esfuerzos del espíritu son vanos, y la carne queda señora del campo. Nosotros hemos llegado de una vez á este punto de degradacion, de tal modo, que él, ofreciéndose á nuestros ojos, no despierta ya nuestras simpatías, ó por lo menos el mal tiene para nosotros mayor interes y atractivo. "Cuando quiero hacer el bien, decia San Pablo, siento una fuerza que se opone, porque el mal reside en mí. Segun el hombre interior, yo en-

cuentro el contento en la ley de Dios; pero siento en los miembros de mi cuerpo otra ley que combate contra la de mi espíritu, y que me tiene cautivo bajo el imperio del pecado.¹"

Pero desde el momento que el bien no ofreció al hombre suficiente atractivo, y que el mal, por el contrario, tuvo para él encantos mas poderosos; Dios, cuya santidad no puede consentir el establecimiento permanente del mal en el mundo, debió preparar un medio eficaz, tanto para conducir el hombre al bien, como para detenerle sobre la pendiente del mal, y este medio fué el sufrimiento. "Despues que has comido el fruto de la ciencia del bien y del mal, dijo á Adam, la tierra está maldecida en tu obra, y tú no comerás de sus frutos durante todos los dias de tu vida, sino con un gran trabajo. Ella no producirá para tí sino cardos y espinas, y tú comerás el pan con el sudor de tu rostro."²

Tal fué la sentencia pronunciada contra la humanidad cuando ella se resolvió á entregarse sin guia en la pesquisa del bien y del mal. Como en lo de adelante se encontraba espuesta á dejar el bien y á escoger el mal, era indispensable que Dios la asegurase contra su ignorancia, su debilidad ó su mala voluntad, y el sufrimiento vino á ser su compañero inseparable.

No se imagine por esto que el Criador, como un tirano injusto y cruel, y por puro capricho ó simplemente por ponernos á prueba, nos ha sujetado al dolor, no; lejos de ser injusto y cruel, solo quiere hacernos dignos de obtener sus dones: Él ama á sus criaturas, quiere su grandeza, su felicidad, su gloria; hé ahí por qué nos ha dado á nosotros, séres libres y decaídos, al sufrimiento por compañero.

Esta proposicion que vamos á sostener podrá parecer á primera vista una paradoja; esperamos, sin embargo, que despues de un exámen mas detenido se juzgará de otra ma-

1 Epíst. á los romanos, cap. 7.

2 Génesis, cap. 3.

nera, y que se convendrá con nosotros no solamente en que el sufrimiento no es un mal, como lo creen los estóicos, sino que es el mayor beneficio, la mas viva señal de ternura que Dios ha podido dar al hombre caído. En efecto, ¿qué impedía á Dios cuando el hombre hubo rehusado formalmente obedecerle, qué impedía á Dios, segun la enérgica espresion de un poeta, arrojarle con desprecio y desden hasta los últimos límites del espacio, y entregarle allí á sus sentidos, reprobado, maldecido, impidiéndole en seguida volver á su eterno reposo? No es así, sin embargo, como ha obrado con su ingrata criatura: Él no la ha abandonado, no la deja desesperar de su salvacion; y entretanto que el día de la regeneracion celestial su misericordia la saque del abismo, al lado del mal que la carcome, y para impedir que muera, coloca el remedio heróico del sufrimiento.

Para hacer comprender mejor la necesidad de este remedio, supongamos por un momento que el hombre, considerado tal como es hoy, es decir, tal como le ha vuelto su caída, deja de estar espuesto al sufrimiento, se halla completamente al abrigo de sus golpes, ¿qué vendria á ser de él?— Vendria á ser, que pudiendo violar impunemente las leyes de su ser moral, las violaria todas, se degradaria, se envileceria, se destruiria á sí mismo. Suponedle perezoso, y si no sufre veréis que, tendido negligentemente al sol, se dejará morir de hambre mas bien que buscar el pan por medio del trabajo: suponedle voluptuoso, y se entregará hasta extinguir el radical de la vida á los excesos de la disolucion, que encuentra su placer en el vino y en los manjares, y sin freno y sin medida satisfará este grosero apetito, cuidándose muy poco del embrutecimiento de su cuerpo y de su alma. Siguiendo esta suposicion por todas las demas pasiones, se verá lo que bajo su funesta influencia vendria á ser la humanidad, sin la compensacion bienhechora del sufrimiento. Esto es tan cierto, que es necesario armarse de la reflexion de que Dios no ha querido destruir nuestra libertad dete-

niendo el curso del mal, para no verse tentado de acusarle de no haber hecho el sufrimiento tan vivo y tan pronto cuanto era menester, pues que á pesar de los ásperos castigos que nos inflige, el poder de sus medios todavía es inferior á nuestras perversas inclinaciones; porque no manifestándose bastante terrible sino cuando el mal ha llegado á sus últimos límites, comunmente viene á ser por una consecuencia de las leyes naturales, la triste herencia de aquel que no es culpable de la violacion del órden, sino que se encuentra colocado en circunstancias en que esta violacion, habiendo llegado á cierto término, Dios no puede permitir que pase adelante, y la detiene, oponiéndole el antemural de un inmensurable dolor.

Despues de la caída, el elemento salvador del hombre ha sido el sufrimiento: haciéndose sentir en él, despertó su actividad, reprimió sus pasiones, castigó sus faltas: con este triple carácter de incitacion al bien, de dique contra el mal y de castigo para el crimen es con el que se nos presenta. ¿Quién podria referir todo lo que el hombre le debe? ¿quién podrá enumerar todos los bienes de que ha sido principio? El hombre ha sufrido el hambre, y por un obstinado trabajo ha hecho que la tierra se cubriese de ricas mieses; las lluvias han caído, el frio se ha encruelecido, y suntuosas telas han abrigado sus miembros, y magníficos edificios le han protegido bajo su techo; la llama vivificadora ha brillado en su hogar: necesidades de toda naturaleza, necesidades del cuerpo, necesidades del corazon, necesidades del espíritu han venido á asaltarle, y su actividad no ha dejado de conseguir su satisfaccion. Él ha descendido á las entrañas de la tierra, ha recorrido los dilatados mares, ha atravesado los ardientes desiertos; ningunas dificultades, ningunos peligros le han detenido en su marcha: ha perfeccionado las artes, desarrollado la industria, creado las ciencias: él ha robado á la naturaleza sus secretos, se ha apoderado de sus fuerzas, se ha compuesto nuevos órganos, ha vencido el tiempo, el espacio

y dominado los elementos; en una palabra, por el saludable aguijón del sufrimiento, ha venido á constituirse un ser tan inteligente ya, y tan poderoso, relativamente á todo lo que le rodea, que el hacer el elogio de todas las perfecciones humanas, es hacerlo del sufrimiento, que ha promovido su des-cogimiento y expansion.

Si del órden fisico é intelectual pasamos al órden moral, ¿qué grandeza tambien en este campo inmenso de actividad nueva, el sufrimiento no ha comunicado al hombre? ¿Cuántos movimientos generosos no ha escitado? ¿Cuántas lágrimas piadosas no ha hecho derramar? ¿Qué multitud de sacrificios gloriosos, de afectos sublimes y magnánimos no han sido por ella inspirados? El rico ha derramado su oro con abundancia en el seno del pobre; corazones intrépidos han afrontado peligros de todos géneros para llevar socorros á sus semejantes, espuestos á perecer: ellos han despreciado el ardor de las llamas, la violencia de las aguas, los miasmas deletéreos de la peste, y mil muertes que podian encontrar en medio de las batallas; y cuando heridos ellos mismos por la enfermedad, por el infortunio, por desgracias imprevistas, estaban como Prometeo clavados en una roca salvaje, se les veia purificarse por una saludable expiacion, y presentar en una resignacion sublime el mas bello espectáculo que la tierra puede ofrecer al cielo. "*Ecce par Deo dignum spectaculum, vir bonus cum mala fortuna compositus.*"¹

Para resumirlo todo en una idea: al sufrimiento es al que debemos la virtud y el heroismo: no habria justos ni héroes si los hombres no sufriesen; si por medio de rudos esfuerzos, de increíbles trabajos, de grandes tribulaciones, no rechazasen lejos de sus semejantes ó de sí mismos la hidra del mal, cuyas cabezas renacen continuamente: Platon no ha pintado su justo imaginario en medio de los esplendores de la fortuna, de los goces del deleite, de la dicha embriagante de los

¹ Séneca.

triunfos; lo ha colocado en el extremo de la pobreza, en los reveses, en la persecucion, en los dolores de una muerte infamante.

Para hacer en algun modo palpable la verdad del principio que desarrollamos, supongamos dos hombres cuya vida hubiese corrido en medio de circunstancias diametralmente opuestas. Nacido el uno en un palacio, rodeado de las magnificencias de una elevada gerarquía y de una gran riqueza; que no tenia sino que formar un deseo, imaginar un capricho, para verlos al momento cumplidos: su infancia, su juventud, su edad madura, su ancianidad se suceden llevadas suavemente sobre las alas del placer; una multitud de cortesanos se agrupan sin cesar en torno de él, para estudiar sus gustos, para servir á sus menores deseos y embriagarle con el incienso de la adulacion; la fortuna le colma de sus favores, los acontecimientos se verifican en un todo conformes á sus votos, y muere, por fin, impregnado de todos los goces, de todas las delicias que el corazon de un mortal puede disfrutar en la tierra. El otro vé la luz en el seno de la miseria; desde sus primeros años comienza su lucha con la pobreza y la desgracia; él la sostiene con una noble y heroica resignacion; su vida entera se compone de sacrificios al deber, de consagracion continua al bien de sus semejantes, y llega al último á perderla de una manera cruel por ser fiel á su Dios ó á su patria. ¿Cuál de estos dos hombres será mas grande en el juicio de la imparcial posteridad? ¿A quién decretará ella la palma de la gloria y de la virtud? ¿Al hombre del placer y de la dicha, ó al hombre del sufrimiento y del dolor? La duda no puede aquí tener lugar. El sufrimiento purifica, eleva á la humanidad; el deleite la degrada y la corrompe.

Si dejando este punto de vista abstracto, descendemos al exámen práctico de las naciones y de los individuos, se convencerá cualquiera que de sus luchas y de sus trabajos es de donde ha provenido toda su gloria, en tanto que el lujo y

los deleites han sido, por el contrario, la causa principal de su ruina.

La Asiria, la Persia, el Egipto, la Grecia, la Italia, han sido grandes y victoriosas mientras han preferido las costumbres agrestes y sencillas, la vida trabajosa y activa á las dulzuras de la molicie y del reposo; pero desde que se dejaron arrastrar por el atractivo de los placeres, quedaron muy pronto enervadas en la torpeza de una vergonzosa decadencia. A la vista del cuadro de un pintor distinguido, en que se veía representada con rasgos admirables una página de esta época lamentable de la historia romana, la pluma de un folletinista volviéndose de improviso grave y filosófica escribía lo siguiente:

“Hélos ahí recostados, con la cabeza baja, los brazos caídos, los músculos laxos, inertes y soñolientos, vencidos por el vicio, aquellos cuyos antecesores han vencido al mundo. El vino y las cortesanas han sido mas fuertes que los bárbaros: esas frentes que no podían plegar los cascos de bronce con monstruosas cimeras, se doblegan ahora bajo el peso de coronas de flores: las copas se escapan de esas manos trémulas y débiles que en otro tiempo apretaban fuertemente los puños de las espadas.¹”

Es necesario oír tambien de qué manera increpaban los deleites Salustio, Ciceron, Juvenal, Séneca y tantos otros filósofos romanos, que conocían bien lo que minaban sordamente las fuerzas vivas de su patria, y la amenazaban de una ruina próxima. “Desde que el contagio de los vicios se ha extendido sobre nosotros como una peste, dice Salustio, todo se ha cambiado en la ciudad: los cuerpos y las almas se han afeminado, y no sienten sino la pasión del reposo, de las riquezas y de los placeres.²”

“La disolución se ha apoderado de la ciudad, dice á su

¹ Teof. Gautier, *Revista de salon*, 1847.

² *Conjuración de Catilina*.

turno Ciceron: ella ha engendrado la avaricia, ésta la audacia y el orgullo, y de ahí han salido todos los géneros de crímenes y de iniquidades.” “La voluptuosidad, añade Juvenal, mas terrible que las armas, ha vengado de Roma al universo vencido.”

Hasta en los mas ilustres conquistadores se ha hecho sentir el poder de este agente destructor. Alejandro, como dice Quinto Curcio, fué vencido por los vicios; lo que no pudieron hacer las armas de los persas: Anibal vió extinguirse en el reposo y las delicias el valor de sus soldados: Babilonia y Capua ofrecerán siempre un grande ejemplo del peligro que ofrecen los encantos engañosos del placer.

Ilustrados por la esperiencia y por las luces que Dios ha dejado brillar en el fondo de todas las conciencias, los sabios de la antigüedad olvidan un instante las costumbres de su tiempo, y desprendiéndose de los sistemas filosóficos en medio de los cuales vivían, enseñaron y escribieron con mucha frecuencia, que era necesario resistir á los malos instintos de la naturaleza, y precaverse de los atractivos del deleite como de los cantos de la Sirena seductora y de las bebidas embriagantes de Circe. Platon llama al deleite el alimento de todos los males: Ciceron pretende que nada es mas funesto, y pone estas palabras en boca de Architas de Tarento: “¡Oh buenos jóvenes! no hay peste mas terrible que los goces materiales; de ahí emanan todos los crímenes: ellos son los mas crueles enemigos del espíritu divino que reside en nosotros.” Cuenta tambien que habiendo sabido Marco Curio que en Atenas enseñaba un filósofo, que el deleite debía ser nuestro único objeto, deseaba como buen romano, se llevase esta doctrina á los samnitas ó á los estados de Pirro, á fin de que se les pudiese vencer fácilmente.¹ “Yo no considero dichoso, decia Séneca, sino á aquel cuyo mas grande placer es despreciar los placeres.²” Con relacion á

¹ *De Senectute*, XII.

² *De Beat. vit.*, 3 y 4.

Horacio se dice, que el atleta debía abstenerse de vino y de placeres, para adquirir la fuerza que le haria vencedor en los juegos olímpicos.¹

El pueblo romano erigió al gran Caton una estatua en cuyo pedestal no se recordaban sus hazañas, ni su triunfo, ni la España ni las Termópilas, sino el servicio que habia hecho á la república restableciendo las antiguas costumbres, cuya alteracion la habia puesto en la pendiente de su ruina. Las mas famosas legislaciones de la antigüedad estaban formadas sobre este principio: que es necesario preservar á los hombres por el trabajo y el sufrimiento de la debilidad y entorpecimiento de los placeres. Segun Xenofonte, los persas acostumbraban á sus hijos á soportar el frio y el calor, el hambre, la sed, y toda especie de privaciones y fatigas. Licurgo introdujo en Esparta la temperancia, el desprecio del lujo y los ejercicios violentos y guerreros. Nada seria mas fácil que multiplicar las citas y los ejemplos para probar que en ese viejo mundo al que debia matar el deleite, habia estado en una parte á lo menos, reconocida y practicada esta verdad que se rehusa hoy escuchar aun cuando Jesucristo la haya formulado tan clara y absolutamente: "*Si alguno quiere seguirme, que tome su cruz y que renuncie á sí mismo.*"

Aquí se presenta una objecion especiosa á primera vista, y que muchas gentes admiten como una prueba contra la redencion de Jesucristo: esta objecion es la que los iroqueses dirigieron á un santo misionero que se esforzaba en inculcarles los principios evangélicos. "Pues que el sufrimiento es tan gran bien, le decian ellos, el mayor servicio que podemos prestarte es el de hacerte sufrir mucho." Discurriendo del mismo modo se diria: si Jesucristo no ha venido á este mundo sino para predicar el amor al sufrimiento, ¿qué servicio le deberia entonces la humanidad? y ¿cómo justificará la promesa que ha hecho de consolar los males de aquellos que se dirigieren á él?

¹ *Ars. poet.*

Nos bastaria para destruir la fuerza de la objecion, oponer, sin inquietarnos de una contradiccion aparente, oponer, decimos, á ese racionio, hechos que son irrecusables y que prueban hasta la evidencia, que el sufrimiento ha sido para los hombres un principio de vida, y el placer, al contrario, un germen de muerte. Pero para disipar enteramente la duda que nace de la contradiccion aparente, basta formarse una idea neta del sufrimiento, y entender bien el pensamiento de Jesucristo. ¿El sufrimiento es, pues, ó ha sido para Jesucristo una cosa absoluta? ¿ha querido confundir el sufrimiento con la dicha? No sin duda, porque entonces el hombre sufriria sin esperanza y sin objeto: como ha considerado Jesucristo el sufrimiento es como una cosa relativa á cierto estado; como un medio, como un correctivo del mal. La humanidad, segun hemos dicho, no está ya en estado sano; y no conviene tratarla como si se hallase en la plenitud y en el vigor de la salud: la humanidad está enferma, y es necesario por lo mismo tratarla como á un enfermo. ¿Qué hace, pues, el médico cuando le llamamos cerca de nuestro lecho de dolor? ¿Nos aconseja tomar los alimentos que nos son gratos, seguir los gustos que nos inspira la naturaleza y hacer en todo lo que nos agrada? Lejos de esto, nos da bebidas amargas y repugnantes; segun el grado y naturaleza del mal nos prescribe un simple régimen ó nos somete á una curacion dolorosa, á operaciones terribles que hacen temblar de espanto. Le acusamos con todo eso de no haber venido sino como un enemigo para agravar nuestros dolores; y esos instrumentos de la cirugía cuya sola vista nos hace palidecer, nos parecen inventados por un genio hostil á la especie humana. ¡Pues bien! esas medicinas, esos instrumentos en la mano del hombre para la curacion del mal fisico, son lo que las mismas enfermedades, las penas, los trabajos en la mano de Dios para la estirpacion del verdadero mal. En el orden sensible como en el orden superior, la ley es la misma y tan antigua como el mal: "*El remedio del desorden será el dolor.*"¹

¹ Véanse las *Tardes de San Petersburgo.*

Dios, dice Bourdaloue, envía el dolor al hombre como una pena de su desobediencia y de su rebelion, y esta pena es al mismo tiempo con relacion á nosotros satisfactoria y preservativa: satisfactoria por el pecado cometido, preservativa para impedirnos el cometerlo; satisfactoria porque hemos sido prevaricadores, y preservativa para que dejemos de serlo."

Partiendo de este punto de vista, el sufrimiento no es en sí mismo un bien; es, por el contrario un mal; mal que no llega jamas á Dios, soberana perfeccion, para turbar su eterna felicidad; pero relativamente al hombre culpable y corrompido, es una necesidad y un beneficio. ¿Qué seria necesario entonces, para que el sufrimiento no tuviese objeto, fuese un mal absoluto y llegase á ser imposible sobre la tierra? Que el hombre dejase de ser pecador. Jesucristo obra, pues, como un médico sabio que prescribe á su enfermo un sistema de vida higiénico, no permitiéndole abandonarse á todas sus inclinaciones, sino imponiéndole ciertas privaciones cuyo efecto es prevenir graves sufrimientos ulteriores, que para curarlos seria necesario el temible uso del hierro y del fuego. "Entrad, ha dicho á los hombres por la puerta estrecha, porque ella sola conduce al reino de Dios: no entrais por la vía espaciosa porque ella conduce á la perdicion: luchad contra vuestras malas tendencias, porque si sucumbís, os prepararéis los mas terribles castigos." Sócrates comprendia esta verdad cuando dijo: "Si alguno ha cometido una injusticia debe correr adonde le espera un pronto castigo cerca del juez ó cerca del médico. Que se acuse él mismo; que manifieste á toda luz su falta, á fin de que sea castigado y curado: que al hacer su propia acusacion no escuse nada, y que se entregue decididamente con los ojos cerrados á las operaciones del médico, en el temor de que esta enfermedad del alma no degenerare con el tiempo en una úlcera incurable."

Es pues una verdad irrefragable que al prescribir Jesucristo la vía estrecha, ha querido prevenir al mismo tiempo

este primer paso del prevaricador; y que si el hombre se lanzase valerosamente en ese sendero de abrojos y espinas; si las instigaciones del placer ó del interes no le hiciesen retroceder nunca ante las exigencias del deber; si persistiendo en una firme resolucion no se dejase arrastrar á la pendiente de sus instintos desordenados, la tierra no tendria sin duda que llorar los males que nacen de los excesos y de las injusticias de sus hijos, y el cielo, armado de sus rayos, no tendria que herir á estos hijos rebeldes para castigarlos y corregirlos.

Necesario es, pues, convencerse de que los dolores que nos afligen vienen menos de las dificultades, de las resistencias que nos opone la naturaleza, que de nosotros mismos, y del principio corruptor al cual remitimos la direccion de todos nuestros actos. "Del corazon de los hombres es de donde salen, ha dicho Jesucristo, los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los latrocinios, la avaricia, la bellaquería, las impurezas, la blasfemia, el orgullo, el desarreglo del espíritu."¹ Y San Pablo, comentando las lecciones de su Maestro, atribuye al principio del mal la idolatría, los envenenamientos, las enemistades, las disensiones, las herejías, los celos, las animosidades, las envidias, los homicidios, la crápula, los excesos de la disolucion y todos los demas crímenes.²"

Si todas estas prevaricaciones desapareciesen de en medio de los humanos, las tristes consecuencias que de ellas resultan desaparecerian igualmente, y quedarian cicatrizadas nuestras mas hondas llagas.

Poseido de esta idea un médico de nuestros dias ha proclamado altamente, que la religion de Cristo era no solamente la verdadera como filosofia y como ciencia, sino tambien la sola útil bajo todos aspectos como higiene y medicina moral; porque, dice, la educacion anticristiana engendra una multitud de hábitos contrarios al orden natural de la vida;

1 S. Marcos, cap. 7.

2 Epíst. de S. Pablo á los gálatas.

la falsa ciencia, que es su resultado, engendra falsas acciones; los falsos pensamientos y las falsas acciones descomponen nuestros órganos, cambiando el objeto normal de sus movimientos, y producen, con el desorden, el sufrimiento y la muerte.¹

¿Qué no podría decir el legislador sobre el mismo asunto? ¿Qué base sólida no ofrecería á sus instituciones, si ellas eran conformes al bien? Libre la tierra de las desgracias que emanan de las voluntades pervertidas, no tendría casi qué temer á las potencias de la naturaleza, estos agentes misteriosos y terribles, cuya causa se oculta al ojo de la ciencia, y las que justamente se llaman plagas del cielo, porque el cielo parece haberse reservado su direccion, y haber hecho sus leyes para la humanidad como los suplicios son leyes para la sociedad. Pero estas plagas, segun el conde de Maistre, no son sino una necesidad puramente secundaria, y si la justicia de la tierra queda desarmada cuando no tiene que herir al crimen, la justicia del cielo con mas razon, debería entonces retirar sus rigores.²

“No hay ley ninguna, dice San Pablo, contra los que siguen la senda abierta por Jesucristo.”³

No obstante haber indicado de cuántas desgracias la moral del Evangelio preservaría á los hombres, necesario es decir tambien cuántos bienes les procuraría. Si la doctrina del placer degrada á los hombres y les sugiere un vil egoismo, la doctrina de la abnegacion los eleva y les inspira un noble sacrificio. Despojados del amor desordenado de sí mismos, y haciéndose verdaderamente cristianos, no se imaginarán en su orgullo que todo ha sido criado para ellos y que debe servir para sus goces, sino que se considerarán como destinados á ser útiles á sus semejantes; no estimarán la vida sino por los servicios que ella les permita tributarles;

1 De Lostalot.

2 *Tardes de San Petersburgo.*

3 Epíst. á los gálatas.

consagrarán su tiempo, sus riquezas, sus trabajos, todas sus facultades, todos sus medios al bien general; y como ese emperador de quien la historia hace honorífica mencion, se desconsolarán de haber perdido el dia que no ha sido señalado por algun beneficio. ¿Qué no se debería, pues, esperar en cualquiera lugar del mundo que fuese, de hombres animados de tales sentimientos en sus relaciones con su familia, sus amigos, sus conciudadanos, sus superiores y todos sus semejantes? ¿De qué actos de adhesion, de qué sacrificios generosos no serian capaces para procurar á los otros la paz y la dicha? Sí, podemos repetir con el grande Apóstol, que los frutos del espíritu cristiano son la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la humanidad, la bondad, la indulgencia, la dulzura, la fé, la modestia, la templanza y la castidad.¹

Estos magníficos resultados deben sin duda realizarse en su ideal sobre el conjunto de la humanidad, mas bien que en los individuos; porque mientras haya padres disolutos se verá por consecuencia de las leyes generales que rigen á los seres, hijos que son víctimas de la disolucion; en tanto que el asesino aguce su puñal en las sombras, el hombre virtuoso se verá espuesto á caer bajo de sus golpes: tambien debe decirse, por el otro extremo, que mientras mas el vicio disminuyese, mas raro vendría á ser el crimen, y, por consiguiente, seria menor el número de sus víctimas; y que los saludables efectos del principio de la cruz se aumentarían á medida que este principio predominase mas en las volutades humanas.

Con todo eso, no ha dejado sin remedio los sufrimientos que quedaron á los hombres, en tanto que ellos no se sometían universalmente á su yugo bienhechor. Cuando el sufrimiento no es mas que lo que se ha querido simplemente que fuese, es decir, una sollicitacion del bien, lo ha transformado, lo ha hecho dulce y aun deseable, de horroroso que era por su naturaleza, aumentando y consagrando las admi-

1 Epíst. á los gálatas, cap. 5.

rables virtudes que le son inherentes, para purificar y divinizar las almas. Si el culpable sufre el dolor que soporta con paciencia, adquiere un precio infinito por la expiacion que le justifica borrando su crimen: por el contrario, si es inocente, ademas de que por el maravilloso efecto de la solidaridad humana puede devolver á sus hermanos pecadores en compensacion del mal que sus actos le hicieron sufrir, abundantes misericordias, frutos de su propia expiacion, y al mismo tiempo viene él á ser en cierto modo mas grande que lo que á Dios le era dado hacerlo; conviértese en un héroe de la resignacion, y atrae sobre su cabeza la magnífica corona reservada únicamente á aquellos que en medio de todas las penalidades, y á través de todos los peligros que rodean la vida, han sabido conservarla pura é intachable: él se prepara en fin una rica cosecha de brillantes méritos, y en espera de la inmensa suma de gloria prometida al sufrimiento aceptado generosamente, sobrelleva en paz, y aun con alegría, las pasajeras tribulaciones de nuestra vida mortal.

“Vos encontraréis, dice el conde de Maistre, algunos blasfemos, y aun hombres que por pura irreflexion ó ligereza os digan, que Dios habria podido muy bien dispensar á la virtud de esta especie de gloria. Yo no sé si estoy en un error, reponia el mismo, pero me parece que no habria mayor desgracia que la de un hombre que no hubiese experimentado nunca el infortunio, porque jamas semejante hombre podria estar sobre sí mismo, ni saber lo que él valia. Los sufrimientos son para el hombre virtuoso lo que son los combates para el soldado; ellos le perfeccionan y acumulan sus méritos. ¿Se queja nunca un valiente de ser siempre escogido en el ejército para las empresas mas atrevidas y peligrosas? Al contrario, las desea y forma de ellas su gloria: para él los sufrimientos son una ocupacion y la muerte una aventura. Si el valiente, pues, agradece al general que le envíe al asalto, ¿por qué no agradeceria á Dios que le hiciese sufrir?”

Yo creo, ademas, en mi alma y mi conciencia que el hombre no podria vivir en este mundo exento de toda especie de desgracias; acabaria por embrutecerse hasta el punto de olvidar completamente todas las cosas celestes y aun á Dios mismo.¹”

Despues de todo lo espuesto, entendemos que debe considerarse el sufrimiento como el mayor bien del hombre degenerado, ya sea para encaminarlo al cumplimiento de sus deberes, ya como una purificacion de sus faltas, ó bien para que probándole como el oro en el crisol, le haga brillar entre los justos. Dejemos, pues, de admirarnos de que la sociedad gangrenada por los deleites, se convierta toda en podredumbre: cuando todo el imperio romano resonaba con los himnos de fiesta y de voluptuosidad, y un pueblo degradado iba á buscar horribles placeres en los espectáculos sangrientos y obscenos; cuando los poetas y los filósofos paganos proclamaban que la vida solo era apreciable por sus goces; en tanto que retirado en la isla de Caprea el señor del mundo, Tiberio, se entregaba á sus infames disoluciones mezcladas de espantosas crueldades, Jesucristo, nacido en un establo, criado en la pobreza, y muerto despues de haber sufrido todo género de ultrajes, de humillaciones y de dolores, por la salvacion del mundo, hacia oír esta doctrina tan nueva como sublime: “Bienaventurados aquellos cuyo espíritu está desprendido de las riquezas, porque de ellos es el reino de los cielos.—Bienaventurados los que son mansos y humildes de corazon, porque ellos poseerán la tierra.—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos serán tratados con misericordia.—Bienaventurados los que tengan un corazon puro, porque ellos verán á Dios.—Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cie-

1 *Tardes de San Petersburgo*, pág. 114 y 118.

los. Pero desgraciados vosotros los que gozais de las riquezas, porque ya teneis en ellas vuestro consuelo.—Desgraciados los que vivís en medio de la alegría, porque estaréis despues en la afliccion y en las lágrimas—Desgraciados los que estais hartos, porque sufriréis todo el rigor de la hambre.¹”

Tales son las máximas que el Hijo de Dios vino á oponer á la corrupcion de nuestra naturaleza; máximas que infunden temor, y que se rechazan, como el niño aparta de sí la bebida amarga que debe volverle la vida; máximas que el mundo no comprende ni quiere comprender, y que son sin embargo las únicas que pueden salvarlo; máximas que deben ser la sal de la tierra, y hacer que la verdadera felicidad vuelva á establecer en ella su morada; máximas, en fin, que son las únicas capaces de inspirar á los poderosos el deber de proteger y cuidar á los débiles; á los ricos y á los dichosos la abnegacion, la limosna y la piedad; á los pobres y á los desgraciados la resignacion y la esperanza; á los ams la moderacion, á los sirvientes la sumision, á los vengativos el perdon de las injurias, á los lujuriosos la castidad, á los orgullosos la humildad, á los egoistas el sacrificio de la personalidad, y á todos la justicia, la pureza y la caridad.

Sabedlo en buena ocasion todavía, ¡hijos del siglo! en tanto que correis á miserables y muchas veces infames deleites, de los cuales no nacerá nunca ni para vosotros ni para los demas la dicha que buscaís; en tanto que por timidez del corazon rehusáreis tomar sobre vuestros hombros la carga del Evangelio, la hora de la regeneracion perfecta del mundo no sonará, y vuestro funesto egoismo perpetuará, manteniendo la causa, la desgracia de nuestra raza infortunada.

Pensad al entregaros á vuestros culpables placeres, que atentais al orden moral, y que este atentado al orden engendrará necesariamente el sufrimiento para vosotros ó para aquellos que os están unidos por los vínculos comunes á

1 San Mateo, cap. 5; San Lucas, cap. 6.

la especie humana, y que cada uno de vuestros goces desordenados, son otras tantas sentencias de tormento y de muerte.

Y vosotros, legisladores de las naciones, emperadores, reyes y gefes de los pueblos, ¡caed á los piés de vuestro Señor! Vosotros no habeis sabido casi nunca imponer á los hombres sino prescripciones falsas, ó incompletas, sin apoyarlas sobre una base verdadera y sólida. Por lo comun habeis restringido ó laxado sin tino ni inteligencia las trabas á la libertad; y la libertad aguijoneada por el deseo corrompido, impaciente como un fogoso é indomable corcel, unas veces se ha sustraído á vuestra débil mano, otras ha emblanquecido de espuma un freno siempre abominado. Tampoco habeis podido crear nunca una sola voluntad buena, un solo hombre virtuoso. Jesucristo, por el contrario, no ha dicho mas que una palabra: *Resistid á vuestra naturaleza corrompida*; y esta sola palabra, que esplica todo el hombre, revelándole el secreto de su mal y la razon de la violencia que él debe ejercer como remedio contra sí mismo, esta sola palabra, decimos, ha sido mil veces mas poderosa que la multitud de vuestras leyes mal aseguradas. En seguimiento de la cruz veréis lanzarse legiones de apóstoles, de mártires, de vírgenes, de santos, cuyo celo no temerá ningun obstáculo, el valor ningun tormento, la castidad ninguna lucha, el sacrificio ningun peligro.

CAPITULO XIV.

La verdad revelada por la Cruz.

“Cuando por una terrible permission de Dios, ha dicho un célebre escritor, el infierno prepara al género humano pesa-

los. Pero desgraciados vosotros los que gozais de las riquezas, porque ya teneis en ellas vuestro consuelo.—Desgraciados los que vivís en medio de la alegría, porque estaréis despues en la afliccion y en las lágrimas—Desgraciados los que estais hartos, porque sufriréis todo el rigor de la hambre.¹”

Tales son las máximas que el Hijo de Dios vino á oponer á la corrupcion de nuestra naturaleza; máximas que infunden temor, y que se rechazan, como el niño aparta de sí la bebida amarga que debe volverle la vida; máximas que el mundo no comprende ni quiere comprender, y que son sin embargo las únicas que pueden salvarlo; máximas que deben ser la sal de la tierra, y hacer que la verdadera felicidad vuelva á establecer en ella su morada; máximas, en fin, que son las únicas capaces de inspirar á los poderosos el deber de proteger y cuidar á los débiles; á los ricos y á los dichosos la abnegacion, la limosna y la piedad; á los pobres y á los desgraciados la resignacion y la esperanza; á los ams la moderacion, á los sirvientes la sumision, á los vengativos el perdon de las injurias, á los lujuriosos la castidad, á los orgullosos la humildad, á los egoistas el sacrificio de la personalidad, y á todos la justicia, la pureza y la caridad.

Sabedlo en buena ocasion todavía, ¡hijos del siglo! en tanto que correis á miserables y muchas veces infames deleites, de los cuales no nacerá nunca ni para vosotros ni para los demas la dicha que buscais; en tanto que por timidez del corazon rehusáreis tomar sobre vuestros hombros la carga del Evangelio, la hora de la regeneracion perfecta del mundo no sonará, y vuestro funesto egoismo perpetuará, manteniendo la causa, la desgracia de nuestra raza infortunada.

Pensad al entregaros á vuestros culpables placeres, que atentais al orden moral, y que este atentado al orden engendrará necesariamente el sufrimiento para vosotros ó para aquellos que os están unidos por los vínculos comunes á

1 San Mateo, cap. 5; San Lucas, cap. 6.

la especie humana, y que cada uno de vuestros goces desordenados, son otras tantas sentencias de tormento y de muerte.

Y vosotros, legisladores de las naciones, emperadores, reyes y gefes de los pueblos, ¡caed á los piés de vuestro Señor! Vosotros no habeis sabido casi nunca imponer á los hombres sino prescripciones falsas, ó incompletas, sin apoyarlas sobre una base verdadera y sólida. Por lo comun habeis restringido ó laxado sin tino ni inteligencia las trabas á la libertad; y la libertad aguijoneada por el deseo corrompido, impaciente como un fogoso é indomable corcel, unas veces se ha sustraído á vuestra débil mano, otras ha emblanquecido de espuma un freno siempre abominado. Tampoco habeis podido crear nunca una sola voluntad buena, un solo hombre virtuoso. Jesucristo, por el contrario, no ha dicho mas que una palabra: *Resistid á vuestra naturaleza corrompida*; y esta sola palabra, que esplica todo el hombre, revelándole el secreto de su mal y la razon de la violencia que él debe ejercer como remedio contra sí mismo, esta sola palabra, decimos, ha sido mil veces mas poderosa que la multitud de vuestras leyes mal aseguradas. En seguimiento de la cruz veréis lanzarse legiones de apóstoles, de mártires, de vírgenes, de santos, cuyo celo no temerá ningun obstáculo, el valor ningun tormento, la castidad ninguna lucha, el sacrificio ningun peligro.

CAPITULO XIV.

La verdad revelada por la Cruz.

“Cuando por una terrible permission de Dios, ha dicho un célebre escritor, el infierno prepara al género humano pesa-

das calamidades, él arroja un error al mundo, y deja acabar al tiempo.¹ Desgraciadamente esto se ha realizado demasiado para la infortunada raza de Adam, á la que una sola idea falsa inspirada por el orgullo ha precipitado en el mas profundo de los abismos. Siendo el error, en efecto, la enesfianza de lo que no debe ser, conduce á la perpetracion de lo que no debió hacerse, es decir, al desórden, y trae por resultado definitivo el mal y la muerte del hombre; mientras que, por el contrario, siendo la verdad la espresion de lo que es, la espresion del órden, encierra la fórmula inmutable de la ley de los séres, la condicion indispensable de su desarrollo regularizado y bienhechor: ella es por consiguiente esencial al hombre, en la que recibe la vida, así como recibe la muerte en el error,

Pero entre los diversos órdenes de verdades, las que son sin contradiccion las mas importantes, son las que sirven para dirigir las voluntades libres en sus acciones morales, en las que tienen el bien ó el mal por principio y por término. En cuanto á las verdades que se refieren puramente al órden fisico, y cuyo objeto no es otro que el complemento de perfeccion artística ó industrial, ellas están muy lejos de tener la misma importancia; porque el hombre puede muy fácilmente pasarse sin los prodigios del arte ó de la industria, pero no puede nunca, en cualquier estado que se halle, salvaje, bárbaro ó civilizado, ignorar impunemente su regla de conducta, marchar al acaso y dejar de ser bueno y virtuoso. ¡Singular condicion de nuestra naturaleza, que deberia por sí sola advertirnos de la posicion falsa en que nos encontramos colocados por la primera desobediencia!

Estas verdades que son para nosotros las mas esenciales, no pueden *naturalmente* ser adquiridas de una manera infalible ni demostradas de un modo irresistible, mientras que las verdades menos necesarias infinitamente se dejan ver, se dejan tocar con el dedo, se dejan comprobar por medio de

¹ Ensayo sobre la indiferencia.

esperiencias repetidas y concluyentes. Dios ha querido que fuese así, á fin de obligar á las criaturas inteligentes y libres á reconocerse sus tributarias; ha puesto desde el principio el entredicho sobre las ciencias morales, y desgraciado del hombre cuando, arrogándose un derecho que no tiene, se atreve á poner en ellas una mano sacrílega, porque él no sabe sino desfigurarlas y truncarlas.

El fisico, el químico, el matemático pueden producir á nuestros ojos sus descubrimientos, darles una evidencia material si rehusamos creer en ellos, y obligarnos á pesar nuestro á aceptarlos: la filosofia, al contrario, se encuentra flotando en un vacío, reducida á la impotencia de las teorías, que otras teorías combaten, á los sistemas que descansan sobre lo invisible, y en que el espíritu es libre siempre para rechazar cualquiera apariencia de verdad que presenten, sin que el inventor, quien quiera que sea y tan ciego como se le suponga por la infatuacion del orgullo, se atreva á creerse con el derecho de pretender, á menos de estar loco, que su palabra, su pensamiento es la luz, y que toda inteligencia debe inclinarse ante ella. Por eso Platon decia que los humanos rodeados de fantasmas, de ilusiones y de quimeras, no percibian sino las sombras de las cosas; y en su desesperacion de llegar por solo la razon al conocimiento de lo verdadero, exclamaba de este modo: "*Invoquemos al Dios Salvador, á fin de que por una prueba extraordinaria y maravillosa, nos salve instruyéndonos en la doctrina verdadera.*" ¡Ah! viviendo en el tiempo en que él vivia, habria sido un prodigio el que ese grande espíritu no se hubiese sentido poseido de tan noble y profundo despecho, que Dios ha debido compadecer y recompensar.

Hemos dicho ya en qué estado se hallaban entre los antiguos las verdades sobre que descansa toda la moral; lo que era para ellos Dios, lo que era el hombre, y cuáles venian á ser las relaciones que unen á la criatura con su Creador, y las que ligan al hombre con sus semejantes y consigo mis-

mo. Dogmas extravagantes, culto ridículo, ceremonias impúdicas, deificación de las fuerzas de la naturaleza, de los astros, del hombre, de los animales, de las plantas; adoración del vicio y de sus ídolos: hé ahí las religiones; panteísmo, materialismo, ateísmo, en que al lado de esos grandes errores había verdades inciertas, mezcladas de otros errores no menos funestos: hé ahí la filosofía; antipatías rencorosas de pueblo á pueblo, tiranías odiosas, democracias salvajes y turbulentas, esclavitud en la sociedad y en la familia: hé ahí la política; y al fin de todo, disgusto y desprecio de esta mezcla confusa de cultos contrarios, de sistemas opuestos y sin cesar renacientes; escepticismo en religion, escepticismo en filosofía, y un caos en política: hé ahí la humanidad en la época en que vino al mundo Jesucristo. Sobre ella pesaba la duda, la horrible duda con todas sus funestas consecuencias; y así como Platon lo había comprendido, nadie podía disipar la espesa nube que se interponía entre el espíritu del hombre y las claridades intelectuales, cuando el Hijo de Dios, esplendor del Padre, luz de toda inteligencia, se apareciera entre los humanos.

Para revivir y asegurar mejor las creencias en las almas extraviadas por el error, Jesucristo descendió del cielo, y sus primeras palabras se dirigieron á pedir la fé. "Creed, creed decia incesantemente; porque los que creen serán salvados, y los que no creen perecerán.—Yo he venido á este mundo para rendir testimonio de la verdad.—Si vosotros permanecéis adheridos á mi palabra, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres, y entonces solamente podréis ser *verdaderamente libres*.¹

Pero para volver la fé á las inteligencias entregadas al escepticismo no recurrió á los procedimientos ordinarios de la ciencia, ni trató de hacer por medio del racionio una ciencia imposible, que el racionio mismo habria hecho mas imposible todavía, no; como en el jardin del Eden, habló con la

1 S. Juan, cap. 8 y 18.

autoridad de un legislador soberano, y exigió la obediencia á su palabra no tanto como palabra de hombre cuanto como palabra de Dios, es decir, como verdad infalible. "Aquel que me ha enviado, dijo, es la Verdad, y yo no digo en el mundo sino lo que he aprendido de Él: Él está conmigo, y yo no hago nada por mí mismo: lo que yo digo es lo que mi Padre me ha enseñado."¹

Sin embargo, para obtener el asentimiento de las inteligencias y su libre sumision, dió pruebas irrecusables de su mision celeste, y pruebas de una evidencia material, en los hechos milagrosos que obraba, hechos que estaban bajo el dominio de los sentidos, que la razon podia examinar con la misma certidumbre que cualquiera de los del orden fisico, y cuyos testigos no podian dudar, porque seria como dudar de su existencia propia, como de la de los objetos materiales que les rodeaban.

Indirectamente, pues, Jesucristo proclamaba de nuevo esta verdad revelada al hombre desde su origen, bajo la forma de una defensa: que la ley moral no debia proceder de una ciencia incierta, sino de prescripciones infalibles de una autoridad divina.

Demasiado tarde, desgraciadamente, la antigüedad pareció comprender por qué la ciencia moral habia sido prohibida, y sintiendo instintivamente que en esta materia los esfuerzos del racionio no la conducirian sino á la duda constantemente, ella se asió, con la fuerza de la desesperacion, de sus viejas tradiciones mutiladas; rechazó con cólera las pretensiones de los filósofos, cuya secreta instruccion no osaba salir del santuario de la escuela, ni del círculo estrecho de los discípulos iniciados; y desgraciados de aquellos que, como Sócrates, fuesen acusados de haber negado á los dioses que el pueblo adorara; el destierro ó la cicuta habrian reprimido su impía temeridad.

Con todo, estando los modernos mejor dispuestos en favor

1 San Juan, cap. 8.

de los filósofos, no le son realmente mas fieles que los antiguos; y aunque nuestro siglo, á ejemplo del siglo pasado, haya exaltado ademas todo el poder de la razon humana, la haya embriagado de orgullo, la haya persuadido de que tan mezquina como es, puede ella sola marchar con toda seguridad á la conquista de la verdad moral; sin embargo, por una contradiccion bien estraña, pero que existe, ninguno de nosotros querría, sin ser el mas estúpido de los hombres, aceptar por regla única, y bajo la fé de la palabra, aun la doctrina del mas famoso filósofo de nuestros dias, ni menos prosternarse ante él diciéndole: "Yo creo en vos."

Esta disposicion de espíritu nos coloca en la alternativa de no creer en nada, ó de no creer sino á nosotros mismos; y no es poco que se resuelvan á no creer en nada, aun cuando su razon frecuentemente no valga lo que la del mas mediano filósofo; pero es porque encuentran muy cómodo el no creer sino á ellos mismos. Para nosotros que sabemos que la verdad moral es necesaria al mundo, y que en ella consiste la esperanza de la salvacion, la demandarémos al Hijo de Dios, á Dios mismo; porque en vano miramos al Oriente, al Occidente, al Mediodía y al Septentrion, no vemos venir ningun otro mensajero de la Buena Nueva; ninguna legislacion *divinamente autorizada* nos llega ni de *Boudda*, ni de *Confucio*, ni de *Platon*, ni del *profeta* de los musulmanes; y con los Apóstoles nos vemos obligados á esclamar: "*¿Adónde iremos, Señor? ¿Vos solo teneis las palabras de la vida eterna!*"

Sí, solo Jesucristo podia hacer conocer al mundo la verdad que, desde el principio, habia oido de su boca divina, pero que el olvido, el raciocinio, la infidelidad habian alterado y corrompido. Pero su cruz sobre la cual ha querido realizar la redencion del mundo y que ya hemos visto plantada sobre la nueva senda de la salvacion, es todavía el brillante fanal que debe alumbrar á la humanidad en su marcha ascendente y dificultosa hácia el trono de que habia descendido,

que permanece siempre el divino símbolo de los términos que constituyen el misterio del bien y del mal, en donde cada inteligencia en el presente y en la sucesion de los siglos podrá venir á estudiar y á aprender. Como Jesucristo es la encarnacion del Verbo, la cruz es la encarnacion de la doctrina de Jesucristo, es el eco material, visible de la voz reveladora; y si es cierto, segun el pensamiento del poeta, que lo que hiere la vista penetra mas profundamente en las almas que lo que solo resuena en el oido, nosotros mirarémos la cruz como un signo conmovedor de la bondad celeste, la cual por un admirable milagro ha sabido reunir sobre este madero, en otro tiempo infame, el cielo y la tierra, Dios y el hombre, la ciencia de nuestros derechos y de nuestros deberes, el secreto de nuestros destinos mortales é inmortales. La cruz, en efecto, ilumina con una claridad sobrenatural las grandes verdades morales tan oscurecidas en el mundo antiguo; ella revela la unidad de la naturaleza divina en la inefable Trinidad de las personas, las adorables perfecciones del Sér infinito, la creacion del hombre, la caida, la reparacion, la fraternidad y la mancomunidad humanas, la deformidad del vicio y sus funestos resultados, la necesidad y el precio de los sufrimientos, la belleza del sacrificio, los castigos terribles que esperan al crimen, las recompensas eternas reservadas á la virtud; y ahí está todo el Evangelio!... Cuando el mas ignorante de los cristianos se pone de rodillas al pié de una cruz y adora al que los judíos habian clavado en ella, hace en su alma un acto de fé que Sócrates y Platon le habrian envidiado; ante el cual palidecen todos los sistemas religiosos, filosóficos y sociales, y que satisface á la necesidad de verdad de que está atormentada toda humana inteligencia. ¿Qué nuevo resplandor se ha derramado sobre el mundo entero desde la cima del Calvario? ¿qué inmensa efusion de luz ha venido á disipar las antiguas sombras? Que callen los rayos del Sínai, que Moisés deponga de su cabeza sus luminosos destellos; la cruz es el gran revelador que nos

anunciaba y de la que él nos ordenó escuchásemos las inefables doctrinas.

No siendo otra cosa el Evangelio que el desarrollo de las doctrinas tan admirablemente resumidas en el símbolo de la cruz, nosotros encontraremos allí á Dios y al hombre con los caracteres de que ella los ha revestido. Estudiando la revelacion evangélica no se puede evitar, lo mismo que los judíos, el ser heridos de la autoridad doctrinal del Hijo de Dios, cuya palabra despojada de toda esposicion científica, siembra por donde quiera la verdad en su camino, sin orden, de cualquiera manera, á todos momentos, en todas circunstancias, cuantas veces se abre su boca divina, como el Altísimo abriendo su mano poderosa ha esparcido las estrellas en el firmamento, fenómeno que escandaliza á aquellos á cuyos ojos el Evangelio no es sino una obra humana, pero que en retorno llena de admiracion á cualquiera que siente que Aquel que es el único que se ha llamado la Verdad, podia esparcir de este modo la verdad, incesantemente, y sin ningun esfuerzo, porque ella es la espresion natural de su propio sér, el fruto bendito de su corazon y de su pensamiento. Se vé en fin, que es Dios, que habla de Dios y de las cosas de Dios, con esa sencillez, esa pureza, esa precision del dogma, que en vano se esperaria de las fórmulas de la ciencia, siempre inciertas, mezquinas y defectuosas. En efecto, nadie, como lo ha dicho Jesucristo, ha subido al cielo si no es aquel que ha descendido del cielo; ninguno ha visto á Dios, ninguno conoce á Dios, si no es aquel que ha nacido de Dios.¹ A Él solo le corresponde revelarnos los misterios de la sustancia infinita, cualquiera otro no nos habria dado sino las quimeras de su imaginacion ó los ídolos de su débil y ofuscada razon.

La antigüedad no conoció á Dios; porque no se puede llamar con este nombre sublime esa divinidad dividida, limitada, encadenada, manchada, ese Júpiter, para no hablar sino del rey del Olimpo, á quien los poetas nos representan como el

¹ San Juan, cap. 3 y 6.—San Lucas, cap. 10.

juguete del destino y de las pasiones; y no se puede tampoco dar este nombre á ninguna de las fastuosas y vacías concepciones de los filósofos, como *el principio húmedo* de Tales, *el gran todo* de Pitágoras, *el eter* de Zenon, *la vaga belleza* de Platon, *la razon universal* de Ciceron.

Aun cuando los Libros santos hubiesen conservado intacta la revelacion primitiva, los judíos habrian guardado difícilmente la idea admirable que en diversos parajes dá Dios de sí mismo: la proximidad de la idolatría ejercia sobre ellos una atraccion funesta á la cual no podian resistir: ellos querian dioses como los de las naciones vecinas, dioses de piedra ó de madera, de oro ó plata, dioses que se dejasen tocar, que estuviesen con ellos; su espíritu se sentia comprimido bajo el peso de la majestad de Jehovah, bajo la idea de la esencia infinita: su imaginacion no encontraba bastante donde asirse en ese Dios invisible, inaccesible, inmutable, eterno, que sin embargo los profetas, para retenerlos en la fidelidad, les pintaban bajo las imágenes mas magnificas del poder, de la santidad, de la justicia, de la misericordia.

En el Evangelio se nos presenta el Altísimo bajo los rasgos que la vista humana comprende y soporta mas fácilmente. Manteniendo siempre el dogma en las sublimes alturas en que le habia colocado la Escritura, conservando siempre la nocion del Sér solo infinito, solo existente por sí mismo, causa única de todos los demas séres, poseyendo solo la plenitud de la existencia, solo soberanamente perfecto, Jesucristo ha hecho descender hácia nosotros el Dios oculto; nos ha permitido penetrar mas adelante en sus perfecciones adorables, haciéndonoslas sensibles en un lenguaje mas explícito, mas á medida de nuestra debilidad, mas popular en cierta manera; y la Majestad Divina, dejándose ver de este modo en la tierra, conversando familiarmente con los hijos de los hombres, lejos de rebajarse y abatirse, aparece revestida con un resplandor todavía mas brillante. Dios, segun la revelacion nueva, es el *Padre*, el *Hijo*, el *Espiritu Santo*.—

¡Qué espresiones tan sencillas y tan comunes, pero qué espresiones tan tiernas para revelar la naturaleza divina, é iniciar á cualquiera inteligencia en los misterios del Infinito! Lo que Platon con todo el vigor de su genio habia apenas percibido, y que bastó para merecerle el sobrenombre de divino, hé ahí que un tierno niño lo balbutirá sencillamente, en términos perfectamente inteligibles para él; porque sabe que tiene un padre, sabe que él es su hijo, sabe que le ama y que es amado de él. ¡Oh profundidad de la revelacion cristiana, tan poco conocida, tan poco admirada, como las maravillas de la creacion, ante las cuales permanecemos insensibles, porque se hallan multiplicadas á nuestra vista, porque se reproducen bajo de nuestros pasos!

Con todo, y aunque espresada en términos sencillos la nocion del Dios uno en la substancia y trino en las personas, descubre inmensas fases para que la ciencia no haya tratado de aprovecharla: así es que se ha apoderado de ella para esclarecerla. Dios ha sido mejor definido y sus atributos han sido mejor esplicados. La naturaleza se ha manifestado bajo un nuevo aspecto: se la ha visto como un inmenso reflejo de la Divina Trinidad, que en cada parte de la creacion ha dejado impresa una señal mas ó menos completa de sus perfecciones. Los cuerpos inertes con su cohesion, retienen el principio de potencia: el animal manifiesta el principio de potencia y de sentimiento: el hombre, hecho á la imágen de Dios, lleva en su alma la triple facultad de la potencia, de la inteligencia y del sentimiento. En la familia se han reconocido los tres elementos constitutivos, el padre, la madre y el hijo; en el Estado la unidad y la triplicidad de los poderes que se equilibran; en la lengua las tres personas, los tres tiempos del verbo y las tres especies de palabras que la constituyen esencialmente, para espresar la sustancia, los fenómenos y la accion. En cuanto á la concepcion del misterio mismo, no se sabia cómo admirar á qué sorprendente elevacion la razon humana, tanto como se ha dejado guiar

por la idea revelada, ha sabido sostenerse en la esposicion que de ella ha hecho.

En un libro, en el que no todas las páginas se parecen á las que vamos á citar, M. de Lamennais describe á la Trinidad bajo estas magníficas imágenes: “Yo veo, dice, como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en este océano tres océanos; un océano de fuerza, un océano de luz, un océano de vida; y esos tres océanos, penetrando el uno en el otro sin confundirse, y no formando sino un mismo océano, una misma unidad indivisible, absoluta, eterna. Y esta unidad era Aquel que es. Y en el fondo de su sér un nudo inefable ligaba entre sí á las tres personas que me fueron nombradas, y sus nombres eran el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo; y habia allí una generacion admirable y completa, un soplo misterioso, viviente, fecundo; y el Padre, el Hijo y el Espíritu, eran Aquel que es. Y el Padre se me aparecia como una potencia que dentro del Sér infinito, uno con ella, no habia mas que un solo acto, permanente, completo, ilimitado, que es el Sér infinito mismo. Y el Hijo se me aparecia como una palabra permanente, completa, ilimitada, que dice lo que opera el poder del Padre, eso que Él es, el Sér infinito. Y el Espíritu se me presentaba como el amor, la efusion, la aspiracion mutua del Padre y del Hijo, animados de una existencia comun, de una existencia permanente, completa, ilimitada, el Sér infinito. Y estos tres eran uno, y estos tres eran Dios, y se enlazan entre sí, y se unen en el impenetrable santuario de su única substancia; y esta union, este enlace eran en el seno de la inmensidad, la eterna alegría, la eterna delicia de Aquel que es.”¹

Así es como el Evangelio, haciendo participar por su sencillez á los pobres, á los ignorantes y á los débiles en las mas altas verdades, decuplica las fuerzas del genio, le trasporta mas allá de las mezquinas realidades del mundo, alimentan-

¹ *Palabras de un Creyente.*

do todas las almas con el mismo manjar, apagando su sed en la misma fuente.

Sigamos, pues, paso a paso sus instrucciones celestiales, y escuchémoslas con veneracion y reconocimiento.

Jesucristo llama siempre á Dios con el nombre de *Padre*, y quiere que tambien nosotros le llamemos con este tierno nombre.—“No teneis, nos ha dicho, sino un Padre, que está en el cielo; cuando oreis, decidle: *Padre nuestro*. Él hace lucir su sol sobre los buenos y sobre los malos; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; porque hay mas gozo en el cielo por la conversion de un solo pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Como el padre del Hijo pródigo, está siempre dispuesto á recibirlos en sus brazos; podeis, pues, importunarlo con vuestras demandas: id, llamad, y Él os abrirá: tened confianza en él; no os inquieteis por vuestro alimento y por vuestro vestido: ¿no sabe bien de todo lo que teneis necesidad? Y si Él alimenta á los pájaros del cielo que no siembran ni cosechan, si revisite los lirios de los campos de una magnificencia que no igualó jamas la de Salomon, ¿cuánto mas cuidado tendrá de alimentaros y vestiros! Él toma bajo su proteccion á los pobres, á los débiles, á los afligidos; estos son sus amigos. Él desea la salvacion de todos los hombres, y para procurársela nada le será imposible. Él puede abrir el cielo á los publicanos y á las pecadoras, y ha amado tanto al mundo que le ha dado á su Hijo único.”

Bajo rasgos semejantes es como el Hijo se describe á sí mismo: “Mi Padre y yo no somos mas que uno, dice: como mi Padre os ha amado, yo os amo: yo soy el buen Pastor, yo conozco á mis ovejas, y doy mi vida por ellas: si alguna se extravía, corro en pos de ella al desierto y la traigo sobre mis hombros: yo doy de buena voluntad mi vida por mis ovejas, y he venido para buscar y salvar á las que estén perdidas. Dejad venir á mí los niños. Venid tambien á mí, vosotros todos los que estais fatigados y agobiados, y yo os

consolaré. ¡Padre Santo! esclama con amor implorando en su última súplica la misericordia divina para la gran familia humana; Padre Santo, yo no ruego solamente por mis apóstoles, sino tambien por aquellos que deben creer en mí, á fin de que todos no sean mas que uno. Como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, que ellos sean asimismo uno en nosotros. Padre mio, yo deseo que allá donde estoy, los que me habeis dado estén tambien conmigo; á fin de que ellos contemplen la gloria que me habeis dado, porque vos me habeis amado antes de la creacion del mundo.¹”

Jesucristo ordenó á sus apóstoles que enseñasen á todas las naciones no solamente en nombre del Padre y del Hijo, sino tambien en nombre del Espíritu Santo. Este divino Espíritu, que ya habia cooperado al cumplimiento del misterio de la Encarnacion, formando en el seno de la Virgen María el cuerpo y el alma del Hombre Dios, descendió todavía sobre él en el momento en que, despues del bautismo de Juan, el Padre lo reconocia por su Hijo muy amado: momento solemne que la Trinidad habia escogido para manifestar al mundo su participacion completa en la obra regeneradora. Pero en la sucesion del Evangelio el Espíritu Santo se nos presenta siempre como la persona que debe, por la virtud que le es propia, animar, consolidar, desenvolver, perfeccionar esta obra comun á las tres personas. Es del Espíritu Santo de quien el hombre debe renacer; es su poder el que debe renovar la faz de la tierra. Él es quien debe inspirar, sostener, enardecer á los Apóstoles: ellos no reciben el poder de perdonar los pecados, de evangelizar el mundo, sino despues de haber recibido al Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo obrará por sus manos y hablará por su boca.

En la tierna despedida que Jesus les dirigió antes de separarse de ellos, les prometió los consuelos del Espíritu Santo: “Ahora, dijo Él, yo dejo el mundo y me vuelvo á mi Padre; pero yo le rogaré, y Él os dará otro consolador que

¹ San Juan, cap. 17.

permanecerá eternamente con vosotros, el Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir porque él no le vé y no le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros. Él os enseñará toda verdad, y os hará acordaros de lo que yo os he dicho; porque Él no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que habrá oído, y os anunciará las cosas futuras. Él es quien me glorificará, porque recibirá de lo que es de mí, y os le comunicará. Él convencerá al mundo de haber pecado rehusando creer en mí; mantendrá en él la justicia, porque yo me voy á mi Padre y vosotros no me veréis mas; y en ejecutando el juicio pronunciado contra Satanás, probará que el príncipe de este mundo está ya juzgado.¹

Tales son los caracteres generales, caracteres adorables bajo los cuales la revelacion evangélica nos representa las tres personas divinas, la Santa Trinidad que los cristianos aman, veneran é invocan llamándola el Buen Dios.

Después de habernos ilustrado tan admirablemente sobre el misterio de Dios, Jesucristo arroja también su luz celestial sobre el misterio del hombre. Todos los grandes problemas humanitarios, cuya solución, desnaturalizada por las religiones, había buscado en vano la filosofía, se resuelven por el Hijo de Dios en el curso de sus predicaciones.

Pero las cuestiones más interesantes y las más inaccesibles, las cuestiones que se refieren á las relaciones de Dios con el hombre, sobre la creación, sobre la libertad, sobre el origen del mal, sobre la inmortalidad del alma, sobre los castigos preparados á los malos y las recompensas reservadas á los buenos, reciben en la corta y sencilla parábola del *Sembrador* una respuesta tan maravillosa, que no se podría suponerle otra, no solamente porque fuese aceptable á la razón humana, sino también porque no fuese absurda. Aun el Evangelista hace preceder la explicación de la parábola de esta predicción del Profeta, que aplica á Jesucristo. "Yo

¹ San Juan, cap. 14 y 16.

abriré mi boca para decir parábolas; yo publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo."

En efecto, cada una de esas palabras divinas, contienen para el que sabe comprenderlas, algunas de las verdades fundamentales que explican á Dios y al hombre; las relaciones de Dios con la humanidad, y las de la humanidad con Dios; descubriendo así el misterio de nuestra naturaleza, de nuestra existencia y de nuestro destino presente y futuro.

Del mismo modo que desconocían á Dios, los antiguos, desconocían al hombre. Ellos no sabían qué pensar de este ser extraordinario ni cómo definirlo. Unas veces enorgullecidos al reconocer el poder de sus facultades y de sus medios, le deificaban; otras, desconcertados á la vista de sus debilidades y de sus miserias, le tomaban aversión y le ponían á nivel de los animales: jamás conocieron claramente lo que era el hombre, de dónde venía, ni adónde iba; jamás, por consecuencia, pudieron trazarle con una mano segura la senda que debía seguir, ni infundirle la esperanza de conducirle un día á sus verdaderos fines. Ahora ¿qué es el hombre según el Evangelio? Dios es su padre, él, pues, es hijo de Dios. ¿Qué cosa más es el hombre? Tiene otro padre; ha venido á ser hijo de Satanás. Dios y demonio, hé aquí al hombre: grandeza y bajeza, nobleza y miseria, verdad y mentira, virtud y vicio, ciencia é ignorancia, fuerza y debilidad. ¿Y esto es todo el hombre? No: hay un hombre nuevo, que crucificando al hombre viejo, debe renacer en él; porque el Verbo ha sido hecho carne, y ha habitado entre nosotros, lleno de gracia y de verdad; y ha dado á todos aquellos que le han recibido, á aquellos que creen en su nombre el poder de volver á hacerse hijos de Dios, desprendiéndose de la mancha de la sangre, de los deseos de la carne, de la voluntad perversa del hombre, para recibir un nuevo nacimiento de la voluntad divina.

Mucho tiempo ha estado el hombre bajo el yugo del mal, pero no permanecerá en él para siempre. Jesucristo ha pro-

clamado el gran principio de la perfectibilidad humana; principio desconocido antes, y que despues se ha desarrollado hasta venir á ser un dogma popular. Este principio de perfectibilidad no admite límites, no reconoce otros á la perfeccion que el infinito, que Dios mismo; porque está escrito: "Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial.¹"

Jesucristo no ha querido con estas palabras inspirarnos una vaga esperanza de perfeccion imposible; no ha querido arrojarnos en ilusiones quiméricas que halagasen nuestro orgullo y que sirviesen de atormentarnos con deseos insaciables, y en fatigarnos con esfuerzos impotentes: lo que ha querido realmente es que la humanidad, viajero incansable, se adelantase sin cesar hácia un mejor porvenir, con la certidumbre de descubrir siempre mas bellos horizontes, con la noble ambicion de conquistar siempre mas grandes destinos.

Antes de enseñar Jesucristo á los hombres sus deberes particulares, les ha trazado una regla general de conducta, les ha espuesto el principio fundamental, segun el cual debian dirigirse hácia el progreso. Esta regla y este principio difieren enteramente, debemos confesarlo, de la regla y del principio nacidos de la razon pura, y adoptados con absoluta exclusion por los reformadores modernos. Estos han admitido como principio esencial y casi únicamente civilizador, el desarrollo de las artes, de las ciencias y de la industria, el aumento del bienestar; estimando esto como un medio suficiente para la mejora de las costumbres. Mas adelante examinaremos los resultados posibles de este fatal error: por ahora nos contentaremos con esponer simplemente el principio evangélico.

Lejos de preconizar antes de todo los intereses materiales, Jesucristo los coloca al último, y nos asegura que el ocuparse exclusivamente de ellos es como menos se le sirve, que dando sobre ellos la prioridad á los intereses morales.

1 San Mateo, cap. 5.

"Ninguno puede servir á dos amos, dijo: no podeis servir á Dios y á las riquezas. No os inquieteis ni digais: ¿qué comerémos? ¿qué beberémos? ¿de qué nos vestiremos? Solo los *paganos* y las gentes del *mundo* son los que buscan todas estas cosas, porque vuestro Padre sabe que teneis necesidad de ellas. *Buscad primeramente el reino y la justicia de Dios, y lo demas os será dado con abundancia.*¹"

¿En qué consiste este reino y esta justicia de Dios sobre la tierra? En el cumplimiento de la voluntad divina. *Adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.* ¿Pero cuál es la voluntad divina? Es que el hombre se deje guiar en todas sus acciones, no como un esclavo por el móvil del temor, sino como un sér moral, por el móvil mas dulce y mas fuerte, mas delicado y mas atrayente, por el móvil del amor. El amor debe ser causa, medio, objeto supremo en los designios evangélicos. "Amaréis al Señor, vuestro Dios con todo el corazon, con toda el alma, con todo el espíritu; este es el mas grande y primer mandamiento. Hé aquí el segundo, que es semejante á aquel: Amaréis á vuestro prójimo como á vos mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos."²

Sigamos entretanto el corolario en el pormenor de nuestros deberes hácia Dios, hácia nuestros semejantes, y hácia nosotros mismos.

Si debemos amar á Dios con todas las potencias de nuestra alma, ¿cómo deberémos honrarlo? "El tiempo va á venir y aun ya ha venido, responde Jesucristo, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque tales adoradores son los que el Padre exige. Dios es espíritu, y es necesario que los que le adoren sea en espíritu y en verdad.—[Hipócritas! dice en otro lugar con referencia á los judíos: de vosotros es verdaderamente de quien ha profetizado Isaías: Este pueblo me honra con los labios,

1 San Mateo, cap. 6; San Lucas, cap. 12.

2 San Mateo, cap. 22.

pero su corazón está lejos de mí; y el culto que ellos me rinden es vano y frívolo, *pues que ellos enseñan máximas y disposiciones humanas.*" Orando recomendaba á sus discípulos: "No afectéis hablar mucho, como hacen los paganos; porque ellos imaginan que por sus largos discursos obtendrán lo que piden: no los imitéis, porque vuestro Padre sabe de lo que tenéis necesidad antes de que le pidáis nada. Hé aquí cómo debéis rogar: Padre nuestro que estais en los cielos, que sea vuestro nombre santificado, que llegue vuestro reino, y que se haga en todo vuestra voluntad lo mismo en la tierra que en el cielo. Dadnos hoy el pan de cada día, y perdonad nuestras ofensas lo mismo que nosotros perdonamos á los que nos han ofendido; no nos abandoneis á la tentación, y libradnos de todo mal.¹"

Después de Dios quiere que amemos á nuestros semejantes. Veamos de qué modo debe manifestarse este amor.

Jesucristo comienza por establecer el dogma de la fraternidad universal: "Vosotros sois todos hermanos, porque no tenéis más que un solo Padre que está en el cielo."² De este dogma divino, en otro tiempo desconocido, emana desde luego un nuevo orden social. Si está prescrito dar al César lo que es del César, como á Dios lo que es de Dios; si el servidor no debe estimarse en más que su señor, éste á su turno no deberá hacer sentir su superioridad, y aun evitará las fórmulas que la hagan recordar demasiado. "No tomeis el nombre de amo, porque no hay verdaderamente más que un amo que es Cristo."²

El orden gerárquico está conservado, pero no debe descansar sobre el orgullo y el imperio de la fuerza. Habrá todavía grandes y primeros, pero con una condición que templará todo lo que la autoridad ó la elevación de la clase puedan tener de humillante para los inferiores. "Vosotros sabéis, que los príncipes de las naciones, dominan sobre ellas,

1 San Juan, cap. 4, y San Mateo, caps. 15, 7, 21 y 6.

2 San Mateo, cap. 23.

y que los potentados tratan á sus súbditos con imperio. No debe ser lo mismo entre vosotros; porque aquel que quiera ser el más grande y el primero, vendrá á ser el servidor de todos; porque yo mismo no he venido para ser servido, sino para servir y dar mi vida por el rescate del género humano. En verdad os declaro que los últimos serán los primeros, y cualquiera que se eleve será abatido, y cualquiera que se humille será elevado.¹"

Lo mismo que la sociedad, la familia que es el primer elemento vuelve á su constitución natural. Los esposos son iguales: la mujer no es ya la esclava, sino la compañera libre del marido. Los hijos son un depósito sagrado del cielo, rodeado de una protección particular. Entretanto, la autoridad del padre y de la madre recibe una nueva consagración.—"¿Es permitido, preguntaban los fariseos á Jesucristo, para tentarle, es permitido á un hombre despedir á su mujer?" Y él les respondió: "Desde el principio del mundo Dios no creó más que un solo hombre y una sola mujer;" y añadió: "Hé ahí por qué el hombre dejará á su padre y á su madre, y se adherirá á su mujer; y ellos serán ya dos en una sola carne. Que el hombre, pues, no separe lo que Dios ha unido. Cualquiera que despide á su mujer y toma por esposa á otra, comete un adulterio respecto á la primera; y si una mujer deja á su marido y se casa con otro, ella comete el adulterio."²

Ved además con qué solicitud, con qué ternura conmovió el Hijo de Dios á los niños, esos pobres seres que las leyes bárbaras entregaban en cuerpo y en alma, como un vil animal, al capricho interesado, brutal ó insensato de los padres.—"Dejad venir á mí los niños, dijo, y no se los impidais, porque el reino de Dios es para aquellos que se les parecen. Si alguno recibe en mi nombre un niño, es á mí mismo á quien recibe. Guardaos bien de despreciar

1 San Mateo, cap. 20.

2 San Marcos, cap. 10.

á uno solo de estos pequeñuelos, porque yo os declaro que en el cielo sus ángeles ven incesantemente la faz de mi Padre.”

Con todo, Jesucristo no olvida recordar á los hijos los deberes que tienen para con sus padres, y aun reprende severamente á los judíos que procuraban eludirlos. “¿Por qué infringís vosotros la ley de Dios, por seguir vuestra tradición? Porque Dios ha dicho:—Honrad á vuestro padre y á vuestra madre; y añade todavía:—Que aquel que ultraje con palabras á su padre ó á su madre, sea castigado de muerte.¹”

Así es como las relaciones de gerarquía social y de familia, las relaciones generales de los hombres entre sí, sufrirán una profunda modificación bajo la influencia de la doctrina de Cristo. “Yo os declaro, dijo Él, que si vuestra justicia no es mas perfecta que la de los escribas ó los fariseos, no entraréis en el reino del cielo. Ya sabéis lo que ha sido dicho á los antiguos:—No matarás, y aquel que lo haga será reo de condenacion: y yo entretanto os he dicho, que cualquiera que se irrite solamente contra su hermano, se hará digno de un juicio; y aquel que diga á su hermano una palabra humillante, merecerá ser condenado. Si, pues, estando ya á punto de poner vuestra ofrenda en el altar, os acordareis que vuestro hermano tiene algo contra vos, dejad al momento vuestra ofrenda sobre el altar, é id primeramente á reconciliaros con vuestro hermano: despues vendréis á presentar vuestra ofrenda. Vosotros habeis oido decir:—Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo; y yo os digo:—Amad á vuestro enemigo; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y os calumnian. Perdonad, si queréis que os perdonen, no hasta siete veces sino hasta setenta veces siete. Vosotros sabéis lo que se ha dicho á los antiguos:—No cometerás adulterio; y yo os digo, que si alguno mira á alguna mujer con malos deseos, ya ha cometido

¹ San Mateo, cap. 15.

adulterio en su corazon. Sabéis tambien lo que se ha dicho á los antiguos:—No serás perjuro, pero harás ante Dios tus juramentos. Y yo os digo:—Nada de juramento; que vuestra palabra sea sí, sí; no, no; porque todo lo que se añade viene del mal.—Dad de lo que teneis á aquel que os pida, y no eviteis al que desea tomar prestado de vosotros. Pero si queréis ser perfectos, vended lo que poseéis y dadlo á los pobres; entonces tendréis un tesoro en el cielo; porque yo os aseguro que un solo vaso de agua dado en mi nombre, tendrá su recompensa.—Lo que quisieréis que hagan los hombres por vosotros hacedlo igualmente por ellos.¹”

Pero no bastaba haber prescrito á los hombres sus deberes para con Dios y para con sus semejantes, ni haberles dado el conocimiento del bien; era necesario ademas atacar en ellos el mal, allí donde parece inespugnable, donde las leyes humanas son impotentes para perseguirlo; era necesario atacarlo hasta en su origen, en su raiz, en los repliegues impenetrables de la conciencia; era necesario dictar al hombre sus deberes para consigo mismo; ordenar á su voluntad, extinguir en él el germen diabólico, á fin de prevenir sus efectos mortales.

“Escuchadme todos, dijo Jesucristo al pueblo reunido, y comprended bien esto. Nada de lo que viene de fuera y que entra en el hombre puede mancharlo, pero lo que sale de él es lo que le mancha; porque es de adentro, del corazon, de donde salen los malos pensamientos, que engendran las malas acciones. Velad, pues, sobre vosotros mismos y orad sin cesar, porque el espíritu está pronto y la carne es débil. Satanás llega, las aflicciones y las persecuciones sobrevienen, las dificultades del siglo se enlazan; la ilusion de las riquezas seducen y arrastran, y si no estais prevenidos, sereis muy pronto derribados.—Estinguid hasta los malos deseos: concebir el deseo del mal, es haberle ya cometido en el corazon.—Si vuestro ojo derecho es una ocasion de pecado, arran-

¹ San Mateo, caps. 5, 7, 18 y 19; San Lucas, cap. 6, 11 y ¹².

cadle y arrojadle lejos de vosotros; y lo mismo si vuestra mano derecha es una ocasion de pecar, cortadla y arrojadla lejos de vosotros; porque es mas ventajoso perder alguno de vuestros miembros, que el que todo vuestro cuerpo sea arrojado al infierno.—Aprended de mí á ser dulces y humildes de corazon.—Sed sencillos como la paloma, y prudentes como la serpiente.—No juzgueis, á fin de que no seais juzgados; se usará con vosotros de la misma medida de que os habréis servido para con los demas.—Guardaos de toda avaricia: no amontoneis tesoros en la tierra; pero sí amontonadlos en el cielo, donde no hay orin ni gusanos que los consuman, ni ladrones que los desentierren y los roben.—Que vuestra luz brille delante de los hombres, á fin de que viendo vuestras buenas obras, tributen gloria y honor á vuestro Padre celestial; pero no hagais buenas obras solo porque las vean los hombres, porque entonces no recibiréis la recompensa de vuestro Padre.—Arrepentíos de vuestros pecados y haced penitencia, porque de otra manera pereceréis todos.—Aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por amor de mí la salvará.—Cualquiera que poniendo la mano en el arado mire para atras, no es propio para el reino de los cielos.¹”

Acabamos de esponer con relacion á los puntos generales del deber, los principales rasgos de la doctrina de Jesucristo. Por esta simple ojeada hemos podido convencernos de que en esa doctrina todo estaba previsto, que corresponde admirablemente á todo, y que esclareciendo al hombre acerca de la vía de la Cruz, le dirige hácia una perfeccion tan alta, que su debilidad frecuentemente se asusta de considerarla. Sin embargo, para concebir toda la belleza y toda la escelencia de esta doctrina, es necesario estudiarla en el Evangelio, examinarla en cierto modo en el terreno de los hechos; verla nacer de los lugares, de los tiempos y de las circunstancias; porque entonces es cuando adquiere mayor precio y se

¹ S. Marcos, caps. 7 y 4; S. Mateo, caps. 5 y 6; S. Lucas, caps. 12 y 6.

reviste con nuevo lustre. ¿Qué fórmula moral podrá igualar á la elocuencia de los ejemplos de Jesucristo, y á la verdad viva de sus parábolas? ¿Quién podrá espresar la indefinible impresion que dejan en el alma la vista de Jesucristo lavando los piés á sus apóstoles, ó rogando sobre la cruz por sus verdugos; la leccion del dinero de la viuda, las parábolas del fariseo y del publicano, la del hijo pródigo, del rico avaro, y tantos otros rasgos de que el Evangelio está lleno? ¿A quién por otra parte le ha sido dado penetrar en las profundidades de esa mina inagotable y sacar á luz todas las riquezas que encierra? ¡Cosa admirable! las ciencias marchan, se desarrollan, adquieren cada dia por la dedicacion y el trabajo obstinado de los hombres alguna nueva perfeccion, sin llegar á ella sin embargo, en tanto que la doctrina de Jesucristo, una vez salida del crisol divino, se ha encontrado tan cabal y perfecta, que ha sido imposible quitarle ó añadirle nada. Lo mismo que Dios, ella ha permanecido inmutable; siempre antigua, siempre nueva é inaccesible á la accion deletérea y á la vez regeneradora del tiempo. Los siglos han pasado, los hombres han pasado tambien; las inteligencias se han engrandecido, el espíritu humano elevándose mas y mas ha descubierto nuevos y muy dilatados horizontes, y por todas partes el Evangelio habia ya arrojado los vivos destellos de su luz esplendorosa. Semejante á los astros, le acompaña y va siempre delante; y lejos de que su brillo se debilite, á medida que alumbra mas la antorcha de las ciencias viene á ser mas resplandeciente, y en su luz las inteligencias han visto la luz. *In lumine tuo videbimus lumen.*

¿Qué espectáculo tambien nos ha presentado la ciencia embriagada de sus progresos, la ciencia envanecida y celosa? Despues de haber combatido al Cristo durante largos siglos con un encarnizamiento implacable, de repente apercibiéndose de su yerro, ha vuelto sobre sus pasos, ha reivindicado al Cristo por uno de los suyos, y se ha honrado con su doctrina. El orgullo humano es incorregible: cuarenta siglos

de experiencia no han podido esclarecerlo. Durante cuarenta siglos el hombre, entregado á sí mismo, no ha hecho mas que marchar de degradacion en degradacion; y era necesario que Jesucristo viniese del cielo á sacarlo del abismo de su corrupcion y de sus propias tinieblas: él siente todavía la mano libertadora que sostiene su mano, y sin embargo, oíd-le cómo se proclama él mismo su libertador: "La razon humana, dice, ha llegado á su madurez; ella habia elaborado todos los sistemas, y Jesucristo no ha tenido otro mérito que recoger y promulgar las verdades que se encuentran en todas las religiones y en todas las filosofias, sin otro trabajo que el de reunir en un sabio eclecticismo las doctrinas de la India y de la Persia, de la Judea y del Egipto, de la Grecia y de la Italia." No vacila, en el interes de una loca vanidad, en hacer tabla rasa de toda la historia, desconocer la tradicion, las profecias, el encadenamiento de los hechos, la promulgacion milagrosa de la doctrina evangélica. Se quiere olvidar que Cristo, mirado como hombre, era pobre é iliterato; que los judíos decian de él: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿cómo puede ser tan sabio sin haber tenido estudios? y por este mero hecho los filósofos de entonces, menos advertidos que los nuestros, rehusaron creer en su palabra. ¿Mas de qué sirven esas mentiras, esos subterfugios, esos sofismas? ¿Qué se aventajaria de probar que Jesucristo no habia sido mas que un hábil artífice, que habia sabido combinar y poner en orden los numerosos materiales suministrados por la razon humana?... No, no están ahí sus títulos de gloria. Nosotros no alabamos ni adoramos á Jesucristo por haber compuesto un sistema filosófico ingenioso; le alabamos y adoramos por haber instituido de un modo divino un poder moral legislativo, interpretativo y ejecutivo; por haber sancionado la verdad moral con su autoridad sagrada.

Si Jesucristo no hubiese hecho mas que promulgar una doctrina filosófica, su mision habria sido vana, completamente vana; porque no habria habido ningun mediano filósofo

que no hubiese estado ni estuviese en el derecho de no creerle, y de oponer á su doctrina otra doctrina rival. No basta proponer dogmas y leyes, es necesario tambien, como lo ha hecho el Hijo de Dios, darles por la virtud venida de lo alto, la fuerza de fé, de expansion y de vida.

Mas adelante volverémos á esponer bajo la forma de objecion á la propagacion milagrosa del Evangelio, las pretensiones de la razon humana; pero entre tanto, nos parece á propósito oponer en este lugar los poderosos argumentos de uno de nuestros mas ilustres oradores sagrados. "Jesucristo, predicaba el P. Lacordaire, ¿se ha presentado como Creador? ¿Ha dicho acaso: Yo soy el inventor de la verdad? No: Él ha dicho: *Yo soy la verdad*. Él ha dicho tambien: Yo no he venido á destruir la ley, sino á hacerla efectiva; lo cual significa: Yo soy la verdad de todos los tiempos y de todos los lugares; Yo soy esta verdad, la primera y la última, y sin la cual nunca el hombre ha podido totalmente pasarse. Desde el primer dia del mundo, desde la primera palabra de Dios, desde la primera luz divina que alumbró nuestra alma, era el Cristo el que obraba, hablaba y se revelaba; y esta revelacion se ha propagado por toda la tierra con la dispersion de las familias primordiales del género humano. Con todo, al lado de este fenómeno de la propagacion primitiva y universal del cristianismo, comprendemos que pasaba otro muy diferente, el de la alteracion y corrupcion del mismo cristianismo. De modo que Jesucristo, aun cuando no fuese nueva, traia al mundo alguna cosa que el mundo no conocia sino por esperanzas mal definidas y frecuentemente desfiguradas; y comenzando por el Oriente, no hay duda que en él se habia conservado la idea de la caida, de la expiacion, de la intervencion divina para la reparacion del hombre; pero el Oriente habia sofocado esta idea entre dos absurdos, el panteismo y la metempsícosis. Y bien; ¿ha admitido Jesucristo esta doctrina? ¿ha transigido con el Oriente sobre la metempsícosis y el panteismo? No; ha enseñado todo lo contrario. Y en cuanto al Occidente, se ha-

bla de Platon; ¿pero era acaso Platon todo el Occidente? Aristóteles, Epicuro, Zenon, Pyrron, no existian con el mismo título, y sus doctrinas no partian con las de la Academia el imperio de los espíritus? Se quiere considerar á Platon como la mas elevada expresion de la sabiduría occidental, no lo disputarémos, y viendo lo que pensaba, veamos lo que le debe Jesucristo.

En el orden metafísico Platon creia en la eternidad de la materia y del caos; poniendo al mundo delante de Dios como una substancia inferior, pero paralela é increada: en el orden moral él negaba la existencia del libre albedrío, y afirmaba en los propios términos, que ninguno es voluntariamente malvado, porque todo mal tiene por principio un error indeliberado del espíritu. Dualismo y fatalismo, he ahí á ese Platon tan admirado, á quien yo mismo he elogiado, y á quien elogiaré siempre. Ningun sabio le igualó jamas en la invocacion de la verdad; ninguno presintió mejor el porvenir; ninguno revistió el vislumbre del error con una púrpura mas brillante y mas propia para consolar el alma de no abrazar mas que una ilusion. Pero hacer de Platon el antecesor de Jesucristo, y el nudo por donde el Evangelio se ataba al Occidente, es conceder demasiado á su gloria. Jesucristo niega el dualismo y el fatalismo platónicos, como niega el panteismo y la metempsícosis de la India; y si es llamado el Verbo, Hijo de Dios, esta expresion revelaba un misterio que Platon no conocia, el de una triple personalidad en la sustancia una é indivisible de Dios.

Los judíos á su turno, aunque poseedores del cristianismo primitivo y de la espectacion del Mesías, habian corrompido este depósito en su pensamiento, haciendo de la verdad cristiana que es el patrimonio de todos, su herencia particular; sustituyendo la idea de la ley á la idea de la fé, Moises á Cristo, el personal al universal. Ya cubiertos de la sangre del Libertador, y en comunion con él, persistian en venerar el ídolo que elevaba su amor propio nacional á la categoría

de un deber y de una virtud, persuadiéndose de que el judaismo iba á subyugar á todo el universo. En el sentido cristiano esto era cierto, y en el sentido de ellos era falso. Jesucristo tenia, pues, que combatir á la Judea, lo mismo que al Oriente y al Occidente; y si quereis ver todavía mejor que la doctrina cristiana no fué un suceso de fusion, sino un suceso de contradiccion, contradiccion en el Oriente, contradiccion en el Occidente, contradiccion en el pueblo hebreo, no teneis mas que considerar el panteismo tal como lo ha conservado el Oriente, el judaismo tal como lo entienden aún los restos de Israel, y el platonismo tal como se le ha resucitado á nuestros ojos.¹

Digamos, pues, con Bossuet:—“Debe ser mas que un hombre el que á través de tantas costumbres, de tantos errores, de pasiones tan complicadas y de tan estrañas fantasías, ha sabido discernir lo justo y fijar con precision la regla de las costumbres. Reformar así al género humano es dar al hombre la vida racional; es una segunda creacion, mas noble en cierto modo que la primera. Cualquiera que fuese el gefe de esta reforma saludable para el género humano, debia tener en su auxilio la misma sabiduría que habia formado al hombre la primera vez. En fin, es una obra tan grande, que si Dios no la hubiese hecho, Él mismo envidiaría á su autor.”²

Digamos tambien con Rousseau:—“La santidad del Evangelio habla á mi corazon: ¡cuán pequeños son los libros de los filósofos, con toda su pompa, comparados con él! ¿Dónde habia tomado Jesus entre los suyos esta moral tan elevada y tan pura, de que Él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta sabiduría.”³

Escuchemos, en fin, al mismo Jesucristo dar á su doctrina

1 Conferencias de Nuestra Señora.

2 Segundo sermón, predicado el segundo domingo de Adviento.

3 Emilio.

la sancion de una profética esperiencia:—“Cualquiera, dijo, que escucha las palabras que acabo de decir, y las pone en práctica, es semejante á un hombre sabio que ha construido su casa sobre la roca. La lluvia ha caido, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y no han podido derribarla, porque habia sido erigida sobre la roca. Pero cualquiera que escucha las palabras que acabo de decir, y no las pone en práctica, es semejante á un insensato que ha construido su casa sobre la arena. Ha caido la lluvia, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y ella se ha desplomado, y grande ha sido su ruina.¹”

CAPITULO XV.

La vida que emana de la Cruz.

Aquí es donde esperamos al racionalismo. Fácil es todavía á un sabio inventar un sistema moral cualquiera, y despues prosternarse ante su misma obra diciendo: “Yo he encontrado la verdad.” Pero hay otra cosa menos fácil, y es primeramente la de hacer participar á los demas de las propias creencias, de inspirarles la fé en el sistema que se ha inventado; y en segundo lugar, dar vida á ese sistema, sosteniéndole en pié, conservándole intacto en medio de interpretaciones diversas, y á pesar de la potencia corrosiva y destructora del tiempo; lo es, en fin, y sobre todo, el de dotarle de verdaderos caracteres de vida, de manifestaciones

¹ San Mateo, cap. 7.

exteriores que revelen la fé interior; lo es conducir las voluntades á practicar libremente el sistema, y por solo la fuerza de la persuasion.

El plan del cristianismo con todas sus armonías y sus relaciones profundas, no habria podido ser concebido nunca por una cabeza humana; pero admitiendo que hubiese podido serlo, no habria podido darlo á luz: si hubiera salido del cerebro de su autor, habria sido como la república de Platon, una simple teoría escrita en un papel. Envanézcase cuanto quiera el racionalismo de haber descubierto la verdad, de haberla enseñado al mundo; lo dejaremos pavonearse en su ridículo orgullo, pero que no venga á decirnos: “Yo soy el padre de la fé, yo he conservado la verdad pura de toda mancha, yo la he pasado á las obras, le he inspirado el soplo de vida,” porque toda la historia se levantará y protestará contra esta audaz mentira. “Desde Tales, diria por la boca misma de Voltaire, hasta los mas quiméricos racionalistas y hasta sus plagiarios, que ningun filósofo ha influido, ni aun en las costumbres de la calle donde vivia.”

No sucede así con Jesucristo: si Él ha sabido trazar á la libertad su camino y volver á la inteligencia la verdad, sabrá tambien por la virtud de su sangre divina, derramada sobre la cruz, hacer descender la vida á los corazones y animarlos con una nueva fuerza. Esta fuerza será incalculable, porque ella resultará de los agentes mas poderosos sobre la voluntad humana, la fé, la esperanza, la caridad, el ejemplo, y sobre todo, la influencia, el atractivo de Dios, la gracia. La fé sola, segun la palabra de Jesucristo, bastaria á trastornar la naturaleza; ¿qué maravillas no producirá ella cuando obre de concierto con todos los demas agentes? Pero estos agentes de un poder tan admirable no están al alcance del hombre, Dios solo los tiene; el Hijo de Dios podia únicamente tenerlos á su disposicion. Hé ahí por qué aun cuando un genio, un ángel si se quiere, hubiese traído la verdad

la sancion de una profética esperiencia:—"Cualquiera, dijo, que escucha las palabras que acabo de decir, y las pone en práctica, es semejante á un hombre sabio que ha construido su casa sobre la roca. La lluvia ha caido, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y no han podido derribarla, porque habia sido erigida sobre la roca. Pero cualquiera que escucha las palabras que acabo de decir, y no las pone en práctica, es semejante á un insensato que ha construido su casa sobre la arena. Ha caido la lluvia, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y ella se ha desplomado, y grande ha sido su ruina.¹"

CAPITULO XV.

La vida que emana de la Cruz.

Aquí es donde esperamos al racionalismo. Fácil es todavía á un sabio inventar un sistema moral cualquiera, y despues prosternarse ante su misma obra diciendo: "Yo he encontrado la verdad." Pero hay otra cosa menos fácil, y es primeramente la de hacer participar á los demas de las propias creencias, de inspirarles la fé en el sistema que se ha inventado; y en segundo lugar, dar vida á ese sistema, sosteniéndole en pié, conservándole intacto en medio de interpretaciones diversas, y á pesar de la potencia corrosiva y destructora del tiempo; lo es, en fin, y sobre todo, el de dotarle de verdaderos caracteres de vida, de manifestaciones

¹ San Mateo, cap. 7.

exteriores que revelen la fé interior; lo es conducir las voluntades á practicar libremente el sistema, y por solo la fuerza de la persuasion.

El plan del cristianismo con todas sus armonías y sus relaciones profundas, no habria podido ser concebido nunca por una cabeza humana; pero admitiendo que hubiese podido serlo, no habria podido darlo á luz: si hubiera salido del cerebro de su autor, habria sido como la república de Platon, una simple teoría escrita en un papel. Envanézcase cuanto quiera el racionalismo de haber descubierto la verdad, de haberla enseñado al mundo; lo dejaremos pavonearse en su ridículo orgullo, pero que no venga á decirnos: "Yo soy el padre de la fé, yo he conservado la verdad pura de toda mancha, yo la he pasado á las obras, le he inspirado el soplo de vida," porque toda la historia se levantará y protestará contra esta audaz mentira. "Desde Tales, diria por la boca misma de Voltaire, hasta los mas quiméricos racionalistas y hasta sus plagiarios, que ningun filósofo ha influido, ni aun en las costumbres de la calle donde vivia."

No sucede así con Jesucristo: si Él ha sabido trazar á la libertad su camino y volver á la inteligencia la verdad, sabrá tambien por la virtud de su sangre divina, derramada sobre la cruz, hacer descender la vida á los corazones y animarlos con una nueva fuerza. Esta fuerza será incalculable, porque ella resultará de los agentes mas poderosos sobre la voluntad humana, la fé, la esperanza, la caridad, el ejemplo, y sobre todo, la influencia, el atractivo de Dios, la gracia. La fé sola, segun la palabra de Jesucristo, bastaria á trastornar la naturaleza; ¿qué maravillas no producirá ella cuando obre de concierto con todos los demas agentes? Pero estos agentes de un poder tan admirable no están al alcance del hombre, Dios solo los tiene; el Hijo de Dios podia únicamente tenerlos á su disposicion. Hé ahí por qué aun cuando un genio, un ángel si se quiere, hubiese traído la verdad

á los hombres, no habria hecho nada por su regeneracion; porque el espectáculo de la verdad no tenia sobre ellos, por sí mismo, bastante poder para sacudir su indiferencia, ó para vencer las resistencias de su mala voluntad. *Video meliora proboque, deteriora sequor.*

El mas grande milagro del cristianismo es haber comunicado la vida y la fuerza al corazon humano; vida y fuerza que nacen desde luego de la fé. Se sabe qué de prodigios puede obrar la fé puramente humana; ¡cuántos obstáculos ha hecho vencer, cuántos peligros ha hecho despreciar, y cuántas gloriosas empresas, reputadas como imposibles, han sido coronadas del mas brillante suceso! ¡Pues cuánto mas poderosa será la fé divina! San Pablo con un ardor atrayente, exalta en su epístola á los hebreos el valor sublime, la paciencia heroica que los Santos del Antiguo Testamento habian sacado de las inspiraciones de su fé, las obras maravillosas que con su auxilio habian ejecutado; y Jesucristo nos asegura, que teniendo fé, aunque no sea sino como un grano de mostaza, podremos trasportar las montañas. Los apóstoles asimismo, en el sentimiento de su debilidad, le dirigian continuamente esta súplica: "¡Señor, aumenta en nosotros la fé!"

En la convicción firme é inmutable reside el principio de la omnipotencia, y los corazones que no están animados no concebirán ni ejecutarán nunca nada grande ni generoso. Pero en las cosas morales ninguna convicción que no sea la de la fé cristiana descansa sobre bases inmutables. ¿Qué es, pues, la fé cristiana? Segun el grande Apóstol, *la fé cristiana es la realidad de la esperanza y la prueba de lo invisible.*¹

Esta sencilla definicion suministra la base de todos los racionios que tienden á establecer, que de Dios solo en el órden moral y no de los hombres, dimana la verdadera fé. Toda verdad no produce irresistiblemente la fé sino cuando viene á ser visible; en tanto que permanece en las altas re-

¹ Epíst. á los hebreos.

giones de la metafisica, cada uno se siente con el derecho de rechazarla, y si quiere hacerse necesariamente aceptable, necesita descender á las regiones inferiores de la práctica; que se la vea, que se la toque, que se haga sentir en sus resultados.

Si un químico, por ejemplo, anuncia que en virtud de las propiedades de ciertos cuerpos que designa, deben resultar tales ó cuales efectos de su amalgama, aun cuando su teoría sea ciertísima, no se le dará fé completa, se suspenderá el juicio, hasta que reiteradas y decisivas esperiencias hayan hecho patente la verdad á todos los ojos.

En todas las escuelas se ha disertado en todos tiempos largamente sin llegar á entenderse nunca sobre el *criterium* de certidumbre. En nuestro concepto, la bella definicion de la fé dada por San Pablo, y que acabamos de citar, esclarece del todo esta cuestion. Si lo invisible, en efecto, es el objeto de la fé, lo visible solo es de la competencia de la certidumbre humana. Así pues, mientras mas visible sea una verdad, así tambien en proporcion será la convicción de su realidad. Resulta de ahí la impotencia de la filosofia de establecer una asercion irrecusable con relacion á las teorías, que no pueden nunca dejar de ser teorías, ó que no permitan por una esperiencia fácil é inmediata, examinar las verdades que en ellas se anuncian. En vano el mas elocuente de los filósofos se esforzaria en demostrar por medio de brillantes racionios, la naturaleza de Dios, la naturaleza del hombre, y los destinos futuros; aun estando subyugado por la fuerza é incontestabilidad de sus pruebas, yo tendria siempre el derecho de decirle: ¡le habeis visto? ¡le habeis experimentado? ¿Qué sabeis si todas esas brillantes concepciones no son mas que un sueño de vuestra imaginacion? A pesar mio me veria perseguido por la duda, y no podria, por solo la palabra de ese hombre, prestar fé á lo invisible que me predicaba.

Lo hemos dicho ya, y lo repetiremos aún; la ciencia mo-

ral se deriva de lo invisible: es, pues, imposible á la razon humana el fundarla; la filosofia humana no fijará nada con relacion á la fé, y jamas por consiguiente podrá encender las almas con el soplo de vida. Pero si el hombre rehusa dar fé al hombre que le propone lo invisible, no vacila en dársela á Dios, inteligencia soberana, que no necesita recurrir á los artificios del método para descubrir la verdad, que no la juzga por los resultados, sino que vé eternamente lo que es, contemplando su propia esencia.

Si Dios habla, aun cuando sea sobre cosas invisibles, habla de cosas que le son conocidas, y es un deber escucharle y creerle. Allí obra el poder de fé inherente á la palabra de Jesucristo. "Mi Padre y Yo, ha dicho, no somos mas que uno: Yo soy Dios, Yo soy la verdad." Con todo, no pide que se le crea sobre su palabra, y dá á este dogma, base de toda la fé que reclama, el carácter de certidumbre propio para hacerle admitir por el espíritu humano, es decir, la *visibilidad*.

"Si yo no hago las obras de mi Padre, decia, no me creais; pero si las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras." A los que tenian la dicha de oirle, los prodigios admirables renovados incesantemente eran la prueba viva, la manifestacion visible de su divinidad; y á aquellos que en lo sucesivo debian ser llamados al conocimiento de su doctrina, les estaban reservados testimonios eternamente visibles, en el cumplimiento de las profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento; en la narracion de los milagros sancionada por la historia, por las consecuencias, por la sangre de los apóstoles, por la confesion de los judíos y de los paganos; en la propagacion maravillosa del Evangelio; en la belleza divina, la necesidad, y los saludables efectos de la moral que enseña.

Así es como la verdad de la revelacion cristiana ha sido asentada doblemente para el presente y para el porvenir,

1 San Juan, cap. 10.

sobre la certidumbre humana de la visibilidad: es un hecho palpable, que se comprueba siempre, y que no se puede ya poner en duda; como la existencia de cualquier otro hecho material debidamente demostrado y susceptible de una continua inspeccion. A esta fé inferior, se añade ademas la fé superior, es decir, la creencia en Aquel que por sus obras se ha mostrado superior á la humanidad, y se ha declarado Dios; creencia que hace aceptar con ardor, sin sombra de duda, su palabra celestial, que no permite se vacile en confesarla, en practicarla, en todas circunstancias, á cualquiera costa, á pesar de las amenazas, de los tormentos y aun de la muerte.

Frecuentemente hemos oido hacer este raciocinio: el cristianismo no descansa sobre una certidumbre mas perfecta, que la certidumbre filosófica; porque, lo mismo que la filosofia, propone sus pruebas á la razon, para que las examine y las discuta, y no se rinde sino hasta tanto que ella está convencida de su fuerza; de suerte que en definitiva, filosofia y religion revelada vienen á someterse á la razon humana, y no se apoyan igualmente sino sobre esta misma y única base.

Lo que hemos espuesto antes debe hacer presentir fácilmente nuestra respuesta. Hemos dicho, en efecto, que la razon humana se ejercia sobre dos especies de objetos, los objetos visibles y los objetos invisibles: los objetos visibles son de su resorte, y ella los alcanza infaliblemente. Se consideraria como un loco al que rehusase creer en la existencia de las cosas materiales que le rodean. Así todas las ciencias que, como la fisica, la química, la zoología &c., se ejercen sobre lo visible, están marcadas con el sello de la certidumbre infalible, es decir, de la unidad. No sucede lo mismo con los objetos invisibles: la razon no los alcanza sino por hipótesis ó raciocinios, cuyo valor no puede conocer fijamente: es porque la duda permanece, la certidumbre no es completa; y las ciencias que resultan de esas concepciones

puramente abstractas, que la experiencia no viene á asegurar jamas, flotan sin consistencia al viento de todas las opiniones, al capricho de todos los espíritus. Así lo visible se apoya con toda seguridad en la razon humana, mientras que lo invisible no encuentra sólido fundamento. En esto es en lo que consiste la diferencia de certidumbre que existe entre el cristianismo y la filosofia. El primero se establece por la razon en el órden de lo visible, es decir, sobre hechos siempre preexistentes y siempre comprobables, á lo menos históricamente, tales, por ejemplo, como las tradiciones, las profecías, los milagros, la propagacion, la belleza y los resultados de la doctrina. Estos hechos, lo mismo que los fenómenos de la naturaleza, conducen á sus leyes, anuncian infaliblemente un revelador celestial, y la fé en este revelador, viene á ser la prueba irrefragable de lo que no aparece á la vista humana. *Fides est argumentum non apparentium.*

“La razon, ha dicho Fontenelle, conduce al hombre hasta una entera conviccion de las pruebas históricas de la religion cristiana; despues que le entrega y le abandona á otra luz, no contraria, pero sí del todo diferente é infinitamente superior.” Tal es la naturaleza de la certidumbre cristiana: ella está asentada, como hemos dicho, sobre una doble base; sobre la razon humana que prueba lo visible, y sobre la razon divina á la que aquella nos conduce, y que revela lo invisible.

Todo al contrario, la filosofia no hace distincion alguna de lo visible á lo invisible; pretende que lo uno y lo otro están en la competencia de la razon humana; enseña, por consecuencia, lo que vé y lo que no vé, y dá el resultado de sus sueños ó de sus sofismas por la espresion pura de la verdad; pero no estando ninguno obligado á obedecer lo que ella enseña, sus innumerables sistemas, sin cesar derribados, no se levantan un momento sino para volver á caer con mas grande ruina.

No era todo, sin embargo, el haber hecho la doctrina cristiana digna de fé, era tambien necesario conservarla pura en toda la sucesion de los siglos, inspirar en ella el principio eterno de vida que la preservase para siempre de la corrupcion de que estaba amenazada descendiendo á la tierra. ¿Bastaba para esto promulgarla en el lenguaje frágil de los hombres? ¿confiarla á la letra muerta de un libro? No, no: si Jesucristo para espresar las verdades celestiales se ha servido del lenguaje humano, tan pobre é imperfecto, es porque era necesario para ser entendido de los hombres; si dejó confiar á la escritura su palabra sagrada, era á fin de recordarla mas fácilmente á la memoria de todos; pero Él sabia que si su doctrina, envuelta en una vestidura terrestre, permanecia sola á merced de las débiles inteligencias humanas, muy pronto no quedaria de ella ni una sola máxima en pie, y quiso tambien acompañarla, guardarla y defenderla en la persona de sus apóstoles y sus sucesores. “Todo poder, les dijo, me ha sido dado en el cielo y en la tierra; como mi Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros: Id, é instruid á todas las naciones; *Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* El Espíritu Santo que yo os enviaré, *os hará acordaros de toda la verdad.* Y tú, Pedro, cuando te hayas transformado, afanzarás en la fé á tus hermanos; porque tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.”

Así, pues, la Iglesia, no es una reunion de hombres fáciles; es Jesucristo mismo quien habla y quien enseña, es la verdad eternamente viva y visible. La Iglesia es la madre única de la fé: ella sola, durante toda la sucesion de los tiempos, tendrá el dón de hacerla brillar en las almas, por la fuerza y el sacrificio; fuera de ella no habrá mas que dudas, turbaciones, incertidumbres, divisiones, y por consiguiente, debilidad, corrupcion y destruccion: porque allí donde la fé falta, vanamente buscaréis energía, union y una vigorosa resistencia á la incesante invasion del mal.

Después de la Fé viene la Esperanza, hija de la Fé, y que hereda la poderosa influencia de su madre; porque como ella, imprime por su virtud una prodigiosa impulsión al corazón humano; como ella, para llegar á alcanzar la recompensa esperada, infunde el valor en los trabajos, en los sufrimientos y en los peligros. Jesucristo no ha descuidado este enérgico estimulante de la voluntad; Él ha prometido á los que practicaren su doctrina los bienes de la vida presente y de la vida futura. "Si permanecéis adheridos á mi palabra, dijo, la verdad os hará libres. No hay persona que habiendo dejado todo por mí, no haya recibido el céntuplo desde esta vida, y en el siglo futuro la vida eterna." A la promesa de las recompensas se reune también la amenaza de los castigos; y de esas dos esperanzas combinadas, forma una sola esperanza, que tiene el alma sin cesar despierta, y no le permite permanecer indiferente, colocada así en la terrible alternativa de una sentencia de bendición, ó una maldición eterna. Porque en el último día, cuando el soberano Juez aparezca, dirá á los buenos: "Venid los benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo;" y á los malos: "Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que ha sido preparado por Satanás y por sus ángeles."

¿Quién podrá desconocer la saludable influencia que estas amenazas y estas promesas deben ejercer en las almas, convencidas de que salen de la boca de un Dios? Terror y freno del malvado, las amenazas de una eternidad espantosa, son las furias vengativas que le persiguen con el aguijón de los remordimientos, emponzoñan el placer de sus acciones criminales, y le guían al arrepentimiento. Alegría y apoyo del justo, las promesas le sostienen en el espinoso sendero de la virtud, le consuelan en el infortunio, dulcifican sus pasajeros dolores, y le hacen dichoso aun en medio de las más duras pruebas. "Sin duda, ha dicho Mr. de Chateaubriand, fué revelada por el cielo esta religion, que hace una virtud

de la esperanza! Esta nodriza de los desgraciados, colocada cerca del hombre como una madre cerca de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende á su pecho inagotable, y le alimenta con una leche que calma sus dolores. Ella vela á la cabecera de su lecho solitario, y le adormece con sus mágicos cantos.¹"

Menos todavía que de la fé, la filosofía puede disponer de la esperanza. Si por medio de hábiles sofismas llega á imponer á los espíritus débiles mentirosos sistemas, ¿qué bienes bastante deseables puede prometerles? ¿con qué castigos bastante terribles puede amenazarlos? El presente no le pertenece y el porvenir está fuera de su poder. Ella lo ha comprendido: así, lejos de haber querido producir vanamente la esperanza, ha creído más útil á sus fines arrancarla de los corazones. El filósofo Rousseau le reprocha este crimen con la más viva indignación: "Huid, dice, de los que bajo el pretexto de explicar la naturaleza, siembran en el corazón del hombre desconsoladoras doctrinas: trastornando, destruyendo, hollando todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; ellos arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud; ¡y se vanaglorían sin embargo de ser los bienhechores del género humano!"²

"Estas tres cosas, dice el Apóstol San Pablo, la fé, la esperanza y la caridad, moran sobre la tierra; pero de las tres la caridad es la más excelente."³ En efecto, la fé y la esperanza comunican á la voluntad un impulso que viene de lo exterior, en tanto que el amor es la vida propia del corazón. Así como el Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, completa la augusta Trinidad, hace el lazo de unión y corona todas sus obras santificándolas; el amor del mismo modo com-

1 Genio del Cristianismo.

2 Emilio.

3 I. Corintios, cap. 13.

pleta la trinidad del alma humana, y la eleva hasta la dignidad de imagen de Dios, dándole ese tacto esquisito, esa fibra delicada que siente en las otras, que hace vivir en su vida, gozar en su dicha, sufrir en su sufrimiento; que une, en fin, deliciosamente al hombre con Dios, con sus semejantes, y consigo mismo. ¿Qué sería el mundo sin el amor, sino un vasto caos donde se agitarían sin orden, sin enlace y sin dicha, multitud de individualidades, siempre estrañas las unas á las otras? La potencia sola, primer elemento de los seres, es bruta y ciega; es la roca que se precipita desde lo alto de la montaña, destruyéndolo todo á su paso; la potencia, unida á la inteligencia, forma el segundo grado de perfeccion, y realiza acciones ordenadas, pero desnudas de sensibilidad: es la máquina, que machaca con la misma precision el grano de trigo y la cabeza humana; en fin, la potencia, maravillosamente combinada con la inteligencia y el amor, es Dios, soberana perfeccion, y es tambien el hombre, imagen de Dios, cuyo brazo se detiene ante la criatura sensible, cuyo corazon se compadece de los dolores de otro, cuya conciencia vé el mal y le odia, vé el bien y le ama, y aspira á él con ardor.

El amor es, pues, el principio del movimiento moral, y el móvil esencial del corazon: por lo mismo nada es mas fuerte, nada mas impetuoso, nada mas atrayente que el amor. "El amor, dice la Escritura, es poderoso como la muerte, y el celo del amor es inflexible como el infierno."¹ "Hay alguna cosa grande en el amor, dice á su turno el piadoso autor de la Imitacion; es un bien mayor que todos los bienes. El que ama, corre, vuela, está contento, es libre, y nada le detiene. Nada es pesado, nada es costoso para él; intenta mas de lo que puede, y nunca pretesta imposibilidad. Ninguna fatiga le cansa, ningunos lazos le sujetan, ningunos temores le turban. A causa de esto lo puede todo, y realiza

¹ Cantic. de los Cant., cap. 8.

muchas cosas que fatigan y desfallecen vanamente al que no ama.¹"

Esta fuerza incalculable del amor, Jesucristo, ha querido aplicarla tambien al servicio de su doctrina. "Yo he venido á traer el fuego sobre la tierra, dijo, y mi mayor deseo es verla encendida." Todo el cristianismo descansa sobre el amor: Dios es el amor; el amor es el principio de la redencion; la ley cristiana descansa sobre el amor; los discípulos de Cristo se reconocieron en el amor que tenían los unos á los otros, y la bienaventuranza del cielo será la inefable union de las almas en los goces puros de un amor eterno. Pero mientras un móvil es mas poderoso, más necesita estar regularizado; si está dirigido sobre una línea falsa, tal como un rio desbordado, lejos de llevar la vida en su camino, llevará el estrago y la desolacion. Así es como el amor humano le ha corrompido y desviado de su primer fin; ninguna pasion ha ido mas fecunda en crímenes y en dolores. Jesucristo no se ha contentado con reanimarlo en los corazones, sino que lo ha enderezado, lo ha vuelto á su senda, y lo ha hecho convertirse en provecho del bien, depurándolo, dirigiéndolo hácia el cielo, y trasportándolo de nuevo al Creador. El amor cristiano es la caridad, amor de Dios sobre todo y amor de todo en Dios. Las mas vivas, las mas tiernas afecciones del corazon, se elevarán hácia el principio de la belleza suprema; allí se dilatarán y se purificarán de toda mancha, se espiritualizarán y volverán á la tierra castas, enérgicas, apasionadas, como una lluvia bienhechora y fecunda, como un bálsamo impregnado de la virtud divina. Por todas partes la caridad ve á Dios; por Dios es por quien consuela al pobre, por quien vela á la cabecera del enfermo, por quien visita al prisionero, por quien lleva la fé á las regiones bárbaras; por Dios es por quien acepta la carga del deber, soporta el peso de los sufrimientos mas crueles, ama hasta á los enemigos, hace violencia á los sentidos, corre á

¹ Imitac., 1, 3, 5

los tormentos y á la muerte; y en esta idea sublime, ella saca de sí misma un vigor sobrenatural, que escede á las fuerzas del amor humano con toda la distancia que hay del cielo á la tierra; un vigor que nada rehusa, que nada le detiene, que se manifiesta por actos que el mundo juzga algunas veces insensatos, tanto son superiores á las frías concepciones de su miserable egoismo; y porque allí, donde no percibe nada, donde no siente nada, la caridad busca y encuentra á Dios, siempre bueno, siempre hermoso, siempre digno de los mas ardientes deseos del corazón. "El amor de Jesus, dice tambien la Imitacion, es generoso, hace emprender grandes cosas, y escita siempre á lo que hay de mas sublime y perfecto. Este amor aspira á elevarse, y no se deja detener por ninguna mira terrestre. Este amor quiere ser libre y desembarazado de toda afeccion mundana, á fin de que sus miradas penetren hasta Dios sin obstáculos, y que no sea ni retardado por los bienes ni abatido por los males del tiempo. El da todo para poseerlo todo, y posee todo en todas las cosas, porque arriba de todas las cosas descansa en el único Sér soberano y eminentemente perfecto de quien todo bien emana y procede.¹"

A los santos únicamente ha sido descubierto el secreto de hablar dignamente de las cosas santas; así, pues, ninguno habló jamas como el grande Apóstol de la caridad, de la que su corazón se sentia tan abrasado; ninguno trazó con mas acierto el cuadro admirable de las virtudes que ella encierra. "La caridad, dice, es paciente, es dulce y bienhechora. Ella no es envidiosa, temeraria y precipitada; ella no se hincha de orgullo. Ella no es desdeñosa, no busca sus propios intereses, ni piensa el mal, ni se regocija de la injusticia; pero sí se regocija de la verdad, tolera todo, espera todo, sufre todo. Las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, la ciencia será abolida . . . la caridad no acabará jamas!" Y poseido de un ardiente entusiasmo, esclama: "Aun cuando yo

1 Imitac., 1, 3, cap. 5.

hablara todas las lenguas de los hombres, y aun la de los ángeles, si no tenia caridad seria lo mismo que un bronce sonoro y un címbalo retumbante. Aun cuando tuviese el dón de profecía y la inteligencia de todos los misterios; aun cuando poseyera todas las ciencias y tuviera toda la fé posible hasta trasportar con ella las montañas, si no tenia la caridad, no seria nada. Y aun cuando distribuyera todos mis bienes para alimentar á los pobres, y entregase mi cuerpo á las llamas, si no tenia la caridad, todo esto no me serviria de nada.¹"

Es necesario que la filosofia renuncie á producir jamas en las almas no solo la virtud, sino aun la idea de la virtud que acaba de celebrar el Apóstol. Podrá, si se quiere, por medio de palabras elocuentes, de cuadros interesantes, escitar emociones pasajeras, despertar sensibilidades dispuestas á la exaltacion, provocar el beneficio de la piedad, del orgullo, del temor ó del cálculo, inflamar la hoguera de las pasiones, pero no encenderá nunca el fuego celestial de la caridad. Dificilmente aun el hombre sensato se deja ya seducir por el nombre de sistemas indecisos y exentos de fé, de doctrinas perpetuamente hostiles y divergentes, cuando aun los mismos filósofos se ven obligados á confesar que su ciencia es vana y que no descansa sobre ninguna base sólida. Por último, ¿cómo podria la caridad ser hija de hombres tales como los que nos ha descrito Rousseau en estas palabras? "He consultado á los filósofos y los he hallado orgullosos, afirmativos, dogmáticos, aun con su pretendido escepticismo: no ignorando nada, ni probando tampoco nada, se burlan los unos de los otros; y en este punto, comun á todos, me parece que es el único en que tienen razon. Triunfantes cuando atacan, son siempre débiles al defenderse. No tienen razones sino para destruir; y no se ponen de acuerdo sino para disputar."

Quando se quiere inspirar una virtud, es necesario por lo menos dar el ejemplo; y esto es lo que los filósofos, como se

1 I. Epíst. á los corintios, cap. 13.

ha visto, no están siempre dispuestos á hacer. Disertarán, tal vez, admirablemente sobre el deber, pero á esto se limitarán comunmente sus esfuerzos, y rara vez se les verá poner en obra sus máximas. Jesucristo por el contrario: antes que la doctrina hace pasar la práctica: *cæpit facere et docere*, y sus divinos ejemplos han venido á corroborar todas las virtudes que nos ha predicado. Él mismo nos lo advierte: "Yo os he dado el ejemplo, dice, á fin de que obréis á vuestro turno lo mismo que yo." Desde el establo de Bethlehem hasta los tormentos del Gólgatha, su vida ha sido la realizacion mas perfecta del Evangelio; así despues de este libro divino, el libro mas bello que ha salido de manos de los hombres, es aquel en que Jesucristo se nos propone por modelo á nuestra imitacion. La mision del Hijo de Dios tenia, como hemos visto, un doble objeto: borrar desde luego la mancha del pecado original, y neutralizar en seguida los efectos del germen de corrupcion que habia sido depositado en nuestra naturaleza. De estos dos resultados, el primero se ha obtenido infaliblemente por solo la efusion de su sangre preciosa sobre la cruz; el segundo no puede serlo sino por el concurso de nuestra voluntad unido á sus méritos, y por el uso de los medios cuya eficacia nos ha revelado, es decir, el espíritu de sacrificio y de abnegacion. Este remedio repugna sin duda á la naturaleza sensible, y la hace retroceder llena de terror: Él mismo lo ha experimentado cuando en el jardin de los Olivos exclamó en medio de sus angustias: "¡Padre mio, que se aparte de mí este cáliz!" Entretanto, era necesario que la humanidad bebiese este cáliz; y por eso resignándose á la voluntad de su Padre, Él lo ha apurado para darnos el ejemplo y animarnos; ha apurado hasta las heces el amargo pero saludable brebaje. Jesucristo ha renunciado completamente á sí mismo para dedicarse á nuestra salvacion: jamás se le vió ocuparse de su persona, ni buscar los honores, los placeres, y las riquezas de este mundo: su alimento es cumplir los designios de Aquel que le ha en-

viado; este es el objeto constante de su solicitud. Él no omite ningun cuidado, fatiga ni trabajo, y cuando, en fin, llega la hora de su terrible sacrificio, se deja clavar en la cruz como un cordero, y se resigna, sin quejarse, á todos los sufrimientos por la salvacion del género humano.

En la tierra, sin embargo, habrá siempre pobres, enfermos y desgraciados. Ellos encontrarán su rehabilitacion y el consuelo de sus almas en la doctrina y en las promesas de Jesus; pero ¡qué rehabilitacion mas noble, qué consuelo mas celestial para ellos, que el de ver á un Dios descender á la tierra, pobre y paciente, para honrar la pobreza y divinizar el sufrimiento! ¿Quién se atreverá todavía á despreciar al pobre, cuando Jesucristo lo ha amado; cuando Él ha nacido, ha vivido y ha muerto pobre? ¿Quién se atreverá á sostener que la pobreza es incompatible con la dignidad del hombre, cuando el Hombre-Dios la ha revestido del mas sublime carácter?

¿Quién no se sentirá atraído hácia todo el que sufre, cuando se vé á Jesucristo tender una mano compasiva á todos los desgraciados, cuando se le oye llamarlos sus hermanos y amigos, y proclamar que todo lo que se hace por ellos lo mira como si se hiciese por Él mismo? ¿Y cómo los que la Providencia somete á las duras pruebas de la vida, se atreverán á murmurar, si se ponen á contemplar el suplicio de Aquel que, víctima voluntaria del pecado, sufre en silencio las ignominias y los dolores de la cruz? ¿Cómo no se resignarán, si sienten correr en su corazon, cual un dulce bálsamo, estas consoladoras palabras, que un dia de nefasta memoria el sacerdote dirigió al rey mártir al pié del cadalso:—"No rehuseis ni la última humillacion, porque es un rasgo mas de semejanza con vuestro Divino Maestro."

"Supongamos, predicaba Bourdaloue, que el Hombre-Dios, en vez de la cruz, hubiese escogido para salvarnos las dulzuras de la vida; ¿qué ventaja habria sacado de esto nuestro amor propio, fuente de toda corrupcion, y hasta

qué punto no habría prevalecido en ella? ¿Habría podido yo entonces pedirlos, como lo hago ahora, la mortificación de los sentidos, el martirio de la carne, la renuncia de vosotros mismos, la humildad de la penitencia? ¿Me escucharíais acaso? La sola idea de vuestro Dios rodeado del brillo de los honores y en medio de los placeres, ¿no sería una preocupación invencible contra todas mis razones? ¿Qué fuerza, por el contrario, el ejemplo de un Dios moribundo sobre una cruz, no dá á mi ministerio y á mis palabras? ¿Y con qué autoridad no puedo deciros, que es necesario que seais humildes, pacientes, desprendidos del mundo, lo que del otro modo no habría dicho sino temblando, y desesperando de ser creído.¹”

Jesucristo, en efecto, ha sido el modelo de todas las virtudes. Desde su infancia era obediente á sus padres, y se le veía crecer en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres. Su juventud se pasó en los humildes y penosos trabajos del taller de un pobre artesano, y cuando hubo llegado el momento de comenzar su mision redentora, Él ofreció á la tierra el perfecto ideal de la belleza moral, á que solo un Dios podia llegar. En todas sus acciones se vé resplandecer la bondad, la ternura, la paciencia, la indulgencia, la humildad; vive haciendo el bien, aliviando todas las dolencias, compadeciendo todas las desgracias, perdonando todas las flaquezas, y su último suspiro, en medio de los ultrajes de sus verdugos, es un suspiro eternamente adorable de clemencia y de amor. “¡Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen!” ¡Ah! sí; la muerte de Sócrates ha sido la muerte de un sabio, pero la vida y la muerte de Jesus han sido las de un Dios!

Cuando en lo mas fuerte de la pelea, el general se lanza á la cabeza de sus soldados, los mas cobardes recobran el valor, y se precipitan en su seguimiento, á través del hierro y del fuego sin mirar á los peligros, sino solo en la gloria del

1 Sermon sobre la Pasion.

triunfo: en el rudo combate de la vida, Jesucristo, con la cruz sobre los hombros marcha al frente de nosotros; ¿podríamos quedarnos atras? Por mas débiles y tímidos que seamos, ¿podremos retroceder y rehusar el seguirle en esa senda que nos señala? ¿no tendrá en nosotros ninguna fuerza, ningun poder su ejemplo?

Pero los medios de influencia cristiana sobre la voluntad humana no están agotados; el Hijo de Dios tiene todavía reservado un cordial divino, destinado á reanimar nuestras abatidas fuerzas y á revivir nuestro corazon desfallecido: este cordial divino es la gracia.

La gracia, segun los teólogos, es un don gratuito y sobrenatural que Dios nos hace para ponernos en relacion con la felicidad eterna, ó de otro modo, con el fin para que hemos sido criados. San Agustin la define de este modo: una inspiracion del amor divino, para hacernos practicar por este santo amor el bien que conocemos. Pascal dice que Dios es una cosa sensible al corazon; Leibnitz ha establecido la concupiscencia del bien, destinada á contrapesar la concupiscencia del mal; y ya la opinion del célebre filósofo la habia anticipado el autor de la Imitacion, en este admirable capítulo, en que hace el paralelo de los movimientos de la concupiscencia y de los movimientos de la gracia. “La naturaleza, dice, se inclina hácia las criaturas, hácia las vanidades, hácia la carne; la gracia eleva á Dios, escita á la virtud, aparta de las criaturas, huye del mundo, odia los deseos carnales.¹” Así la naturaleza, tal como la ha hecho el pecado, no tiene bastante inclinacion al deber; ella se siente, por el contrario, vivamente inclinada al mal. Por esto los apóstoles cuando oyeron promulgar la moral evangélica, espantados de las dificultades que presentaba y desesperando poder superarlas jamas, exclamaron llenos de angustia: “¿Quién podrá salvarse?” Pero su Maestro, siendo Dios, les respondió como Dios:

1 Imit., III, cap. 4.

llo de la necesidad, y destituidos del carácter moral, no; ella le ha conservado su dignidad de agente responsable, de un sér libre y señor de su suerte, pudiendo obedecer, segun su eleccion, á las sugestioncs del mal, ó á las inspiraciones del bien. Esto es lo que hace necesario en la tierra el reino de Jesucristo; porque si los hombres, como lo demuestra demasiado la historia lamentable de su antigua depravacion, si los hombres, decimos, estuviesen abandonados sin ningun sosten á los solos recursos de su naturaleza, sucumbirian inevitablemente á la seduccion del mal. Es necesario, por lo mismo, que Jesucristo no deje de tenderle una mano compasiva, que sea su guia, su apoyo, su rey, en todos momentos y por todo el resto de los siglos. Así, antes de volverse á su Padre, prometió no dejarnos huérfanos, sino venir otra vez hácia nosotros. Él ha mantenido su promesa; y aunque su presencia no se manifieste visiblemente á nuestros ojos, la sentirémos en esa atraccion que debe ejercer en nuestra alma, haciéndose en ella sensible, por la influencia de la gracia. Esta influencia celeste inducirá nuestra voluntad al bien, neutralizando la concupiscencia del mal; y de esta suerte lejos de que la gracia disminuya la libertad, ella, por el contrario, la aumentará, restituyendo mas ó menos en el alma, segun su grado, el equilibrio perfecto entre el bien y el mal, ó haciendo inclinar la balanza en favor del bien, que la alma, desembarazada entonces de las malas pasiones, deseará con todas sus fuerzas.

Aunque la gracia sea un don puramente gratuito, aunque Dios pueda concederlo sin ningun mérito de nuestra parte, en este caso, sin embargo, la intervencion humana es mas frecuentemente exigida. Pero para que podamos ponernos en relacion con ella, la gracia, cuya esencia es invisible, tendrá su signo visible, que por un beneficio milagroso la reproducirá representándola.

En las circunstancias principales de la vida, cuando la necesidad de los auxilios del cielo se haga sentir mas vivamen-

te, el hombre no hará mas que colocar el signo saludable, y Dios le abrirá desde luego la abundancia de sus tesoros. Pero los signos de la gracia, que son como los vínculos que ligan á todos los miembros de la familia humana con Jesucristo, su tronco, y le comunican la savia, son en número de siete, y admirablemente dispuestos sobre el camino de la vida. Todos, se reconocerá fácilmente, están en perfecta armonía con el objeto evangélico, tienden á atacar el principio verdadero de nuestra degradacion, el gérmen corruptor ancido del pecado.

Apenas hemos abierto los ojos á la luz, cuando el agua santa, corriendo sobre nuestras frentes, lava nuestra alma de la falta original, la adorna de inocencia, y nos hace pasar de la familia del hombre viejo, á la familia del hombre nuevo, donde, si somos fieles á la gracia que nos ha sido inoculada, permaneceremos fijos para siempre.

Pero muy pronto con la edad se desarrollará el fermento impuro; si la razon crece, las pasiones crecen con ella; entonces el obispo, por la imposicion de las manos, llama el Espíritu de fuerza al corazon del jóven cristiano, y le marca con el signo de la cruz, le unge con el oleo santo, y en seguida le envía armado de este modo á sostener el gran combate de Dios.

Rudos asaltos esperan al soldado de Cristo, terribles golpes se descargarán á su inocencia; él recibirá acaso mortales heridas: todo ha sido previsto. El Divino Médico, tan pronto como haya descubierto la llaga, arrancará el hierro, y administrará el alimento y la bebida celestes, que arrojarán la muerte y renovarán la vida.

Dos estados solamente fijan la existencia del hombre, y le imponen deberes especiales de una nueva importancia: dos sacramentos le santificarán. El matrimonio, consagrado por la bendicion santa, se revestirá á los ojos de los esposos de una dignidad religiosa que les mantendrá en guardia de sí mismos contra la profanacion; y la gracia que recibirán en

él les ayudará á soportar mutuamente sus defectos y á dedicarse á la dicha de su familia.

El órden, por la imposicion de las manos, la uncion santa, las oraciones, y el contacto de los instrumentos del sacrificio, hará descender el poder de lo alto sobre el sacerdote, y le alistará en ese divino ministerio destinado á velar en el consuelo de todos los dolores, en la salvacion de todas las almas, y que debe perpetuar el espíritu de Jesucristo en medio del mundo, á fin de contener los progresos de la corrupcion, por la sal de la doctrina y de las virtudes evangélicas.

En fin, cuando llega para el cristiano el momento fatal en que, despojado de su cubierta terrestre, va á ser llamado al tribunal del Juez soberanamente perfecto, un último sacramento, ungiendo sus miembros con el oleo santo, le fortifica para el último combate, y acaba de purificarle de las manchas que ha contraido en el pernicioso contacto de la carne.

Sin embargo, no es solamente en estas épocas principales de su vida en las que el hombre tiene necesidad del auxilio divino. Delante, detrás, á sus lados el peligro marcha sin cesar con él; la tentacion le asedia; bajo cada uno de sus pasos encuentra un escándalo; el enemigo le persigue sin descanso; la lucha se empeña á cada momento. ¿Cómo hará frente á estos multiplicados ataques, si ninguno viene en su ayuda? Pero la oracion le ha sido aun concedida. Que sus ojos se eleven hácia las montañas santas, que sus manos se estiendan hácia el cielo, que su voz suba á Dios como un grito de alarma, y este Padre tierno, conmovido de los peligros de su hijo, vendrá á socorrerle y animarle. "En verdad os digo, que todo lo que pidiéreis á mi Padre en mi nombre con fé se os concederá."

Tales son los admirables lazos por los cuales Jesucristo ha ligado el cielo con la tierra; tal es el saludable comercio que ha establecido entre la Divinidad y la humanidad. Revelándonos todo la grandeza y la misericordia de Dios, los sa-

cramentos nos revelan á nosotros mismos nuestra propia grandeza, y nos enseñan, que el hombre no es solamente un miserable gusano, abandonado por algun tiempo en el fango del mundo, sino una criatura celeste alejada un momento de su eterna patria, que ella recobrará un dia; pudiendo entretanto desde el fondo de su destierro enviar sus pensamientos, sus suspiros, sus votos, y recibir en cambio una lluvia abundante de bendiciones, de gracias y de consuelos.

Guardémonos, pues, de ese loco orgullo que quisiera aislarnos de las comunicaciones divinas, y desechar la proteccion del cielo, pretendiendo que, sin pedirle nada, el hombre puede bastarse á sí mismo: esta ingrata independencianos será funesta, porque ella nos conducirá directamente á la degradacion y á la ruina.

No olvidemos que Dios solo es el principio de vida; que solo de él la humanidad saca el sér y el movimiento, y que despues de la caída no ha hecho mas que debilitarse y deteriorarse, hasta que la cruz la ha atado á su centro, por el Divino Mediador, que la ha vivificado de nuevo, y lejos del cual, en lo de adelante, ella se secará, y morirá como la rama separada del tronco.

"Yo soy la cepa de la viña, y vosotros sois los renuevos, ha dicho Jesus; si no permanecéis adheridos á mí, no daréis fruto; os secaréis como el sarmiento que se arroja fuera y que se amontona para entregrle al fuego.¹"

1. San Juan, cap. 15.

CAPITULO XVI.

Los primeros soldados de la Cruz.

No era solamente para permanecer inmóvil para lo que la cruz habia sido plantada sobre el Calvario; ella debia ademas marchar á la conquista del mundo. ¿Cuáles son los nobles é intrépidos soldados que combatieron por ella, y que no vacilaron en el intento de someterle todas las naciones? El Evangelio va á hacérselos conocer, refiriendo su eleccion con una indiferente sencillez, no menos desconcertante para las ideas humanas, que lo es la fragilidad de los objetos elegidos comparada con la grandeza admirable del designio á cuyo complemento están destinados.

Jesus marchando á lo largo del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simon y Andrés, que echaban sus redes en el mar porque eran pescadores, y Él les dijo: "Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres."—Yendo mas adelante vió en otra barca otros dos hermanos, Santiago y Juan, con el Zebedeo su padre, que remendaban sus redes, y les llamó. Y ellos, dejando al punto sus redes y á su padre, se pusieron á seguirlo.—Cuando Él pasaba vió á Mateo, hijo de Alfeo, sentado en el despacho de los impuestos, y le dijo. "Sígueme," y Mateo se levantó y le siguió.—Teniendo Jesus el designio de ir á Galilea, encontró á Felipe, y le dijo tambien: "Sígueme." En seguida subió á una alta montaña, y llamó á los que quiso, y ellos vinieron á Él. Así es como escogió doce para estar con Él, y enviarles á predicar. Ahora, hé aquí los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simon, que es llamado Pedro, y Andrés su hermano; Santiago y

Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo, Simon el cananeo y Judas el Iscariote."

Habiéndolos reunido Jesus, les dió el poder de arrojar los espíritus impuros, y de curar toda suerte de dolencias y de enfermedades. Él les envió á predicar, despues de haberles dado las instrucciones siguientes: "Id adonde están las ovejas perdidas de la casa de Israel; y por donde quiera que vayais predicadles diciendo: *El reino del cielo está próximo*. Volved la salud á los enfermos, resucitad á los muertos, curad á los leprosos, lanzad á los demonios. Vosotros habeis recibido gratuitamente; dad, pues, gratuitamente. No tengais oro, ni plata, ni moneda alguna en el bolsillo, ni saco para el viaje, ni dos vestidos, ni zapatos, ni báculos; porque el obrero merece que se le alimente. En la ciudad ó aldea que entrareis, informaos si hay en ella algun hombre de bien, y permaneced en su casa hasta que os vayais. Si no se quiere recibirnos, ni escuchar vuestras palabras, salid de esta ciudad ó de esta casa sacudiendo el polvo de vuestro calzado. Yo os digo en verdad que Sodoma y Gomorra serán tratadas en el dia del juicio con menos rigor que aquella ciudad.—Guardaos de los hombres, porque ellos os entregarán á los tribunales, y os azotarán en la sinagoga. Y iréis ante sus gobernadores y sus reyes, para rendirme testimonio ante ellos y ante los gentiles: pero cuando se os haga comparecer no tengais cuidado, ni de la manera en que hablareis ni de lo que tuviéreis que decir, porque lo que dijéreis os será dado á la hora misma, puesto que no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros.—Os aborrecerá todo el mundo á causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin será salvado. No les temais. Decid á la claridad del dia lo que yo os digo en las tinieblas. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; pero temed sobre todo á Aquel que puede perder en el infierno al

alma y al cuerpo. El que os reciba me recibe á mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado."

Ellos partieron, pues, y fueron de pueblo en pueblo anunciando el Evangelio, y curando por todas partes á los enfermos.

Tales son los hombres que Jesucristo asocia á su mision divina: tal es el ánimo que les infunde y las instrucciones que les dá: hé ahí los instrumentos y los medios de que pretende servirse para subyugar y regenerar la tierra. Jamas se vió bajo del cielo proyecto igual ni combinacion semejante. Despues de la narracion evangélica que acabamos de hacer, no hay mas que dos opiniones posibles sobre Jesucristo: ó es un insensato, ó es un Dios.

Algun tiempo despues, viendo el Señor que la cosecha era abundante y los obreros poco numerosos, escogió todavía otros setenta y dos discípulos, que envió delante de Él de dos en dos, á todas las ciudades y lugares donde debia ir Él mismo. Hízoles las mismas recomendaciones y las mismas promesas que á los apóstoles, y como estos, partieron á anunciar la Buena Nueva.

Muy pronto se les vió volver llenos de alegría. "Señor, le dijeron ellos, los demonios mismos nos están sometidos por vuestro nombre." Él les respondió: "Yo veia á Satanás caer del cielo como un relámpago. Hé ahí por qué os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os ha dañado. Sin embargo, no os regocijeis de que los espíritus impuros os estén sometidos; pero sí regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos."

En ese mismo momento Él se estremecia de gozo por un movimiento del Espíritu Santo, y dijo: "Yo os bendigo, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, de que estas cosas que habeis ocultado á los sabios y á los doctos, las hayais revelado á los humildes y á los pequeños. Sí, Padre mio, porque á vos os ha agradado que fuese así." Despues, volvién-

dose á los discípulos, añadió: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros habeis visto!"

Con todo, estos setenta y dos discípulos no se confunden nunca con los doce apóstoles; y si Jesucristo los envía delante de Él para preparar á las poblaciones á recibirle, anunciándoles que los tiempos predichos por los profetas para la venida del Mesías habian llegado, no se les destinó por eso á ser los gefes del nuevo reino que iba á ser inaugurado. Así tambien en toda la continuacion de la historia evangélica, son siempre los apóstoles los que se agrupan en torno de Jesucristo; los que viven con Él, los que forman su acompañamiento, y son, como si dijéramos, su familia adoptiva. A ellos es á quienes reserva sus mas tiernos cuidados, sus comunicaciones mas íntimas. Para formar su espíritu los admite á un comercio familiar, y sin disgustarse de su rusticidad y de su ignorancia; soporta sus vacilaciones, su incredulidad, sus defecciones; escucha sus preguntas importunas y comunmente ridículas; Él los encamina, les repite en particular sus lecciones y la esplicacion de sus parábolas; les estimula, les reprende, les revela los mas altos misterios, los hace testigos de los mas grandes prodigios, y se ocupa en fin, sin descansar un momento, en inspirarles el nuevo espíritu de que deben estar animados.

Sigámosle en esta primera elaboracion de sus designios, en este trabajo elemental de la regeneracion humana, porque nada es mas interesante que ver á la Inteligencia soberana descender de su altura para alumbrar hasta las mas humildes inteligencias; nada mas tierno que verla conversar familiarmente con ellas, acomodarse á su debilidad.

Al regreso de su primera mision, los apóstoles se apresuraron en dar cuenta á su Maestro de lo que habian hecho. Él los lleva entonces consigo para darles nuevas instrucciones, y retirándose al desierto, obra ante sus ojos el gran milagro de la multiplicacion de los panes.

Los fariseos y los saduceos habian venido hácia Él para

tentarle: Jesucristo aprovechó esta circunstancia, y la transformó en lección. “Estadme atentos, dijo á sus apóstoles, y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.”—Todo el candor de estos espíritus incultos se refleja en su reflexion sobre esta metáfora del Salvador. “Nosotros hemos olvidado tomar pan,” se dicen ellos entre sí.—“¡Hombres de poca fé! replica dulcemente el Verbo encarnado, ¿de qué proviene que digais entre vosotros que no tengais pan? ¿Estais aún sin inteligencia? ¿No os acordais del milagro que se acaba de obrar ante vosotros? ¿Y cómo no habeis comprendido que no se trataba de pan cuando yo os he dicho: Absteneos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?”

Habiendo salido de la casa donde se hallaba, Jesus se sentó á la orilla del mar; y como una gran multitud de pueblo se hallaba reunida en derredor de Él, les dijo muchas cosas por medio de parábolas. Los apóstoles se acercaron curiosamente, y le preguntaron: “¿De qué proviene que les hablais en parábolas?” El Buen Maestro acoge con agrado esta curiosidad, que podia parecer indiscreta, y en una benévola respuesta les hace conocer cuánta es la grandeza del privilegio de que Dios los ha prevenido. “A vosotros, les dijo, os ha sido dado conocer los misterios del reino del cielo, pero á ellos no les ha sido dado conocerlos. En verdad os digo que muchos profetas y justos han deseado ver lo que vosotros veis, y ellos no han visto; y oír lo que vosotros oís y ellos no han oído.”

En seguida les esplica minuciosamente sus parábolas, y como para asegurarse de que no queda ninguna duda en su espíritu, añade: “¿Habeis comprendido bien todas estas cosas?”—“Sí,” respondieron ellos.

Al mismo tiempo que formaba su inteligencia, Jesucristo ponía en ejercicio su fé. Habiendo entrado con ellos en una barca, se durmió profundamente: pero durante su sueño se levanta una tempestad tan recia, que las olas cubrian la bar-

ca: entonces los apóstoles espantados se acercaron á Él, y le despertaron, diciendo: “¡Señor, sálvanos, vamos á perecer!” Y el Señor despertó dulcemente, y les dijo: “¿Por qué temeis, hombres de poca fé?” Al mismo tiempo se puso en pié, y mandó á los vientos y á las olas sosegar, y luego sobrevino una gran calma.

Frecuentemente se oyeron reprochar los apóstoles su falta de fé. En vano estos hombres se hallaban instruidos en los secretos divinos; en vano marchaban continuamente en medio de los prodigios; la fé no podia hallar entrada en su corazon.

Un día Jesus se indignó, porque esta ausencia de la fé les habia impedido obrar un acto de milagrosa beneficencia. Un hombre vino á arrojarle á sus plantas diciendo: “Señor, tened piedad de mi hijo, es lunático, y sufre mucho, porque frecuentemente cae en el fuego ó en el agua. Yo le he presentado á vuestros discípulos, y no han podido curarle.”—“¡Oh raza incrédula y perversa! exclamó Jesus, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo tendré que sufriros? Conducídmeme aquí.” Y curó al niño.

Los apóstoles, conociendo bien la bondad de su Maestro, á quien no temian, cuando estuvieron á solas le preguntaron confidencialmente: “¿Por qué no hemos podido lanzar ese demonio?”—“Porque no habeis tenido fé, les dijo otra vez; además, á ese demonio no se le lanza sino con la oracion y el ayuno.”

Habiendo, en fin, comprendido que era para ellos un insignie honor estar asociados á tal Maestro, el orgullo vino á introducirse en ellos y á preocuparlos con los sentimientos de vanidad, de ambicion y de poder. “¿De qué hablabais en el camino?” les preguntó Jesus. Ellos no se atrevian á responderle, dice el Evangelista, porque el asunto de su plática en el camino habia sido sobre cuál de ellos vendria á ser el mas grande.

Entonces el Señor se sentó, llamó á los doce, y les habló

así: "Si alguno quiere ser el primero, debe ser el último y el servidor de todos."

Henchidos de presuncion, á causa del gran poder que les habia sido concedido, no sufrían que se les resistiese. Habiendo rehusado un lugar de Samaria recibir á Jesucristo, Santiago y Juan, sus discípulos, le dijeron: "¿Quereis, Señor, que mandemos que el fuego del cielo baje y los consuma?" Pero Él, volviéndose á ellos les replicó diciendo: "Vosotros no sabeis cuál es el espíritu con que habeis sido llamados. El Hijo del Hombre no ha venido para perder á los hombres sino para salvarlos."

Ved ahí venir una madre ambiciosa, con sus hijos no menos ambiciosos que ella: es tambien la madre de los hijos del Zebedeo, de aquellos mismos que habian querido armarse del fuego del cielo. Imaginándose que Jesus va á fundar un reino al modo de los reinos de la tierra, se acerca á Él, le adora, y deja entrever que tiene una gracia que pedir. "¿Qué deseais?" le dijo Él. "Ordenad, respondió la mujer, que mis dos hijos, que son esos, estén sentados en vuestro reino el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda." Cuál debió ser la admiracion de esta mujer al oír salir estas palabras de los labios de Jesus: "Vos no sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber vosotros el cáliz que yo beberé?" Ellos respondieron: "Podemos." En efecto, replicó Él, vosotros beberéis mi cáliz; pero el estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no está en mí el concedérselo: será para aquellos para quienes mi Padre lo haya preparado." Habiendo oído esto los otros diez, se sintieron indignados contra los dos hermanos.

Habia uno, sin embargo, entre los apóstoles á quien estaban reservadas prerogativas especiales.

Un dia, estando Jesus orando con ellos, sintió que habia llegado la hora de poner la primera piedra del inmenso edificio que se proponia levantar; y como para esto quisiese tener una revelacion pública de la solidez y la firmeza de su

fé; Él les dirigió estas preguntas: "¿Quién se dice que es el Hijo del Hombre?" Ellos respondieron: Unos dicen que es Juan Bautista; otros Elías; otros Jeremías ó alguno de los profetas." Jesus les dijo: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?" Simon Pedro, tomando la palabra, respondió al punto: "¡Vos sois Cristo, el Hijo de Dios vivo!" Al momento la eleccion de Jesus se fijó para siempre. Pedro, á quien Él llamó primero, quedó el primero; y de antemano recompensó el ardor de su fé con esta magnífica promesa: "Vos sois dichoso, Simon, hijo de Juan; porque no es la sangre ni la carne las que os lo han revelado, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo, yo os digo que sois *Pedro*; y sobre esta *pedra* edificaré mi Iglesia, y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella. Yo os daré tambien las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo."

Pedro vino á ser desde entonces el objeto mas constante de la atencion y solicitud de su Maestro: á él es á quien Jesus dirige con mas frecuencia la palabra, y cuya fé pone á prueba mas particularmente; él es, en fin, á quien toma por testigo de sus divinas manifestaciones. Recordemos algunas de las circunstancias en que se muestra este favor especial. —Navegando los apóstoles en una barca en medio del mar, vieron venir hácia ellos á alguno que caminaba sobre las olas, y pensando que era una fantasma, lanzaron un grito de temor: "Tranquilizaos, les dijo Jesus, ¡soy yo!" Pedro entonces exclamó: "Señor, haced que yo vaya sobre las aguas." Jesus le dijo: "Venid." Y él fué; pero viendo que soplaba un viento muy fuerte tuvo temor; y como comenzaba á hundirse, gritó: "¡Señor, salvadme!" Al instante Jesus le tendió la mano, le asió por ella y le dijo: "Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado?"

Algun tiempo despues, el Salvador, no teniendo á su lado mas que á Pedro, Santiago y Juan, los condujo en paraje

apartado á la cumbre de una alta montaña, y les dió allí una esplendente revelacion de su divinidad. Él se transfiguró delante de ellos: su faz apareció radiosa como el sol, sus vestidos de una blancura como la de la nieve. Al mismo tiempo se vió á dos hombres que conversaban con Él: eran Moisés y Elías. Ellos aparecian llenos de majestad y le hablaban de su salida del mundo, que debia verificarse en Jerusalem. Pedro le dijo entonces á Jesus: "Señor, nosotros estamos aquí muy bien; levantemos, si os place, tres tiendas: Una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías." Cuando hablaba todavía, una nube luminosa los cubrió, y los discípulos quedaron poseidos de terror viéndoles penetrar en aquella nube. Al momento una voz que salia de ella hizo oír estas palabras: "Este es mi Hijo muy amado, ¡escuchadle!"

Quando los habitantes de Cafarnaum reclamaron de Jesus el pago del tributo, dispensó á Pedro el honor de consultar con él su decision: "Simon, ¿qué os parece? ¿de quién sacan los reyes de la tierra los tributos y los impuestos? ¿de sus hijos ó de los estraños?"—De los estraños respondió él. Jesus replicó: "¿Los hijos están acaso exentos? Sin embargo, para no escandalizar, id al mar, arrojad el anzuelo, y abriendo la boca del pez que cogiéreis, sacad una pieza de cuatro dracmas que daréis por vosotros y por mí."

En la última cena, queriendo el Hijo de Dios dar á sus discípulos un grande ejemplo de humildad, se dirigió desde luego á Pedro para lavarle los piés. "¡Cómo, Señor! exclamó él, ¿habréis Vos de lavar me los piés?" Jesus le respondió: "Vosotros no comprendéis ahora lo que yo hago; pero ya lo comprenderéis en lo sucesivo." Pedro no puede todavía rendirse, es necesario para vencer su resistencia que Jesus le haga esta objecion: "Si yo no os lavo no tendréis parte conmigo. Entonces él esclama en un santo transporte: "Señor, lavadme no solamente los piés, sino tambien las manos y la cabeza."

En recompensa de su ternura y de sus favores, Pedro tri-

buta á su Maestro un afecto que frecuentemente se manifiesta en movimientos espontáneos de celo y de adhesion. Muchos de los discípulos estaban separados de Él, porque la altura de su doctrina escedia á su comprension. Jesus dijo á los doce: "¿Y vosotros no quereis tambien retiraros?" Mas Pedro respondió al momento: "¿A quién iriamos, Señor? Vos solo teneis las palabras de la vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que sois el Cristo, el Hijo de Dios." Cuando Jesus declaró á los apóstoles que era necesario que fuese á Jerusalem, donde habia de sufrir mucho y ser condeñado á muerte, Pedro le dijo con ardor: "Señor, yo estoy dispuesto á ir con Vos á la prision, y aun á la muerte misma." Con todo, su celo, no estando siempre dirigido por las vias del cielo, le llevaba á veces hasta reprochar á su Maestro el designio que habia formado de ofrecerse en holocausto, y de expiar por medio de grandes sufrimientos los pecados del género humano. "No, exclamaba; á Dios no puede agradar que os suceda esto, no; ¡esto no sucederá!" El Salvador, volviéndose á él, le dijo: "Apartaos de mí, Satanás: vos sois para mí un motivo de escándalo; porque vos no teneis el gusto de las cosas del cielo, sino de las cosas de la tierra!"

Si Jesus en esta ocasion, llama así á Pedro, es refiriéndose á que el ángel de las tinieblas, previendo sin duda que este apóstol vendria á ser el intrépido jefe del ejército destinado á combatirle, habia dirigido desde el principio sobre él sus mas duros tiros, y se esforzaba en hacerle presa suya. "Simon, Simon, le dijo un dia el Hijo de Dios; Satanás ha pedido cribaros como se criba el trigo;" pero, añadió para alentarle á que no temiese, "yo he rogado por vos á fin de que vuestra fé no desfallezca; y cuando os hubiéreis transformado, afirmad á vuestros hermanos."

Seria necesario que citásemos todo el Evangelio, si quisiéramos referir todos los rasgos en que se nota la preferencia dada á Pedro; indicar todas las ocasiones en que se veia surgir su supremacía futura. Por todas partes se manifiesta co-

mo el representante de los apóstoles, como el jefe soberano que los preside y los resume en la unidad. Pero despues de la Resurreccion y luego que el misterio de la Redencion habia de tener su cumplimiento, Jesucristo deberia confirmar todavía, por medio de una solemne consagracion, todas las prerogativas que le habian sido concedidas.

Entre tanto, se acercaba la hora del príncipe de las tinieblas. Desde mucho tiempo antes Jesus habia dicho á sus apóstoles: "Yo no he escogido mas que doce, y entre vosotros hay uno que es un demonio." Ahora su espíritu se turba y les habla en un sentido mas claro y espreso: "En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará." Al oír esto los apóstoles, se miraban unos á otros, no sabiendo á quién se referia Jesus. Pero Simon hizo una muda indicacion al discípulo que mas amaba el Salvador y reclinaba la cabeza en su seno para que le preguntase de quién hablaba: "¿Quién es, Señor?" dijo el discípulo amado, inclinándose afectuosamente sobre el corazon de su Maestro. Jesus respondió: "Es aquel á quien yo daré el pan mojado." Y mojó el pan que ofreció á Judas Iscariote. Luego que éste lo hubo aceptado, se sintió poseido de Satanás, y dijo audazmente: "Maestro, ¿soy yo?" "Ya lo habeis dicho, respondió Jesus: haced pronto lo que teneis que hacer." Y volviéndose hácia los demas, les anunció tristemente que Judas no seria el único culpable en aquella noche. Vosotros todos presenciareis esta noche un grande escándalo que tendrá lugar con motivo de mí, porque está escrito: "Yo heriré al Pastor, y las ovejas todas del rebaño se dispersarán." Es en vano que Pedro, sintiendo escitarse los sentimientos de su alma, esclamase con viveza: "Aun cuando los demas se escandalizasen con motivo de Vos, yo no me escandalizaré jamas." Jesus le predijo, especialmente su defeccion. "En verdad os digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me habréis negado tres veces." "No, no, respondió mas vivamente; aun cuando fuese preciso morir con Vos, yo no os negaré."

Todos los apóstoles dijeron lo mismo. ¡Inútiles juramentos, que no estaban á prueba de los acontecimientos dolorosos que se preparaban!

En ese momento, sin embargo, y cuando su corazon estaba lacerado por esas crueles previsiones, fué cuando Jesus, que habia amado tanto á los suyos, les dió las prendas de un excesivo amor. Por la misteriosa transformacion del pan y del vino, Él les alimentó con su propia sustancia, les dió á beber su Sangre redentora y los instituyó sacerdotes del sacrificio eterno, confiriéndoles el poder de renovarlo en memoria de su pasion! "Haced esto en memoria de mí," les dijo. Despues, poseido de la emocion que le causa su próxima separacion, les dirige en la efusion de su alma esta tierna despedida: "Hijos míos, yo no estaré sino muy poco tiempo con vosotros: que vuestro corazon no se conturbe; tened confianza en Dios y tenedla en mí. Yo no os dejaré huérfanos; yo vendré á vosotros y rogaré á mi Padre os envíe al Espíritu Consolador. Va á llegar el tiempo en que cualquiera que os haga morir creará hacer un servicio á Dios. Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me ha aborrecido á mí. Vosotros tendréis que sufrir en el mundo; pero tened confianza; que yo he vencido al mundo. Ya no os daré en lo de adelante el nombre de servidores; vosotros sois mis amigos. Yo os he amado con el mismo amor de mi Padre; permaneced en mi amor. Os voy á hacer un nuevo encargo: Amaos los unos á los otros, como yo os he amado, y que esta sea la señal en que se os reconozca por mis discípulos. ¡Padre Santo! conservad por vuestro nombre á los que me habeis dado: santificadlos en la verdad, á fin de que todos juntos no sean mas que uno. Así como vos, Padre mio, sois en mí y yo en vos, que del mismo modo ellos sean uno en nosotros, á fin de que por esta union, el mundo conozca que me habeis enviado, y que Vos les amais como me habeis amado á mí."

Despues de haber hablado de este modo, se dirigió con ellos al otro lado del torrente de Cedron, en el jardin de

los Olivos: allí fué donde vino Judas á ejecutar su horrible crimen. Él se adelanta con los brazos abiertos, saluda á su Maestro y le da el ósculo de la traicion. "Amigo mio, le dice Jesus, ¿á qué venís aquí...? En el mismo instante los demas apóstoles huyen y le abandonan, espantados á la vista de la gente armada que venia con Judas. Pedro que, sin embargo, le habia seguido de lejos, se sienta en el patio de la casa del gran sacerdote, adonde se habia conducido á Jesus. Una criada se acerca á él y le dice: "Vos estábais tambien con Jesus el Galileo;" pero él lo niega delante de todos.—Como se hallaba en la puerta para salir, otra criada le vió y dijo á los que allí estaban: "Ese estaba tambien con Jesus de Nazareth." Pedro dijo con juramento: "Yo no conozco á este Hombre."—Un poco despues aquellos mismos se acercaron á él y le dijeron: "Seguramente vos sois uno de esos Galileos, porque vuestro mismo lenguaje os denuncia." Entonces Pedro se puso á jurar de nuevo que él no conocia á este Hombre.—Al instante el gallo cantó. Y el Señor, volviéndose á Pedro, le miró; y Pedro, acordándose de lo que el Señor le habia predicho, y habiendo salido de allí se puso á llorar amargamente.

Pero el traidor Judas, viendo que su Maestro estaba condenado á muerte, se sintió tocado del arrepentimiento y fué á devolver á los príncipes de los sacerdotes y á los senadores, las treinta piezas de plata, precio infame de su crimen, diciéndoles: "¡Yo he pecado porque he vendido la sangre del Inocente!" Y ellos le respondieron ásperamente: "¿Qué nos importa? Ese es negocio vuestro."

Cuando antes de exhalar el último suspiro, Jesus desde lo alto de su cruz miró en torno de sí, sus ojos no encontraron de todos sus discípulos sino á Juan, el mas jóven y el mas querido. Así, pues, á él, á fin de reconocer su adhesion, le dió la mas dulce recompensa que podia desear su corazon, confiándole á su Santa Madre, cuyo dolor debia dulcificar, viniendo á ser para ella un nuevo hijo. Pero ninguno de

los otros apóstoles se encontró para dar sepultura á su Maestro, ninguno vino á visitar su tumba, solo algunas piadosas mujeres le fueron fieles en la muerte; y cuando ellas corrieron á anunciar que el sepulcro estaba vacío y que los ángeles, testigos de la resurreccion, se les habian aparecido, los apóstoles tomaron esta relacion como un sueño y no creyeron en ella. No hubo mas que Pedro y Juan que fuesen al sepulcro, y viendo que no quedaba en él sino los lienzos en que habia estado envuelto el cuerpo del Salvador, se volvieron, admirándose ellos mismos de lo que habia sucedido.

Entretanto, en la noche del mismo dia, estando cerradas por temor de los judíos las puertas del lugar en que se hallaban reunidos los apóstoles, vino Jesus, y apareciendo en medio de ellos, les dijo: "La paz sea con vosotros;" y les mostró sus manos y su costado. Ellos sintieron una estremada alegría de ver al Señor; y como en el gozo de la sorpresa su espíritu vacilase aun en creer la realidad de la aparicion, el Señor les dijo: "¿Teneis alguna cosa que comer?" Ellos le presentaron un pescado asado al rescoldo, y un panal de miel. Despues de haber comido á su vista, tomó lo que quedaba, y se los dió diciendo: "Era necesario, segun las Escrituras, que el Cristo sufriese, y que resucitase al tercer dia."

Pero Tomás, uno de los doce, no estaba con ellos el dia que Jesus vino, y los otros le dijeron: "Hemos visto al Señor." Él respondió: "Si yo no veo en sus manos las heridas de los clavos, si no introduzco mi dedo en estas heridas y mi mano en la llaga del costado, no creeré." Ocho dias despues, Jesus se apareció como la primera vez diciendo: "¡La paz sea con vosotros!" En seguida, dirigiéndose á Tomás: "Mirad mis manos, le dijo; poned aquí vuestro dedo; acercad vuestra mano; introducidla en mi costado, y no séais incrédulo sino fiel." Tomás, vencido, no pudo menos de exclamar: "¡Oh mi Señor y mi Dios!"

Jesus se dejó ver todavía muchas veces de sus apóstoles

para acabar de vencer la estraña incredulidad de algunos; pero los dias de su mision divina estaban terminados, y Él iba ya á remontarse á Dios su Padre. Antes de dejar la tierra quiso constituir en ella un representante que fuese su viva imágen y el continuador de su obra. Él habia elegido á Pedro, con la promesa de elevarle á esta alta dignidad, y no varió en su eleccion. Sin embargo, como antes de hacer la promesa habia provocado en el apóstol la espresion de una fé viva, antes de efectuar aquel designio, exigió de su parte el triple homenaje de un amor ardiente, á fin de hacerle entender que esta fé y este amor, de que Él estaba animado mas que ningun otro, eran sus verdaderos títulos á la preferencia que le concedia. Durante una de esas apariciones á la orilla del mar de Tiberiades, el Señor se dirigió otra vez á Simon Pedro, y le dijo: "Simon, hijo de Juan, ¿me amais mas que aquellos?"—"Sí Señor, respondió él; vos sabeis que os amo." Jesus le dijo:—"Apacentad mis ovejas." Él le preguntó de nuevo: "Simon, hijo de Juan, ¿me amais?" Pedro respondió: "Sí Señor, vos sabeis que os amo."—Jesus volvió á decirle: "Apacentad mis ovejas." Y habiéndole dirigido por tercera vez la misma pregunta, Pedro contristado de esto le dijo: "Señor, vos conoceis todas las cosas y sabeis bien que yo os amo:" Jesus le dijo todavía: "Apacentad mis ovejas." Así es como Pedro fué consagrado solemnemente el pastor de todo el rebaño.

Los demas apóstoles debian ser, juntamente con él, revestidos de poderes divinos, y recibir la órden de marchar á la conquista del mundo. Pero los once se dirigieron á Galilea, para hallarse sobre la montaña en que Jesus les habia mandado se reuniesen, y viéndole allí, le adoraron. Algunos, sin embargo, quedaron todavía en duda de su presencia; pero Jesus, acercándose á ellos, les habló así: "*Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me ha enviado, así os envio yo á vosotros.*" Habiendo dicho estas palabras arrojó sobre ellos el hálito divino de su boca, y aña-

dió: "*Recibid al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados á los que vosotros los perdonáreis, y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retuviéreis. Id, pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñadles á observar todas las cosas que os he encomendado. Y estad seguros de que estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*" Despues de haber dicho esto el Señor, los bendijo, y se elevó al cielo, donde está sentado á la diestra de Dios.

¡Qué escena! ¡qué palabras! ¡qué majestad! ¡Y sin embargo, qué hombres! Hé ahí los once discípulos, porque el traidor se habia castigado por sus propias manos; hé ahí á los once de quienes el Evangelio ha espresado tan fielmente la ignorancia, la rusticidad, la debilidad, la ligereza, la cobardía, la ingratitud; hé ahí á esos once pobres pescadores, que oyen sin conmovirse estas admirables palabras: "Id, é instruid á todas las naciones." Y Aquel que las pronuncia, seguro de su resultado, desaparece á sus ojos, dejando á ellos solos la ejecucion de esta empresa humanamente imposible. ¡Compareced, conquistadores ilustres! Vosotros, que habeis llenado la tierra con la fama de vuestro nombre, y que sabeis cómo se subyuga á los pueblos, rendid testimonio al Hijo del Hombre, y confesad que vuestras mas atrevidas empresas eran nada en comparacion de la que Él habia resuelto cumplir!

A la vista del campo indefinido que se abre delante de Él, y de la desproporcion de los instrumentos que emplea, y no obstante la firme seguridad con la cual considera el suceso de su obra, el espíritu humano se pierde y se confunde: ¿qué será si el prodigio se realiza, y si la cruz por solo su virtud obliga á inclinarse delante de ella á todas las potencias de la tierra?

CAPITULO XVII.

Los enemigos de la Cruz.

Hasta aquí hemos considerado el misterio de la cruz en sí mismo; hemos dicho cuál era el principio de regeneración que había depositado en el mundo; nos queda que estudiar en sus manifestaciones su eficacia maravillosa. Enumeremos desde luego los enemigos poderosos que se presentan á combatirla.

Cuando en el templo de Jerusalem el santo anciano Simeon tomó á Jesus en sus brazos, profetizó así: "Este niño ha sido enviado para hacer la pérdida y la salvación de un gran número en Israel: él será, pues, un signo de contradicción."¹

Más tarde Jesucristo, hablando de sí mismo, profetizó á su turno: "No creais que yo he venido á traer la paz á la tierra; no, yo no he venido á traer la paz, sino la espada."²

Estaba, pues, anunciado que la cruz no haría una entrada pacífica en el mundo, sino que, por el contrario, los pueblos rechazarían como á una enemiga á esta divina bienhechora que les traía el remedio de un mal que ellos amaban, aun cuando fuesen víctimas de él. Todos aquellos á quienes confundían sus milagrosos sucesos, han pretendido para disminuir su gloria, que ella no había hecho mas que aparecer para ver caer el universo á sus piés; pero no; estaba en sus destinos combatir, y ella ha predominado en medio de sus ene-

1 San Lucas, cap. 2.

1 San Lucas, cap. 12.

migos. *Dominare in medio inimicorum tuorum.* Hoy mismo, después de mas de diez y ocho siglos de combates, si ella reina, si permanece en pié, es luchando siempre y oyendo proferir en torno suyo gritos é imprecaciones de rabia y de odio.

Desde el principio, siete enemigos terribles la han atacado, y á los siete ha vencido: sin embargo, estos enemigos no han muerto; ellos viven en medio de nosotros, atacando y defendiéndose todavía. Estos siete enemigos son el judaismo, el paganismo, el racionalismo, el poder temporal, el hombre, Satanás y la muerte. Contra sus esfuerzos reunidos es contra los que la cruz debe marchar sola atrevidamente.

El judaismo habría debido ser su auxiliar natural, pues que ella descansa sobre él, y lo completa explicándolo. Desgraciadamente el judaismo no se ha comprendido á sí mismo: él ignoraba la causa de su existencia fenomenal en medio de las naciones; ó mas bien, en su orgullo, atribuyó á Dios la idea injusta y mezquina de haberle establecido para sí mismo y sin ninguna armonía con el plan general de la Providencia. Los judíos, viéndose objeto de una elección especial, acabaron por creer en una superioridad de su raza, y desdeñaron altivamente á los gentiles. Este Mesías tan prometido á sus padres, y que ellos esperaban con tanta impaciencia, no fué ya á sus ojos sino un conquistador, dueño de la victoria, que debía pasear sus banderas triunfantes de un extremo á otro de la tierra, y conducir al pié del trono único de Israel á todos los pueblos subyugados. Ellos vivían hacia dos siglos arrullados en esta orgullosa esperanza, de cuyo encanto falaz no han salido todavía. Tanto como se sentían orgullosos y dispuestos á filiarse en las banderas de este guerrero que su imaginación, exaltada por las profecías, tomadas en sentido contrario, les pintaba tan poderoso y magnífico, tanto debieron sorprenderse de oír al Hijo de un pobre artesano, artesano él también, sin extraordinaria

apariencia, anunciarles que Él era el Cristo prometido á David y á los patriarcas.

Evidentemente la naturaleza de sus ideas les conducía á tratarle como á insensato, y á acogerle con desprecio. Sin embargo, los prodigios se multiplicaban bajo de sus pasos, sus discursos respiraban la mas alta sabiduría, y las poblaciones maravilladas se precipitaban á su encuentro. Pero los doctores judíos no se sintieron muy conmovidos de los prodigios de su poder y de su palabra, cuando le oyeron tratar de ceguedad y reprocharles como falsas interpretaciones de las promesas de Dios, sus esperanzas de dominacion universal: no pudieron resolverse á creer que todos los hombres eran hermanos; que estaban todos convidados al banquete de la vida moral; que no habria ya en lo sucesivo ni judíos ni gentiles, y que Dios sin hacer acepcion de personas, queria igualmente la salvacion del género humano.

Predicar esta doctrina era aniquilar su gloria pasada, destruir el sueño de su gloria futura, confundir su nacionalidad privilegiada en la masa de las demas nacionalidades, y ponerlos á nivel de los otros pueblos. El egoismo, la vanidad hebráica no pudo sufrirlo: así fué que desde el principio Jesucristo vino á ser el objeto de todos sus ataques, que no cesó su odio de perseguirle, hasta que habiéndole clavado en la cruz, creyeron haber clavado allí tambien su doctrina.

Con todo, no quedaron sin alguna inquietud, porque recordaron que aquel impostor habia dicho: "Yo resucitaré dentro de tres dias." "Mandad, pues, dijeron á Pilato, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, para impedir que sus discípulos vayan á robar el cuerpo, y digan al pueblo: 'Ha resucitado;' porque el último error seria entonces peor que el primero."—"Id, les dijo Pilato, y hacedlo como habeis pensado." Y ellos fueron al sepulcro, le cerraron bien, sellaron la piedra y pusieron guardias: pero hé ahí que de improviso, mientras que ellos descansaban en estas minuciosas precauciones, la cruz, victoriosa de la muerte, se levanta

ta y viene á proponerse á sus adoraciones. ¿Quién podrá comprender su asombro, su temor, su rabia? ¿Dejarán ellos en pié esta cruz que se alza sobre su cabeza como una venganza, como un testigo siempre vivo de su orgullo, de su ingratitud, de su maldad, de su furor deicida? ¿Ratificarán el Nuevo Testamento, que admite con ellos á todos los pueblos á la participacion de la herencia divina, cuya posesion absoluta se reservaban? No; ellos serán los enemigos mas perseverantes de la cruz; y si hay algo admirable en el mundo, no es verles luchar contra ella, sino ver á uno solo de ellos caer con amor al pié de ese patíbulo que sus padres habian levantado.

Si la cruz destruía las ilusiones del judaismo, contemplaba menos al paganismo, porque ella le trastornaba plenamente. Todas las antiguas religiones, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y que hasta entonces habian gozado del respeto de los reyes, de los pueblos y aun de los filósofos, debian oír decir por una religion nacida ayer, é infamada por el suplicio de su Autor, que no eran sino un tejido de errores groseros, de supersticiones absurdas, de prácticas ridículas; una obra funesta de mentira y engaño, para degradar y corromper á la especie humana, y por último, que iba á llegar el dia en que desaparecerian para siempre.— Pero el paganismo no habia muerto, ni aun estaba resignado á morir; y cuando la cruz le atacaba con semejantes reconvenções, con tales amenazas, manifestando la atrevida pretension de elevarse sobre sus ruinas, él se declaraba su implacable adversario, y le indicaba debia prepararse para una guerra de esterminio.

El paganismo era, por otra parte, un campeón mas temible que el judaismo: no estaba solo limitado á un rincon de la tierra, y defendido por un puñado de adeptos; él, por el contrario, llenaba todo el universo, y tenia al género humano por partidario. Su principal representante era la idolatría, fuerte con todo el poder de un imenso imperio, en que

ella habia echado profundas raices. Atacarla era atacar la religion de los antecesores, la religion del pais, esa religion que formaba la base de las instituciones nacionales, que habia conducido tantas veces las legiones á la victoria, que prometia á sus creyentes el imperio del mundo; era sublevar contra sí todas las preocupaciones de la educacion, todos los recuerdos piadosos, todos los instintos de la costumbre, todas las afecciones, todas las pasiones patrióticas. Aun cuando no pasase en la creencia, se amaba la idolatría; los sabios mismos la veneraban y se conformaban con sus prácticas: era amada como se ama todo lo que halaga, como los reyes aman á los cortesanos; y el agorero que pasaba sonriéndose cerca del agorero, gozaba con placer de su dignidad, sin pensar en hacer votos por que agradables errores no viniesen ya á comprometer la gravedad de su fisonomía. La idolatría era cómoda: lejos de contrariar las inclinaciones corrompidas de la naturaleza, las favorecia; en su moral nada habia que pudiese espantar los sentidos; por el contrario, se prestaba á todos los deseos del corazon y los satisfacía plenamente. Por un arte que tenia algo de prodigio, ella habia fundado de tal modo en una mitología encantadora la indecencia y la majestad de los dioses, habia mezclado tan hábilmente lo noble y lo abyecto, que el espíritu, seducido con magníficas imágenes, fascinado con brillantes colores, contemplaba no solamente sin disgusto, sino con agrado, las mas obscenas concepciones bajo el velo ingenioso que las transfiguraba. Estas invenciones de la fábula eran tan risueñas, que su atractivo ha vencido á los siglos, y que ellas han hecho mucho tiempo, y hacen todavía el encanto de nuestras artes, de nuestra literatura y de nuestros espectáculos. ¿Qué cosa mas seductora que ese culto grandioso celebrado en templos imponentes; que esas graves ceremonias que santificaban el sacrificio bajo bóvedas resplandecientes con el oro, y decoradas con todas las obras maestras del arte; que esas largas procesiones conducidas por el emperador y el senado, donde se veian marchar religiosa-

mente á los sacerdotes, á los guerreros, á los magistrados, á los mas distinguidos ciudadanos; que los coros de los adolescentes y de las vírgenes embelleciendo con sus armoniosos cantos y sus danzas sagradas, á todo lo cual seguian los juegos, los espectáculos, los festines públicos que completaban siempre los honores tributados á los inmortales?—“Si pudiera ofrecerse á vuestros ojos una ceremonia pagana, dice el padre Lacordaire; si pudiéseis ver á Roma entera subiendo al templo de Júpiter Capitolino; ese pueblo, esas legiones, ese senado, todos los recuerdos patrióticos subiendo con ellos, y todos juntos llevando á los dioses la nueva victoria de Roma; si hubiéseis oido el silencio y el ruido de la unanimidad, ese murmullo de todas las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas de su triunfo, tal vez, sucumbiendo á esa general embriaguez, hubiéseis tenido un momento inclinada la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo!”

Y sin embargo, he ahí lo que la cruz venia á destruir, y no solo á destruir, sino á reemplazar. Romped, decia ella, romped esos vergonzosos y ridículos simulacros que demasiado tiempo habeis adorado; renunciad á esa religion del deileite, huid de esas fiestas criminales. ¿Y para qué? Para caer á los piés de este Judío sacrificado que yo llevo en mis brazos; para renunciar á vosotros mismos, para tomarme sobre vuestros hombros y marchar por esta via estrecha, sembrada de abrojos y de espinas, que yo abro bajo de vuestros pasos.—Se puede muy bien juzgar cuál seria la resistencia que ha debido oponer el paganismo á esta orden inaudita y estraña.

Batiendo en brecha á las falsas religiones, la cruz reservaba ademas terribles golpes al racionalismo. Ella venia, es verdad, á prestar un apoyo á la razon, á levantarla, á dirigirla, pero sin declarar una guerra implacable á la independencia racional. La razon no comprendió este designio, y se sintió humillada de que se le pusiese á tutela. Orgullosa de haber

inspirado á tantos grandes hombres, y pavoneándose con los sistemas pomposos, ingeniosos, severos, de Platon, de Aristóteles, Zenon y otros filósofos, juzgaba que nada le era imposible, y esperaba firmemente que ni las alturas del cielo, ni las profundidades de la tierra permanecerian inaccesibles á su mirada; que ella sabria romper todas las cubiertas, penetrar en todos los repliegues y estrechar á la verdad hasta en sus últimos atrincheramientos. Y he aquí que una voz le grita sin piedad: Razon, tú eres frágil, tus alas son demasiado cortas para subir á los cielos, tu vista demasiado débil para sondear los abismos de lo verdadero; por todas partes nebulosos vapores te ocultan la luz, engañadoras imágenes burlan tus pesquisas, tus sabios son insensatos, tus filósofos soñadores enfermos, y todos sus sistemas vanas teorías, sin autoridad. Yo destruiré la sabiduría de tus sabios, yo rechazaré la ciencia de tus eruditos, yo salvaré al mundo desconcertando todos los raciocinios, y escogeré lo que no era nada para destruir lo que hay mas grande; y fuera de mí ninguno encontrará la fe y la vida moral. Este lenguaje estaba muy lejos, sin duda, de agrandar á la razon, tan celosa de su independencia y acostumbrada hacia mucho tiempo á hablar como soberana en los espíritus. ¿Cómo habia de consentir en resignar su cetro, doblar su cabeza bajo el yugo y ocultar su antorcha ante claridades desconocidas? Así es que, rechazando la cruz con furor, levantará el ejército de sus filósofos y perseguirá sin descanso á la que la amenaza de arrojarla de su trono usurpado.

La cruz en efecto se presentaba como un poder superior, ante el cual todo otro poder, cualquiera que fuese, estaba obligado á inclinarse. Pero si la razon quiere su independencia, el poder material es estremadamente celoso de ella, y ademas, lejos de encontrar como la razon en su propia debilidad la necesidad de la tolerancia, bebe en el sentimiento de su fuerza positiva, un orgullo impaciente de rivalidad ó de contradiccion; quiere ser único y tener espeditos sus me-

dios. Entretanto la cruz, dejándole toda su parte legítima de dominio, quiere tener el suyo, y este es el mejor. Al poder material corresponde la fuerza, pero á la cruz pertenece la direccion de esta fuerza en el vasto campo del bien y del mal. De allí nace la superioridad de la cruz, y de allí nacen tambien la oposicion y el odio del poder temporal. El dia en que aquel que está dirigido resiste á la direccion, comienza la lucha, y esta lucha no puede dejar de ser terrible si la direccion se apoya en un principio eterno que ninguna fuerza es capaz de conmover. Pero tal es el nuevo orden que la cruz introduce en el mundo. Asentado en lo sucesivo el poder espiritual sobre la verdad infalible, dejará de ser una palabra vana; el alma tendrá sus derechos ciertos é imprescriptibles, y el poder material estará obligado á respetarlos. Con todo, él no se dejará arrebatar su antigua independencia, no sufrirá que se le despoje de su antiguo dominio sobre el hombre, en todos sentidos, sin haber sostenido combates encarnizados; y sin que arroyos de sangre hayan corrido antes que él abdique la autoridad absoluta de las conciencias.

Proclamando la libertad del alma, la cruz se crea en cada hombre un nuevo enemigo; porque la conquista de esta libertad pide corazones resueltos y exige penosos sacrificios. En el hombre existe, en efecto, como ya hemos dicho, un principio funesto, que habiendo desnaturalizado su sentido moral, le hace encontrar placer en las cosas criminales, y lucha sin cesar contra las buenas tendencias de la naturaleza. Cuando predomina este mal principio, el alma es esclava; y viniendo á ser para ella el deber un yugo insoportable, rehusa someterse á él por mas tiempo. Pero la cruz se presenta y hace oír su voz, reprendiendo y dando ánimo al mismo tiempo; voz imperiosa, voz importuna, que establece en el corazon una guerra intestina y continua. Ella habla de virtud á los que se hallan sumidos en la molicie, de penitencia á los amigos del deleite, de abnegacion á los hijos perdidos del egoismo. ¿Cómo podrá escuchársela? ¿No es de temer

que todos esos, vencidos de la carne y turbados en el apacible goce de sus culpables placeres, se irriten contra la que viene á reprochárselos, y combatan para mantenerse en la vergonzosa, pero seductora esclavitud de las pasiones? ¡Ah! no son raros esos hijos ciegos que se encolerizan contra una madre afligida que procura apartarlos del abismo del vicio: serán mucho menos raros todavía los que se indignen de los sabios consejos, de las saludables exhortaciones de la cruz y se esfuerzen en hacer desaparecer de la tierra el divino símbolo de la libertad regenerada por el sacrificio.

Nosotros hemos contado á Satanás en el número de los enemigos de la cruz, y entre ellos debe estar colocado en primera línea. En efecto, cuando las tradiciones sagradas y profanas nos han enseñado, de comun acuerdo, cuál es el papel que ha representado en los destinos de la tierra, no se puede dudar que el instigador de la falta, no haga todos sus esfuerzos para oponerse á la rehabilitacion; porque la rehabilitacion debia ser, como dice San Juan, la destruccion de sus obras.¹ Así, pues, lo vemos prepararse desde el principio á la guerra contra el Hijo de Dios. Despues de haber procurado perderle por medio de las astucias de la tentacion, él se esfuerza en pervertir á sus discípulos con sugerencias infernales; subleva contra él todas las malas pasiones, é impulsa, en fin, á Judas y á los judíos, á cometer el mas horrible de los crímenes. Pero la sangre del Justo va á caer sobre el que la ha hecho verter; la cruz va á arrojar á Satanás de este mundo, donde tan largo tiempo, insultando á Dios, habia reinado como señor absoluto. ¿Cómo el espíritu del orgullo soportará la humiliacion que le espera? ¡Qué! ¿es el patíbulo que ha hecho erigir sobre el Calvario el que va á elevarse contra él?... ¿Será cogido en sus propias redes, y habrá preparado su propia ruina? No, no: él no soportará tanta deshonra; él defenderá palmo á palmo su vasto imperio, y si sucumbe, no será sin haber organizado una formidable resis-

1 1ª Epíst. de San Juan.

cia. San Pablo lo sabia y enseñaba á los primeros cristianos, "que tenian que combatir, no contra hombres de carne y sangre, sino contra los principados, contra las potencias, contra los príncipes del mundo, es decir, de este siglo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire; exhortándoles á revestirse de todas las armas de Dios para poder defenderse de las asechanzas y los artificios de Satanás."¹ Los demas apóstoles usaban el mismo lenguaje. Santiago les advierte que deben pensar en resistir al enemigo infernal: San Pedro se los pinta como un leon rugiente que da vueltas sin cesar en derredor de ellos y que quiere devorarlos; y San Juan en su Apocalipsis, les revela las espantables luchas de la antigua serpiente contra el Cordero inmolado.² Satanás será, pues, el enemigo natural de la cruz; y será necesaria la proteccion permanente de Jesucristo, para impedir que las potencias del infierno no prevalezcan contra su Iglesia. "Desde el presente, decia aún San Pablo, el misterio de iniquidad se forma, esperando solamente para manifestarse, que lo que ahora lo retiene haya desaparecido: y cuando el dia de la apostasia haya llegado, cuando el hombre del pecado, armado de la fuerza y de los prestigios de Satanás, elevándose sobre todo lo que es llamado Dios, se habrá hecho adorar hasta en el templo de Dios; entonces será necesario que el Señor Jesus mate al impío con el soplo de su boca, y le destruya con el resplandor de su presencia."³ Sin embargo, despues de todos estos enemigos, despues de Satanás mismo, viene un enemigo todavía mas implacable y terrible, y que cosecha todo lo que aquellos han economizado: este enemigo es la Muerte. "La muerte, esclama Horacio, nos reclama junto con nuestras obras; las obras de los mortales perecerán. *Debemur morte nos nostra que; mortalia facta pe-*

1 Epíst. á los de Éfeso, cap. 6. y 3.

2 Epíst. de Sant., cap. 4.—1ª Epíst. de San Pedro, cap. 5.—Apocalip. de San Juan.

3 2ª Epíst. á los Thess, cap. 2.

ribunt."¹ Introducida por el pecado, esta ley fatal pesa sobre nuestro desgraciado globo, y mata y destruye cuanto toca. Dádole ha sido al hombre provocar la vida, pero es impotente para salvarla de la muerte. Todo lo que nace, muere: la escena del mundo cambia sin cesar: los individuos, las familias, los imperios perecen y desaparecen; los monumentos de las artes, las artes mismas, los idiomas, las instituciones, las religiones sufren la misma suerte: la muerte les espera con la boca abierta y los devora alternativamente. La cruz tenia que ser necesariamente objeto de los ataques del cruel tirano que desola la tierra. "Jesucristo, dice San Pablo, debe reinar hasta que Dios haya puesto á todos sus enemigos bajo de sus piés; y la muerte será el último enemigo que será destruido."² Al mismo tiempo, canta con transporte la destruccion del poder odioso, bajo el cual ha gemido despues de su caída nuestra raza infortunada: "¡Oh muerte! esclama, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿qué ha venido á ser de tu aguijon?" Así, pues, la cruz no solo debia estar espuesta á los golpes de la muerte, sino que aun desafiándola irónicamente, prediciéndole una derrota cierta, provocaba mas su furor. ¿No presumia demasiado de sus fuerzas, no se entregaba á las vanas jactancias de un orgullo insensato, cuando ya al punto de medirse con un adversario que hasta entonces habia abatido todo, se lisonjeaba de reducirle y anonadarle para siempre? La muerte va sin duda á reunir todos sus dardos, va á llamar á todos sus auxiliares, á preparar, en fin, todos sus medios para contestar valientemente al terrible reto que la amenaza.

Hemos ya colocado en batalla á los enemigos de la cruz: ellos avanzan llenos de resolucion; el combate va á comenzar; combate encarnizado, en que ha de decidirse en las formidables regiones de lo finito y de lo infinito, de la suerte de la humanidad. ¿Quién podrá asistir con indiferencia á es-

¹ Arte poética.

² 1ª Corint., cap. 15.

te inmenso drama? Espectadores de la lucha nosotros, somos asimismo actores interesados; porque la victoria, puede ser nuestra victoria, y la derrota nuestra derrota. ¿Quiénes serán los vencedores? ¿quiénes serán los vencidos?... ¡Terrible alternativa! Si la cruz sucumbe, el error y la corrupcion, Satanás y la muerte afianzarán su reinado. Si la cruz triunfa, con ella triunfarán la verdad y la virtud, Jesucristo y la vida. ¡Profeta! calma nuestra ansiedad mortal, disipa nuestros temores, dínos, ¿quién reinará?

"¡Armaos de vuestra espada, oh el mas poderoso de los Reyes! Revestios de vuestro esplendor y de vuestra gloria, y en vuestra majestad marchad á la victoria. Subid al carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y vuestra diestra se distinguirá por las maravillas. Vuestras flechas son ardientes; los pueblos caerán á vuestros piés; ellas penetrarán en el corazon de los enemigos de mi Rey. Vuestro trono, ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio."¹

CAPITULO XVIII.

Las primeras conquistas de la Cruz.

Antes de dejar la tierra, Jesucristo habia recomendado á sus discípulos el no salir de Jerusalem para marchar á la conquista del mundo antes de haber recibido el cumplimiento de las promesas del Padre. "Vosotros recibiréis, les dijo, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me rendiréis testimonio *en Jerusalem, en toda la Judea y hasta en las estremidades de la tierra.*" Fieles á estas instruc-

¹ Salmo 44.

ribunt."¹ Introducida por el pecado, esta ley fatal pesa sobre nuestro desgraciado globo, y mata y destruye cuanto toca. Dádole ha sido al hombre provocar la vida, pero es impotente para salvarla de la muerte. Todo lo que nace, muere: la escena del mundo cambia sin cesar: los individuos, las familias, los imperios perecen y desaparecen; los monumentos de las artes, las artes mismas, los idiomas, las instituciones, las religiones sufren la misma suerte: la muerte les espera con la boca abierta y los devora alternativamente. La cruz tenia que ser necesariamente objeto de los ataques del cruel tirano que desola la tierra. "Jesucristo, dice San Pablo, debe reinar hasta que Dios haya puesto á todos sus enemigos bajo de sus piés; y la muerte será el último enemigo que será destruido."² Al mismo tiempo, canta con transporte la destruccion del poder odioso, bajo el cual ha gemido despues de su caída nuestra raza infortunada: "¡Oh muerte! esclama, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿qué ha venido á ser de tu aguijon?" Así, pues, la cruz no solo debia estar espuesta á los golpes de la muerte, sino que aun desafiándola irónicamente, prediciéndole una derrota cierta, provocaba mas su furor. ¿No presumia demasiado de sus fuerzas, no se entregaba á las vanas jactancias de un orgullo insensato, cuando ya al punto de medirse con un adversario que hasta entonces habia abatido todo, se lisonjeaba de reducirle y anonadarle para siempre? La muerte va sin duda á reunir todos sus dardos, va á llamar á todos sus auxiliares, á preparar, en fin, todos sus medios para contestar valientemente al terrible reto que la amenaza.

Hemos ya colocado en batalla á los enemigos de la cruz: ellos avanzan llenos de resolucion; el combate va á comenzar; combate encarnizado, en que ha de decidirse en las formidables regiones de lo finito y de lo infinito, de la suerte de la humanidad. ¿Quién podrá asistir con indiferencia á es-

1 Arte poética.

2 1ª Corint., cap. 15.

te inmenso drama? Espectadores de la lucha nosotros, somos asimismo actores interesados; porque la victoria, puede ser nuestra victoria, y la derrota nuestra derrota. ¿Quiénes serán los vencedores? ¿quiénes serán los vencidos?... ¡Terrible alternativa! Si la cruz sucumbe, el error y la corrupcion, Satanás y la muerte afianzarán su reinado. Si la cruz triunfa, con ella triunfarán la verdad y la virtud, Jesucristo y la vida. ¡Profeta! calma nuestra ansiedad mortal, disipa nuestros temores, dínos, ¿quién reinará?

"¡Armaos de vuestra espada, oh el mas poderoso de los Reyes! Revestios de vuestro esplendor y de vuestra gloria, y en vuestra majestad marchad á la victoria. Subid al carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y vuestra diestra se distinguirá por las maravillas. Vuestras flechas son ardientes; los pueblos caerán á vuestros piés; ellas penetrarán en el corazon de los enemigos de mi Rey. Vuestro trono, ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio."¹

CAPITULO XVIII.

Las primeras conquistas de la Cruz.

Antes de dejar la tierra, Jesucristo habia recomendado á sus discípulos el no salir de Jerusalem para marchar á la conquista del mundo antes de haber recibido el cumplimiento de las promesas del Padre. "Vosotros recibiréis, les dijo, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me rendiréis testimonio *en Jerusalem, en toda la Judea y hasta en las estremidades de la tierra.*" Fieles á estas instruc-

1 Salmo 44.

ciones, los apóstoles volvieron á Jerusalem, y entrando en una casa subieron á una habitacion alta, donde permanecieron Pedro, Juan, Santiago, Andres y los otros discípulos que perseveraban en el mismo espíritu, entregados á la oracion con María la Madre de Jesus. Como la defeccion de Judas habia dejado un vacío en el apostolado, Pedro se levantó en medio de sus hermanos y espuso la necesidad de llenarlo, escogiendo un nuevo compañero entre los discípulos que habian seguido constantemente á Jesus durante su mision terrestre y habian sido testigos de su resurreccion. Propusieron, pues á José, llamado el Justo, y á Matías; y poniéndose en oracion sortearon estos dos nombres: la suerte recayó en Matías, y quedó asociado á los once.

Cuando se habian cumplido los dias de Pentecostés, y estando todos juntos en un mismo lugar, se oyó de repente un gran ruido, tal como si fuese un viento impetuoso que venia del cielo y que llenaba todo el recinto en que estaban reunidos; al mismo tiempo vieron aparecer como lenguas de fuego que se dividieron, deteniéndose sobre cada uno de ellos. Al punto quedaron todos poseidos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar distintas lenguas. Habia entonces en Jerusalem judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones que están bajo del cielo. Despues que la noticia de este suceso se hubo esparcido, se reunió un gran número de ellos, y quedaron asombrados de oír que á cada uno le hablasen en su lengua. Entonces Pedro, presentándose con los once apóstoles, levantó su voz y dijo: ¡Oh judíos! y vosotros todos los que morais en Jerusalem, estad atentos á mis palabras. Bien sabeis que Jesus de Nazareth ha sido un hombre autorizado de Dios entre vosotros, por las maravillas, por los prodigios y milagros que Dios ha hecho por su medio. Este Jesus, que se os habia entregado por orden espresa de la voluntad de Dios, *vosotros le habeis hecho morir, crucificándolo por las manos de los perversos; pero Dios lo ha resucitado librándolo de los dolores de la tumba, y nosotros somos testi-*

gos de ello. Que toda la casa de Israel sepa con certeza *que ese Jesus á quien habeis crucificado, Dios lo ha hecho el Señor y el Cristo.*" A estas solemnes y enérgicas palabras los judíos, penetrados de compuncion, esclamaron: "Hermanos, ¿qué debemos hacer nosotros?"—"Haced penitencia, replicó Pedro, y que cada uno de vosotros sea bautizado en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Salvaos de este mundo corrompido." Y él les dijo otras muchas cosas para instruirlos y exhortarlos. En aquel dia, cerca de tres mil personas se reunieron á los discípulos, cuyo número aumentó el Señor todos los dias.

Así es como los apóstoles entraban, guiados por Pedro su caudillo, en la carrera que iban á recorrer. ¿Reconoceis en estos primeros pasos al barquero de Galilea, rústico é ignorante, al hombre de poca fé y poco ánimo, que tres veces á la voz de una criada, renegó cobardemente de su Maestro? Él acaba de lanzar á las olas su nueva barca, la gobernará con vigor y serenidad en medio de las borrascas, y contando con la palabra de su Maestro, echará sus redes lleno de confianza y hará con ellas una pesca abundante.

Algunos dias despues, subiendo Pedro y Juan al templo, un hombre baldado de las piernas desde su nacimiento, y que se sentaba todos los dias cerca de la Hermosa Puerta, les pidió limosna. "Miradnos, le dijo Pedro." Despues añadió estas admirables palabras: "Yo no tengo oro, ni plata, pero lo que tengo os lo doy: En nombre de Jesucristo levantaos y andad." Tomándole al mismo tiempo por la mano derecha le ayudó á ponerse en pié, y el pobre tullido se tuvo firme en sus piernas, y saltando de gozo entró al templo santificando y alabando al Señor. Como él tenia por la mano á Pedro y á Juan, todo el pueblo, poseido de admiracion, corrió á ellos en el sitio llamado el Pórtico de Salomon. Pedro aprovechó la ocasion de predicarles la resurreccion de Jesus. "¡Israelitas! esclamó, por qué os admirais, como si por nuestra virtud ó nuestro poder hubiésemos hecho andar á este hombre? El Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hi-

jo Jesus, que vosotros habeis entregado y de quien renegásteis delante de Pilato que queria absolverlo. *Vosotros habeis desconocido al Santo y al Justo, habeis pedido la gracia de un asesino, y habeis condenado á muerte al Autor de la vida: pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de ello.* Es su poder, y la fé en su nombre, lo que ha afirmado los piés de este hombre á quien veis y á quien conocéis: es la fé que habia en él la que ha obrado esta perfecta curacion á la vista de todos vosotros. Convertios, pues, á fin de que vuestros pecados sean perdonados. Heridas del prodigio y conmovidas por este discurso, cinco mil personas se reunieron al número de los creyentes.

Sin embargo, las contradicciones que el Divino Maestro habia anunciado á sus apóstoles, no tardaron en presentarse. El capitán de las guardias del templo aprehendió á Pedro y á Juan para ponerlos en prision, y al dia siguiente los magistrados, los senadores, los doctores de la ley, el gran sacerdote y todos los de la tribu sacerdotal, se reunieron y los hicieron comparecer en su presencia. ¿Por qué poder, les preguntaron, ó en nombre de quién habeis hecho esta accion? Entonces el pescador de Galilea, inspirado del Espíritu Santo, respondió con una noble entereza y una firme seguridad: “¡Gefes del pueblo, y vosotros senadores, escuchadnos! Pues que hoy se nos pide cuenta del bien que hemos hecho á un hombre baldado, y se quiere saber en nombre de quién ha sido curado, nosotros declaramos á vosotros todos y al pueblo de Israel, que este hombre que aparece delante de vosotros, ha sido curado en el nombre de Jesucristo de Nazareth, nuestro Señor, á quien habeis crucificado y que Dios ha resucitado. Él es la piedra que vosotros que edificais habeis arrojado, y que ha venido á ser la principal piedra del ángulo: y no hay ni puede haber salvacion en ninguno otro, porque ningun otro nombre bajo del cielo ha sido dado á los hombres para salvarlos.” Cuando ellos vieron la firmeza de Pedro y de Juan, sabiendo ademas que eran hombres del

pueblo bajo y sin letras quedaron asombrados: y como veian con ellos al que habia sido curado nada podian replicar, y ellos deliberaron entre sí diciendo: “¿Qué haremos con estas gentes? porque el milagro que acaban de obrar es conocido de todos los habitantes de Jerusalem; la cosa es evidente, no podemos negarla; pero para impedir que esto no se difunda mas y mas en el pueblo, prohibámosles con amenazas de hablar mas á quien quiera que sea en nombre de Jesus.” Contra esta prohibicion injusta y de mala fé, recibieron esta animosa y sublime respuesta: “Juzgad delante de Dios si es justo obedeceros mas bien que á Dios. Por lo que es nosotros no podemos ni hablar nada de lo que hemos visto y oido.”

Los apóstoles, no obstante, rendian solemne testimonio á la resurreccion de Jesus, y hacian muchos prodigios, hasta el punto de que se esponian á los enfermos en las calles, sobre lechos ó en camillas, á fin de que cuando Pedro pasase su sombra al menos cubriese á alguno de ellos y quedasen curados de sus enfermedades. De este modo el número de los que creian en el Señor, tanto de hombres como de mujeres se multiplicaba mas y mas todos los dias.

Habiendo en una segunda ocasion el gran sacerdote y los saduceos hecho poner en prision á los apóstoles, un ángel del Señor los libertó: en el templo donde ellos enseñaban atrevidamente, fué adonde el oficial de guardias y sus oficiales se vieron obligados á ir á buscarlos para hacerles comparecer; y todavía no se atrevieron á usar de violencia con ellos temerosos de ser apedreados por el pueblo. Cuando se hubieron hallado delante del consejo, el gran sacerdote les habló en estos términos: “Os habiamos prohibido muy espresamente enseñar con aquel nombre, y he ahí que habeis llenado á Jerusalem con vuestra doctrina y quereis hacer caer sobre nosotros la sangre de ese hombre.” Pedro y los apóstoles respondieron con la misma magnanimidad y entereza que la primera vez: “Es necesario obedecer á Dios mas bien

que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, que vosotros hicisteis morir clavándolo en una cruz. En nosotros está el Espíritu Santo que Dios ha dado á todos los que le obedecen y que son testigos de lo que os decimos." A estas palabras los judíos, trasportados de cólera pensaron en hacerlos morir. Entonces fué cuando el fariseo Gamaliel, doctor de la ley, muy considerado de todo el pueblo, les dió este sabio consejo: "Cesad de perseguir á estas gentes; porque si su empresa es puramente humana ella misma se destruirá; pero si viene de Dios no podréis destruirla, y es de temer que os encontréis culpables de haber combatido contra Dios mismo." Ellos se rindieron hasta cierto punto á este consejo. Habiendo hecho azotar á los apóstoles y prohibiéndoles de nuevo hablar en manera alguna en el nombre de Jesus, los dejaron ir. Desde entonces se pudo juzgar de la impotencia de las persecuciones contra los discípulos de Cristo, y de la invencible y santa resignacion que ellos sabrian oponerles; resignacion muy diferente del orgullo insolente de los sectarios obstinados en sus perniciosos designios. Los apóstoles salieron del consejo llenos de alegría porque se les habia considerado dignos de sufrir por el nombre de Jesus, y no cesaban de anunciarlo todos los dias en el templo y en las casas.

El número de los discípulos se aumentaba mas y mas; muchos aún de los sacerdotes se convertian; y no pudiendo ya bastar los apóstoles á las funciones de su ministerio, dejaron el servicio de las mesas á siete hombres escogidos y se aplicaron enteramente á la oracion y á la predicacion. Pero los judíos no pusieron mucho tiempo en práctica los consejos tolerantes de Gamaliel: levantóse una gran persecucion contra la Iglesia de Jerusalem, y Estéban, hombre lleno de gracia y de fuerza, selló el primero con su sangre el testimonio de su fé. Se le apedreó, y durante este cruel suplicio oraba, diciendo á ejemplo de su Maestro crucificado: "Señor, no les imputeis este pecado; Señor, recibid mi espíritu." Habia

allí un jóven que guardaba los vestidos de los verdugos y consentia en la muerte de Estéban. Se le llamaba Saul: Dios tenia grandes designios sobre él.

Esta persecucion dispersó á los judíos en diversas comarcas de Judea y de Samaria: algunos se extendieron hasta la Fenicia, Chipre y Antioquía, y por todas partes anunciaban la palabra de Dios, pero solamente á los judíos: sin embargo, ellos sentian nacer dentro de sí una ambicion mas vasta. Ya en el camino de Gaza, Felipe habia bautizado á un etiope, oficial de la reina Candacia, y emprendieron predicar asimismo á los griegos la doctrina de Jesus. La hora que Dios habia fijado para la salvacion de las naciones habia llegado al fin. Constituido Pedro regulador del nuevo orden que se inauguraba, en medio de un éxtasis vió el cielo abierto y como una grande red suspendida de las cuatro puntas que descendia á la tierra llena de toda clase de animales cuadrúpedos, de pájaros y reptiles. Y oyó una voz que le dijo: "Levántate, Pedro; mata y come." "Yo no tengo cuidado porque jamas he comido nada impuro ó manchado." La voz replicó: "No llares impuro lo que Dios ha purificado." Esto se repitió hasta tres veces, y la red desapareció del cielo. Mientras que Pedro lleno de pena se afanaba por interpretar esta vision, tres hombres enviados por un *gentil*, llamado Cornelio, centurion de la legion italiana, le hicieron algunas preguntas, y el Espíritu Santo le ordenó seguirlos. Él partió con ellos dirigiéndose á Cesarea y á la casa de Cornelio que le esperaba con sus parientes y sus mas íntimos amigos.

Este punto oscuro de la historia, este hecho aislado, esta entrevista de un centurion y de un pescador, de la que no haria ningun caso un escritor irreflexivo; que desdeñaria el impío y aun el indiferente, pesaba mas, sin embargo, en los destinos del mundo, que las conquistas de Alejandro y de César; que los tratados de los reyes y las asambleas de los pueblos. Tal incidente era la señal de la revolucion mas asombrosa, mas completa que se hubiese efectuado nunca en el

mundo. Esta revolucion está indicada tal cual es en el siguiente diálogo de Pedro con Cornelio: "Sabeis, le dijo Pedro, que un judío tiene horror de comunicarse con un extranjero y de entrar en su casa; además, Dios me ha prescrito no tratar con ningún hombre profano ó impuro. Decidme, pues, ¿por qué motivo me habeis hecho venir?—Hace cuatro días, respondió Cornelio, que estando en oración ví á un hombre vestido con una túnica blanca, que me dijo: Vuestra súplica ha sido escuchada y Dios se ha acordado de vuestras limosnas. Enviad, pues, á Joppe y haced venir á Pedro: él os anunciará verdades por las cuales seréis salvado, vos y vuestra familia.—En verdad, replicó Pedro, veo bien que Dios no hace acepción de personas, y que en cualquiera nación que sea, el que teme y hace buenas obras es grato á sus ojos." Aun hablaba todavía cuando el Espíritu Santo descendió sobre todos los que le escuchaban; y entonces él exclamó: "¿Puede rehusarse el bautismo á los que han recibido al Espíritu Santo lo mismo que nosotros?" Y mandó que se les bautizase en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Los apóstoles y los demás cristianos que estaban en Judea no supieron sin sorpresa y sin disgusto esta noticia, pero habiéndoles contado Pedro lo que había sucedido, se calmaron y rindieron gloria á Dios, diciendo: "Dios ha concedido también la penitencia á los gentiles para darles la vida."

El cielo preparaba al mismo tiempo un obrero para esta abundante cosecha. Saul, que no respiraba aún sino amenazas y persecucion contra los discípulos, se vió repentinamente circundado en el camino de Damasco de una luz que venía del cielo, y, derribado en tierra, oyó una voz que le decía: "¿Saul, Saul! ¿por qué me persigues?—¿Quién sois, Señor? responde Saul.—Yo soy Jesus á quien tú persigues." Entonces espantado y trémulo, "Señor, le dijo, ¿qué quereis que yo haga?" El Señor le respondió: "Entra en la ciudad y lo sabrás." A la misma hora, el discípulo Ananías recibía esta orden por medio de una vision: "Id á la calle Derecha y

buscad allí á Saul porque es un instrumento que yo he escogido para llevar mi nombre ante los gentiles, y ante los hijos de Israel. Yo le haré conocer asimismo cuán necesario es que sufra por mi nombre." Ananías fué, impuso las manos á este nuevo hermano y le comunicó los dones del Espíritu Santo. Al punto Saul, que también se llamaba Pablo, predicó en las Sinagogas que Jesus era el Hijo de Dios. Un auxiliar y un compañero en sus trabajos se le deparó en el discípulo Bernabé, hombre de bien, lleno del Espíritu Santo y abrasado de una fé viva: Pablo le vino á buscar á Tharses, su pais natal, para conducirlo á Antioquía. En esta ciudad permanecieron un año, y convirtieron á tantas personas, que fué necesario darles un nombre á sus discípulos. Por la primera vez se les llamó *cristianos*.

Con todo, una carrera mucho mas vasta les estaba todavía abierta. En tanto que los profetas y los doctores de la Iglesia sacrificaban al Señor, el Espíritu Santo les dijo: Separadme á Pablo y á Bernabé para la obra á la cual los he llamado." Y despues que ellos hubieron ayunado y orado, les impusieron las manos y los hicieron partir. Desde entonces nada puede detenerlos; corren, vuelan, y se tiene trabajo en seguir la rapidez de sus movimientos. Esperimentarán contradicciones, persecuciones, serán aprisionados, apedreados... pero el ardor de su celo sabrá sobreponerse á todos los obstáculos, y estos no servirán mas que de aumentar su intrepidez. Ellos se dirigen desde luego á Seleucia, se hacen á la vela hácia Chipre, llegan á Salamina y convierten en Paphos al prócónsul Sérpio despues de haber tocado de ceguera al falso profeta Barjesus; pasan en seguida á Perges de Pamfilia, y despues á Antioquía y Pisidia. Allí sacudiendo contra los judíos que rehusan escucharlos, el polvo de sus sandalias, les dicen atrevidamente que ellos predicarán en lo de adelante á los gentiles. Vienen á Icona y allí convierten un gran número de griegos y de judíos: se subleva una parte del pueblo contra ellos y pasan á Listria de Lycaonia en donde Pablo

obra la curacion milagrosa de un tullido; y el pueblo los tiene por dioses, á Bernabé por Júpiter, á Pablo por Mercurio, y quiere absolutamente ofrecerles sacrificios; pero llegan los judíos y apedrean á Pablo hasta dejarlo por muerto. El dia siguiente emprende su marcha con Bernabé para Derbes; pero vuelven sobre sus pasos y fortifican en la fé á sus cristianos nacientes; despues se dirigen á Jerusalem para asistir al primer concilio, donde refieren todos los milagros y todas las conversiones que el Señor ha obrado por su ministerio. Luego y sin otra demora parten otra vez para Antioquía: allí se separan. Bernabé con Juan se hace á la vela para la isla de Chipre; Pablo con Silas, recorre la Siria y la Silicia, prescribiendo á las iglesias, que de dia en dia son mas numerosas, que guarden estrictamente los reglamentos de los apóstoles. Pablo en seguida atraviesa la Frigia, la Galacia, la Misia y la Macedonia. Su predicacion era seguida siempre de la conversion de los pueblos: ella iba acompañada con tantos milagros, que hasta los pañuelos y los lienzos que habian tocado su cuerpo se ponian sobre los enfermos y al punto quedaban curados de sus enfermedades y libres de los espíritus malignos.

Despues de haber hecho una abundante cosecha en todo su camino, el Apóstol de los gentiles, se detiene en Tesalónica y funda allí una Iglesia, cuyo fervor sirve de modelo á todas las demas: pasa en seguida á Atenas y predica al Dios desconocido en medio del Areópago, cuyos ilustres miembros quedan asombrados de la elevacion de su doctrina, penetrando la conviccion en el corazon de muchos de ellos. Dirígese despues á Corinto y á Éfeso en donde los fabricantes de los pequeños templos de Diana se quejan de que arruina su industria y se amotinan contra él: volviendo luego á Antioquía, baja de nuevo á Jerusalem. En esta ciudad los judíos se sublevan contra él y le hacen prender por medio de un centurion. Él opone á esta violencia su cualidad de ciudadano romano. Se le arrastra á los tribunales, pero hablando de

justicia, de castidad y de un juicio futuro, hace temblar en su asiento al gobernador Félix, su juez; conmueve á Festo y persuade al rey Agrippa á hacerse cristiano. Se queria despacharle absuelto, pero él habia apelado al César, y era necesario que compareciese ante el César. Él irá por lo tanto á Roma, y por una justa disposicion de Dios, sus mismos perseguidores se encargarán de conducirlo á esta capital de la idolatría, donde el Señor le habia ordenado que fuese á rendirle testimonio. Allí permaneció dos años enteros recibiendo á todos los que iban á visitarle, y anunciando el reino de Dios con toda libertad hasta en el palacio mismo del emperador Neron, donde conquistó muchas almas á Jesucristo.

Abierta una vez la vía, los demas apóstoles se lanzaron en ella á competencia y se esparcieron en las diferentes provincias del imperio romano. Pedro recorrió el Ponto, la Galacia, la Capadocia, la Bitinia, y envió á algunos de sus discípulos á Occidente. Él estableció desde luego, la Silla de su pontificado en Antioquía; pero muy poco despues, la trasladó á Roma, y tomó posesion valerosamente en nombre de Jesus de la ciudad eterna, enfrente de los dioses del Capitolio. En un breve espacio de tiempo, el mundo entero ha oido predicar la Buena Nueva. Tomás lleva el Evangelio á las Indias, Juan al Asia Menor, Andres á los Escitas, Felipe á la grande Asia, Bartolomé á la Armenia, Mateo á la Persia, Simon á Mesopotamia, Júdas á la Arabia, Matías á los confines de la Etiopia.

Así, á la faz de las naciones, de los judíos y de los gentiles, de los griegos y de los bárbaros, avanzaron estos intrépidos conquistadores de la cruz, anunciando á los pueblos y á los reyes, á los ignorantes y á los sabios la gran nueva de la regeneracion humana, y rindiendo testimonio de la doctrina y de las maravillas del Hijo de Dios. Su carrera no estaba aun concluida, y ya San Pablo decia á los fieles romanos que su fé se habia anunciado á todo el mundo; escribia á los colosenses que el Evangelio era oido de toda criatura viviente

bajo del cielo; que era predicado, y que se propagaba en todo el universo: él aplicaba, en fin, á los apóstoles mismos como un cántico de victoria estas palabras proféticas del Salmista: *Su voz se hace oír por toda la tierra, su palabra ha sido llevada hasta las estremidades del mundo.*¹ Seria verdaderamente increíble esta rapidez de los progresos apostólicos, si los resultados no la confirmasen, y si todos los historiadores contemporáneos no nos hablasen de esta multitud inmensa de cristianos, *ingens multitudo*, como dice Tácito² que se vió de repente inundar á Roma y al imperio romano.

CAPITULO XIX.

Los conquistadores de la Cruz.

He aquí al fin unos conquistadores nuevos y muy extraordinarios. Como hemos visto antes, bajo el reinado de Satanás, es decir, bajo el reinado de una libertad esclava de la corrupcion y dirigida por una razon sin brújula, para evitar la anarquía que es la mayor desgracia de la tierra y para constituir la unidad, que es su mas grande bien, un solo medio de conquista era posible; la conquista por la fuerza de las armas; porque en vano el mas ilustre genio habria querido hacerse obedecer de los hombres y mantenerlos en la vía recta, y mandarles en nombre de la verdad; ellos se hubieran reido de sus prescripciones y no le habrian prestado fé ni obediencia. Para impedir despues de la division de Babel, que la humanidad se fraccionase hasta lo infinito, el so-

¹ Epíst. á los Rom., cap. 1; y Epíst. á los Colos., cap. 1 y 6.

² Anales, I, 15.

lo medio posible, por falta de autoridad moral, el solo decimos, que podia emplearse era la fuerza material; y no vino á la mente de nadie, ni aun de los judíos, el esperar que se constituyese la unidad de la gran familia humana, haciéndola aceptar libremente el lazo de las mismas creencias y de los mismos deberes. Pero lo que se reputaba como imposible, que lo era verdaderamente entonces, que lo seria todavía hoy á cualquiera que hablase en su propio nombre, no ha arretrado á una docena de pobres pescadores; y si hay alguna cosa tan admirable como sus prodigiosos sucesos, es la idea misma de su empresa y el valor que han desplegado para llevarla á cabo. Cuando los filósofos antiguos inventaban un sistema, hijo de los sueños de su imaginacion y en el cual no tenían confianza, se contentaban con esplicarlo en el recinto de sus escuelas á algunos oyentes benévolos; pero nunca pudo ser tan ardiente su celo que les hiciese experimentar el deseo de sacrificar su reposo, sus placeres, sus honores, su vida misma, por ir á llevar á los templos el pan de la vida y la antorcha de la verdad. Si los apóstoles no hubiesen hecho mas que concebir la generosa ambicion de esclarecer todas las inteligencias, y aun cuando los resultados no hubiesen venido á coronar sus esfuerzos, tendrian un derecho al reconocimiento de toda la tierra; deberian erigírseles por todas partes monumentos en su honor, y merecerian ser venerados como unos desgraciados pero nobles bienhechores de la raza humana. Y sin embargo, ¿qué es esto despues de lo que ellos han sentido, querido y cumplido? Detengámonos un instante á contemplar estas heroicas y santas figuras, que el mundo, si le hubiesen pertenecido y si quisiese admirar otra cosa que no fuesen sus frívolas grandezas, no hallaria lauros suficientes que tributarles.

Todas las naciones estaban sumergidas en el abismo del vicio y del error. "Id, decia su Maestro á algunos groseros artesanos, instruidles, sacadles de esa miseria y de ese fango; tendréis mucho que sufrir; pero tened confianza, que yo

bajo del cielo; que era predicado, y que se propagaba en todo el universo: él aplicaba, en fin, á los apóstoles mismos como un cántico de victoria estas palabras proféticas del Salmista: *Su voz se hace oír por toda la tierra, su palabra ha sido llevada hasta las estremidades del mundo.*¹ Seria verdaderamente increíble esta rapidez de los progresos apostólicos, si los resultados no la confirmasen, y si todos los historiadores contemporáneos no nos hablasen de esta multitud inmensa de cristianos, *ingens multitudo*, como dice Tácito² que se vió de repente inundar á Roma y al imperio romano.

CAPITULO XIX.

Los conquistadores de la Cruz.

He aquí al fin unos conquistadores nuevos y muy extraordinarios. Como hemos visto antes, bajo el reinado de Satanás, es decir, bajo el reinado de una libertad esclava de la corrupcion y dirigida por una razon sin brújula, para evitar la anarquía que es la mayor desgracia de la tierra y para constituir la unidad, que es su mas grande bien, un solo medio de conquista era posible; la conquista por la fuerza de las armas; porque en vano el mas ilustre genio habria querido hacerse obedecer de los hombres y mantenerlos en la vía recta, y mandarles en nombre de la verdad; ellos se hubieran reido de sus prescripciones y no le habrian prestado fé ni obediencia. Para impedir despues de la division de Babel, que la humanidad se fraccionase hasta lo infinito, el so-

¹ Epíst. á los Rom., cap. 1; y Epíst. á los Colos., cap. 1 y 6.

² Anales, I, 15.

lo medio posible, por falta de autoridad moral, el solo decimos, que podia emplearse era la fuerza material; y no vino á la mente de nadie, ni aun de los judíos, el esperar que se constituyese la unidad de la gran familia humana, haciéndola aceptar libremente el lazo de las mismas creencias y de los mismos deberes. Pero lo que se reputaba como imposible, que lo era verdaderamente entonces, que lo seria todavía hoy á cualquiera que hablase en su propio nombre, no ha arretrado á una docena de pobres pescadores; y si hay alguna cosa tan admirable como sus prodigiosos sucesos, es la idea misma de su empresa y el valor que han desplegado para llevarla á cabo. Cuando los filósofos antiguos inventaban un sistema, hijo de los sueños de su imaginacion y en el cual no tenian confianza, se contentaban con esplicarlo en el recinto de sus escuelas á algunos oyentes benévolos; pero nunca pudo ser tan ardiente su celo que les hiciese experimentar el deseo de sacrificar su reposo, sus placeres, sus honores, su vida misma, por ir á llevar á los templos el pan de la vida y la antorcha de la verdad. Si los apóstoles no hubiesen hecho mas que concebir la generosa ambicion de esclarecer todas las inteligencias, y aun cuando los resultados no hubiesen venido á coronar sus esfuerzos, tendrian un derecho al reconocimiento de toda la tierra; deberian erigírseles por todas partes monumentos en su honor, y merecerian ser venerados como unos desgraciados pero nobles bienhechores de la raza humana. Y sin embargo, ¿qué es esto despues de lo que ellos han sentido, querido y cumplido? Detengámonos un instante á contemplar estas heroicas y santas figuras, que el mundo, si le hubiesen pertenecido y si quisiese admirar otra cosa que no fuesen sus frívolas grandezas, no hallaria lauros suficientes que tributarles.

Todas las naciones estaban sumergidas en el abismo del vicio y del error. "Id, decia su Maestro á algunos groseros artesanos, instruidles, sacadles de esa miseria y de ese fango; tendréis mucho que sufrir; pero tened confianza, que yo

he vencido al mundo." Y como otras veces habian arrojado sus redes á su mandato, así ahora van á ejecutar sus órdenes, con fé, con sencillez, sin inquirir dificultades, sin informarse con qué recursos han de contar. Ellos no tienen otra arma que la palabra, ni mas escudo que la oracion, y por única enseña la cruz. Y sin embargo, van, y no vacilan en emprender la lucha contra la libertad en delirio, y someterla á un yugo que la fuerza no la obligaria nunca á respetar. ¿Eran acaso fanáticos, insensatos entusiastas que se arrojaban ciegamente á traves de obstáculos insuperables? No; juzguemos mejor de su sublime vocacion y no atribuyamos á la demencia los honores de una gloria sobrehumana. Sin duda es un designio inconcebible el de proponerse obligar á la libertad á que aceptase cadenas voluntariamente; pero si los apóstoles se atreven á ponerlo en ejecucion, es porque conocen al que los envia; saben que son los agentes de la Divinidad, y que sostenidos por su Omnipotencia nada es imposible para ellos. "Nosotros hemos recibido, dicen, la gracia y el apostolado de Jesucristo para someter á la fé por la virtud de su nombre á todas las naciones de la tierra¹." Esta confesion que hacen por humildad, á fin de que no se les atribuya lo que no es obra suya, manifiesta la santidad de su mision y refleja sobre ellos un magnífico resplandor. No es con su propio nombre con el que elevan la pretension de salvar al mundo, sino con el nombre de Jesucristo, con el nombre de Dios, de quien reciben la gracia, y la virtud que esperan esclarecer y purificar. Ellos son, pues, los elegidos del Altísimo, los enviados del cielo; y este carácter sagrado es su primero y mas augusto título á la veneracion de los hombres.

Pero si esos hombres oscuros han sido el objeto de un favor especial, ellos han probado con su conducta que eran dignos de él. Ved, en efecto, cómo han correspondido á la sublimidad de su vocacion; cómo han igualado por su celo, por

¹ Epíst. á los romanos, cap. 1.

su paciencia, por sus sacrificios, por su ardiente caridad, la grandeza de los designios cuya ejecucion les habia sido confiada, y decid si realmente la Divinidad podia haber escogido en la tierra mas perfectos instrumentos. Las heroicas virtudes de que nos han dado ejemplo, los elevan mas allá de la naturaleza humana y les hacen reconocer á la primera mirada, por los primogénitos del nuevo Adam, y por las primicias de la regeneracion evangélica. Búsquese como se quiere en la sucesion de los siglos que les preceden, y no se encontrará á nadie con quien compararlos. Ellos aparecen en la escena del mundo como fenómenos inesperados, como astros nuevos que vienen á arrojar los mas vivos destellos de luz en medio de las mas espesas tinieblas. ¿Qué habrian dicho Sócrates y Platon si hubiesen oido á estos hombres predicar al Dios desconocido, si los hubiesen visto lanzarse intrépidamente al socorro de nuestra naturaleza desfallecida, si hubiesen sido testigos de los prodigios de su vocacion, de las maravillas de su santidad? ¿Qué hubieran sido á sus ojos al lado de semejante paralelo los sistemas de los filósofos, las virtudes de los sabios, la gloria de los héroes antiguos? Por lo que es nosotros, hijos de los apóstoles, testigos de sus obras celestiales, é instruidos en la escuela de su vida, acostumbrados como estamos al ideal de perfeccion que ellos han realizado, no los miramos sino con demasiada indiferencia, ó por lo menos reservamos nuestra admiracion para modelos que estén mas en armonía con nuestra propia naturaleza. Pero si queremos revivir nuestras impresiones por un estudio profundo de los hombres apostólicos, si queremos desterrar de nuestro espíritu las tristes preocupaciones de la tierra; bien pronto, contemplando á los santos bienhechores del género humano, nos sentiremos heridos de un reflejo de belleza divina que nuestros ojos no habian percibido, y exclamarémos como los licaonienses: "Unos dioses bajo la forma de hombres han descendido hácia nosotros."¹

¹ Actas de los apóstoles, cap. 14.

La omnipotente gracia de Dios ha podido solamente hacer brotar del seno de la mas espantosa corrupcion, y mostrar al mundo una santidad tan perfecta como la de que los apóstoles han suministrado al mundo el ejemplo. Nunca, y sobre todo entre burdos artesanos, la fuerza humana entregada á sus solos medios, pudo elevarse hasta ese alto punto de superioridad moral, tan difícil, que los mas grandes hombres han debido renunciar á imitarlos; porque era necesario antes vencerse á sí mismo, triunfar de su propia naturaleza por combates mas rudos y encarnizados que los que seria preciso sostener contra un enemigo formado en batalla. Pero despues de Jesucristo en nadie seguramente ha brillado la belleza con un resplandor mas divino que en los apóstoles. ¿Dónde ha podido ofrecerse al mundo un espectáculo de un desinterés mas generoso y heroico? Que se contemple la abnegacion de que dieron tantas pruebas. No se les ha prometido ni ellos han recogido mas que desprecios, ultrajes y sufrimientos; y con todo, sin vacilar, ellos corren delante de todos los peligros, de la muerte misma, para anunciar la salvacion de los hombres, que les son enteramente desconocidos. "Esponerse á perder la vida por su patria, dice M. de Chateaubriand, á la vista de todo un pueblo, en presencia de sus amigos, de sus parientes, es muy bello sin duda: con todo, en el hecho, es cambiar algunos dias de una vida perecedera por siglos de gloria; es ilustrar á su familia, elevarla á las riquezas y los honores: pero ir en medio de un pueblo extranjero, consumir su existencia en los trabajos y en las penas, morir de una muerte horrorosa, sin espectadores, sin aplausos, sin ventaja ninguna para los suyos, obscuro, despreciado, tratado de insensato, de violador de la ley, de impío tal vez, y todo esto por procurar la dicha de hombres estraños y desconocidos, es necesario confesar que es un sacrificio humanamente imposible.¹ Pero los apóstoles

1 *Genio del Cristianismo.*

estaban abrasados de una pasion nueva, de una pasion divina que se llama la caridad y no conocian obstáculos á su intento. "¿Quién nos separará de Jesucristo? decian ellos: ¿seria acaso la afliccion ó las angustias, el hambre ó la desnudez, los peligros, las persecuciones ó el hierro del verdugo? En medio de todos estos males nosotros permanecemos victoriosos por la virtud de Aquel que nos ha amado."¹

Este amor de Jesucristo se une en ellos tan íntimamente al amor de los hombres, que ellos escriben al mismo tiempo á sus fieles: "En el afecto que os profesamos, deseamos con ardor, no solamente comunicaros el Evangelio de Dios, sino aun daros nuestra propia vida."² El ardiente deseo de la salvacion de los hombres que los inflama, se manifiesta en toda ocasion. Cuando Agrippa, apremiado por las razones de Pablo, le confesó que poco necesitaba para persuadirle á que se hiciese cristiano, el celo del apóstol dejó escapar al momento esta admirable respuesta: "¡Quiera Dios que no solamente se necesite poco, sino que no se necesite nada absolutamente para que vos y todos los que me escuchan, adivinaseis hoy, tales como yo soy, á reserva de mis ligaduras!" y mostró las cadenas de que estaban cargadas sus manos.³ "Despues que diez y ocho siglos han pasado sobre estas páginas santas, dice el conde de Maistre, despues de cien lecturas de esta bella respuesta, yo creo leerla por la primera vez; tanto me parece noble, dulce, penetrante é ingeniosa. Yo no sabré explicaros hasta qué punto me ha conmovido."⁴ El gran corazon de San Pablo ha dejado, sin embargo, salir llamas mas vivas y de las que no hay alma tan fria que hoy mismo no deba sentirse abrasada. "¡Oh corintios! esclamaba, mi boca se abre, y el afecto que os tengo dilata mi corazon. Mis entrañas no están cerradas para vosotros, pero las

1 Epíst. á los romanos, cap. 8.

2 Epíst. 1^a á los Thess., cap. 2.

3 Actas de los Apóstoles.

4 Tardes de San Petersburgo.

vuestras sí lo están para mí. Devolvedme, pues, amor por amor; yo os hablo como á mis hijos; dilatad también para mí vuestro corazón.”¹

¿Qué ha pasado, pues, en estos hombres? ¿En qué hoguera han encendido ese fuego devorante que los consume? ¿Cómo es que el egoísmo, fruto de nuestra mala naturaleza, que no detiene nuestro pensamiento y nuestros afectos sino sobre nuestra familia, sobre algunos amigos y sobre nosotros mismos, se trasforma de repente en ellos en una inmensa y generosa caridad que comprende á la humanidad entera? Id á escuchar á los maestros en su cátedra, á los filósofos en sus escuelas y veréis si ellos sienten por un puñado de oyentes, el amor en que los apóstoles arden por todos los hombres. Éstos nuevos sentimientos piden un lenguaje nuevo; así desde que los apóstoles se dirigen á los pueblos, la palabra *hermanos*, tan bella, tan dulce y sin embargo tan olvidada desde la corrupcion de la libertad, esta palabra que encerraba su fé, su objeto y su esperanza, viene á establecerse sobre sus labios; y si la abandonan es para dar este epíteto todavía mas tierno á sus neófitos: “*Hijos míos, mis muy queridos hijos.*” Nada es comparable á su solicitud por estos estraños á quienes han venido á buscar para guiarlos á la verdadera fé; ellos les prodigan toda especie de cuidados y de escrupulosas atenciones; les aman con un amor celoso; sufren con los que sufren; se afligen con los que se afligen. “Sabeis, les dicen, que hemos obrado con cada uno de vosotros con la solicitud y el afecto de un padre; con el de una nodriza llena de ternura para con sus hijuelos.” Se les ve convertirse en sirvientes de todos para así ganar mayor número, hacerse débiles con los débiles, evitar el humillar el orgullo del judío ó del pagano; hacer en fin, todo por todos, para procurar la salvacion de todos. Si alguna vez se ven obligados á reprender á alguno de sus queridos hijos, ellos recomiendan á los otros

1 Epíst. á los corint., cap. 6.

tratarle con indulgencia, consolarlo y darle pruebas efectivas de caridad á fin de que no se sienta agobiado por un exceso de tristeza.”¹ Y sin embargo, dónde está el reconocimiento, dónde las ventajas temporales que les resultan de esta consagracion absoluta á los demas? Ellos nos lo dicen todavía: “Parece que Dios nos trata como los últimos de los hombres; como los condenados á muerte; y nos hace servir de espectáculo al mundo, á los ángeles y á los demonios. Nosotros somos insensatos por el amor de Jesucristo, somos débiles y somos despreciados. Hasta el presente sufrimos el hambre y la sed, la desnudez y los malos tratamientos; nuestras moradas son los establos. Trabajamos con mucha pena con nuestras propias manos; y hemos venido á ser como las inmundicias del mundo, como las basuras que todos arrojan fuera de sus casas.”² Pero he aquí otro milagro: el sufrimiento, que hace brotar las lágrimas y engendra la desesperacion, se sorprende al ver que sus dardos se embotan contra estas grandes almas, fortalecidas en el Evangelio, y que en ellas produce el sentimiento de una dicha celeste; porque ellos se iban llenos de gozo, dicen las Actas, por haberseles considerado dignos de sufrir por el nombre de Jesucristo; y San Pablo esclama: “Yo sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones.” Este gozo, sin embargo, es sereno como la paciencia, dulce como la resignacion, tierno como la misericordia; él no se parece á la altivez facticia y ridícula de los falsos sabios, ni á la orgullosa insolencia de los entusiastas; sino que es un reflejo de la bondad del cielo, una emanacion de la santa indulgencia del Calvario. “Se nos maldice y nosotros bendecimos; se nos persigue y nosotros sufrimos; se nos dicen injurias y nosotros respondemos con súplicas.”³ ¿Habrá acaso un corazón tan empedernido por la filosofía que

1 Epíst. 1ª á los Thess., cap. 2. 1ª á los Corint., cap. 9. 2ª á los Corint., cap. 1º.

2 Epíst., 1ª á los Corint., cap. 4.

3 Epíst. 1ª á los Corint., cap. 4.

no se sienta conmovido de admiracion ante unas palabras tan tiernas, trofeo de virtudes sobrehumanas, revelacion de un incomparable heroismo?... Porque si es por sí una gran gloria vencer el sufrimiento, qué gloria mas grande que la de perdonar y hacer beneficios á los opresores!

Pero si los apóstoles son héroes de caridad, de paciencia y de mansedumbre, son asimismo prodigios de humildad, virtud que la antigüedad pagana conoció tan poco que no sabia de ella ni aun el nombre. Ministros de Jesucristo, dispensadores de los misterios de Dios, predicadores de una doctrina sublime, ellos no reclaman para sí ninguna gloria de esta augusta mision; ellos no son nada, es Dios el que lo hace todo por su órgano: es Él quien sostiene su debilidad, quien les da aliento, quien los hace aptos para ser los ministros de la nueva alianza. "Nosotros no somos capaces, confiesan ellos, de formar un solo pensamiento bueno: Dios es el que nos hace capaces de ello. No nos consideramos sino como los servidores de los hombres por Jesus; porque el mismo Dios que ha hecho resplandecer la luz en medio de las tinieblas, es el que ha hecho lucir su claridad en nuestros corazones á fin de que podamos esclarecer los otros, comunicándoles el conocimiento de la gloria de Dios. Pero nosotros llevamos este tesoro en vasos de tierra, á fin de que se reconozca que la grandeza de la fuerza que está en nosotros es de Dios y no nuestra."¹ San Pablo confiesa que aunque su conciencia no le reprocha nada, no se considera por esto justificado; que está sometido á la ley del pecado, que él siente los aguijones del ángel de Satanás y que sujeta su cuerpo á la servidumbre, de temor que despues de haber predicado á los demas, no se haya escludido á sí propio. Lejos de renegar de su origen, los conquistadores de la cruz declaran altamente que Dios ha escogido á los menos sabios, á los mas viles y á los mas despreciables á los ojos del mundo, á fin de que

1 Epíst., á los Corint., cap. 4.

atribuya toda la gloria al Señor. Ellos no se avergüenzan de su debilidad, de su rusticidad, de su ignorancia; no pretenden ocultar la cruz de su Maestro, ni disimular sus humillaciones, ni cubrir con las flores de la retórica, como dice Rousseau, la faz adusta del Evangelio; ellos no quieren emplear los discursos persuasivos de la sabiduría humana; se envanecen por el contrario de no saber otra cosa que: "*Jesus y Jesus crucificado*. "Si es preciso glorificarse de algo, dice San Pablo, yo me glorificaré solamente de mis debilidades."¹

Vanamente se procuraria crear un ideal de perfeccion humana mas cumplido y perfecto que el que los apóstoles nos han ofrecido como modelo: ellos han sido en todo los imitadores de Jesucristo, de cuya vida dice Rousseau que el inventor seria mas admirable que el héroe mismo. ¿Era posible, que tantos sacrificios, tanta abnegacion, tanta caridad se produjesen repentinamente del seno del deleite, de la corrupcion y del egoismo antiguos, sin que la tierra se conmoviese, sin que la divina atraccion hubiese ido á buscar en el fondo de los corazones la última centella simpática para revivirla y solicitarla con energía? No sin duda; y desde luego hemos admirado la prodigiosa rapidez con que la simiente evangélica nacia, crecia, fructificaba y se difundia. "Iban, pues, esos ignorantes en el arte de hablar bien, pero sabios en el arte de obrar bien, iban, decimos, con esa locucion ruda, con ese modo de espresarse que comprende el extranjero aun en esa culta Grecia, la madre de los filósofos y de los oradores; y á pesar de la resistencia que les oponia el mundo, establecian mas iglesias que discípulos ganó Platon con su elocuencia que se creyó divina."²

¿Quiénes debian ser los discípulos formados por tales maestros? Las Actas de los apóstoles nos los describen bajo los colores mas admirables. Toda la multitud de los que creian no ser mas que un corazon y una alma, ninguno de ellos con-

1 Epíst. 1.^a á los Corint., cap. 1.

2 Bossuet, sermon sobre San Pablo.

sideraba que lo que poseía le pertenecía exclusivamente, sino que todas las cosas eran comunes entre ellos. Nadie tampoco era pobre, porque ellos vendían sus bienes y los distribuían á todos según la necesidad de cada uno. Continuaban yendo todos los días al templo animados de un mismo espíritu; y partiendo el pan que les daban en las casas tomaban su alimento, con alegría y sencillez de corazón, alabando á Dios y haciéndose amar de todo el pueblo.¹ En recompensa de su celo los apóstoles merecían bien el ser queridos de aquellos que amaban tanto como á sí mismos y á que á costa de tantos sacrificios habían introducido en la alegría del reino de Jesucristo. Dos rasgos nos darán la idea de la santa ternura con que rodeaban á sus hijos en la fé. Se lee en las Actas que habiendo hecho venir San Pablo á los sacerdotes de la Iglesia de Éfeso, les dijo: "Yo parto á Jerusalem donde el Espíritu Santo me asegura que me están preparadas cadenas y aflicciones: pero yo no temo nada; me basta que acabe mi carrera cumpliendo mi ministerio. Sé que no me veréis mas, vosotros todos entre quienes he pasado predicando el reino de Dios." Después de haber hablado de este modo, el apóstol se puso de rodillas y oró con ellos. Entonces comenzaron todos á derramar lágrimas, y arrojándose al cuello de Pablo le besaban, afligiéndose sobre todo de lo que él les había dicho de que no lo verían mas. Y ellos le acompañaron hasta el bajel. Después, cuando San Pablo hubo llegado á Cesarea, un profeta, llamado Agabus, tomó el ceñidor del apóstol y ligándose los piés y las manos dijo: "De este modo los judíos ligarán en Jerusalem al hombre á quien pertenece este ceñidor y le entregarán á las manos de los gentiles." Habiendo oído estas palabras le conjuramos nosotros y los de aquel lugar para que no fuese á Jerusalem. Pero él respondió: "A qué llorar así y enternecer mi corazón? Yo estoy dispuesto no solo á ser encadenado, sino aun morir en Jerusalem por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo."

¹ Actas de los apóstoles, cap. 2.

Cuando vimos que no podíamos persuadirlo, no le obligamos ya mas y nos dijimos: ¡Qué se haga la voluntad del Señor!"¹

¡Qué tierna emoción, qué sentimiento celestial respiran estas líneas! En ellas se espresan á la vez la caridad, la dulzura, la piedad, la energía y la resignación. ¡Cuál se unen estos corazones en una misma inquietud, en un mismo interés, en una misma ternura! ¡Cómo se vé que la virtud de la cruz se cierne sobre ellos, los anima y los dispone á todos los sacrificios!

Así, gracias á nuestros pacíficos conquistadores, la tierra oye la Buena Nueva, recibe las primicias del nuevo espíritu, y ve abrirse la era del nuevo reinado que debía libertarla y restablecer al hombre en su dignidad de ser libre esclareciendo y purificando esa misma libertad.

Gloria, pues, á estos ilustres conquistadores de la cruz que no han recorrido las naciones, como los otros conquistadores con el fuego y el hierro para asolarlas, enriquecerse con sus despojos y esclavizarlas, sino con la verdad y la caridad para instruir las, consolarlas y regenerarlas rociándolas con la sangre del Redentor, mezclada con la suya, y librarlas de la servidumbre del mal que engendra todas las demas servidumbres! Su empresa, su sacrificio, su triunfo, todo es sobrenatural, todo divino; y cuando los hombres hayan sentido la virtud de esta obra maravillosa, cuando tristes esperiencias les hayan hecho comprender que en las inefables armonías del cristianismo, se encuentra el único y verdadero remedio de sus males, entonces, arrepentidos de su ingratitud, avergonzados de la ceguedad que les ha hecho preferir vanos y funestos sistemas á la palabra de verdad y de vida, caerán de rodillas á los piés de los santos libertadores, á quienes habían desoído, desdeñado, ultrajado y perseguido, y les suplicarán que les soliciten del cielo el que vuelva á renovar para salvar á la tierra, perdida en la anarquía moral, el milagro que otra vez la ha hecho salir del abismo.

¹ Actas de los apóstoles, cap. 20.

CAPITULO XX.

Los combates de la Cruz.

Los demas historiadores, podemos decirlo con Eusebio, no han descrito mas que combates, victorias, trofeos; las grandes acciones de los capitanes y de los soldados que han mojado sus manos en la sangre de sus semejantes por la conservacion de su pais y de sus bienes; pero nosotros que trazamos la historia de un reinado celeste y divino, no tenemos que contar sino guerras santas que tienden á una paz espiritual, combates emprendidos por la defensa no de posesiones efímeras de este mundo, sino de la verdad que es eterna; trofeos erigidos contra potencias invisibles, coronas inmortales é incorruptibles.¹ Parecia que la cruz que avanzaba anunciando á los pueblos la virtud, la paz y la dicha, no habia de encontrar en su paso ninguna resistencia, tanto mas cuanto que en vez de apelar á la fuerza, ella no se servia de otra arma que de la persuasion; que lejos de suscitar los celos del orgullo, desplegando un grande aparato, no se presentaba sino bajo la forma de la humildad, de la pobreza y de la debilidad. Pero era muy necesario que esta humildad fuese de la grandeza, esta pobreza de la riqueza, esta debilidad de la fuerza, porque de golpe se vió dirigirse contra ella un ejército numeroso de formidables enemigos. Se desprecia á un adversario impotente, se desdeñan vanos ataques; y si la cruz tuvo los honores de la guerra y de una guerra terrible, fué sin duda porque valia la pena de ser atacada. Muy poco

¹ Eusebio, *Hist. eccles.*

han querido comprenderlo, y demasiado han procurado disimularlo, pero esto solo, es por sí un gran milagro. Que doce pobres pescadores, discípulos de un maestro crucificado, sin otras armas que su ruda palabra, sin auxiliares de ninguna especie, abandonados, solos en medio del mundo hayan podido provocar contra ellos no solo una lucha formal, sino aun más una lucha reñida y desesperada de todas las potencias de la tierra, es un hecho que no tiene semejante, es la revelacion de un orden sobrehumano, es un verdadero prodigio. El pasado ha contemplado este prodigio, y el presente puede admirarlo todavía.

Todos los enemigos de la cruz de que hemos hecho una enumeracion en el capítulo precedente, espantados de los progresos inesperados y de la vida que ella habia encontrado en la muerte, se levantaron como un solo hombre para oponerse á sus invasiones y defender de la ruina sus intereses, sus pasiones, sus doctrinas, sus instituciones, sus privilegios, sus tiranías, firmes y robustos por la religion, por la ciencia, por los hábitos, por las preocupaciones, por el patriotismo, por una prescripcion en fin de cuarenta siglos. Ellos tuvieron á su disposicion y emplearon todas las fuerzas del mundo: la fuerza material, la fuerza intelectual, la fuerza sensual, la fuerza de inercia; y fueron secundados por dos terribles obstáculos: el espacio y el tiempo.

Sigamos las faces de esta gran batalla que se puede llamar muy bien la batalla de la vida, y contemos los rudos asaltos que tuvieron que sostener los soldados del Calvario antes de poder hacerse dueños de la posicion y enarbolar en ella para siempre el símbolo de la libertad del alma santificada.

CAPITULO XXI.

Combates de la Cruz contra la fuerza material.

En un mundo perverso que esclavizaba todo lo que podía existir, la fuerza material, celosa de su imperio, debía irritarse la primera contra el nuevo poder que venía á disputárselo. Su primer triunfo fué el suplicio de la cruz, triunfo desgraciado para ella, que no hubiera jamas deseado si hubiese previsto las consecuencias, y que le hizo sentir que toda su energía no era mas que una energía brutal sojuzgando por la muerte pero debilitándose ante la vida. Sin embargo, ella no perdió todavía el ánimo, y cuando vió una generacion de nuevos combatientes germinar de la sangre de la cruz, esperó ahogarlos en esa sangre regeneradora. En vano por la boca de Gamaliel hizo oír la Sabiduría su voz; los apóstoles, como hemos visto, fueron echados, aprisionados, atormentados y ajusticiados. Estéban el primero, espiró apedreado por los judíos; Santiago, hermano de Juan, fué condenado por Herodes á perecer por el filo de la espada; y Santiago el menor, á quien los fariseos precipitaron desde lo alto del templo, acabó de morir bajo el mazo de un batanero. Esto no era mas que el prelude del combate, el principio de los dolores. Muy pronto, como dice Bossuet, un interes mas grande va á remover una máquina de mayor tamaño. El imperio romano, esta encarnacion del mundo antiguo, esta última con-

secuencia del abuso de la libertad, este establecimiento definitivo del dominio de la fuerza sobre las almas embrutecidas por el vicio, en el momento en que acababa de cerrar el templo de Jano, donde Augusto habia recibido los últimos suspiros de la libertad agonizante, se apercibió de que las almas se revelaban, que sacudían sus cadenas, que encontraban un punto de apoyo bastante sólido para mantenerse en pié y reorganizar una resistencia que en lo de adelante podia creer imposible. Un dominador universal habia sido prometido por el Oriente, y los ecos del mundo repitiendo por todas partes esta promesa, hacían temblar sobre su trono á la ciudad reina de los pueblos. ¿Qué porvenir la esperaba? Iba á perder la inmensa herencia, fruto de su paciencia política, de la sangre de sus soldados, de la habilidad y del valor de sus grandes capitanes? ¿Iba, en el apogeo de su gloria, en medio de sus triunfos á sufrir los tristes destinos que le anunciaban siniestras predicciones? “Roma altanera, decia la Sybila, el castigo caerá sobre tí desde lo alto de los cielos; tú la primera doblarás el cuello, tus cimientos serán destruidos; se hundirán tus murallas, tus hijos perecerán y el fuego te consumirá.” Durante algun tiempo pudo Roma despreciar estos rumores, sonreirse de estos oráculos: otros mas antiguos y mas grandes le habian prometido un imperio eterno; pero cuando arrojando una mirada sobre sus vastas provincias vió por todas partes á sus hijos y á sus súbditos repudiar su religion, sus instituciones, sus costumbres; cuando hubo advertido que invadian su propio seno hombres nuevos cuyos principios le atacaban al corazon y que se decían los soldados de un nuevo rey; entonces ella levantó su brazo de gigante y quiso aplastar á estos enemigos inesperados: el Senado, el pueblo, los emperadores decretaron, segun la espresion de Orígenes, que no hubiese cristianos.

Ellos imaginaban por el hábito y la esperiencia de su poder, que nada debía existir sin su permiso, y que un decreto suyo era una sentencia de muerte indubitable. Hacia mucho

tiempo que el Senado por sus edictos habia prohibido las religiones extranjeras; y poco antes el elegante y voluptuoso Mecenas habia propuesto á Augusto un reglamento para proscribir las novedades que sin duda podrian turbar su bienaventuranza. Todo culto hasta entonces habia sido dócil á sus órdenes, y si alguno se atrevia á dirigirse al imperio era humildemente, en la actitud de un vencido que demanda gracia. El que hoy viene se presenta con autoridad, y cuando se le disputa su derecho, él se alza sobre sus contradictores y les incita á inclinarse en su presencia. "Yo soy la obra de Dios, les dice, y vale mas obedecer á Dios que á los hombres." A esta resistencia inesperada, á esta actitud soberana, Roma tembló de cólera como un orgulloso vencido, como un hombre altivo, cuyos mandatos son por primera vez desobedidos, y muy pronto se hizo oír por todas partes un prolongado grito de muerte: *¡ Los cristianos á las bestias! ¡ Qué se degüelle á los cristianos! ¡ Cómo no temblar por la suerte de estos hombres débiles y desarmados entregados al furor de un pueblo feroz, acostumbrado á respirar el olor de la sangre, y cuyas fiestas y placeres eran horribles matanzas? ¿ No era de temer que se hiciese un juego de derramar una sangre aborrecida y reputada como infame...? Es imposible leer la historia de estas persecuciones, sin sentirse penetrado de horror; y si los escritores contemporáneos, y los mismos gentiles no estuviesen unánimes en la narracion que nos han hecho, si no se conociese el espíritu bárbaro de Roma, y si otros acontecimientos todavía recientes no nos hubiesen hecho saber desgraciadamente las atroces crueldades que pueden producir el furor delirante de los ánimos, acaso hoy rehusaríamos creer lo que ha dulcificado nuestras costumbres el Evangelio, y que un pueblo entero ha podido pedir á gritos el suplicio de hombres inocentes, y formarse una distraccion de los tormentos inauditos, de los refinamientos de barbarie que inventaban, para decuplicar sus sufrimientos, los verdugos encarnizados!*

Entrad, entretanto, en una ciudad pagana de esa época, y dirigios á la plaza pública. Allí, bajo una galería cubierta y sobre un tribunal elevado, preside un magistrado á quien rodean sus oficiales, y los lictores que llevan hachas y fasces de varas, especie de soldados verdugos, siempre dispuestos á ejecutar sus órdenes. Cerca de ellas están las uñas de bronce, los braseros candentes, las cruces, las parrillas, los potros y las planchas ardientes, el plomo derretido, el aceite hirviendo, todos los mas espantables instrumentos del suplicio. Una multitud amenazadora y furiosa invadía esta plaza arrojando aullidos siniestros. *¿ Qué quieren? ¿ Para qué son esos horribles preparativos? ¿ A qué ese inmenso concurso? Los soldados aparecen á lo lejos; ellos traen á un anciano de cabellos blancos, una jóven tímida, un adolescente apenas salido de la infancia, un hombre del pueblo, un pobre esclavo; y detras de ellos, marcha un grave filósofo, sobre cuya frente brilla el sello de los grandes y nobles pensamientos santificados por la uncion del sacerdocio. Se les conduce al pié del tribunal: "Sacrificad á los dioses inmortales protectores de la patria," dice el magistrado. "Nosotros no reconocemos sino un Dios Eterno y soberano que ha criado el cielo y la tierra.—Maldecid á Cristo y os dejaré ir en libertad.—¿ Cómo podríamos maldecir á nuestro Redentor y á nuestro Rey? —¿ Qué es ese Redentor crucificado, á quien no se puede agradar sino renunciando á todos los placeres? Dejad esa vana supersticion, para gozar de los favores del emperador y de las dulzuras de la vida.—Entre nosotros, el alma manda y el cuerpo obedece, porque si los deleites halagan los sentidos, tambien corrompen y matan las almas.—¿ No sabeis que yo puedo entregaros al momento al suplicio?—Serémos dichosos de llegar por medio del sufrimiento á la perfecta justicia.—Ya conocéis las órdenes del emperador: ¿ queréis obedecerlas?—¿ Somos cristianos!"* A estas palabras, el pueblo furioso lanza gritos de muerte. Entonces el magistrado pronuncia esta sentencia: "Que los sacrílegos mueran para ver-

gar á los dioses y á las leyes." Al punto los verdugos se apoderan de los sentenciados: los unos son clavados en la cruz, los otros estendidos sobre los braseros; estos son sumergidos en calderas de pez hirviendo, aquellos reciben plomo derretido en la boca. Se les desgarran las carnes con garfios de hierro, se les queman las heridas con planchas ardiendo; introdúcese puntas aceradas en los parajes mas sensibles; se estudia, en una palabra, con un arte infernal el modo de variar, multiplicar y prolongar los sufrimientos, y la multitud aplaude frenética. Pero los santos confesores de Cristo sufren sin quejarse, y como Él ruegan por sus perseguidores y por sus verdugos. En medio de la multitud, sin embargo, pueden distinguir algunos amigos que, con las manos juntas y los ojos elevados al cielo, los alientan con esta actitud de esperanza. ¡Desgraciados de estos si les sorprenden sus simpatías y sus lágrimas! ¡Ellos tienen un lugar señalado al lado de las víctimas cuyo suplicio lamentan!

Pasemos ahora al anfiteatro: allí se agolpa una multitud nueva y mas escogida. Las matronas ataviadas con un lujo extraordinario, seguidas de sus hijas y de sus hijos pequeños en traje de fiesta, se sientan en primera línea. Detras se colocan hombres de Estado, dignatarios, sabios, guerreros y despues el resto de los ciudadanos que el recinto puede contener. La alegría se pinta en todos los semblantes, la risa corre sobre todos los labios: los ojos brillan con la expansion de las almas satisfechas; nó se oye mas que el agradable murmullo de una alegre conversacion. ¿Acaso artistas afamados van á representar sobre la arena los altos hechos de los tiempos antiguos ilustrados por le musa de algun gran poeta? Os engañais. Los artistas que espera ese pueblo son leones, tigres, leopardos y panteras; lo que quiere contemplar no es el noble cuadro de las hazañas de sus padres, la representacion seria demasiado insulsa para sus sentidos enmohecidos, y el recuerdo de sus virtudes sencillas y severas vendria á importunarle en el seno mismo de su molicie. Lo que

ese pueblo necesita para su placer, es sangre, sangre humana que van á derramar á sus ojos las bestias feroces.

En efecto, se ve llegar una procesion de pálidas víctimas, debilitadas ya por precedentes sufrimientos: en medio de ellas yo distingo una jóven que apenas acaba de salir de los dolores del parto, apoyada en el brazo de su amiga, á la cual se acaba de arrancar tambien el niño que amamantaba su seno. Los mártires se abrazan para despedirse, y radiantes de esperanza se muestran el cielo donde se encontrarán muy pronto. Entonces se suelta sobre ellos á las bestias hambrientas y la carnicería comienza. ¿Quién podrá describir el horror de semejante espectáculo, de pintar esos miembros arrancados, esos cuerpos destrozados, esos girones de carne humana disputados, esos hombres devorados vivos y arrastrados por las fieras sobre la arena ensangrentada? A la vista de esa sangre que corre á raudales el pueblo bate las manos y esclama irónicamente: "*¡Helos ahí bautizados segunda vez!*" El combate dura largo tiempo: la bestia feroz juega con su presa; la abandona despues de haberla mutilado, vuelve á ella y la hace sufrir mil muertes: mientras les queda un soplo de vida, los mártires oran y se exhortan mutuamente á perseverar en la fé; ellos se consideran como la ofrenda que debe purificarse por el sacrificio para ser digna de esponerse en el altar de Dios!

Entretanto, si las bestias, saciadas de la carnicería han perdonado algunas víctimas, el pueblo del anfiteatro mas sediento de sangre no se privará de las emociones de su suplicio. Él llama á los gladiadores, y la crueldad acabará con el hierro homicida á los que habian respetado el diente de los tigres y de los leones. Cuando la matanza ha concluido porque no queda ya nadie á quien matar, la multitud satisfecha abandona el anfiteatro alegremente, recordando las peripecias de este horrible drama.

Apresurémonos á dejar á estos bárbaros civilizados, y vamos á contemplar en las prisiones un espectáculo no menos

triste, pero adonde no nos seguirán los clamores de esa multitud implacable. Necesitamos descender hasta el fondo de los mas negros, mas húmedos é infectos calabozos. Allí están encerrados los cristianos que han cansado el brazo de los ejecutores; los que han atormentado sin hacerlos morir, para experimentarlos mas tiempo y atormentarlos de nuevo; los que en fin, esperan el dia de su suplicio. Sus manos y sus piés están cargados de cadenas; grandes trozos de madera pasados en derredor de su cuello pesan sobre sus hombros y crueles trabas quebrantan sus piernas. Algunos, cuyo cuerpo no es mas que una llaga, están desnudos y acostados sobre pedazos de concha ó vidrio cascado: se les rocía con vinagre para enardecer sus heridas. Otros están abandonados á una lenta agonía, ó á los tormentos del hambre y de la sed. Algunas veces, por una refinamiento de barbarie, se les cura con esmero á fin de restituirlos á la vida y hacerles sentir el bienestar de la salud para luego espantarlos con la perspectiva de un nuevo combate. Pero no se oyen entre ellos gritos, quejas ni gemidos: sufren con una paciencia admirable rindiendo á Dios gracias y alabándolo con cánticos santos. Los sacerdotes consagran el pan sobre su pecho ó sobre la mano de los diáconos y hacen descender en medio de ellos á la Víctima augusta del Calvario que les alimentará y les sostendrá con su virtud divina. Los infieles que se les acercan, los carceleros, los mismos soldados que los custodian se conmueven á la vista de tan sublime resignacion, y muchas veces sintiendo nacer en ellos el deseo del martirio, se convierten y piden el bautismo. Tanto se teme la fuerza de la palabra de estos hombres debilitados, aniquilados por el dolor, que no se deja penetrar hasta ellos sino á sus parientes, á sus amigos cuyas lágrimas y tiernos discursos puedan conmover su constancia, y vengan á ser una tentacion mas peligrosa que los mismos tormentos. Entretanto, la Iglesia no los olvida. A fuerza de paciencia, de dinero, de ingeniosos artificios, los fieles se hacen abrir las puertas de los calabozos, y

llevan á los santos prisioneros consuelos, alivios y exhortaciones. Ellos besan sus cadenas, curan sus heridas, oran con ellos y se animan con su ejemplo á volar mas pronto al martirio. "Ilustres confesores de Jesucristo, esclama Tertuliano, en la prision halla un cristiano las mismas delicias que los profetas gozaron en el desierto. Cambiad el nombre y no es mas que un lugar de retiro donde el espíritu viaja en libertad; no bajo las espesas sombras ni bajo las largas bóvedas de los pórticos, sino en las espaciosas sendas que conducen á la patria celeste. Cuando el alma está en el cielo, el cuerpo no siente el peso de las cadenas: ella se lleva consigo todo el hombre."¹

Si salimos de estas prisiones, admirados de oír por la primera vez los acentos de la virtud, y purificados de sus tinieblas y de sus exhalaciones perniciosas por una luz y un perfume celeste, nuestra alma, un momento arrebatada á la tierra, volverá á ella bruscamente al ruido del tumulto y de los gritos de muerte. El populacho amotinado contra los cristianos, los persigue en las calles con injurias y ultrajes; él los aprehende, los apedrea, los entierra vivos, los ahoga en los rios. "¡Huyamos, diréis, huyamos del espectáculo de tantos horrores!" ¿Pero adónde huir? Los caminos están cubiertos de cristianos mutilados, encadenados, maltratados; con la frente marcada con un hierro candente, como esclavos del público, á los que se relega á las islas salvajes, se deporta á los paises bárbaros, ó se envia á morir al fondo de las minas ó en los trabajos mas penosos del Estado. Apenas refugiándose en la soledad de los desiertos se evitaria la vista de estos espantosos escesos de persecucion. No es en efecto en una sola ciudad en donde pasan estas escenas de torturas, de suplicios y de asesinatos; es en todo el universo conocido; en Italia, en las Galias, en las Españas, en las provincias del Africa, en Grecia, en Egipto, en Siria, en Mesopotamia, en Persia, en Roma, en Leon, en Paris, en Zara-

¹ Epíst. á los mártires.

goza, en Cartago, en Alejandría, en Antioquía, en Esmirna, en Jerusalem; durante la mitad de su curso, el sol ha alumbrado la carnicería de los cristianos: no podría figurarse el furor de que sus enemigos estaban animados contra ellos. Los suplicios parciales no les bastan; ellos matan en conjunto. Numerosas víctimas de toda edad y sexo, eran arrojadas en monton en enormes hogueras, ó metidas en barcas para ser precipitadas en el fondo del mar. En Frigia una ciudad entera con sus habitantes, su gobernador y sus magistrados fué entregada á las llamas.¹ En Leon, como todavía lo recuerda una inscripción antigua, diez y nueve mil personas fueron asesinadas con el obispo San Ireneo. En otra ocasion se destruyó á una legion entera; y los senadores, los magistrados, los filósofos hacian la apología de estos crímenes. El jurisconsulto Ulpino, prefecto de Roma, en una obra intitulada: *El Deber del procónsul*, tuvo aun el triste valor de recopilar los rescriptos de los emperadores contra los cristianos á fin de que el procónsul conociese bien los diversos géneros de suplicios con que debía castigar á los que profesaban esta religion.

¡Cosa mas horrible todavía! este furor no fué el frenesí de un momento, el resultado pasajero de la exaltacion del odio; ¡él duró por espacio de tres siglos!.... El desterrado de Pathmos, habia entrevisto en su vision apocalíptica á una mujer sentada sobre una bestia color de escarlata, llena de nombres blasfemos, y cuyo monstruo tenia siete cabezas y diez cuernos. Estas siete cabezas eran las siete colinas sobre las cuales la mujer (Roma) estaba sentada; y los diez cuernos diez reyes que tenian todos el designio de combatir al Cordero y dar á Satanás su autoridad y su poder.² Sin contar una multitud de acciones particulares, el cristianismo tuvo que sostener contra estos diez reyes, diez grandes batallas generales. Neron, cuyo solo nombre recuerda la infamia uni-

¹ Eusebio, *Hist. eccles.*, 1, 8.

² Lact., *Div. inst.*, 1, 8.

da al mas tiránico despotismo, era digno de comenzar el ataque contra la santa libertad de las almas. Él derribó al primer golpe, la cabeza y el brazo de la Iglesia: San Pedro fué crucificado y San Pablo decapitado; pero esta cabeza y este brazo no eran mas que instrumentos de Cristo, que, una vez resucitado, no muere ya y que vuelve á manifestarse en una encarnacion nueva. Desde entonces los cristianos debieron permanecer constantemente sobre las armas; y escepto algunos raros y cortos intervalos tuvieron que sufrir constantemente la temible prueba de la persecucion. Apenas podian respirar tranquilos y adorar la cruz con libertad en el fondo de las catacumbas. Domiciano volvió á empezar la obra de Neron; Trajano, cuya clemencia encarece la historia, y el sabio Marco Aurelio la continuaron. No obstante estos esfuerzos de un poder violento y cruelmente feroz, la cruz estendia sus conquistas en Oriente y en Occidente. Ella se adelantaba hasta los paises impenetrables á los ejércitos romanos, y hasta las islas mas desconocidas. De la sangre de sus hijos salian gérmenes fecundos. La tiranía se exasperaba. Severo, Maximino, Decio, Valeriano y Aureliano hicieron correr á torrentes esa sangre aborrecida; Dioclesiano y Maximiano inundaron la tierra, y la época de su reinado fué justamente llamada: *la era de los mártires*.

Oigamos ahora á algunos autores contemporáneos sobre las facés principales de estas persecuciones. "Neron, dice Tácito, á fin de sofocar la acusacion sobre el incendio de Roma que pesaba sobre él, sustituyó culpables y castigó con los suplicios mas refinados á los que el pueblo llamaba cristianos. Este nombre venia de Cristo, á quien Poncio Pilato habia hecho ajusticiar en Judea bajo el reinado de Tiberio. Se castigaba al principio á los que confesaron, y en seguida á una *gran multitud* que se descubria por la confesion de los primeros, pero á los que se habia convencido menos del crimen de incendio que de odio al género humano. Se hizo de la muerte de estos un espectáculo de diversion: cubiertos unos

con pieles de animales fueron devorados por los perros; á otros se les untaba el cuerpo de una resina y se les ponía fuego para que sirviesen de antorchas durante la noche. Nerón prestó sus jardines para este espectáculo y se presentó él mismo en traje de cochero y montado sobre un carro como en los juegos del circo.”¹ Plinio en su famosa carta nos suministra un precioso testimonio de la inocencia de los cristianos, esponiendo á Trajano sus escrúpulos y su terror por haber condenado á una multitud innumerable de hombres, á quienes no se podía acusar de ningún crimen, y confesando las violencias que había ejercido injustamente contra ellos. “Yo les he preguntado si eran cristianos, decía él, á los que lo habían confesado; les he preguntado segunda y tercera vez amenazándoles con el suplicio; y habiendo persistido, los he enviado á morir; porque cualquiera que fuese lo que confesasen debía castigarse en ellos su desobediencia y su invencible obstinacion. He creído necesario arrancar la vida por la fuerza de los tormentos á las jóvenes esclavas que decían estar en el ministerio de su culto. El negocio me ha parecido digno de vuestras reflexiones, por la multitud de los que están comprendidos en este peligro; porque *un número muy grande de personas de toda edad, condicion y sexo* serán implicadas todos los dias en esta acusacion.”² ¿Qué responde Trajano? “No es necesario buscarlos; pero si son acusados y convencidos de ser cristianos debe castigárseles con la pena de muerte.” El mismo dió el ejemplo, interrogando y condenando á ser entregado á las fieras á San Ignacio obispo de Antioquía.

Los apologistas cristianos refieren también los excesos de la persecucion. “El pueblo nos apedrea frecuentemente, dice Tertuliano; nos quema nuestras casas. En el furor de las bacanales no se perdona ni aun á los muertos: se les saca de

¹ Anales, 1, 5.

² Epíst. 10, 10.

sus sepuleros y se les hace trizas.”¹ “Vosotros despojais, reducís á prision y cargais de cadenas á los inocentes, dice San Cipriano al procónsul de Africa; los entregais implacablemente á las fieras, á las llamas, al hierro de los verdugos; afectais prolongar sus suplicios y una ingeniosa barbarie inventa todos los dias nuevos tormentos. ¿Por qué esta rabia insaciable? ¿De dónde viene ese exceso de crueldad que os enajena?...”² Eusebio escribe, acerca de la décima persecucion diciendo que es imposible enumerar la multitud de mártires que hubo en todas partes; y Lactancio, espresa que “la tierra estaba cruelmente atormentada, y que á escepcion de las Galias, el Oriente y el Occidente habían sido asolados y devorados por tres monstruos.”³ Pero sobre todo en las actas sinceras de los mártires, esos procesos verbales escritos por estenógrafos durante los interrogatorios y las persecuciones, es donde puede encontrarse una idea exacta de los suplicios infligidos á los cristianos. Los detalles son verdaderamente horribles.

De este modo se desplegó la fuerza material durante trescientos años para aniquilar la fuerza moral nacida del cristianismo; pero lejos de conseguir su objeto no hizo mas que suministrar ocasion de que se manifestase en el mundo con mayor brillo. En efecto, ¡cuántos héroes sublimes no ha producido! ¡Cuántos dignos sucesores de los apóstoles como los Ignacios, los Policarpos, los Ireneos, los Fabianos, los Ciprianos, los Dionisios, los Mauricios y tantos otros! ¡Qué admirable valor el de las dos esclavas Blandina y Potamiana y el de las jóvenes Felicitas y Perpétua! ¡Qué heroísmo el de esos soldados que deponen sus armas y se dejan matar mas bien que renegar un punto de su fé! La madre de Sinfiriano alienta ella misma á su hijo todavía adolescente que vuela al martirio; y un niño, Cirilo de Cesarea, resiste á las amenazas y á

¹ Tertuliano, *Apolog.*

² Epíst. á Demetrio.

³ *Hist. eccles.*, 1, 8; *De mort. pers.*, cap. 16.

las caricias de sus jueces, al aparato terrible de los suplicios, y marcha á la muerte sin perder nada de su constancia. Es de notar cómo muchos de los mismos paganos poseidos de admiración por esta fuerza divina y convertidos repentinamente esclaman en pleno anfiteatro: *¡Qué grande es el Dios de los cristianos!* Ningun poder humano era capaz de conmover á los mártires. La gracia de Dios los sostenía evidentemente, y el carácter de su resolución la hacia incontestable. Ellos no eran fanáticos; el frenesí del fanatismo, menos que ningun otro, no puede durar siglos. Ellos morían libremente, no por una teoría vaga é incierta, sino por hechos materiales que atestiguaban ó reconocían; por el Dios á quien ya habían hecho el sacrificio de sus más imperiosas inclinaciones para entregarse á la práctica de las más severas virtudes; y esta fé, basada sobre hechos visibles, les quitaba toda incertidumbre, los llenaba no solamente de seguridad, sino que esparcía en su alma la calma, la alegría, la serenidad de una conciencia en paz consigo misma; ella los distinguía de todos aquellos que sufren con obstinación por una doctrina sin fundamento; los hacia mártires en toda la fuerza de la palabra, y al mismo tiempo testigos irrecusables. "Los cristianos, dice Orígenes, son los únicos acusados á quienes los magistrados dejarían vivir tranquilos, si quisiesen abjurar su religión, ofrecer sacrificios, y hacer los juramentos acostumbrados." ¹ El grande apologista habría podido añadir: que ellos eran los únicos mártires que pudiéndolo hacer eficazmente, no habían pensado en tomar las armas para vengarse de las injusticias y de las crueldades inauditas de que eran víctimas. Aun cuando fuesen más numerosos que ninguna de las naciones que hacían la guerra á los romanos, aun cuando hubiesen podido colocar un enorme peso en la balanza de los destinos del imperio, lejos de querer escitar sediciones y revueltas, fueron los únicos que no tramaron jamás

¹ Contr. Cels., 1, 2.

conspiraciones contra los Nerones, los Domicianos, los Comodos y tantos otros tiranos que horrorizaban al mundo con sus crímenes y de quienes ellos tenían tanto que quejarse. "¿Qué hemos hecho nosotros para vengarnos de vuestras injusticias? esclama Tertuliano. ¿Si quisiéramos hacerlos una guerra abierta nos faltarian fuerzas y tropas? No somos más que de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio, el senado, el foro y no os hemos dejado sino vuestros templos. ¿No seríamos más aptos para la guerra, aun con fuerzas desiguales, nosotros que no tememos la muerte, si no fuese una de nuestras máximas sufrirla más bien que darla? Bastaría aún, para vengarnos de vosotros, el abandonaros retirándonos fuera del imperio: quedaríais espantados de vuestra soledad." ¹

Durante casi un siglo, los cristianos, á ejemplo de su Divino Maestro que se entregó sin resistencia á sus verdugos, sufrieron todos los padecimientos de su proscripción sin abrir siquiera la boca para defenderse: sus buenas obras eran su única justificación: tenían siempre presente lo que Él les había dicho: "Poseed en paz vuestras almas por la paciencia; no temáis á los que no pueden matar sino los cuerpos; y había añadido: el que no se defiende sino con el hierro, por el hierro perecerá." Todas estas verdades debían irse cumpliendo alternativamente. Desde la primera persecución en tiempo de Neron se habían grabado medallas en honor suyo por haber purgado la tierra de nuevas supersticiones, y tres siglos después el poder material se veía obligado á recurrir á violencias desesperadas contra esa misma superstición. Es verdad que todavía en esta vez el tirano se creyó vencedor, y que en el bronce de las medallas se consignó de nuevo á las edades futuras la extinción del nombre cristiano. Pero los hijos de la cruz habían manifestado bastante paciencia, su nú-

¹ Tertuliano.

mero habia sido diezmado frecuentemente, y siempre ellos habian probado en todas ocasiones que podian existir bajo el hierro y el fuego de sus enemigos: iba á llegar el tiempo en que la espada debia romper la espada. La cruz se apareció á un jóven conquistador y le prometió la victoria. "En el puente Milvius, dice Mr. Chateaubriand, á las orillas del Tiber y á la vista del Capitolio, dos religiones y dos mundos se encontraron frente á frente y con las armas en la mano. Maxencio interrogó los libros de las Sybilas, sacrificó leones, hizo abrir el vientre á las mujeres embarazadas para escudriñar los augurios en el seno de los niños arrancados de las entrañas de sus madres; entretanto Constantino en su campo se contentaba con decir lo que se grabó sobre su arco de triunfo, y que él alcanzaba por el impulso de la Divinidad y la grandeza de su genio. Las antiguas divinidades del Janículo, colocaron en derredor de sus altares á las legiones que habian enviado á la conquista del universo. Enfrente de estos soldados estaban los de Cristo. El *labarum* dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña: el tiempo y el género humano habian dado un paso." ¹ Digamos nosotros mas: una revolucion radical se habia realizado; el Calvario habia vencido al Capitolio, los antiguos oráculos recibian su sancion; el Oriente prevalecia; el Cristo habia arrancado el cetro del mundo á Satanás.

¹ Estudios, hist., tom., 1.

CAPITULO XXII.

Combates de la Cruz contra la fuerza intelectual.

Al mismo tiempo que la cruz resistia los rudos asaltos de la fuerza material, la fuerza intelectual, por su lado, la batia en brecha vivamente. En la antigüedad, careciendo, como hemos visto, la fuerza intelectual de una direccion justa y de una contraprueba cierta que le sirviese de punto de apoyo, no habia sido poderosa sino para disolver y destruir en el órden moral. Ella tenia el secreto de este poder mortal, y cuando la cruz apareció, encontró en ella una enemiga que no resistiria mucho tiempo á sus esfuerzos conjurados. El judaismo, la idolatría y la filosofía concertaron su ataque é hicieron caer sobre la cruz una lluvia de dardos. Así como sucede cuando las malas pasiones se escitan contra un enemigo, cuya superioridad se siente institutivamente, este ataque no fué leal, y la fuerza material manifestó desde el primer golpe su debilidad y su degradacion no teniendo vergüenza de ir á buscar sus armas en los odiosos arsenales de la calumnia, de la injuria y de la delacion. Mas bien que un combate fué una requisitoria y un llamamiento á los verdugos. Los discípulos de la cruz fueron presentados como ateos, sediciosos, mágicos, visionarios y enemigos sobre todo de los dioses y del Estado. Los judíos les reprochaban haber abandonado la ley de sus padres para poner su esperanza en un hombre infamado con el suplicio, y de dar interpretaciones impías á las Escrituras. Ellos inventaban acerca de Jesus, de su nacimiento, de su condicion, de su vida, de sus milagros, mil fábulas obscenas, ridículas y absurdas. Los paganos á su turno, acusaban á los cristianos de ser gentes de la hez del pue-

mero habia sido diezmado frecuentemente, y siempre ellos habian probado en todas ocasiones que podian existir bajo el hierro y el fuego de sus enemigos: iba á llegar el tiempo en que la espada debia romper la espada. La cruz se apareció á un jóven conquistador y le prometió la victoria. "En el puente Milvius, dice Mr. Chateaubriand, á las orillas del Tiber y á la vista del Capitolio, dos religiones y dos mundos se encontraron frente á frente y con las armas en la mano. Maxencio interrogó los libros de las Sybilas, sacrificó leones, hizo abrir el vientre á las mujeres embarazadas para escudriñar los augurios en el seno de los niños arrancados de las entrañas de sus madres; entretanto Constantino en su campo se contentaba con decir lo que se grabó sobre su arco de triunfo, y que él alcanzaba por el impulso de la Divinidad y la grandeza de su genio. Las antiguas divinidades del Janículo, colocaron en derredor de sus altares á las legiones que habian enviado á la conquista del universo. Enfrente de estos soldados estaban los de Cristo. El *labarum* dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña: el tiempo y el género humano habian dado un paso." ¹ Digamos nosotros mas: una revolucion radical se habia realizado; el Calvario habia vencido al Capitolio, los antiguos oráculos recibian su sancion; el Oriente prevalecia; el Cristo habia arrancado el cetro del mundo á Satanás.

¹ Estudios, hist., tom., 1.

CAPITULO XXII.

Combates de la Cruz contra la fuerza intelectual.

Al mismo tiempo que la cruz resistia los rudos asaltos de la fuerza material, la fuerza intelectual, por su lado, la batia en brecha vivamente. En la antigüedad, careciendo, como hemos visto, la fuerza intelectual de una direccion justa y de una contraprueba cierta que le sirviese de punto de apoyo, no habia sido poderosa sino para disolver y destruir en el órden moral. Ella tenia el secreto de este poder mortal, y cuando la cruz apareció, encontró en ella una enemiga que no resistiria mucho tiempo á sus esfuerzos conjurados. El judaismo, la idolatría y la filosofía concertaron su ataque é hicieron caer sobre la cruz una lluvia de dardos. Así como sucede cuando las malas pasiones se escitan contra un enemigo, cuya superioridad se siente institutivamente, este ataque no fué leal, y la fuerza material manifestó desde el primer golpe su debilidad y su degradacion no teniendo vergüenza de ir á buscar sus armas en los odiosos arsenales de la calumnia, de la injuria y de la delacion. Mas bien que un combate fué una requisitoria y un llamamiento á los verdugos. Los discípulos de la cruz fueron presentados como ateos, sediciosos, mágicos, visionarios y enemigos sobre todo de los dioses y del Estado. Los judíos les reprochaban haber abandonado la ley de sus padres para poner su esperanza en un hombre infamado con el suplicio, y de dar interpretaciones impías á las Escrituras. Ellos inventaban acerca de Jesus, de su nacimiento, de su condicion, de su vida, de sus milagros, mil fábulas obscenas, ridículas y absurdas. Los paganos á su turno, acusaban á los cristianos de ser gentes de la hez del pue-

blo, impostores y malvados que se reunían en asambleas criminales, en las que sacrificaban un niño, comían su carne y se manchaban después de este execrable festín con los incestos más abominables. Ellos emponzoñaban hasta sus virtudes y desnaturalizaban su caridad, sus beneficios, su unión fraternal, llamándolas conjuración, libertinaje y seducción. Los filósofos, en fin, se burlaban de su creencia, de sus misterios, de su género de vida, de su loca esperanza de resurrección, y de esa extravagancia inaudita que les hacía adorar á un Dios hecho hombre, muerto en el suplicio afrentoso de los esclavos.

Por poco fundadas que fuesen estas acusaciones se les arrojaban y se les daba acogida sin tomarse el menor trabajo para averiguar la verdad. "Nosotros estamos persuadidos, confiesa Minucio-Félix en su *Octavius*, que los cristianos adoran monstruos, que devoran niños, que se abandonan en sus banquetes á los excesos de la crápula, sin reflexionar que no se ha procurado comprobar tales acusaciones; que entre tantos culpables no se ha encontrado hasta ahora uno solo que haya confesado su crimen aun cuando hubiese estado seguro de la recompensa y de la impunidad; que por el contrario, todos se glorían de su religión y no se arrepienten más que de una cosa, de no haberla abrazado más antes. Y en tanto, añade, que no tenemos dificultad de defender á hombres culpables de sacrilegio, de incesto y de parricidio, no queremos ni oír á los cristianos."

Dos graves historiadores, Tácito y Suetonio, son un ejemplo evidente del odio ciego y apasionado con que se miraba á los cristianos, sin inquirir en manera alguna lo que eran en realidad. Tácito no vacila en hacerse el eco de una multitud irritada. A sus ojos los cristianos son unos miserables aborrecidos por sus infamias: los considera como culpables de odio al género humano, y por lo mismo dignos de los más crueles suplicios. Él llama á su culto una execrable superstición, y no teme por otra parte recoger esas vagas acusacio-

nes del encono de la muchedumbre que acepta y consigna con una ligereza increíble.¹ Suetonio vá más lejos todavía y cree haber justificado á Neron suficientemente de los tormentos infligidos á los cristianos, por tratarse de unas gentes que introducen una superstición nueva y dañina.² Plinio pregunta seriamente á Trajano si era solo el nombre de cristianos lo que en ellos se castigaba ó los crímenes que se suponían adheridos á este nombre.³

Como ya hemos dicho, durante mucho tiempo los cristianos no respondieron á todas estas indignas calumnias sino con la santidad de su vida y el brillo de sus buenas obras, ó cuando más se contentaban con protestar su inocencia delante de sus jueces, repitiendo como la vírgen Blandina: *Somos cristianos, y no se hace ningun mal entre nosotros*. Algunas veces, según el testimonio de Plinio, los cristianos débiles que apostataban á la vista de los suplicios, juraban que entre sus hermanos, á quienes habían tenido la cobardía de abandonar, no pasaba nada que no fuese digno y santo; y así la justificación por el poder de la verdad, venía de donde no hubiera debido esperarse. Pero en fin, para impedir á la calumnia cobrar autoridad y prescribir, para aclarar el error y desenmascarar la impostura, para demostrar la justicia de su causa y la verdad de su fé, numerosos apologistas se levantaron y llevaron á los oídos de los príncipes, de los magistrados y del pueblo la defensa de los cristianos y la explicación de su doctrina y de sus costumbres. Vióse sucesivamente entre los griegos tomar parte á San Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo, Hermias, San Clemente de Alejandría y Orígenes; y entre los latinos á Tertuliano, Minucio-Félix, Arnobio, Lactancio, Cipriano y muchos otros. Ellos comenzaron por quejarse altamente de que se diese tan fácil acogida á todas las calumnias que contra ellos se lanzaban, y que con desprecio de

1 Tac., *Anales*, 1, 15.

2 Suet., in *Ner.*

3 Epíst., 1. 10.

todas las leyes humanas se les condenase sin oírlos y solo por su nombre de cristianos. "Nosotros os suplicamos, dice San Justino al emperador Antonino, que no escuchéis á la pasión ni á los falsos rumores para formar juicios que os harán perjuicio á vos mismo; porque lo que es á nosotros no se sabría dañarnos aun cuando se nos arrebatasen la libertad y la vida. Que se haga una averiguación exacta de los crímenes que se nos imputan, y si se comprueban que se nos castigue; pero sino se nos halla culpables de ningún crimen, la recta razón prohíbe maltratar á los inocentes."¹ "Los cristianos, dice á su turno Tertuliano, son los únicos á quienes se quita la libertad de defenderse ante sus jueces, y de informarles de lo que deben saber para fallar en justicia."² Los apologistas procuran en seguida avergonzar á los perseguidores y hacer que se espanten de sus mismas crueldades. "¿Qué haréis, les grita Tertuliano con su fuerte voz, qué haréis con tantos miles de hombres y de mujeres de todas edades y de todas clases que presentan sus brazos á vuestras cadenas...? ¿De cuántas hogueras, de cuántas cuchillas no tendréis necesidad? ¿Diezmaréis á Cartago?"³ Con no menos vigor esclama á su vez San Cipriano. "¿Qué viene á ser este furor insaciable? ¿Qué quiere decir esta sed implacable de sangre cristiana? O es un crimen ser cristiano ó no lo es: si es un crimen, ¿por qué no condenais á muerte al punto que se ha confesado? y si no lo es, ¿por qué atormentais á los que son inocentes?"⁴

Después de estos preliminares, los defensores de la cruz se dedican á justificar á sus hermanos, á hacer resaltar sus virtudes, y á demostrar la excelencia de la doctrina que han recibido de Jesucristo. "Se nos acusa, dicen, de turbar la tranquilidad del Estado: que se examinen nuestros principios y

1 S. Just., Apol.

2 Tertul., Apol.

3 Idem.

4 Epíst. á Demetr.

nuestra conducta y se vendrá desde luego en conocimiento de que somos los súbditos mas sumisos, mas dispuestos á mantener la paz pública. Vuestras leyes y vuestros suplicios no contienen á los malvados; pero nosotros estamos persuadidos de que nada está oculto á los ojos de Dios. Se nos acusa de que no honramos á los emperadores por medio de sacrificios: nosotros no ofrecemos víctimas, pero rogamos al único Dios eterno y verdadero por la salud de los emperadores: nosotros los respetamos, pero no los llamamos dioses porque no sabemos mentir. ¿Acaso los cristianos son enemigos del Estado porque no rinden á la majestad imperial honores ilusorios, falaces y sacrílegos; porque consagrados, como están, á la verdadera religión celebran los días del emperador con una alegría interior y no con el escándalo y la licencia? ¿La alegría pública no se demuestra sino con la deshonra pública? ¿Lo que en cualquier día viola la decencia y el decoro, deberá ser lo que constituya el brillo de las fiestas del emperador...? Por lo demás, nuestra fidelidad no puede ser sospechosa, pues que teneis una prueba convincente en la paciencia con que sufrimos la persecución. No, los cristianos no son facciosos; sus reuniones no son criminales. Nosotros formamos un solo cuerpo porque tenemos la misma religión, la misma moral, las mismas esperanzas. Es muy extraño que nuestra caridad mutua sea para algunos un motivo de acriminación. Ved, dicen, cómo se aman; ved, cómo están dispuestos á morir los unos por los otros. Nuestra unión les admira porque ellos se aborrecen entre sí. ¿En qué, pues, delinquimos para merecer la muerte? ¡Vosotros, los que juzgais á los criminales, hablad! ¿hay entre ellos uno solo que sea cristiano? ¿Y cómo tampoco puede tratárenos de impíos porque adoramos al Dios verdadero, al Padre Eterno, autor de todas las cosas, á su hijo Jesucristo el Verbo encarnado, y al Espíritu Santo que ha hablado por la boca de los profetas? ¡Nosotros culpables de impiedad! ¡acusarnos de ateos cuando honramos á Dios, principio y conservador de todo lo que existe! ¿Esos

nombres odiosos á quien convendrian con mas justo título que á los que nos hablan de otro Dios? El de los cristianos es el que ha sacado al universo de la nada por su palabra, que lo ha organizado por su sabiduría, que lo rige por su poder. Los mismos paganos le reconocen naturalmente. Vuestros filósofos convienen en que el Verbo es el Criador del universo. Los cristianos añaden únicamente que habiendo sido pronunciado el Verbo por Dios, es Hijo de Dios, espíritu de un espíritu, Dios de Dios, como una luz encendida en otra luz. Este destello de Dios ha descendido al seno de una Virgen, y se ha hecho hombre unido á Dios, revistiéndose de carne, y esta carne sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, obra, y es el Cristo!"¹

No contentos con defender su causa con esta vigorosa elocuencia, y esclarecer su fé con las luces de una ciencia elevada, provocaron directamente á la lucha la fuerza intelectual. "¿Por qué, dicen valerosamente, por qué dirigirse á nuestros cuerpos que no pueden resistir? ¿A nuestras inteligencias no deberiais mejor dirigir vuestros ataques? Haced la prueba en nuestra virtud, librad el asalto á nuestra fé, empeñad el combate por la discusion, y seréis vencidos por nuestras armas, como vuestros dioses han sido vencidos por el nuestro."² No osando ya retroceder la fuerza intelectual, ante este arrogante reto, procuró colocarse en buena posicion. Bajo los nombres de Celso, de Porfirio, de Lucano, de Jamblico, de Máximo y de Hierocles entró orgullosamente en la liza, y olvidando que no habia sabido dar consistencia á ningun sistema, que habia conducido siempre inevitablemente el espíritu humano al escepticismo, sin asegurarle ni aun esta triste herencia, se constituyó por sí misma como la encarnacion de la buena fé y de la infalibilidad. Los gnósticos, y los neo-platónicos pretendieron ser los legítimos reguladores de toda doctrina. Hierocles y Celso intitularon presuntuosamente sus escritos

¹ S. Just., *Apol.* Arnob.—Tertul., *Apol.*

² S. Cipr. á Demetr.

contra el cristianismo, el uno *Discurso verdadero*, el otro *Filalétes*, es decir, amigo de la verdad.

Habia pasado ya el tiempo en que la ignorancia y el fanatismo podian atacar á su satisfaccion, por medio de calumnias y de falsas interpretaciones, á una religion que se veia obligada á ocultar sus misterios en las sombras del secreto; pero esta religion habia salido ya del fondo de las catacumbas, y ahora es á cielo abierto cuando la fuerza intelectual puramente humana va á tener que medirse contra la razon sostenida por la virtud de la cruz. Por un momento el universo entero guarda silencio y tiene fijas sus miradas sobre ese nuevo y vasto campo de batalla en que va á empeñarse la accion entre los dos campeones de las fuerzas beligerantes. La fuerza intelectual humana habia confiado sus intereses á las manos de Celso; Orígenes combatia por la cruz. El primero, filósofo hábil, amigo del satírico Lucano, armado de todos los recursos de una erudicion variada, del hábito del sofisma y de una ironía picante, comenzó el ataque con toda la destreza imaginable, procediendo con orden y minando la fé cristiana en su origen, en sus dogmas y en sus instituciones. No se puede decir mas en honor suyo sino que los filósofos del siglo XVIII no obstante las grandes luces de que se vanagloriaban y el instinto de su odio, no han creído poder hacer cosa mejor cuando han querido proseguir la obra de Celso que reproducir sus objeciones. Como él conocia á fondo el Antiguo y el Nuevo Testamento, y sabia el lazo estrecho, la solidaridad que los unia, los confundió en una misma causa y acumuló simultáneamente sobre el judaismo y el cristianismo, sus calumnias, sus invectivas y sarcasmos. La Iglesia se alarmó. Orígenes, hijo del santo mártir Leonidas, hombre grande desde su infancia, como dice San Gerónimo, admirable por la universalidad y profundidad de sus conocimientos, ante el cual el filósofo Plotino no se atrevia á hablar por respeto, prodigio de austeridad como de ciencia y que ya habia luchado valientemente contra los verdugos, le

restituyó muy pronto la confianza. Nuevo Hércules se ase cuerpo á cuerpo de este otro Caco, enerva todos sus movimientos, destruye todos sus ardides, le levanta del suelo y le sofoca entre sus brazos. En vano Celso acumula las objeciones, usa diestramente de rodeos, y vuelve repentimante á la carga; Orígenes le sigue paso á paso, trastorna sus argumentos, descubre sus calumnias y detiene por la dignidad de una sábia discusion, la risa mofadora que se despliega sobre sus labios. Para no dejarle ninguna evasiva en la incertidumbre de los principios y acortar todos los sofismas, él le atrae constantemente á los hechos, le encierra allí como en un círculo de hierro, viniendo á ser el modelo de todos los apologistas futuros, indicándole la historia como el baluarte inespugnable de la fé cristiana. A todas las pérfidas insinuaciones, á todos los falsos racionios, opone el hecho en toda su pureza y siempre el hecho. Él presenta á toda luz el hecho de las profecías, el hecho de las tradiciones, el hecho de los milagros, el hecho del maravilloso establecimiento del cristianismo y de su admirable propagacion, el hecho de la belleza de su doctrina y de su eficacia sobre las costumbres. Ved cómo maneja ese argumento irresistible de los hechos con un arte ingenioso y una viva elocuencia. "Celso, dice, echa en cara al Autor de nuestra religion el haber nacido de una pobre lugareña que solo subsistia del trabajo de sus manos. Yo bien sé que en el órden comun de las cosas, la nobleza del origen, la educacion, las riquezas y las dignidades que han poseido nuestros antecesores, contribuyen al brillo y á la celebridad; pero cuando, sin estar sostenidos por ninguno de esos medios con todo lo que hay de mas contrario, se llega á elevar por sí mismo, á llenar la tierra con su nombre, á conmover todos los corazones, á poner todo el universo en movimiento, ¿no se ve uno precisado á decir que tal cambio supone un gran carácter, ya sea de habilidad, ya de elocuencia? Un habitante de Séríphe, decia á Temístocles, que su reputacion la debia no á sus virtudes guerreras sino á su patria. Él le respon-

dió: "Es cierto que si yo hubiese nacido en Séríphe no habria adquirido tanta fama, pero vos aun cuando hubieseis nacido en Atenas, no habriais sido jamas Temístocles. Y nuestro Jesus, á quien se reprocha el haber nacido en un lugarejo, no de la Grecia ni de ningun otro pais notable, de haber tenido por madre á una mujer pobre, de haber ejercido un vil oficio en una tierra extranjera, nuestro Jesus, que era en cierto modo el último de los seripheos, es el que ha conmovido, el que ha cambiado el universo, el que ha hecho lo que no pudieron nunca ni un Temístocles, ni un Platon, ni todos los sabios, guerreros y potentados del mundo." ¹

Es verdaderamente curioso hacer conocer aquí cuál era el espíritu popular de que estaba animada esa filosofía antes del cristianismo que, en estos últimos tiempos se ha manifestado como la madre de la libertad y ha encarecido tanto su amor hácia los pueblos. Su objecion favorita contra la nueva religion, y á la cual vuelve sin cesar, es de que habia salido del taller de un artesano, y que no ha tenido vergüenza de descender hasta las clases mas pobres, de instruir á las mujeres y á los niños. Celso acaba de echar en cara á Jesucristo la bajeza de su estraccion; ² y continúa tratando con desprecio á sus discípulos, por ser hombres del pueblo. "En las casas particulares, dice, se ve á estos hombres rudos é ignorantes, que enmudecen ante los ancianos y los padres de familia, pero que si se encuentran á solas con algunos niños ó mujeres, les enseñan su doctrina; los empeñan á dirigirse al gineceo, ó á la tienda de un batanero ó de un zapatero para aprender lo que es perfecto. Es evidente que su doctrina no tiene atractivo sino para los insensatos, para las almas bajas, para las mujeres y los muchachos." Orígenes responde con una noble modestia: "¡Cuán injusta es esta acusacion! ¿Quién puede desconocer la grandeza, la eleva-

¹ Oríg. *contr. Cels.*

² Lo cual no es exacto, pues bien sabido es que descendia por la carne de los antiguos reyes de Judá.

ción de los dogmas y de los preceptos, tanto de la religión judaica como de la religión nueva; la profunda sabiduría de Moisés, de Salomón, de los profetas; el saber y la elocuencia de los apóstoles cristianos, de un San Pablo, por ejemplo, que muy lejos de prohibir la sabiduría, la pone en primer lugar entre los dones celestiales, no excluyendo sino la falsa sabiduría, la que no viendo sino las cosas percederas, no estudiando sino los fenómenos de la materia, no puede elevarse á la fuente de toda sabiduría que es Dios? Lejos de perjudicar al cristianismo la verdadera ciencia, es su más poderoso auxiliar. Es verdad que la Iglesia se dirige también á los débiles, á los ignorantes, pero es para hacerlos mejores, porque Jesucristo ha venido á llamar á todos los hombres para que le sigan en la nueva vía; á los sabios como á los débiles de espíritu, á los pequeños como á los grandes, á los ricos como á los pobres. Que nos cite Celso á los maestros, á los filósofos que enseñen á los jóvenes una moral más pura que la nuestra; que nos cite una sola mujer á quien hayamos apartado de la obediencia marital, de la observancia de sus deberes más sagrados!"¹

Fuerte con su verdad, con sus virtudes y con su generosa caridad, la cruz sale victoriosa de un combate, al parecer tan temible, y prueba al mundo que la palabra del sofista era tan impotente como el brazo del verdugo para conmovérla. No era bastante á sus defensores el haber rechazado al enemigo, ellos tomaron la ofensiva y le acosaron hasta en su mismo terreno: obligaron á la fuerza intelectual á sostener á su vez el ataque, á defender las doctrinas que ella había producido. ¡Y qué doctrinas! ¡la idolatría y los sistemas filosóficos! Las posiciones se habían trocado enteramente. Cuando los intrépidos soldados de la cruz hubieron abierto la brecha, y penetrado al corazón de esa mitología brillante, y de esas teorías pomposas, no encontraron allí sino la vergüenza y la torpeza, la locura y el caos. Herido también en su or-

¹ Oríg. *contr. Cels.*

gullo, el espíritu humano se avergonzó de sus propias obras y retrocedió ante la deshonra de la humillación. Los apolo-gistas no tuvieron más que apoderarse del azote de la sátira y perseguir á los fugitivos; y lo hicieron vigorosamente. "¿Qué escuela de moral es esa, clamaron con energía, qué ejemplos son los de esos dioses, consagrados por los cantos de la poesía y los homenajes de sus adoradores? ¡Responded, habitantes de esa Grecia tan culta! Os indignais cuando algún hijo se entrega á culpables excesos, ¿pero vuestro Júpiter es acaso menos culpable que él? Repudiais á vuestra mujer cuando olvida sus deberes, pero una Vénus tiene lugar en vuestros templos. Si otros fuesen los que os hablasen así, clamariais contra este ultraje. ¿Y soy yo quien acusa á vuestros dioses? ¿No lo son más bien vuestros poetas y vuestros historiadores? Dejad, pues, esas fábulas ridículas. Vuestros dioses crueles, vuestros dioses enemigos de los hombres, no contentos de corromperlos con el ejemplo de sus obscenos deleites, se complacen aún en ver correr su sangre. Necesitan sacrificios humanos, necesitan por hecatombes, como plagas esterminadoras, ciudades y pueblos enteros que devorar. Vosotros huiriais al aspecto de una bestia feroz, y correis á prosternaros al pie de un altar manchado de sangre humana, á los pies de los demonios, adorados bajo el nombre de sangui-narias divinidades?"¹

¿Qué se había de responder á unas acusaciones tan positivas y formuladas con tanta energía? La idolatría perdida buscó un refugio en los brazos de la filosofía; y allí, para no perecer se resignó á sufrir todas las interpretaciones y mutilaciones que quisieron imponerle. Platon explicó á Homero. Las antiguas fábulas fueron alegorías; las antiguas ceremonias, símbolos místicos; los dioses, las abstracciones personificadas; en una palabra, la idolatría se trasformó completamente. Así como sus dioses, para libertarse de los Titanes habían tomado figuras de animales; la idolatría arrojó su máscara

¹ San Just. y Clemente de Alejandría, *Exhort. á los gent.*

religiosa para tomar una máscara filosófica, y se identificó con la que había sido hasta entonces su más cruel enemiga, esperando que la que había sabido combatirla con tanto suceso, podría del mismo modo defenderla. ¡Vana esperanza! Descender así del trono celeste que había usurpado, era aniquilar su poder y su prestigio divino. Fundar su individualidad en una individualidad nueva, era una primera muerte que no debía preservarla de un más completo aniquilamiento. En efecto, los vencedores no tardan en alcanzarla en el asilo donde se había refugiado, y ya la zapa conmueve los fundamentos vacilantes del débil edificio filosófico que las nuevas trompetas de Jericó harán muy pronto desplomar. ¡Oid! ya todas las bocas repiten un mismo grito: *Burla de los filósofos paganos.*¹ Y estas voces irónicas continúan: "Preguntad á los filósofos lo que es el alma. Demócrito nos responde que es un fuego; los estoicos una sustancia aérea; otros una inteligencia; Heráclito el movimiento. Ya se os dirá que es un soplo, ya que una emanación de los astros; con Pitágoras un número motor, una entidad simple; con Hippon una agua genital; con Dinarco una armonía. Estos la llaman sangre, aquellos espíritu. ¡Oh Dios! ¡cuántas contradicciones! ¡cuántos delirios! Y todos esos sofistas, todos esos filósofos, los veréis que tienen más ardor para disputar entre sí, que para buscar la verdad. Pase que no se entiendan todavía sobre la naturaleza del alma, ¿pero están acaso de acuerdo sobre lo demás? ¿se entienden mejor acerca de sus propiedades? Los unos hacen consistir su placer en el bien, otros en el mal; una tercera parte ni en el mal ni en el bien. En cuanto á su existencia, es inmortal dice uno; no; está condenada á morir, dice el otro. Según éste, subsistirá durante algún tiempo; según aquel, pasará al cuerpo de una bestia. Sí, dice su vecino, pero no parará en esto: sufrirá otras dos ó tres transformaciones diversas. ¿Qué soy yo, por fin, según el parecer de estos doctores? Este me hace inmor-

¹ Título de una obra de Hermías.

tal, aquel me condena á morir; otro me disuelve en átomos invisibles; heme aquí que ya soy agua, ya aire ó ya fuego; y un poco después, ni agua, ni aire, ni fuego; pero vendré á ser un cuadrúpedo, un pez ó un volátil; yo mismo no sabré ya qué nombre darme, tanto place á esos señores filósofos hacerme sufrir diversas metamorfosis."

La filosofía pagana conoció muy pronto, que no resistiría á tan rudos golpes, que estaba minada por su base y considerándose perdida se apresuró á huir lejos de sus sistemas ya derrotados. Para evitar una total destrucción, no creyó hacer otra cosa mejor que imitar á la idolatría; abdicar como ella: esperando, pues, encontrar otro nuevo punto de apoyo en una nueva forma se proclamó teología. De la idolatría tomó sus ceremonias, del Oriente sus dogmas, sus sueños y tradiciones; conservó algunos de los sistemas de sus hombres doctos, algunos preceptos morales de sus sabios, y de la combinación de estos elementos divergentes, recogidos de todas partes, tuvo la confianza de formar una alta doctrina religiosa, expresión de todas las doctrinas, que lo abrazaría todo, que correspondería á todo, y que podría de este modo manifestarse si no como superior, á lo menos como una rival atrevida de la fé cristiana. Ella tuvo su trinidad, sus encarnaciones, sus genios, sus comunicaciones con los dioses, su culto, sus expiaciones, sus abluciones, sus ritos sacramentales; sus visiones, sus profecías, su magia y su taumaturgia vestida de todos los ropajes usados del Oriente y de los oropeles de Occidente se hinchó de orgullo, y se creyó digna de las adoraciones del universo entero. Alzada en pié, la cruz no hizo más que dejar brillar algunos de sus rayos sobre el nuevo ídolo. A esta luz pura, los pueblos miraron el conjunto monstruoso de supersticiones, de quimeras y de locuras, y pasaron sacudiendo con desprecio la cabeza. De Dios es de donde emana la religión; ella no puede ser el producto facticio de un artífice humano. La filosofía por su propia experiencia reconoció que el cetro de la teología era demasiado pesado para sus

manos de carne : porque ellas no alcanzan lo bastante para llegar hasta la verdad soberana y trazar en su derredor un círculo inespugnable. Iluminando las sombras horrorosas que velaba su falsa luz, la antorcha evangélica la obliga á ocultarlas ; pero estas variaciones no les cuestan nada : semejante á Proteo, toma diversas formas para engañar así á su enemigo : marcha sin cesar de concesiones en concesiones, de paliativos en paliativos, de metamorfosis en metamorfosis. Ella se hace humilde, halagadora, tolerante ; implora la indulgencia del cristianismo, armoniza con sus ideas, adopta su lenguaje : para ser cristiana no le falta mas que un paso ; y ella lo dá. "¡Adios Academia ! esclama el platónico de Eneas de Gaza, no escuchemos en lo de adelante sino solo á Dios : el mismo Platon nos dice : que no permitia creer en su doctrina sino hasta tanto se apareciese otro mas sabio que él."

La fuerza intelectual humana estaba vencida pero no aniquilada. Lo mismo que ciertos animales parásitos, halló medio, bajo el nombre de herejía, de adherirse á las entrañas de su enemiga, y de vivir allí, carcomiéndolas cruelmente. "Todas las herejías, dice Tertuliano, son nacidas de la filosofía, que emprende sondear temerariamente la naturaleza de la Divinidad y de sus decretos :"¹ y M. de Chateaubriand hace notar que se podria formar un catálogo de los sistemas filosóficos y colocar al lado de cada sistema la herejía que le corresponde.² Despues de haberse así transformado el espíritu filosófico, alimentado con la sangre de la cruz, pareció renacer de sus mismas cenizas. Pulularon las herejías : desde Simon hasta Manés, se vieron aparecer en menos de tres siglos mas de ochenta sectas distintas, que á porfía desnaturalizaban la fé. El peligro era grande : los herejes pasaban por cristianos ; sus desórdenes y divisiones se imputaban á la Iglesia. La fé cristiana, absorbida por el espíritu filosófico,

1 Diálogo sobre la inmortalidad del alma.

2 Prescrip. contr. las herej.

3 Estudios históricos.

estaba en riesgo de encontrarse reducida á las proporciones de un vano sistema ; y ya sus enemigos con aire de triunfo, menospreciaban á los cristianos, cuando entre ellos existian tan hondas disidencias. Viéronse entonces obligados los apologistas á tomar las armas para combatir á los cristianos filósofos, como antes habian combatido á los filósofos paganos. Pero la lucha era mas difícil. De una y otra parte, los contendientes se preparaban para emplear los mismos medios de defensa, caminaban bajo los mismos gefes y bajo el mismo estandarte. Los fieles y los herejes invocaban á la vez al mismo Jesucristo, llevaban la misma cruz y esplicaban las mismas Escrituras. Aquellos sostuvieron heroicamente la doctrina verdadera por medio de discusiones sábias, pero como se dirigian á adversarios de mala ley, con el sofisma contestaban estos al raciocinio y con la astucia contrarestaban la fuerza. Era indispensable levantar contra esos enemigos el inespugnable muro de los hechos, la muralla de la tradicion y de la historia. Tertuliano escribió el libro de las *Prescripciones*, actas genuinas del estado civil de las herejías, donde cada una aparece con los justificantes de la época de su nacimiento y de la filiacion adúltera del error, al lado de la verdadera fé. "Yo detengo, dice ese padre, á la herejía en su primer paso : existiendo yo antes que la herejía, la opondré la fé cristiana, la fé de la verdadera Iglesia, que recibí de Jesucristo, cuyas lecciones, junto con las de sus apóstoles, he transmitido al universo. Vosotros, herejes, no existís sino de ayer ; y si me obligais á que os demuestre cómo habeis oscurecido la verdad por la mentira de vuestras tenebrosas opiniones, no haré mas que presentaros la historia de las diferentes sectas, que han abandonado la fé, y os enseñaré el catálogo de las absurdas doctrinas que han emitido."

• Pero la herejía, persistiendo en su obstinacion, y resistiendo á los raciocinios mas concluyentes no se reconoció vencida ; y apoyándose sobre las pasiones humanas que despierta, cubierta bajo la bella apariencia de la verdad cristiana que

asienta, logra por todas partes seducir á las almas, robándole sus hijos á la cruz. Los esfuerzos que se hacian para contener el mal parecian impotentes; y la cruz hubiera sucumbido á los golpes que recibiera, si Dios no hubiera venido al socorro de su obra. Pero entonces los sucesores de los apóstoles se acordaron que Jesus les habia asegurado estar con ellos hasta la consumacion de los siglos; y San Pedro parece levantarse de nuevo á fin de que los gentiles oyesen de su misma boca la palabra del Evangelio para que creyesen en ella. Nicea tuvo la felicidad de recibir dentro de sus murallas á los obispos de todas partes del imperio, y vióse entonces por la primera vez una asamblea augusta, un consejo venerable, donde se iba á tratar no solo de los intereses materiales, sino de los eternos; consejo en el que se iba á discutir y á fijar irrevocablemente la causa de la verdad divina; noble senado, compuesto no solo de reyes sino de santos, revestidos con un carácter sagrado; de héroes intrépidos, de los cuales, muchos llevaban aún sobre sus rostros las gloriosas cicatrices de las heridas que habian recibido en los rudos combates contra la fuerza material, y que se encontraban nuevamente reunidos para hacer frente y aniquilar á su indomable auxiliar, la fuerza intelectual. Así fué que por ese órgano escogido, se hizo oír la voz de Dios; y la fé fué reducida á una fórmula exacta, bajo un nuevo símbolo; y entonces levantándose la Iglesia como un faro resplandeciente colocado sobre el monte santo, arrojó á la impura herejía de su seno, y la envió lejos de ella á destrozarse con sus mismas divisiones, despues de haberla marcado la frente con el sello del anatema.

Quebrantado el orgullo de la herejía, se agita, y para insultar los rayos apostólicos, pretendió entronizar á su gefe sobre el sòlio episcopal de Constantinopla. Entonces conmovido de dolor el santo obispo de aquella ciudad exclamó: "Señor: quitadme la vida, antes de que vea á Arrio pisando vuestro santo templo." El Señor oyó la oracion del santo

obispo, y á la madrugada del dia en que se iba á consumar el sacrilegio murió Arrio en un lugar afrentoso, con una muerte horrible.

Lejos de intimidarse la herejía con ese terrible ejemplo, se enfureció mas y se encarnizó en proseguir sus criminales designios, sin retroceder ante los ultrajes, las violencias, las confiscaciones, los destierros, la intrusion y derramamiento de sangre, que causaba. "Por mi voluntad se verifica este concilio," decia el hereje emperador Constancio á los obispos á quienes queria compeler á que firmasen el destierro de Atanasio, el mas intrépido y temible antagonista de Arrio. "Señor, respondieron aquellos prelados animados de un noble valor y firmeza; señor, no es vuestro el imperio sino de Dios: temed sus juicios, y no confundais la Iglesia con el Estado." Irritado el emperador con esa inesperada resistencia y con ese inusitado lenguaje, condenó á todos los obispos al destierro, dejando sus sillas en poder de los intrusos, persiguió á los fieles, congregó conciliábulos, fraguó subterfugios y lo trastornó todo para hacer triunfar la herejía. Atanasio, Hilario de Poitiers, Martin de Tours, resistieron el choque, y no obstante la persecucion, pusieron en evidencia la disolucion de la herejía, ocasionada por su propio príncipe. Hilario de Poitiers escribió la primera página de la historia de las variaciones cuando dijo al emperador: "Verificado el santo concilio de Nicea, aquellos á quienes dispensais vuestro favor, no hacen mas que componer símbolos: su fé no es la del Evangelio, sino conjeturas humanas; fé tan vária como la voluntad, y doctrina tan mudable como las costumbres. Año por año, y aun mes por mes producen nuevos símbolos; y ora destruyen lo que antes habian edificado, ora anatematizan lo que antes habian sostenido: hablan de la Santa Escritura y de la fé apostólica con el fin de engañar á los débiles y socavar la doctrina de la Iglesia." A su vez y á su manera el pueblo católico tambien protestó contra la violencia y la division; y cuando Constancio tuvo la impiedad de proponer al anti-

papa Félix, la muchedumbre exclamó á una voz: "*Un Dios, un Cristo y un pontífice.*"¹

Sin embargo, la filosofía idólatra no habia muerto, y arrojando su máscara hipócrita, confiando al favor de las turbaciones, espera que recobrará su trono. Juliano, digno sucesor de Constancio, recibió el moribundo imperio, que anhelaba por desembarazarse de las penas de la agonía; y como nada tiene vida fuera del cristianismo, el nuevo emperador pretendió volverle á la vida inspirándole el espíritu cristiano. ¡Remedio tardío; inútil restauracion! el tiempo habia pasado. Muchas luces habia arrojado la cruz sobre el mundo; y en el tiempo á que nos vamos refiriendo, florecian los Gregorios de Nisa, los Basilio, los Crisóstomos, los Agustines, y otra multitud de doctores, notables por su entendimiento y sabiduría. Así fué que cuando Juliano presentó á las adoraciones humanas el fantasma ridículo que pretendiera arrancar á las tinieblas del sepulcro, fué recibido por inmensas rechiflas, y aquellas reliquias paganas fueron objeto de los escarnios del pueblo. Los soldados franceses y alemanes no desdeñaban las libaciones del vino y las carnes de las hecatombes; pero esto no impedía el que lamentándose los pueblos dijese, que una victoria de Juliano sobre los persas causaria la destruccion de la raza de los toros. Por un corto momento el mismo San Juan Crisóstomo sintió que su gravedad le abandonaba, y dijo á sus oidores de Antioquía: ¡Bello espectáculo, por cierto, es ver al emperador de los romanos encender la hoguera, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, y con los carrillos abotagados, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas, escitando con esto la risa de los mismos de quienes deseaba ser admirado!"

La filosofía idólatra conoció que no podria sostener por mas tiempo un papel tan ridículo, y tomando un partido desesperado, se abandona en los brazos de la fuerza material. Juliano que habia tomado cierto aire de tolerante, demostró

¹ Théod., 1, 2.

bien pronto, el verdadero carácter de la tolerancia filosófica; y como él habia aprendido del Evangelio que los perseguidores mas temibles no son los que matan el cuerpo, sino los que causan la muerte del espíritu, no dudó en convertirse él mismo en verdugo de las almas. Prohibió, en consecuencia, á los fieles enseñar las bellas letras: "¿Vosotros creéis, les decia en su edicto, que Homero, Hesiodo y sus semejantes están en el error? Pues si no aprobais sus sentimientos, contentaos con solo explicar á Mateo y á Lucas en las iglesias de los galileos."¹

Los genios sublimes que combatian en aquella época por la cruz demostraron, que algun dia el paganismo seria vencido en su arte, como lo habia sido en su ciencia; pero á pesar de todo, el golpe recibido les fué muy doloroso, y antes hubieran querido derramar su sangre, que ver á los jóvenes cristianos desterrados de las regiones de lo bello y destinados á ser ilotas en la inteligencia. Una vez puestos los piés en la vía de la persecucion, por nada retrocede el emperador. No contento con hacerse apóstata, escluye á los cristianos de los empleos del Estado, les priva de los derechos civiles, prohíbeles defenderse ante los tribunales y les despoja de sus bienes; y añadiendo el escarnio á la injusticia les decia: "Vuestra admirable ley os compele á renunciar los bienes de la tierra á fin de llegar fácilmente al reino de los cielos; y nosotros queriendo, graciosamente facilitaros el viaje, ordenamos que os desprendais de todos los bienes." Si los cristianos se atrevian á quejarse, les respondia Juliano: "¿La vocacion de un cristiano no es sufrir?"

Bien pronto el sofista tolerante comenzó á derramar sangre. Márcos, obispo de Arethusa, que siendo niño, habia escapado de los furores de Constancio, fué espuesto, desnudo el cuerpo y embarrado con miel, en una camilla á los rayos del sol ardiente, para que fuese atormentado por los innumerables dardos de las moscas. El conde Juliano, tio del empe-

¹ Juliano, epíst. 42.

rador martirizó á San Teodoro; y los paganos de la Siria, sostenidos por la voluntad imperial, se levantaron contra los cristianos, desenterraron los muertos y cometieron atrocidades contra los vivos. "Se arrastran, dicen los historiadores de aquel tiempo, los cuerpos despedazados por las calles: los cocineros pican á las víctimas con los azadores, y las mujeres con sus ruecas: las entrañas de los sacerdotes eran devoradas por aquellos caníbales, ó eran arrojadas á los puercos. Algunos siervos de Cristo fueron degollados sobre los altares de los dioses."¹ A pesar de esto, ese apóstata perseguidor ha encontrado gracia en nuestro siglo, y la elocuencia, la historia y la filosofía, han rivalizado en sus esfuerzos para rehabilitarlo. Pero Dios esperaba al apóstata. Mientras que hinchado de orgullo con los sucesos militares marchaba ardoroso contra los persas, bajo un sistema de persecucion vasto y bien combinado, el retórico Libanio, su favorito, enorgullecido con la prosperidad de su soberano, insultó vilmente á un cristiano de Antioquía con esta frase insolente: "¿Qué hace hoy el hijo del carpintero?"—"Un *ataud*," respondió el cristiano. En aquel mismo momento Juliano, alcanzado y herido por la jabelina de un persa, recibia su sangre en sus manos, y dirigiéndose al cielo, exclamaba: "Me haz vencido, Galileo!"²

La fuerza intelectual humana habia librado su defensa á la espada, y conforme á la palabra de Jesucristo, ella debia perecer bajo el filo de la espada. Los cristianos, despues de una lucha tan larga y encarnizada, y sin otras armas que la cruz, triunfantes y en pié, cantaron el himno de la victoria. ¡Cielos y tierra! prestad vuestros oidos al ruido que hace la caída del perseguidor! El Señor aplastó la cabeza del impío. Y tú, oh Juliano, que nos habias prohibido el uso de la palabra, ¿cómo es que yaces en el silencio de la tumba?"³

¹ Zozomeno, l. 5.—Teodoreto, l. 9.—San Gregorio Nacianceno, or. 9.

² Zozomeno, *Historia eclesiástica*.

³ San Gregorio Nacianceno. Or. contra Juliano.

CAPITULO XXIII.

Luchas de la Cruz contra la fuerza sensual.

La cruz, empero, hacia frente á la vez á muchos adversarios. En el terrible combate contra las fuerzas intelectual y material, bajo el mismo estandarte y con designios no menos hostiles, se avanzaba la fuerza sensual, á quienes aquellas fuerzas no solo tenian por aliada, sino por activo agente, que las estimulaba, prestándolas todo su concurso. Todos sabemos por esperiencia propia, cuál es el poder de la fuerza de los sentidos y con qué violencia arrastra la voluntad. Los sabios se habian lamentado de sufrir esa terrible influencia; y el mismo San Pablo se quejaba de las escitaciones del aguijon de la carne, de esa ley del mal, que en sus miembros, combatia contra la ley del espíritu. Y si las pasiones carnales, aunque combatidas, ejercen sobre nosotros tan funesto imperio, ¿qué vendrán á ser esas pasiones cuando las naciones y todo se pone de comun acuerdo para exaltarlas; cuando la religion, la filosofía, las artes, las instituciones y el ejemplo las fomentan á porfia? Nada es mas cierto, sin embargo, que tal era la situacion del antiguo mundo. Adorar á un Júpiter adúltero, á un Mercurio ladron, á una Vénus prostituida; adorar todos los vicios, aun los mas infames, bajo los nombres de otros dioses; creer se cumplia con un deber religioso entregándose á los mas abominables escesos de las bacanales, de las lupercales, y de los misterios secretos; ser libre, por otra parte, para escoger entre los sistemas de Epicuro, de Diógenes ó de Pirro; asistir á los monstruosos espectáculos, donde la sangre se mezclaba con la crápula; tener sin cesar delante de los ojos pinturas lascivas y esculturas obscenas; nutrirse los espíritus con doctrinas perversas, y

rador martirizó á San Teodoro; y los paganos de la Siria, sostenidos por la voluntad imperial, se levantaron contra los cristianos, desenterraron los muertos y cometieron atrocidades contra los vivos. "Se arrastran, dicen los historiadores de aquel tiempo, los cuerpos despedazados por las calles: los cocineros pican á las víctimas con los azadores, y las mujeres con sus ruecas: las entrañas de los sacerdotes eran devoradas por aquellos caníbales, ó eran arrojadas á los puercos. Algunos siervos de Cristo fueron degollados sobre los altares de los dioses."¹ A pesar de esto, ese apóstata perseguidor ha encontrado gracia en nuestro siglo, y la elocuencia, la historia y la filosofía, han rivalizado en sus esfuerzos para rehabilitarlo. Pero Dios esperaba al apóstata. Mientras que hinchado de orgullo con los sucesos militares marchaba ardoroso contra los persas, bajo un sistema de persecucion vasto y bien combinado, el retórico Libanio, su favorito, enorgullecido con la prosperidad de su soberano, insultó vilmente á un cristiano de Antioquía con esta frase insolente: "¿Qué hace hoy el hijo del carpintero?"—"Un *ataud*," respondió el cristiano. En aquel mismo momento Juliano, alcanzado y herido por la jabelina de un persa, recibia su sangre en sus manos, y dirigiéndose al cielo, exclamaba: "Me haz vencido, Galileo!"²

La fuerza intelectual humana habia librado su defensa á la espada, y conforme á la palabra de Jesucristo, ella debia perecer bajo el filo de la espada. Los cristianos, despues de una lucha tan larga y encarnizada, y sin otras armas que la cruz, triunfantes y en pié, cantaron el himno de la victoria. ¡Cielos y tierra! prestad vuestros oidos al ruido que hace la caída del perseguidor! El Señor aplastó la cabeza del impío. Y tú, oh Juliano, que nos habias prohibido el uso de la palabra, ¿cómo es que yaces en el silencio de la tumba?"³

¹ Zozomeno, l. 5.—Teodoreto, l. 9.—San Gregorio Nacianceno, or. 9.

² Zozomeno, *Historia eclesiástica*.

³ San Gregorio Nacianceno. Or. contra Juliano.

CAPITULO XXIII.

Luchas de la Cruz contra la fuerza sensual.

La cruz, empero, hacia frente á la vez á muchos adversarios. En el terrible combate contra las fuerzas intelectual y material, bajo el mismo estandarte y con designios no menos hostiles, se avanzaba la fuerza sensual, á quienes aquellas fuerzas no solo tenian por aliada, sino por activo agente, que las estimulaba, prestándolas todo su concurso. Todos sabemos por esperiencia propia, cuál es el poder de la fuerza de los sentidos y con qué violencia arrastra la voluntad. Los sabios se habian lamentado de sufrir esa terrible influencia; y el mismo San Pablo se quejaba de las escitaciones del aguijon de la carne, de esa ley del mal, que en sus miembros, combatia contra la ley del espíritu. Y si las pasiones carnales, aunque combatidas, ejercen sobre nosotros tan funesto imperio, ¿qué vendrán á ser esas pasiones cuando las naciones y todo se pone de comun acuerdo para exaltarlas; cuando la religion, la filosofía, las artes, las instituciones y el ejemplo las fomentan á porfia? Nada es mas cierto, sin embargo, que tal era la situacion del antiguo mundo. Adorar á un Júpiter adúltero, á un Mercurio ladron, á una Vénus prostituida; adorar todos los vicios, aun los mas infames, bajo los nombres de otros dioses; creer se cumplia con un deber religioso entregándose á los mas abominables escesos de las bacanales, de las lupercales, y de los misterios secretos; ser libre, por otra parte, para escoger entre los sistemas de Epicuro, de Diógenes ó de Pirro; asistir á los monstruosos espectáculos, donde la sangre se mezclaba con la crápula; tener sin cesar delante de los ojos pinturas lascivas y esculturas obscenas; nutrirse los espíritus con doctrinas perversas, y

saturarse los corazones con poesías licenciosas; vivir, en una palabra, en la hoguera de la mas ardiente corrupcion sin exhalar sus fuegos, ¿no seria un prodigio mayor que el arrojar-se en un horno sin ser devorado por las llamas? Así fué que los paganos cayeron en los mas monstruosos desarreglos. En este punto histórico á que hemos llegado, en que el Estado social estaba desprovisto de autoridad moral, sus funestas consecuencias debian desarrollarse en toda su estension; en esa época en que la libertad se encontraba sin freno y sin guía, debia trasformarse en una espantosa licencia, y los hombres, hundidos hasta el fondo del vicio, deberian revolcarse en él, con la misma voluptuosidad que los animales inmundos en el fango.

Para formarse una idea un poco exacta de la depravacion de aquel tiempo es necesario leer lo que han escrito los testigos de vista, recorrer las obras de Tácito, de Juvenal, de Marcial, de Petronio; de Suetonio, de Ovidio, de Luciano, de Apuleo, de Atheneo y de los demás autores contemporáneos que entran en algunos detalles de las costumbres. Ese vasto coloso, que con su brazo fuerte habia subyugado á todas las naciones, el imperio romano, hecho presa de soberanos feroces, innobles é insensatos, se consumia en la podredumbre. Tiberio, el inventor de las *sellarii* y de las *spintheria*, encontró que el senado y el pueblo le aventajaban en corrupcion: Neron celebraba sus nupcias con el liberto Pytágoras, Heliogábalo con Hierocles: Messalino volvia fatigado de las embriagueces, pero nunca saciado: Vitelio husmeaba con voluptuosidad el cadáver de su enemigo: Calígula, Claudio, Domiciano, Consmodo, Caracalla azoraban al mundo con sus insensatas torpezas y sus negros furoros: el mismo sabio Marco Aurelio condecoraba á la infame Faustina con el título de madre de los campos y de los ejércitos. Adriano erigió altares á su Antinoiis. Y no se diga que aquellas eran aberraciones individuales y aisladas; las costumbres públicas no cedian en corrupcion á las costumbres imperiales. Oigamos á Séneca:

ca: “¿Existe, esclama, en el dia el menor pudor hácia el adulterio? La castidad no ha venido á ser sino prueba de deformidad. ¿Qué mujer se sonroja de divorciarse? Por el número de sus maridos, ciertas ilustres matronas, cuentan el número de sus años. Los registros públicos están llenos de actas de divorcio.”¹ Cayendo en desprecio el matrimonio, se hacia necesario que las leyes reprimiesen con severidad los excesos de un celibato licencioso; pero no era así, y se escuchaba sin rubor á los escritores, poetas y filósofos amados, discutir sobre que los vicios contra la naturaleza encerraban lo mas sensual y voluptuoso. Renegando del pudor propio del sexo, desafiaban las mujeres la licencia de los hombres; y los templos que debieron servir al menos de asilo á la virtud, no fueron sino antros de prostitucion.

¿Pero quién podrá reseñar los horrores de aquellas orgías en las que el hombre sepultaba su cuerpo y alma en la embriaguez, la lujuria y la sangre? ¿Quién podrá pintar esos espectáculos odiosos de crueldad en los que se mataban millares de gladiadores, ó donde los prisioneros y los mártires eran devorados por las bestias feroces, para divertir al pueblo bajo, no menos que á la sociedad mas refinada? Todos los espíritus se habian envilecido, y todo sentimiento moral se habia apagado. Desconociendo el hombre su dignidad, no respetaba ni su propia vida. El suicidio era tenido como un acto indiferente. Cuando un esclavo tenia la desgracia de ser torpe, era arrojado, sin piedad y sin remordimiento, por su dueño á los pescados. Veíase frecuentemente, que millares de personas eran degolladas, por simples sospechas, por orden del emperador, y que los parientes de las víctimas se apresuraban luego á ir á besar las manos de aquel. El envilecimiento corria parejas con la crueldad. No eran menores los otros vicios. El lujo de los edificios, de los festines, de los vestidos y de las fiestas era fuera de todo límite, y agotaba los tesoros del Estado y las fortunas de las familias. Por con-

1 De Benefic., 1, 3.

secuencia natural, el amor á las riquezas, fuente de todos los placeres, inflamaba los corazones arrastrándolos al crimen. "Mientras conserve mi espada, decia Caracalla, no me faltará la plata." Se fraguó dar caza á los testamentos; esto es, el veneno andaba á la competencia. Para procurarse riquezas no se retrocedia ante el fraude, la injusticia, el perjurio, la opresion, la violencia, el asesinato, ni ante ningun medio. Esa sociedad embrutecida no conocia mas que una necesidad, el placer; y voluntariamente soportaba la mas odiosa de las tiranías, con tal que se le arrojase un pedazo de pan en las plazas públicas y se apagase su sed con la sangre de los anfiteatros. *¡Panem et circenses!* He aquí su voto, su vida y su última esperanza. ¡Qué sentidas son las palabras con que San Pablo reseña compendiosamente la situacion del mundo antiguo! "Como los hombres, dice, habian colocado la mentira en lugar de la verdad, dando culto, y sirviendo á las criaturas en lugar de adorar al Criador, por eso Dios los entregó á las pasiones infames, pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural en el que es contrario á la naturaleza: del mismo modo los varones se abasaron en amores brutales, recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecacion. Pues como no quisieron reconocer á Dios, Dios los entregó á un réprobo sentido, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes á sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales y desapiadados: los cuales en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte eterna; y no solo los que las hacen sino tambien los que las aprueban."¹

Tal era el estado de los corazones sobre los cuales la cruz, seguida del espíritu de abnegacion y sacrificio, pretendia es-

¹ Epíst. á los Romanos, cap. 1.

tablecer su imperio. Cuando se conoce cuál es la fuerza de las cadenas del vicio, y el poder de las preocupaciones inspiradas por la educacion, la nacionalidad, la religion; cuando se sabe cuán insuperable es la tiranía de una prolongada habitud, se comprende fácilmente toda la resistensia que debieron encontrar los apóstoles en la voluntad del hombre, acostumbrada desde tan largo tiempo á seguir sus perversas inclinaciones, y cuando en medio de esa corrupcion universal, hacian oír á los hombres unas palabras hasta entonces desconocidas: "Haced que muera en vuestros miembros el hombre terrestre que vive en vosotros, la fornicacion, la impureza, las pasiones deshonestas, los malos deseos y la avaricia, que es una idolatría: renunciad de la cólera, de la aspereza, de la malicia, de la maledicencia: que se destierren las palabras deshonestas de vuestra boca. Despojaos del hombre viejo y de sus obras, y revestios del hombre nuevo, que por el conocimiento de la verdad, se renueva segun la imágen del que la creó. Portaos como los elegidos de Dios, santos y amados, con el corazon lleno de misericordia, de bondad, de humildad, de modestia, de paciencia, de paz y de caridad. Desprendeos de la tierra, y no pongais vuestra aficion sino en las cosas del cielo."¹ "¿Qué es esto, y qué significa? decian murmurando los primeros que oyeron ese lenguaje; esas gentes están ébrias."² Cuando el gobernador Félix oyó á San Pablo hablar de la justicia, de la castidad y del juicio final, desparovido le dijo al apóstol: "Basta por ahora, retírate; que á su tiempo te llamaré." Festo trató al apóstol de insensato, y el ilustre areópago interrumpiendo su palabra le despidió diciéndole: "En otra ocasion os oiremos hablar de esas cosas."³

Tan mal acogida en nada desconcertaba á los apóstoles, y continuaban predicando la doctrina de su Maestro. Prohibiéseles entonces predicar en nombre de Jesus; pero respondie-

¹ Epíst. á los Colossenses.

² Hechos de los apóstoles, cap. 1º.

³ Hechos de los apóstoles, capítulos 17, 24 y 26.

ron con resolucion, que antes que á los hombres obedecian á Dios. Se les amenaza, se les persigue y se les entrega á la muerte; pero nada detiene el fervor del celo que les anima. Sobre esos hombres, ya la cruz habia alcanzado la victoria contra la fuerza sensual; pero esa victoria debia estenderse por el universo y los apóstoles deseaban consumarla. Su valor al anunciar la palabra de la vida no reconocia obstáculos, y se presentan ante los hombres, oportuna é inoportunamente, suplicándoles, amenazándoles, reprendiéndoles, sin dejar jamas de instruirles y de tolerarles. Mientras que los apóstoles se consumian en esfuerzos por hacer penetrar su doctrina en los corazones, un sinnúmero de enemigos invisibles, una armada de devoradoras concupiscencias, de exaltados deseos, y de furiosas pasiones se levantan contra esa doctrina en el fondo de los corazones, vedándola la entrada. ¡Cuántas luchas, y cuántos combates debian de sucederse para llegar á dominar una posicion tan resguardada; para plantar en lugar del árbol maldito, que plantó Satanás, y cuyo árbol hacia cuarenta siglos que echaba raices, el árbol bendito del Calvario!

Han creído muchos que los apóstoles no tuvieron que hacer otra cosa que derrumbar unos ídolos de madera vacilantes sobre su basa, ó sistemas filosóficos carcomidos por las divisiones y contradicciones; pero acerca de esto, ninguno se engañe. Los apóstoles debian destruir los ídolos de carne, los cuales no se podian tocar sin herirlos en lo mas vivo; sin combatir los instintos apasionados, padres de la idolatría, y que apoyados en las creencias desvergonzadas, debian oponer una resistencia impetuosa y enérgica. Acaso no hubiera costado mucho el hacer renegar á los paganos de Júpiter ó de Epicuro; pero ¿cómo hacerlos decidir á sacrificar todo lo que aquellos nombres representaban, y principalmente la libertad licenciosa del espíritu y de las costumbres, consagrada por la autoridad de la religion y los argumentos de la filosofía? Convertirse al cristianismo, no era simplemente

abjurar un dios para elegir otro, era aun más, abjurar la independencia de la libertad personal, y someterse á una potestad superior y absoluta, que prescribia los mas rudos sacrificios. Al renunciar la fé pagana, el nuevo cristiano renunciaba la fé de su pais, de su familia y de sus amigos, á quienes causaba una aficcion; el nuevo cristiano consentia en cambiar la antigua gloria de su patria y la consideracion de sus conciudadanos, por la ignominia de una secta judaica, no conocida aún, despreciada, calumniada y reputada como un hacinamiento de gentes miserables y desconocidas; se comprometia á practicar las virtudes mas severas, y se entregaba á todo género de vejaciones y de ultrajes y á todos los tormentos del fuego y del fierro de la persecucion.

Cuando sin estos obstáculos, y antes al contrario, sostenidas por anteriores principios, fatigadas por el aguijon de su conciencia, vemos en nuestros dias que pocas almas tienen la generosa resolucion de romper sus cadenas, cuando las bocas elocuentes las estimulan á entrar al camino de la salud; cuando vemos que la mayor parte de los hombres continúan corrompiéndose en el triste estado adonde los condujo la fuerza del hábito, sin embargo de que el yugo de sus pasiones se les hace insoportable, y á pesar de que, lo que es mas extraño todavía, conocen perfectamente que con sus vicios esponen el honor de su familia y su propia felicidad, y que pierden á un mismo tiempo honor, fortuna y vida; cuando se sabe todo esto por esperiencia, es cuando se conoce que era humanamente imposible hacer salir al mundo antiguo del abismo en que estaba hundido desde tan largo tiempo.

Puede ser que el espíritu se deje ilustrar, abandonando el sofisma, cuando ningún interés le arrastra y le fascina; pero si las pasiones se ponen en juego, entonces hay mayor dificultad en conquistar un solo hombre, que el universo entero. Nada, en verdad, es mas difícil de conquistar que la fuerza sensual. Dueña hasta de las últimas fibras del corazón humano, sin cesar lo escita y lo combate con el aguijon punzante

del placer ó del dolor. Si ante la fuerza de una razon superior, vese la fuerza sensual obligada á ceder un instante, bien pronto, sofocando la voz de su enemigo, quedando sola sobre el campo de batalla, no dilata en reconquistar el terreno que habia perdido. Con todo eso, esa fuerza no puede resistir á la accion divina de la cruz. Los apóstoles la persiguen de muerte, la atacan de frente, la alcanzan por todas partes y no la conceden ninguna tregua. Ellos, es verdad, que provocaban las cóleras terribles y desesperadas de los hombres, y ponian en movimiento á todas las legiones infernales, arrojadas de su antiguo imperio; pero Dios combatia por ellos; la victoria era segura. No bien hicieron oír los apóstoles la palabra de la vida, cuando bajo la influencia del espíritu regenerador, palpita el mundo y recobra fuerzas para quebrantar sus cadenas; y al instante sale de su boca un grito de accion de gracias: "¡Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos separó del poder de las tinieblas, trasladándonos al reino de su Hijo muy amado! Alabado sea; porque los que eran esclavos del pecado, se han sometido por su voluntad á la doctrina del Evangelio, por el cual se han libertado del mal haciéndose esclavos de la justicia." ¹

La cruz caminaba triunfante por todas partes, y á sus pasos surgía una multitud de creyentes, que no tenian sino un solo corazon y una sola alma, y que resistian generosamente á la seduccion del placer. Para detener ese movimiento de regeneracion, la fuerza sensual puso en accion todos los dolores interiores y exteriores, armándose á la vez de toda clase de seducciones esternas y de tentaciones internas. La naturaleza corrompida se sublevó contra el yugo que se la queria imponer, y sus esfuerzos fueron poderosamente secundados por las violencias de las persecuciones. Empero todo fué inútil; y veíase al contrario multiplicarse el número de los cristianos en una progresion milagrosa. Entonces la fuerza sensual cambia de táctica, y haciéndose dulce y benigna, es-

¹ Epíst. á los Romanos, cap. 6.

pera vencer con sus halagos á los que en los tormentos eran invencibles. "Renunciad, decia por la boca de los perseguidores; renunciad esa moral austera de un Dios cruel, enemigo de los placeres, y obedeced las órdenes del emperador, y seréis colmados de riquezas y de honores." El discípulo de la cruz preferia la muerte. Cuando la fuerza sensual se veia impotente para luchar contra unas voluntades que tanto resistian á los atractivos del placer como á los dolores, quiso por fuerza hacerles beber el veneno de la voluptuosidad, inventando un suplicio hasta entonces desconocido. Se condenaba á las vírgenes cristianas á sufrir el martirio de su pudor mil veces mas terrible para ellas, que los mas crueles suplicios; y encerrábanse á las jóvenes en los lugares de los placeres para que fueran tentadas por las cortesanas. La virtud llegó á un punto desesperado; y una joven mártir de que habla San Gerónimo, viéndose con los miembros encadenados, privada de todo medio de defensa, vióse reducida para hacer retroceder al infame que queria prostituirla, á arrancarse la lengua con sus propios dientes, arrogándose la á la cara.

No menos astuta la fuerza sensual, que su aliada, la sofista, desconcertada la una por la resistencia que encontraba por la primera vez, no duda imitar á la otra en hipocresía; y como ella, despues de haber agotado sus esfuerzos y sus astucias, concibiendo una última estratagema, toma la máscara de la fé cristiana, y á merced del disfraz se introduce en el campo enemigo para causarle estragos. Numerosos herejes aparecieron en aquel tiempo, que interpretando á su placer los textos evangélicos, los desnaturalizaban con el fin de que sirvieran para justificar sus desórdenes. En muchos puntos diferian los herejes; pero casi todos convenian en decir, que toda clase de impurezas eran permitidas; y en sus reuniones, en efecto, cometian tales abominaciones, que apenas puede creerse aun el relato que sobre este punto hacen los escritores de la Iglesia. Los herejes se decian cristianos, y por cristianos pasaban en el juicio comun, y era de temerse

que tal confusion fuese para muchos ocasion de caída en la doctrina que enseñaba y practicaba el vicio; pero advertidos los apóstoles por Jesucristo, que la malicia de los hombres engendraría escándalos, se apresuraron á prevenir á los fieles contra el nuevo peligro. "Es necesario, decian, conforme á las advertencias de su divino Maestro, que haya herejías; y llegará un tiempo en que no soportarán los hombres, la doctrina sana. Guardaos, pues, de los que entre vosotros causen divisiones y escándalos; porque esa clase de gentes son esclavos de la sensualidad, y con sus palabras dulces y seductoras seducen á las almas sencillas. Esos falsos apóstoles son obreros mentirosos que se disfrazan en apóstoles de Jesucristo. Pero ¿qué mucho que los ministros de Satanás tomen la apariencia de ministros de justicia, cuando Satanás mismo se transforma en ángel de luz? Huid de los discursos vanos y seductores de esos falsos profetas, porque su doctrina es como la gangrena que insensiblemente difunde la corrupcion."¹

Sin embargo del celo y de los trabajos apostólicos, aparecieron las flaquezas y sobrevinieron las defecciones en las filas del ejército santo: los intrépidos gefes que lo mandaban amonestaron á los culpables, les amenazaron con la cólera divina, y recordándoles sus deberes por medio de la instruccion, elevaban al cielo sus manos suplicantes en favor de los criminales. Algunas veces se vieron obligados á emplear contra ellos las armas espirituales y milagrosas que Dios habia puesto en sus manos, para prevenir la perfidia de los malos, á fin de traerlos al bien. San Pablo cegó á Elymas, que por sus malos consejos, retardaba la conversion del procónsul Sergio; y entregó á Satanás, para que le afligiera el cuerpo, al incestuoso de Corintio, con el objeto de que salvara su alma, y para que separada de la comunión de los fieles la mala levadura, no corrompiera toda la masa. En la segunda epístola

¹ Epíst. á los Romanos, cap. 16; á Timoteo, cap. 2; 2ª á los Corintios, cap. 11.

que el apóstol dirige á los Corintios, les hace oír este lenguaje tierno á la par que severo: "Os amo con un celo santo en nombre de Dios, pues os tengo desposados con este único esposo que es Cristo, para presentaros á Él como una vírgen casta y pura. Por esto os amonesto, que os portéis de tal manera, que no me vea obligado, cuando esté entre vosotros á obrar con esa osadía que se me atribuye, con respecto á ciertos sugetos que se imaginan que procedemos según la carne; porque las armas con las que combatimos, no son carnales, sino poderosísimas en Dios para derrocar las fortalezas, destruyendo nosotros con ellas los proyectos humanos. No os espongaís á experimentar el poder de Jesucristo, que habla por mi boca. Os hago esta amonestacion, cuando me hallo ausente, para que estando presente, no me vea obligado á usar con severidad del poder que me dió el Señor para edificar y no para destruir."¹

Como los apóstoles, del mismo modo los discípulos, que fueron sus auxiliares, y sus sucesores, desplegaron la mas grande actividad en la lucha contra la fuerza sensual; y no cesaron de resguardar la viña del Señor, cultivándola, reparando las brechas, purificándola de las malas semillas, y conservándola intacta y floreciente; coronando un magnífico suceso sus trabajos constantes. De en medio de las naciones mas corrompidas, vióse levantar una sociedad tan santa, que mas parecia haber descendido del cielo, que haber nacido de la corrupcion: entre los paganos, entregados á todos los desórdenes, aparecieron hombres, que fueron portentos de virtud, y que convirtiendo una vida humana y licenciosa en una vida nueva, toda interior y espiritual, se rieron de las resistencias que les oponia la naturaleza depravada, y las que en otro tiempo les habian parecido invencibles. A la voluptuosidad é intemperancia sucedieron la castidad y abstinencia; al orgullo y ambicion la humildad y el desinterés; á la ira y arrogancia, la dulzura y la paciencia, y para decirlo todo en

¹ Epíst. 2ª á los Corintios, capítulos 10 y 11.

una palabra, el lugar de las pasiones torpes fué ocupado por las virtudes mas resplandecientes. Con la misma avidez que en otro tiempo habian corrido los hombres tras de los placeres y comodidades de la vida, solicitaban despues el trabajo, el ayuno y los ejercicios de la paciencia: así como se habian entregado á la ligereza y á la disipacion, se entregaban despues al recogimiento y á la oracion: la vanidad fué sustituida por la modestia y el egoismo por la caridad. Pero veamos en los escritos de los apologistas algunos rasgos sobre la naturaleza de aquella sociedad admirable. "En otro tiempo, dice San Justino, éramos esclavos de los placeres, y ahora seguimos una vida pura y casta; éramos apegados á las riquezas, y hoy hacemos masa comun de nuestros bienes para participarlos á los demas: aborreciamos á nuestros enemigos y hoy los amamos y rogamos por ellos."¹ "Nosotros formamos, dice Tertuliano, una conjuracion para leer las Santas Escrituras y orar en comun. La faccion de los cristianos consiste en estar reunidos bajo la misma religion, la misma moral y la misma esperanza. Si peca alguno entre nosotros, se le priva de la comunión, de las oraciones y de nuestras asambleas hasta que hace penitencia. Esas asambleas son presididas por los ancianos, cuya sabiduría les ha hecho merecer tan grande honor. Cada cual contribuye mensualmente con la cantidad que quiere y puede; y ese tesoro sirve para alimentar y enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los náufragos, desterrados, sentenciados á las minas ó á las prisiones por causa de Dios. Dámonos mutuamente el nombre de hermanos, y estamos prontos á morir los unos por los otros."² Los mismos enemigos de la cruz, veíanse obligados á tributar homenajes á sus discípulos. Plinio en su famosa carta á Trajano, refiere que todo el error de los cristianos se reducía á estos dos puntos: á reunirse en determinado dia antes de la salida del sol á cantar alternativamente alaban-

¹ San Justino, Apolog.

² Tertuliano, Apolog.

zas á Cristo como si fuera Dios, comprometiéndose por medio de un juramento á no cometer ningun robo, ni adulterio, ni faltar á su promesa ni á la limosna, y á separarse despues de esto para volverse á reunir para comer una comida inocente. "Cosa inusitada es, dice el satírico Luciano, ver el empeño de esos hombres: cuando alguno de ellos cae en la desgracia, ningun sacrificio escusan; y figurándose esos miserables, que despues de esta, alcanzarán otra vida, desprecian la muerte, y se entregan voluntariamente á los tormentos."¹ Los paganos, acostumbrados á las pasiones egoistas, no podian menos que ver con estupefaccion el amor de los cristianos, de que eran testigos; y no podian comprenderlo, sin atribuirlo á tenebrosos juramentos. "Vedlos, decian, cómo se aman mutuamente, y cómo están prontos á derramar su sangre los unos por los otros."²

Ademas de lo dicho, la sociedad nueva les ofrecia otros motivos de sorpresa, cuando no de admiracion. Las mujeres, á quienes la sociedad pagana habia convertido en esclavas, porque ignoraban el secreto de dirigir el fuego de sus sentimientos hácia el bien, no podia concederlas sino una libertad peligrosa, que bien pronto degeneraba en una disolucion espantosa; mas las mujeres exaltadas de su abyeccion por la cruz, se convirtieron en ángeles de bondad, de paciencia y de caridad; y esos seres débiles, que la ley hasta entonces tenia sometidos á una tutela perpétua, se mostraron en adelante cual apóstoles generosos, por su celo en propagar el Evangelio, por su dedicacion á aliviar todas las miserias y por su valor para sufrir las mas crueles persecuciones. "La mujer cristiana, dice Tertuliano, va á visitar á nuestros hermanos en las moradas mas miserables: se levanta por las noches para orar y asistir á las solemnidades de la Iglesia: se sienta á la mesa del Señor, ó penetra en las prisiones para besar las cadenas de los mártires y derramar agua sobre los

¹ Lucian., *in peregr.*

² Tertul., Apolog.

piés de los santos. Si llega algun extranjero, alista su casa para darle hospitalidad. ¡Lejos de la cristiana los festines, las canciones profanas y los himnos de la voluptuosidad! La mujer cristiana, á diferencia de las que asisten á esas bacanales en las que las carnes y el vino se digieren artificialmente, se prepara con Jesucristo á la temperancia; y jamas se la mira en los espectáculos y en las fiestas de los gentiles. Siempre recogida en su casa, no sale de ella sino por graves motivos, para visitar á los hermanos enfermos, asistir al santo sacrificio y oír la palabra de Dios. No usa adornos en sus manos, destinadas para llevar cadenas, ni adorna con perlas y esmeraldas su cabeza, amenazada por la espada de la persecucion.”¹

Vuelta la mujer á su dignidad primitiva, era consecuencia que reflejara su felicidad á la sociedad conyugal; pero, ¡cuánta es la santidad que esa sociedad no habia adquirido bajo la influencia del cristianismo! No contento el cristianismo con haber salvado al matrimonio de los desórdenes paganos, le sublimó sobre las alianzas profanas, imprimiéndole un carácter sobrenatural con la infusion de la gracia sacramental. “La Iglesia, continúa el citado apologista con su natural elocuencia: la Iglesia es quien endereza el contrato de los esposos cristianos; la oblacion le confirma y la bendicion le sirve como de sello; y los ángeles le presentan ante el Padre celestial, que le ratifica. Dos fieles se han unido bajo el mismo yugo, y se han hecho una misma carne, animada por un mismo espíritu: ambos oran unidos, juntos ayunan y juntos se presentan en la mesa de Dios, y jamas se separan, ni en el tiempo de la persecucion, ni en el de la paz.”²

Ninguna cosa puede darnos una idea mas grande é insinuante de la sociedad conyugal cristiana, que ese breve pero esprecivo cuadro. Completémosle, sin embargo, y despues de haber demostrado lo que eran los esposos, santificados por

¹ Tertul., *ad uxor., et de cultu fem.*

² Tertul., *Ad uxor.*

la cruz, veamos aunque ligeramente, lo que eran los hijos, formados segun la imágen, la palabra y el ejemplo de sus padres. Entremos á la capital de las bellas artes y de la ciencia, en Atenas, capital tambien de la licencia y de la voluptuosidad. Entre la juventud que allí ocurre de todos los lugares del imperio para oír las lecciones de los famosos maestros; juventud disoluta y ávida de placeres, se distinguen dos jóvenes que viven retirados, y huyen con horror de lo que sus condiscípulos solicitan con tanto empeño. Son dos jóvenes cristianos, Basilio y Gregorio Nacienceno. Unidos por una amistad íntima, uno de ellos, al pintarnos sus embelesos, nos ha descubierto la pureza de sus sentimientos y la santidad de su vida, permitiéndonos ademas seguir sus pasos y admirar el móvil y naturaleza de sus acciones. “Nosotros dos, dice San Gregorio Nacienceno, teniamos el mismo fin y buscábamos el mismo tesoro, la virtud; nos afanábamos por hacer eterna nuestra union, preparándonos para una gloriosa inmortalidad: mutuamente nos serviamos de maestros y de custodios, exhortándonos á la piedad, y viviamos retirados de los compañeros que eran desarreglados en sus costumbres, sin tratar con otros, que con aquellos que por su modestia, su juicio y sabiduría, podian ampararnos en la práctica del bien; porque sabiamos que los malos ejemplos son como las enfermedades contagiosas, que se comunican con facilidad: no conocimos en Atenas sino dos caminos, el de la iglesia, y el de la cátedra, é ignoramos absolutamente los que conducian á las fiestas mundanas, á las reuniones y á los espectáculos.” Tales eran los modelos hermosos que ofrecia al mundo abismado, la juventud cristiana; porque nutrida desde la lactancia con la sana doctrina, adquiria en tiempo oportuno el hábito de cumplir con sus santas obligaciones, y fortificándose en el curso de la edad contra los ataques de los sentidos, cuando llegaba el tiempo de las pruebas peligrosas, se encontraba robustecida.

Pero como la cruz era el símbolo de todos los sacrificios,

inspiraba las virtudes mas sublimes, que las puramente filosóficas. Veíase, por esta causa, que un gran número de cristianos, hombres y mujeres, renunciaban voluntariamente los bienes del siglo, y los placeres, aun lícitos, para entregarse enteramente á la práctica de las buenas obras y de la perfeccion evangélica. Las ascetas, las viudas y las diaconisas regocijaron la Iglesia con los mas edificantes ejemplos de piedad y de caridad. Consagrarse á la contemplacion de las cosas divinas y á las prácticas de una penitencia austera, asistir á los pobres, aliviar á los enfermos y visitar á los prisioneros; he aquí la felicidad, y el objeto de la tierna solicitud de aquellas mujeres. Una peste violenta, que se declaró bajo el imperio de Valeriano y que se extendió por todas partes, sirvió eficazmente para poner de manifiesto el egoismo de la idolatría, y el heroismo generoso que habia engendrado el cristianismo. "Veíase, dice San Dionisio de Alejandría, á los cristianos abrazar los cuerpos de los moribundos, cerrarles los ojos y la boca, cargar sobre sus espaldas los cadáveres, lavarles los piés y las manos, prepararles ricas mortajas y dispensarles todos los honores de la sepultura, para despues recibir ellos mismos los mismos oficios de parte de sus hermanos, imitadores de su celo y de su caridad; porque el contagio no nos perdonaba, y un gran número de nosotros perecieron asistiendo á los apestados, no queriendo separarse de ellos, á los que estaban unidos por amor á Jesucristo. Muchos sacerdotes, diáconos y seculares virtuosos sacrificaron su vida. No fué esa la conducta de los paganos. Apenas alguno de ellos sentia los primeros síntomas del contagio, cuando emprendian la fuga sobrecogidos de terror, abandonando á los que mas amaban, y arrojando á las calles á los moribundos, dejándolos como basura sin sepultura, y creyendo así, aun que en vano, librarse de la mortandad."

Estas esclarecidas victorias de la cruz, lejos de relajar el ardor del combate contra la fuerza sensual, no hicieron sino escitar su desarrollo: dueña del campo por los supremos sa-

crificios que hizo, como resultados de la doctrina y de la santidad, se preparó á dirigir contra su enemiga otro nuevo y vigoroso ataque. Muchas almas nobles llenas de gracia y de ascendientes, aspiraron á una perfeccion angelical, y rompiendo los lazos mas caros de la carne, libráronse, tanto cuanto estuvo en su poder, del poder de las seducciones de una naturaleza corrompida. Un jóven egipcio llamado Antonio, hijo de unos padres nobles, ricos y virtuosos, habiendo oido un dia en la iglesia, las palabras de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y adquiriréis un tesoro en el cielo;" comprendiendo la sabiduría sublime que encerraban esas palabras, resolvió practicarlas: y volviendo á su casa, se despojó de todos sus bienes distribuyéndolos entre los pobres, retirándose luego al desierto, donde se ocupó solo del negocio de su salvacion, ejercitándose en obras de penitencia, domando sus pasiones, procurándose la subsistencia con el trabajo de sus manos, sin descuidar el alivio de los desgraciados. Ninguno mas que él fué el blanco de la fuerza sensual; y las terribles tentaciones con que le probó se han hecho célebres. Esto sin duda fué porque Satanás vió en la vida de Antonio un presagio funesto para su poder, por la abnegacion y sacrificio extraordinario que caracterizaban á los héroes del Evangelio. Antonio debia ser el padre de esos hombres escogidos, que arrancados voluntariamente del tronco de la familia humana, le descargaban de las ramas supérfluas, y le dejaban una savia mas abundante y nutritiva, para que se elevase sobre el comun de la vida, oponiéndose sin cesar á la corrupcion del mundo, con el objeto de neutralizarla con el ejemplo de una perfeccion sublime, que se interponia con sus expiaciones y continuadas lágrimas entre el cielo y la tierra, para suspender el brazo airado de Dios; y remediando al mismo tiempo, cuanto sus fuerzas alcanzaban, por medio de sus privaciones, trabajos y sacrificios los estragos del mal, de la miseria y de la enfermedad, y haciéndose finalmente los soldados de la cruz,

los mas intrépidos y ardorosos para estender y consolidar sus conquistas. En efecto, una multitud de discípulos, atraídos por la santidad de Antonio y por la fama de sus milagros, le salieron al encuentro y le pidieron vivir bajo su vigilancia: aprovecharonse bien pronto de sus sábias lecciones y se transformaron en hombres nuevos, casi celestiales. El mismo San Atanasio no pudo ver á esos hombres sin edificarse. "Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se pasa la vida cantando salmos, leyendo y orando, ayunando y velando; donde toda la esperanza se funda en el porvenir, y donde un lazo admirable de caridad estrecha á todos. Allí se trabaja no tanto para proveer al propio sustento como al de los pobres. Aquel sitio es como una vasta region, enteramente separada del mundo, donde sus felices moradores no tienen otro cuidado que el ejercitarse en la justicia y la piedad." Esa vida tan pura, esas virtudes tan esclarecidas, la abundancia de las limosnas que prodigaban los solitarios, pues que segun cuenta San Agustin, se cargaban embarcaciones enteras con lo que se destinaba á los necesitados, les conciliaron el amor, el respeto y la veneracion de los pueblos. Viéronse á las testas coronadas inclinarse ante la humildad de aquellos hombres; y escribiendo Constantino á San Antonio no dudó el llamarle *padre*.

La vida cenobítica estaba instituida, y recibia de la experiencia una gloriosa sancion. Bajo la direccion de los Hilariones, Pacionios, Macarios y otros ilustres padres del desierto se propagaba rápidamente; y alrededor de esos hombres acudian millares de aspirantes al reino de los cielos, quienes renunciando generosamente las pasajeras alegrías, se entregaban á las prácticas severas de la penitencia y de la mortificación.

La fuerza sensual quedó vencida; y el hombre, por la gracia que descendia del Calvario, habia adquirido la energía bastante para resistir á las inclinaciones corrompidas de su naturaleza: la tierra habia encontrado el secreto de crear santos,

que si posible fuera, el mismo cielo le envidiara; y con esto la cruz podia entonar el himno de su triunfo.

CAPITULO XXIV.

Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia.

Pero he aquí, que otra fuerza sin atacar directamente á la cruz, se opone como un muro á sus santas empresas. Tal era la fuerza de inercia, que llamársele puede con razon, la ciudadela del antiguo mundo. Ciudadela construida sobre una elevada roca, defendida con gruesas murallas y flanqueada con torres colosales, y que presentaba á los asaltantes una masa inerte, es verdad, pero que por su misma inercia inutilizaba los golpes y los esfuerzos, aun los mas poderosos. En la naturaleza material, la inercia es la negacion de la fuerza, ó mejor dicho, solo es una fuerza pasiva; y por esto, mientras es mayor, la fuerza activa tiene mayor dificultad de vencerla. A medida que las tinieblas son mas espesas, necesitan de una luz mas viva para disiparse, y á medida que el frío consolida las nieves, se necesita de mas calor para liquidarlas: del mismo modo un cuerpo que no es movible por su naturaleza necesita de mas poder para ponerse en movimiento. De esta suerte, tambien en el mundo moral existe esa fuerza de inercia, con el mismo carácter impasible y resistente que inutiliza todos los esfuerzos y desconcierta todas las tentativas. Los personajes del teatro griego decian frecuentemente á los interlocutores importunos: "*Vano es vuestro trabajo para persuadirnos, si no queremos que nos persuadais.*" Y los poetas caracterizaban el fenómeno de la fuerza de inercia, que nosotros hemos juzgado, con esta antigua sentencia: "*No hay peor sordo que el no quiere oir.*"

los mas intrépidos y ardorosos para estender y consolidar sus conquistas. En efecto, una multitud de discípulos, atraídos por la santidad de Antonio y por la fama de sus milagros, le salieron al encuentro y le pidieron vivir bajo su vigilancia: aprovecharonse bien pronto de sus sábias lecciones y se transformaron en hombres nuevos, casi celestiales. El mismo San Atanasio no pudo ver á esos hombres sin edificarse. "Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se pasa la vida cantando salmos, leyendo y orando, ayunando y velando; donde toda la esperanza se funda en el porvenir, y donde un lazo admirable de caridad estrecha á todos. Allí se trabaja no tanto para proveer al propio sustento como al de los pobres. Aquel sitio es como una vasta region, enteramente separada del mundo, donde sus felices moradores no tienen otro cuidado que el ejercitarse en la justicia y la piedad." Esa vida tan pura, esas virtudes tan esclarecidas, la abundancia de las limosnas que prodigaban los solitarios, pues que segun cuenta San Agustin, se cargaban embarcaciones enteras con lo que se destinaba á los necesitados, les conciliaron el amor, el respeto y la veneracion de los pueblos. Viéronse á las testas coronadas inclinarse ante la humildad de aquellos hombres; y escribiendo Constantino á San Antonio no dudó el llamarle *padre*.

La vida cenobítica estaba instituida, y recibia de la experiencia una gloriosa sancion. Bajo la direccion de los Hilariones, Pacionios, Macarios y otros ilustres padres del desierto se propagaba rápidamente; y alrededor de esos hombres acudian millares de aspirantes al reino de los cielos, quienes renunciando generosamente las pasajeras alegrías, se entregaban á las prácticas severas de la penitencia y de la mortificación.

La fuerza sensual quedó vencida; y el hombre, por la gracia que descendia del Calvario, habia adquirido la energía bastante para resistir á las inclinaciones corrompidas de su naturaleza: la tierra habia encontrado el secreto de crear santos,

que si posible fuera, el mismo cielo le envidiara; y con esto la cruz podia entonar el himno de su triunfo.

CAPITULO XXIV.

Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia.

Pero he aquí, que otra fuerza sin atacar directamente á la cruz, se opone como un muro á sus santas empresas. Tal era la fuerza de inercia, que llamársele puede con razon, la ciudadela del antiguo mundo. Ciudadela construida sobre una elevada roca, defendida con gruesas murallas y flanqueada con torres colosales, y que presentaba á los asaltantes una masa inerte, es verdad, pero que por su misma inercia inutilizaba los golpes y los esfuerzos, aun los mas poderosos. En la naturaleza material, la inercia es la negacion de la fuerza, ó mejor dicho, solo es una fuerza pasiva; y por esto, mientras es mayor, la fuerza activa tiene mayor dificultad de vencerla. A medida que las tinieblas son mas espesas, necesitan de una luz mas viva para disiparse, y á medida que el frío consolida las nieves, se necesita de mas calor para liquidarlas: del mismo modo un cuerpo que no es movible por su naturaleza necesita de mas poder para ponerse en movimiento. De esta suerte, tambien en el mundo moral existe esa fuerza de inercia, con el mismo carácter impasible y resistente que inutiliza todos los esfuerzos y desconcierta todas las tentativas. Los personajes del teatro griego decian frecuentemente á los interlocutores importunos: "*Vano es vuestro trabajo para persuadirnos, si no queremos que nos persuadais.*" Y los poetas caracterizaban el fenómeno de la fuerza de inercia, que nosotros hemos juzgado, con esta antigua sentencia: "*No hay peor sordo que el no quiere oir.*"

En una de las sencillas, pero al mismo tiempo profundas parábolas del Evangelio, la del sembrador, ha explicado Jesucristo esa disposición del género humano. "La semilla, dice el Salvador al esclarecer la parábola, es la palabra de Dios: la que cae á los lados del camino, representa á aquellos que escuchando la palabra, viene en seguida el diablo y la arranca de sus corazones por temor de que sean salvos. La que cae sobre el terreno pedregoso, representa á los que oyendo la palabra de Dios, la reciben con alegría; pero no echando raíces, crece por corto tiempo, y cuando viene la tentación sucumben. La que cae entre las espinas figura á los que oyen la palabra, pero que al punto la sofocan por los afanes, riquezas y placeres de la vida por lo que no llevan ningun fruto."¹

Como se advierte en esa explicación, la fuerza de inercia obra bajo esas tres diferentes manifestaciones, que son la pertinacia, la indiferencia y la cobardía. Del conflicto y de la incertidumbre acerca de las doctrinas que producen la fé, resulta la indiferencia; del orgullo y de la ignorancia, y de los hábitos del fanatismo nace la pertinacia, y del egoismo y de la debilidad procede la cobardía del corazón. Pero en ninguna época las causas de la inercia moral fueron tan poderosas como en tiempo de los apóstoles, cuando anunciaban al mundo la doctrina de Jesucristo. En la Judea el endurecimiento de los corazones habia llegado al extremo de haber merecido este reproche terrible de Jesucristo. "Este pueblo ha endurecido su corazón y ha cerrado sus oídos y tapado sus ojos, á fin de no ver con ellos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón, por miedo de que, convirtiéndose, no alcance la salud."² ¿Y si á tal grado de inercia habia llegado el pueblo escogido por Dios, cuál debería ser el estado de las demás naciones idólatras? Supersticiosas é ignorantes, embrutecidas por el vicio y la esclavitud, y privadas de la

¹ San Lucas, cap. 8.

² San Mateo, cap. 13.

enseñanza moral, las naciones paganas estaban muy apegadas á sus antiguas costumbres, que inmorales y absurdas, no habrían podido tocar impunemente los hombres ilustrados por el estudio; y más, cuando los filósofos, abusando del sofisma, habian emitido tan locas, tan contradictorias y tan absurdas máximas, que todo lo que parecia tener el carácter filosófico, estaba herido, no solo del descrédito, sino del ridículo; á tal extremo, que las nuevas doctrinas, lejos de cautivar á los espíritus graves, no servian sino de pasatiempo á los frívolos: finalmente, la generalidad de los hombres dedicados á los negocios de la vida pública ó privada y poco acostumbrados á volver su atención al estudio de los deberes mas sublimes, los hombres entregados á los placeres y habituados á seguir los caprichos de sus pasiones desordenadas, no estaban, por cierto, bien preparados para oír el lenguaje severo de la cruz y para someter su conducta á sus preceptos. Para formarse una idea de la resistencia de esa fuerza de inercia, no se necesita mas que considerar lo que pasa ante nuestros ojos. Despues de diez y ocho siglos de desgracias y de un castigo inaudito, los judíos aun no abren sus ojos y oídos á la verdad. Durante siete siglos, y á pesar de la dominación de la cruz, el paganismo se hizo sentir en Europa, y su espíritu está vivo aún, en las artes, en la filosofía, en la política y en las costumbres; y en el Oriente no se ha rendido sino en parte, á los constantes esfuerzos de nuestros intrépidos misioneros. ¿Cómo los apóstoles pudieron crearse un auditorio? ¿Cómo pudieron hacerse oír y obedecer? Los romanos, en el apogeo de su grandeza y dueños del mundo, jamas osaron imponer á los pueblos que conquistaron sus usos y su religion. A los galos les dejaron sus robles, á los sirios sus piedras, á los egipcios sus cocodrilos y sus cebollas. La razon de esto es porque sabian es mas fácil triunfar de los cuerpos que de las almas, y que fácilmente se subyuga á un enemigo ganando primero su voluntad. En efecto: ¿no se advierte cuánto es el apego tenaz que los pueblos tienen á sus costumbres aun las

mas indiferentes; que los siglos pasan sin borrarlas, y que cuando por medio de las leyes se trata de hacer innovaciones no se consigue casi siempre sino provocar en el seno de los Estados profundos sacudimientos?

Empero la cruz no iba simplemente, por medio de sus pacíficos soldados, á obrar la sustitucion de algunas vanas prácticas: tratábase, pues, de renovar en su fondo todo el mundo, de trastornar todas las religiones, así como la filosofía y la política: tratábase nada menos de prescribir á las naciones el que quemasen lo que hasta entonces habian adorado, para que adorasen lo que antes habian quemado. ¡Cuál seria el grandor del muro que levantaria la fuerza de inercia por todas las causas que hemos dicho; y cuál seria la resistencia que ofreceria en todos los corazones, en todos los entendimientos y voluntades para oponerse á los gigantescos desig- nios de la cruz! Sin embargo, ¿cuándo fueron vencidos con mas facilidad unos obstáculos tan grandes? ¿cuándo se ha visto una victoria mas prodigiosa? Apenas Pedro, el ignoran- te pescador, abre sus labios y anuncia la verdad al pueblo de Jerusalem, cuando millares de sus oidores se sienten com- pungidos y se convierten á la cruz. Todo se conmueve á la voz de los obreros evangélicos; y el número de los fieles cre- ce de dia á dia. Casi á un mismo tiempo Jerusalem, Antio- quía, Atenas y Roma se estremecen al nombre de Jesucristo: por todas partes se fundan iglesias, y se ve á una muche- dumbre de hombres precipitarse ardorosamente á las prác- ticas de la penitencia, de la misma manera que antes se ha- bían entregado á los placeres. Nada los detiene ni hace re- troceder para seguir la voz de Jesucristo que los llama; y saben desafiar por causa de la fé naciente, todo género de suplicios y de muerte. ¡El mundo se admira de verse cristia- no en tan breve tiempo!

Ved, pues, cómo la cruz, tomando su punto de apoyo en Dios, y semejante á la soñada palanca de Arquímedes, con- movió con un solo impulso la fuerza de inercia de nuestra na-

turalaleza, imprimiéndole á toda la humanidad un impulso que jamas habia sentido; impulso tan impetuoso, que despues de diez y ocho siglos, y á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho, no se puede detener el movimiento; ó me- jor dicho, no se puede ni atenuar.

CAPITULO XXV.

Luchas de la cruz contra el tiempo y el espacio.

Entretanto que la naturaleza animada, inteligente y sen- sible ponía en juego todas sus fuerzas contra los soldados de la cruz, estos encontraban en la naturaleza inanimada obs- táculos contra los cuales se habia estrellado hasta entonces todo el poder humano, y que sin el poder divino, siempre habrian sido insuperables. Habiales dicho Jesucristo á sus apóstoles: "Id á enseñar á todas las naciones, y predicad el Evangelio á toda criatura." Esto es; vuestra mision no se li- mita á una ciudad, á un pueblo, á una nacion; no se estiende á los hombres de hoy ó de mañana: esa mision no reconoce otros límites que los del mundo, ni otro fin que el de los si- glos: vais á subyugar todo el espacio terrestre, y vuestra voz llenará la inmensidad de los tiempos hasta que se pierda en el seno de lo indefinido la sucesion de nuestros dias.

"Sin remontarnos hasta Nemrod, Nino y Sesostris, dice el P. Lacordaire, mucho tiempo hacia que los reyes acariciaban este pensamiento; y que á ejemplo de Nabucodonosor, reu- nian á sus generales y favoritos en el gabinete secreto para declararles que tenian la intencion de dominar todo el uni- verso. Pero tambien hacia tiempo que esos sueños de gigan- tes desaparecian en presencia de la realidad."¹ ¡Gran dife- rencia hay entre el hombre y el Ser soberano, que en todas

¹ Conferencias, tomo 11, pág. 258.

mas indiferentes; que los siglos pasan sin borrarlas, y que cuando por medio de las leyes se trata de hacer innovaciones no se consigue casi siempre sino provocar en el seno de los Estados profundos sacudimientos?

Empero la cruz no iba simplemente, por medio de sus pacíficos soldados, á obrar la sustitucion de algunas vanas prácticas: tratábase, pues, de renovar en su fondo todo el mundo, de trastornar todas las religiones, así como la filosofía y la política: tratábase nada menos de prescribir á las naciones el que quemasen lo que hasta entonces habian adorado, para que adorasen lo que antes habian quemado. ¡Cuál seria el grandor del muro que levantaria la fuerza de inercia por todas las causas que hemos dicho; y cuál seria la resistencia que ofreceria en todos los corazones, en todos los entendimientos y voluntades para oponerse á los gigantescos desig- nios de la cruz! Sin embargo, ¿cuándo fueron vencidos con mas facilidad unos obstáculos tan grandes? ¿cuándo se ha visto una victoria mas prodigiosa? Apenas Pedro, el ignoran- te pescador, abre sus labios y anuncia la verdad al pueblo de Jerusalem, cuando millares de sus oidores se sienten com- pungidos y se convierten á la cruz. Todo se conmueve á la voz de los obreros evangélicos; y el número de los fieles cre- ce de dia á dia. Casi á un mismo tiempo Jerusalem, Antio- quía, Atenas y Roma se estremecen al nombre de Jesucristo: por todas partes se fundan iglesias, y se ve á una muche- dumbre de hombres precipitarse ardorosamente á las prác- ticas de la penitencia, de la misma manera que antes se ha- bían entregado á los placeres. Nada los detiene ni hace re- troceder para seguir la voz de Jesucristo que los llama; y saben desafiar por causa de la fé naciente, todo género de suplicios y de muerte. ¡El mundo se admira de verse cristia- no en tan breve tiempo!

Ved, pues, cómo la cruz, tomando su punto de apoyo en Dios, y semejante á la soñada palanca de Arquímedes, con- movió con un solo impulso la fuerza de inercia de nuestra na-

turalaleza, imprimiéndole á toda la humanidad un impulso que jamas habia sentido; impulso tan impetuoso, que despues de diez y ocho siglos, y á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho, no se puede detener el movimiento; ó me- jor dicho, no se puede ni atenuar.

CAPITULO XXV.

Luchas de la cruz contra el tiempo y el espacio.

Entretanto que la naturaleza animada, inteligente y sen- sible ponía en juego todas sus fuerzas contra los soldados de la cruz, estos encontraban en la naturaleza inanimada obs- táculos contra los cuales se habia estrellado hasta entonces todo el poder humano, y que sin el poder divino, siempre habrian sido insuperables. Habiales dicho Jesucristo á sus apóstoles: "Id á enseñar á todas las naciones, y predicad el Evangelio á toda criatura." Esto es; vuestra mision no se li- mita á una ciudad, á un pueblo, á una nacion; no se estiende á los hombres de hoy ó de mañana: esa mision no reconoce otros límites que los del mundo, ni otro fin que el de los si- glos: vais á subyugar todo el espacio terrestre, y vuestra voz llenará la inmensidad de los tiempos hasta que se pierda en el seno de lo indefinido la sucesion de nuestros dias.

"Sin remontarnos hasta Nemrod, Nino y Sesostris, dice el P. Lacordaire, mucho tiempo hacia que los reyes acariciaban este pensamiento; y que á ejemplo de Nabucodonosor, reu- nian á sus generales y favoritos en el gabinete secreto para declararles que tenian la intencion de dominar todo el uni- verso. Pero tambien hacia tiempo que esos sueños de gigan- tes desaparecian en presencia de la realidad."¹ ¡Gran dife- rencia hay entre el hombre y el Ser soberano, que en todas

¹ Conferencias, tomo 11, pág. 258.

partes hace sentir su presencia y su omnipotencia! El hombre, limitado por órganos débiles, no ve, oye ni toca sino lo que alcanza dentro de un círculo muy estrecho; si quiere llegar á mas grande distancia, si quiere manifestar su poder sobre puntos mas remotos, vése necesariamente obligado á soltar lo que tenia cogido, abandonándolo á otras influencias, para convertir su actividad contra las nuevas dificultades que no cesan de ofrecérsele al paso, agotando sus esfuerzos, hasta que, á semejanza del soldado de Marathon, exhala el último suspiro de la agonía, cuando cree arrojar el grito de la victoria. Levántese en buena hora el guerrero para marchar á la conquista; no tardará, por cierto, en ver cómo ante sus ojos se estienden inmensos llanos, cubiertos de arenas abrasadoras, bosques impenetrables y desiertos áridos; encontrárase con rios profundos, pantanos fangosos y pestilentes, vastos lagos y grandes mares; chocará contra la barrera impenetrable de las altas cadenas de montañas cubiertas de eternas nieves; ligaránse en su contra el rigor y el ardor de la temperatura, el sol y las tempestades, el hambre, la sed y las enfermedades; y para disputarle sus fronteras, cien pueblos diferentes se levantarán á su vez: y mientras sostenga cuerpo á cuerpo las luchas contra el espacio, el tiempo, ese infatigable enemigo, de quien el poeta dijo, que no hay un enemigo tan duro, que al fin no llegue á disolver; el tiempo trabajando sordamente, terminará su obra y complicará las dificultades y peligros: el tiempo, por un lado repara las brechas, reanima los ánimos, renueva los obstáculos y trae en su curso las horas fatales y los dias infaustos; por otro roe, mina y corrompe, poniendo al descubierto las partes débiles, enervando las fuertes, y de repente arroja sobre el enemigo el monstruo terrible que lleva en sus entrañas, la inexorable muerte, cuyo soplo no tarda en anonadar al ambicioso con todos sus vastos proyectos y sus soberbias pretensiones.

Algunas veces se le permite al hombre establecer una cierta proporción entre la grandeza de sus designios y la dificul-

tad de la ejecución con los medios de que pretende servirse para llegar á su fin: sus débiles órganos puede ayudarlos por medio de otros nuevos agentes, poderosos como el hierro y el fuego, activos como los brazos multiplicados de un ejército numeroso; puede como encarnarse en un pueblo entero y hacerle mover como un colosal gigante. En este caso se concibe que está en actitud de luchar con ventaja contra las primeras dificultades del espacio y de desafiar los primeros choques del tiempo; pero ¿pudiera esperarse un próspero resultado cuando se trata de la empresa mas colosal que jamas se ideara, y cuando no se piensan emplear sino medios tan débiles y desproporcionados que deben considerarse como enteramente nulos? Doce pobres pescadores judíos, desprovistos de riquezas, de ciencia y de recursos humanos, se van por el mundo con una cruz en la mano, y no contando sino con su humilde predicación, tienen la seguridad de establecer un culto, instituciones y leyes nuevas en lugar del culto, las instituciones y las leyes antiguas, en todos aquellos pueblos que encontrarán en su tránsito, estén esos pueblos al Norte ó al Mediodía, al Oriente como al Occidente, en cualquiera latitud en que se encuentren; esperan que ni el imperio de los climas, ni la diferencia de hábitos y costumbres, ni la diversidad de razas, de aptitudes y de gustos, ni la variedad de idiomas y de ideas, ni el grado de civilización ó de barbarie, ni las mas tenaces resistencias, ni nada será capaz de impedir que los hombres adopten la misma creencia, y sigan las mismas máximas, ni dejen de practicar las mismas virtudes. ¿Pero el espacio no los habrá consumido antes de que hubieran llegado al término de su carrera? ¿y el tiempo no los devoraría antes de que hubieran colocado las primeras piedras de su prodigioso edificio? ¿No es inmenso el solo proyecto de construirlo? ¿Qué será de esos hombres cuando dispersos por las diferentes partes del mundo, se encuentren lejos de aquel que les inspiraba la fuerza, la constancia y el valor; cuando se encuentren solos, ó de dos en dos en una gran ciu-

dad, cuyo idioma ignoran, donde serán ridiculizados por su dialecto bárbaro, donde serán despreciados por la bajeza de su origen, segun que es odiosa la nacion de donde salieron? ¿Cuántos años se pasarán para adquirir al menos el derecho de ser escuchados, para inculcar sus ideas y hacerse de algunos prosélitos? ¿Cómo pueden prometerse que el tiempo respete su obra y que no la disuelva cuando pase por las pruebas de la esperiencia, cuando se someta al crisol de las pasiones, y cuando esté sometida al soplo emponzoñado de la muerte? ¿Cómo mantener la unidad de las doctrinas á un mismo tiempo en todos los puntos y en todas las distancias, no obstante la rebeldía de los espíritus, la oposicion de los caracteres, la agitacion de las pasiones humanas y la separacion de los discípulos y los maestros? ¿Cómo pensar siquiera en empeñarse en predicar el Evangelio, sin que sea contagiado de las preocupaciones de las sectas y de los sistemas que dividen el mundo, cuando se le espone á la accion deletérea de las discusiones, á las groseras interpretaciones de la ignorancia, á los ataques del odio y al olvido ó á la indiferencia? Todos son obstáculos, todos son peligros, todas son dificultades. Sin embargo, la cruz no vacila, y avanza con seguridad, viendo desaparecer, como vanos fantasmas ante su luz, el tiempo y el espacio. En un instante la cruz fué llevada á todas las estremidades de la tierra: los apóstoles prolongaron su carrera mas lejos que Hércules y Baco. Solos cien años habian trascurrido despues de Pentecostés, y el filósofo Justino contaba entre los fieles aun á los mismos salvajes, y á los pueblos errantes que marchaban de aquí á acullá sobre sus carros: ¹ los galos, la España y la Germania estaban en comunion con el Egipto y todo el Oriente hasta el interior de la India. Así como no habia sino un sol en todo el universo, segun la espresion de San Ireneo, contemporáneo á este prodigio, así tambien la misma luz de la verdad iluminaba á toda la Iglesia desde una estremidad á la otra del mundo. ²

¹ Justino, Apolog. 2, y contra Tryphon.

² San Ireneo, 1, 2, 3.

¿Pero esa luz se conservará en todo su esplendor, sin temer que sobrevegan las tinieblas? ¿no se debilita, minora y estingue? No; tengamos fé en el poder divino que la sostiene. El sol de la verdad levantándose rápidamente y llegando á su zenit, disipa las tinieblas y hace que penetren sus rayos inalterables hasta los últimos confines del mundo. Hacia el siglo cuarto de la predicacion evangélica San Atanasio pudo escribir en estos términos al emperador Joviano: "La fé de Nicea que nosotros confesamos, ha sido la fé de todos los tiempos: todas las iglesias la siguen, las de España, las de la Gran Bretaña, las de la Galia, las de la Italia, las de Dalmacia, las de la Decia, las de Macedonia, las de toda la Grecia, de toda la Africa, las de la Cerdeña, de Creta, de Chipre, de Pamphilia, de Lycia, de Egipto, de la Libia, del Ponto, de Capadocia: la misma fé tienen todas las de Oriente con muy pocas escepciones."

He aquí cómo la cruz quedó dueña del campo de batalla; su victoria fué completa. Derribó la fuerza cuádruple de la materia, de la inteligencia, de los sentidos y de la inercia; y tiene sujetos á sus piés el tiempo y el espacio; esos dos grandes enemigos que desconcertaron á Ciro, á Alejandro, á César, y en nuestros dias al mas hábil y poderoso de los capitanes. La cruz para establecer su imperio, está fuera del tiempo y se burla del espacio; y para sostenerle desafía los esfuerzos de esos dos terribles hijos de la nada, y las ruinas de los pueblos que ellos acumulan sin cesar, no sirven sino para enaltecer mas y mas su trono inmortal.

CAPITULO XXVI.

El triunfo de la Cruz.

Para hacer resaltar el glorioso triunfo de la cruz, nos serviremos de la admirable hipótesis ideada por un padre de la Iglesia, y revestida con una forma pasmosa por el obispo de Hermópolis. "Supongamos, dice este último, que en el momento en que Jesucristo va á principiar su mision, se encuentra con un filósofo y entabla con él la conversacion siguiente:

Filósofo. ¿Cuál es tu designio, pregunta á Jesucristo, al recorrer las ciudades y aldeas de Galilea, enseñando al pueblo una doctrina nueva?

Jesucristo responde: Mi designio es el de reformar las costumbres de la tierra, y el de cambiar la religion de todos los pueblos, destruyendo el culto de los dioses que adoran, para que en lo de adelante adoren á un solo Dios verdadero; y por árdua que parezca mi empresa, yo afirmo que la llevaré al cabo.

Filósofo. ¿Sois, por ventura, mas sabio que Sócrates, mas elocuente que Platon y mas hábil que todos los genios sublimes que han ilustrado á Roma y á Grecia?

Jesucristo. No pretendo enseñar la sabiduría humana: por el contrario, voy á convencer de locura la sabiduría de esos sabios tan jactanciosos; y la reforma que alguno de ellos no se ha atrevido á emprender en una sola ciudad, yo la voy á obrar en el mundo por mí mismo y por medio de mis discípulos.

Filósofo. ¿Vuestros discípulos siquiera, por sus talentos, riquezas, reputacion y dignidades, gozarán de tal esplendor,

que ofusquen el Pórtico y el Liceo, y de tal poder que arrastren en pos de ellos á la multitud?

Jesucristo. No; mis enviados serán hombres ignorantes y pobres, tomados de la clase del pueblo, y sacados de la nacion judía, que como es sabido, es despreciada de todas las otras; y sin embargo, por medio de esos hombres, triunfaré de los filósofos y poderosos de la tierra, no menos que de las muchedumbres.

Filósofo. ¿Será necesario, al menos, que conteis con legiones mas invencibles que las de Alejandro, ó de César, que lleven ante vuestros discípulos el terror y el espanto, para disponer á las naciones enteras á rendirse á sus piés?

Jesucristo. No, nada de eso entra en mi pensamiento: mis enviados serán mansos como unos corderos, que se dejan degollar de sus enemigos; porque yo haré crimen de que saquen la espada para fundar el reino de mi ley.

Filósofo. Os prometeis, acaso, que los emperadores, el senado, los magistrados y los gobernadores de las provincias favorezcan con todo su poder vuestra empresa?

Jesucristo. Lejos de eso, todas las potestades de la tierra se armarán en mi contra: mis discípulos serán arrastrados ante los tribunales; serán odiados, perseguidos y condenados á muerte: durante tres siglos enteros se anegarán mi religion y mis discípulos en rios de sangre.

Filósofo. ¿Cuál, pues, será el atractivo que tenga vuestra doctrina para atraerse á toda la tierra?

Jesucristo. Mi doctrina encierra misterios incomprensibles. Mi moral es mas pura que cualquiera que se haya enseñado hasta el día de hoy: mis discípulos publicarán de mí que nací en un pesebre, que llevé una vida de pobreza y de sufrimientos, y aun podrán agregar que espiré en una cruz, porque así he de morir. Todo esto será público en sumo grado; todo será creído entre los hombres; y yo soy ese mismo á quien la tierra entera ha de adorar un día.

Es decir, dice el filósofo con cierto aire de compasion, que

vos tratais de ilustrar á los sabios por medio de los ignorantes, de vencer á los poderosos por medio de los débiles, de atraer á la multitud combatiendo sus vicios; de hacerlos de prosélitos ofreciéndoles sufrimientos, desprecios, oprobio y muerte; es decir, que pretendéis destronar los dioses del Olimpo para hacerlos adorar en su lugar, ¡vos, que según decís, habéis de morir en una cruz cual un malhechor y vil esclavo! Quitaos de aquí: vuestro proyecto no es sino una locura; pronto se desbaratará con la rechifla del público que os hará la debida justicia; y antes de creer en la realización de vuestros pensamientos, creeria el que con solo la fuerza de vuestra palabra, podréis hacer estremecer la tierra y derribar del firmamento el sol y las estrellas." ¹

Pues bien; eso que era humanamente imposible, fué lo que sucedió precisamente: la sabiduría humana fué confundida, todas las ideas comunes fueron trastornadas, y la cruz subyugó á todo el universo. De las sombras horribles de los calabozos y de las llamas de las hogueras se levantó radiante sobre los altares: los pueblos que la perseguían se posternaron ante ella y la adoraron: los ejércitos rompieron sus águilas, pusieron la cruz sobre sus estandartes para caminar á la victoria: los sabios y los filósofos abjuraron sus falsos sistemas, y consagraron la elocuencia y habilidad de sus plumas á engrandecerla: los emperadores la llevaron en triunfo al Capitolio, y rindiéndola homenajes en los palacios y en las ciudades, buscaron en otras costas un lugar para establecer una nueva capital, dejándole la antigua metrópoli del error, para que allí mismo se estableciese la Silla del imperio espiritual, donde la cruz, cual reina coronada de la inmutable verdad, debería reinar perpetuamente.

Ese triunfo milagroso de la cruz, que invocaban en su tiempo San Pablo, San Ireneo, San Clemente de Alejandría, San Justino; ese triunfo que servía de armas á Tertuliano, Orí-

¹ Conferencias, tomo II, pág. 211.

genes, San Agustín y otros apologistas de su época; ese triunfo que los apologistas posteriores han presentado sucesivamente como un fortísimo argumento, como un hecho irrecusable; argumento, que los siglos corroboran mas y mas, ha sido la desesperación de los enemigos del cristianismo. No hay recurso que no hayan imaginado para debilitar el efecto que causa ese solemne triunfo sobre las conciencias, sin considerar, que sus esfuerzos unánimes y perseverantes, harán suponer, aun á los menos avisados, que infructuosamente se dan tan rudos golpes, supuesto que un fantasma puro no podría ser el punto de vista de tantos ataques. Combatir á la cruz hasta en su mismo triunfo, no era sino procurarle nuevas victorias, escitando á los espíritus á meditar sobre la virtud y sublimidad de su omnipotencia celestial.

Los doctores judíos y los filósofos paganos no podían negar, ni tampoco idearon el poner en duda la asombrosa propagación del Evangelio, que se obraba ante sus ojos. Negar la causa sobrenatural, de que también eran testigos, no hubiera sido fácil, y lo único que podían hacer era desnaturalizarla, y en verdad que en esto no se quedaron cortos. Lejos de reconocer el dedo de Dios en los estupendos milagros que se obraban en su presencia, y que los nuevos cristianos presentaban como motivos de sus conversiones, los atribuían mejor á la influencia de agentes ocultos, ó á la habilidad esperta y ejercitada. Exagerar el efecto de los secretos de la magia, ponderar los fenómenos que causaban los prestigiosos, tal fué la táctica que pusieron en obra, para atenuar el prodigio de los trabajos apostólicos.

Estos medios, con los que contaban hacer vacilar á las almas débiles, no ofrecen el día de hoy nada serio, y ni aun merecen el honor de la refutación. Del mismo modo los modernos enemigos de la cruz, han creído poderse valer de otros argumentos, no menos pueriles. En el siglo diez y ocho Gibbon, Voltaire y su escuela, creyeron que en esa época era mas conveniente poner en duda la importancia del he-

cho, que entrar en su discusion de buena fé. Vióseles, pues, con desprecio de una tradicion constante y de los testos mas explícitos y auténticos, reducir á mezquinas proporciones los progresos primitivos de la religion cristiana: tuvieron la osadía de escribir y sostener, que habia sufrido pocos combates, pocas persecuciones, y que pocos obstáculos tuvo que remover. Otros filósofos, sin tomarse el trabajo de servirse del artificio, se conformaron con arrojar, con brutal cinismo, sobre aquellos primitivos cristianos tan virtuosos, resignados, mansos y tan santamente heroicos, ¡primera esperanza de la regeneracion humana! las palabras de supersticion, credulidad y fanatismo, con cuyas frases, creen esplicarlo todo. Mas á pesar de todos los sofismas y de todos los desdenes filosóficos, la historia permanece en pié, como encarnada en todas las tradiciones, monumentos y literaturas: la historia permite el paso á esa turba de espíritus preocupados, y un dia ú otro obliga á sus profanadores á recurrir á su verdad. Esto es lo que ha sucedido. Los estudios concienzudos han disipado las nubes amontonadas por la mala fé; la verdad ha resplandecido, y la evidencia de los hechos ha bastado para justificar las calumnias y las injurias que inventaron los falsarios embaucadores.

No creais por esto, que la filosofía confiese francamente su derrota: no, no; esto fuera exigir mucho de su naturaleza sofisticada y orgullosa; pero acordándose de su antigua flexibilidad, no pudiendo negar mas el triunfo de Jesucristo, ha tratado de apropiárselo; y para combatir á la cruz con mejor éxito se ha revestido con las insignias del cristianismo con el fin de despojarla de su gloriosa aureola cubriéndola con los oropeles del racionalismo. No juzgando mas útil á sus fines el parecer cristiana, ha convertido á Jesucristo en filósofo, y con orgullo se apropia para sí los honores del Verbo Humanado. A sus ojos el Hijo de Dios no es sino el sucesor y el heredero de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Platon ó de Zenon: "Vino en tiempo oportuno, dicen, y su-

po con destreza recoger todos los fragmentos de la verdad, esparcidos en el mundo: su luminoso electicismo subyugó las inteligencias; su ley de amor sedujo á los corazones; sus máximas de libertad, igualdad y fraternidad arrastraron á la multitud, condenada desde mucho tiempo á sufrir la miseria y la esclavitud. La idolatría estaba decaída, los espíritus tenían necesidad de fé, las almas rectas estaban sublevadas contra la corrupcion de las costumbres paganas: todo estaba dispuesto para recibir la buena semilla, y no se necesitaba mas que un genio sublime para derramarla." "Yo no encuentro, dice M. Philarète Chasles, que resume esta nueva esplicacion; yo no encuentro el enigma del nacimiento y propagacion del cristianismo, resuelto, ni entre los historiadores teólogos, ni entre los filósofos. Los unos todo lo esplican por la accion de la Providencia; los otros por el acaso, ó el destino: he aquí en una palabra la solucion: *Es el triunfo de la fuerza moral sobre la fuerza fisica.*"¹ ¡Muy bien! pero ¿de dónde le viene á la verdad cristiana la fuerza moral; dónde la habia tomado? ¡Vosotros haceis de Jesucristo un simple filósofo, y hablais en seguida de la fuerza moral de su doctrina! ¿Pues qué la palabra de algun filósofo tiene alguna autoridad? ¿No es libre cualquiera para elegir entre Epicuro y Platon, ú otro cualquiera? ¿No conoce todo el mundo que no está obligado á obedecer á ningun filósofo? ¿Quién me asegura, si Jesucristo no es mas que un filósofo, que sus dogmas no son sino sueños de un cerebro enfermo, y que sus doctrinas no son sino teorías impracticables? ¿Dónde tomará la sancion de lo que asegura? ¿Cómo no dudar el comprometer placeres, honores, fortuna y vida para echarse la cruz sobre las espaldas y seguir sus caminos? ¿Quién podrá confiar en la fuerza moral de la verdad filosófica, cuando se sabe que los espíritus son tan fácilmente pervertidos por el sofisma; cuando se sabe que halagando sus inclinaciones se les arrastra sin trabajo; y cuando por el contrario, se les inspira aversion

¹ *Estudios sobre la Edad Media*, pág. 77.

profunda á todo lo que tiende á sujetarlos á rigurosos deberes? No basta, por otra parte, proponer la verdad á los hombres para que la reciban y le presten fé; porque segun ha dicho Tucídides, la inquisicion de la verdad les inquieta tan poco ordinariamente, que prefieren convertirse á las ideas que tienen á su alcance:¹ y no es esto lo mas, sino que despues de haberlos iniciado en ciertos conocimientos, se hace preciso, para que no se hagan inútiles ó perjudiciales, el conservarlos intactos en sus memorias. Falta, pues, explicar por qué medio Jesucristo, que no escribió por su propia mano, supo preservar su doctrina de la corrupcion, y presentarla á los pueblos de toda la superficie del globo, no obstante las oleadas de los siglos, pura de toda mezcla, por el órgano de sus discípulos, los cuales poco tiempo despues de su muerte, no pudieron oír sus lecciones.

He aquí, pues, que la objecion, por el solo modo de presentarla, se les devuelve *á priori* á los racionalistas. Si Jesucristo no ha sido mas que un filósofo, no ha podido disponer de ninguna fuerza moral, y mucho menos pudo producir por solo esa fuerza los prodigiosos resultados, que no podeis menos que reconocer. Pero para salir del paso, y para desvirtuar proporcionalmente las maravillosas obras de Jesucristo, cuando se le hace descender al nivel del filósofo, se pretenden exagerar las ventajas de los tiempos y de las circunstancias en que apareció, todo con el fin, segun se ha dicho, de rebajar los obstáculos que se presentaban ante el Redentor. Pero todo esto no es sino un péfido artificio, por medio del cual han tenido la audacia los filósofos, para llegar con mas facilidad á su fin, de ocultar á los ojos de los ignorantes é irreflexivos la cara de la historia, que protesta á todas horas contra esas falsas aserciones. *Vosotros decís que Jesucristo vino á su debido tiempo.* ¿Qué queréis decir con esto? ¿Jesucristo tenia necesidad del mundo, ó el mundo de Jesucristo? Explicadnos esto. Jesucristo vino á su tiempo; sí, estamos

¹ Guerra del Peloponeso, tom. 1, § 20.

conformes; ¿por qué no decís, que la hora en que Jesucristo vino estaba esperada por todas las naciones, especialmente por un pueblo extraordinario y milagrosamente advertido de su venida? ¿Por qué no decís, que Jesucristo y sus apóstoles juzgaron asimismo de la oportunidad de la hora, y que contra todas las probabilidades profetizaron los sucesos universales de su predicacion antes de haberla comenzado?— *Jesucristo supo recoger todos los fragmentos de la verdad, esparcidos por el mundo;* pero ¿de dónde le habia venido esa admirable facultad eléctica, que le permitia, sin equivocarse nunca, el poner siempre el dedo sobre la verdad? Jesucristo no habia viajado como Pytágoras y Platon; no habia consultado con los sabios de la India, del Egipto y de la Grecia; y los judíos se preguntaban asombrados, cómo podia mostrar tanta sabiduría aquel hombre que no habia estudiado. ¿Por qué ocultar que algunos ilustres filósofos, algun tiempo despues de Jesucristo, trataron de hacer ensayos de un vano eclecticismo, y no alcanzaron otra cosa que caer en las locuras de la magia y de la teurgía, y en el caos del amalgamamiento de todas las sectas! Mas aun cuando pudierais probar que Jesucristo fué un filósofo eléctico, ¿qué habriais ganado? ¿Esta especie de filósofos merece mas fé que los demas? ¿Quien recoge de aquí y de acullá espigas, se hace mas rico recolectando trigo fino, que el que le cosecha en sus propias tierras?

¡Ese eclecticismo ha subyugado á todas las inteligencias! Preguntad á la historia y ella os responderá, que los primeros cristianos al someterse á Jesucristo, no creyeron someterse á un filósofo, sino á Dios; que aceptaron su doctrina, porque la reconocieron investida de un carácter sagrado y obligatorio para la conciencia: la historia os dirá, que Jesucristo no escogió por apóstoles á hombres de ciencia, sino ignorantes que se jactaban de no saber otra cosa que la locura de la cruz, y que los que creían en su palabra, se convertían por la evidencia de los milagros, y no por la elocuencia de los

discursos.—*Su luminoso electicismo*, decís, *ha subyugado las inteligencias*; y nosotros vemos, que los judíos, los paganos y los filósofos de los primeros siglos no han cesado de combatirlo; que los filósofos del siglo diez y ocho encontraron absurda esa doctrina; que los de hoy no quieren admitirla sino en lo que halaga sus ideas, y que un gran número de hombres, aun no quieren abrir los ojos á la luz del Evangelio. Mucho habláis de la ley de amor, y olvidáis la ley de abnegacion, de penitencia, de sacrificios, de placeres y de guerra contra las inclinaciones seductoras. Eleváis á lo muy alto el grito de la ley de libertad, y nada decís de la ley de obediencia y de resignacion; omitís el decir que los apóstoles aconsejaban á los esclavos el obedecer, mejor que el afanarse por conseguir la libertad, y que tanto para los esclavos, como para los hombres libres, hacerse cristianos era lo mismo que cambiar una suerte feliz ó desgraciada por un destino lleno de alternativas terribles, espuesto sin cesar á los ultrajes, á las prisiones, á las torturas y á la muerte.

Pero se añade: *la idolatría caducaba; los espíritus estaban sedientos de fé; las almas rectas estaban rebeladas contra la corrupcion de las costumbres paganas.*—¿Cómo se explica entonces el que los apóstoles hubieran sido recibidos con el desprecio y la persecucion; y que durante tres siglos la masa del pueblo hubiera perseguido á los cristianos con el grito de muerte? ¿Cómo se explica el hecho de que los emperadores y el senado se hubieran opuesto tan largo tiempo con una cruel perseverancia á los progresos del Evangelio? ¿Cómo se explica, finalmente, el que los filósofos, esos amigos decididos de la verdad pura, hubiesen tomado á su cargo la defensa de los intereses de la idolatría?—*La idolatría vacilaba!* Pues ¿cómo las doctrinas de los judíos y las doctrinas de la filosofía que proclamaban la unidad de Dios, y que por esto la contradecían desde tan largo tiempo, no la habian echado abajo; y cómo, despues de siete siglos de haber venido Jesucristo, aun ostentaba á la luz del sol su mitología seducto-

ra; y cómo sus doctrinas y su espíritu no acaban de desaparecer?—*¡Todo estaba preparado para recibir la nueva semilla!*—Pero ¿qué es lo que la historia nos demuestra? Que en ningun siglo la corrupcion habia llegado á ser ni mas general ni mas profunda. ¿Qué! ¿á medida que los pueblos son mas corrompidos están mejor dispuestos á escuchar las sanas doctrinas, y á pasar de los hábitos inveterados del vicio á las prácticas austeras de la virtud? Haced la prueba sobre los individuos, y despues de haber visto los resultados que obtengais sobre la mayoría, podréis juzgar del éxito de vuestra hermosa teoría, aplicada á la especie humana. Por lo demas los hechos os desmienten; y el mundo lejos de aceptar con gusto la santa doctrina de Jesucristo, se armó y se arma todavía para combatirla y rechazarla.

Jesucristo, pues, fué anunciado como Dios; habló como Dios; obró como Dios; profetizó sus resultados como Dios, y venció y triunfó como Dios.

Sigamos ahora su carro triunfal, al que innumerables pueblos acompañan con sus adoraciones, bendiciones y súplicas. ¿Quiénes son esos vencidos famosos, que vemos allí encadenados? ¿Quién es esa mujer sentada en el polvo, cubierta la cabeza con un manto de luto y los ojos bañados en lágrimas? Es la Judea cautiva; y ese coloso corrompido, cuya presa se disputan esas bandadas de aves carnívoras, es el cadáver del imperio romano. Esas grandes ruinas revelan al mundo atónito, cuál es el poder terrible del triunfador.

“¡Jerusalem, Jerusalem! esclamaba el Hijo del Hombre en su congoja profética: tú que has matado á los profetas, y has apedreado á los que se te enviaron, vas á quedar desierta y abandonada; será destruido tu templo y no quedará piedra sobre piedra! Serán pasados tus hijos á cuchillo, ó se les llevará cautivos por todo el mundo, y serás pisoteada por los gentiles, hasta que llegue el tiempo de ellos.”¹ Al subir Jesucristo al Calvario, arrojó su última mirada sobre la ciu-

¹ San Mateo, cap. 23 y 24. San Lucas, cap. 21.

dad maldita y lloró sobre ella; y aunque desde lo alto de la cruz perdonó generosamente á la Judea, la nacion deicida, pide á gritos que la sangre del justo que derrama, caiga sobre ella y sobre sus hijos.

Desde aquella época no cesaron de verse en el templo cosas estupendas. “¡Oh templo! esclamaba un célebre rabi-no, ¡oh templo! ¿quién es el que te conturba? ¿Por qué tienes terror de tí mismo?” “¡Salgamos de aquí; salgamos!” respondieron formidables voces.—“Ay de la ciudad! ¡ay del templo!” gritaba dia y noche, recorriendo toda la ciudad, y á pesar de los castigos que se le imponian para que callara, Jesus, hijo de Anano: ¡Ay de la ciudad y del templo! ¡Voz del Oriente y del Occidente; voz de los cuatro vientos! ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalem! ¡Ay de mí! agregó al fin Jesus, al mismo tiempo que un golpe de una máquina de guerra acabó con su existencia.

Poco tiempo despues, prosiguiendo Tito los trabajos del sitio, comenzados por Vespasiano, tomó por asalto la ciudad que era objeto de las venganzas de los cielos, diezmada ya por las guerras intestinas y por una hambre que obligaba á las madres á comerse á sus propios hijos. Contra las órdenes de Tito, y sin embargo de todas las precauciones que se tomaron, el gran templo fué incendiado por la tea de un soldado; y la ciudad entera pereció víctima del fuego, del hierro y del saqueo. En ese sitio perecieron un millon trescientos mil judíos; y los restos del pueblo culpable fueron dispersados, segun el oráculo de Jesucristo, por todo el universo.

Cuando Tito, en homenaje de su victoria fué á deponer á los piés de Júpiter capitolino el trofeo de las armas israelitas, más ufano de llevar consigo los despojos del templo, la tabla de oro, el candelero de los siete brazos y el libro de la ley, que la gloriosa espada de los Macabeos,¹ Satanás debió arrojar un grito de alegría, creyendo haber llegado al último término de sus orgullosas esperanzas. Pensaria que habia su-

1 Josefo, *Guerra de la Judea*, cap. 5.

jetado á Jehovah, y que habiéndolo precipitado de su trono lo habia vencido y encadenado: pensaria que en lo de adelante, nadie osaria disputarle el imperio sobre la tierra, donde reinaria solo. ¡Cuánto se engañaba el espíritu de las tinieblas! No era Jehovah, ciertamente á quien Satanás podia contar entre sus despojos, quien solo tenia en su poder unos vanos simulacros, de los cuales se habia retirado el espíritu del Señor; simulacros, que habian atraído el castigo del cielo cuando el pueblo renegando de su título de elegido de Dios se convirtió en instrumento del infierno. Habia pasado un dia, por disposicion justa de la Providencia, en que el pérfido Aman fué condenado á ser el heraldo del triunfo de Mardocheo, á quien pretendia humillar; y del mismo modo debia suceder que á su vez sufriese Satanás la misma humillacion sufriendo el dolor de haber prestado sus magníficas pompas al triunfo de Jesucristo.

Empero ya la voz vengadora del apóstol San Juan, acababa de enturbiar la alegría y confianza de Satanás. “Yo veo, dice, yo veo descender un ángel del cielo que tiene la llave del abismo encadenada á su brazo; y que sujetando al Dragon, á la antigua serpiente, le encadena por mil años.”¹ Al mismo tiempo oyó que otro ángel esclamaba con toda fuerza: “¡Ha caido, ha caido la soberbia Babilonia!” y que las voces de la muchedumbre respondian: “¡El poder y la gloria son de Dios, que condenó á la prostituta que corrompió la tierra! ¡Ha vengado la sangre que habian derramado sus ministros!” Y el ángel del sol convocaba á las aves de los cielos: “Venid, les decia, y reunios á la gran cena de Dios, para comer la carne de los reyes, la carne de los guerreros y poderosos, la carne de los caballos y caballeros, la carne de toda clase de gentes, libres ó esclavos, grandes ó pequeños.”²

Tan solemne llamamiento fué oído; y del Oriente, Septentrion y Mediodía, de todas las regiones, y del fondo de las

1 Apocalipsis, cap. 20.

2 Idem, capítulos 18 y 19.

tierras mas ignoradas, salieron los instrumentos de la ira de Dios y amenazaron á Roma para no hacer tardar la venganza que pedia la sangre de los mártires de Jesus. En el momento designado en la Presciencia del Señor, cuando los crímenes de la reina del mundo llegaron hasta el cielo, viéronse caer sobre ella, con el furor y la impetuosidad de aves carnívoras, las nubes formidables de los bárbaros. Godos, alesios, vándalos, suavos, gépidos, sarracenos, alemanes, francos, lombardos, sajones, y quién sabe cuántos mas, cediendo, como ellos mismos lo confesaban, á un impulso irresistible, concurrieron á la gran cena de Dios.—“¿A quiénes declarais la guerra?—A los que son objeto de la ira de Dios,” responde Genserico. “No puedo contenerme: parece que alguno me compele á devastar á Roma,” dice Alarico. Atolpho siente la pasion de borrar el nombre romano de la tierra; y Atila esclama: “¡La estrella cae, la tierra tiembla! Yo soy la espada de Dios y el martillo del universo.” Desde el uno al otro océano y desde las playas del mar Glacial hasta las del Mediterráneo, pasa y vuelve á pasar el torrente vengador arrasándolo todo y no dejando en pos de sí mas que ruinas y desiertos. Si se huye al Oriente allí se le encuentra, si se vuelve al Occidente allí aparece.

El eco de aquellos desgraciados siglos nos repite los gritos desgarradores y los lúgubres lamentos. “¿Por qué referiré la historia de este infortunado tiempo, dice Salviano, cuando todo el mundo la sabe? Sábela la España, de la que no queda sino el nombre; sábela el Africa vencedora, y la saben las Galias arruinadas! ¡El dolor me oprime ¡ay! ha sucumbido nuestra república; ved el último estertor de su agonía!” San Gerónimo observa por todas partes ciudades devastadas, hombres degollados y el sol cubierto de escabrosidades: cree el santo asistir á los funerales del mundo. San Agustin llora asimismo por la carnicería, el incendio, la rapiña y el esterminio de aquel tiempo.

Al incendio de las ciudades, á la matanza de los hombres

y á la devastacion de los campos se agregaban los tormentos del hambre y la desolacion de las epidemias. Diariamente perecian millares de víctimas.

Roma no se exceptua de ninguno de esos desastres. Presa del pillaje la primera vez en el asalto dado por Alarico, sus desgracias no desarmaron al feroz Genserico, que la destruye durante catorce dias.

En aquella época de destruccion y de tormento, los bárbaros no sintieron algun sentimiento de respeto en su corazon sino hácia los pontífices y ministros de los templos de Cristo, que vinieron á ser los solos asilos y lugares de proteccion de los pueblos vencidos. El furor de los soldados de Alarico no se aplaca sino al pisar los umbrales de las iglesias de San Pedro y San Pablo de Roma. El ascendiente del papa San Leon contuvo á Atila ante las puertas de la ciudad; y San Lupo, San Aignan y San Ferrol le alejaron de Troyes, de Orleans y de Arles: Santa Genoveva, por sus súplicas libró á Paris de los destrozos. Los obispos y los sacerdotes aparecian en medio de aquellas universales desgracias, como la misericordia divina. Todos rivalizaban en impartir consuelos, aliviar y fortificar á las turbas desoladas. San Gerónimo recibió en Bellem á los fugitivos de Roma; y el obispo de Cartago rescató á los cautivos con el precio de los vasos sagrados, convirtiendo las iglesias en hospitales, donde curaba á los enfermos con sus propias manos. Al practicar las mismas obras de caridad San Exupero, obispo de Tolosa, se redujo á la última miseria; y San Paulino, obispo de Nola, habiendo enajenado todos sus bienes, sacrificó su propia libertad para rescatar del poder de los bárbaros al hijo de una pobre viuda. “Nuestros obispos, dice Sidonio, llevan hasta los últimos confines de las Galias las pesquisas de su caridad: acopian trigo en sus graneros, y cuando el fuego de la devastacion gótica ha talado todas las sementeras del pais, alimentan á la poblacion hambrienta: los necesitados no cuentan con mas auxilios que los que les proporcionan esos hombres.

Pero cuando se disipan las polvaredas que levantan los ejércitos, y el derrumbamiento de tantos monumentos; cuando igualmente desaparecen los torbellinos de humo que despiden las ciudades incendiadas; cuando cesan los gemidos de tantas víctimas, y cuando en suma, cesa el estrépito que causa la caída del coloso romano, entonces aparece una CRUZ y al pie de esa CRUZ, un mundo nuevo.¹

CAPITULO XXVII.

El reino de la Cruz.

Si Jesucristo, para ostentar su Omnipotencia, y no para autorizar su doctrina, hubiera obrado milagros, su venida no hubiera traído al mundo ningun fruto: y si se hubiera limitado á predicar la doctrina sin sancionarla por medio de los milagros, de la misma manera, su mision hubiera sido estéril: porque esa doctrina en la hipótesis de que no fuera mas que doctrina filosófica, se hubiera encontrado en el mismo grado que todas las de los filósofos, es decir, sujeta á la contradiccion y desprovista de un carácter legislativo, para hacerse la ley moral que debia obedecer todo el mundo. Para que Jesucristo nos prescribiera la obediencia, necesitaba, al imponernos sus preceptos, mostrarnos los títulos que le daban dominio sobre nuestras conciencias: necesitaba probarnos que su ley descendia del cielo, y que esa ley era la de Dios. Por esta razon desviándose de la manera que tenian los filósofos de enseñar, mandaba con autoridad y decia á los hombres: "Si no hiciera ante vosotros las obras de mi Padre, podriais no creerme; pero obrándolas, os digo, que cuando

¹ Estudios históricos, tom. II.

no querrais dar crédito á mis palabras, debeis darlo á mis obras."

De algun tiempo á esta parte, por medio de un pérfido artificio se ha pretendido desnaturalizar el verdadero carácter de la legislacion evangélica, reduciendo todo su valor á su hermosura y escelencia, pero no acordándole otro derecho que el de la veneracion y respeto del género humano. Sin disputa que es hermosa y escelente esa legislacion; pero no solo sobre esas cualidades funda sus pretensiones para gobernar á las almas; porque si así fuera, no se comprende cómo se podria obligar á seguir la religion á los que la tienen por imposible, absurda ó ridícula, cuyo número no ha faltado en ningun tiempo. Si los solos títulos del cristianismo son su escelencia y hermosura, ¿quién me estorbará el que despues de haberlo admirado, me convierta á otra religion, considerando aquella como una irrealizable utopia? O el Evangelio es de Dios, ó no lo es. Toda la cuestion está reducida á este sencillo dilema. Si es de Dios, toda voluntad debe rendirse á sus mandamientos: si no es de Dios, cualquiera tiene derecho de revelarse contra sus preceptos. En el primer caso, la tierra marcha por la senda de la esperanza, y está en posesion del apoyo que le falta; en el segundo, sumergida en el abismo, camina á la ventura en el océano de la duda, sin ninguna estrella que la guie entre los escollos y tempestades.

No era por cierto la venida de un sabio, la que el mundo esperaba en los siglos fatigosos, sino la venida de un enviado de lo alto, de un rey divino, que sabiendo de dónde viene y dónde va, pudiese comunicar la fé y arrastar en su seguimiento á los desgraciados mortales, extraviados en las tenebrosas regiones de la ciencia moral. Cuando Pilato preguntó á Jesus:—"¿Eres rey?" Jesus respondió sin vacilar: "Sí, lo soy; y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad." Mas no se crea que esa afirmacion contiene la prueba única del reinado de Jesucristo: el Redentor probó que realmente era rey absoluto de la verdad por derecho de con-

Pero cuando se disipan las polvaredas que levantan los ejércitos, y el derrumbamiento de tantos monumentos; cuando igualmente desaparecen los torbellinos de humo que despiden las ciudades incendiadas; cuando cesan los gemidos de tantas víctimas, y cuando en suma, cesa el estrépito que causa la caída del coloso romano, entonces aparece una CRUZ y al pie de esa CRUZ, un mundo nuevo.¹

CAPITULO XXVII.

El reino de la Cruz.

Si Jesucristo, para ostentar su Omnipotencia, y no para autorizar su doctrina, hubiera obrado milagros, su venida no hubiera traído al mundo ningun fruto: y si se hubiera limitado á predicar la doctrina sin sancionarla por medio de los milagros, de la misma manera, su mision hubiera sido estéril: porque esa doctrina en la hipótesis de que no fuera mas que doctrina filosófica, se hubiera encontrado en el mismo grado que todas las de los filósofos, es decir, sujeta á la contradiccion y desprovista de un carácter legislativo, para hacerse la ley moral que debia obedecer todo el mundo. Para que Jesucristo nos prescribiera la obediencia, necesitaba, al imponernos sus preceptos, mostrarnos los títulos que le daban dominio sobre nuestras conciencias: necesitaba probarnos que su ley descendia del cielo, y que esa ley era la de Dios. Por esta razon desviándose de la manera que tenian los filósofos de enseñar, mandaba con autoridad y decia á los hombres: "Si no hiciera ante vosotros las obras de mi Padre, podriais no creerme; pero obrándolas, os digo, que cuando

¹ Estudios históricos, tom. II.

no querrais dar crédito á mis palabras, debeis darlo á mis obras."

De algun tiempo á esta parte, por medio de un pérfido artificio se ha pretendido desnaturalizar el verdadero carácter de la legislacion evangélica, reduciendo todo su valor á su hermosura y escelencia, pero no acordándole otro derecho que el de la veneracion y respeto del género humano. Sin disputa que es hermosa y escelente esa legislacion; pero no solo sobre esas cualidades funda sus pretensiones para gobernar á las almas; porque si así fuera, no se comprende cómo se podria obligar á seguir la religion á los que la tienen por imposible, absurda ó ridícula, cuyo número no ha faltado en ningun tiempo. Si los solos títulos del cristianismo son su escelencia y hermosura, ¿quién me estorbará el que despues de haberlo admirado, me convierta á otra religion, considerando aquella como una irrealizable utopia? O el Evangelio es de Dios, ó no lo es. Toda la cuestion está reducida á este sencillo dilema. Si es de Dios, toda voluntad debe rendirse á sus mandamientos: si no es de Dios, cualquiera tiene derecho de revelarse contra sus preceptos. En el primer caso, la tierra marcha por la senda de la esperanza, y está en posesion del apoyo que le falta; en el segundo, sumergida en el abismo, camina á la ventura en el océano de la duda, sin ninguna estrella que la guie entre los escollos y tempestades.

No era por cierto la venida de un sabio, la que el mundo esperaba en los siglos fatigosos, sino la venida de un enviado de lo alto, de un rey divino, que sabiendo de dónde viene y dónde va, pudiese comunicar la fé y arrastar en su seguimiento á los desgraciados mortales, extraviados en las tenebrosas regiones de la ciencia moral. Cuando Pilato preguntó á Jesus:—"¿Eres rey?" Jesus respondió sin vacilar: "Sí, lo soy; y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad." Mas no se crea que esa afirmacion contiene la prueba única del reinado de Jesucristo: el Redentor probó que realmente era rey absoluto de la verdad por derecho de con-

quista y por derecho de nacimiento. Los títulos de su origen y de su misión divina se encuentran en los libros de todos los pueblos, y están consignados en la primera página de la historia: sus milagros y los de sus discípulos, obrados á los ojos de uno de los siglos mas ilustrados, atestiguan la legitimidad de su palabra; y el mundo rendido á los piés del Crucificado, sin embargo de haber desplegado en su contra todas las fuerzas de que pudo disponer, es un testigo irrecusable de su omnipotente triunfo.

Mas como no es suficiente el fundar sólidamente los derechos, sino que es necesario ademas conservarlos con entera inviolabilidad, se hacia forzoso, que Jesucristo, despues de su conquista, obrase el milagro de la realizacion de su reino, para que contra los esfuerzos de los enemigos vencidos, pero jamas desanimados, reinase sobre ellos perpetuamente. ¿De qué le hubiera servido el haber promulgado la doctrina mas sublime y de haber establecido su reino, por la omnipotencia de los prodigios, si sus divinos ojos no hubieran sin cesar quedado fijos sobre su obra para velarla, y si su poderosa mano no estuviese estendida constantemente para protegerla? Muy en breve se hubiera visto á la religion sucumbir tristemente bajo los ataques del error y de las pasiones conjuradas, que la hubieran desnaturalizado y dividido, despues de su victoria. Para consumir la obra de la Redencion era necesario que el Hijo de Dios hubiera sostenido el trono que habia conquistado sobre la tierra: y por esto resolvió, á pesar de la maldad, ingratitude, ultrajes y levantamientos del furor de los hombres, por un exceso de misericordia, quedarse con ellos y dictarles leyes á su voluntad. Jesucristo verá á su derredor levantarse las oleadas del odio, amontonarse todos los poderes del mundo y del infierno, y siempre tranquilo en su altísima dignidad, dominará las rebeliones, como una roca combatida por las tempestades, domeñando con una majestuosa fuerza de inercia, el furor insensato de sus ene-

migos, para reinar en medio de ellos, segun la palabra del profeta: *Dominare in medio inimicorum tuorum.*

Pero ¿sobre quienes reinará? ¿Cuáles serán los límites de su dominacion? “Mi reino, respondió á Pilato, no es de este mundo.” Sin embargo, en otro lugar habia dicho: “El reino de Dios está entre vosotros.” Si Jesucristo nos enseña por una parte á pedirle á Dios el advenimiento de su reino, por otra nos enseña que ese reino consiste en el cumplimiento de su voluntad, tanto en los cielos como en la tierra. Por lo cual, conciliando esos dos testos, debemos concluir, que el reino de Jesucristo no consiste en las cosas pasajeras y accidentales de este mundo, sino en las absolutas y eternas, que tienen relacion con el mundo divino, sobre las cuales se formó el modelo de todo lo creado y segun las cuales se debe regir la tierra. El verdadero bien, el bello ideal de la moral esencial, he aquí el dominio incomunicable del Verbo: y de aquí es de donde procede el derecho de testificar lo verdadero, lo bueno, el bien moral, relativo y particular, para hacerse rey de las voluntades, segun que sus divinos ojos contemplan eternamente el tipo soberano al cual se deben ajustar, y donde están representadas todas las acciones. Decir que Jesucristo no tiene jurisdiccion sobre el mundo, porque su reino no es de este mundo, es un absurdo tan completo, como el atreverse á decir, que reinando Dios en los esplendores de los cielos, carece de todo derecho sobre los seres terrestres. Pero precisamente es todo lo contrario: porque por lo mismo que Jesucristo es rey de un mundo superior, tiene autoridad sobre éste. Siendo de este mundo, es decir, participando de las miserias y flaquezas, de la fragilidad y de las tinieblas, ¿cómo podria curar todos estos males? Guía ciego y presa de la muerte, ¿qué podria esperar de él la humanidad? “Quien de la tierra viene es terrestre y terrestre es su lenguaje; el que viene de lo alto está sobre todos, y nos da testimonio de lo que ha visto y oido.” Esto dice el Evangelio.¹

¹ San Juan, cap. 3.

Todo cuerpo compuesto de muchas voluntades, para obrar colectivamente tiene necesidad de escogerse un jefe que represente esas voluntades, siendo importantísimo que el elegido sea el hombre mas inteligente de todos. Un pueblo desearia por gobernador al mas digno de sus ciudadanos; un ejército desearia por general al mas bravo de sus soldados; y si esto es así en los cuerpos que solo obran por intereses transitorios y temporales, ¿qué será tratándose de la humanidad y con relacion á los intereses divinos? ¿Cuál deberá ser el jefe de la humanidad? ¿Quién deberá conducirla por un camino verdadero y seguro al término de su carrera? En este punto solo dos cosas son posibles: ó un jefe divino, ó humano. ¿Acaso la humanidad confiará su suerte á uno, ó á muchos hombres, que como ella misma no saben de dónde vienen y adónde se encaminan sus destinos supremos? Esto equivaldria á confiarse en la direccion de un ciego, que irremisiblemente la conduciria al abismo. Para aspirar justamente á la posesion del cetro del mundo es necesario no pertenecer á este mundo; es necesario ser superior al mundo: y por esto Jesucristo, que no es de este mundo, es el rey legítimo de la libertad humana. "Porque vosotros, decia Jesucristo á los judíos, sois de la tierra, vivis en ella; mas yo soy del cielo: si no creéis en mí moriréis en vuestros pecados." ¹ Desde que el ángel, mensajero de la buena nueva, anunció á María los designios del Altísimo, la dijo: "El hijo que nacerá de tí será llamado, *Hijo de Dios*, y el Señor le dará el trono de David, su padre; y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin." "¿Vuestro trono, habia ya cantado el Profeta, es un trono eterno, y el cetro de la justicia es el cetro de vuestro imperio!"

Al Hijo de Dios pertenece el imperio de la tierra; pero ¿deberá reinar en ella con una autoridad absoluta y sin límites? ¿Deberá encadenar la libertad humana, manteniéndola en esclavitud completa? No, no; no tiende á este fin el

¹ San Juan, cap. 8.

reino de la paz y de la santa libertad. Otros serán los fines, las atribuciones y las prerogativas de ese santo reino. Habiendo venido Jesucristo, para destruir las obras de Satanás, no reivindicará, sino lo que el hombre, siguiendo los consejos de Satanás, habia usurpado á Dios. "Puedes comer de todos los frutos del paraíso; pero no toques el fruto de la ciencia del bien y del mal." Violado este primer mandamiento, se desencadenaron todas las calamidades sobre el género humano; y por lo mismo para detener y sujetar el mal, era preciso destruir la causa que le habia originado, volviendo el hombre á la obediencia que exigia de él su Creador. Por esta razon Jesucristo dejó al hombre en libertad de gozar de todos los frutos de la tierra, volviéndose á reservar todos sus derechos sobre el árbol de la ciencia del bien y del mal. El cetro de la justicia es el cetro del reino de Jesucristo. No pertenece, en consecuencia al hombre, devorado por sus pasiones y limitado en su inteligencia, determinar á su antojo la medida de sus deberes. Solo Jesucristo, rey de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo, puede trazar el camino que debe seguir la voluntad.

Tales son los límites que Jesucristo impuso al hombre en el ejercicio de su poder absoluto; tal es el círculo, que en su bondad, quiso trazar alrededor de sus derechos eternos. Es cierto que, como Dios, pudo exigir del hombre una obediencia absoluta, obligándole á sujetarse en todo y por todo en el ejercicio activo de su voluntad, á su voluntad omnipotente; pero usando hácia su criatura de una indulgencia infinita, no exigió de ella otra sumision que en el orden moral, para preservarla de las desgracias, á que debian arrastrarla infaliblemente las vacilaciones, las dudas y los errores con que debia tropezar al emprender la obra de formar una ciencia imposible de formarse, porque carecia de la sancion de la experiencia y de la autoridad necesaria. Sin embargo de esto, los siglos han oido y oyen todavía, declamar á la filosofía, contra la esclavitud del entendimiento humano, y pedir á grito

herido su independencia de la autoridad divina. En verdad que semejante conducta solo es comparable, á la de los ciegos que se quejaron de la mano que los guiara; ó á la de un piloto que reprochara á la brújula el contrariar los movimientos de su buque. Entended, pues, oh filósofos soberbios, que mientras no podais señalar en el mundo el camino cierto y seguro del bien y del mal, lo que jamas conseguiréis, careceis de títulos para aspirar á la direccion de las almas libres, y Dios que las creó con el fin de santificarlas, faltaria á su Sabiduría, si os confiase sus destinos.

Pero observemos de paso, que la filosofía es tan ingrata como torpe. A la filosofía para ser una ciencia como todas las otras, que están conformes en reconocer el principio de autoridad, le falta una sola cosa, y es, la contraprueba: es decir, el que la esperiencia haya confirmado la verdad de sus teorías, y lo cual es indispensable para alcanzar el carácter de la certidumbre. Pues bien; esa contraprueba que le falta Jesucristo se la ofrece, y le presenta su divina mano para sacarla de las tinieblas. "Yo vengo, la dice, no para obscurecerte la verdad que has alcanzado por la razon y el estudio, sino para testificártela, para sancionártela, para ajustarla á mi efigie, á fin de que en lo de adelante pueda sin peligro correr entre los hombres." ¡No se engañe el hombre ni calumnie á su Salvador y á la Iglesia! No trató Jesucristo de anonadar la actividad del espíritu humano, sofocando el ejercicio del pensamiento: lo único que ha querido es que el filósofo examine á la luz de la revelacion el resultado de sus investigaciones para ver si están conformes al ejemplar de la verdad; si los sistemas que ha concebido no son el fruto del error y una fuente de calamidades para los pueblos. Por supuesto que el filósofo puede rehusar el someterse á esa prueba, porque el reino de Jesucristo es un reino de libertad; pero en este caso, ¿qué garantía le queda de la verdad de sus concepciones? ¿Sobre cuál autoridad descansa? ¿Cuál será el título que tenga para imponer preceptos á los demas

hombres? Cuando el filósofo no tiene seguridad de que su pensamiento, lejos de ser un bálsamo saludable para los hombres, acaso es un mortal veneno; cuando no puede exigir la fé en sus trabajos, ¿cómo se puede prometer que algun dia vengán á convertirse en leyes y que entren al rango de los principios de la ciencia? Si el hombre pensador no quiere ser el instrumento, aunque contra su voluntad, que guie á sus semejantes á un error funesto; si desea que sus ideas tengan la autoridad de fórmulas científicas y legislativas, fije sus ojos sobre la cruz, y esa estrella polar de la humanidad le guiará con amor por sus benéficos caminos.

De este modo es como reina Jesucristo sobre la humanidad. Es Rey, y siempre lo será, de la libertad humana en sus relaciones con el bien moral: desde lo alto de los cielos, desde el seno de sus eternos resplandores hará reverberar sobre la tierra la luz de sus infinitas perfecciones, y las naciones caminarán guiadas por esa luz: *In lumine vultus tui gentes ambulabunt*. Y como en ese reino prodigioso todo está admirablemente proporcionado, las dificultades del deber tienen el contrapeso de la gracia; y la infalibilidad de la promesa divina sostiene las obras que se creen humanamente imposibles de verificarse. No solo es Jesucristo el *camino* y la *verdad*, sino que tambien es la *vida*: *Ego sum via, veritas et vita*.

Veamos ahora cómo se desenvuelve ante nuestros ojos el segundo aspecto del reino de Jesucristo, es decir, el reinado propiamente dicho. Para el espíritu de la ley, es necesario penetrarse de las modificaciones que debe obrar la accion de su poder, ó mejor, dicho conocer la transicion de la conquista al reinado. Reinar no es vencer. Para vencer es necesario desplegar fuerzas considerables, é imprimir un sacudimiento vivo; para reinar, se abandonan las armas, ya inútiles, y tomándose las riendas, se dirigen las voluntades. Cuando hemos considerado á la cruz bajo el aspecto de la victoria, su accion ha sido enérgica y determinante, y el dedo de Dios se ha hecho mas sensible: entonces era el tiempo de los mila-

gros, de los prodigios continuos, y como decia Rousseau al rey de Polonia, la religion caminaba por el impulso de leyes sobrenaturales. Cuando se considera el otro aspecto, es decir, el del reinado, el poder de la cruz, por el contrario, es mas oculto; la obra de Dios se hace mas secreta, y la del hombre mas sensible: la humanidad, lejos de precipitarse repentinamente en un estado nuevo, caminará, conforme á las leyes naturales, por evoluciones graduales: el desarrollo será lento é insensible. Pero se advertirá constantemente, que despues de los rodeos que da la humanidad, escapándose del camino recto, siempre se encontrará, contra sus previsiones, y por circunstancias inesperadas, con el recuerdo de que está ligada al pié de la cruz; y que, despues de su caída, si puede correr libremente, jamas podrá romper, segun la hermosa espresion del conde de Maistre, la cadena que la sujeta, sin esclavizarla.

Para crear un mundo nuevo, Dios no hubiera tenido que hacer mas que mandar á su Espíritu vivificante, y la tierra se hubiera renovado; pero tratándose de seres libres, manejándolos el Señor con mas honor, ha querido dejar á la humanidad una gran parte en el trabajo de su regeneracion. Para todo espíritu recto, los hechos verificados son una prueba suficiente de que el Evangelio contaba con el poder divino; y al hombre debia tocar el convencerse de la autoridad del Evangelio, sirviéndose de las pruebas que se presentaban ante sus ojos. Dios, por otra parte, debia vigilar su obra por medio de otras operaciones menos sensibles. En la sucesion de los tiempos los filósofos han calculado, que considerando la doctrina evangélica como un efecto natural de la razon humana, sazónada por el tiempo, despojándola de su prestigio sobrenatural, debilitarian el poder de su virtud; pero ¿no se advierte que esos filósofos no han podido probar que ninguna doctrina, cualquiera que sea la escelencia que se la suponga, no tiene la fuerza suficiente para subyugar al espíritu humano? En el hecho mismo que el cristianismo triunfó del

mundo, es necesario reconocer que descansaba sobre un poder superior á la tierra. Pero tal parece, que Dios le ha retirado su poder, dejándolo espuesto, sin defensa activa, á los desprecios, al odio y á los ultrajes de los hombres, y la filosofía se ha querido aprovechar de esa especie como de abandono en que se encuentra el cristianismo, sin reflexionar, que su conservacion sin los prodigios estrepitosos es un milagro mas estupendo que los que se obraron en su nacimiento; porque sin prodigios, se admira el prodigio de la perseverancia del reinado de la cruz. Una doctrina en la apariencia abandonada á la rabia de numerosos y poderosos enemigos, ha resistido y combatido á todos; y aunque desarmada, ha quedado reina y señora del mundo, acusando incesantemente de mala fé á la incredulidad que abjura de ella.

De este modo la cruz descansa sobre el trono que conquistó con tanta gloria. Deponiendo la espada del conquistador, ha tomado el cayado pacífico del pastor, y haciéndole honor á la libertad humana, renuncia el vencerla á viva fuerza, y descendiendo á su nivel, con increíble paciencia, se sujeta como si fuera una reina terrestre, al prolongado y penoso trabajo que sufre al engendrar el bien en las voluntades rebeldes, de las que pretende obtener la sumision solo por la dulzura y no por la violencia. La cruz por su propia voluntad, se acomoda á las fuerzas y operaciones humanas; y en este estado se *defiende, edifica y gobierna*, segun las leyes comunes, sin hacer ostencion de su poder infinito por una dominacion absoluta é irresistible. Engañada por las humildes apariencias de la cruz, la libertad humana osará sacudir el freno saludable que se le impuso desde el dia de su rebelion, y tratará de resistir la accion regeneradora; pero bien pronto castigada cruelmente por las mismas consecuencias de su rebelion, é iluminada por la luz indeficiente, verá luego postrada ante la cruz, única que puede salvarla y mantenerla en el camino recto: *Apprehendite disciplinam ne quando irascatur Dominus et pereatis de via justa.*

CAPITULO XXVIII.

Contra quienes ha tenido la Cruz que defenderse.

Desde que la flecha de un persa acabó con la vida y con las persecuciones de Juliano apóstata, la idolatría decaía diariamente. San Ambrosio en su elocuente informe contra Symmaco, refiere los últimos golpes que sufrió; y cuando, á mocion de Teodosio, el senado romano fué convocado á elegir entre Jesucristo y Júpiter, prefiriendo á Jesucristo se resignó la idolatría á sucumbir. La filosofía, su digna aliada, sufrió la misma suerte. Desde el instante en que el poder material cesó de sostenerla, cayó en un estado de languidez, que muy en breve exhaló sus últimos suspiros en la persona de Damascio; y Justiniano cerró sin resistencia las escuelas que ya estaban desiertas.

Pero si el mundo en esa época estaba vencido, no estaba regenerado. Bajo su imperio, la cruz no tenía sino el cadáver corrompido de un gigante, en cuyo seno fermentaba el feto informe de la barbarie; y con esos elementos se proponía la cruz reconstruir el edificio social. Mientras que duró el milagro de la conquista evangélica, las voluntades paganas, siempre subyugadas por la fuerza divina, patente entonces, no podían resistir á su influencia; y Jesucristo, elevado á los cielos, y cumpliéndose todos sus oráculos, atraía todo á sí; pero cuando cesaron los milagros, y cuando se fué calmando el ardor de la lucha para ceder el lugar á la paz del reinado, se pudo reconocer fácilmente la gravedad de la llaga del antiguo mundo, y todo el tiempo y trabajos que se necesitaban para destruir y cicatrizar en la humanidad los funestos gé-

menes que habia favorecido y acrecentado una depravada libertad. Un gran número de paganos, convertidos al cristianismo, se resfriaba en su fervor primitivo, y no tardaba en recaer en sus antiguos y habituales vicios; mientras que otros, poco afianzados en la fé, y no habiendo sido probados en el crisol de la persecucion, no hicieron mas que cambiar de nombre sin cambiar de vida. Para escusar su relajacion y desórdenes, decian ya en aquel tiempo, refiere San Juan Crisóstomo: "¿Por ventura somos nosotros monjes? ¿No tenemos hijos y mujeres que sostener?" Por esta razon San Agustin advertia á sus neófitos que entre la multitud que llenaba las iglesias materiales, veíase á los beodos, á los avaros, engañadores, jugadores y á los afectos á los espectáculos, que llevaban el nombre de cristianos. Huyendo á la soledad para evitar el aire emponzoñado de la corrupcion, San Gerónimo volvía como anatemas, sus palabras acerbas contra Parta, la ciudad maldita. "Continúen, esclamaba el santo, visitando á sus matronas, y frecuentando los senados de mujeres! ¡Locuras del circo, furors de gladiadores, teatros, tumultos de Roma; adios!" Todos los siglos han oído á Salviano, con su lastimera voz, lamentar á su vez, las miserias de aquella triste época. "Venid, sajones, venid: mirad á esos cristianos: leen el Evangelio y están hundidos en la embriaguez; escuchan á los apóstoles, y beben hasta perder el juicio; siguen á Jesucristo y cometen robos! ¡Romanos: avergonzaos de vuestra vida! Los bárbaros son menos viciosos y mas fuertes que vosotros. La debilidad está en nuestras almas y somos vencidos por nuestros vicios!"

Salviano decia verdad: esos pueblos idólatras, enfangados en una civilizacion deletérea, eran incapaces de vivir en la atmósfera de la civilizacion escitante del cristianismo; y era necesario que la noche de la barbarie cubriese y envolviese la tierra, para que se vivificaran los antiguos elementos, á fin de que la cruz se engertase sobre el tronco de un árbol nuevo que no estuviese podrido. De todo lo que habia per-

tenecido al vasto imperio del paganismo griego-romano, Dios no conservó, para que le sirviera de testigo, como guardó y guardará á los judíos hasta el fin del mundo, sino á la ciudad de Constantinopla. Pero ni aun esa ciudad supo mantenerse en la verdadera fé; y cuando hubo desempeñado su papel providencial, las oleadas de los bárbaros, que por tanto tiempo la habian respetado, sin causa aparente, la cubrieron para apagar del todo el espíritu del paganismo.

Por no haber partido de este punto, la mayoría de los historiadores se han visto muy embarazados, para resolver el problema de la existencia milenaria del Bajo imperio en medio de todas las calamidades, que desde el principio hubieran bastado para hacerle sucumbir, sin contar con las otras causas de disolucion y de ruina que fueron amontonando los tiempos. Mr. Sismondi termina la série de sus reflexiones sobre este particular con una solucion tan avanzada, que casi hace desesperar de la filosofía de la historia. "Cuando se compara, dice, á los griegos que resisten, con los romanos que sucumben, no se encuentra en aquellos ni mas talento, ni mas virtud, ni mas poder, sino *mayor dicha*." ¹ Otros filósofos historiadores, entre los cuales se cuentan Maquiavelo y Gibbon, considerando las cosas bajo otro aspecto enteramente diverso, no han dudado en contar al cristianismo entre el número de las causas de la decadencia del imperio griego. Era preciso que tales hombres estuviesen dominados por una preocupacion injustísima para aventurar semejante opinion; porque si hay alguna cosa manifiesta es que el cristianismo ha sido la vida de los tiempos modernos, y que ha sido el principio del movimiento de la civilizacion en los países occidentales. Lejos de ser el cristianismo una de las causas de la ruina del imperio griego, fué su sosten, no debiéndose atribuir su muerte, sino al elemento pagano, del que quiso purificarse.

Por lo demas, existe una propension funesta para confun-

¹ Historia de la caída del imperio romano, cap. 9.

dir el cristianismo con las mismas cosas que vino á destruir: se le ha hecho cómplice de la corrupcion y del espíritu disputador de los griegos, y al mismo tiempo, sin advertir la contradiccion en que se incurre, se le hace cargo de todo lo odioso y bárbaro de la Edad Media. El mismo Mr. Chateaubriand, tal vez sin advertirlo, se dejó arrastrar de esa corriente. Distinguiendo, en sus *Estudios históricos*, tres edades del cristianismo, la edad *heróica*, la *monacal* y la *filosófica*, ¹ parece que atribuye al cielo lo que no es sino de la tierra, á la obra divina lo que no es sino el resultado del trabajo humano. ¿Estariamos seguros el dia de hoy de que la inquisicion filosófica no persiguiese á un segundo Galileo, si le viese á revelar al mundo moral la verdad que el primero anunció al mundo físico, á saber, que la tierra se mueve al derredor del sol? Jesucristo, sol del mundo moral, no tiene sino una sola edad, tipo de la perfeccion á que trata de conducir al mundo, segun la palabra de San Pablo, edad completa. Dios es inmutable; y si vemos que consolida las aguas en el invierno, y determina la germinacion de la Primavera; si tiempla los calores del Estío y sazona los frutos del Otoño, guardémonos de confundir con esas faces sucesivas, fenómenos puramente terrestres, la gloria de su inefable inmutabilidad.

A este fin, sin duda, escribió el ilustre autor sus *Estudios históricos*, que desgraciadamente se resienten en muchos lugares, arrastrado por la fuerza de la lógica, juicios inexactos deducidos del principio falso de que hemos hablado. Mr. Chateaubriand distingue tres especies de verdades: la *religiosa*, la *política* y la *filosófica*; verdades, dice, que se combaten sin destruirse nunca. ² Entendemos, que hubiera sido menos sistemático y mas justo, reconocer simplemente el antiguo principio, de que la verdad es una, y que jamas pugna consigo misma, ni sostiene otra guerra que contra el error; y de es-

¹ Estudios históricos, tomo II, pág. 87.

² Idem, idem, tomo I, pág. 130.

ta suerte se comprende, cómo siendo la verdad revelada, la sola verdad moral absoluta y aplicable á todos los tiempos, lugares y circunstancias, si la filosofía ó la política no se conforman con ella, y no la consultan la ratificación de sus sistemas ó instituciones, veránse obligadas á caminar á la ventura en el océano borrascoso de la falsedad y de la duda. Entre la política y la filosofía por una parte, y la religion por la otra, no existe ninguna relacion de paridad; existe solo una relacion de subordinacion de aquella á ésta, sin que sea necesario decir, que el hombre es igual á Dios, ó que el pensamiento creado sea igual al pensamiento increado.

Si nosotros insistimos en fijar la separacion entre el cristianismo y las modificaciones que ha sufrido desde su principio, es por evitar el peligro grande que hay de confundir la marcha del cristianismo con el movimiento humano: hay un gran riesgo de considerar solidariamente la institucion divina con las debilidades y los vicios que combate, y aun atrévselos á reprochar como si fueran su obra. Por esto, repetiremos á todas horas, que no siendo ese período de mil años, conocido por la Edad Media, el bello ideal del cristianismo, no hay título para deducir como consecuencia, el que la ambicion del poder, el orgullo de la soberanía y la ambicion de oprimir; la ignorancia y la corrupcion, la barbarie y el despotismo, sean asimismo la edad de oro de la humanidad cristiana, cuando todas aquellas aberraciones solo fueron las desgracias inevitables de una sociedad que nacia de en medio de mil ruinas. Pero lo dicho aun no es toda la verdad. Lejos de haber sido la Edad Media la edad de oro del cristianismo, no fué sino el doloroso alumbramiento de la civilizacion cristiana, que crucificaba al hombre viejo para hacerlo salir renovado de las tinieblas del sepulcro. La cruz, sin embargo, reinó en la Edad Media; pero como se reina en un pais recientemente conquistado, es decir, manteniéndose en pié de defensa: y así era necesario que fuese, encontrando

la razon de ello, en los mismos ataques, que los enemigos, vencidos, pero no anonadados, le dirigieron.

Despues de mas de cuatro mil años que habia cedido Adam á los consejos de Satanás, el hombre se habia habituado á una triple independenciam: la independenciam del corazon, la del espíritu y la de la voluntad, que no reconocia ni freno, ni regla, ni autoridad. Esa independenciam, cuyo hábito habia constituido una segunda naturaleza, estaba de tal modo inveterada, que despues de diez y ocho siglos de luchas todavía se muestra llena de vigor: era tan seductora, que el hombre, por su desgracia no cesa de suspirarla y de disputársela á la cruz: y sin embargo, esa misma independenciam no es sino aparente, porque se reduce infaliblemente á una triple esclavitud: la esclavitud de las pasiones, la de la ignorancia y del sofisma, y la del poder material, únicas que saben aprovecharse verdaderamente de la independenciam humana, declarándose sus partidarias, y aprestándose siempre á combatir por su restauracion. Pero la lucha toma un carácter diferente, segun que unas veces es dirigido ó por la civilizacion enervada, ó por la grosera barbarie del antiguo mundo.

A la moral austera de la cruz, oponian los civilizados el egoismo innoble, los viles instintos de una naturaleza depravada y los goces torpes de la corrupcion. Constantinopla continuó y acrecentó todos los motivos de decadencia de los romanos: los desórdenes y crueldades de los circos, los refinamientos del placer, los excesos de las orgías, la molicie, el desenfrenado lujo, y toda aquella corrupcion esquisita, perfumada y gastada, que adormece al hombre en una vergonzosa decrepitud, y le despierta en el embrutecimiento salvaje.

Los bárbaros, por su parte, feroces é indisciplinados, acostumbrados á satisfacer sus brutales apetitos y sus audaces caprichos, y á vivir segun la voluntad de su carácter voluble y arrebatado, no reconocian otra fuerza que la material, y se rebelaban contra la ley que venia á contrariar su voluntad y á sujetar sus acciones á la inflexibilidad de una regla

absoluta y que exigía de ellos la práctica de virtudes difíciles, de las cuales no podían conocer la sublimidad ni su importancia. En la historia de los bárbaros, ¿qué se encuentra sino escenas de violencia, de rapiña, de crueldad y de embriaguez? La poligamia, el adulterio y el desenfreno de las costumbres corría parejas con el salteamiento y la matanza; el orgullo, la ambición, la envidia y la lujuria no se saciaban sino con sangre. Aquellos mismos, á quienes su santa misión comprometía á guiar á los pueblos en el camino del bien, los sucesores de los apóstoles y de los discípulos, escogidos entre aquellos hombres, que hacia poco habian salido de los bosques, compraban ó usurpaban las funciones sagradas, dando en abundancia el mal ejemplo de todos sus vicios; y la cruz tuvo que defenderse contra sus mismos defensores.

De la misma manera que las pasiones del corazón sacudían el yugo de la moral, los errores del espíritu se rebelaban contra las pretensiones del dogma. Por un lado las sutilezas de la ciencia lo minaban, disolvían ó lo anonadaban bajo el pretesto de purificarlo; y por otro, la superstición y la ignorancia lo desfiguraban, desnaturalizaban y ahogaban; y al paso que el dogma era santo y sublime, en poder de aquellos hombres se convertía en grotesco, absurdo y ridículo. En suma, el poder material, astuto perseguidor entre los griegos y opresor brutal entre los bárbaros, disputaba el imperio de la autoridad moral á la cruz.

Hoy todavía se reconcentra la lucha al derredor de esos dos principales gefes, esto es, el espíritu filosófico y el poder material; el uno representante de la civilización, y el otro de la barbarie; y ambos, cada cual en su campo dirigen y sostienen el ataque contra el nuevo y glorioso trono.

Desde que la filosofía idólatra, un instante resucitada por el emperador Juliano, acabó de desaparecer, el espíritu filosófico abandonó su cadáver, y volviendo sobre sus pasos, se replegó en la herejía: aquí recobra su infatigable vigor y prepara nuevas maquinaciones para vengar su derrota: mí-

rasele, pues, sin descanso escarbar los misterios hasta en sus profundidades para traerlos al terreno de la razón, y atacar separadamente todos los puntos de la doctrina revelada para someterlos á su exámen, constituyéndose en juez, como si se tratara de un sistema cualquiera. Por todas partes pululan las herejías. Después de los arrianos, aparecieron sucesivamente los macedonianos, los donatistas, los pelagianos, los semipelagianos, los nestorianos, los eutiquistas, los monoteístas, los iconoclastas y otro gran número de sectarios de segundo orden. Los unos atacaron la divinidad del Espíritu Santo, la jurisdicción de la Iglesia, el pecado original y la gracia; los otros la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana y muchas de las consecuencias de esa unión, combatiendo la doble naturaleza de Jesucristo y sus dos voluntades, así como la maternidad de María. Los iconoclastas, como su mismo nombre lo indica, destrozaban bárbaramente las imágenes de los santos, bajo el pretesto de que su culto era idólatrico. La moral y la disciplina no estaban más á cubierto que el dogma. La rabia de la discusión se apoderó de esos griegos decrepitos. Legos ó monjes, presbíteros, obispos y emperadores se empeñaban en disputas interminables que frecuentemente terminaban en motines por parte del pueblo, y por la de los emperadores en persecuciones contra los ortodoxos. Los restos del fermento de la malicia y del sofisma agriaron los ázimos de la sinceridad y de la verdad.

Pero la Iglesia, siempre vigilante, cegaba con la autoridad absoluta de sus decisiones, los vanos razonamientos, desconcertando los artificios del espíritu filosófico. Por molesta que fuese esa autoridad, aun no se contestaba su principio, y se echaba mano de otro expediente. Reconocieron el principio de autoridad, pero advirtieron que podía aplicarse á una autoridad ilegítima, desprovista de promesas, sujeta al error, y que para disimular su usurpación, transigiría voluntariamente con las exigencias de la herejía. Esto fué todo. En el siglo sexto, Juan el ayunador, obispo de Constantinopla, hizo

públicas sus pretensiones al título de patriarca ecuménico: tres siglos despues Fotino, que apoyado en el emperador habia usurpado la silla episcopal de la misma ciudad, se empeñaba en eludir la jurisdiccion de Roma, por sus embustes y bellaquerías: finalmente, hácia la mitad del siglo once el patriarca Miguel Cerularius consumaba el cisma y escomulgaba al papa que le habia escomulgado.

De esta suerte el espíritu filosófico, impaciente de todo yugo, arrojaba á los griegos fuera del camino regenerador de la libertad, esto es, fuera de la sociedad moral. En vano la Iglesia dirigió todos sus esfuerzos para atraerlos á la unidad, porque no pudo vencer á esas almas apasionadas por la independencia pagana: en vano la necesidad obligaba á los disidentes á implorar el socorro de sus hermanos de Oriente, para salvarse de los bárbaros que los estrechaban mas de cerca, y cuya necesidad les patentizaba la importancia de su reincorporacion á la Iglesia romana, y les llevaba á pedir y á firmar la alianza al segundo concilio de Lyon; porque la reunion no sobrevivió á Miguel Paleólogo que la habia solicitado y sostenido.

Ya se comenzaba á comprender cuáles habian sido los designios de la Providencia sobre la humanidad, al sumergir la civilizacion antigua bajo las oleadas de la barbarie. Mientras mas obcecados se mostraban los griegos, más los bárbaros les estrechaban los límites de su imperio que muy pronto no pasaron de los muros de Constantinopla. La Iglesia veia con dolor acercarse la hora del castigo para esos hijos descarriados que le eran siempre tan queridos; y en el concilio de Florencia hizo una última tentativa para hacerlos volver á su seno; pero este esfuerzo salió fallido. Entonces el papa Nicolás V les dirigió una carta que podria muy bien llamarse el *ultimatum* del cielo. "Hace ya mucho tiempo, les decia, que los griegos abusan de la paciencia de Dios, perseverando en el cisma. Segun la parábola del Evangelio, Dios no espera otra cosa sino que la higuera cultivada con tanto esmero

dé al fin su fruto; pero si en el espacio de tres años que Dios le concede todavía permaneciese estéril el árbol, será cortado hasta la raiz y los griegos serán abatidos por los ministros de la Justicia divina, que Dios enviará para ejecutar la sentencia que ya ha pronunciado en el cielo."

Esta advertencia fué despreciada, y tres años despues Constantinopla cayó en poder de los turcos, y el imperio griego quedó aniquilado.

El espíritu filosófico habia perdido al Oriente y amenazaba del mismo modo al Occidente; pero la cruz apartó este peligro de la cuna de los nuevos pueblos. Por donde quiera, en efecto, que se encontraban vestigios de ese funesto espíritu, se veia fermentar la rebelion contra la autoridad de la Iglesia. En el Mediodía de la Francia, donde la civilizacion romana no habia desaparecido enteramente, se manifestaron los mismos fenómenos de corrupcion refinada y de insubordinacion sofística que en el Bajo Imperio. Este estado de cosas no hizo mas que empeorar por las relaciones comerciales que los franceses del Mediodía mantenian con el Oriente y por la vecindad de la España, donde los árabes habian llevado las luces, pero tambien los vicios de ese mismo Oriente. Mas adelante, hácia el fin del siglo undécimo, la Provenza y la Cataluña no formaron en cierto modo, mas que una sola provincia bajo el dominio de Raymundo Berenger, conde de Barcelona. Así tambien, al mismo tiempo que se establecian certámenes de amor, circulaban libremente opiniones religiosas mas atrevidas que las del siglo diez y seis: los trovadores daban con frecuencia tregua á sus canciones licenciosas para exhalar, en violentas sátiras, su hiel contra la Iglesia, que llamaban la prostituta del Apocalipsis, y contra los ministros de los altares que trataban de falsos profetas, de embaucadores, de ministros de tinieblas y de árboles muertos de Otoño. Protegidos por los condes y por la nobleza inferior, para quien la supremacia de Roma era un yugo molesto, los herejes, y entre ellos los Vaudois y los Albigenes,

hicieron fortuna en este país. Estos últimos soñaban ya con la igualdad absoluta. Ellos querían una sociedad sin nobles, sin ricos ni sacerdotes. El papado era principalmente el objeto de su encono. Si algún misionero católico se atrevía á predicar, al momento se levantaban en torno de él gritos de burla y amenazas de muerte. Ellos habían silbado á San Bernardo, escupido el rostro á Santo Domingo y perseguido á los monjes de Cîteaux para asesinarlos. Raymundo, conde de Tolosa, caudillo de estos herejes, hizo matar al legado del papa, Pedro de Castelnau. Si su poder hubiese sido tan grande como su maldad, si Roma no hubiese podido vencerlos, ¿qué habría sido de la civilización moderna?

Dichosamente estos escesos no se reprodujeron en el norte de Europa: sin embargo, los escritos griegos penetraron en él y alteraron, entre muchos de los sabios de entonces, la sencillez de la fé. Un ilustre papa, San Gregorio el Grande, había presentido el peligro de estos escritos: inquietábale la tendencia de las escuelas platónicas de Irlanda, de las cuales el mismo San Colombano había tomado doctrinas demasiado sutiles; y sus inquietudes eran fundadas. Scot Erigene, que llevó estas doctrinas á Francia y puso allí la primera piedra de la escolástica, fué acusado justamente de herejía; y cuando los escritos de Aristoto, comunicados por los árabes, se hubieron reunido en las universidades nacientes á los del divino Platon, la insubordinación filosófica acreció visiblemente. Queriendo aplicar á las materias religiosas las sutilezas de la escuela, se pusieron en problema los dogmas más incontestables, y se promovieron las más ridículas cuestiones acerca de los misterios, haciendo descender la teología á la clase de esas ciencias dudosas y sobre las cuales cada uno cree tener el derecho de esponer las concepciones de su espíritu. Berenger, Roscelin, Abailard, Amaury de Chartres, Gilberto de la Poreé, Pedro de Poitiers y otros muchos, no tardaron, siguiendo imprudentemente esta senda, en caer en graves errores. Un discípulo de Abailard, Arnolfo de Bres-

cia, poniendo en práctica los principios de resistencia contra la Iglesia, llegó hasta arrojar de Roma á Adriano IV y á los cardenales para restablecer la antigua república.

Con efecto, así habría sucedido, y el reinado de la cruz, y por consiguiente el de la salvación de la humanidad, habría sucumbido tanto en Oriente como en Occidente, si Dios no hubiese conservado en su Iglesia, por un continuo milagro, la fuerza necesaria para resistir á todos los ataques de que era objeto. Ya el espíritu de rebelión descendía de los sabios al pueblo. Diversas bandas de groseros sectarios recorrían los reinos de Europa. Semejante á una hidra, cuyas cabezas renacían continuamente, la herejía, apenas vencida, se levantaba de nuevo con mayor fuerza é insolencia que antes. Wiclef, Juan de Hus, Gerónimo de Praga, seguidos de ardientes prosélitos, le daban una actitud amenazadora que presagiaba las luchas terribles que iba á tener próximamente. Apoyándose Wiclef sobre cien mil Lollardos sublevados, hizo temblar á la Inglaterra y la puso en peligro de un trastorno general. Los discípulos de Juan de Hus asolaban y llenaban de terror la Alemania.

Por una feliz combinación de circunstancias providenciales, en tanto que las sociedades adolescentes no estuvieron bastante robustecidas por el espíritu cristiano, el espíritu pagano no encontró un apoyo suficiente en el poder material, y no pudo por lo mismo oprimir bajo el peso de una fuerza superior la autoridad moral de la cruz. Tomando por ejemplo á la Francia, que se glorificó desde luego con el dictado de cristianísima, vemos que sus reyes, hijos primogénitos de la Iglesia, no fueron siempre muy respetuosos y sumisos. Los merovingianos violaban abiertamente sus leyes más santas, se apoderaban de sus bienes, vendían los obispados y entregaban las abadías á la soldadesca que los rodeaba. Muchos de los ministros de Dios, que usando de una santa libertad, tuvieron valor de reprocharles sus vicios y crímenes, fueron por orden suya desterrados ó asesinados. Menos bárbaros

que sus predecesores, los carlovingianos vinieron á ser los protectores de la Iglesia; pero ellos se descaminaron algunas veces, en sentido opuesto hasta querer poner la mano en el santuario. Los primeros Capetos, contagiados del espíritu de la segunda barbarie, cambiaron de actitud: ellos usurparon la jurisdicción eclesiástica, traficaron brutalmente como los merovingianos con las funciones y las cosas sagradas y se pusieron en pugna abierta con la legislación cristiana sobre el matrimonio. Sus sucesores trataron á la Iglesia con mas sumisión y deferencia, pero pretendiendo siempre fijar el límite de sus derechos, y manteniéndose con respecto á ellos bajo el pié de la desconfianza. Uno de ellos, sin embargo, osó cometer en el vicario de Jesucristo un atentado sacrílego que escitó la indignación de los pueblos y que inspiró al Dante, aunque gibelino, estos acentos de cólera y de piedad. "¡Yo lo veo! él entra en Anagni; veo á Cristo cautivo en su vicario, lo veo burlado segunda vez, y segunda vez aplacada su sed con hiel y vinagre!" No contento con haber ultrajado la dignidad pontificia, Felipe el Bello quiso subyugarla atrayéndola al seno de sus Estados; y fué por sus intrigas, la primera causa de ese deplorable cisma de Occidente, que hubiera trastornado infaliblemente la piedra fundamental de la Iglesia, si las potencias del infierno pudiesen prevalecer contra ella.

Lo mismo que en Francia, en los demas Estados de Europa, la Iglesia tuvo que sufrir mas ó menos las violencias del poder material. Halagaba á las potencias de la tierra tener bajo su mano á esta hija del cielo, y sentían con impaciencia su autoridad subordinada á la suya. Recelosos y suspicaces, los monarcas veían con inquietud esa fuerza de expansión siempre creciente, y atribuyéndose el derecho de dilatar arbitrariamente el espacio en derredor de ella, por sus constituciones, sus pragmáticas, sus bulas y regalías, le trazaron el círculo de Popilio. No contentos con crearle obstáculos se esforzaron en usurpar su autoridad sagrada; y cons-

tantemente tuvo que estar velando en su defensa contra esos potentados. Bajo una ú otra forma, se reproducía en todas partes la gran contienda de las investiduras. En tanto que un rey de Francia ultrajaba al pontífice de Roma por haberse resistido á sus pretensiones injustas, un rey de Inglaterra escitaba á los caballeros de su corte á degollar al pié de los altares al arzobispo de Cantorbery, porque no quiso sancionar esos estatutos atentatorios á las libertades eclesiásticas.

En los países limítrofes á los Estados Pontificios ó que hacían parte de ellos, fué donde especialmente la Iglesia tuvo que sufrir los mas rudos y continuos ataques. En Alemania y en Italia no le concedían los emperadores y las facciones ni paz ni tregua. Durante muchos siglos el suelo de Italia lo ensangrentaron las luchas en la contienda de las investiduras complicada con la guerra de los güelfos y gibelinos. Disputaban á la Santa Sede su supremacía espiritual y su supremacía temporal; y desde el principio los emperadores se arrogaron un derecho absoluto de elección y de tutela sobre los papas. A fin de tener á su disposición la inmensa fuerza moral de que estaban investidos, querían ponerlos y quitarlos á su voluntad; y cuando la Iglesia indignada sacudió este yugo vergonzoso, le contestaron, empleando la fuerza brutal; creando anti-papas, deponiendo, aprisionando y lanzando de sus dominios á los pontífices legítimos. De raza en raza se trasmitían en herencia el espíritu de oposición y de rebelión contra la Iglesia.

Durante este tiempo, las facciones italianas por su parte, soñando en el restablecimiento de la antigua república, tramaban el destronamiento del pontificado. De siglo en siglo los Crescencios, los Arnolds, los Rienzi, intentaban resucitar el senado, los cónsules, los tribunales, las fasces y las águilas. Entonces el vicario augusto de Jesucristo era depuesto, desterrado, reducido á cautividad, pasando amargos días en la capital del mundo cristiano. Gelacio II muere cruelmente asesinado un día que oficiaba. A Lucio II se le mata en me-

dio de un motin. Lucio III es apedreado; á algunos de los sacerdotes que le acompañaban, y que fueron cogidos, les sacan los ojos y se les pasea sobre jumentos irrisoriamente, colocando sobre sus cabezas mitras de papel. En vista de tan indignos ultrajes, uno de estos desgraciados pontífices esclamaba: "Yo lo digo delante de Dios y de la Iglesia: si fuese posible yo desearia mejor un emperador que tantos tiranos!"

Sin embargo, el trono de la cruz permanecia inmoble en medio de las borrascas, despidiendo cada vez mas vivos resplandores. Segun sus promesas, el Verbo Eterno lo protegía desde lo alto del cielo; dándole por escudo el celo y la noble firmeza de pontífices tan ilustres como Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII; le rodeó del amor de los pueblos, como de una muralla inespugnable, y armó para defenderlo la piedad, y aun alguna vez, la ambicion de los monarcas. Digamos tambien que Dios pareció estender la vara de su maldicion sobre los opresores de su Iglesia. Una especie de fatalidad pesaba sobre la familia de Plantagenet, sobre la Casa de Salica, y perseguía, hasta estinguirla, la raza de los Hohenstaufen. Luis de Baviera perece desdichadamente de una caída de caballo, y aunque Felipe el Bello dejó tres hijos, que reinaron sucesivamente despues de él, la rama de su familia, tocada de cierta impotencia, no se continuó sino por mujeres y se vió forzada á transmitir el cetro á manos viriles.

Así pasaron miserablemente los reyes, las dinastías y las razas que habian osado atentar sacrilegamente al Arca Santa; ¡y la cruz permaneció de pié! Ella guardó su supremacía absoluta sobre las naciones nuevas hasta que se hubieron penetrado de su vivificante espíritu: entonces, aflojándoles las riendas las dejó, como el águila hace con sus polluelos, ensayar sus fuerzas en mas rudas pruebas, y se preparó, por su parte, á mas terribles combates.

CAPITULO XXIX.

Lo que la Cruz ha edificado.

Si quisiésemos entrar en el pormenor de las obras maravillosas que la cruz ha ejecutado, nuestra vida entera, aun cuando llegase á un siglo, no bastaria á enumerarlas. Así pues, no es este el punto que nos proponemos. Queremos solo caracterizar en una sola palabra la virtud que le es propia; comprender bajo un solo concepto la infinita variedad de resortes que ella ha hecho jugar en el pasado y los que pondrá en movimiento en el porvenir para la regeneracion del mundo; designar, en fin, el principio de todo bien que ha depositado en él y que es el fundamento de su reinado: *la Sociedad moral*. Ella ha colocado de nuevo á la humanidad en la senda de que Satanás la habia hecho salir, y le ha restituido las condiciones de desarrollo continuo que Dios le habia impuesto, permitiéndole avanzar con un paso seguro hácia un progreso indefinido.

¿Por qué durante cuarenta siglos, la humanidad, en vez de dirigirse á la perfeccion moral, descendía sin cesar en la pendiente de la decadencia? Por una sola causa. Porque despues de haber rechazado la autoridad divina, se encontró impotente para constituirse en sociedad moral. ¿Y de dónde le venia esta impotencia? De que no encontraba ya en ninguna parte las bases necesarias, sobre las cuales tiene que descansar toda sociedad para ser feliz, es decir, un poder *legislativo*, un poder *interpretativo* y un poder *ejecutivo* en el orden moral. Pues bien, esto es lo que la cruz ha remediado.

dio de un motin. Lucio III es apedreado; á algunos de los sacerdotes que le acompañaban, y que fueron cogidos, les sacan los ojos y se les pasea sobre jumentos irrisoriamente, colocando sobre sus cabezas mitras de papel. En vista de tan indignos ultrajes, uno de estos desgraciados pontífices esclamaba: "Yo lo digo delante de Dios y de la Iglesia: si fuese posible yo desearia mejor un emperador que tantos tiranos!"

Sin embargo, el trono de la cruz permanecia inmoble en medio de las borrascas, despidiendo cada vez mas vivos resplandores. Segun sus promesas, el Verbo Eterno lo protegía desde lo alto del cielo; dándole por escudo el celo y la noble firmeza de pontífices tan ilustres como Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII; le rodeó del amor de los pueblos, como de una muralla inespugnable, y armó para defenderlo la piedad, y aun alguna vez, la ambicion de los monarcas. Digamos tambien que Dios pareció estender la vara de su maldicion sobre los opresores de su Iglesia. Una especie de fatalidad pesaba sobre la familia de Plantagenet, sobre la Casa de Salica, y perseguía, hasta estinguirla, la raza de los Hohenstaufen. Luis de Baviera perece desdichadamente de una caída de caballo, y aunque Felipe el Bello dejó tres hijos, que reinaron sucesivamente despues de él, la rama de su familia, tocada de cierta impotencia, no se continuó sino por mujeres y se vió forzada á transmitir el cetro á manos viriles.

Así pasaron miserablemente los reyes, las dinastías y las razas que habian osado atentar sacrilegamente al Arca Santa; ¡y la cruz permaneció de pié! Ella guardó su supremacía absoluta sobre las naciones nuevas hasta que se hubieron penetrado de su vivificante espíritu: entonces, aflojándoles las riendas las dejó, como el águila hace con sus polluelos, ensayar sus fuerzas en mas rudas pruebas, y se preparó, por su parte, á mas terribles combates.

CAPITULO XXIX.

Lo que la Cruz ha edificado.

Si quisiésemos entrar en el pormenor de las obras maravillosas que la cruz ha ejecutado, nuestra vida entera, aun cuando llegase á un siglo, no bastaria á enumerarlas. Así pues, no es este el punto que nos proponemos. Queremos solo caracterizar en una sola palabra la virtud que le es propia; comprender bajo un solo concepto la infinita variedad de resortes que ella ha hecho jugar en el pasado y los que pondrá en movimiento en el porvenir para la regeneracion del mundo; designar, en fin, el principio de todo bien que ha depositado en él y que es el fundamento de su reinado: *la Sociedad moral*. Ella ha colocado de nuevo á la humanidad en la senda de que Satanás la habia hecho salir, y le ha restituido las condiciones de desarrollo continuo que Dios le habia impuesto, permitiéndole avanzar con un paso seguro hácia un progreso indefinido.

¿Por qué durante cuarenta siglos, la humanidad, en vez de dirigirse á la perfeccion moral, descendía sin cesar en la pendiente de la decadencia? Por una sola causa. Porque despues de haber rechazado la autoridad divina, se encontró impotente para constituirse en sociedad moral. ¿Y de dónde le venia esta impotencia? De que no encontraba ya en ninguna parte las bases necesarias, sobre las cuales tiene que descansar toda sociedad para ser feliz, es decir, un poder *legislativo*, un poder *interpretativo* y un poder *ejecutivo* en el orden moral. Pues bien, esto es lo que la cruz ha remediado.

Ella ha puesto las bases de la sociedad moral, sobre las que debe elevarse el edificio del bien para engrandecerse hasta tomar proporciones incalculables: tal es su obra divina, beneficio inestimable que resume todos los demás beneficios y nos ofrece una prenda segura de la salvación humana.

Como hemos ya procurado demostrar al principio de este libro, en Dios es en quien únicamente descansan los poderes constitutivos de la sociedad de voluntades libres. Todas las leyes del universo físico, moral é intelectual emanan verdaderamente del trono de la Majestad infinita; pero en tanto que las unas, aplicadas irrevocablemente á los seres privados de libertad, se conservan siempre inviolables, las otras, que se dirigen á los seres inteligentes y señores de sus actos, son susceptibles de violación y no permanecen inmutables sino en la voluntad soberana. Cuando, por su desgracia, la tierra las olvida, no puede encontrar de nuevo su huella sino volviendo sus miradas hácia los cielos. Pero ¿cómo llegar hasta las esferas inaccesibles donde brilla el esplendor eterno? ¿Cómo penetrar en ellas para tomar el fuego sagrado? La ley moral es Dios mismo; es el principio de su propia esencia y ningún mortal le ha visto jamás. Sin embargo, si el hombre no puede subir hasta Dios, Dios bajará hasta el hombre.

En las profundidades misteriosas de la Trinidad inefable resplandece el ideal de la armonía universal. Luz increada, tipo de todas las cosas, legislador de la eternidad, el Padre reside en el seno de las regiones de lo invisible; pero el Hijo, esplendor de su gloria y carácter de su sustancia, proyectando su luz más allá de todos los espacios, ilumina toda inteligencia que viene á este mundo, en tanto que el Espíritu, rayo de amor del Padre y del Hijo, enciende y reanima con su fuego todos los corazones. Pero la luz ha lucido en las tinieblas y las tinieblas no la han retenido; el calor se ha esparcido en las regiones heladas de la muerte; y ellas no han conservado la centella de la vida. Entonces el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros lleno de gracia y de

verdad, y el Espíritu Santo por la bondad del Padre y según la promesa del Hijo, ha descendido al fondo de los corazones y los ha bautizado con sus llamas.

Así es cómo la humanidad, vuelta á poner en comunicación con el cielo, ha recibido de él las aguas vivificantes por canales tan puros como la fuente misma. Por el Hijo, ha obtenido entrar en participación de la verdad del Padre, y por el Espíritu, ha experimentado los ardores del amor del Padre y del Hijo. "Yo no hablo de mí mismo, decía Jesucristo; pero mi Padre, que me ha enviado, me ha prescrito lo que debo decir, y yo sé que su mandato es la vida eterna."¹ Y después, en otro lugar añadía: "Yo rogaré á mi Padre, y Él os enviará al Espíritu que os enseñará toda verdad; porque Él no hablará de sí mismo, pero dirá todo lo que habrá entendido."²

Los tres poderes morales se hallan, pues, incontestablemente constituidos: el Padre es el legislador supremo é infalible; el Hijo es su verdadero intérprete, y el Espíritu Santo viene á ser el dispensador de su vida y de su mútuo amor. Pero así como el Hijo ha recibido sus poderes por delegación de su Padre, así también ha querido Él transmitirlos á su vez por una nueva delegación á simples mortales. Él los ha confiado á hombres de su elección, que ha instituido sus mandatarios cerca de sus semejantes, después de haberles prometido tanto en nombre suyo como de su Padre, la asistencia del Espíritu Santo. Antes de abandonar este mundo que no quería dejar huérfano, confirió á los que había escogido, su alta misión en estas solemnes palabras: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra. Recibid al Espíritu Santo. Él permanecerá con vosotros eternamente y hará que os acordéis de todo lo que os he dicho. Así como mi Padre me ha enviado os envío yo. Todo lo que atareis sobre la tierra será atado en el cielo y todo lo que desatareis en la tierra será

¹ San Juan, cap. 12.

² Idem, cap. 16.

desatado en el cielo. Id, é instruid á todas las naciones, enseñándolas á observar todo lo que os he prescrito. Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

He ahí de qué manera, por la constitucion de poderes delegados del cielo, la tierra ha sido puesta en posesion de la autoridad moral; autoridad indudablemente digna de todo respeto y de toda obediencia, pues que emana directamente del Criador y Señor soberano de todas las cosas. El reino de Dios queda definitivamente establecido entre los hombres; el verdadero bien y la sana moral tienen en ella, al fin, representantes y ministros legítimos.

Sin embargo, este reinado divino que se refiere por una parte á las cosas creadas, tiene que sujetarse á condiciones relativas. Es necesario que comience por no ser mas que un gérmen, pero gérmen completo y fecundo que contiene el principio de todos sus desarrollos ulteriores para tomar en seguida y sucesivamente, como una escelente semilla, un crecimiento maravilloso. ¿Seria dable creerlo? En esos doce pobres pescadores que rodean al hijo de una humilde mujer de Judea, se encuentran los elementos de la institucion mas extraordinaria que ha existido jamas; los fundamentos de la Iglesia católica, es decir, de la sociedad moral universal, que no se limitará á tiempos ni á lugares, y que será verdaderamente el centro y el lazo de toda la humanidad dividida, hasta entonces! Y para llegar á este resultado sublime, los apóstoles no tienen mas que dejar obrar el principio divino depositado sobre sus cabezas. Él habia dicho á uno de ellos: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella." Y Pedro viene á ser natural y legítimamente el gefe de la sociedad nueva: los demas apóstoles son sus colaboradores; y del destello de su poder, mas ó menos prolongado, descienden los ministros inferiores de la gerarquía santa. La Iglesia nace de algunas palabras de Jesucristo y llega, sin esfuerzos y á traves de todos los obstáculos, á una perfeccion que las socie-

dades civiles, no obstante el progreso de las edades y la ciencia de los legisladores, no han podido llegar jamas. En esta organizacion, destinada á proseguir la obra regeneradora de la redencion, al nombre del Hijo de Dios, la encarnacion se manifiesta visiblemente continuada. Así, pues, y por mas que los hayan cegado sus preocupaciones, los enemigos de la Iglesia no pueden menos de admirar el hermoso conjunto, el armonioso enlace de todas las partes que la constituyen; la unidad, la fuerza indestructible que de ellas resultan; y se ven compelidos á confesar que esta institucion, humanamente hablando, ofrece las proporciones admirables de una obra maestra política.

Si se considera que esta grande obra ha salido, en cierto modo, de la nada; que se ha desarrollado sin ningun auxilio humano, en medio de persecuciones, de combates y de oposiciones de todo género, la admiracion debe ser todavía mucho mayor. ¡La Iglesia se ha hecho lugar en el mundo á pesar del mundo! Al lado de las gerarquías, de las legislaciones, de las magistraturas, de las administraciones de los imperios temporales, ella ha establecido por todas partes, la gerarquía, la legislacion, la magistratura y la administracion de su imperio espiritual. He ahí lo que la distingue eminentemente de todo lo que no es mas que sistema y teoría: ella no es solamente un dogma y una moral, estendida en el fondo de un libro, y que se la somete con facilidad al escarpelo del análisis como hace el anatomista con el cadáver inanimado, sino una sociedad construida con todas sus piezas, viviendo visiblemente en medio de las demas sociedades, ofreciendo los títulos mas incontestables de una existencia, á la cual no se podría atentar sin violar la justicia y el derecho de gentes.

Platon, con su genio penetrante, habia presentido sin poderlo remediar, la nulidad de toda doctrina que no permaneciese eternamente viva; de toda doctrina estendida en las hojas de un libro como en una tumba, y cuyo espíritu enterado bajo la letra se hallase espuesto, sin defensa posible, á

merced del sofisma, de la ignorancia y de las pasiones. "El que se imagine, dijo, poder establecer, por solo la escritura, una doctrina clara y duradera, no puede ser sino un insensato: si poseía realmente los gérmenes de la verdad, se guardaría bien de creer que con un poco de licor negro y una pluma, podría hacerlos germinar en el universo, preservarlos de las inclemencias y comunicarles la eficacia necesaria; porque así como las imágenes de la pintura, vivas en la apariencia, guardan silencio con dignidad, si se les interroga, del mismo modo es la escritura, que no sabe lo que debe decirse á un hombre ni lo que debe ocultarse á otro. Si se la ataca ó insulta sin razon, no puede defenderse, porque su padre no está siempre allí para sostenerla."

¿Cuál doctrina, pues, de origen humano, gozará de la indisputable prerogativa que exigía el gran filósofo de Atenas? ¿Qué doctrina estará siempre acompañada de un autor pronto á sostenerla contra los ataques del raciocinio y preservarla de la acción disolvente de las edades? No conocemos ninguna. Solo á un Dios era concedido el poder decir con verdad y cumplir esas palabras que dominan todo el porvenir: "Id, que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." Solo un Dios, repetimos, podía asentar la sociedad moral sobre bases suficientemente sólidas, para estar á prueba de todos los esfuerzos, y para que cualquier fuerza viniese á estrellarse inútilmente contra ellas.

Jesucristo únicamente era, pues, capaz de salvar á la tierra de la anarquía de las doctrinas, á la cual estaba inevitablemente condenada, estableciendo en ella un poder moral legislativo, interpretativo y ejecutivo, permanente y siempre activo. Esta es la obra sublime que Él ha realizado en la institución de la Iglesia católica. Según sus promesas, ha fundado esta Iglesia sobre una piedra indestructible, la ha armado con su poder y la ha llenado de su espíritu. Bajo su soplo vivificador, ella se ha desarrollado como un germen bendito, se ha elevado como un árbol vigoroso que estendiendo á dis-

tancia sus inmensas ramas ofrece un dulce abrigo bajo su sombra á todas las aves del cielo.

"Entre el mar Tirreno, dice uno de nuestros ilustres oradores sagrados, y las negras cumbres de los Apeninos, en derredor de algunas colinas, un puñado de bandidos viene á construir sus cabañas. Abriendo los cimientos de sus primeras murallas encontraron una cabeza ensangrentada, y el oráculo les habia afirmado que su ciudad seria la cabeza del universo. Al cabo de siete años, despues de haber destruido la nacionalidad de todos sus vecinos, repletos de sangre, de despojos, de gloria y de orgullo, estos bandidos que eran ya la primera nacion del mundo, habian depositado su altiva república en las manos de un solo señor. . . . y este señor vivia cuando San Pedro deliberaba en qué lugar del orbe iria á fijar su Silla apostólica. ¡Lo creeríais! á la vista de este señor, cuyas miradas hacian temblar la tierra, en esta ciudad, sobre las gradas de ese trono, fué á poner San Pedro su cátedra y á buscar su independencia. ¿Qué independencia? La del que no teme morir por la verdad, la independencia del martirio. Entre sus sucesores no hubo mas que dos pontífices, durante tres siglos que murieron en su lecho, y eso porque los años se apresuraron en ellos un poco mas que los verdugos. Pero un príncipe joven sube al trono de los Césares, y este príncipe comprende el cristianismo, no solamente como religion de la mayoría, sino como venida de Dios para la salud de los hombres, y él la reconoce. Hace más: por uno de esos designios inesplicables segun el mundo, toma su trono y le trasporta á las estremidades de la Europa, á las orillas del Ponto Euxino, á fin de dejar á la majestad pontifical toda esa antigua Roma con su poder natural y su indecible ilustracion; y hecho esto ningun príncipe se sentará mas en Roma. Cuando Teodosio divida entre sus dos hijos el imperio de Oriente y de Occidente, en Milan y no en Roma reinará el emperador de Oriente. En vano los hérulos y los ostrogodos vendrán á establecer un nuevo reino en Italia;

Ravena será la ciudad que ellos elijan para fijar su capital. En vano los lombardos se acercarán á Roma; Roma no será su residencia sino Pavía. Los reyes y los emperadores no pasarán ya por la ciudad eterna sino como simples viajeros. En Roma es, pues, donde se habrá fijado el primer anillo de de esa larga cadena que despues de dar vuelta á toda la tierra vendrá á rematarse en el cielo!"

Es necesario, en efecto, estar tocado de una inesplicable ceguera para no comprender que Jesucristo ha querido edificar su Iglesia sobre un fundamento único, cuando se leen en el Evangelio estas terminantes palabras: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia." Y no se piense, como dice Bossuet, que este ministerio de Pedro concluya en él. Lo que debe servir de sosten á una Iglesia eterna no puede tener nunca fin. Pero cuando Pedro, despues de haber espirado en una cruz, se haya reunido á su Maestro en la gloria celestial, ¿qué vendrá á ser del edificio de la Iglesia? ¿Será arrancado de sus cimientos inmutables para ser transportado sobre otra base que no tenga mas solidez que la de sus promesas? Evidentemente no podia ser éste el designio de Jesucristo. Las prerogativas otorgadas al príncipe de los apóstoles debian revivir en sus sucesores. San Pedro fué, pues, reemplazado por San Lino, San Lino por San Anacleto y éste por San Clemente; continuando así, sin interrumpirse, la sucesion de los pontífices, herederos de la autoridad apostólica. Y para que este punto histórico tan importante, estuviese colocado fuera de toda duda, Dios ha permitido que de siglo en siglo se erigiese el catálogo de los obispos de Roma. Comenzado en el segundo siglo por San Ireneo, fué continuado sucesivamente hasta el quinto por Tertuliano, San Epifanio, San Opiato y San Agustin.

A ejemplo de San Pedro, á quien vemos siempre á la cabeza de los apóstoles, todos estos pontífices romanos, se consideraron como los gefes supremos de la Iglesia, ejerciendo en este sentido, sus poderes. Ya San Clemente, tercer su-

cesor de San Pedro, hace volver al deber á la iglesia de Corinto; San Victor I, que reinaba por el año de 193, excomulga á las iglesias del Asia, que se obstinaban en celebrar las Pascuas como los judíos, y en el siglo siguiente San Estéban I no teme combatir la decision de un concilio compuesto de sesenta obispos que tenia á San Cipriano á su cabeza, y le obliga á someterse. Desde entonces los papas toman el título de *gran sacerdote y obispo de los obispos*, siendo éste un hecho probado aun por el cargo que les dirige Tertuliano;¹ pero, por otra parte, la Iglesia ratifica la pretension que elevan á la precedencia. Ella reconoce la necesidad de la unidad, no solamente como tésis general, sino haciéndola efectiva en su persona. Al mismo tiempo que se veia á San Policarpo reunirse con San Aniceto para consultarle sobre diversos puntos de doctrina, San Ireneo se manifestaba convencido de que en la Iglesia de Roma era donde todas las demas iglesias debian ir á buscar la fuente de las tradiciones apostólicas.² A su vez, San Cipriano declara que no hay mas que un Dios, un Cristo y una cátedra episcopal, fundada primordialmente sobre Pedro, por la autoridad de Nuestro Señor.³ San Cirilo de Alejandría, San Gerónimo y otros muchos santos, espresan el mismo sentimiento.⁴ En Nicea fué donde el reconocimiento de la supremacía espiritual de Roma se hace de la manera mas solemne y brillante. El famoso concilio tenido en aquella ciudad, eligió por presidentes á los legados de la Santa Sede, y no contentos los Padres con tributar este homenaje á la primacía del papa, quisieron someter á él sus actos y pedirle su confirmacion. Por lo demas, la soberanía que Jesucristo habia concedido á los pontífices romanos en la persona de San Pedro, se manifestó de una manera mas y mas clara á medida que la Iglesia se desarrollaba y estendia su

1 *De Pudicitia*, cap. 1.

2 *Adv. Heres.*, cap. 3.

3 *De unit.*

4 *De S. Trinit.*, epíst. ad Dam.

poder. Desde el siglo sexto, quedó abolido el nombre de papa que se daba á los obispos, á fin de que, reservado tansolo al patriarca de Occidente, sirviese para distinguirlo y elevarlo sobre todos los que dividian con él las dignidades apostólicas.¹

La sociedad de las almas producida por la cruz tendrá, pues, por carácter especial, el de ser sola y única; porque si las sociedades civiles, que dependen del arbitrio de los hombres pueden multiplicarse y tomar diversas formas, la sociedad moral que dimana de Dios y tiene por objeto el conocimiento y la verificación del bien, no podía sujetarse á diferentes direcciones. Para reunir en un centro de unidad la gran familia terrestre, ella se resumirá en un solo gefe, vicario de Jesucristo, centro de vitalidad moral, así como el corazón lo es de vitalidad física; principio motor que, recibiendo el impulso del mismo Dios, lo comunicará hasta las últimas fibras del gran cuerpo, de que es el alma. Era digno del que todo lo puede, querer que en la tierra no hubiese mas que un rebaño y un pastor: este es, además, el sello que llevan todas las obras de Dios: ellas están siempre dispuestas en el orden gerárquico mas perfecto. Partiendo de un solo punto descenden hasta su último término con una gradacion gerárquica tan armoniosa, como las diversas partes que la componen: lejos de chocarse entre sí, no hacen mas que prestarse un mútuo y constante apoyo. Así, pues, desde un tiempo inmemorial nada se ha podido encontrar mejor para confundir y avergonzar á las sociedades civiles de sus discordias, que oponerles, como Menenio Agripa, la armonía del cuerpo humano, este compendio de las maravillas de Dios.

Constituida por el modelo del ideal divino, la Iglesia nos presenta un vasto conjunto, coordinado gerárquicamente desde la base hasta la cima, subiendo con admirable proporcion sobre esta base. Por toda la tierra se extiende la jurisdiccion

¹ Véase á Hurter, *Cuadro de las Instituciones de la Edad Media*, pág. 67.

del pontífice de Roma, monarca soberano que reúne en sí el gobierno y la sobrevigilancia de la Iglesia universal. En derredor de este trono monárquico se coloca una poderosa aristocracia de patriarcas, primados, arzobispos y obispos, á la cual está conferida una jurisdiccion mas inmediata sobre provincias particulares, ó sobre series de provincias. En fin, en los últimos escalones se extiende una especie de democracia activa, compuesta de sacerdotes, de diáconos, de subdiáconos, de simple clérigos que, en contacto habitual con los individuos les comunican la vida que ellos reciben de lo alto. "De este modo, dice el P. Lacordaire, reúne en su seno todos los elementos del poder: la unidad que coordina, la acción que extiende, la moderación que impide á la unidad ser absoluta, y la acción del ser independiente: economía perfecta que ningún gobierno ha poseído nunca, porque en todos los gobiernos humanos los tres elementos del poder procuran siempre destruirse el uno al otro á causa de las pasiones del hombre."¹ Agreguemos aún, que en esta magnífica institución, el orden está tan hábilmente combinado con la libertad, y la supremacía con la igualdad; que los gefes, tomados indistintamente de todas las clases sociales, reciben su dignidad de una libre elección, y que hasta los que guardan cerdos podrían, como Sixto V, subir las gradas del trono pontifical para ilustrarlo.

¿Pero de qué espíritu deberán estar animados los vicarios de Jesucristo sobre la tierra? Del espíritu de caridad, de humildad, de abnegación, es decir, del espíritu mismo de su Maestro, que habiendo venido para servir y no para ser servido, les habia recomendado siguiesen su ejemplo por medio de estas afectuosas palabras: "Vosotros me llamais Maestro y Señor, y teneis razón, porque lo soy. Por lo mismo, si yo que soy vuestro Maestro y Señor os he lavado los piés, vosotros debéis también lavaroslos unos á otros." Ellos deberán ser menos gefes que padres, y menos maestros que amigos. El

¹ Confes. de N. Sra., tom. I, pág. 40.

primero de entre ellos se le reconocerá siempre por el servidor de los servidores de Dios. Justamente con los obispos, sus hermanos, velará con una solicitud constante en los grandes intereses de las almas, en la integridad del dogma, en la pureza de la moral, en la santidad del culto, en la conservación de la disciplina. Enviados por ellos y bajo su alta dirección, los sacerdotes sembrarán por todas partes la palabra evangélica, administrarán la mayor parte de los sacramentos, ofrecerán el divino sacrificio, dispensarán, en una palabra, los beneficios de la encarnación. Ellos se mostrarán prontos siempre á volar donde el afligido pide consuelos, el pobre socorros, el enfermo alivios. Para consagrarse mas absolutamente al servicio de sus semejantes, todos los ministros de Cristo deberán renunciar á sí mismos y se desprenderán, segun el consejo del Apóstol, de las dulzuras de una familia propia, para no quitar nada de sus cuidados á la gran familia humana. Colocados en medio del mundo como la ciudad sobre la montaña, necesario es que su luz, brille delante de los hombres y los escite á tributar gloria á Dios; destinados á ser la sal de la tierra, su virtud debe estar exenta de toda corrupción. "Que el obispo, dice el Apóstol, sea irrepreensible, sobrio, prudente, grave, modesto, casto, hospitalario, instruido; que no sea inclinado al vino, ni violento, ni iracundo; sino antes bien, moderado, pacífico, equitativo y desinteresado. Necesario es que los demas rindan de él un testimonio favorable. Que de la misma manera, los diáconos sean honestos y arreglados; que no sean ni dobles en sus palabras, ni inclinados al vino, ni ávidos de una ganancia sórdida, sino que conserven el misterio de la fé con una conciencia pura. Ellos deben ser probados antes de admitírseles á las funciones del ministerio. Hombre de Dios, recomienda al sacerdote Timoteo, que observe en todo la justicia, la piedad, la fé, la caridad, la paciencia, la dulzura; conservaos puro y casto y sostened con denuedo y constancia el santo combate de la fé."¹

¹ *Epíst. á Timot.*, capítulos 3 y 6.

La cruz, sin embargo, no habia circunscrito á estos límites la generosidad de sus instituciones. A fin de favorecer la consagración del sacerdocio, ella suscitó un ejército innumerable de hombres, desprendidos, cuanto cabe en la naturaleza humana, de las trabas del mundo y entregados á las prácticas de la mas alta perfección. Abdicando de la carne por la castidad, renunciando á las conveniencias materiales por la pobreza, y deponiendo á los piés de la Iglesia su voluntad por una completa obediencia, vinieron á ser en sus manos poderosos instrumentos de salvación para el mundo. Con tiempo los Antonios, los Pacomios y los Baslios prepararon en Oriente un refugio á los que huían de la devastación de los bárbaros ó temían el contagio del paganismo. Entregándose sus numerosos discípulos en la soledad del desierto y en la paz del monasterio al ejercicio de todas las virtudes cristianas, hicieron contrapeso á los vicios de sus contemporáneos, y vinieron á ser para los infieles y para los fieles relajados una predicción viva de la santidad y de la fuerza evangélica. En Occidente fué donde, sobre todo, la vida monástica tomó su verdadera forma y manifestó su unión orgánica con la Iglesia.

En tiempo en que la Europa no presentaba mas que ruinas y despojos materiales é intelectuales, se erigieron bajo la regla de San Agustín y de San Benito, numerosas comunidades que se propusieron por objeto general, desmontar ese doble desierto, haciendo volver á florecer en él al mismo tiempo, la cultura de los campos y la de las ciencias y de las artes. Los benedictinos, propiamente dichos, los clunisienses, los chartrenses, los cisterciacos, los agustinos y otros de no menor virtud y nombradía, estendieron en toda la Europa sus ramificaciones y la salvaron, por medio de sus constantes esfuerzos, de las tinieblas y de los males de la barbarie; ya unas veces, llevando la antorcha de la fé á las comarcas todavía idólatras, como San Agustín, San Bonifacio, San Ansario que convirtieron la Iglaterra, la Alemania, la Dina-

marca y la Suecia, ya conservando y reanimando los restos de los conocimientos antiguos y de las producciones del talento, fundando escuelas y contribuyendo á la reforma de las costumbres con sus ejemplos y predicaciones; ya enseñando á los hombres nuevos, como en otro tiempo los dioses á los hombres de la antigüedad, el arte de labrar la tierra y de hacerla fecunda, y ya, por último, suministrando á los reyes sus mas hábiles consejeros y á la Iglesia sus mas santos pontífices. Cuando tuvo lugar el concilio de Constanza, se contaban ya treinta y cinco papas, doscientos cardenales, mil ciento sesenta y cuatro arzobispos, tres mil quinientos doce obispos, una multitud innumerable de escritores, y cincuenta y cinco mil cuatrocientos sesenta monjes que habian vivido conforme á la regla de San Benito.¹

Todas las órdenes monásticas se han distinguido por su caridad hácia los pobres, los enfermos y los caminantes; por su celo en difundir las luces del Evangelio y por su caridad ardiente en favor de la humanidad. Donde quiera que el hombre corria algun peligro, estaba seguro de encontrar religiosos que con desprecio de su propia vida velaban para conjurarlo. En la profundidad de los bosques, en la cima de las montañas cubiertas de eternas nieves, sobre el borde de los precipicios, en el fondo de los desiertos, su beneficencia habia establecido hospederías y organizado auxilios.

La caridad tuvo, sin embargo, sus representantes especiales. Cuando los musulmanes llegaron á hacerse dueños de la Palestina, los fieles á quienes su piedad impulsaba á visitar los Santos Lugares, no encontraban ya seguridad en los caminos ni donde abrigarse al término de su viaje. Gerardo Thom funda entonces la orden de los *Hermanos Hospitalarios* para recoger á los peregrinos y proporcionarles alivio á sus fatigas y sufrimientos. Ellos desempeñaron su noble encargo con el mayor celo, llevando su dedicacion hasta el punto de no comer sino pan de salvado para reservar á los enfermos

¹ *Binterim*, III, II, 449.

el de trigo puro. Pero muy pronto la narracion y la vista de los ultrajes y malos tratamientos que sufrían sus hermanos por parte de los infieles enardecieron su celo; ellos se armaron para defenderlos, y estos monjes soldados, bajo el nombre de *Caballeros de San Juan de Jerusalem, del Templo y de la Orden Teutónica*, vinieron á ser el mas poderoso baluarte de la Europa contra las invasiones del mahometismo. Mas tarde Gui de Montpellier generalizó la institucion de los *Hermanos hospitalarios* formando una asociacion esclusivamente consagrada al alivio de los enfermos y de los pobres; y poco despues Juan de Matha, completó las obras destinadas á reparar los daños causados por los musulmanes á los cristianos, fundando la orden de los *Trinitarios* que con la bolsa de la caridad en la mano, debían ir á afrontar la peste, la esclavitud y el martirio para arrancar sus hermanos cautivos á las cadenas de los bárbaros discípulos del Corán.

Pero, velando siempre en los peligros exteriores, era necesario pensar tambien en los peligros interiores: combatiendo siempre á los enemigos del cuerpo, era necesario hacer frente al mismo tiempo á los enemigos del alma. Cuando el espíritu pagano, alterando el dogma por las sutilezas de la discusion y desnaturalizando la moral por la ostentacion de falsas virtudes, que encubrian vicios odiosos, hacia vacilar á los doctos y arrastraba á los ignorantes; cuando los herejes recorrían el mundo esparciendo en él sus funestas doctrinas, la Iglesia tuvo tambien, segun observa el P. Lacordaire, sus predicadores contra aquellos predicadores, y á este fin dos nuevas órdenes monásticas aparecieron: la de San Francisco de Asís y la de Santo Domingo. Estas dos órdenes tenían una doble mision que llenar. Siguiendo por una parte al sofisma en el terreno que se colocaba, ellas le combatieron en las altas regiones de la ciencia; y descendiendo por la otra hasta el pueblo y mezclándose en él, le sostenían en sus buenos instintos, é impedían que se estraviase en su impetuosa actividad.

Así, pues, jamás el celo de la milicia sagrada hizo falta á la Iglesia. En la sucesion de los siglos, á medida que los peligros ó las necesidades acrecian, que los enemigos se multiplicaban y aumentaban en poder, se veian campeones mas ardientes bajar á la arena y sostener con un vigor infatigable los derechos de la cruz.

Todavía más: á los héroes esclarecidos de la santa milicia se asociaron heroínas no menos ilustres. La debilidad del sexo quedó vencida. Levantadas de la abyeccion en que yacian, por la doctrina evangélica, las mujeres rivalizaron en celo y en ardor con el sexo mas fuerte; y si la naturaleza de las funciones del sacerdocio no era compatible con su propia naturaleza, ellas demostraron que tenian una fuerza viril en la esfera del sacrificio y de la caridad. A ejemplo de los hombres fundaron innumerables comunidades religiosas en las cuales vivieron practicando las mas puras virtudes: ellas tributaron á la religion y á la humanidad servicios inestimables que aceptó y bendijo la Iglesia reconocida.

La sociedad moral nacida de la cruz, enriquecida ya con tan preciosos servicios, pudo presentarse al mundo adornada con los gloriosos títulos de bienhechora y civilizadora de los pueblos. Todos esos innumerables hijos é hijas de Dios arrancándose voluntariamente á la vida general, no solamente dejaban mas savia como los vástagos separados de la viña dejan mas jugo á la cepa, sino que elevándose á una actividad superior, en vez de morir como aquellos, le comunicaban mayor energía y vigor; semejantes á esos viajeros que bajándose del carro para aligerarle en un paso difícil, le prestan ademas el auxilio de sus brazos para ayudarle á salir de él.

Por la oracion continua y la contemplacion, ellos unian la tierra con el cielo; la iluminaban con la luz de la ciencia, la atraian al camino del bien por medio de su palabra y por el ejemplo de sus virtudes: sobre ella hacian caer todos los frutos temporales y espirituales de su austera penitencia, en-

señándola á resignarse al sufrimiento, á la pobreza, á las miserias, á que se entregaban ellos mismos para librarla.

Sin duda que la debilidad humana, junto con las costumbres de los tiempos bárbaros ú otras desgraciadas circunstancias, ha podido hacer que las instituciones monásticas se desviasen de su destino primitivo y que se introdujesen los abusos en ellas; pero, ademas de que todo lo que toca al hombre por cualquiera punto no puede evitar la corrupcion, cuyo gérmen lleva en su misma naturaleza, si solo se quieren mirar en las cosas los abusos, no habria nada que pudiera considerarse bueno: seria necesario rechazar hasta el pan que nos alimenta y el licor generoso que nos fortifica, porque pudiesen contener alguna sustancia impura. ¿Y qué tenemos que hacer aquí con el hombre y su corrupcion? Se trata únicamente de la Iglesia y de sus intenciones sublimes que nada pueden alterar: por lo demas, los abusos no tienen ningun valor contra una institucion de la cual ha podido decir M. de Chateaubriand con toda verdad: "El mas bello elogio que podriamos hacer de la vida monástica seria presentar el catálogo de los trabajos á que se ha consagrado. Comenzariamos por hacer la lista de las calamidades que agovian el alma ó el cuerpo del hombre, y colocariamos bajo cada dolor la asociacion cristiana que se dedica al consuelo de este dolor. No hay en esto exageracion: un hombre puede pensar en tal ó cual miseria, y se puede apostar mil contra uno que la religion ha adivinado su pensamiento y preparado el remedio."¹

Ved ahí lo que la cruz ha hecho para asegurar entre nosotros el establecimiento, la interpretacion y la ejecucion de la legislacion moral. Sobre el océano anárquico de los principios, en que la humanidad flotaba sin guía al impulso de todos los vientos, ella ha lanzado una arca santa, que regida por la mano infalible de Pedro y servida por intrépidos marineros, navegará felizmente por en medio de todos los escollos, y ofrecerá siempre un refugio seguro á los náufragos de los errores y de las pasiones humanas.

¹ Genio del cristianismo, tom. III, páginas 61 y 223.

CAPITULO XXX.

De que manera ha gobernado la Cruz.

Nos es ya conocido el programa, si podemos llamarlo así, de la mision que Jesucristo habia encargado á su Iglesia: "*Id, é instruid á todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo, y enseñadlas á observar todas las cosas que os he prescrito.*"¹ La Iglesia fué religiosamente fiel á este mandato.

Id le habia Él ordenado, y ella fué: el celo de sus apóstoles no conoció límites ni obstáculos. Toda la tierra escuchó su voz. El mundo griego y romano, cedió desde luego á su activa influencia: ellos le conquistaron á costa de grandes esfuerzos y de mucha sangre. Muy pronto su obra fué trastornada por los bárbaros, y fué necesario comenzarla otra vez sobre un terreno nuevo; pero ellos no se desanimaron nunca. Los bárbaros á su turno, oyeron la palabra evangélica, y sucesivamente los godos, los lombardos, los francos, los anglosajones, los germanos, los daneses, los suecos, los slayos, los rusos, los búlgaros, los normandos y los húngaros entraron en la sociedad espiritual.

Cuando la Europa quedó enteramente sometida á la fé, los obreros de la viña del Señor se dirigieron de nuevo hácia las comarcas que habian dejado apagar la antorcha divina, ó á las que todavía no habia alumbrado su luz. Desde el duodécimo siglo los religiosos de la orden de San Francisco penetraban en la Africa, en la Siria y hasta en la China. Mas tarde, cuando Vasco de Gama hubo descubierto nuevas rutas

¹ San Mateo, cap. 28.

sobre los mares y Cristóbal Colon un nuevo mundo, los misioneros, no menos solícitos que sus predecesores en obedecer la orden del Maestro, subieron á los bajeles de estos atrevidos navegantes, abordaron á todas las playas, á todas las islas, y más empeño y ardor pusieron en buscar á los salvajes en la profundidad de las selvas, para salvar sus almas, que otros en hallar el oro y los diamantes.

Este celo de amor tan maravilloso y perseverante que Jesus creó con una palabra, no ha tenido modelos en la antigüedad. No se vió nunca en los sacerdotes ni en los filósofos del paganismo, ni aun en los ministros de la ley de Moisés, tan generoso entusiasmo para marchar á la conquista de las almas, con desprecio de los mas grandes sacrificios, de los tormentos y de la muerte. El proselitismo religioso no data sino de la Era Cristiana.

Pero si Jesucristo habia dicho á sus apóstoles: *Id!* les habia añadido, *instruid*; y sobre este punto ¿no debemos admirarnos de que se haya podido acusar no pocas veces de fautora de la ignorancia á una Iglesia, á quien se habia impuesto como primer deber, cuando hubiese penetrado en las naciones, instruir las y moralizar las? ¿Habria ella desobedecido á su gefe? ¿Habria faltado á su santa mision? El ardiente proselitismo de que ha dado pruebas y que admiramos hoy mismo, no permite creerlo. ¿Con qué fin, en efecto, recorrian sus apóstoles el mundo, sino con el de esparcir la simiente de la santa doctrina? Y en esto, permítasenos observarlo otra vez, ellos le ofrecian un espectáculo enteramente nuevo, que la antigüedad no conoció nunca, la enseñanza moral popular. Ni el sacerdote habia tenido bastante virtud, ni el filósofo bastante horror al vicio, para que de comun acuerdo, intentasen regenerar la tierra desterrando de ella el error y la corrupcion.

¿Pero bajo qué respecto, tocante á la instruccion de los pueblos, se colocaron los ministros del Evangelio? Pobres y sin estudios, ¿qué les venian ellos á enseñar de nuevo? Una

cosa que no ha sido dado descubrir nunca al estudio ni á la ciencia; *la ley moral*. Lejos de pretender el título de sabios, se confesaban desde luego ignorantes, pero al mismo tiempo se instituian como los ministros de Aquel que tiene únicamente el derecho de dictar á los hombres la regla de la vida, y probaban de una manera evidente que si la filosofía no habia enriquecido su espíritu, la Sabiduría eterna hablaba por sus labios. Ellos por sí solos reivindicaron el derecho de promulgar, interpretar y hacer ejecutar la ley moral, no tanto como hombres, cuanto como delegados de Dios, participando de su infalibilidad. No se les acusará sin duda de negligentes en el desempeño de estas importantes y sublimes funciones, puesto que desde la primera predicacion de San Pedro, la palabra apostólica no ha cesado de resonar en todo el universo ante los grandes como ante los pequeños, ante los sabios como ante los ignorantes, ante los pueblos civilizados, como ante los pueblos bárbaros, obligando incesantemente á los hombres á cumplir, en todos tiempos y circunstancias, las prescripciones de la ley divina.

¿Se atrincheraban ellos, sin embargo, tan obstinadamente en las alturas de la infalibilidad, que desdeñasen el concurso y el auxilio de la ciencia? De ninguna manera. Sabian que el hombre destinado á ser el cooperador de su misma salvacion, debia para ennoblecer la sumision de su libertad, procurar el conocimiento de la legislacion revelada, y comprender la relacion armoniosa que existe entre ella y su propia naturaleza, á fin de penetrar profundamente su sentido; porque á medida que adelantase en sabiduría y verdad, sentiria hacerse mas fiel á su creencia y sacaria de esta fidelidad los mas preciosos frutos. Esto no era, por otra parte, un secreto para los apóstoles, sino antes bien, el objeto del cristianismo. No ponian en duda que al regenerar al hombre, debia elevar no solo una sino todas sus facultades, hasta su mas alto punto de desarrollo.

No honrando todo lo que contribuye á la gloria del espí-

ritu humano, todo lo que realza la dignidad del hombre, la Iglesia se habria desmentido á sí propia, habria marchado en sentido inverso de la direccion que habia recibido. Así, pues, cuando ella llegó á alcanzar en medio de las sociedades, la posesion de la civilizacion material, intelectual, artística é industrial, no se la vió nunca atentar contra esta civilizacion; únicamente se dedicó á despojarla de lo que podia contener de funesto, y en hacerla convertir al provecho de los intereses morales. Ella admitió solícita en su seno á los hombres ilustres por su saber ó por su elocuencia, bajo la condicion de que pusiesen á su servicio el poder de su pensamiento y de su palabra. Si se glorificaba del heroismo de sus mártires, tambien se enorgullecia del genio de sus doctores. A ejemplo de Dios, que, en la Escritura, no se desdeña de tomar el título de *Señor de las ciencias*, y promete á aquellos que las hubiesen cultivado santamente una eterna corona, brillante como los astros del firmamento, la Iglesia favoreció de una manera particular el cultivo de la inteligencia y acordó homenajes privilegiados á los que hacen buen uso de sus talentos. Sus mas grandes santos, como los Justinos, los Clementes, los Basilio, los Crisóstomos, los Agustinos, los Gerónimos, los Ambrosios y otros muchos, fueron tambien ilustres sabios. Se sabe qué grito de reprobacion arrojaron los Padres de la Iglesia contra el emperador Juliano, cuando quiso prohibir á los cristianos el estudio de los maestros de la antigüedad. Ellos maldijeron la memoria del apóstata, y le contaron en el número de los mas temibles perseguidores.

No se crea, sin embargo, que la Iglesia tiene la pretension de crear las ciencias que se llaman profanas: este cuidado lo ha remitido Dios al espíritu humano: ella las toma en el estado en que las encuentra, y su papel se limita á favorecer y arreglar su desarrollo. Despues de haber penetrado entre los bárbaros ignorantes y rústicos, no los hace de repente instruidos y cultos, porque, como ya otra vez hemos dicho, el cuerpo de la Iglesia ha sido sometido á la ley natural del cre-

cimiento sucesivo; pero cuanto pudo hacer para ayudarles á salir de su estado de barbarie, lo ha hecho. Todas las escuelas que se formaron en Europa tuvieron por fundadores, obispos, sacerdotes y monjes. Cerca de las casas de Dios, se elevaban siempre las casas de la ciencia donde la juventud iba á adquirir los elementos de la vida intelectual. Los conventos fueron las arcas santas donde en medio del naufragio se conservaron los restos de la tradicion de las pasadas edades. Sin duda la ciencia no estaba á la altura á que hoy ha llegado, como dentro de algunos siglos, no será lo que es ahora, por la razon de que lo que renace, lo mismo que lo que nace, pasa necesariamente por largas faces antes de llegar á cierto grado de perfeccion. Pero la Iglesia no omitió de su parte ningun esfuerzo para volver á encender entre los pueblos la antorcha de la inteligencia, largo tiempo apagada. Por todas partes fué á solicitar la luz y la recibió aun de las manos de sus enemigos los paganos y los árabes, aun cuando en ello viese algun peligro. Ciencias, artes, industria, nada se escapa á su diligencia; ella se ocupa de todo y lo protege todo. Bajo su influencia bienhechora, se erigen las universidades que cubren la Europa llenas de ilustres maestros, y á cuyo seno acuden multitud de discípulos, ávidos de instruccion. Las sombras se disipan y el dia renace y estiende su luz en el horizonte del mundo intelectual!

Durante esta agitacion ardiente de los espíritus, la Iglesia no perdía de vista su mision especial; ella no dejaba de dispensar á todos la verdad moral que es su bien propio, y velaba con una activa solicitud en que la razon humana, sobrepasando sus derechos, no viniese á desnaturalizarla. Es que al mandato que Jesucristo le habia impuesto de instruir á todas las naciones, habia añadido el de *bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Por mucho tiempo, en efecto, los hombres y sus obras habian estado marcadas con el sello de Satanás; por mucho tiempo habian empleado para el mal las nobles facultades que

Dios les habia concedido; por mucho tiempo la ciencia se habia hecho el artífice del error, y el arte el cómplice del vicio: era preciso que en lo de adelante todo tomase una direccion diferente, y que la actividad humana concurriese al bien como habia concurrido al mal. Al derramar sobre la cabeza del cristiano la agua regeneradora, la Iglesia le exigía renunciase á Satanás, á sus pompas y á sus obras, para consagrarse enteramente al servicio de Dios. Así es cómo la humanidad, sepultada con Jesucristo por el bautismo y muriendo con el pecado, debia como Él resucitar y marchar por una nueva senda, sabiendo que el hombre viejo ha sido crucificado y que la esclavitud de las pasiones debe ser destruida. Fortificar vigorosamente al hombre contra el pecado, purgarlo del fermento de la corrupcion, causa de todos nuestros males, tal fué el pensamiento constante de la Iglesia. "Sea comiendo, sea bebiendo, recomendaba ella, hacedlo todo por la gloria de Dios." A este noble fin debian referirse todas las acciones, aun las mas indiferentes, y desde entonces, la tierra, en continua comunicacion con el cielo, dejaba de rodar sin objeto, como un astro perdido en la nada de los espacios. Todo vino á convertirse en culto: he ahí, por qué el culto cristiano pudo revestirse con la mas grande magnificencia ó celebrarse con la mas tierna sencillez.

Pero este culto tenia un centro: era Jesucristo encarnado, ofreciéndose en sacrificio, y permaneciendo bajo las especies de pan y vino entre los hijos de los hombres para alimentarlos con su pura sustancia, santificarlos con su presencia é interceder por ellos cerca de su Padre. La Iglesia convoca en derredor de este centro divino, todos los homenajes de la inteligencia humana. La arquitectura elevaba el templo, la pintura y la escultura le decoraban; la industria cincelaba los vasos, tejía los ornamentos santos, ilustraba con el buril los libros de las oraciones; la música hacia resonar con armoniosos acentos la sonora nave, la elocuencia la llenaba con sus acentos sagrados, y la poesía misma estaba invitada como las

demas artes á asociarse á los elogios de la augusta Trinidad y á inspirar á las almas piadosas emociones. Todo el curso de la vida venia sucesivamente á purificarse y á fortalecerse en los misterios del Santuario: el nacimiento por el Bautismo, la adolescencia por la Confirmación, la edad madura por el matrimonio ó el órden, y la hora suprema por la Uncion del oleo consagrado.

Dos sacramentos debian acompañar al hombre en toda la carrera de su peregrinacion terrestre, para levantarle incesantemente y prestarle nuevo apoyo y vigor, la penitencia y la Eucaristía. Estos dos sacramentos han sido para la Iglesia los mas poderosos instrumentos de la civilizacion moral. Hacer salir el alma de su aislamiento, penetrar hasta en los mas recónditos repliegues de la conciencia, perseguir allí al pecado, alcanzarle y no dejarle ningun abrigo donde pudiera ocultarse, tal es lo que se propuso obtener por medio de la penitencia; queria que todo el mal que pudiese cometerse y aun pensarse en la tierra, se viese compelido á venir á descubrirse y á pedir su sentencia de esterminio; queria que la confesion hiciese la guerra al vicio hasta en su asilo inespugnable, el corazon humano; y cualquiera que medite en este sacramento, y lo rechace, declara por lo mismo que no tiene hácia el mal un odio bastante fuerte, pues que le permite crearse en el seno de la mas noble criatura una guarida oculta donde la mirada de la justicia sea impotente para descubrirle. Mas luego que el hombre está absuelto y purificado, la Eucaristía lo pone en comunicacion inmediata con Dios, y enciende en sus entrañas un fuego divino, bastante ardiente para secar hasta en sus raices el gérmen diabólico de la carne.

Estas dos tan preciosas instituciones han arrancado á la filosofía notables elogios. "Por la comunión, ha dicho Voltaire, el hombre queda unido con Dios; Dios viene á ser nuestra carne y nuestra sangre. ¿Quién osará, quién podrá cometer despues de esto una sola falta ni aun concebir el pensamiento de ella? Imposible, sin duda, era imaginar un misterio que

retuviese mas fácilmente á los hombres en la virtud." "Se puede considerar, dice en otro lugar, á la confesion como el freno mas grande de los crímenes secretos, y que se sustraen por lo mismo frecuentemente al poder de la justicia humana;" y Rousseau añade: "¡Cuántas restituciones, cuántas reparaciones no ha hecho ella se efectúen entre los católicos!" Así, pues, los pastores cristianos no han dejado jamas de invitar á sus fieles á acercarse con frecuencia al tribunal sagrado y á la mesa santa.

La Iglesia, sin embargo, no se contentaba con estrechar los lazos de Dios con los individuos, ella estrechaba ademas entre sí los seres colectivos: imprimia su sello sobre la familia por el sacramento del matrimonio, sobre el sacerdocio por el del órden, sobre los pueblos por la consagracion de sus gefes: ella colocaba bajo la proteccion de uno ó de varios de sus santos, las naciones, las ciudades y aun los pequeños pueblecillos, consagrando con sus bendiciones, sus instituciones, sus empresas y sus trabajos. El mundo que, bajo el imperio de Satanás, habia recorrido una carrera de cuatro mil años, empezaba una vida nueva, y desde entonces los siglos, volviendo á comenzar su curso en la era de la encarnacion del Hijo de Dios, iban á llevar en todas sus divisiones la marca del nuevo reinado. El círculo entero del año, no seria ya sino una sucesion continua de fiestas conmemorativas de los mas grandes misterios: cada dia se honraria á Dios celebrando las virtudes de sus santos; cada hora del dia y aun de la noche corresponderia á alguna parte de los divinos oficios é infundiria en el alma cristiana pensamientos de alta piedad religiosa. Como todo habia participado de la caida del hombre, todo debia despues participar de su regeneracion; así pues, la Iglesia por medio de sus oraciones y de sus exorcismos santificaba y purificaba aun á los seres ininteligentes ó inanimados que sirven á las necesidades del hombre invocando el poder celestial, á fin de que los sustrajese á toda influencia perniciosa.

De este modo, el mundo, arrancado al espíritu de las tinieblas, debía revestirse de un carácter de santidad, á fin de poder elevarse á la dignidad sublime de reino de Dios. Pero para que llegase á esta dignidad, era necesario que la voluntad de Dios se hiciese sobre la tierra como se cumple en los cielos, segun la admirable oracion enseñada por Jesucristo á sus apóstoles; y por lo que ellos recibieron de su parte el cuarto y último mandamiento, de *enseñar á las naciones á observar todas las cosas que Él habia prescrito*. La fidelidad de los apóstoles en obedecer la palabra de su Maestro no se desmintió en un solo punto; ellos llenaron su mision en todas sus partes. Asistidos por el Espíritu Santo, que les habia sido prometido, vinieron á ser por todas partes los predicadores y los intérpretes infalibles de los preceptos del Evangelio. Por medio de ellos, la Iglesia no cesó de proponer á los pueblos el perfecto ideal de la civilizacion moral que formularon con tanta claridad y precision en sus epístolas, y que permanecerá siempre como una base eterna sobre la cual deben asentarse las instituciones humanas, si aspiran á ser duraderas.

Conforme á la enseñanza apostólica, magnífica esposicion del Evangelio, los hombres todos no forman sino una gran familia cuyo Padre es Dios; todos vienen á ser hermanos, iguales, solidarios; y por lo mismo, cuando uno de los miembros de esta familia sufre, todos deben sufrir con él; no hay ya judíos ni gentiles, ni griegos ni bárbaros, ni libres ni esclavos, ni hombres ni mujeres; todos son unos mismos en Jesucristo.¹ Hemos sido rescatados á demasiado precio para venir á ser esclavos de los hombres; estamos, pues, llamados á un estado de libertad; pero si somos libres no es para servirnos de nuestra libertad como de un velo que cubra nuestras malas acciones, sino para obrar en todo como servidores de Dios. Debe haber, pues, entre todos los hombres una perfecta union, una bondad compasiva, una amistad fraternal,

¹ San Pablo, *Epíst. á los Colos.*, cap. 3.

una caridad indulgente, acompañada de dulzura y de humildad.¹

De estos principios, nacen los derechos y al mismo tiempo los deberes sociales, que en la legislacion cristiana se garantizan y se compensan mutuamente. Ningun hombre tiene por naturaleza el derecho de mandar á los demas hombres; pero como la autoridad es indispensable para mantener el orden y la unidad entre las libertades individuales, el poder tomará un carácter sagrado, vendrá á ser una delegacion del cielo. Aquel que sea elegido gefe por las vías legítimas, ó cuyo poder le sea transmitido en virtud de las leyes que forman las instituciones de los pueblos, ejercerá la autoridad en nombre de Dios. Así, él tendrá presente de continuo, que no es digno del poder sino haciendo uso de él segun la justicia y para el bien de sus subordinados, en tanto que, la obediencia de estos, se ennoblecerá y se afirmará, elevándose á la altura de un deber religioso. Los cristianos estarán, pues, sometidos, *por el amor de Dios* á los poderes establecidos por Él mismo, es decir, legítimamente, ya sean reyes ó gobernadores, como á personas enviadas de su parte para castigar á los que hacen el mal y tratar favorablemente á los que hacen el bien.²

Tal era la ley de subordinacion que debia aplicarse á todos los grados y á todos los géneros de autoridad. Las mujeres estarian sometidas á sus maridos *como al Señor*, y los maridos amarian á sus mujeres *como Jesucristo ha amado á la Iglesia*, hasta entregarse él mismo por ella. A los esposos se les ha mandado *de parte del Señor* no separarse, y en el caso de hacerlo no contraer nuevos vínculos. Los hijos deben obedecer á sus padres y á sus madres *porque esto es agradable á Dios*, y los padres deben guardarse de irritar á sus hijos por temor de que caigan en el abatimiento; y cuidarán de educarlos, corrigiéndolos é instruyéndolos *segun el Señor*. Que los cria-

¹ San Pablo, *1ª Epíst. á los Corint.*, cap. 7; á los Gálat., cap. 5, y *1ª Epíst. de San Pedro*, capítulos 2 y 3.

² *1ª Epíst. de San Pedro*, cap. 2.

dos con temor y respeto, en la sencillez de sus corazones, obedezcan á sus amos *como á Jesucristo mismo*, que les sirvan con afecto *mirando en ellos al Señor* y no á los hombres. Los amos por su parte, deben tener el mismo afecto por sus criados, no tratándolos con rigor ni con amenazas, teniendo presente que los unos y los otros tienen un amo comun en el cielo que no mira la condicion de las personas.¹

Bajo la nueva ley, ley de libertad, figurada no por la esclava Agar, sino por Sara la mujer libre, la esclavitud queda abolida de derecho por la igualdad de las condiciones ante Dios: la especie humana recobra toda su dignidad y cualquiera que abrace el servicio de Jesucristo queda al punto manumitido. Sin embargo, las instituciones consagradas en cierto modo por el tiempo, no serán destruidas violentamente: el esclavo no se sublevará contra su amo; la emancipacion, establecida como principio, no se efectuará sino gradualmente en el terreno de los hechos, á fin de que una libertad súbitamente improvisada no se cambie en una plaga para los hombres muy poco preparados aún á recibir este beneficio. El que esté llamado á la fé, siendo esclavo, no debe llevar con pena su situacion de que podrá salir algun dia, él debe tributar toda suerte de honores á su señor, para no escitar blasfemias contra el nombre y la doctrina de Jesucristo.²

Pero hay un yugo del que la humanidad debe libertarse sin ningun retardo ni miramiento; el de las pasiones y de los intereses mundanos. Necesario es despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo, creado á la semejanza de Dios y en un estado perfecto de justicia y de santidad. Que cada uno renuncie la mentira y hable á su prójimo segun la verdad; que la aspereza, la ira, la cólera, la maledicencia y la malicia queden desterradas absolutamente de entre los cristianos; que ellos se muestren llenos de bondad y de compasion los unos respecto de los otros, perdonándose mutua-

¹ San Pablo, Efes., cap. 5; 1^a Corint., cap. 7; Efes., cap. 6.

² Idem, Gálat., cap. 4; 1^a Corint., cap. 7; 1^a Timot., cap. 6.

mente como Dios mismo nos ha perdonado á todos en Jesucristo. Si les sobrevienen algunas dificultades con sus hermanos sobre los negocios de este mundo, que no teman sufrir alguna pérdida para evitar un pleito; y cuando no puedan defenderse, que tomen por jueces aun á los de última clase en la Iglesia, mas bien que ir á poner de manifiesto sus diferencias en los tribunales de los infieles y pedirles una sentencia. Es necesario que sean los imitadores de Dios como sus hijos muy queridos: entre ellos no debe ni oirse hablar de ninguna impureza ni de avaricia, cual conviene entre gentes de bien; no se debe ver ni locura, ni chocarrería ni nada que sea deshonesto; porque ningun impúdico, ningun avaro, cuyo vicio es una idolatría, será heredero del reino de Jesucristo. Se ha mandado á los ricos deponer todo orgullo, y dar de buena voluntad á los necesitados; á los pobres contentarse con tener con que vestirse y alimentarse. El deseo de las riquezas es la raiz de todos los males; y la piedad es el tesoro mas precioso. En una palabra, es necesario practicar toda especie de bien, abstenerse de todo lo que pueda tener aun la apariencia del mal, y purificar uno su alma incesantemente por medio de la penitencia.¹

Por estas santas reglas es por las que la Iglesia se ha regido constantemente. En su seno ha hecho reinar la igualdad fraternal mas perfecta; y ha reivindicado para todos la libre práctica de las buenas obras. Sus oraciones, instrucciones y sacramentos son el patrimonio del pobre como del rico, del humilde como del poderoso: de todos exige igual obediencia, cualquiera que sean la categoría y las dignidades. En el órden moral ha colocado su autoridad sobre toda otra autoridad; sobre la autoridad de la ciencia, como sobre la autoridad del cetro. Si el sabio en su orgullo se rebela contra ella le herirá con sus anatemas y le arrojará con sus teorías al abismo disolvente de la duda; si alguna testa coronada altiva y rebelde protesta contra la supremacía de su poder y

¹ San Pablo, Efes., cap. 4; 1^a Corint., cap. 6; 1^a Timot., cap. 6.

combate sus prescripciones, ella sostendrá sus derechos con una noble firmeza, y prevendrá á sus hijos morir antes que obedecer unas leyes contrarias á las suyas. Los perseguidores se estrellarán contra la virtud de los mártires, y no faltarán pontífices animados de un valor heroico que echen en cara á los gefes de los pueblos sus injusticias y sus crímenes para hacerlos volver al camino de sus deberes, é invocar sobre ellos, si es necesario, los castigos espirituales. Pero si la ciencia permanece fiel, la Iglesia la colmará de favores y de bendiciones; si el poder temporal consiente en gobernar segun la ley de Dios, encontrará en ella un auxiliar celoso, siempre dispuesto á prestarle el concurso de sus consejos, de sus trabajos y de su influencia.

La Iglesia comprendió que su mision especial era la regeneracion de la humanidad, y nada fué capaz de apartarla de este objeto sublime y glorioso. Desde su origen, se la vió emplear todos sus esfuerzos en crear en medio de la sociedad pagana una sociedad nueva que debia ser el núcleo y el modelo de las sociedades futuras. Ella puso en práctica desde luego, en este rebaño naciente los principios que debian presidir á la gran reforma del mundo. Atacaba y destruia los usos antiguos que procedian de un origen impuro, ó los trasformaba, si era posible, dándole una significacion irreprochable. Atenta á arreglar la conducta de los que se sometian á su direccion, les inspiraba un espíritu de gravedad, de modestia, de caridad y de union, que hacian un vivo contraste con el espíritu frívolo, licencioso y egoista de esos mismos paganos que les habian echado en cara haberse ligado entre sí con juramentos terribles en una conjuracion contra el género humano. Ella habia adoptado para esta nueva sociedad una organizacion particular de usos y leyes penales. Los que deseaban pertenecer á ella tenian que someterse á largas y difíciles pruebas. Se exigia de estos adeptos una vida pura y una voluntad firmemente decidida á perseverar en el bien. Si, olvidando sus promesas y empeños caian en algunas faltas,

era preciso consintiesen en lavarse en el baño de una rigurosa penitencia; de otro modo quedaban excluidos de una comunión, á la cual no eran ya dignos de pertenecer. Para preservarlos del contacto peligroso de la antigua sociedad, sus obispos promovian ante ellos aun los negocios civiles que habian de tratar juntos. Obrando de este modo, conforme al precepto del Apóstol, ademas de que alejaban de sus feligreses la ocasion de escándalo, les evitaban con sus decisiones paternales, basadas sobre la equidad, los embarazos y los demas inconvenientes de un derecho, las mas veces lógicamente absurdo. Bajo este respecto, como bajo otros muchos, la sociedad cristiana íntima, ejercia una gran influencia sobre las sociedades exteriores, y los mismos infieles recurrían frecuentemente al arbitraje de sus gefes, que preferian á las sentencias de los jueces ordinarios. No podia menos de ser así; porque la sociedad cristiana les ofrecia un espectáculo capaz de causarles una viva impresion. Los que se hacian cristianos, se transformaban repentinamente en otros hombres; y apenas salidos de la corrupcion de la vida pagana, presentaban el ejemplo de las mas altas virtudes. Lo mismo que los dioses de la Fábula, los cristianos nacia gigantes, y desde su cuna tenian la fuerza de ahogar á los monstruos.

Mas tarde, cuando fué necesario dividir en naciones esta mezcla confusa de bárbaros, traídos por las olas de las invasiones sucesivas, la Iglesia, robustecida por el desarrollo de su constitucion, manifestó en toda su actividad y superioridad, su celo y su genio civilizador. Colocada en el centro de la Europa, teniendo en la mano el cetro de la inteligencia y de la verdad, ella se cernió, personificada en el papado, sobre el caos del mundo moral, como el espíritu de Dios se habia cernido sobre el caos del mundo físico, y trabajó con ardor en desembrollarlo y hacer brotar de él una nueva creacion. Favoreciendo la formacion de los imperios y aun obrándola ella misma, consolidó las soberanías vacilantes, veló en el sostenimiento del orden, presidió á la redaccion de las leyes y al establecimien-

to de las instituciones; reprimió las malas tendencias del poder, le guió por medio de saludables consejos, protegió los derechos de los pueblos é hizo escuchar las quejas de los oprimidos. Por donde quiera se la encuentra presidiendo á la obra de la reforma, dirigiéndola por medio de sus vicarios, de sus misioneros y por los concilios numerosos que convoca.

En derredor del pontificado se coloca el episcopado; émullo de su adhesión y de sus virtudes, y fiel al impulso que de aquel recibe. A los obispos se confiere el cuidado de dulcificar las costumbres de los bárbaros, de calmar á los pueblos, de defender su rebaño en las guerras, de alimentarlo en la hambre, de salvarlo de las demás plagas, y de trabajar sin descanso en procurarle los beneficios del orden y de la paz. ¿Quién ignora los servicios que prestaron en aquellos tiempos á la Francia, los San Arnoldo, los San Eloi, los San Ouen y los demás preladados que tomaron parte en los negocios públicos? Así fué que ellos se vieron rodeados de una consideración y de una deferencia universal. Sus nombres están escritos al frente de todos los diplomas; se presentan en todas las asambleas, se sientan en el palacio como asesores y legisladores al lado de los reyes, quienes someten á su juicio todas sus diferencias. Se les confía la administración temporal lo mismo que la administración espiritual de las diócesis; ellos presiden la justicia, sobrevigilan á los magistrados, hermocean las ciudades, y preparan medidas de seguridad y medios de defensa. "Al obispo, dice Pitra, se le encuentra por donde quiera que hay un peligro, una buena obra, un acto de heroísmo ó un servicio que hacer por Dios y por el bien de las almas. Él es apóstol, defensor de la ciudad, consejero, refrendario, canciller, gobernador de provincia; él es tesorero, juez de romanos, de francos y aun de los hombres de armas y de los gefes militares; maestro de los jóvenes *leudes* y de los oficiales del palacio, preceptor de príncipes."¹ Y sin embargo, en medio de esta actividad inmensa, encuentra todavía bas-

¹ *Hist. de San Leger*. Introd., pág. 45.

tante calma para estudiar las ciencias, cultivar las artes, enseñar, escribir sobre mil asuntos diversos y deliberar en los concilios sobre las cuestiones capitales de la vida religiosa y civil.

Todos estos esfuerzos, ayudados por la cooperación de las órdenes monásticas, contribuyeron en la mayor parte á hacer salir á las naciones modernas de la barbarie y á constituir las, según la confesión de Gibbon, como las abejas construyendo la colmena. El Occidente gravita en torno de la Iglesia como en torno de su principio motor; los reyes reclaman sus decisiones y su apoyo; los pueblos le ofrecen tributos como muestra de homenaje y de reconocimiento. Ellos sentían instintivamente que solo la Iglesia por la fuerza moral de que disponía, era capaz de abrirles las sendas del porvenir, domando y arreglando la fuerza material que reinaba entonces.

Para civilizar á estos pueblos informes; para arrojar las tinieblas y hacer penetrar en ellos la luz; para que fuese permitido á la agricultura, al comercio, á la industria, á las artes, á las ciencias, á la civilización, en fin, desarrollarse en ellos, era necesario que á la agitación, á las inquietudes, á los trastornos de las guerras, inherentes á un estado de crisis social, sucediesen la calma, el orden, la seguridad de la paz. La Iglesia habló á estos bárbaros orgullosos que, como Aquiles, no reconocían otro derecho que el de su espada, y su voz fué oída. A unos les hizo observar la *tregua de Dios*, á otros les impuso el juramento de no consagrar sus armas sino á la defensa de los débiles y de los oprimidos; á todos les ordenó olvidar sus querellas particulares para reunirse contra el enemigo común de la cristiandad, sobre el cual tenía siempre puesta la vista. Ella las levantó en masas innumerables, y animándolas á libertar el Sepulcro de Cristo, las precipitó hasta el corazón del mahometismo salvando por esta invasión á la Europa de la esclavitud de una barbarie mas incurable.

En tanto que este temible fermento, arrojado al exterior, protegía el interior al mismo tiempo que le desembarazaba

de un elemento fecundo en perturbaciones, la Iglesia se dedicaba á esparcir por una parte la simiente del Evangelio en las comarcas septentrionales, que todavía no le habian recibido, y por la otra se esforzaba en mejorar las costumbres, en destruir las prácticas supersticiosas y en perfeccionar las instituciones en los países donde su dominio estaba sólidamente establecido. Cada año excomulgaba solemnemente á los mágicos, á los perjuros, á los incendiarios, á los ladrones y á los facinerosos; prohibía la piratería, y desaprobaba altamente las ordalias, los duelos judiciales y aun los torneos.¹

Pero lo que la Iglesia consideró siempre como uno de los principales objetos de su mision divina, lo que puso en el primer lugar de sus solicitudes y sus cuidados, fué el patronazgo de la debilidad, de la miseria y del sufrimiento. En esto se reconoció especialmente, como lo habia dicho Jesucristo, la diferencia que debia existir entre el espíritu cristiano y el espíritu pagano. Este, cortesano solícito del poder y de la fortuna, no sintió nunca simpatías por la debilidad y la indigencia; aquel, por el contrario, adversario declarado del malo aun en medio de sus triunfos, tuvo siempre entrañas maternales para todas las víctimas infortunadas del mal. Apenas nace la Iglesia cuando ya ejerce su tutela maternal, y acude al socorro de todo lo que habia sido desdeñado, rechazado, maltratado durante los tiempos de anarquía moral, bajo el reinado de la fuerza material. A medida que su poder se aumenta, su proteccion bienhechora se extiende tambien proporcionalmente. Tan abundantes eran las limosnas que se hacian entre los primitivos cristianos, que la pobreza habia desaparecido de en medio de ellos. Muy pronto se organizó el servicio de los indigentes y de los enfermos: los diáconos, las diaconisas y las viudas se consagraron á él; cada iglesia formaba un fondo considerable para subvenir á las necesidades de los desgraciados: se les auxiliaba en sus domicilios ó en las casas de

¹ Véase Hurter, *Cuadro de las instituciones de la Edad Media*, tom. III, pág. 223.

caridad. ¡Ni á los mismos paganos se excluía de estos auxilios y liberalidades! Así lo atestigua lleno de confusion Juliano el Apóstata cuando previene á Arsaces, pontífice de Galatia el establecer á imitacion de los galileos, hospitales y contribuciones para los pobres. Las miserias de la infancia no habian sido tampoco olvidadas. Esas desgraciadas criaturas cuya muerte, venta ó esposicion autorizaba el paganismo, esos pobres huérfanos que él abandonaba, eran recogidos en los *Brephotrophium* y en los *Orphanotrophium*. En ninguna parte, en fin, donde la Iglesia aparecia dejaba de hacer germinar por una fecundacion, cuya virtud ella sola poseia, una multitud de instituciones caritativas. Debido á sus inspiraciones y á sus cuidados, la Europa se cubrió prontamente de casas santas donde todas las aflicciones encontraron refugio y toda clase de alivios y consuelos.

Con todo, no era bastante el haber proporcionado socorros á los sufrimientos físicos; los sufrimientos morales y sociales reclamaban tambien remedio. Cerca de tres cuartas partes del género humano nacia privados de su libertad y de su personalidad; estaban reducidos por la esclavitud á la condicion de cosas: en la familia, la esposa y el niño que deberia haber protegido el matrimonio, estaban abandonados, sin defensa, á los caprichos de un poder despótico. Era necesario restablecer á la humanidad en la posesion de su verdadera ley: así, pues, la Iglesia, despues de haber erigido en principio la igualdad y la fraternidad de los hombres, procuró sin cesar el hacerlas pasar á las costumbres. Ella aconsejó, favoreció, realizó por sí misma la emancipacion de los esclavos; dulcificó la suerte de los siervos concediéndoles grandes inmunidades; abrió asilos de libertad en las clases de su gerarquía y en sus claustros, y desde el siglo duodécimo proclamó felizmente, por la boca de uno de sus soberanos pontífices, Alejandro III, la manumision universal de los cristianos.

Al mismo tiempo la Iglesia reducía el poder paternal y

conyugal á sus verdaderos límites: el niño venia á ser un depósito sagrado confiado por el cielo, y del que no era permitido disponer discrecionalmente: la esposa era la compañera inseparable y no la esclava ó el juguete de los caprichos del esposo; el matrimonio quedaba elevado á la dignidad de sacramento; y ni la poligamia ni el divorcio, debian ya profanarlo ni envilecerlo. Las pasiones temblarán de este freno saludable; se sublevarán contra estas leyes santas; el sexo fuerte intentará todavía abusar del sexo mas débil; pero todo será en vano: como la desgraciada Ingelburga, la mujer oprimida llamará á Roma en su socorro, y Roma oirá su voz, acudirá á librarla, amenazará á sus opresores, y desafiando su furor les herirá con sus rayos, prefiriendo el riesgo de verse abandonada de los imperios á dejar tocar siquiera la piedra angular de las sociedades. Por esta firmeza santamente heroica, la Iglesia nos conservará toda la dignidad y todos los goces puros de la familia cristiana; impidiendo que la vida nos llegue mancillada por las venas de una esclava, en vez de llegarnos generosa por el corazón de una mujer libre: sin ella, según la enérgica expresión del P. Lacordaire, nosotros seriamos turcos y no francos.

Pero además de estas desgraciadas y deplorables víctimas de la suerte, de la injusticia de los hombres ó de las imperfecciones sociales, hay otras que no parecen dignas de ningún interés y por las cuales la antigüedad tuvo muy poca compasión: tales son los desgraciados que abusando de su libertad para el crimen, han visto de repente armarse contra ellos á las furias vengadoras de los remordimientos ó de la expiación legal. ¿Se les abandonará sin recursos? ¿perecerán en los tormentos de la desesperación y en las torturas del suplicio sin que una voz amiga derrame en su corazón algún bálsamo? No; en todos los hombres, por perversos que sean, la Iglesia reconoce siempre á sus hijos. Sin temor, pues, de ensuciar su ropaje inmaculado y sabiendo distinguir entre el crimen y el criminal, á ejemplo del Buen Pastor, irá á bus-

car por todas partes á la oveja descarriada para cargarla sobre sus hombros y traerla al redil: ella osará penetrar hasta los mas profundos calabozos para sostener y consolar á los desgraciados que gimen en ellos; y cuando deba caer bajo el hacha de la ley una cabeza culpable, allí estará en la persona de sus ministros, y le dará el ósculo de despedida y de paz haciéndole oír palabras de esperanza y de perdón.

Ingeniosa y solícita para remediar las consecuencias funestas del mal, la Iglesia no se mostró menos celosa para prevenirlas: su ardor fué grande en difundir, recordar y hacer practicar sus preceptos morales y sociales. Ella no ha cesado de recomendar á todos los hombres, la caridad, la abnegación, la continencia, la dulzura, la paciencia, el perdón de las injurias, y en una palabra, las mas excelentes virtudes; exhortándolos al mismo tiempo á huir del orgullo, del egoísmo, de la concupiscencia, de la intemperancia, á combatir por último, todo desarreglo de las pasiones. Demasiadas veces, ¡por desgracia! su voz maternal ha sido desoída; demasiadas veces el principio del mal, aumentando sus estragos ha causado á la Iglesia el dolor de ver debilitarse la fé y relajarse las costumbres; pero centinela vigilante de la ciudad santa, depositaria incorruptible del precioso tesoro que le habia sido confiado, en el día en que el peligro la amenazaba, ella se levantaba con su fuerza divina, abría los labios de sus pontífices, convocaba sus concilios generales y haciendo resonar sobre la tierra los oráculos del cielo, fijaba el dogma, fortalecía la disciplina y hacia reflorar la moral.

Así es cómo la Iglesia, hija de la cruz, á pesar de las persecuciones, de los obstáculos, de los peligros de todo género que se le han opuesto, obedeciendo la orden de su divino Fundador, se ha extendido entre los pueblos, y sin apartarse jamás del objeto sublime de su misión, los ha instruido, bautizado y gobernado con la autoridad y en el nombre de Aquel que únicamente podía reconstituir en la tierra la sociedad moral. Sus mismos enemigos no han podido rehusarle un tri-

buto de admiracion; y no solamente es un libro, como decia el conde de Maistre, el que ha podido hacer elogios concedidos por los protestantes, sino una biblioteca entera desde que sabios y numerosos escritores tales como Voigt, Hurter y Ranke se han visto obligados por estudios concienzudos, por la evidencia de la verdad y por la buena fé, á convertirse en apologistas de la Iglesia: conforme á la prevision del Profeta; *Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos.*

CAPITULO XXXI.

Influencia del gobierno de la Cruz en las sociedades temporales.

Mientras mas perfecto es un ideal, mas difícil es realizarle en las instituciones de la tierra. El mundo está todavía muy lejos de haber llegado á la edad completa de Cristo, y largos siglos transcurrirán probablemente antes de que llegue. Sin embargo, desde la Encarnacion del Verbo ha sufrido modificaciones tan profundas, que la historia, á partir desde esta fecha, toma un carácter enteramente nuevo, se transforma visiblemente. Aunque la humanidad, antes de Jesucristo, hiciese progresos en el orden material, se la ve descender constantemente en la pendiente de la decadencia moral: despues de Jesucristo está animada de un principio de vida que no se le conocia, principio que la estimula sin cesar, no dejándole ni descanso ni tregua, é imprimiéndola un impulso enérgico hácia todos los géneros de perfeccion, y sobre todo hácia la perfeccion moral. Este hecho, que no puede ponerse en duda, indica suficientemente cuán poderosa es la influencia que,

emanada del Redentor, se ha ejercido en nuestros destinos terrestres. Pero importa apreciar en su justo valor esta influencia, determinar su naturaleza, su marcha y sus efectos, á fin de darle lo que le pertenece y no confundirla con otra cosa que no sea ella. Descompongámosla y distingámosla de dos maneras, es decir, en directa é indirecta. La influencia directa es la que nace del mismo Evangelio, y que se produce sobre los individuos por la práctica inmediata de sus preceptos: la influencia indirecta es la que se ejerce sobre la sociedad humana, obligada á modificarse por el progreso de las costumbres individuales.

Nadie ignora la accion rápida y maravillosa del cristianismo sobre los individuos que se decidieron á adoptarlo por regla de su conducta. En medio de los desórdenes del paganismo, se la vió manifestarse repentinamente en el heroismo de los mártires, y brillar en la virtud de los santos. La Edad Media á pesar de su barbarie, produjo hombres que fueron verdaderos prodigios de perfeccion moral. Una doctrina, pues, que por sí misma puede, á pesar de la corrupcion de los hombres y cualesquiera que sean su edad, su condicion, su sexo, su grado de inteligencia y la época en que vivan, elevarlos al mas alto grado de virtud á que es dado llegar á la humanidad, es evidente que descansa sobre bases verdaderamente perfectas. Tal honor pertenece únicamente al cristianismo: jamás las otras religiones ni la filosofía han podido crear como él, esos ángeles de abnegacion, de sacrificio, de caridad sublime á quienes se da el dictado de *santos*. Para caracterizar la influencia del cristianismo en el mundo, bastaria demostrar los maravillosos efectos que ha producido en las almas que le han abrazado sinceramente: desprendido de este modo de los elementos estraños que le complican apareceria en toda su belleza y heriria mas vivamente las miradas. El cristianismo no es una fuerza que se impone sino que se propone á las voluntades libres, ofreciéndoles preceptos y auxilios que ellas, segun les place, aceptan ó rechazan. Su accion

buto de admiracion; y no solamente es un libro, como decia el conde de Maistre, el que ha podido hacer elogios concedidos por los protestantes, sino una biblioteca entera desde que sabios y numerosos escritores tales como Voigt, Hurter y Ranke se han visto obligados por estudios concienzudos, por la evidencia de la verdad y por la buena fé, á convertirse en apologistas de la Iglesia: conforme á la prevision del Profeta; *Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos.*

CAPITULO XXXI.

Influencia del gobierno de la Cruz en las sociedades temporales.

Mientras mas perfecto es un ideal, mas difícil es realizarle en las instituciones de la tierra. El mundo está todavía muy lejos de haber llegado á la edad completa de Cristo, y largos siglos transcurrirán probablemente antes de que llegue. Sin embargo, desde la Encarnacion del Verbo ha sufrido modificaciones tan profundas, que la historia, á partir desde esta fecha, toma un carácter enteramente nuevo, se transforma visiblemente. Aunque la humanidad, antes de Jesucristo, hiciese progresos en el orden material, se la ve descender constantemente en la pendiente de la decadencia moral: despues de Jesucristo está animada de un principio de vida que no se le conocia, principio que la estimula sin cesar, no dejándole ni descanso ni tregua, é imprimiéndola un impulso enérgico hácia todos los géneros de perfeccion, y sobre todo hácia la perfeccion moral. Este hecho, que no puede ponerse en duda, indica suficientemente cuán poderosa es la influencia que,

emanada del Redentor, se ha ejercido en nuestros destinos terrestres. Pero importa apreciar en su justo valor esta influencia, determinar su naturaleza, su marcha y sus efectos, á fin de darle lo que le pertenece y no confundirla con otra cosa que no sea ella. Descompongámosla y distingámosla de dos maneras, es decir, en directa é indirecta. La influencia directa es la que nace del mismo Evangelio, y que se produce sobre los individuos por la práctica inmediata de sus preceptos: la influencia indirecta es la que se ejerce sobre la sociedad humana, obligada á modificarse por el progreso de las costumbres individuales.

Nadie ignora la accion rápida y maravillosa del cristianismo sobre los individuos que se decidieron á adoptarlo por regla de su conducta. En medio de los desórdenes del paganismo, se la vió manifestarse repentinamente en el heroismo de los mártires, y brillar en la virtud de los santos. La Edad Media á pesar de su barbarie, produjo hombres que fueron verdaderos prodigios de perfeccion moral. Una doctrina, pues, que por sí misma puede, á pesar de la corrupcion de los hombres y cualesquiera que sean su edad, su condicion, su sexo, su grado de inteligencia y la época en que vivan, elevarlos al mas alto grado de virtud á que es dado llegar á la humanidad, es evidente que descansa sobre bases verdaderamente perfectas. Tal honor pertenece únicamente al cristianismo: jamás las otras religiones ni la filosofía han podido crear como él, esos ángeles de abnegacion, de sacrificio, de caridad sublime á quienes se da el dictado de *santos*. Para caracterizar la influencia del cristianismo en el mundo, bastaria demostrar los maravillosos efectos que ha producido en las almas que le han abrazado sinceramente: desprendido de este modo de los elementos estraños que le complican apareceria en toda su belleza y heriria mas vivamente las miradas. El cristianismo no es una fuerza que se impone sino que se propone á las voluntades libres, ofreciéndoles preceptos y auxilios que ellas, segun les place, aceptan ó rechazan. Su accion

es mas ó menos poderosa á proporcion de que es mas ó menos decidido el concurso que se le presta. Para todos los que no practican el cristianismo es en cierta manera, una cosa como no acontecida; una mesa servida abundantemente, junto á la cual caeria de inanicion el que rehusase tocar á los alimentos de que estaba cubierta. Por eso Jesucristo ha dicho: "Si quereis entrar en la vida, observad los mandamientos." Ha habido quienes dóciles á su palabra han entrado resueltamente en la senda que les trazaba, y han alcanzado las palmas eternas destinadas á los elegidos; otros, por el contrario, faltos de fé ó de valor, se han vuelto con desden y han continuado extraviándose en el error y manchándose en los cenagales fangosos del vicio. La falta es sin duda solo de ellos y en ninguna manera de la doctrina que han despreciado. Los gloriosos efectos que ha producido hablan por ella demasiado, y las tristes consecuencias de su omision, lejos de acusarla, sirven de un modo incontestable para justificarla. Hay, sin embargo, un grande interes en examinar, lo que ha obrado fuera de su centro, por el simple reflejo de sus rayos, y por la presion inevitable que las ideas que encierra han ejercido en las sociedades temporales.

Es hoy una verdad bien averiguada, y apoyada en los trabajos de los publicistas y de los historiadores mas estimados desde Montesquieu hasta Chateaubriand, y desde Chateaubriand hasta M. Guizot, que la civilizacion moderna ha despertado en el seno del cristianismo y le debe sus mas vitales instituciones. Nos adheriremos, pues, no á demostrar esta verdad, porque ni nos lo permiten los límites de este escrito, sino á indicar de una manera general la accion sucesiva y cada vez mas marcada de la revelacion cristiana sobre los siglos.

Apenas los apóstoles hubieron promulgado en el mundo la verdad que habia traído á él Jesucristo, cuando se obró desde luego, como lo nota el conde de Maistre,¹ un cambio

¹ *Tardes de San Petersburgo*, tom. II, pág. 198.

sensible en los escritos de los filósofos; y habria de añadir de los jurisconsultos, aun cuando fuesen indiferentes y hasta enemigos. Se encuentran en Séneca y en Marco Aurelio, en Epitecto y Florentino, en Ulpino y otros escritores de esta época, ideas nuevas que, no teniendo ningun antecedente en sus predecesores paganos, no les han podido ser legadas por ellos como parte de una herencia. Estas ideas se esparcieron tan rápidamente, y obtuvieron tanto auge, que la filosofía en masa, se vió muy pronto obligada á contrahacerlas y aun á marcarse la frente con su sello para conservar el derecho de vivir. Como hemos demostrado mas lejos, la escuela eléctica y neoplatónica puso todo de su parte para imitar á la idea cristiana, y la herejía pretendiendo representarla con mas pureza, se esforzó en suplantarla.

Pero cuando Constantino, vencedor en nombre de la cruz, hubo subido al trono, la influencia de la religion, á la cual se habia convertido, no tardó en resaltar en todos los actos de su gobierno. En cualquiera parte que se vea de sus famosas constituciones se encuentra el espíritu del cristianismo. Facilitar los medios de emancipacion, limitar las causas de divorcio, establecer socorros y penas para impedir la esposicion de los niños, proteger los derechos de las mujeres y de los menores; dar garantías á la justicia, atacar ciertos abusos de la jurisprudencia, ordenar la salubridad de las prisiones, proscribir las cosas infames y los combates de los gladiadores, tales fueron los primeros objetos de estas sábias disposiciones.

Sin entrar tan resueltamente como él en la vía de la reforma, sus sucesores minan, sin embargo, sordamente el viejo derecho, y aboliendo de una manera general la tiranía de las fórmulas, preparan la crisis que debia derribar al ídolo de su pedestal.

Aparece, en fin, Justiniano, novador resuelto, y en quien el teólogo domina al jurisconsulto. Pensando que ha llegado el tiempo de acabar con el feticismo del derecho facticio, le ataca cuerpo á cuerpo y le persigue en todos los repliegues de

la jurisprudencia, en provecho de la equidad. La igualdad se apodera de las personas y de las cosas, borra las diferencias entre todos los exentos y nivela las clases libres al mismo tiempo que mejora la suerte de los esclavos: ella no hace ya distincion alguna entre el parentesco masculino y el femenino; y pone sobre el mismo pié la propiedad civil y la propiedad natural. Las ideas de Constantino sobre los peculios de los hijos de familia se generalizan; las hijas y los hijos pequeños son iguales á los mayores para las condiciones del desheredamiento; la emancipacion cesa de romper el nudo de la familia; la adopcion pierde sus derechos exagerados; las diferencias entre los legados quedan zanjadas; la tasa del dinero reducida á la mitad; las mujeres obtienen sólidas garantías para la conservacion de su dote, y adquieren el derecho de tutela sobre sus hijos; y en fin, el sistema de sucesiones basado hasta entonces sobre la cognacion y la agnacion, queda fundado sobre las leyes de la naturaleza; el grado de afeccion entre parientes, arregla en lo de adelante el orden de los sucesibles.

Ya las leyes de Justiniano mencionaban las solemnidades cristianas del matrimonio, sin imponerlas, sin embargo; pero mas tarde el emperador Leon, identificó, para hacerla santa, la union conyugal civil con el sacramento de la Iglesia.¹

Disponiendo siempre en favor de la verdad el espíritu de los príncipes, el cristianismo moderaba la impetuosidad de sus pasiones é imponia un freno á su poder absoluto. Monjes, clérigos, obispos se mantuvieron frente á frente del poder soberano en una noble independencia. Los Atanasios, los Hilarios, los Macedonios, los Basilio, los Gregorios, los Favianos, los Crisóstomos, los Ambrosios, supieron resistir á sus violencias y á sus injusticias con una valerosa firmeza: "*El imperio no es vuestro sino de Dios*, respondieron al emperador Constancio los obispos que queria obligar á que firmasen

¹ Véase Chateaubriand, *Estud. Hist.*, tom. I, pág. 313; y Troplong, *Influenc. del cristian.*, págs. 119, 126 y 235.

la condenacion de San Atanasio; *guardaos de confundir el gobierno de la Iglesia con el gobierno del Estado*." Esclamando Modesto, prefecto de Valens, al ver la firmeza de las respuestas de San Basilio, á quien habia mandado comparecer ante él, que ninguno le habia hablado con tanta resolucion y entereza, "*es que probablemente*, le replicó el santo prelado, *no habeis tenido nunca que hacer con ningun obispo*." San Ambrosio detiene á Teodosio á la puerta del templo, le somete á una larga penitencia, y cuando á la vista de su arrepentimiento le concede la expiacion pública, él solicita y obtiene la promulgacion de una ley para suspender, durante treinta dias despues de pronunciada la sentencia, la ejecucion de los condenados á muerte. "*¡Hermosa y admirable ley*, dice M. de Chateaubriand, *que daba tiempo á la cólera de morir y á la piedad de nacer! ¡Sublime leccion que se convertia en provecho de la humanidad y de la justicia!*"

Entretanto, los bárbaros se derramaban en el imperio romano y lo cubrian de ruinas: pero esta invasion tan funesta para la civilizacion pagana, no hizo sino dar mayor vigor á la civilizacion cristiana. Para convencerse de esta verdad basta echar una ojeada sobre la vergonzosa decadencia en que cayó el imperio de Oriente que habia permanecido en las manos cultas del paganismo, y sobre el crecimiento prodigioso que en contraposicion tomaron las naciones de Occidente, formadas de esas hordas groseras apenas salidas de sus desiertos y de sus selvas: y es que el bárbaro, cuyo espíritu es extraño á la vanidad y á las sutilezas de una falsa ciencia, poseyendo asimismo un juicio mas recto y una voluntad menos obstinada, se prestaba mas dócilmente á la direccion de la Iglesia. Si, tiranizado por la costumbre é impulsado por la violencia de su naturaleza, se dejaba arrastrar por desgracia muchas veces á cometer actos criminales, al menos reconocia francamente su falta, y no procuraba, valiéndose del sofisma, encontrar escusa en la alteracion de los principios.

Clovis y Teodosio, si bien este último era arriano, estaban

moralmente mas adelantados que los emperadores griegos. Así tambien cuando se examinan las monarquías fundadas por los bárbaros se encuentra uno trasportado á otro mundo que se enlaza con el mundo moderno y dibuja como en su germen todos sus lineamientos. Esto es tan cierto, que casi todas las leyes fundamentales de nuestras sociedades de hoy y la parte mas preciosa de nuestro derecho público se remontan á aquellos primitivos tiempos. Un rey de Francia se cree sucesor de Clovis por filiacion moral, y no reconoce en él ninguna afinidad con los gefes del Imperio Romano ó del Bajo Imperio. "Si os agradase discurrir sobre el estado en que se hallaban nuestras cosas en tiempo de Clovis, dice Pasquier, hallariais que no ha habido un rey mas grande, ya sea en la paz ó ya en la guerra y aun en el manejo de la administracion. En todo lo que toca á la doctrina cristiana toma su verdadero y santo carácter: así, pues, Procopio y Agatia, que corresponden casi á su tiempo, se han distinguido por su justicia y religiosidad que colocan á nuestros reyes en una esfera superior á todos los demas."¹ No hay que admirarse de esto si se recuerda que estaban dirigidos por los sabios consejos de los obispos. "Corresponded á las miras de la Providencia, decia San Remigio á Clovis; tomad por consejeros hombres cuya eleccion haga honor á vuestro discernimiento. No impongais exacciones en beneficio de vuestro servicio militar. Consolad á todos los desgraciados, y sobre todo, dad pan á los huérfanos, aun antes de que se hallen en edad de prestaros algunos servicios. Que la equidad presida á todos vuestros juicios, y que la injusticia no ose ya prometerse el despojo del débil y del extranjero. Que vuestro pretorio esté abierto para todos los que vinieren á pedir justicia y que nadie salga de él con el pesar de no haber sido atendido. Servicios de vuestra fortuna para comprar cautivos, pero con el fin de volverles su libertad."²

¹ Investigaciones sobre la Francia, pág. 28

² Du Chene, tom. I., pág. 849.

La monarquía francesa, formada en cierto modo por las manos de la religion cristiana, vino á ser el modelo de las otras monarquías de Europa. No hay que investigar sobre cuáles de sus leyes se haya grabado el sello evangélico, porque él se encuentra impreso en todo el conjunto de su constitucion. A los ojos del pueblo, como lo habia recomendado el apóstol, el poder vino á ser sagrado: la uncion santa lo marcó con un carácter religioso, obteniendo por esta consagracion mayor fuerza y una grande estabilidad.

La potestad real, sin embargo, no permaneció sin contrapeso. Ella estaba templada no solo por las asambles generales que se reunian en el campo de Marte, á la manera de los germanos, sino tambien por el consejo de los obispos y de los grandes del reino. Los francos declararon que así como habian prevalecido sobre sus vecinos por la fuerza de las armas, de la misma manera entendian que las leyes deberian sobreponerse en el Estado á toda otra autoridad.¹ Conforme á esta noble declaracion de una nacion libre, sus primeros reyes reconocian en sus mas antiguas ordenanzas, que el verdadero uso de la autoridad real, es velar con solicitud sobre el reposo y las necesidades de los pueblos; que el mejor medio de hacerse amar es no apartarse nunca de la justicia; y que conservarla en sus Estados es el solo medio de agrandar á Dios. Ellos se consideraban como investidos por la Providencia de esta noble mision, y nada les interesaba tanto como el perfeccionamiento de las leyes; y esta perfeccion consistia, segun su pensamiento, en la mayor ó menor conformidad de éstas con los principios del cristianismo. La ley *mundana* debe enmudecer cuando no está de acuerdo con la ley de Dios.²

La grande idea de Dios domina en ellos y pone un freno á su naturaleza indómita. Algunas veces hace sentir á los mas malos el aguijon de los remordimientos. "Bah! esclamaba

¹ Investigaciones sobre la Francia, pág. 29.

² Proleg. de la loi sal.

Clotario en los dolores de la agonía; ¿qué pensais de ese rey del cielo que así mata á los grandes reyes de la tierra." ¹ "Son los ayes de los huérfanos, decia á su turno Fredegunda al rey su esposo, los que sublevan al cielo contra nosotros, y atraen su cólera sobre nuestros hijos. Son las lágrimas de las viudas las que matan á estos príncipes. Arrojámos al fuego todos esos registros odiosos y renunciemos al designio de aumentar las rentas de nuestro fisco." ²

La influencia del cristianismo no hizo mas que aumentar con el tiempo: la civilizacion moral y aun la material, seguian la misma proporcion. Venecia, hija primogénita de los papas, apenas nace del seno de las aguas, cuando ya tiene un gobierno, leyes y magistrados: ella mantiene tropas, escuadras, y adquiere grandes riquezas por medio de su comercio marítimo. En Inglaterra, reyes como Alfredo el Grande, en Alemania como Enrique Oiseleur, en Francia como Carlo-Magno, iluminado por las luces de la Iglesia, rivalizan en ardor por esparcirlas en los países sujetos á su dominio y se esfuerzan en dotarlos con buenas leyes y sábias instituciones, resucitando al mismo tiempo las ciencias, las letras, las artes, la industria y el comercio.

En este período histórico las iniquidades de la edad antigua hácia la mujer y los hijos desaparecen mas y mas. La caridad por los seres desgraciados se convierte en culto: la esclavitud, tal como la entendian los romanos, subsiste en alguna parte todavía, pero la servidumbre de los germanos, obtiene favor y va suavizándose gradualmente. Se reconocen en los siervos derechos civiles y asimismo el matrimonio, la paternidad legítima, la familia y ciertas atribuciones del derecho de propiedad; las leyes protegen su subsistencia y sus intereses y son admitidos al servicio de las armas: la Iglesia

¹ Baluz., *Capitul.*, tom. I, pág. 25. *Eccardi leges Franc.*, pág. 4; *Hinem.*, Ep. 2, cap. 21.

² Greg, *Tur.*, *Hist.*, lib. 5.

por su parte les abre las puertas de su gerarquía y les permite aspirar á todas sus dignidades. ¹

Desgraciadamente la aurora de la civilizacion cristiana occidental estaba oscurecida por el crepúsculo de la civilizacion antigua: las sombras del dia moribundo ofuscaban las claridades del dia naciente: los últimos fulgores del paganismo, en vez de comunicar el calor de la vida, parecian ser el vehículo del frio de la muerte: necesario era que la noche se hiciese mas profunda á fin de que acabase de apagar lo que debia perecer, y que se fecundase por una mas larga incubacion lo que poseia el gérmen de la vida.

Enervados por ciertos principios deletéreos de la educacion romana, los hijos de los bárbaros degeneraban prontamente del vigor de su raza. Los descendientes, y los mismos sucesores de Clovis y Carlo-Magno debilitándose en una atmósfera como infectada, vinieron á ser muy pronto esas fantasmas coronadas que recibieron ó merecieron el título depresivo de *reyes haraganes*. Por su inhabilidad en gobernar sus Estados, por su debilidad en defenderlos, fueron causa de que las guerras civiles, la anarquía feudal y las invasiones de los bárbaros sumiesen á la Europa en tinieblas mas profundas que las que habian estendido los primeros sacudimientos. Mas por dicha de la humanidad estas tinieblas ocultaban en su seno un foco de luz inestinguible que se conservó en la noche de aquellos tiempos como se conserva el fuego bajo la ceniza. ¡Prodigio incomparable! en medio de los desórdenes, de los escándalos, de las injusticias, de la ferocidad, de la tiranía que desolaron el décimo siglo, llamado justamente el *siglo de hierro*, la doctrina evangélica permaneció pura y sin mancha, y los pueblos, cualesquiera que fuesen su ignorancia y embrutecimiento, se apoyaban, sin embargo, sobre principios de moral perfectos y ciertos, sobre los cuales los griegos y los romanos, en el apogeo de su ilustracion y de su poder,

¹ Véase á M. Troplong, *Comentar. de la sociad.*, pág. 38.—*Hist. de la monarqu. franc.*, del abate Dubos.

no habian cesado de disputar sin poder entenderse. ¿Cómo no reconocer aquí el inmenso beneficio providencial de esa autoridad indefectible, establecida por Jesucristo, que, colocada en una region inaccesible á las revoluciones humanas, no pierde jamas su esplendor inmortal, y que cuando la tempestad se ha calmado, cuando las nubes se han disipado, derrama á torrentes su luz, resucita á las sociedades de en medio de sus ruinas y las vivifica con una savia nueva, mas abundante y mas fecunda.

El siglo décimo no tocaba todavía á su término, y ya la Europa, despejada al fin de las exhalaciones perniciosas del paganismo, se sentia agitada con el soplo de la resurreccion. Ella se reanima, se fortifica, y marchando desde entonces con un paso firme y seguro, avanza con rapidez de progreso en progreso. Cada siglo, hasta el décimosesto, se despoja gradualmente de las envolturas de la infancia y deja aparecer las formas de una adolescencia vigorosa.

La *tregua de Dios*, la *tregua del rey*, el *pacto de paz*, permiten desde luego respirar á los pueblos y descansar un momento de la turbacion de las guerras continuas. Las alianzas de las ciudades, la intervencion de los reyes, la vigilancia de la Iglesia restablecen el orden público, en tanto que el ardor de los ejércitos cruzados, el esfuerzo de los caballeros cristianos va á hacer retroceder hácia su origen el torrente devastador de los discípulos del profeta. Mírase renacer el comercio y la industria, la instruccion se difunde poco á poco; las costumbres se suavizan; la aspereza y altivez guerreras se modifican por el sentimiento del honor y por la dulzura cristiana. “Sed leal en obras y en palabras, se recomendaba al paladin al tiempo de armarlo caballero; guardad vuestra palabra, sed compasivo con los pobres y los huérfanos y Dios os galardonará.”

Comprendiendo que es un deber sagrado el asegurar buena y franca justicia á sus súbditos, los reyes se muestran diligentes en prevenir los abusos de la justicia señorial. Felipe

Augusto estableció cuatro grandes bailíos que tenian sus juntas todos los tres meses, como los *Missi Dominici*. San Luis da sus *Establecimientos* célebres, crea un parlamento abundante, é instituye el ministerio público. Felipe el Bueno publica sus *reglamentos* y fija el parlamento en Paris. Desde entonces la justicia real no cesa de engrandecerse y la jurisdiccion feudal de declinar en proporcion.

Ved ahora qué sentimientos admirables la religion cristiana inspira á los soberanos; sentimientos que ellos trasmiten de generacion en generacion como la porcion mas preciosa de su herencia. Luis el Grueso exhorta á su hijo á recordar frecuentemente que el poder real, no es mas que un cargo público del que se debe dar una estrecha y rigurosa cuenta á Aquel que únicamente dispone de los cetros y coronas; y San Luis recomienda al suyo, sobre todas las cosas, el amar á Dios y tener el corazon dulce y piadoso para los pobres, conducir á sus pueblos en paz y rectitud, y mantener sus franquicias y libertades! “Hijo mio, decia Felipe VI de Valois, Dios no permite que el reinado de la iniquidad sea duradero; mantened la justicia y consolad á los pueblos.” Y Juan, denominado el Bueno, que era este hijo, repetia frecuentemente que si la justicia y la buena fé estuvieran desterradas del resto del mundo, deberian encontrarse en la boca y en el corazon de los reyes. El mismo Luis XI escribia en el *Rosal de las guerras*, que es cosa mas grande para un rey el saber enseñorarse de su voluntad que el dominar el mundo de Oriente á Occidente: que un rey gobernando en derecho y en justicia es rey de su pueblo; que si no mira á la ley en lo que hace, convierte en siervos á sus súbditos y pierde el nombre de rey. “Cárlos VIII, refiere Comines, tenia siempre en su pensamiento el deseo de vivir segun los mandamientos de la ley de Dios, y mantener la justicia en buen orden. Él daba audiencia pública, donde escuchaba á todo el mundo, y especialmente á los pobres.”

Estos bellos rasgos de inspiracion cristiana que se encuen-

tran á menudo en la vida de nuestros reyes, y que hacian decir á Muller que si las armas fundaron el imperio de los francos, fué la virtud la que afirmó el trono de los reyes de Francia, partian de un fondo de ideas comun entonces á casi todos los pueblos de Europa, cuyas costumbres públicas no podian menos de resentir su influencia. Así, pues, durante este lapso de siglos tan fecundos en grandes acontecimientos é importantes resultados, la sociedad acaba de modelarse por los principios evangélicos. El divorcio, la poligamia, el concubinato desaparecen del todo: el matrimonio es considerado como un estado santo, y las mujeres que reciben su dignidad, son las compañeras de los esposos y las reinas en todas partes. No solamente no sancionan ya las leyes el poder bárbaro que los padres se atribuian sobre sus hijos, sino que rodean á estos tiernos seres con su solicitud maternal y protegen en ellos el derecho sagrado de la humanidad. La esclavitud romana queda abolida absolutamente: la servidumbre se minora y se transforma visiblemente en derecho de vecindad. Las exenciones individuales, que habian sido demasiado lentas, hacen lugar á las exenciones colectivas y generales. Se ve al emperador Enrique V conceder la libertad á todos los artesanos de las ciudades; al duque de Brabante, Enrique II, abolir el derecho de mano muerta en favor de los labradores; el capítulo de Orleans, manumitir á todos los siervos de su dominio. Luis el Hutin sigue estos nobles ejemplos, y en un estilo, cuya sencillez hace contraste con la elevacion del pensamiento, motiva su conducta en que, segun el derecho de la naturaleza, cada uno debe nacer franco. Por todas partes, desde el tiempo de Luis el Grueso, las comunas se organizan y se unen entre sí para defenderse. Ellas obtienen *cartas* en Francia y en Iglaterra y *fueros* en España. Bajo los emperadores suavos, en la Lombardia y en la Toscana, se constituyen en repúblicas: la Alemania ve nacer la liga anseática y las ciudades imperiales, y en tanto que los comunes de Flandes preparaban en sus planes las repúblicas industriales de

las Artavellas, la república agrícola y guerrera de Guillermo Tell se formaba en las montañas de la Suiza. Los pueblos modernos son al fin pueblos libres.

No vayamos á creer, sin embargo, que el legislador cristiano despues de haber dotado á las masas de libertad, las habia abandonado á sí mismas, sin guía y sin auxilios en los peligros de esta nueva posicion, no; él rodeó la cuna de la libertad naciente de una constante solicitud; la proteccion de la debilidad y de la inesperienza fué una de sus preocupaciones mas queridas. Dejemos á M. L. Blanc, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, trasarnos este cuadro interesante. "En esa Edad Media, dice, las costumbres, los hábitos, las instituciones, todo estaba coloreado con una misma tinta; y en esa manera de prácticas sencillas ó estravagantes habia, sin embargo, una significacion profunda. La divisa de los seis gremios de mercaderes de Paris tenia por alma estas palabras: *Vincit concordia fratrum*. La fraternidad fué, pues, en el origen, el sentimiento que presidió á la formacion de las comunidades de mercaderes y artesanos, constituidas ordenadamente en tiempo de San Luis. Una pasion que no existe hoy en las costumbres ni en las cosas públicas acercaba entonces las condiciones y los hombres, ¡la caridad! La Iglesia era el centro de todo. En derredor de ella y á su sombra se asentaba la infancia de las industrias. Ella designaba la hora del trabajo y daba la señal del reposo. Cuando la campana de Nuestra Señora ó de San Mery habia tocado el *Angelus*, los obreros y artesanos dejaban su tarea y la cité, entregada desde temprano al descanso, esperaba al dia siguiente que el martillo del reloj de la abadía cercana, anunciase el principio de los trabajos del nuevo dia. El legislador cristiano recomienda la probidad á los medidores y prohíbe al tabernero alzar el precio del vino fuerte que es la bebida del pueblo bajo; quiere que los géneros se espongan en pleno mercado y que sean buenos y legítimos; y á fin de que el pobre pueda tener su parte al mejor precio, los mercaderes no tendrán

sino despues de todos los habitantes de la cité, el permiso de comprar víveres. De este modo habia penetrado el espíritu de caridad en el fondo de esta sociedad sencilla que veía San Luis venir á sentarse al lado de Estéban Boileau, cuando el preboste de los mercaderes administraba la justicia. Sin duda entonces no se conocia este ardor febril de ganancia, que algunas veces obra prodigios, ni la industria tenia este brillo, este poder que hoy deslumbran; pero al menos la vida del trabajador no se veía turbada por amargos celos, por la necesidad de odiar á su semejante; por el implacable deseo de arruinarlo aventajándole. En el lóbrego y ya viejo Paris del siglo trece, las clases de obreros formaban otros tantos grupos, y debido al espíritu de asociacion la cercanía despertaba una rivalidad noble. El ejemplo de obreros activos y de artífices hábiles engendraba el estímulo del punto de honor. Los artesanos se formaban asimismo una especie de concurrencia fraternal. Añádase á esto que el interes público, no se habia perdido de vista, porque no era sino con el fin de llevar los trabajos del arte y de la industria á su mas alto grado de perfeccion, con el que se habia confiado á los obreros antiguos y experimentados la direccion de los novicios.”¹

Si causa ternura el recuerdo de esa paternal proteccion con que una legislacion, hija del Evangelio, rodeó los primeros esfuerzos del pueblo en el ejercicio de su libertad, ¿cuánto más viva no debe ser la emocion que se experimente al espectáculo de las obras de esa tierna caridad por los pobres, por los enfermos, por los desgraciados de todo género, que se habia despertado en las almas? “Muratori tiene razon, esclama Hurter, cuando hablando de los tiempos en que él vivia, dice: Admitiendo que nuestro siglo aventaje en la piedad y en las buenas obras á los siglos de hierro de la Edad Media, no puede sostener con ellos la comparacion en cuanto á liberalidad con los pobres. Las palabras del Señor, que dice, lo que hagais á este respecto con uno de los mas ínfimos de mis her-

¹ Hist. de la revol., tom. I, pág. 478.

manos lo habréis hecho conmigo, eran mejor comprendidas entonces, y puestas en práctica por medios, cuyos efectos todavía hoy experimentamos, no obstante los inauditos escesos por los cuales un espíritu de irreligion se ha esforzado en destruir esta inmensa herencia cristiana. Desde los tiempos mas remotos vemos las miserias de toda especie, consoladas, dulcificadas y aliviadas tanto cuanto lo permitian la buena voluntad y los recursos humanos.”¹

Jamás, en efecto, habian visto los siglos, erigirse tantas fundaciones piadosas y caritativas. Toda la Europa estaba cubierta de hospitales para los enfermos, de asilos para los ancianos, las viudas y los huérfanos, de hospicios para los espósitos, de casas de refugio para las mujeres perdidas y de establecimientos destinados al socorro de los viajeros. Los seculares dotaban y mantenian esas casas santas con una generosa munificencia, y una multitud de religiosos y religiosas, llenos de sublime abnegacion, se consagraban enteramente al alivio y al consuelo de todas las miserias, y de todos los sufrimientos.

Debe decirse, sin embargo, y no tememos confesarlo porque es un homenaje de más que se tributa al dichoso imperio de la religion, cuando ella se ha practicado y ejercido en las mas tristes épocas y sobre las mas groseras naturalezas; la Edad Media está muy lejos de presentar en todas sus faces el cuadro perfecto de belleza cristiana que acaba de ofrecerse á nuestros ojos; por desgracia se descubren en él tristes y notables contrastes: así el crimen como la virtud toman un carácter de poderosa energía. Aquí florecen la obediencia, la abnegacion, el sacrificio, la piedad, la justicia, la castidad; allí se ostenta sin embozo, el orgullo, la perfidia, la avaricia, la crueldad, la injusticia, la impiedad, el fraude, la lujuria brutal. ¿Quién no adivinará la causa? Por una parte se percibe lo que puede llegar á ser el hombre regenerado por el espíritu evangélico; por la otra lo que él es por sí, y todo el veneno que Satanás ha depositado en el fondo de su naturaleza.

¹ Cuadro de las instituciones de la Edad Media, tom. II, pág. 492.

Sin embargo de estos tristes é inevitables excesos de la barbarie que manifiestan bien lo que debió esperarse de la época que los produjo si hubiese estado privada de la luz cristiana, los pueblos no dejaron de seguir el curso de sus adelantos en la vía de la civilización moral é intelectual. Engrandeciéndose por el incentivo de la libertad individual, se constituyen en naciones poderosas en toda la Europa. Después de haber conquistado todos los derechos de la vida civil, se esfuerzan á elevarse hasta la altura de la vida política y suben á ella por grados. Ya San Luis llama á los diputados de algunas ciudades al consejo de los barones, y Felipe el Bueno convoca los primeros estados generales del reino. En Inglaterra, la Carta impuesta al rey Juan, asegura á la nación la libertad de las personas y de las propiedades, el libre voto del impuesto y otras muchas prerogativas: ábrese el parlamento á los diputados de los condados, la cámara de los comunes se establece, y su consentimiento viene á ser indispensable para la imposición de las cargas públicas. Las ciudades libres de Italia tienen también sus magistrados electivos, su consejo soberano y sus asambleas del pueblo. En Alemania los estados del imperio ó dieta general, compuestos de obispos y de todos los órdenes de la nobleza, admiten en su seno á los diputados de las ciudades inmediatas que bajo el reinado de Adolfo de Nassau, ejercieron el derecho de sufragio. En España desde el siglo duodécimo, los comunes forman parte de las Cortes de Aragon y de Castilla, que votan el impuesto y usan del poder legislativo. Ese país adelanta á los demás en libertades políticas, y el gobierno representativo aparece allí con toda su fuerza, cuando en los otros no está todavía sino en sus primeros elementos.¹

¿Podría creerse que, durante este movimiento de ascenso tan activo hácia la perfección social, ningún atractivo indujese al espíritu humano á engrandecerse en el dominio de las ciencias, de las artes y de la industria? Además de que esta

¹ Véase Michelet, *Hist. de la Edad Media*.

opinión sería muy poco verosímil, ella no se conformaría en manera alguna con la verdad de la historia. Hubo un tiempo en que podía ser bien recibido el presentar á la Edad Media como una época de fanatismo salvaje y de embrutecimiento intelectual; pero estudios más profundos y concienzudos han disipado injustas preocupaciones y hecho callar declamaciones hostiles. Es necesario desconocer de cuánta falsedad y mala fé ha sido siempre capaz el espíritu de partido y sobre todo el espíritu de impiedad, para poder admirarse de que una época tan fecunda y gloriosa entre todas, haya podido ser indignamente desfigurada y odiosamente ultrajada hasta por los mismos que habían heredado su gloria y el fruto de sus trabajos. Porque, en fin, ¿no poseemos en medio de nosotros, y no ocultos bajo de tierra ó sepultados en el polvo de los museos, sino espuestos al claro sol del medio día numerosos y magníficos monumentos que se levantan como irrecusables testigos y revelan altamente la ciencia, la poesía, el genio, el gusto de las edades que los erigieron? ¿Id á visitar una de esas admirables catedrales, esparcidas por toda la superficie del suelo europeo, y en presencia de su obra, preguntad al pasado. Se necesitaban siglos para edificarla; ¿pero qué importa? príncipes, obispos, religiosos, guerreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, acometen valerosamente la empresa unidos todos, en un mismo pensamiento, en un mismo entusiasmo llevan su piedra á la casa del Señor. ¿No os parece que el arquitecto que concibió ese plan gigantesco tan bien proporcionado en todas sus partes, y que los artistas que lo ejecutaron debían tener algún talento? Considerad esa variedad infinita de labores, de festones, de capiteles, de torsos; esas columnas apareadas tan libres, tan esbeltas y además de eso tan sólidas; esos follajes, esas estatuas, esos arabescos, esas esculturas delicadas y decid si fueron manos inhábiles las que así hicieron obedecer la piedra al pensamiento? Preguntad á esas grandes figuras todavía en pié, y á la majestad de la forma, á la sobriedad del ropaje, á la no-

bleza de la actitud, á la espresion, sobre todo, del busto, y veréis lo que dicen á vuestra alma! Penetrad luego en el interior del edificio y veréis á todas las artes salir á vuestro encuentro. Admiraréis las obras maestras de la pintura, de la escultura, de la ebanistería, del mosaico, de la platería, de la tapicería; las resplandecientes vidrieras, las graciosas figurillas, las maderas laboriosamente cinceladas; los candelabros, los incensarios, las cruces, los relicarios, los vasos de oro, los libros de iglesia, los ornamentos de los sacerdotes, todos los objetos, en fin, en que á lo mas concluido del trabajo se reune lo mas rico de la materia. ¡Con cuánta emocion no palpitaría vuestra alma, si repentinamente se ofreciese á vuestros ojos toda la magnificencia de las solemnidades antiguas; si se os apareciesen todas esas generaciones en el recogimiento del amor y de la oracion, y si oyeseis el canto de los himnos religiosos, la voz sonora y armoniosa del órgano, y si algun San Bernardo subiendo á la cátedra sagrada hiciese descender la verdad á los corazones con todo el poder y todo el encanto de la elocuencia! A la vista de esos príncipes, de esos caballeros, de ese pueblo lleno de fé y de entusiasmo, unidos en un sublime y religioso pensamiento, poseido al momento de un transporte desconocido, esclamariais con ellos: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Muy lejos está ciertamente de nuestro pensamiento, el abatir el arte pagano; la espresion de lo bello, haciendo honor á la inteligencia humana, se remonta siempre al Divino autor de esta inteligencia; pero sí se puede con toda verdad decir, que el fondo provoca la forma y el sentimiento produce la inspiracion: será justo concluir en que el cristianismo ha debido ejercer sobre el arte una influencia mas dichosa que el paganismo. El ilustre autor del *Genio del Cristianismo* ha revestido esta verdad de una evidencia tan manifiesta, que no encuentra hoy ninguno que la contradiga. No podria sin duda desconocerse, el toque fino, la simetría, las felices proporciones, el buen gusto del arte griego y romano; pero la

perfeccion que le distingue es una perfeccion material y fria, que no comueve el corazon, que no absorbe el pensamiento en una muda y profunda contemplacion. Recorred los escritos de los poetas mas famosos de la antigüedad, y muy rara vez encontraréis en ellos una página bastante tierna para que al recorrerla vuestros ojos vengán las lágrimas á humedecerlos; considerad sus obras maestras de escultura y arquitectura y experimentaréis una admiracion plástica, pero no sentiréis nada en vuestro interior. Con el arte cristiano, por el contrario, el arte no tiene mas que seguir la idea para revestirse de un carácter de sencillez, de dulzura, de melancolía, de grandeza, en fin, que haciendo olvidar la obra material, nos encanta, nos comueve, nos trasporta, nos comunica la sensacion de lo infinito. "Jamás, dice M.^{me} de Staël, se entra en las iglesias cristianas sin sentir una emocion que hace bien al alma y le vuelve como por una ablucion santa la fuerza y pureza primitivas."¹ Consideradas, en fin, bajo el punto de vista de la forma, nuestras antiguas catedrales de la Edad Media son la espresion mas sublime de la fé y del genio de esta época. Su aspecto, inspiró á uno de nuestros grandes poetas estos hermosos versos:

"Que j'aime á contempler ces débris magnifiques
Restes majestueux de ces siècles gothiques
Ou les peuples croyaient!!! Ces arceaux renversés
Disent au temps present que, dans ces temps passés
L'homme savait de l'art affronter les obstacles
Et, par la foi conduit, enfanter des miracles!"²

Sin embargo, la Edad Media no se limitó á construir ca-

¹ De la Alemania, tom. I.

² "¡Cuánto goza mi alma en la contemplacion de estas magníficas ruinas, restos majestuosos de esos siglos góticos en que los pueblos creian!!! Estas bóvedas derruidas dicen á la edad presente que en esos tiempos que ya pasaron, el hombre conocia el arte de vencer todos los obstáculos; y que guiado por la fé, sabia producir milagros!"—VICTOR HUGO.

tedrales: ella arrojó con profusion por todas partes los palacios, los castillos, las abadías, los hospitales: y los edificios que quedan aún en pié de esa época, nos imponen por sus grandiosas proporciones y nos admiran por la riqueza y la infinita variedad de sus adornos. Ellos se ofrecen á nuestros ojos como las obras de una raza gigantesca!

Estas pruebas vivas de una actividad sorprendente, en que el elemento intelectual brilla con un esplendor magnífico, bastarian para demostrar que el espíritu humano estaba muy lejos entonces de dormir en un sueño letárgico, si no se supiese por otra parte con cuánto celo se ocupaba en cultivar todas sus facultades y elevarlas hácia las hermosas regiones de la ciencia. La pasión del estudio se habia apoderado de todos los espíritus, y llegó ser tanto mas viva cuanto que nada se omitió para favorecerla y propagarla. Era un deseo ardiente el de disipar las nubes de la ignorancia y estender el círculo de los conocimientos humanos. El abate Guiberto de Nogent asegura, que en su tiempo no habia una ciudad ni una aldea en que no hubiese una escuela en la cual las personas, aun de baja estraccion, podian instruirse.¹ Los clérigos y los religiosos fueron los primeros que en las casas diocesanas y en los conventos, se dedicaron á la enseñanza pública: á su ejemplo algunos seglares formaron en seguida establecimientos particulares. A poco tiempo, en la mayor parte de las ciudades de Europa, se fundaron universidades, de las que muchas llegaron á adquirir gran celebridad: ellas contaban en su seno un gran número de talentos distinguidos. De todas partes acudian para oír sus lecciones; la juventud estudiosa se agrupaba en derredor de sus cátedras. Cuando los estudiantes de la universidad de Paris iban en procesion á San Dionisio, las últimas hileras no habian pasado todavía el dintel de la iglesia de los Maturinos, y ya las primeras estaban en la basílica de la abadía.

¹ Véase á Hurter. *Cuadro de las instituciones de la Edad Media*, tom. III, pág. 400.

De estas escuelas salieron los hombres mas ilustres; ningun siglo ha producido ingenios mas notables que los que brillaron en los siglos duodécimo y décimotercio; ninguno presenta una coleccion mas rica de obras de todo género.¹ La ciencia no menos que la religion, se honra con un San Anselmo, un San Bernardo, un Santo Tomás de Aquino, un San Buenaventura, un Alberto el Grande, Hugo de San Victor, Rogerio Bacon y otros muchos sabios de un mérito superior y de una fama ilustre.

Los que pretenden que la Iglesia sofoca la libertad de discusion, cambiarian tal vez de opinion si supiesen que nunca ha reinado el espíritu de exámen y de análisis como en la época que designamos, si hubiesen sabido que los doctores mas sumisos á la autoridad pontifical no temieron esclarecer con las luces del raciocinio todas las cuestiones del dogma y de la moral. Por lo demas, en este punto como en otros, la Edad Media se defiende con sus obras, y le basta presentar para su justificacion, los numerosos descubrimientos que ha hecho y sus importantes aplicaciones. A ella debemos, en efecto, los órganos, los espejos de cristal, la brújula, la seda, el reloj, las notas musicales, la pintura al óleo, el telescopio, la pólvora, el grabado, la imprenta, sin contar otras muchas cosas de no menor importancia. En el fondo de los claustros, respecto de los cuales se han mostrado tan ingratos é injustos los siglos modernos, era donde frecuentemente se preparaban y combinaban esas maravillosas invenciones que han constituido la superioridad de la civilizacion científica é industrial, y con las cuales hoy nos envanecemos tanto.

Pero á medida que adelantaban los tiempos el deseo del saber se acumulaba y asimismo se redoblaba el ardor por las investigaciones curiosas. Fundábanse bibliotecas y se buscaban con avidez los antiguos manuscritos; innumerables copistas no podian ya bastar á las exigencias de estudios. Todo se engrandece y se perfecciona. Cimabué habia producido á

¹ Véase la Hist. Liter. de la Francia, IX, I, 2.

Giotto ; Giotto al Perugino ; el Perugino prepara á Rafael y á Miguel Angel; el Dante publica su Divina Comedia y adquiere una inmensa celebridad ; Bocacio es colmado de honores y Petrarca sube en triunfo al Capitolio. Bajo la presion de las ideas que se acumulan, la humanidad no cabe ya en sus antiguos límites y aspira á ensanchar los horizontes material é intelectual. Vasco de Gama encuentra entonces la gran ruta para las Indias ; Colon descubre un nuevo mundo, y Guttemberg ofrece al pensamiento un órgano maravilloso que, mas poderoso que la voz de la antigua Fama, podrá estender hasta lo infinito y conservar para siempre las producciones de la inteligencia.

Habiase verificado un gran cambio en la vida terrestre. Dios, que hasta entonces habia querido que los pueblos se desarrollasen al abrigo del soplo disolvente de las ideas paganas, juzgando en su eterna sabiduría, que la civilizacion habia llegado á una robustez suficiente y que se habia penetrado bastante del espíritu del cristianismo para soportar el choque impetuoso de esas ideas y resistir á su accion corrosiva, asimilando todo lo que podian contener de útil, Dios retiró su mano, y permitió que Constantinopla que, en medio de las olas siempre hinchadas é hirvientes de la barbarie, habia permanecido como el arca única de la antigua civilizacion, sucumbiese á los esfuerzos redoblados del poder Otomano. Entonces una multitud de sabios, herederos de las tradiciones greco-romanas, huyendo de esos muros que los habian tanto tiempo abrigado, y donde ya no habia para ellos proteccion ni seguridad, vinieron á pedir un asilo á la renaciente Europa que los acogió llena de entusiasmo. La Iglesia, amiga siempre de las ciencias y de las artes, sea cual fuere la parte de donde vengan, trató con distincion á estos ilustres desterrados. Ella recogió con afanosa solicitud la herencia de riquezas científicas y literarias que ellos traian consigo : ella la hizo fructificar para los pueblos y se la apropió purificándola en el crisol de la fé. Leon X viene á ser un nuevo Augusto : él se apasiona por todas las glorias de la inteligencia ;

crea el gran siglo que lleva su nombre, y uniendo en esta cima la moderna y la antigua civilizacion, coloca en el punto de union de los dos mundos la cátedra pontifical que los rige, y la que, semejante á un faro gigantesco, ilumina el pasado y proyecta sus brillantes destellos sobre el porvenir.

Si, pues, una época se personifica en los grandes hombres que ha producido, ¿cuál otra puede ser mas digna de gloriosa remembranza que aquella cuyo bosquejo acabamos de trazar imperfectamente? ¿Dónde se encuentran pontífices mas augustos que Gregorio el Grande, Gregorio VII, Inocencio III y Leon X? ¿Soberanos mas ilustres que Carlo-Magno, Alfredo el Grande, San Luis y Fernando el Católico? ¿Personajes mas santos que los Remigios, los Agustinos, los Bonifacios, los Bernardos, los Franciscos de Asís, los Domingos, los Tomases de Aquino y los Vicentes de Ferrer? ¿Mujeres mas piadosas, mas puras, mas heroicas, que las Clotildes, las Blancas de Castilla, las Isabeles de Hungría, las Catarinas de Sena y las Juanas de Arco? ¿Guerreros mas valientes que los Rolandos, los Godofredos de Bouillon, los Rodrigos, los Du Guesclin, los Bayardos, los Gonzalos de Córdoba? ¿Sabios mas célebres que aquellos de que hablamos siempre y á los cuales se pueden añadir un Lanfrac, un Abelardo, un Gerbert, un Juan Occam, un Raimundo de Lulle? ¿Dónde señalar, en fin, una teoría mas imponente de hombres ilustres por todas las glorias, y para cuyos nombres solo, se necesitaria formar un volúmen? Y si una época se caracteriza por sus obras, con cuánto esplendor debe brillar en la historia la que ha podido sacar del caos de la barbarie y conducir en unos cuantos siglos á un grado de civilizacion superior al de la antigüedad, naciones como la Francia, la Inglaterra, la Alemania, la España, la Italia, y colocar á los pueblos de Europa sobre todos los pueblos del mundo?

Pero como el arquitecto es superior al obrero, y mas superior todavía al edificio, así á la cruz, nueva reina de la libertad, es á la que pertenece toda gloria y á la que se debe todo reconocimiento.

CAPITULO XXXII.

La sociedad moral.

Antes de entristecer nuestros ojos con el espectáculo de las divisiones que producirá muy pronto el orgullo del espíritu humano, descansenos todavía un momento sobre la obra maestra de unidad social, creada por el espíritu de Dios.

“El hombre, dice M. Thiers, arrojado en medio de este universo, sin saber de dónde viene, adónde va, por qué sufre, y aun por qué existe; qué recompensa ó qué pena recibirán las largas agitaciones de su vida; asediado por las contradicciones de sus semejantes, de los que unos le dicen que hay un Dios, autor profundo y consecuente de todas las cosas, y otros le dicen que no hay nada; aquellos que hay un bien y un mal que deben servir de regla á su conducta; estos, que no hay ni bien ni mal, que tales obras no son sino invenciones de los grandes de la tierra; el hombre, decimos, en medio de esas contradicciones, experimenta la necesidad imperiosa, irresistible de hacerse una creencia decretada... y no sería posible inventar tal creencia... Los filósofos, aun los mas sublimes, pueden crear una filosofía, agitar por su ciencia el siglo que ellos honran: pueden hacer pensar, pero no pueden hacer creer.”¹

Durante cuatro mil años, la tierra, separada de su Creador, por su rebeldía, permaneció en una funesta ignorancia ó en una mortal incertidumbre de lo que mas le importaba

¹ Historia del Consulado y del Imperio, tom. III, pág. 205.

saber, colocada como estaba entre tradiciones corrompidas y una filosofía desorganizadora. “Dios solamente, exclamaba Platon, podrá sacarnos del abismo.” Los pueblos lo sentian íntimamente, y volvian sus miradas suplicantes hácia el cielo. Repetidos oráculos mantenian sus esperanzas. “Un dia vendrá, decian estos, y el Señor dará un doctor de justicia y la salvacion se encontrará sobre la montaña de Sion. El Señor mismo apacentará sus ovejas, y buscará á las que se han extraviado; levantará á las que han caido, y curará las llagas de las que están heridas: él suscitará sobre ellas un pastor único; ellas marcharán en sus juicios y guardarán sus preceptos; Él hará con ellas una alianza de paz, un pacto eterno; en medio de ellas establecerá para siempre su santuario.”

El dia de la libertad anunciado por los profetas llegó, en fin, y se oyó á un apóstol saludarle en un lenguaje misterioso, con aclamaciones de alegría: “Yo, Juan, ví á la Ciudad Santa, á la nueva Jerusalem que venia de Dios y descendia del cielo, adornada como una esposa que se ha ataviado para su esposo. Ella estaba rodeada de la claridad de Dios, y la luz que la esclarecia era semejante á una piedra preciosa, á una piedra trasparente como un cristal. Las naciones marcharán á favor de esta luz, y los reyes de la tierra llevarán á ella su gloria y su honor.”¹

Dios, pues, teniendo piedad de nuestra profunda miseria ha descendido á nosotros y nos ha traído las verdades celestes, cuyo olvido y alteracion dejándonos en las mas espesas tinieblas ó en los mas graves errores, nos habian conducido á los mayores males. A esta espantosa anarquía moral que desolaba el mundo, ha querido que suceda la sociedad universal de los espíritus que debe salvarle. Creador soberano de todas las cosas, Señor absoluto de lo visible y de lo invisible, sustancia eterna de la verdad, fuente inefable de toda autoridad y toda ley, Él únicamente podia subyugar las inteligencias libres hechas á su imágen. Enviando de lo alto de

¹ Apocal., cap. 21.

los cielos á su Hijo, investido de su poder, de su sabiduría y de su caridad, le ha dado las naciones por herencia y la tierra por imperio. El Hijo á su vez, delegando á ministros de su eleccion los poderes soberanos que tiene del Padre, ha establecido apóstoles, profetas, pastores y doctores para trabajar en el inmenso edificio de la sociedad espiritual.

Tal es el germen del reino de Dios que nos fué prometido y que debe crecer entre nosotros; tal es el origen de la Iglesia católica cuyo objeto final es conducir á todos los hombres á la unidad de una misma fé, al estado del hombre perfecto, á la medida de la edad completa de Jesucristo, segun las palabras de San Pablo, á fin de que dejando de estar vacilantes como los niños, no se dejen arrastrar por todos los vientos de la opinion, por todos los torbellinos de la malicia y del sofisma, sino que crean de todas maneras en Jesucristo, su jefe, practicando la verdad por la caridad. Por su canal bendito, las verdades superiores que emanan del trono de Dios, llegarán en su pureza inmaculada hasta las voluntades libres, á quienes deben servir de regla, y les ordenarán la sumision inspirándoles la fé. Ya no más incertidumbre en las conciencias católicas ni más division en los espíritus; Dios mismo habla en sus órganos y su palabra es acogida como la verdad infalible.

Hemos visto y vemos todavía verificarse esta maravilla á nuestros ojos. El prodigio comenzó en el día de Pentecostés: el Espíritu Santo descendió en lenguas de fuego sobre los apóstoles, y cuando predicándole al pueblo, se hicieron oír de los enviados de todas las naciones que están sobre la superficie del globo. Pero muy pronto esas voces que no encontraban eco sino en las bóvedas del templo de Jerusalem, resonaron hasta las estremidades de la tierra. Nada pudo apagarlas, ni los gritos de la multitud furiosa, ni el brazo del verdugo, ni los clamores del hombre del mundo, ni las declamaciones del sofista, ni los sarcasmos del impío, ni los aullidos del bárbaro: estas voces lo cubrieron todo; lo dominaron todo! Los

hijos de Adan guardaron silencio y escucharon los oráculos del siglo que su padre habia, por su desgracia, desdeñado. Ellos se sometieron á los santos decretos de la Iglesia y la reconocieron por la soberana de las almas. Jamás un acontecimiento semejante habia tenido lugar en la historia; en ese inmenso libro de la vida de la humanidad. Sobre el trono de esos emperadores romanos, armados de todo el poder de la espada y que habian hecho doblar la cerviz de las naciones bajo su yugo de hierro, subió un débil pero venerable anciano, sin mas armas que el Evangelio en sus rugosas manos; y este anciano por solo el poder de su mision pacífica, estendió mas lejos que los Césares su imperio santo y reverenciado. Reyes y pueblos inclinaron religiosamente la cabeza ante la palabra del vicario de Jesucristo como ante la palabra de Dios mismo.

La unidad moral estaba constituida: el rebaño de las almas no tenia ya sino un pastor único y legítimo. De todas partes del mundo los fieles se volvieron hácia Roma y saludaron con amor al padre comun de la cristiandad.

En Europa fué donde se manifestó mas particularmente esta unidad en toda su fuerza y su belleza. No obstante que se componia esta parte del mundo de muchas naciones opuestas en costumbres, caracteres é intereses, no formó mas que una sola familia de hermanos, reunidos en una misma fé y en una misma esperanza. La legislacion moral existe para ellos con los tres poderes que la componen: lo justo y lo injusto estaban definidos de un modo claro é infalible; el deber era cierto, obligatorio, sancionado por las promesas y las amenazas divinas; y ya se trasportasen al Norte ó al Mediodía, al Oriente ó al Occidente, encontraban por donde quiera, el mismo Dios, la misma Iglesia, el mismo culto, los mismos principios é iguales sentimientos. No habian cambiado de patria espiritual, y su alma encontraba otras almas alimentadas con la misma palabra, fortificadas con las mismas gracias. Sobre todas las grandes cuestiones que atormentan en la tierra el es-

píritu del hombre, cuya solución aunque tan deseada y tan útil está fuera del alcance de su razón, reinaba una completa certidumbre y una unánime conformidad. El sol de la verdad brillaba igualmente á los ojos del ignorante que á los del sabio; y no había como en la antigüedad dos doctrinas diferentes, una para el vulgo y otra para los ilustrados: una misma servía de regla á todos en sus juicios, unos mismos principios dirigían todas las voluntades. La confusión entre el bien y el mal era imposible, y así no se tenía que discutir con la conciencia. En lo más alto como en lo más bajo de la escala social, el Evangelio, interpretado por la Iglesia, era la ley común de los pensamientos y de las acciones; cualquiera que se desviase de él, ya estuviese vestido de púrpura ó cubierto de andrajos, era tenido por culpable y digno por lo mismo del castigo de Dios.

Esta claridad y sencillez de la enseñanza católica, esta preciosa difusión de la luz moral en todas las inteligencias, aun las más humildes, esta certidumbre inalterable de la fé sobre los objetos más elevados, es lo que ha arrancado un grito de admiración á la filosofía escéptica. "Preguntad al cristiano, ha dicho Jouffroy, de dónde viene, cómo va y adónde se dirige la especie humana, y él lo sabe. Preguntad á ese débil niño, que aun no ha pensado sobre su existencia, por qué está en el mundo y qué vendrá á ser después de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso será menos admirable. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo y con qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas; cómo ha sido poblada la tierra, si por una sola familia ó por muchas; por qué los hombres hablan diversas lenguas; por qué sufren; por qué luchan entre sí, y qué término tendrá todo esto, y lo sabe! El origen del mundo, el origen de la especie, la cuestión de las razas; el destino del hombre en este mundo y en el otro; sus relaciones con Dios, sus deberes para con sus semejantes, los derechos que tiene sobre la creación, nada ignora; y cuando llegue á ser

grande no tendrá que vacilar sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes, porque todo esto sale, todo esto emana con claridad y como por sí solo del cristianismo. Ved ahí, lo que yo llamo una gran religión."¹

Sin embargo, la fijeza absoluta de la ciencia moral, no impedía el movimiento de los espíritus. Además de que les quedaba abierto enteramente el campo de las ciencias en el orden puramente terrestre, encontraban aun en las relaciones del orden sobrenatural la ocasión de un ejercicio intelectual más extenso y más elevado. No les estaba prohibido el meditar sobre los misterios de la naturaleza increada, y seguir paso á paso las concepciones y las operaciones divinas, ni indagar las sublimes razones, ni asociarse en cierto modo al pensamiento del cielo. El filósofo podía profundizar más y más estas materias; el metafísico subir y elevarse siempre: las inmensas regiones de lo infinito se estendían delante de ellos como un océano sin fondo ni límites y en el cual la vista humana no podría jamás medir ni la elevación, ni la extensión, ni la profundidad. En esas regiones en que Platón, Aristóteles y otros sabios no podían andar sino á tientas y como ciegos, los Tomases de Aquino y los Duns Scot, podían volar como el águila con poderosas alas y con firmes miradas. Iluminados ya con el rayo de la luz celestial, llevaban todavía consigo una infalible brújula que les indicaba la recta vía y los pasajes peligrosos. Nuevos argonautas, sostenidos y guiados de este modo en las empresas arriesgadas de la inteligencia, desafiaban todos los peligros, evitaban todos los escollos de una larga navegación, tocaban al fin dichosamente en la comarca afortunada, en que la hija del rey del cielo les entregaba gloriosos y brillantes despojos.

El espíritu humano, sin embargo, rodeado de una protección especial, esclarecido por una luz sobrenatural, permanecía siempre libre. La pasión podía bramar contra la ley, la inteligencia sublevarse contra el dogma, la voluntad romper

¹ *Miscel. filos.*, pág. 424.

el freno saludable que le habia sido impuesto ; lejos de alterar la verdad, estos descarríos le suministraban la ocasion de un triunfo mas completo. La Iglesia no rechazaba la discusion : ella convocaba sus concilios, asambleas imponentes de prelados venerables y de doctores eminentes y les sometia el exámen de los mas graves problemas, promovidos por las ciencias ó por el orgullo con mas frecuencia. Allí se esponian sencillamente las cuestiones, se esclarecian las dudas y se apartaban los sofismas. La verdad, despejada de las nubes con que se la habia querido oscurecer aparecia en todo su esplendor, y la Iglesia la promulgaba en fórmulas simples, precisas é inatacables. Su decision hacia ley y cerraba la discusion. Todo el que se sometia, permanecia en el arca de salvacion, el que resistia tenia que perecer tristemente en el océano de la contradiccion y de la duda.

La Iglesia, desde su nacimiento, no habiendo cesado de darse por intérprete de la verdad divina, ha resuelto durante la sucesion de los siglos, las mas altas cuestiones del órden moral. Ella intentaba, es necesario confesarlo, una difícil prueba, y á la cual, si el auxilio divino le faltaba, debia sucumbir muy pronto necesariamente. ¿Qué sucedió, sin embargo? ¿Ha dado la Iglesia un solo paso en falso en toda su carrera á través de los siglos? ¿Hay una sola de sus decisiones que se pueda acusar justamente de error? ¿No es necesario reconocer por el contrario que durante las épocas de refinamiento dialéctico, como en las edades de grosera ignorancia, nunca ha faltado á su santa mision ; que siempre, aun humanamente hablando, ella ha consagrado las opiniones mas plausibles, mas sociales, y que el tiempo lejos de volver contra ella los datos de la esperiencia, no ha hecho mas que atestiguar la infalibilidad de sus juicios, á la vez que ha puesto de manifiesto incesantemente la nada de las pretensiones orgullosas de la razon individual? De otra manera, ¿habria podido ella constituir y desarrollar ese hermoso cuerpo de doctrina que se llama la *unidad católica*, y al pié del cual han venido

á humillarse los mas grandes genios y á espirar sus enemigos mas audaces y encarnizados?

El emperador Napoleon cuya grande alma se conmovia tan vivamente por todo lo que llevaba el carácter de una fuerte y majestuosa armonía, no ha podido menos de pagar un tributo de homenaje al principio de la unidad de la Iglesia. “Es necesario, decia, un gefe para todo, en todas las cosas. No hay institucion mas admirable que aquella que mantiene la unidad de la fé, y evita, al menos cuanto es posible, las contiendas religiosas. Nada hay mas odioso que una multitud de sectas disputándose, invectivándose y combatiéndose. La disputa es propia de la ciencia, ella la anima, la sostiene, la conduce á los descubrimientos : pero la disputa en puntos de religion, ¿á qué conduce sino á la incertidumbre, á la ruina de toda creencia? El exámen en objetos de ciencia, la fé en materia de religion, he aquí lo verdadero, lo útil. La institucion que sostiene la unidad de la fé, es decir al papa, guardian de la unidad católica, es una institucion admirable; para el gobierno de las almas, es la mejor, la mas benéfica que se podia imaginar.”¹

Quando la Europa fué invadida y renovada por las hordas bárbaras, obtuvo del cielo un insigne favor, que no se puede comparar sino con el privilegio de eleccion concedido en otro tiempo al pueblo hebreo. Sobre su suelo fué donde se fijó la piedra fundamental de la unidad católica : en su seno latió el corazon de la Iglesia, y ella resintió mas inmediatamente la influencia de su vida y de su caridad. Los nuevos pueblos que la componian fueron muy pronto producidos en Jesucristo, y este nacimiento espiritual fué el primer gérmen de toda su grandeza futura. La Iglesia, como madre tierna y solícita, veló constantemente sobre sus primogénitos ; ella se hizo su nodriza y su maestra : sin omitir ningun cuidado les formó con sus propias manos segun el modelo que se le habia mostrado ; les distribuyó con proporcion el alimento del alma, y

¹ Historia del Consulado y del Imperio, tom. III, pág. 218.

los siguió paso á paso en su desarrollo para modificar su accion segun los progresos y las circunstancias. Atenta á todos los peligros que les amenazaban, acudia al punto para desviarlos de sus cabezas. Ella rechazaba con el mismo ardor á los enemigos interiores que á los exteriores. Estando siempre armada contra las sutilezas del espíritu herético, combatia á la vez las supersticiones del espíritu bárbaro. Sabia, cuando era necesario, hablar como señora, confundir la mala fé, comprimir la brutalidad, dominar el poder; y esto solo por la virtud de la autoridad moral de que Dios la habia hecho depositaria. "Era una bella soberanía, ha dicho un autor protestante, la que los Inocencios y los Gregorios osaron fundar sobre el pensamiento. Ella no pesaba sobre los hombres sino para ilustrarlos y no para envilecerlos. Respetadme, obedecedme, decia, y en cambio os daré el orden, la ciencia, la union, la organizacion, el progreso y aun, cuanto sea posible, la calma y la paz. La barbarie y la ferocidad universal, tendian á desorganizarlo todo; pero ella hacia que todo reviviese: la fuerza del espíritu obligaba á la fuerza bruta á doblegarse ante ella. De todos los triunfos que la inteligencia ha alcanzado sobre la materia, éste tal vez es el mas sublime. Cuando la ley, muda y prosternada bajo la cuchilla, se arrastraba en un fango ensangrentado, ¿no era una cosa admirable ver á los tiranos cubiertos con sus armaduras, rodeados de sus soldados, suspender su venganza y sentirse como heridos de impotencia? ¿Y á la voz de quién? A la voz de un pobre anciano que habitaba una ciudad lejana, con dos batallones de malas tropas y poseyendo apenas algunas leguas de un territorio disputado!"¹

Sometida á esta alta, firme é inteligente direccion, la Europa marchó con un paso rápido y continuo en la vía del progreso. Animada de un principio vivificante, creció llena de fuerza y lozanía como un árbol por cuyas fibras corre una savia vigorosa. A medida que adelantaba en edad, en poder

¹ Revista británica, Abril de 1836.

y en sabiduría, veia romperse algunos de sus lindes, caer algunas de sus trabas y estender mas lejos su horizonte. Desde entonces no ha tomado descanso, no ha querido detenerse en ningun punto de su carrera ascendente. . . . sobre ella se cernia un ideal de perfeccion divina que estimulaba su ardor, que aun sin saberlo, la escitaba á elevarse siempre para llegar á él. La luz evangélica la rodeaba por todas partes y ella sacó de este foco divino sus leyes, sus instituciones, sus costumbres, sus artes y sus ciencias; ella las perfecciona rápidamente y las reviste de un lustre de moralidad, de santidad, de humanidad, que no conoció jamas el mundo pagano. Bajo la influencia de la Iglesia, por sus cuidados, por su vigilancia y por su doctrina, esta Europa, otro tiempo semi-bárbara, no cesó de elevarse, de ilustrarse, de ennoblecerse, y vino á ser, en recompensa de la sumision y del respeto que le tributara, la gloriosa reina de la civilizacion y del mundo.

¿Cuán diferente hubiera sido su suerte si esta divina maestra no hubiera descendido á ella? ¿Qué habria hecho de esas muchedumbres inciviles y feroces que cubrian la superficie de su suelo? ¿Ah! la sociedad que conocieron durante largos siglos las selvas de la Germania seria la única que ella conoceria hoy, si no es que la mezcla del elemento pagano con el elemento bárbaro, despues de haber corrompido las nuevas razas, las habria reducido al estado de esos restos de pueblos que vagan á traves de los bosques en las islas perdidas en el océano. "¡O Santa Iglesia de Roma! esclamaba el conde de Maistre, tus pontífices serán en breve proclamados universalmente los agentes supremos de la civilizacion, y creadores de la monarquía y de la unidad europeas; los conservadores de las ciencias y de las artes; fundadores, protectores natos de la libertad civil, destructores de la esclavitud, enemigos de la tiranía y del despotismo y bienhechores del género humano!"¹

En su expresion mas elevada y como sociedad moral, es

¹ Del Papa.

como la Iglesia debe considerarse como una institucion saludable y divina. En ella reside únicamente el principio cierto de toda ley y de todo deber; por ella sola ha vuelto á estar la tierra en relacion con el cielo; por ella los hombres de todas las razas y naciones están unidos entre sí; por ella saben lo que son, de dónde vienen y cuál es su final destino; fuera de ella no hay mas que dudas, conjeturas, divisiones; nada es seguro; nada está sancionado; nada es verdaderamente obligatorio; toda inteligencia flota en el vacío de sus incertidumbres, toda libertad vaga á merced de sus caprichos. ¡Razon orgullosa! ¿qué sabrias tú de Dios, qué sabrias del hombre ni qué de la vida presente y de la vida futura? Escucha las palabras con que espresaba su desesperacion uno de tus mas ardientes adeptos. “Yo amo la verdad, yo la busco y no puedo reconocerla! Nosotros no sabemos ni lo que somos; no conocemos ni nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo: misterios impenetrables nos rodean por todas partes, están mas allá de la region sensible; para penetrarlos creemos tener la inteligencia y no tenemos mas que la imaginacion. Cuando los filósofos se hallen en estado de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos tendrá interés en ella? ¿Dónde está aquel que por su gloria no engañaria de buena gana al género humano?”¹

Ved ahí de qué perplejidades y angustias es víctima la humanidad, cuando abandonada, sin timon, sin brújula ni piloto fluctúa sobre el mar proceloso de las opiniones racionalistas; he ahí el destino que la espera fuera de la Iglesia. Mas si ella se arroja en los brazos de esta madre llena de gracias y de caridad, todo cambia de aspecto: á la inquietud sucede la seguridad, á la duda la fé, al aislamiento la union, á la division la unidad. Los hijos todos de Adán, dispersos en los cuatro ángulos de la tierra, tienen un centro comun donde pueden encontrarse y abrazarse fraternalmente en Dios. Allí hallan, en su pura fuente, lo verdadero, lo bello y lo bueno, alimento de su alma y regla de su libertad: ellos reciben es-

¹ Rousseau, *Emilio*, tom. III.

tos preciosos dones de esa mano infalible, en la cual los pusiera el mismo Jesucristo, Verbo eterno, espresion primordial y auténtica de la legislacion soberana. Desde entonces la ley es sagrada, única, igual para todos; ella previene una sumision completa, un respeto absoluto; sumision y respeto que nada tienen de humillante para la naturaleza humana, pues que se dirigen á la verdad increada, á Dios mismo, á quien son debidas las alabanzas, los homenajes, las adoraciones de todas las criaturas en el cielo y en la tierra.

“¡Oh Iglesia Romana!” repetiremos nosotros con el piadoso arzobispo de Cambray; “¡oh ciudad santa, cara y comun patria de todos los verdaderos cristianos! No hay ya en Jesucristo ni griegos, ni escitas, ni bárbaros, ni judíos, ni gentiles: todos forman un solo pueblo en vuestro seno, todos son conciudadanos de Roma y todo católico es romano. ¡Oh Iglesia desde donde Pedro confirmará para siempre á sus hermanos; que yo me olvide de mí mismo antes que os olvide jamás! ¡Que mi lengua se seque en el paladar y se quede inmóvil, si vos no sois hasta el último suspiro de mi vida el principal objeto de mi alegría y de mis cánticos!”

CAPITULO XXXIII.

Gran rebelion del espíritu filosofico pagano contra el reinado de la Cruz.

Despues de haber anunciado y descrito la espantosa ruina de Roma, el apóstol San Juan, penetrando mas lejos en el porvenir, arrojó una mirada profética sobre los destinos futuros de la tierra. “Yo ví, dijo, descender del cielo un ángel

como la Iglesia debe considerarse como una institucion saludable y divina. En ella reside únicamente el principio cierto de toda ley y de todo deber; por ella sola ha vuelto á estar la tierra en relacion con el cielo; por ella los hombres de todas las razas y naciones están unidos entre sí; por ella saben lo que son, de dónde vienen y cuál es su final destino; fuera de ella no hay mas que dudas, conjeturas, divisiones; nada es seguro; nada está sancionado; nada es verdaderamente obligatorio; toda inteligencia flota en el vacío de sus incertidumbres, toda libertad vaga á merced de sus caprichos. ¡Razon orgullosa! ¿qué sabrias tú de Dios, qué sabrias del hombre ni qué de la vida presente y de la vida futura? Escucha las palabras con que espresaba su desesperacion uno de tus mas ardientes adeptos. “Yo amo la verdad, yo la busco y no puedo reconocerla! Nosotros no sabemos ni lo que somos; no conocemos ni nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo: misterios impenetrables nos rodean por todas partes, están mas allá de la region sensible; para penetrarlos creemos tener la inteligencia y no tenemos mas que la imaginacion. Cuando los filósofos se hallen en estado de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos tendrá interés en ella? ¿Dónde está aquel que por su gloria no engañaria de buena gana al género humano?”¹

Ved ahí de qué perplejidades y angustias es víctima la humanidad, cuando abandonada, sin timon, sin brújula ni piloto fluctúa sobre el mar proceloso de las opiniones racionalistas; he ahí el destino que la espera fuera de la Iglesia. Mas si ella se arroja en los brazos de esta madre llena de gracias y de caridad, todo cambia de aspecto: á la inquietud sucede la seguridad, á la duda la fé, al aislamiento la union, á la division la unidad. Los hijos todos de Adán, dispersos en los cuatro ángulos de la tierra, tienen un centro comun donde pueden encontrarse y abrazarse fraternalmente en Dios. Allí hallan, en su pura fuente, lo verdadero, lo bello y lo bueno, alimento de su alma y regla de su libertad: ellos reciben es-

¹ Rousseau, *Emilio*, tom. III.

tos preciosos dones de esa mano infalible, en la cual los pusiera el mismo Jesucristo, Verbo eterno, espresion primordial y auténtica de la legislacion soberana. Desde entonces la ley es sagrada, única, igual para todos; ella previene una sumision completa, un respeto absoluto; sumision y respeto que nada tienen de humillante para la naturaleza humana, pues que se dirigen á la verdad increada, á Dios mismo, á quien son debidas las alabanzas, los homenajes, las adoraciones de todas las criaturas en el cielo y en la tierra.

“¡Oh Iglesia Romana!” repetiremos nosotros con el piadoso arzobispo de Cambray; “¡oh ciudad santa, cara y comun patria de todos los verdaderos cristianos! No hay ya en Jesucristo ni griegos, ni escitas, ni bárbaros, ni judíos, ni gentiles: todos forman un solo pueblo en vuestro seno, todos son conciudadanos de Roma y todo católico es romano. ¡Oh Iglesia desde donde Pedro confirmará para siempre á sus hermanos; que yo me olvide de mí mismo antes que os olvide jamás! ¡Que mi lengua se seque en el paladar y se quede inmóvil, si vos no sois hasta el último suspiro de mi vida el principal objeto de mi alegría y de mis cánticos!”

CAPITULO XXXIII.

Gran rebelion del espíritu filosofico pagano contra el reinado de la Cruz.

Despues de haber anunciado y descrito la espantosa ruina de Roma, el apóstol San Juan, penetrando mas lejos en el porvenir, arrojó una mirada profética sobre los destinos futuros de la tierra. “Yo ví, dijo, descender del cielo un ángel

que tenía la llave del abismo, con una gran cadena en la mano. Él encadenó á Satanás y le encerró por *mil años* en el abismo, á fin de que no sedujese mas á las naciones, hasta que estos mil años se hubiesen cumplido. Pero cuando hayan pasado estos mil años, *el será desligado*, y saliendo de su prision seducirá á los pueblos que están en los cuatro ángulos de la tierra, y los reunirá para el combate. Su número igualará al de las arenas del mar, y se esparcirán sobre la tierra y rodearán el campo de los santos y la ciudad muy amada.¹

En el año de 452 el feroz Genserico saqueaba á Roma, y *mil años* despues, es decir, en 1453, Constantinopla sucumbia bajo la cimitarra de Mahomet II. Sus sabios fugitivos, imbuidos en el espíritu pagano que la habia perdido, le llevaron á todas partes consigo. Ellos le esparcieron sobre la Europa, que los acogió y les dió la hospitalidad, con tanto mejor suceso cuanto que los espíritus sentian un deseo ávido de nuevos conocimientos y el descubrimiento de Guttemberg habia multiplicado los medios de propagarlos.

Hacia mucho tiempo que el poeta habia dicho: "Temo á los griegos hasta en sus presentes," pero antes que él, el juicioso y austero Caton habia experimentado el mismo temor. Cuando vió llegar á Roma los filósofos griegos, tembló por la república, y sus presentimientos no salieron fallidos. Esa poderosa república romana que habia vencido al mundo no resistió á la accion disolvente del espíritu filosófico. La misma suerte le estaba deparada á la Europa. Como un adolescente desprovisto de esperiencia, ella se dejó llevar de una admiracion candorosa por esos viejos sabios que le parecian estar en posesion de todos los secretos del espíritu humano: escuchó con trasporte su palabra docta y armoniosa, sin desconfiar de la sutil ponzoña que destilaba: sus ojos se deslumbraron con la perfeccion científica, literaria y artística de las obras que ellos le presentaban, y vino luego á apasionarse por la forma antigua. Con mas ardor que discernimiento la re-

¹ Apocal., cap. 20.

produjo por todas partes; en la iglesia, en el foro, en las escuelas, en los talleres. El Olimpo y el Parnaso resucitaron; Júpiter y su corte, Apolo y sus musas, Vénus y Cupido aparecieron de nuevo, mas brillantes que nunca. Pero del amor de la forma pasó rápidamente al amor del fondo. Seducida por la esterioridad engañosa de la civilizacion griega y romana y creyéndola mas perfecta que la civilizacion cristiana, rompió la cadena de sus santas tradiciones para reanudarla á la cadena de las tradiciones profanas; salió de la senda majestuosa que le habia trazado el cristianismo para correr por toda suerte de caminos tortuosos tras de las quiméricas visiones de los sofistas, que, semejantes á esos fuegos errantes de la noche, debian estraviarla con sus falsos fulgores y arrastrarla á hondos precipicios. Las doctrinas paganas halagaron, otra vez aún, las inclinaciones viciosas del hombre: todos los sistemas que habian corrompido el antiguo mundo, el epicurismo, el panteismo, el materialismo, el ateismo salieron de nuevo á luz: el racionalismo pareció seductor. Ya entonces la duda se apodera de las almas; Rabelais se rie de todo lo mismo que Lucano, y el sabio Montaigne va repitiendo como el escéptico Pyrrhon: "¿Qué seré yo?" La Europa se hace de dia en dia mas pagana: cambia la severidad de sus pensamientos, la gravedad de su aspecto por la ligereza y el brillo falso de las ideas y de las costumbres. La corrupcion invade insensiblemente los corazones, y muy pronto se vé renovarse todo el refinamiento de la lujuria antigua. ¡Tristes preludios! Una sorda fermentacion, semejante á la que precede á las tempestades agita el mundo: la esplosion no se hace esperar largo tiempo.

Despues de su derrota, el espíritu pagano habia procurado sin descansar un punto, pero tambien sin obtener ningun suceso, recobrar su perdido dominio. Sintió, al fin, que habia ya conquistado poderosas simpatías y que era llegada la ocasion de intentar nuevos esfuerzos. Para no espantar las conciencias, todavía demasiado cristianas, conspiró bajo el velo falaz con

que se habia cubierto hasta entonces, bajo el velo de la herejía. Un monje vino á ser su órgano; era Lutero. Dotado de una imaginacion ardiente y exaltada, no se detuvo mucho tiempo en una discusion seria sobre los dogmas; él quiso mejor hablar á las pasiones, y dirigió directamente un ataque brutal contra el dogma de los dogmas, contra la autoridad del gefe supremo de la Iglesia, contra la cabeza de la sociedad moral. "El papa, decia, en un lenguaje que causa repugnancia referir, el papa, es un lobo rabioso contra el que debe cada uno armarse; todos los que le siguen deben ser asimismo perseguidos como gefes de bandidos, aun cuando sean reyes ó emperadores."

El espíritu filosófico no se habia engañado en sus previsiones. Él suscitó numerosas simpatías y encontró aun en el poder temporal que en Europa le habia rechazado hasta entonces, un fiel aliado y un robusto apoyo. A la voz de Lutero, todos los pequeños príncipes de Alemania que temian al Austria ó codiciaban los bienes del clero, los duques, los electores, los margraves y los langraves se sublevaron contra la Iglesia. A la vez los pueblos, fascinados por el atractivo de la novedad y la esperanza de la independenciam, los miembros infieles del clero secular y sobre todo del clero regular, á quienes arrastraba el incentivo de los placeres del siglo, siguieron el estandarte de la rebelion. El ejemplo fué contagioso y el mal se difundió en poco tiempo; las pasiones escitadas, se inflamaron y el fuego cundió en toda la Europa. Entonces aparecieron de nuevo todos los horrores de los tiempos de la persecucion y de la barbarie. Las iglesias fueron saqueadas é incendiadas; las cenizas de los mártires y de los santos profanadas y arrojadas al viento, los sacerdotes y religiosos fieles asesinados; los monasterios destruidos, los castillos, las aldeas y las ciudades entregadas al pillaje y á las llamas; la sangre corrió á torrentes en las guerras civiles é internacionales.

Contra la Iglesia era, principalmente, contra quien se di-

rigia todo el odio de los revolucionarios: ellos la llamaban la reina de las tinieblas y la prostituta del Apocalipsis y no pronunciaban su nombre sino para execrarlo. Semejantes á unos hijos desnaturalizados que ultrajan á su madre cuando creen no necesitar ya de sus cuidados, derramaban á torrentes, desprecios, insultos y blasfemias sobre la que durante tantos siglos habia protegido su infancia y su juventud con los desvelos y la tierna solicitud de una verdadera madre. En vez de reprimir los excesos de los pueblos, muchos reyes se hicieron cómplices de sus extravios. Gustavo Wasa, Cristiano III y Enrique VIII sacudieron el yugo de la autoridad de la Iglesia y la rechazaron como á una enemiga; y un poco mas tarde no faltó un rey cristianísimo que enviase su embajador á humillar en Roma al Soberano Pontífice.

Esto no era, sin embargo, sino el principio de los sufrimientos y de los dolores. Enardecido con el éxito que alcanzaba, el espíritu pagano arroja, en fin, la máscara y sube el segundo grado de su gerarquía: de la herejía viene otra vez la filosofía, y bajo esta forma siente todavía aumentarse su audacia y su furor: no es ya únicamente la Iglesia y sus instituciones sino toda la revelacion cristiana el blanco de sus tiros y de su saña. Voltaire es entonces la personificación de ese espíritu perseguidor: tan violento como el hereje Lutero, el filósofo esclama en el frenesí de su odio: "No me admiraré ya de ver Hércules y Belerofontes librar á la tierra de las quimeras católicas; si tuviera á mi disposicion cinco mil hombres ya sabria lo que habia de hacer;"¹ y para estimular el celo de sus discípulos les repetia incesantemente esta odiosa palabra que contenia sus votos y sus esperanzas: "*Aniquilemos á la infame!*" tal era el epíteto que daba á la Iglesia. A esta palabra y al ejemplo del maestro, una multitud de literatos impíos, lanzaron á competencia sobre el cristianismo los dardos de la ironía, de la calumnia y del sarcasmo; le cubrieron con el manto de la locura, le abofetearon, le escupie-

¹ Cartas al rey de Prusia.

ron, le coronaron de espinas, le clavaron en la cruz y le entregaron al escarnio del mundo. ¡Y la Europa aplaudía! ¡y los reyes palmoteaban!... Federico de Prusia era el amigo de los filósofos, Catarina de Rusia los colmaba de favores; la corte de Francia y los grandes señores los admiraban; José de Austria, Leopoldo de Toscana, el senado de Venecia, los ministros de España, de Nápoles y de Portugal, traducían sus máximas en usurpaciones sobre los derechos de la Iglesia. Descendiendo de las alturas sociales y políticas, la impiedad ganaba rápidamente terreno por todas partes: ella pasaba de las capitales á las provincias, de los nobles á la clase média, de la clase média al pueblo. La religion se conmovió en el fondo de sus santuarios. Comunicando á uno de sus ministros la inspiracion de los antiguos profetas, hizo salir de su boca estas tremendas palabras con que resonaron las bóvedas del templo: "La hacha y el martillo están en las manos de los filósofos; ellos no esperan sino un instante favorable para derribar el trono y el altar. Sí, vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos, abolidas vuestras fiestas, vuestro nombre blasfemado y vuestro culto proscrito!—¿Pero qué escucho, gran Dios? ¿Qué es lo que ven mis ojos? A los cánticos inspirados que hacian resonar estas bóvedas sagradas en honor vuestro, suceden ahora cantos lúbricos y profanos!... Y tú, divinidad infame del paganismo, impúdica Vénus, tú vienes, aun aquí mismo, á ocupar audazmente el lugar del Dios vivo, á sentarte sobre el trono del Santo de los santos y á recibir el incienso culpable de tus nuevos adoradores?..."¹

Los presentimientos del hombre de Dios no tardaron en realizarse. La filosofía triunfante subió al trono y pudo ya poner en práctica libremente sus salvajes teorías. "Si yo tuviese un pueblo que castigar, decia el rey de Prusia vuelto ya en sí de sus ilusiones, haria que lo gobernasen los filósofos." La Francia hizo una cruel esperiencia de la verdad de

¹ Sermon del P. Beauregard.

sus palabras. En algunos años la filosofía la inundó de mas sangre, la cubrió de mas ruinas que lo habian hecho antes todas las tiranías y todos los fanatismos juntos. Por primer ministro tomó á la guillotina; por fiestas tuvo las matanzas de setiembre, las sumersiones en el agua, los metrallazos; su nombre fué EL TERROR. Ella no respetó clase, ni condicion ni sexo: ensalzó el vicio y proscibió la virtud. Creyendo, en la embriaguez de su orgullo, que habian vuelto los bellos dias de Juliano el Apóstata, subió el tercer grado de su gerarquía, recobró su primera forma, la mas querida de todas, la idolatría; y juzgando á los pueblos ya bastante envilecidos por sus doctrinas, osó mandarles que doblasen la rodilla ante una prostituta, y que ofreciesen incienso á esta noble imagen de la Razon. Desde entonces, la filosofía rasgó completamente el velo que cubria sus sacrílegos designios, y dejando de fingir una hipócrita tolerancia, armó su brazo con la cuchilla y renovó contra el cristianismo las atrocidades y las persecuciones sangrientas de los tiranos de Roma. ¿Quién podrá referir sus furores? Por todas partes los altares profanados, la cruz libertadora abatida y hollada, los templos cerrados ó destruidos, los sacerdotes proscritos y asesinados, los hijos del claustro arrojados y degollados, los fieles perseguidos, el culto abolido, el patrimonio sagrado entregado á las manos de los impíos y repartido como el botin de la conquista!... Si Dios desde lo alto del cielo no hubiese velado en su obra, la última hora de la Iglesia habria sonado! Dos veces los ejércitos enemigos á quienes los favores de la fortuna habian hecho dueños de la Europa, rodearon el campo de los santos y la ciudad muy amada; dos veces el vicario de Jesucristo, arrancado violentamente de la cátedra apostólica, fué arrastrado de un destierro á otro destierro, y murió ó vivió largo tiempo cautivo en una tierra extranjera. Como los judíos en otro tiempo en la cima del Calvario, los filósofos pasaban delante de la cruz, y moviendo irónicamente la cabeza le decian con altivez y desprecio: "*Si eres la hija de Dios, sálvate á tí*

misma; y lleno el corazón de feroz regocijo, se aprestaban á sellar la piedra de su sepulcro.

Así es cómo durante tres siglos la Iglesia fué atacada y combatida de nuevo por todas las potencias del mundo rebeldas contra ella; potencias que se habian hecho tanto mas temibles cuanto se habian hecho mas fuertes y vigorosas con la civilizacion cristiana, y que, por una astucia verdaderamente satánica, supieron oponer la Iglesia á la Iglesia misma, volviendo y armando los derechos que habia dado á los hombres, contra los deberes que les habia enseñado y prescrito.

CAPITULO XXXIV.

Estabilidad del reino de la Cruz en medio de las pruebas.

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella.” Jamás se habia hecho una promesa tan extraordinaria, y jamás ninguna otra se habia realizado de una manera mas milagrosa. Desde el pretorio de Jerusalem hasta la prision de Fontainebleau la Iglesia no habia cesado de ser el objeto de los ataques de enemigos encarnizados que desplegaron contra ella todos los recursos de la fuerza, del genio, de la astucia y de las pasiones: pero semejante al astro brillante del día á quien no conmueven clamores salvajes, ella siguió gloriosamente su curso á traves de los siglos, derramando torrentes de luz sobre los impíos que blasfemaban de su nombre y la cubrian de sarcasmos y de calumnias.

Cuando el espíritu pagano, por mucho tiempo antipático á los reyes y á los pueblos, los hubo sublevado y armado con-

tra la Iglesia, proclamando la independencia y la rebelion, sorprendida un momento por esta explosion terrible pareció vacilar sobre su base; pero muy pronto se afirmó en ella con mas fuerza que nunca, y se encontró pronta á hacer frente á todos sus adversarios por mas temibles que fuesen en número y en poder. No contenta con defenderse en su propio terreno, volvió á tomar la ofensiva por todas partes: una nueva vida pareció infundirse en sus miembros: ella invocó su espíritu regenerador y sintió renacer el ardor de su primera juventud. En tanto que la cátedra de San Pedro sufría un continuo asalto de sarcasmos, de blasfemias y de violencias, pontífices venerables por su virtud, su ciencia ó su valor como Paulo IV, Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Paulo V, Inocencio XI, Benedicto XIV, Pio VI y Pio VII venian á sentarse en ella sucesivamente, y á volverle el brillo de los antiguos días. A su voz, y bajo su direccion, los prelados y los doctores se reunieron en Trento; y el célebre concilio, con una sabiduría que no podia venir sino del cielo, definía la doctrina, consagraba la moral, y hacia florecer de nuevo la disciplina en toda la cristiandad que habia permanecido fiel. El clero se fortalecía en la fé por medio de la oracion y del estudio. Las antiguas órdenes religiosas, como los dominicos, los franciscanos y los benedictinos, se reformaban con el mas grande ardor. Las congregaciones de mujeres rivalizaban con ellos en celo y austeridad. Nuevas órdenes, espresion de la necesidad de los tiempos, surgian en gran número, como los Fuldenses, los Barnabitas, los Teatinos, los Doctrinarios, los Lazaristas, los Sulpicianos, los Ligoristas, los Hermanos y hermanas de la caridad, Ursulinas, religiosas de la Visitacion y otras mas todavía que ofrecian á la santa causa el concurso de su múltiple consagracion. A su cabeza una orden que su celo ha hecho el blanco de los iníquos y vergonzosos furoros de la impiedad moderna, la orden de San Ignacio de Loyola, se adelantaba como un gigante, preparaba el combate, reanimaba y sostenía el valor de las falanges sagradas, se esponía á todos los

misma; y lleno el corazón de feroz regocijo, se aprestaban á sellar la piedra de su sepulcro.

Así es cómo durante tres siglos la Iglesia fué atacada y combatida de nuevo por todas las potencias del mundo rebeldas contra ella; potencias que se habian hecho tanto mas temibles cuanto se habian hecho mas fuertes y vigorosas con la civilización cristiana, y que, por una astucia verdaderamente satánica, supieron oponer la Iglesia á la Iglesia misma, volviendo y armando los derechos que habia dado á los hombres, contra los deberes que les habia enseñado y prescrito.

CAPITULO XXXIV.

Estabilidad del reino de la Cruz en medio de las pruebas.

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella.” Jamás se habia hecho una promesa tan extraordinaria, y jamás ninguna otra se habia realizado de una manera mas milagrosa. Desde el pretorio de Jerusalem hasta la prision de Fontainebleau la Iglesia no habia cesado de ser el objeto de los ataques de enemigos encarnizados que desplegaron contra ella todos los recursos de la fuerza, del genio, de la astucia y de las pasiones: pero semejante al astro brillante del día á quien no conmueven clamores salvajes, ella siguió gloriosamente su curso á traves de los siglos, derramando torrentes de luz sobre los impíos que blasfemaban de su nombre y la cubrian de sarcasmos y de calumnias.

Cuando el espíritu pagano, por mucho tiempo antipático á los reyes y á los pueblos, los hubo sublevado y armado con-

tra la Iglesia, proclamando la independencia y la rebelion, sorprendida un momento por esta explosión terrible pareció vacilar sobre su base; pero muy pronto se afirmó en ella con mas fuerza que nunca, y se encontró pronta á hacer frente á todos sus adversarios por mas temibles que fuesen en número y en poder. No contenta con defenderse en su propio terreno, volvió á tomar la ofensiva por todas partes: una nueva vida pareció infundirse en sus miembros: ella invocó su espíritu regenerador y sintió renacer el ardor de su primera juventud. En tanto que la cátedra de San Pedro sufría un continuo asalto de sarcasmos, de blasfemias y de violencias, pontífices venerables por su virtud, su ciencia ó su valor como Paulo IV, Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Paulo V, Inocencio XI, Benedicto XIV, Pio VI y Pio VII venian á sentarse en ella sucesivamente, y á volverle el brillo de los antiguos días. A su voz, y bajo su dirección, los prelados y los doctores se reunieron en Trento; y el célebre concilio, con una sabiduría que no podia venir sino del cielo, definía la doctrina, consagraba la moral, y hacia florecer de nuevo la disciplina en toda la cristiandad que habia permanecido fiel. El clero se fortalecía en la fé por medio de la oración y del estudio. Las antiguas órdenes religiosas, como los dominicos, los franciscanos y los benedictinos, se reformaban con el mas grande ardor. Las congregaciones de mujeres rivalizaban con ellos en celo y austeridad. Nuevas órdenes, espresion de la necesidad de los tiempos, surgian en gran número, como los Fuldenses, los Barnabitas, los Teatinos, los Doctrinarios, los Lazaristas, los Sulpicianos, los Ligoristas, los Hermanos y hermanas de la caridad, Ursulinas, religiosas de la Visitación y otras mas todavía que ofrecian á la santa causa el concurso de su múltiple consagración. A su cabeza una orden que su celo ha hecho el blanco de los iníquos y vergonzosos furros de la impiedad moderna, la orden de San Ignacio de Loyola, se adelantaba como un gigante, preparaba el combate, reanimaba y sostenía el valor de las falanges sagradas, se esponía á todos los

golpes del enemigo y alcanzaba sobre él numerosos y señalados triunfos.

Reforzada por esta milicia intrépida, la Iglesia se levantó mas poderosa y entró majestuosamente en uno de los mas bellos períodos de su historia. Para reparar los estragos de las últimas herejías, sus misioneros se lanzaban sobre todos los mares, abordaban á todas las costas y le conquistaban comarcas inmensas. La América, las Indias, la China y el Japon le daban innumerables hijos, dignos hermanos de los que habian sido el fruto de su primera fecundidad. Personajes eminentes se elevaban en su seno y la ilustraban por su piedad, su saber y su caridad. Los Francisco Javier, Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Juan de Dios y Vicente de Paul, probaban al mundo, que la Iglesia habia conservado bastante vigor para producir en toda su belleza el fruto divino de la santidad que no puede germinar sino en sus entrañas. Los Baronis y los Bellarmin, los Bossuet y los Fenelon, los Bourdaloue y los Massillon, consagraban á su servicio y á su defensa los mas preciosos dones del talento y del genio. Por todas partes se elevaban á competencia establecimientos piadosos destinados á formar al clero, á instruir á los pueblos y á consolar la humanidad doliente. Una santa emulacion se habia apoderado de las almas escogidas; ellas combatian por obtener la perfeccion en las prácticas de las buenas obras. Al nombrar á San Vicente de Paul ¿no es recordar bastante todo lo que una religion dedicada á volver el bien por el mal, ha hecho para aliviar la miseria y el dolor en estos siglos de turbulencias, de defecciones y de violencias?

Ella no velaba menos en el desarrollo de las artes, de las ciencias y de las instituciones civilizadas. Roma era siempre la metrópoli de la cultura intelectual de Europa. Sus papas la hermoseaban con magníficos monumentos y colmaban de favores á los artistas y á los sabios. Así tambien bajo la influencia de las ideas cristianas, se vió nacer el siglo mas gran-

de que ha honrado á la humanidad. El siglo de Luis XIV, con su brillante cortejo de prelados eminentes, de grandes capitanes, de virtuosos magistrados, de sabios doctores, de admirables poetas, de hábiles artistas, de hombres ilustres en todos géneros, se adelantó como un majestuoso homenaje á la Iglesia católica.

Entretanto, la hora del príncipe de las tinieblas iba ya á sonar. Una vez todavía los pueblos prestaban oído á su palabra engañosa; aun á los elegidos alcanzaba su seduccion. En vano fué que los pastores del rebaño sagrado diesen el grito de alarma y le hiciesen resonar hasta el pié de los tronos; en vano los nuevos apologistas lucharon con todas sus fuerzas contra los Porfirios y los Celsos modernos; las oleadas de la impiedad crecian, se hinchaban con furiosos bramidos, y la barca de Pedro combatida por la tempestad parecia estar á punto de hundirse en un completo naufragio. ¡No temais hombres de poca fé! La Iglesia está en la prueba de la persecucion: que el verdugo levante su hacha; que los procónsules exhumen los suplicios de los tiempos de Neron y de Domiciano, atletas generosos sabrán afrontar con semblante sereno el combate sangriento y coronar sus frentes con la aureola del martirio. ¡Dios velaba sobre su obra! El pontífice soberano muere en el destierro, el Sacro Colegio se ve dispersado y el poder revolucionario se hace dueño de Roma y de Italia. “¡Victoria! ¡victoria!” clamaba el antiguo enemigo del género humano; pero hé aquí que á un mandato del cielo, ejércitos católicos, heréticos, cismáticos y aun infieles, acuden de todos los puntos del horizonte europeo, libertan la tierra sagrada y permiten á la Iglesia reunir á sus miembros y elegirse un gefe. La tempestad rugia aún; el gigante salido de sus senos escuda un instante con su poder al nuevo pontífice y muy poco despues osa, á su turno, poner sobre él sus manos sacrílegas: pero este nuevo atentado no quedó impune. Dios hirió al atrevido Prometeo y le clavó para siempre sobre su doloroso Cáucaso. Mientras, el vicario de Jesu-

cristo veía caer sus cadenas, y saliendo de su cautividad entraba de nuevo triunfante en la ciudad eterna.

Así la cruz quedó victoriosa despues de esta larga y peligrosa lucha. “¿Por qué, repetiremos nosotros con el Profeta, por qué los pueblos han temblado, por qué los príncipes han formado impotentes maquinaciones? Aquel que reina en los cielos, sabe burlar su malicia y reirse de sus proyectos insensatos.” Enorgullecidos con los progresos de una civilizacion que no era obra suya, ellos han reclamado toda la gloria, y rechazando con desden á la que los habia sacado del caos de la barbarie, han creído que en lo de adelante podian libertarse de su tutela. Ahí era donde Jesucristo los esperaba. Para castigarlos de su ingratitud se ha contentado, como despues de la desobediencia del paraíso terrestre, con abandonarlos á su propia imprudencia y entregarlos á su juicio depravado. En su locura se han persuadido que podian mofarse de la doctrina evangélica y que sus débiles manos llevarian fácilmente el cetro que le arrancaban á la cruz. ¡Profunda ceguedad! ¡Error funesto! La doctrina evangélica está tan admirablemente equilibrada; los derechos y los deberes se contrapesan con tanta armonía, que es peligroso el no hacerlos marchar de frente. Sin embargo, los sectarios del espíritu pagano podian muy bien, en su nombre, hacer aceptar á los hombres los derechos que el Evangelio les reconocia, porque entonces se encontraban de acuerdo con lo que les halagaba; pero, ¿y los deberes? ¿y las virtudes, compañeras necesarias de esos derechos, con qué autoridad podian exigirles la práctica? Creyeron eludir la dificultad relajando el freno de las virtudes mas penosas á la naturaleza, para preconizar por otra parte las que le cuestan menos. Esta política logró propagarse; pero, por sus mismos sucesos, produjo las mas funestas consecuencias; porque si los deberes son correlativos al derecho, ellos se mantienen entre sí estrechamente unidos; y si un principio se hunde en la conciencia humana, todos los demas participan del mismo sacudimiento y perecen en la

misma ruina. Así los fautores y los cómplices de la revolucion contra la Iglesia, desbordados muy pronto, se espantaron de su propia obra y quisieron detenerse sobre el borde del abismo que habian abierto. ¡Inútiles esfuerzos! la pendiente era demasiado rápida. Ya en lo de adelante, la Europa, agitada por una influencia desordenada, no caminará á la perfeccion como un rio majestuoso que descende con calma hácia el océano, viendo aumentarse gradualmente, la masa imponente de sus aguas, sino que se precipitará con ímpetu, tal como un torrente devastador, sin lecho ni márgenes, llevando por donde quiera el estrago, la desolacion y la muerte.

Si se considera, volvemos á decir por último, lo que ha pasado en esta parte del mundo, desde que el espíritu salido de Constantinopla domina en ella, se vendrá á conocer que la Iglesia ha quedado bien vengada de los ultrajes de sus enemigos, y que segun la palabra de la Escritura, los que han querido trastornar la piedra sobre que está asentada, se han herido y lastimado miserablemente las manos. En efecto, desde entonces no ha cesado de correr la sangre en medio de las turbulencias, de las guerras y de las mas terribles catástrofes. La guerra de treinta años, las guerras religiosas, las revoluciones de Inglaterra, de Francia, de Polonia, de España y de Portugal, las guerras civiles ó internacionales que les han seguido, han acumulado ruinas sobre ruinas, desastres sobre desastres, matanzas sobre matanzas. Las naciones han matado á los reyes, los reyes han matado á las naciones, los pueblos han matado á los pueblos; la anarquía y el despotismo llamándose entre sí, han reinado alternativamente. Y despues de todas estas tormentas los principios han permanecido inciertos y los espíritus estraviados; los tronos no pueden encontrar su equilibrio y las naciones se despiertan espantadas de la corrupcion que las devora.

En tanto que los náufragos contemplan con estupor los restos de su nave despedazada por la violencia de la tempestad

que ellos mismos han provocado, la Iglesia eleva con una dignidad celeste, encima de las olas apaciguadas, su cabeza coronada de gloria y adornada de una juventud inmortal! Todos los corazones vuelan hácia el santo Pontífice que hoy la representa tan noblemente, todos los labios bendicen al inmortal Pio IX; el mundo espera en él; y el moderno paganismo, temblando de furor, aplaza para algunos siglos la ruina de su indomable enemiga.¹

Este maravilloso fenómeno de la Iglesia, siempre en pié y siempre combatida, ha llenado de admiracion á los leales adeptos del protestantismo que, sobre la fé de sus maestros, habian podido creer que tocaba ya á su fin: así es que se les oye esclamar: "La Iglesia ha visto el principio de todos los gobiernos y de todas las instituciones eclesiásticas que hoy existen, y no nos atrevemos á decir que no está destinada á ver el fin. Ella era ya grande y respetada antes que los sajones hubiesen puesto el pié sobre el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados en el templo de la Meca. Ella puede ser grande y respetada todavía; en ese caso, quizá algun viajero de la nueva Zelandia se detendrá un dia, en medio de una vasta soledad, apoyándose en un arco roto del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de San Pablo."²

¹ Los recientes acontecimientos que han tenido lugar en la capital del mundo cristiano, no nos harán cambiar nuestras palabras. La gloria del magnánimo Pio IX permanece intacta; la demagogia sola es la que está cubierta de ignominia y vergüenza. Por lo demas, nadie duda que la Iglesia no salga muy pronto triunfante de las nuevas pruebas que le ha preparado el espíritu del mal.—N. del A.

² M. Macauley, *Revista de Edimburgo*, 1840.

CAPITULO XXXV.

Que sin la Cruz, los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad no pueden realizarse en la tierra.

Libertad, Igualdad, Fraternidad, Paz, Prosperidad, he aquí unas palabras que espresan bellas y nobles cosas; ¿pero se conoce acaso su verdadero sentido?... Los que para seducir á los pueblos las han hecho resonar muy alto, han probado desgraciadamente por sus interpretaciones y aplicaciones ulteriores que no conocian ni su valor ni su comprension. Se ha creido, por otra parte, con mucha generalidad, que bastaba proclamar esas fórmulas de los grandes principios del cristianismo para obtener su dichosa realizacion sobre la tierra; y que Jesucristo al revelarlos no ha adquirido otros títulos de gloria que los de un racionador que, el primero, descubre un nuevo sistema. Este ha sido un error fatal y una equivocacion funesta. Al proclamar á los hombres principios que les confieren derechos inmensos, pero que al mismo tiempo les imponen deberes análogos, ¿qué es lo que se ha hecho? Desencadenar sobre el mundo una plaga asoladora, si no se pueden hacer aceptar tales principios sino en la parte favorable á las pasiones, y que se tenga el beneficio del derecho sin reportar las cargas del deber. El mismo Jesucristo, no vacilamos en decirlo, si no hubiese colocado al lado de su revelacion los medios eficaces de ponerla en práctica, lejos de haber sido el bienhechor de la humanidad no habria sido sino el perturbador mas insensato del orden moral.

Comenzando por la libertad, esta noble prerogativa que

que ellos mismos han provocado, la Iglesia eleva con una dignidad celeste, encima de las olas apaciguadas, su cabeza coronada de gloria y adornada de una juventud inmortal! Todos los corazones vuelan hácia el santo Pontífice que hoy la representa tan noblemente, todos los labios bendicen al inmortal Pio IX; el mundo espera en él; y el moderno paganismo, temblando de furor, aplaza para algunos siglos la ruina de su indomable enemiga.¹

Este maravilloso fenómeno de la Iglesia, siempre en pié y siempre combatida, ha llenado de admiracion á los leales adeptos del protestantismo que, sobre la fé de sus maestros, habian podido creer que tocaba ya á su fin: así es que se les oye esclamar: "La Iglesia ha visto el principio de todos los gobiernos y de todas las instituciones eclesiásticas que hoy existen, y no nos atrevemos á decir que no está destinada á ver el fin. Ella era ya grande y respetada antes que los sajones hubiesen puesto el pié sobre el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados en el templo de la Meca. Ella puede ser grande y respetada todavía; en ese caso, quizá algun viajero de la nueva Zelandia se detendrá un dia, en medio de una vasta soledad, apoyándose en un arco roto del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de San Pablo."²

¹ Los recientes acontecimientos que han tenido lugar en la capital del mundo cristiano, no nos harán cambiar nuestras palabras. La gloria del magnánimo Pio IX permanece intacta; la demagogia sola es la que está cubierta de ignominia y vergüenza. Por lo demas, nadie duda que la Iglesia no salga muy pronto triunfante de las nuevas pruebas que le ha preparado el espíritu del mal.—N. del A.

² M. Macauley, *Revista de Edimburgo*, 1840.

CAPITULO XXXV.

Que sin la Cruz, los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad no pueden realizarse en la tierra.

Libertad, Igualdad, Fraternidad, Paz, Prosperidad, he aquí unas palabras que espresan bellas y nobles cosas; ¿pero se conoce acaso su verdadero sentido?... Los que para seducir á los pueblos las han hecho resonar muy alto, han probado desgraciadamente por sus interpretaciones y aplicaciones ulteriores que no conocian ni su valor ni su comprension. Se ha creido, por otra parte, con mucha generalidad, que bastaba proclamar esas fórmulas de los grandes principios del cristianismo para obtener su dichosa realizacion sobre la tierra; y que Jesucristo al revelarlos no ha adquirido otros títulos de gloria que los de un racionador que, el primero, descubre un nuevo sistema. Este ha sido un error fatal y una equivocacion funesta. Al proclamar á los hombres principios que les confieren derechos inmensos, pero que al mismo tiempo les imponen deberes análogos, ¿qué es lo que se ha hecho? Desencadenar sobre el mundo una plaga asoladora, si no se pueden hacer aceptar tales principios sino en la parte favorable á las pasiones, y que se tenga el beneficio del derecho sin reportar las cargas del deber. El mismo Jesucristo, no vacilamos en decirlo, si no hubiese colocado al lado de su revelacion los medios eficaces de ponerla en práctica, lejos de haber sido el bienhechor de la humanidad no habria sido sino el perturbador mas insensato del orden moral.

Comenzando por la libertad, esta noble prerogativa que

pone sobre nuestra frente un signo real, y que inviste nuestra raza de la soberanía absoluta del globo terrestre, ¿se cree que pudiera arrojarse así, al acaso, á cualquiera que venga como una cosa comun? Dad la libertad á un niño y habréis puesto en sus manos una arma peligrosa; dádsela al hombre malo y le habréis abierto la carrera del crimen; dádsela á un ignorante y habréis hecho andar á un ciego por una senda erizada de precipicios: porque, despues de la depravacion de nuestra naturaleza, ¿de qué se componen las sociedades humanas sino de individuos que todos, en un grado mas ó menos sensible están rodeados de tinieblas, de debilidades y de malas pasiones? En el estado actual, ningun hombre por perfecto que sea puede vanagloriarse, estando reducido á sus propias fuerzas, de poseer siempre dignamente su libertad y de conservarla intacta: pues si de este hombre escepcional se descende hasta las masas, hasta el comun de los hombres, que, por mas que se haga, permanecen siempre, por no decir mas, en la mediocridad, estado habitual del mayor número, ¿no debe temerse, y mucho, que hagan un abuso pernicioso de la facultad de disponer libremente de sí mismos? Así, pues, no merecerá poseer la libertad sino el que sepa hacer un digno uso de ella. Cuando Dios quiso hacer al hombre partícipe de este bien que le es propio, lo creó á su imágen, le dotó de una voluntad recta y le prescribió someterse á su direccion suprema: de otro modo, se habria agraviado la sabiduría y la santidad infinitas.

Habiendo perdido el hombre, por su falta, la rectitud de su voluntad, la pureza de sus inclinaciones, los rayos de la luz celestial, se encontró despojado de los atributos necesarios de un sér libre y se mostró indigno de su gloriosa condicion. Él ha aprovechado la libertad de los sentidos para hundirse en las mas vergonzosas torpezas; la libertad del pensamiento para acoger el error y desconocer la verdad; la libertad de la voluntad para entregarse á los actos de la mas culpable y odiosa arbitrariedad. Siendo así, ¿podia ser con-

veniente alentar al hombre en esta vía, y preconizarle como el primero de los bienes esta libertad que él degrada tanto, ó bien seria necesario, que esta criatura privilegiada hecha á imágen del Ser Soberano, estuviese reducida á un estado próximo al de embrutecimiento de los séres irracionales? Evidentemente ni el uno ni el otro de estos extremos es aceptable. El hombre debe ser libre, pero al mismo tiempo, la libertad debe ser para él buena y provechosa: para llegar á este doble objeto es necesario restituírle las garantías de pureza, de luz, de fuerza, de direccion superior que el pecado le ha arrebatado; y esto es lo que ha querido hacer Jesucristo. "Si escuchais mi palabra, ha dicho, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, y entonces seréis verdaderamente libres." ¹ Él hacia, pues, depender la regeneracion de la libertad de la obediencia á su palabra. Pero su palabra es espíritu y vida; ella alumbra la inteligencia y reanima el corazón. Apoyada sobre esta palabra infalible y siempre permanente en la Iglesia, la libertad podrá marchar con seguridad, evitar los lazos del error, y resistir al impulso funesto de las pasiones. De la doctrina evangélica es de donde emanan las luces y las gracias suficientes para conducir al hombre al estado de santidad; de que resulta, que ella es verdaderamente la sola madre de la libertad; porque, para que la libertad sea verdadera y perfecta, es necesario absolutamente que tenga la santidad por compañera: desde el momento que se separa de ella viene á ser indefectiblemente mala y perniciosa. El mismo Robespierre, este tirano hipócrita y sanguinario lo habia comprendido así: "Pueblo, decia en un discurso dirigido á la convencion, ten presente que si en la república no reina la justicia con un imperio absoluto, la libertad no es mas que un vano nombre; que donde quiera que la justicia no reina, las pasiones son las que mandan; y que entonces habrás cambiado de cadenas y no de destinos." ²

¹ Evangelio de San Juan, cap. 8.

² Lamartine, *Hist. de los Girondinos*, tom. VIII, pág. 306.

Sin el contrapeso de los principios sólidos de justicia y de santidad, toda libertad viene á ser peligrosa. Algunas naturalezas excepcionales ajustarán tal vez, al menos, al derecho sus actos exteriores, en tanto que las muchedumbres fácilmente extraviadas y exaltadas y los individuos de caracteres perversos, sobre todo, se dejarán arrastrar del torrente del vicio y de las pasiones. Ejemplos muy tristes hemos tenido y tenemos aún á la vista de las desgracias y de los crímenes que produce la libertad sin guía y sin freno: pero cuando por otra parte se cree que la libertad es una causa de peligro y de ruina, no tarda en ser considerada como un imposible; y ya se la desea como el primero de los bienes, ó ya se la rechaza como el mayor de los males. Concluyamos, pues, diciendo que la libertad, colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio viene á ser peligrosa; que estas condiciones de legítimo ejercicio no se encuentran sino en el cristianismo; fuera de él, la libertad es necesariamente una causa de mal y sucumbe bajo sus propios excesos. En apoyo de esta conclusion podemos citar la esperiencia de todos los tiempos y de todos los paises. Entre los antiguos como entre los modernos, en ninguna parte ha podido reinar, sin la cruz, la verdadera libertad. Hoy mismo como en otro tiempo los infieles, están muy lejos de ella, y los cristianos, haciéndose tanto mas indignos cuanto mas se alejan de las prescripciones sagradas de su fé, se esponen mas y mas á perderla. Por esto es por lo que Jesucristo nos advirtió que "cualquiera que cometa el pecado viene á ser esclavo del pecado;"¹ y el apóstol nos recomienda el "ser libres, no para servirnos de la libertad como de un velo que cubra nuestras malas acciones, sino para obrar en todo como servidores de Dios."²

Lo mismo que el principio de libertad, el principio de igualdad tiene sus peligros, precisamente porque en las condiciones actuales de la humanidad no es absolutamente posible.

1 Evang. de San Juan, cap. 8.

2 Epíst. de San Pedro, cap. 2.

Tomada en cierto sentido, seria la estincion del movimiento social, la uniformidad de los rodajes que haria imposible el juego de la máquina; seria la muerte y no la vida. Este principio, interpretado falsamente ha conducido á absurdas y salvajes teorías que han sido fecundas en desastrosas consecuencias. La esperiencia ha demostrado superabundantemente que la igualdad absoluta es una mera utopia ó mas bien, una irrealizable quimera. Se ha reducido, pues, su invocacion en cuanto á la igualdad de los derechos; este es un paso en la vía de la sabiduría, pero deja subsistir en el fondo de los corazones terribles pasiones. El derecho no es siempre el hecho; aquel que se encuentra perjudicado pretende estarlo á espensas de la justicia, y acusa á los que han sido mas dichosos que él de haber obtenido de la voluntad de los hombres los favores que la ley les rehusaba: ademas, es cosa difícil el hacer aceptar al que está colocado en una posicion inferior ese sistema de igualdad ante la ley; él está condenado de por vida á trabajos mas penosos, á privaciones mas grandes que algunos de sus semejantes; y vé, sin embargo, que ellos son los que recogen los honores y las riquezas, y poseen el bienestar de que él mismo está desprovisto. De ahí nacen y fermentan sordamente en su alma los celos y los odios crueles que no esperan frecuentemente sino una ocasion favorable para hacer su esplosion.

Cuando Jesucristo, sin embargo, ha proclamado el principio de igualdad, no ha querido hacer de él un señuelo seductor y arrojarle como un cebo engañoso á las pasiones; lo que ha querido es que ese principio tuviese un sentido verdadero y se convirtiese en una realidad. Pero ved con qué sabiduría ha dado la interpretacion positiva! Él no ha hecho consistir la igualdad en la posesion de la misma suma de riquezas, de honores, de ciencia, cosas que no pueden pertenecer igualmente á todos; sino que la ha colocado en un terreno accesible á cualquiera que posea una voluntad recta, en el terreno de la moral, en la práctica del bien. No todos pueden ser ricos,

grandes y sabios, pero todos pueden ser buenos: no todos son capaces de acciones brillantes, pero todos pueden según la medida de las facultades que les han sido impartidas, ejecutar acciones igualmente buenas. La pobre viuda de Jerusalem que deposita una moneda ínfima en el tesoro del templo, hace un dón mas meritorio que el de las piezas de oro y plata que habian arrojado en él los ricos. Considerada bajo el punto de vista moral, la igualdad viene á ser realmente completa. El último de los hombres, siendo virtuoso, será ante Dios igual á los mas altos personajes que hayan estado en el mismo grado de virtud: en consecuencia, el grande hombre de la sociedad cristiana no es el rey poderoso ó el gran genio; es el santo; y el santo puede ser un rey como San Luis, ó un labrador como San Isidro.

Si el divino Autor del Evangelio ha restringido de este modo el sentido positivo de la igualdad, es porque debía ser así por la naturaleza misma de las cosas; y Él ha buscado el modo de remediar esto, como en todos los demas resultados de nuestro estado de prescripción y decadencia por el primer pecado. Puesto que el órden presente no soporta la igualdad absoluta, él la restablecerá moralmente por una especie de compensacion equilibrada. "Los primeros, ha dicho, serán los últimos; aquel que se eleve será humillado, aquel que se humille será elevado, y el que quiera ser el mas grande será el servidor de todos."¹ Esta compensacion, creará en las relaciones humanas, una igualdad verdadera que no será el resultado violento de la ley, sino del libre consentimiento de la voluntad. Ella procederá de una virtud sublime, no conocida antes de Jesucristo, frecuentemente desconocida despues de Él, de la virtud de la humildad. Según la definicion del P. Lacordaire, la humildad "es una aceptacion voluntaria del lugar que nos ha sido designado en la gerarquía de los séres, una posesion de sí mismo, con una moderacion igual respecto de lo que envanece, y que nos lleva á descender á lo que no

¹ Evangelio de San Mateo, cap. 20.

nos envanece."¹ Humilde por el mandato de Dios, el cristiano pobre no codiciará los bienes del rico; no alimentará en su corazon esa envidia ardiente, ese horrible orgullo que algunas veces necesita sangre para satisfacerse. Por su parte, el rico, lejos de rechazar al pobre con injurioso desden, se inclinará hácia él, le tenderá la mano, le alzaré en cierto modo hasta él mismo, probándole por su estimacion, si la merece, que el hombre, cualquiera que sea su condicion, es grande por sí mismo; que lo demas no es sino un accesorio, y que la verdadera nobleza nace esencialmente de su propio fondo. "Si entra en vuestra asamblea," dice Santiago, "un hombre que tenga un anillo de oro y un traje magnífico, y entra en ella tambien un pobre con un mal vestido, y que deteniendo la vista sobre el que está vestido magníficamente le decís, presentándole un asiento distinguido, "Sentaos aquí," y que decís al pobre: "Estáte en pié ahí, ó siéntate á mis piés," seguíis pensamientos injustos en la diferencia que haceis ante vos mismo entre el uno y el otro."² Tal es el espíritu cristiano. Como Dios, no hace acepcion de personas y acerca las clases mas elevadas con las mas inferiores. Él conserva, sin embargo, la gerarquía visible y necesaria, á fin de que el cuerpo social, vivificado por la sábia armonía de sus miembros, pueda adquirir un maravilloso crecimiento: pero, suprimid la virtud cristiana y á pesar de todas las leyes civiles no os quedarán sino grandes altivos y desdefiosos, y pequeños envilecidos ó mas arrogantes que los grandes mismos.

Teóricamente hablando, el principio de igualdad es muy seductor; reducido á la práctica no se presenta ya bajo este halagüeño aspecto; por el contrario, resulta que aquellos que de palabra se habian manifestado los mas ardientes partidarios de ese principio, vienen á ser de hecho, los mas escandalosos é inconsecuentes violadores de él; prefiriendo casi siempre á los difíciles deberes que impone, las satisfacciones

¹ Confer., tom. II, pág. 15.

² Epíst. de Santiago, cap. 2.

orgullosas de la superioridad, cuando los caprichos de la fortuna ó los trastornos de las revoluciones los ponen en posición de obtenerlas.

Más difícilmente que la libertad y la igualdad, la fraternidad parecería deber apartarse de su verdadero sentido: ella por consiguiente, debería presentar menos tropiezos y peligros; pero el comun de los hombres no concibe la fraternidad sino como un beneficio y no como una carga, y esta falsa apreciación arrastra á muchos á terribles conclusiones. "Todos los hombres son hermanos," dicen, y tienen razón; pero en vez de demostrar con la ayuda de este principio que cada hombre debe estar siempre dispuesto á sacrificarse por el bien de sus semejantes, ellos se sirven de él como de una arma páfida para atacar todo órden social, apoyar sistemáticamente la rapiña y la opresión, y hacer prevalecer un plan de sociedad salvaje, destructor de toda libertad, de todo sacrificio, y cuyo objeto final sería inmolar implacablemente el mérito en las aras del vicio y de la incapacidad.

¿No era necesario que todavía aquí viniese el cristianismo en auxilio del hombre? Para hacerle estimar en su precio la fraternidad á la cual le invitaba, para que ella le fuese dulce y no amarga, tenía que preservarla de la profanación de las malas pasiones que abusan de ella. Del mismo modo, pues, que ha hecho posible en la sociedad humana la libertad por la *santidad*, y la igualdad por la *humildad*, realizará la fraternidad por medio de la *caridad*.

Mas bien que crear derechos, la fraternidad cristiana ha impuesto rigurosos deberes. Considerada bajo el punto de vista puramente humano, lejos de ser una ventaja para los que la practican, es una causa de privaciones y sacrificios. Cuando se oye á ciertos hombres pronunciar con énfasis la palabra fraternidad, se siente uno movido de lástima, pensando que, si supiesen lo que decían, si pudiesen verse precisados á practicarla realmente, su entusiasmo no tardaría mucho en resfriarse. Sin duda el ser hermanos, es lo mas tierno

y hermoso que puede darse; es trasladar el cielo á la tierra; ¿pero qué cosa es ser hermanos? ¿Es hallarse encerrados juntos como el rebaño en el aprisco y consumir en comun, todos los días y á la misma hora, una ración con mas ó menos igualdad repartida? ¡Oh! no; la fraternidad no se deja contener en límites tan estrechos y materiales: ¿qué es, pues, la fraternidad? Héla aquí segun el Evangelio: "Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y calumnian. Vestid á los que están desnudos, cuidad á los enfermos, consolad á los que padecen, visitad á los que yacen en las prisiones, y si quereis llegar al mayor grado de perfección en esta virtud, vended vuestras joyas y todo lo que sirve á vuestra vanidad y dad lo que produzca á los pobres." Los que se manifiestan celosos de llamarse con el santo nombre de hermanos deben estar animados de un espíritu de conciliación, de misericordia, de piedad y de absoluta abnegación. El misionero que sin otra esperanza en la tierra que el martirio, va á predicar entre los bárbaros y los gentiles la ley evangélica; la religiosa que pasa su vida en los hospitales ocupada en curar las llagas mas repugnantes; el sacerdote que renuncia á las dulzuras del hogar doméstico para consagrarse enteramente al servicio de sus semejantes en el ministerio sagrado; el soldado que ofrece generosamente á su patria el sacrificio de su felicidad y de su vida; el ciudadano que busca la miseria hasta en sus mas tristes y escondidos retretes, y no teme agotar su bolsa para socorrerla y aliviarla, he ahí los hombres que comprenden y practican la verdadera fraternidad.

Pero para comprenderla y practicarla de este modo se necesita estar movido por otro móvil que no sea puramente terrestre; se necesita tener en el corazón (y esto no es demasiado) toda la vida que la cruz comunica por la fé, la esperanza, la caridad y la gracia de Dios. Así cuando en nuestras sociedades, poseídas del espíritu pagano, se quiere, en nombre de ese sentimiento melodramático que se llama filantropía,

copiar las maravillas de la fraternidad cristiana, se tiene que organizar oficinas, imponer cuotas, pagar empleados y ejercer la beneficencia con las entrañas del fisco y de la especulación. Las almas piadosas se ven obligadas á imaginar expedientes que suministren recursos para las buenas obras: es necesario á veces, que promuevan la limosna por la vía de las pasiones, que la atraigan con el incentivo del interes y del placer; que hagan danzar y divertirse á los dichosos del mundo en provecho de la miseria, del sufrimiento y del infortunio!

A las consideraciones que preceden, creemos poder dar esta conclusion general: que sin el cristianismo no se pueden interpretar sanamente ni reducir á la práctica de un modo pacífico y verdadero los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad: demostremos ahora que no es menos indispensable para la realizacion de la dicha y de la paz.

Despues de la desobediencia del paraíso que cambió el destino de toda la raza de Adán, la felicidad parece que temió fijar su morada sobre la tierra. Las luchas continuas del hombre contra su naturaleza, contra sus semejantes, contra sí mismo apenas le dejan tiempo de respirar. Ha podido suceder que algunos seres privilegiados por la suerte, gozasen durante un tiempo mas ó menos largo aquellas satisfacciones que se pueden encontrar en el mundo; pero ademas de que tales satisfacciones, lejos de llenar el alma dejan en ella desconsuelos que nada puede llenar, se presenta ante nosotros un porvenir tan incierto, y el placer está siempre tan inmediato á la pena, que esa invisible espada de Damocles pendiente continuamente sobre nuestras cabezas, bastaria para turbar todos nuestros goces aun cuando la terrible segur de la muerte no amenazase romper muy pronto el tallo de nuestra existencia. En vano es que el hombre con los medios de que dispone, se afane y atormente por formarse la felicidad en medio de las angustias de semejante situacion; todo lo mas que podrá conseguir será aturdirse algunos momentos en el tumulto de ruidosos placeres: así, pues, los ecos de

la tierra han resonado siempre con las quejas y los gemidos de la multitud de los desgraciados.

Con todo, Jesucristo no ha vacilado en abrir su mision divina por una proclamacion de dicha ocho veces repetida. La primera palabra que salió de sus labios sagrados fué la de *bienaventurado*: pero ¿á quienes se referira esa palabra? A todos los que el mundo habia reputado desgraciados hasta entonces; y por un misterio inconcebible, el sufrimiento mismo será uno de los elementos que compondrán la dicha; porque está escrito: "¡Bienaventurados los que lloran!"

Para emplear un lenguaje semejante era necesario estar muy seguro de conocer y dominar la causa de las desgracias terrestres; era necesario poder decir y hacer como el Hombre-Dios: "¡Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!" El sufrimiento, en efecto, no es un mal verdadero sino en tanto que se ignora el objeto y el fin; pero que este objeto y este fin se manifiesten en lo que tienen de glorioso é inefable, y el sufrimiento podrá realmente trasformarse en dicha. Así es como ha procedido el cristianismo, y de un solo golpe ha cortado la principal raiz del mal. Esplícándonos el enigma de nuestra naturaleza nos ha hecho comprender la utilidad inmensa del sufrimiento, y dando una base cierta á la fé, nos ha hecho considerar las pruebas de la vida presente como la semilla de una celeste cosecha. Ha levantado el velo que cubria nuestros destinos y nos los ha mostrado, abriéndose como las flores despues de la borrasca, en la serenidad de una beatitud sin término y sin medida. ¿Qué son las fatigas de la guerra para el soldado que está seguro de recoger los mas brillantes laureles? ¿Qué son para el sabio las vigiliias laboriosas cuando él se siente marchar á la inmortalidad? y con mas fuerte razon, qué son las penas de la vida para el verdadero cristiano que contando con las promesas de Aquel que le ha rescatado al precio de su sangre, sabe que todo lo que sufre será pesado en su equitativa balanza y que recibirá en contrapeso los goces inefables de la

eternidad? Animados por esta magnífica esperanza, los apóstoles rebotaban de gozo en medio de sus tribulaciones; los mártires volaban al encuentro de los mas horribles suplicios, los santos se entregaban con entusiasmo á las mas rudas prácticas de la penitencia: para ellos el sufrimiento habia cambiado de carácter; lo imploraban como si fuese un bien: "Todavía más, Señor, exclamaban, todavía más! ¡O padecer ó morir!"

Pero el cristianismo no se ha contentado con obrar sobre el sufrimiento trasformándolo; él, además, ha propuesto á los hombres el medio de atacar directamente el origen; y este medio consiste en la lucha contra las malas inclinaciones. En efecto, si el hombre sufre es porque falta en él la armonía; porque sus deseos no están de acuerdo con su deber ó con lo que es posible: no hay mas que dos maneras de calmar la irritacion que experimenta: abatir sus deseos hasta el nivel de sus obligaciones y de su fortuna ó domeñar sus obligaciones y su fortuna á discrecion de sus deseos. Tomar este último partido es tentar lo imposible: la fortuna se rie de nuestra codicia, y por mas que se haga, nada le impide pulverizarla bajo su rueda caprichosa é implacable. No se obtiene mejor suceso con entregarse ciegamente á los instintos depravados, y obedecer su impulso contra toda regla y razon: mucho se engaña el que cree encontrar la calma cesando de combatirlos, porque ¡ay! el abismo, llama el abismo, al deseo sucede el deseo; y hallando muy pronto insulsos y desabridos los placeres que ha encontrado en su camino, busca incessantemente otros mas vivos; y en vez de gustar la dicha en el seno del reposo, viene á ser el miserable juguete de una insaciable tiranía: nuevo Tántalo, su alma se halla entregada á las angustias que le ocasiona la fatigosa requisa de un bien que se desea ardientemente y que huye al punto que se cree alcanzarlo. Esta actividad inmoderada es necesariamente madre del desorden. El hombre de placer, amasado de egoismo, olvida que debe hacerse útil á sus seme-

jantes y no vacila aún en sacrificarlos á sus odiosas fruiciones; muchas veces se sacrificará él mismo; así es que casi todos sus males procederán de los excesos á que le haya arrastrado la sed inmoderada é inestinguible de las pasiones.

El Evangelio sigue una marcha diametralmente opuesta: Él traza la regla de los deberes y ordena al hombre conformarse á ellos á despecho de las inclinaciones contrarias de su naturaleza: ordena en nombre de Dios y promete de su parte los auxilios suficientes para ayudar á la voluntad á triunfar noblemente de sus repugnancias. Al mismo tiempo, cuando obstáculos insuperables, nacidos de las circunstancias ó de la naturaleza de las cosas, se oponen á que los deseos, siendo legítimos, obtengan una justa satisfaccion, recomienda la resignacion que calma dulcemente los dolores del corazon, y enseña á reconocer los decretos inescrutables de Dios, á venerarlos y á someterse á ellos sin exhalar una queja, con la confianza del hijo por su padre, con el espíritu de sacrificio que prepara gloriosos méritos. Es cosa ciertamente mas fácil acomodar uno sus deseos á su deber y á su fortuna, que doblegar el deber y la fortuna á sus insaciables exigencias: así es como un cristiano prudente y sabio sabe conservar su alma al abrigo de las borrascas de las pasiones; y si algun golpe de la Providencia viene á herirlo aun en lo que tiene mas querido, sabe, como el santo Job, bajar humildemente la cabeza y bendecir la mano paternal que le castiga para purificarlo y salvarlo.

Con todo, el Evangelio no ha prometido y ligado la dicha á la práctica de sus máximas sino porque estas mismas máximas podian neutralizar su funesto veneno. ¡Cosa inconcebible! ¡Contradiccion inesplicable de nuestra naturaleza! Este fruto tan hermoso á la vista, tan agradable al gusto, que buscamos con tanto ardor, es sin embargo un fruto maldito que causa la muerte á los que lo comen. La felicidad debilita, enerva, corrompe y mata á las naciones como á los individuos. La humanidad no está hecha para la dicha: ella

ha podido vivir con el sufrimiento; la felicidad la aniquilaría. El rey de la edad de oro, si renaciese entre nosotros, no tendría por súbditos sino sibaritas afeminados, consumiéndose en la mortal languidez de la molicie y de la prostitucion. ¿Quién, pues, nos dará la dicha sin envilecernos, sin corrompemos, sin entregarnos á la disolucion? El cristianismo; solo él puede obrar este gran milagro: que se busque cuanto se quiera, no se encontrará el antídoto al disolvente de los goces del mundo sino en la sal de las virtudes que enseña, y en las gracias de que es la fuente. Es necesario que la humanidad se resuelva á saborear la amargura del sufrimiento si quiere reconquistar sus derechos á la verdadera felicidad.

No era bastante, sin embargo, para Jesucristo, el haber puesto de nuevo á los hombres en posesion de la dicha. Él queria asegurar los beneficios de su redencion en toda la tierra, dando á las naciones un bien que le es propio, un bien sin el cual todos los demas no estarían completos, es decir, *la paz*. Anunciando el reinado de la Cruz, los profetas le pintaban como un reinado de paz: ellos llamaban al Mesías príncipe de la paz; y cuando los ángeles anunciaron á los pastores de Bethlehem el nacimiento del nuevo rey, cantaron en coro: "*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*" Tal es el fin dichoso á que el Redentor quiere conducirnos. Todo converge á él en su Evangelio. Él destruye las antipatías de razas y pueblos, y proclama altamente que siendo todos los hombres hijos de un mismo padre, no deben formar sino una sola familia de hermanos. La bondad, la dulzura, la misericordia, la justicia, todas las virtudes pacíficas se encarecen y recomiendan en la doctrina de Jesucristo, dándose Él mismo como un ejemplo vivo de ellas. Él aconseja á sus discípulos evitar con el mayor cuidado las dificultades, las disputas y los pleitos; y les recomienda asimismo amarse los unos á los otros, anunciar por todas partes la paz é invocarla, en cambio de

la hospitalidad, sobre los que los recibieren en sus casas. Él les deja la paz, les da su paz, paz mas dulce que la del mundo; y cuantas veces se les aparece despues de su resurreccion se revela á ellos por estas palabras divinas: *¡Que la paz sea con vosotros!*

La paz es sobre todo la que Jesucristo quiere hacer descender sobre la tierra; para asegurar su establecimiento entre las naciones ha creado la sociedad moral católica. Esta sociedad debe reunir al mundo bajo el mismo gefe espiritual y bajo las mismas leyes morales; y estas leyes, basadas sobre la autoridad de Dios y, por consiguiente, dignas de toda fé y obediencia, tendrán por efecto, sustituir al derecho de la fuerza la fuerza del derecho. Nadie pondrá en duda que la conducta de los seres racionales debe regirse por los principios de la justicia y no por los caprichos brutales de un poder ciego: lo que solamente puede ser objeto de discusion es determinar cuáles son los verdaderos principios de la justicia; porque en tanto que la razon, descarriada por las pasiones, ha estado exclusivamente en posesion de decidir arbitrariamente sobre lo verdadero y lo falso, le ha sido imposible entenderse y la fuerza ha debido decidir comunmente en último extremo las cuestiones litigiosas. No será lo mismo sin duda cuando el cristianismo llegando á su edad completa, haya conquistado un imperio absoluto sobre los espíritus: siendo admitidos universalmente sus principios, la justicia brillará mas vivamente á los ojos de los hombres, y ellos considerarán como mas digno el tomarla por árbitro, que tener que recurrir á las violencias de la fuerza. Por otra parte, la efusion del espíritu evangélico dispondrá á las almas á la benevolencia mutua, á la caridad, á todas las virtudes pacíficas, y las dificultades, que no envenenarán ya las pasiones rencorosas, se arreglarán fácil y prontamente. El progreso de las ideas cristianas, la dulzura de las costumbres habían hecho ya presentir en el último siglo, al abate de Saint-Pierre la era futura de la paz universal. Estos presentimientos

fueron tratados de quimeras ; pero hoy la marcha constante de las cosas, las tendencias generales han modificado los primeros juicios. No se considera ya como una utopia ese sistema de paz, reputado antes como impracticable, y aun se ha llegado á discutir seriamente sobre los medios de realizarlo en un próximo porvenir.

Es necesario, sin embargo, no engañarse en esto: si se aísla del cristianismo la edad de paz, aun cuando llegue á obtenerse, no nos dará lo que se piensa y nos hace concebir esperanzas. Las malas pasiones que en todo tiempo anidan en el fondo del corazon del hombre, se despertarán sobre todo en las épocas de paz. Nunca se encuentran las naciones mas próximas á su decadencia que cuando el templo de Jano permanece cerrado. Cesando las fuerzas físicas de agitarse y de crear una poderosa diversion, las fuerzas morales se remueven fermentándose ; y como desgraciadamente están infectadas en su origen, este movimiento, esta fermentacion, no hacen mas que arrojar de sí una espuma impura de donde se exhalan miasmas deletéreos en abundancia. Entonces los pueblos caen en la depravacion y la decrepitud, síntomas precursores de su muerte. Este es ciertamente un gran vicio de nuestra raza ; ¿ pero, cómo remediarlo ? El Evangelio y solo el Evangelio nos suministra el medio. "Velad, dice, y orad para que no entreis en tentacion." Velad, es decir, estad siempre armados, siempre dispuestos al combate contra vosotros mismos ; orad, es decir, invocad en apoyo de vuestra debilidad la gracia y los auxilios del cielo : así os mantendréis en un estado de actividad, de vigor y de salud capaz únicamente de triunfar del marasmo y de la corrupcion que engendra el reposo.

Ademas de lo dicho, la paz trae consigo otro mal que las sociedades antiguas han resentido aun en medio de sus turbulencias civiles, y del que se espantan las sociedades modernas despues de algunos lustros exentos de guerras generales. Este mal proviene de la superabundancia de vida que

tiende á engrandecer desmesuradamente las proporciones del cuerpo social, aumentándose con exceso la poblacion, cuando todas las circunstancias favorecen su desarrollo. Vender, esponer y destruir á los niños fueron los medios empleados por los paganos para sustraerse á ese mal : nosotros no podríamos recurrir á ellos. Así, pues, á despecho de las malas costumbres y de las medidas poco filantrópicas sugeridas por la filosofía, los economistas políticos se preocupan vivamente de los resultados alarmantes que ofrece el aumento progresivo de la poblacion para un próximo porvenir. Jesucristo, que sabia cuál debia ser el término último de su designio, se habia ocupado de esto antes que ellos. Él habia practicado y preconizado una virtud destinada á prevenir los excesos de la vida y aun á trasformarlos en agentes bienhechores de ella. Siguiendo siempre los principios generales de la redencion, llegará á verificarse que los hombres de fé, animados por el espíritu de sacrificio, se retraerán voluntariamente de la corriente vital en provecho de la sociedad. Guiada por la inspiracion de su divino Autor, la Iglesia ha impuesto á todos los miembros que forman su asociacion, así del clero regular como del secular, el deber de la castidad. Ella ha querido que olvidándose de sí mismos se consagren enteramente á la salud de sus semejantes. Esta sábia regla de disciplina, que ha tenido siempre por principal objeto la independenciam, la pureza y abnegacion de los ministros de la Iglesia, debia producir ademas en las naciones un eminente servicio, descargándolas del fardo de la poblacion que algunas sienten ya muy pesado desde que la filosofía, en nombre de la libertad, ha proscrito la de una abnegacion, cuyo valor y capacidad no ha comprendido, y desespera justamente de poderlo inspirar jamas. Pero la Iglesia que abraza un horizonte mas vasto que el de los séres de un dia, ha mantenido, á pesar de los sofismas y de las pasiones de los hombres, la integridad de sus santos institutos.—Ya se comienza á conocer y á apreciar mejor su alta importancia.

No está lejos el tiempo en que se venga á reconocer que la paz tiene acaso peligros mayores que los de la guerra. Nunca los enemigos del alma son mas tenaces y activos para asediarla, que cuando puede ella escuchar su voz insidiosa en la calma y el silencio. Si contra los enemigos del cuerpo se emplean las armas materiales, contra aquellos es necesario hacer uso de las espirituales. Preciso es que las milicias castas y consagradas al servicio de Dios purifiquen, despierden, vivifiquen á las almas que languidecen en el reposo y el abandono de una indiferencia culpable; preciso es tambien que ellas sacudan el entorpecimiento de los cuerpos, y que les preserven, en favor de las almas, de la inercia, de la debilidad y de la muerte, ensanchándoles el espacio para sus movimientos, abriéndoles campos mas vastos de aire y de luz. Un dia, lo esperamos llenos de firme confianza, el Salvador hará florecer una paz santa que el mundo no podrá dar jamas; un dia, segun la palabra del Profeta, Él será unánimemente proclamado *Príncipe de la Paz*.

La verdad de la proposición general que acabamos de esponer, y de las particulares que le siguen, resalta de tal suerte de los hechos, que los mas grandes publicistas ó filósofos, se han visto compelidos á reconocerla. Ella emana, por decirlo así, como un axioma, de sus estudios históricos. Los testimonios abundan y pudiéramos multiplicarlos; pero creemos suficiente á nuestro propósito citar algunos nombres escogidos cuya autoridad no será dudosa ni disputada.

“Los principios del cristianismo, ha dicho Montesquieu, hacen más, que el honor en las monarquías, la virtud en las repúblicas y el temor en los Estados despóticos. A ellos debemos en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes que la naturaleza humana no sabrá reconocer bastante; el derecho que hace que, entre nosotros, la victoria deje á los pueblos vencidos la vida, la libertad, las leyes y casi siempre la religion, esos grandes bienes que constituyen su existencia civil. ¡Cosa admirable! la religion

cristiana que parece no haber tenido por objeto sino nuestra felicidad en la otra vida, hace tambien nuestra dicha en esta.”¹ Juan Jacobo Rousseau piensa tambien que “nuestros gobiernos modernos deben al cristianismo una autoridad mas sólida, y que las rebeliones y trastornos hayan sido menos frecuentes. La religion, mejor comprendida y desviándose del fanatismo, ha hecho mas dulces las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, porque donde quiera que han brillado, no ha sido por eso mas respetada la humanidad: las crueldades de los atenienses, de los egipcios y de los emperadores romanos dan testimonio de ello. ¡Cuántas obras de misericordia no son obras del Evangelio!”² A su vez, M. de Chateaubriand halla que “el cristianismo es admirable sobre todo por haber convertido al hombre físico en hombre moral. Todos los grandes principios de libertad y de igualdad se encuentran en nuestra religion, pero aplicados al alma y al genio y considerados bajo relaciones sublimes. Los consejos del Evangelio forman el verdadero filósofo, y sus preceptos el verdadero ciudadano. No hay pueblo cristiano, por humilde y pequeño que sea, en el cual no sea mas dulce la vida, que lo haya sido en el mas famoso de los pueblos antiguos. Hay en las naciones modernas una paz interior, un ejercicio continuo de virtudes bellas y pacíficas que no se vió reinar nunca á las márgenes del Iliso y del Tiber. Si la república de Bruto ó la monarquía de Augusto saliesen de repente del polvo de sus sepulcros, nos inspiraria horror la vida romana. El último de los cristianos, siendo hombre honrado, es mas moral que el primero de los filósofos de la antigüedad.”³

Como complemento de este capítulo y como corolario de nuestra esposicion histórica, tomamos del presbítero D. Jaime Balmes el cuadro interesante de los resultados principa-

1 *Espíritu de las leyes*.

2 *Emilio*.

3 *Genio del Cristianismo*.

les de la influencia del cristianismo en la civilización europea; hélo aquí: "El hombre, dotado de un vivo sentimiento de su dignidad, de un fondo abundante de actividad, de perseverancia, de energía y de un desarrollo simultáneo de todas sus facultades;—la mujer, elevada al rango de compañera del hombre, y recompensada, por decirlo así, del deber de la sumisión con las consideraciones respetuosas que se le prodigan;—la dulzura y la firmeza en los vínculos de familia protegidos por las poderosas garantías del buen orden y de la justicia;—una conciencia pública admirable, rica en máximas sublimes de moral, en reglas de justicia y de equidad, en sentimientos de honor y dignidad, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada é impide que la desvergüenza de la corrupción llegue al grado en que se mostró en la antigüedad;—una cierta suavidad de costumbres en lo general, que en la guerra evita las grandes catástrofes y en la paz hace la vida mas apacible y amable;—un respeto profundo por el hombre y todo lo que le pertenece, que hace muy raras las violencias y sirve bajo cualesquier régimen político de un freno saludable para contener á los gobernantes;—un deseo ardiente de perfección en todos los ramos;—una tendencia irresistible, mal dirigida algunas veces, pero siempre viva por mejorar la condición de las clases numerosas;—un impulso secreto que manda proteger la debilidad y socorrer el infortunio, impulso que sigue á veces su curso con un ardor generoso, y que, cuando no encuentra medio de desarrollarse permanece en el corazón de la sociedad y produce en ella el malestar y la inquietud de un remordimiento;—un espíritu cosmopolita de universalidad, de propaganda;—un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse sin perecer y para salvarse en las mas grandes crisis;—una impaciencia generosa que quiere anticipar el porvenir, y de donde resultan una agitación y un movimiento incesantes, algunas veces peligrosos, pero que son constantemente el gérmen de grandes bienes y el síntoma de un poderoso principio de vida: tales

son los grandes caracteres que distinguen la civilización europea; tales son los rasgos que la colocan en un rango infinitamente superior al de todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.

Sin embargo, es necesario reconocerlo: esta civilización está todavía lejos del tipo evangélico; pero si ya, por algunos de sus principales lineamientos, se distingue por una preeminencia marcada, ¿qué maravillas no será capaz de realizar cuando éntre resueltamente en la vía trazada por la cruz? ¡Dichosos los que saludaren la aurora de estos dias benditos! ¡dichosos los que vieren los nuevos cielos y la nueva tierra en donde debe habitar la justicia!

CAPITULO XXXVI.

Como el espíritu filosófico ha destruido la sociedad moral pretendiendo reformarla.

¿Por qué el antiguo mundo fué precipitado en un abismo de males, y sobre todo, en una degradación moral espantosa? Porque el hombre, dócil á los consejos de Satanás, sustrayéndose á la autoridad de Dios para no depender ya sino de sí mismo, caminó al azar, como un astro errante, á través de las tenebrosas regiones del error y de la duda. Para evitar esta causa suprema de nuestras desgracias, instituyó Jesucristo su Iglesia, á fin de que, semejante á la columna de fuego del desierto, marche delante de nosotros, brillando de luz celestial para trazar y alumbrar nuestra ruta. Con todo, nuestra libertad no estaba empeñada y podíamos, á nuestro arbitrio, seguir el rayo luminoso, ó descarriarnos corriendo

les de la influencia del cristianismo en la civilización europea; hélo aquí: "El hombre, dotado de un vivo sentimiento de su dignidad, de un fondo abundante de actividad, de perseverancia, de energía y de un desarrollo simultáneo de todas sus facultades;—la mujer, elevada al rango de compañera del hombre, y recompensada, por decirlo así, del deber de la sumisión con las consideraciones respetuosas que se le prodigan;—la dulzura y la firmeza en los vínculos de familia protegidos por las poderosas garantías del buen orden y de la justicia;—una conciencia pública admirable, rica en máximas sublimes de moral, en reglas de justicia y de equidad, en sentimientos de honor y dignidad, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada é impide que la desvergüenza de la corrupción llegue al grado en que se mostró en la antigüedad;—una cierta suavidad de costumbres en lo general, que en la guerra evita las grandes catástrofes y en la paz hace la vida mas apacible y amable;—un respeto profundo por el hombre y todo lo que le pertenece, que hace muy raras las violencias y sirve bajo cualesquier régimen político de un freno saludable para contener á los gobernantes;—un deseo ardiente de perfección en todos los ramos;—una tendencia irresistible, mal dirigida algunas veces, pero siempre viva por mejorar la condición de las clases numerosas;—un impulso secreto que manda proteger la debilidad y socorrer el infortunio, impulso que sigue á veces su curso con un ardor generoso, y que, cuando no encuentra medio de desarrollarse permanece en el corazón de la sociedad y produce en ella el malestar y la inquietud de un remordimiento;—un espíritu cosmopolita de universalidad, de propaganda;—un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse sin perecer y para salvarse en las mas grandes crisis;—una impaciencia generosa que quiere anticipar el porvenir, y de donde resultan una agitación y un movimiento incesantes, algunas veces peligrosos, pero que son constantemente el gérmen de grandes bienes y el síntoma de un poderoso principio de vida: tales

son los grandes caracteres que distinguen la civilización europea; tales son los rasgos que la colocan en un rango infinitamente superior al de todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.

Sin embargo, es necesario reconocerlo: esta civilización está todavía lejos del tipo evangélico; pero si ya, por algunos de sus principales lineamientos, se distingue por una preeminencia marcada, ¿qué maravillas no será capaz de realizar cuando éntre resueltamente en la vía trazada por la cruz? ¡Dichosos los que saludaren la aurora de estos dias benditos! ¡dichosos los que vieren los nuevos cielos y la nueva tierra en donde debe habitar la justicia!

CAPITULO XXXVI.

Como el espíritu filosófico ha destruido la sociedad moral pretendiendo reformarla.

¿Por qué el antiguo mundo fué precipitado en un abismo de males, y sobre todo, en una degradación moral espantosa? Porque el hombre, dócil á los consejos de Satanás, sustrayéndose á la autoridad de Dios para no depender ya sino de sí mismo, caminó al azar, como un astro errante, á través de las tenebrosas regiones del error y de la duda. Para evitar esta causa suprema de nuestras desgracias, instituyó Jesucristo su Iglesia, á fin de que, semejante á la columna de fuego del desierto, marche delante de nosotros, brillando de luz celestial para trazar y alumbrar nuestra ruta. Con todo, nuestra libertad no estaba empeñada y podíamos, á nuestro arbitrio, seguir el rayo luminoso, ó descarriarnos corriendo

en pos de falsos fulgores. Durante todo el curso de los siglos se vieron espíritus rebeldes que mejor querían vagar á la luz indecisa de esos fuegos inconstantes de la noche, que lanzarse atrevidamente en la carrera, bajo el esplendor fijo y radioso del Sol de la verdad. Pero ellos desaparecieron muy pronto con sus siniestros meteoros, perdidos en los inmensos espacios de la nada, y sin poder arrastrar á los pueblos en el movimiento desordenado de sus fatales revoluciones.

En el siglo diez y seis todo cambió de aspecto. Los pueblos, cansados al parecer de la pura luz del cielo, se dejaron fascinar de las impuras luces terrestres y las siguieron ciegamente. Entonces comenzó en Europa ese reinado funesto de los espíritus rebeldes y presuntuosos. Ellos inscribieron en su bandera y tuvieron por divisa: *Guerra á la Iglesia; libertad de la razon humana*. El antiguo principio de desobediencia á la autoridad y de independencia racional fué, á virtud de sus esfuerzos, inaugurado de nuevo en el mundo. Era fácil prever de antemano los funestos resultados de esta subversion. Encontrándose el hombre colocado poco mas ó menos en el mismo estado, que despues de la primitiva desobediencia, debia caer otra vez poco á poco en las mismas desgracias y miserias. La anarquía moral volvía otra vez á la tierra y con ella las tinieblas y los males del paganismo. Felizmente Jesucristo, fiel á sus promesas, ha mantenido en pié el edificio de su Iglesia y ha dejado á los hombres, á pesar de su ingratitude, un lugar de refugio seguro. Sin este bien inestimable, estaríamos de nuevo extraviados sin esperanza en las sendas de la perdicion.

Considerémos, en efecto, lo que pasa fuera de la Iglesia. ¿Existe aún la sociedad moral? ¿los séres libres encuentran un centro de unidad y una direccion cierta, ó mas bien, no están abandonados en el aislamiento, la division y entregados al soplo de sus caprichos racionales ó apasionados? Hemos ya reconocido, y ninguno podrá dejar de admitir, que toda sociedad supone la existencia de tres poderes: legislativo, in-

terpretativo y ejecutivo; pues bien, el espíritu filosófico los ha destruido completamente. Que se busque donde quiera entre los herejes y se verá que no se encuentran en ninguna parte. Por única base de la sociedad de las almas han puesto un libro cuyas páginas se han creído con el derecho de arrancar como mejor les parece, y de interpretar las palabras conforme les sugiere su fantasia. ¡Contradiccion estraña por cierto! Ellos han rehusado á la Iglesia el poder de interpretacion y se lo han concedido individualmente á cualquier hombre. Pero este hombre es infalible ó no: si lo es ¿por qué no ha de serlo la Iglesia? y si no es infalible ¿por qué condenarle á caer necesariamente en el error? ¿De qué le habrá servido el Evangelio de Jesucristo si no preserva su inteligencia de la ignorancia y de la mentira; si esta letra muerta no infunde vida en su corazon? ¿Creeria un pueblo haber hecho bastante para constituirse en sociedad civil poniendo en cada uno de los individuos que le componen un código de leyes, y dejándoles en plena libertad de determinar ellos mismos su línea de conducta? ¿Qué vendria á ser la Francia, si por todo vínculo de unidad no poseyese sino su código civil, sin magistrados para interpretarlo, sin agentes para hacerlo ejecutar, y entregándolo á la arbitrariedad de la inteligencia ó al capricho de la voluntad individual? Evidentemente, ni la Francia, ni ninguna otra nacion constituida de este modo, viviria un solo dia sin caer en la mas espantosa anarquía. ¿No comprenderán alguna vez los herejes que se les ha colocado en una situacion semejante, y que la anarquía moral es necesariamente el último término que han de tener sus principios? Cuando, para seducirlos se ha proclamado con énfasis la independencia de la razon se les ha engañado cruelmente. La razon, en efecto, no puede ser nunca independiente: sobre ella dominará siempre la verdad como soberana. ¿Puede el hombre, por ejemplo, ser libre para creer que el número 2 multiplicado por el mismo produce el número 5? ¿Puede ser permitido á la razon el sublevarse contra una ver-

dad, cualquiera que sea? En el conflicto entre la Iglesia y el espíritu filosófico, se trataba evidentemente menos que proclamar la independencia de la razón, el saber si la autoridad de la Iglesia era un verdadero dogma, al cual debía someterse aquella. Suponiendo (lo que para nosotros está fuera de duda) que este dogma es la expresión pura de la realidad, entonces la razón al rechazarlo, lejos de haber dado una prueba de independencia, no la ha dado sino del más triste servilismo, el servilismo del error. No basta indudablemente el haber proclamado la independencia de la razón para que la razón sea independiente; porque las pasiones, las dificultades y los misterios la circundan por todas partes, y en tanto que los que la proclaman independiente no la hayan desembarazado de este funesto cortejo, no nos podrán decir que la han libertado, pues que por el contrario, no habrán hecho más que entregarla sola, sin apoyo y sin defensa á todos los lazos de la ignorancia y del vicio. Cuando Lutero pretendía que *la eterna voluntad es la que hace todas las cosas, y que esto basta para destruir y aniquilar el libre albedrío*; cuando Calvino afirmaba que *el hombre comete el crimen porque Dios lo dispone así*; y cuando Melancthon añadía que *no solamente Dios permite el mal sino que lo hace, de tal suerte, que la traición de Judas es tan obra suya como la conversión de San Pablo*, ¿creeis que estos heresiarcas probaban una gran independencia de razón y hacían un servicio eminente á la humanidad?¹

Verificado el exámen teórico, pasemos al exámen práctico del principio de la herejía, y veamos, por sus obras, si no es un principio de anarquía más bien que de independencia. ¿Qué significan todos esos nombres diversos de Luteranos, Calvinistas, Sacramentarios, Anabaptistas, Quáqueros, Episcopales, Puritanos, Metodistas y los otros mil análogos que podrían añadirse? Que el protestantismo no tiene ningun centro de unidad; que deja á los espíritus flotar al soplo de todas

¹ Lut., de *Servil. arbit.*, tom. III, pág. 170.—Calv. *Instit.*, lib. IV, cap. 18.—Melanct., *Loc. theol.*, pág. 173.

las opiniones, y que se encuentra impotente para fundar una sociedad moral. Abandonando la Biblia á merced de todas las inteligencias, ya sean elevadas ó humildes, rudas ó ilustradas, reduce este libro divino al papel ignominioso de la alfagia de la fábula; ha sometido la palabra de Dios á las concepciones y á la aprobación de los hombres; le ha quitado toda virtud legislativa, toda autoridad superior sobre las conciencias para convertirlo aún en instrumento de las más monstruosas pasiones. Los mismos protestantes de buena fé no han podido menos de convenir en esto. "El juicio privado de Muncer, dice O'Callaghan, descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpación impía, contraria á la igualdad natural de los fieles, é invitó á sus sectarios á examinar el punto; estos conviniéron, por supuesto, en lo que decía su jefe, y dando gracias á Dios procedieron en seguida, por medio del fuego y del hierro á la estirpación de los impíos, apoderándose de sus bienes. El juicio privado creyó haber también descubierto en la Biblia que las leyes establecidas era una restricción permanente de la libertad cristiana, y he ahí á Juan de Leyde que, arrojando sus herramientas, se pone á la cabeza de una población fanática, sorprende la ciudad de Munster, se proclama él mismo rey de Sion y toma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia es una de las libertades cristianas y el privilegio de los santos. En Inglaterra, durante una gran parte del siglo diez y siete, una multitud de fanáticos se levantaron, simultánea ó sucesivamente, ebrios de doctrinas extravagantes ó de pasiones nocivas, desde el feroz delirio de Fox hasta la locura metódica de Barclay, y desde el formidable fanatismo de Cromwell hasta la necia impiedad de Praise-God Barebones. Todos citaban la Escritura y todos pretendían haber tenido éxtasis, visiones é inspiraciones. Se sostenía con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad real, porque los sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes los delegados de la prosti-

tuta de Babilonia, y que la existencia de unos y de otros era incompatible con la doctrina del Redentor. Estos fanáticos condenaban la ciencia como una invencion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anticristiana. Ni el obispo estaba protegido por la santidad de sus funciones, ni el rey por la majestad del trono: objetos uno y otro de desprecio y de odio, eran implacablemente decapitados por estos fanáticos. Las mayores atrocidades se justificaban con los testos sagrados: se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones, asesinatos, todo no solo justificado sino aun autorizado con las citas de la Santa Escritura."

Tenemos, pues, razon para afirmar que el espíritu filosófico ha destruido la sociedad moral. ¿Dónde encontraremos ahora una idea moral, segura, capaz de reunir las inteligencias, de cautivar los corazones y de someter las voluntades? Cuando no hay regla en los pensamientos no la hay tampoco en las acciones. El hombre, entregado á sí mismo, marcha á la aventura, triste juguete de las ilusiones de su razon y de los impulsos de sus pasiones. ¿Quién podrá justamente llamarle á su camino, puesto que es libre para no escuchar sino las inspiraciones de su propio sentido, y puesto que tiene el derecho de rechazar como tiránica aun la autoridad de un consejo benévolo?

Colocado sobre esa pendiente resbaladiza, el protestantismo la descendió rápidamente. Ningun dogma, ninguna institucion respetó de la antigua Iglesia. Procediendo de pasiones y abandonado á las pasiones, del cristianismo no conservó sino lo que podia lisonjearlas, ó por lo menos separó de él todo lo que las sujetaba y las refrenaba mas especialmente. Suprimiendo casi todos los sacramentos, ha cegado el manantial de las gracias divinas; ha quitado á las almas el principio de su santificacion y de su fuerza; ha hecho así desaparecer de la tierra esa raza sublime de héroes de la perfeccion cristiana que el cielo podia envidiarnos; y él se ha encontrado impotente para formar á los hombres en este grado de virtud

que los hace santos. En el protestantismo no se ven esos prodigios de abnegacion y de sacrificio, de que el catolicismo recoge tanta gloria para bien de la humanidad. Los ministros de su culto han hallado que era irracional privarse de los goces de familia para entregarse sin reserva al cuidado de sus feligreses, y se han condenado voluntariamente á no ser otra cosa, como lo ha dicho tan propiamente el conde de Maistre, que hombres vestidos de negro que suben al púlpito todos los domingos para hablar de cosas razonables. El protestantismo ha cerrado los monasterios: sus jóvenes no han sentido la necesidad de consagrar todo su sér al servicio de Dios y de sus semejantes; sus vírgenes no han deseado enlazarse al Esposo divino; ninguna ha abandonado los placeres del mundo retirándose al asilo silencioso de los claustros para entregarse á la oracion, para cuidar de la orfandad y dedicarse á la enseñanza de la niñez desvalida; ninguna ha venido á ofrecerse en el triste recinto de los hospitales para curar las llagas asquerosas, para velar á la cabecera de los enfermos y de los moribundos.

Pero el monstruo de la lubricidad toca la puerta y quiere tambien tomar parte en la reforma filosófica. Desde luego la santidad del matrimonio es inmolada á los deseos de la concupiscencia; y queda reducido á las proporciones de un contrato civil el acto mas solemne de la vida social, ese acto que Jesucristo, en su divina sabiduría, habia colocado bajo la salvaguardia del sello sacramental. Todavía no era esto bastante; se necesitaban otros holocaustos. Lutero consulta, pues, á la Escritura, y como en ella encuentra que el ejemplo de los patriarcas autoriza la *poligamia*, de acuerdo con los doctores, sus discípulos, permite al landgrave de Hesse-Cassel que tenga dos mujeres. "¡Desgraciada Europa!" esclama el ilustre Balmes, con motivo de esta decision; "si las costumbres no hubiesen estado formadas en esta época, si la buena organizacion dada á la familia por el catolicismo no hubiese echado raices demasiado profundas para que pudiesen ser arrancadas

por la mano del hombre, esta culpable condescendencia habria producido frutos muy amargos. Con todo, si la poligamia no pudo introducirse en la familia, á pesar de la buena intencion de los teólogos protestantes, el divorcio que parece menos repelente penetró en ella apoyado en las conclusiones de los nuevos casuistas. Enrique VIII sancionó la doctrina dando al mundo los mas horribles escándalos. Esta doctrina produjo sus frutos, porque desde entonces la union conyugal fué menos estrecha y menos respetada: los lazos de familia se relajaron necesariamente, viniendo á suceder que en algunos Estados reformados, el contrato matrimonial ofreciese tan pocas garantías, que en espresion de madama Staël, se cambiaba tan pacíficamente de esposo, como si se tratase de arreglar los incidentes de un drama.¹

Así caía pieza por pieza la sociedad moral fundada por Jesucristo: así se comprobaba la razon de estas palabras: "Si alguno desoye á la Iglesia que se le considere como un pagano." Muy en breve esta sociedad dejó aún de tener una existencia propia: incapaz de sostenerse por sus propias fuerzas, se resumió en la sociedad civil de la cual vino á ser una humilde sierva. Tanto, en efecto, como el protestantismo habia hecho ostentacion de orgullosa independenciam con respecto á la corte de Roma, otro tanto se mostró obsequioso y servil para con los poderes temporales. Él se acomodó á todos sus deseos, á todos sus caprichos, y llegó hasta abdicar de sí mismo en sus manos. Una religion, sin duda, no puede ser influente y providencial para un pueblo, sino en tanto que su cabeza está fuera y defendida del gobierno de este pueblo: poniéndose á disposicion del Estado, olvida su principal y mas indispensable prerogativa, la independenciam con todos para ser el consuelo de todos, y la hospitalidad abierta á todos los sufrimientos. Sometida al poder político, sus ministros no son entonces mas que unos funcionarios encargados de recibir y de transmitir las inspiraciones, variables, falibles,

1 De la Alemania, part. 1.^a cap. 3.

y algunas veces tiránicas de los gobiernos. Plugo á los reyes acumular las atribuciones del poder espiritual con las del poder temporal, ser al mismo tiempo pontífices y soberanos: y bien, ¿supo el protestantismo resistir á su ambicion, oponerse á esa usurpacion sacrílega? No: muy al contrario; cedió cobardemente, se avino á todo, y permitió que, en lo sucesivo, un mismo hombre tuviese bajo su dominio los cuerpos y las conciencias. En Inglaterra no tuvo vergüenza de descender hasta el último grado del servilismo, y abandonó, una tras otra, todas las garantías de la libertad religiosa á la brutalidad de la tiranía; y prostituyó su culto á uno de los mas odiosos príncipes de que hace mencion la historia. Tal fué el justo castigo de la orgullosa rebelion de la herejía contra la autoridad legítima; por haber rehusado someterse á la suave direccion del cayado pastoral, ha sido condenada á humillar su cerviz bajo el cetro dominador de los reyes.

Con todo, debemos decir que no era esta la mira que se proponia el espíritu filosófico. Su actividad disolvente no podia permanecer encerrada en el palenque estrecho de las decisiones imperiales: así pues, insensiblemente minó el cuerpo de la herejía y no tardó en hallar, por el socinianismo, una amplia salida sobre las regiones filosóficas propiamente dichas. Hasta entonces la razon se habia dignado respetar la Biblia, de la que pretendia tomar sus mas vivas luces, pero muy pronto declaró que todo lo que, en este divino libro escedia de su comprension, debia tenerse por metafórico. De este juicio á la negacion de la inspiracion divina de la Escritura, á la de todos los misterios y aun á la de la divinidad de Jesucristo, no habia mas que un paso; pues bien, la razon se apresuró á darlo. Desembarazándose de toda esa carga de los dos Testamentos que sujetaba sus movimientos, y orgullosa de esta completa independenciam, se lanzó decididamente en la pesquisa de la verdad, prometiendo al mundo librarlo de todas sus preocupaciones y del yugo de la supersticion, bajo el cual gemia hacia tanto tiempo. El filósofo

Hobbes, fué uno de los primeros que salió al campo, y de sus laboriosas investigaciones, recogió, entre otros, estos descubrimientos admirables: "*Dios es corporal; el alma es material; la idea del bien y del mal no tiene otra base que las sensaciones agradables ó desagradables; lo verdadero y lo falso no son otra cosa que palabras convencionales.*" En su seguimiento, y atraídos sin duda por estos brillantes resultados, se precipitaron en la misma senda los Blount, los Collins, los Tindall, los Tolland, los Woolston, los Mandeville, todos los libres racionadores, rivalizando en impiedad y en materialismo con su antecesor. Aludiendo á ellos el poeta Pope, exclamó indignado: "*¡Espíritus fuertes!... ¡nuevos Titanes desafían á los cielos!... Volúmenes de blasfemias autorizadas hacen gemir la prensa.*"¹

El célebre Swith previó desde entonces á cuán funestas consecuencias conducirían estas audaces empresas. "Téngase cuidado, decía, con estos libres racionadores: ellos minan todo el edificio y no descansarán sino sobre las ruinas de la sociedad entera."² Y no se engañaba; porque la impiedad invadía ya la Holanda: Spinoza profesa el pantheísmo y el fatalismo. Bayle se vanagloria de su escepticismo y declara que es verdadero protestante, puesto que protesta contra todas las religiones. El contagio cunde á la Francia; y adquiere en este país vastas proporciones, comunicándose muy pronto á toda la Europa por el poder de difusión del espíritu francés. Voltaire se apodera del cetro de las ideas y reina como triunfador sobre la opinión. Cansado de oír repetir que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo, quiere probar que no se necesita más que uno para derribarlo. Con este fin, consume su vida en escribir, sin pudor y sin buena fé, obras y folletos en los que la impiedad compite con la licencia y la calumnia. En torno de él se agrupan multitud de discípulos, servilmente adictos y sumisos, y

¹ *Essai sur la critiq.*, 2ª partie.

² *Hist. de la philos.*, Guillon, tom. II, pág. 135.

que sobrepujan en escesos y en desvaríos á su mismo maestro. D'Alembert y Diderot, fundan la Enciclopedia para hacer de ella el receptáculo universal de todos los sofismas, y como un arsenal de todas las armas de la filosofía contra la religión de Jesucristo. El escepticismo, el materialismo y el ateísmo se muestran sin pudor y sin recato por todas partes. Diderot profesa abiertamente sus doctrinas. Helvecio las ratifica en su libro *de el Espíritu*, en el que reduce todo á la sensibilidad física, considerando el interés como el único móvil de las acciones humanas: Holbach quiere ir todavía más lejos, y pretende que la materia existe por sí misma, y que solo ella produce la sensación y el pensamiento: Freret admira á su turno, por el cinismo de su libertad de pensar. No se respeta ya ni la historia. Los Turpin, los Mehegan, los de Pass, los Velly la disfrazan para acomodarla al gusto reinante. Boulanger escribe todo un libro de blasfemias contra la antigüedad. Dupuis, inventa que Jesucristo es el sol, y los apóstoles los doce signos del zodiaco. Bajo la pluma de Raynal, de Naigeon y de Condorcet, la filosofía se presenta con todos los caracteres del más furioso fanatismo: este fanatismo no tarda en degenerar en locura. La Mettrie en un discurso sobre la felicidad, avanza atrevidamente hasta decir que para ser dichoso *es necesario sofocar uno sus remordimientos y abandonarse á todas sus inclinaciones.* El mismo publica *el Hombre-máquina y el Hombre-planta*, y nos hace descender de una *marsopa*¹ *abriéndose la cola.* De Maillet nos da también por antecesores á los pescados; y Lamarck, queriendo sin duda levantar nuestra raza, se digna hacer remontar nuestro origen *hasta un mono, al que un romadizo ha prolongado la nariz.* Para coronar, en fin, estas saturnales de la razón, Silvano Marechal escribe el *Diccionario de los ateos*, en el cual pregunta seriamente *si el saber si hay un Dios es más importante que saber si hay animales en la luna;* apoyándose en el testimonio de los Padres y doctores de la Iglesia, decide que

¹ Cetáceo: especie de ballena.

con la Divinidad sucede lo que con esos muebles viejos que en lugar de servir no hacen mas que embarazar.

En este tiempo el misántropo Rousseau, huyendo de la turba de impíos fanáticos, defendía con elocuencia las mas santas verdades; pero dominado por la opinion y entregado sin guía á su juicio privado, demostraba la insuficiencia aun en los hombres superiores, sosteniendo con no menos calor y talento las mas funestas paradojas. Su tésis favorita, con que inauguró su entrada en la carrera y que no abandonó jamas, es que las artes y las ciencias no sirven sino para corromper las costumbres; y de ahí sacaba esta conclusion: que el hombre que piensa es un animal depravado, y que el estado salvaje es el ideal mas perfecto de la sociedad. Lo que pasaba entonces á su vista parecia justificar en cierto modo su teoría.

Tales fueron los sublimes descubrimientos que hizo el espíritu filosófico en sus ponderadas exploraciones á través de las regiones del mundo moral, tales fueron los maravillosos horizontes que abrió á los ojos ávidos de la humanidad. En vez de un Homero para celebrar sus hazañas seria preciso un Lucano para poner á sus héroes en pública subasta. He ahí, entre tanto, á uno de los partidarios de la razon pura que se burla ya de su independenciam. "Entrad en la casa del baron de Holbach, dice M. Luis Blanc; los convidados no están de acuerdo sobre ningun punto; ni sobre Dios, ni sobre la moral, ni sobre el libre albedrío, ni sobre el alma. Diderot declama con ardor contra el Dios de los fanáticos: Fréret considera á la Divinidad como una fantasma de nuestra imaginacion. ¿Y la espiritualidad del alma? Helvecio la coloca en el número de las hipótesis. ¿Y la metafísica? No es mas que un dédalo de conjeturas, segun D'Alembert, quien jura que en medio de estas tinieblas no encuentra nada mas razonable que el escepticismo. ¿Y la historia? Boulanger hace una compilacion de leyendas, de figuras cabalísticas, un sueño escrito en fin. Otros disputan acerca del diluvio; y no

es necesario advertir que en este esfuerzo de demolicion universal, no quedaron en pié los dogmas del cristianismo, sus misterios y sus milagros; y que Diderot con un tono de triunfo, repetía estas palabras de un caballero gascon: "¿Cuál es, pues, ese Dios, que hace morir á Dios para aplacar á Dios?"¹ Pero la risa se hieló muy pronto en los labios del filósofo moderno cuando llega á considerar los efectos prácticos de todas estas locuras. "Cuando cada uno, decia él mismo, busca la razon por su lado, no es una divinidad á quien se pueda reconocer fácilmente. La razon de Pascal no era la de Voltaire, ni la de Voltaire fué la de Rousseau. Proclamando sin restriccion, de una manera absoluta, la religion del racionalismo, se le erigian tantos altares rivales cuantos fieles podia tener. Así, pues, la anarquía intelectual fué inmensa. Como la razon divide lo que la fé reúne, ellos no hicieron mas que colocar al hombre sobre un monton de ruinas, donde lo vemos hoy todavía, en pié, dueño de sí mismo, pero solo é inquieto."²

El que se imaginara que la licencia de los espíritus fuertes tendia á libertar al mundo para siempre de las preocupaciones y de la supersticion, caeria en un grave error. "Desde que la filosofía del siglo diez y ocho habia minado la supersticion de la Edad Media de la Europa," dice M. de Lamartine, "la pasion por lo sobrenatural habia cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino meramente de objeto. Jamas tantas doctrinas ocultas, tantas filosofías quiméricas ó teosofías relevantes, habian fascinado el mundo intelectual. Swedenborg en Suecia, Weipsant en el Rhin, el conde Saint German, Bergasse y Saint-Martin en Francia, los fracmasones, los rosacruz, los iluminados y los teistas, habian fundado por todas partes escuelas, reclutado adeptos y soñado en misterios. Las credulidades místicas se sucedian en todas partes á las credulidades populares."³

1 Hist. de la revol., tom. I, pág. 392.

2 Idem de idem, tom. I, pág. 353.

3 Hist. de los Girondinos, tom. VIII, pág. 247.

¿Y qué venia á ser la moral pública en medio de este naufragio universal de las sanas doctrinas? ¿Se veia mejorar á los individuos, y á las naciones procurar la perfeccion de las costumbres? Las orgías desenfrenadas del tiempo de la regencia, y los repugnantes escándalos del reinado de Luis XV responden suficientemente á esta pregunta. “¡He aquí, esclama el P. Lacordaire, el palacio de los reyes cristianos! En la cámara donde habia dormido San Luis, Sardanápalo está ahora acostado! Stamboul habia visitado á Versalles y se encontraba allí muy á su gusto. Unas mujeres levantadas del fango hediondo del mundo, jugaban con la corona de Francia; los descendientes de los cruzados, impregnaban con el hálito de su adulacion las antecámaras deshonoradas, y besaban al pasar el vestido de la cortesana reinante, llevando del trono á sus casas los vicios que allí habian adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitacion de las saturnales de Roma, realzadas con una impiedad que no habian conocido los cortesanos de Neron. En vez del arado y de la espada, una juventud inmunda no sabia manejar sino el sarcasmo contra Dios y el descaro contra el hombre: á sus piés se arrastraba la clase média mas ó menos imitadora de esta real corrupcion, y lanzando en pos de sí á sus hijos perdidos, como se vé detras de los poderosos reyes de las selvas, los leones y otras fieras, á los animales mas pequeños y viles que les siguen, para lamer su parte de la sangre que aquellos derraman.”¹

He ahí lo que el espíritu filosófico hizo particularmente de la Francia; he ahí cómo en pocos años transformó en abyeccion, en egoismo, en corrupcion, la lealtad, la generosidad, la religiosidad de un gran pueblo. Lejos, pues, de conducir á la humanidad hácia los destinos gloriosos de un porvenir puro y científicamente virtuoso, no hizo mas que arrastrarlo hasta el abismo de la mas profunda degradacion: la historia lo demuestra con una luminosa é irresistible evidencia. Así

¹ Confer., tom. II, pág. 70.

pues, un inmenso descrédito ha herido á las ciencias morales: las conciencias turbadas é inciertas las han rechazado como guías ciegos y falaces; y mas bien que entregarse todavía en sus manos han preferido sustraerse á todo principio de vida, sepultándose voluntariamente en la tumba de una indiferencia letárgica. Por segunda vez, el hombre rebelado contra Dios encontró la muerte del alma en su rebeldía. La razon, tan orgullosa de su independendencia, no habia conseguido mas que crear la servidumbre del error: en el caos de la anarquía de las inteligencias, graznaba como el pájaro siniestro de la noche sobre las ruinas de la sociedad moral.

CAPITULO XXXVII.

**Que la independendencia
de la razon no ha ejercido una influencia dichosa en la política
ni en el progreso de las ciencias y de las artes.**

Nadie desconoce que la sociedad moral y la sociedad política están unidas entre sí por medio de estrechas relaciones; que ésta última se apoya en aquella, y que la caída de la primera debe producir en la segunda un terrible sacudimiento. Dios lo ha querido así, á fin de que las naciones reconociesen el bien y el mal por sus mismos frutos y supiesen que no se confunden y desprecian impunemente las mas santas leyes de los seres libres. No es, pues, fuera de propósito el poner á la vista los fenómenos que han aparecido, así en el órden moral como en el órden político, al advenimiento de la independendencia de la razon.

¿Y qué venia á ser la moral pública en medio de este naufragio universal de las sanas doctrinas? ¿Se veia mejorar á los individuos, y á las naciones procurar la perfeccion de las costumbres? Las orgías desenfrenadas del tiempo de la regencia, y los repugnantes escándalos del reinado de Luis XV responden suficientemente á esta pregunta. “¡He aquí, esclama el P. Lacordaire, el palacio de los reyes cristianos! En la cámara donde habia dormido San Luis, Sardanápalo está ahora acostado! Stamboul habia visitado á Versalles y se encontraba allí muy á su gusto. Unas mujeres levantadas del fango hediondo del mundo, jugaban con la corona de Francia; los descendientes de los cruzados, impregnaban con el hálito de su adulacion las antecámaras deshonradas, y besaban al pasar el vestido de la cortesana reinante, llevando del trono á sus casas los vicios que allí habian adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitacion de las saturnales de Roma, realzadas con una impiedad que no habian conocido los cortesanos de Neron. En vez del arado y de la espada, una juventud inmunda no sabia manejar sino el sarcasmo contra Dios y el descaró contra el hombre: á sus piés se arrastraba la clase média mas ó menos imitadora de esta real corrupcion, y lanzando en pos de sí á sus hijos perdidos, como se vé detras de los poderosos reyes de las selvas, los leones y otras fieras, á los animales mas pequeños y viles que les siguen, para lamer su parte de la sangre que aquellos derraman.”¹

He ahí lo que el espíritu filosófico hizo particularmente de la Francia; he ahí cómo en pocos años transformó en abyeccion, en egoismo, en corrupcion, la lealtad, la generosidad, la religiosidad de un gran pueblo. Lejos, pues, de conducir á la humanidad hácia los destinos gloriosos de un porvenir puro y científicamente virtuoso, no hizo mas que arrastrarlo hasta el abismo de la mas profunda degradacion: la historia lo demuestra con una luminosa é irresistible evidencia. Así

¹ Confer., tom. II, pág. 70.

pues, un inmenso descrédito ha herido á las ciencias morales: las conciencias turbadas é inciertas las han rechazado como guías ciegos y falaces; y mas bien que entregarse todavía en sus manos han preferido sustraerse á todo principio de vida, sepultándose voluntariamente en la tumba de una indiferencia letárgica. Por segunda vez, el hombre rebelado contra Dios encontró la muerte del alma en su rebeldía. La razon, tan orgullosa de su independendencia, no habia conseguido mas que crear la servidumbre del error: en el caos de la anarquía de las inteligencias, graznaba como el pájaro siniestro de la noche sobre las ruinas de la sociedad moral.

CAPITULO XXXVII.

**Que la independendencia
de la razon no ha ejercido una influencia dichosa en la política
ni en el progreso de las ciencias y de las artes.**

Nadie desconoce que la sociedad moral y la sociedad política están unidas entre sí por medio de estrechas relaciones; que ésta última se apoya en aquella, y que la caída de la primera debe producir en la segunda un terrible sacudimiento. Dios lo ha querido así, á fin de que las naciones reconociesen el bien y el mal por sus mismos frutos y supiesen que no se confunden y desprecian impunemente las mas santas leyes de los seres libres. No es, pues, fuera de propósito el poner á la vista los fenómenos que han aparecido, así en el órden moral como en el órden político, al advenimiento de la independendencia de la razon.

Un hecho capital y muy notable se presenta desde luego á nuestra observacion, y es, que despues de este advenimiento de la razon libre, todos los grandes Estados de la Europa, que formaban bajo el imperio del catolicismo monarquías templadas, por los estados generales, los parlamentos, dietas y córtés marchan rápidamente hácia el absolutismo. ¿Cuál puede ser la causa? En todo el curso de este escrito no hemos cesado de indicarla, y los acontecimientos modernos han venido á justificar superabundantemente nuestro juicio. En efecto, y aunque otra cosa se diga, no hay mas que dos medios para sostener en el derecho la libertad humana: la fuerza ó los principios. Cuando estos son sólidos y están sólidamente establecidos, el uso de la fuerza es poco necesario; pero cuando vacilan sobre su base, la fuerza únicamente puede servirles de punto de apoyo. Por otra parte, cuando los poderosos del mundo encuentran un freno en las ideas religiosas, se detienen mas fácilmente sobre la pendiente del orgullo y de la ambicion; respetan mas á los pueblos confiados á su gobierno. Esta doble consideracion motiva la aparicion del absolutismo á consecuencia del protestantismo.

Los partidarios de la nueva herejía se habian atrevido á levantar una mano sacrílega sobre la mas augusta de las autoridades, sobre la autoridad pontifical, y no debian sentirse dispuestos á respetar por mucho tiempo una autoridad inferior, la autoridad imperial. “Si me es permitido, decia Lutero á su soberano, por amor á la libertad cristiana, no solo despreciar sino pisotear los decretos de los papas y los cánones de los concilios, ¿pensais que haya de respetar vuestras órdenes hasta el grado de considerarlas como leyes?” Los anabaptistas y los independientes no tardaron, pues, en formar y en querer ejecutar planes de república en que los reyes no figurasen ya en ellos; los filósofos se mostraron decididos á atacar tanto la corona como la tiara. Unos y otros minaron á competencia las instituciones existentes pa-

ra sustituirlas con los sistemas de gobierno que habian imaginado en las elucubraciones de su gabinete. Desde Hobbes, Harrington y Buchanan, hasta Rousseau y Siéyes, casi todos arrojaron elementos de constituciones nuevas: ellos llegaron, en fin, hasta formular el voto salvaje de ver ahorcar al último de los reyes con las entrañas del último de los sacerdotes. Testigos de los desórdenes que engendraba el nuevo espíritu, y percibiendo por otra parte, que amenazaba á sus tronos, los soberanos, armados todavía del poder de que los habia investido la Iglesia, pero desprendidos de las trabas saludables que les imponia en su ejercicio, concentraron todo este poder en sus manos para defenderse. Él se convirtió, pues, por falta del contrapeso necesario, en un poder absoluto.

Debemos aquí justificar á la Iglesia de una injusta acusacion que se dirige frecuentemente contra ella. Olvidando el remontarse bastante alto en la historia, se le reprocha el haber favorecido el despotismo, porque se desconocia la época y las circunstancias en las cuales se habia introducido en Europa. Si hay una cosa cierta, sin embargo, es la de que á medida que la civilizacion católica se ha desarrollado, el poder real ha dado mas garantías á los pueblos y se le ha rodeado de mas eficaces modificaciones. Es verdad que la Iglesia lo habia hecho fuerte y respetable revistiéndolo de un carácter sagrado, pero por la virtud de sus doctrinas y su incesante vigilancia templaba tan perfectamente su accion, que obró un prodigio que tal vez por mucho tiempo no se renovará: ¡ella le hizo amar! Por lo demas, los acusadores de la Iglesia se contradicen á sí mismos; porque ellos le increpan muy á menudo de haber atentado á los derechos de los soberanos; y estos á su vez se quejan de sus pretensiones sobre su poder temporal. Más de uno, como el rey Federico II, han considerado muy dichoso á Saladino por no haber tenido que temer los anatemas de los pontífices; y por todas sus precauciones y todas sus violencias hácia ellos, han probado que la Iglesia no consentia en dejarlos reinar segun

su gusto y su capricho. Apenas, por lo mismo, hubo de presentarse la ocasion de deshacerse de esta importuna tutela, ellos se apresuraron á asirla, imaginándose que desde entonces reinarian mas tranquilamente y que nada en lo sucesivo turbaria la beatitud de su omnipotencia. Pero se engañaban siempre; porque en virtud de una ley divina, segun el juicio del conde de Maistre, hay constantemente al lado de toda soberanía alguna fuerza que le sirve de freno: ya es una ley ó una costumbre, ó la conciencia, un puñal, &c.; pero siempre hay alguna cosa. La autoridad de los papas fué el poder escogido y constituido en la edad media para hacer contrapeso á la autoridad temporal¹. M. Luis Blanc se encuentra en este punto de acuerdo con el filósofo católico. "Tal fué," dice, burlándose de la autoridad real que sus iguales habian arrastrado al abismo; "tal fué la locura de Luis XIV y de sus ministros (y esta observacion puede aplicarse á los demas príncipes), de no haber comprendido que la competencia de los papas en materia de soberanía protegia á los reyes, lejos de serle contraria. Llegó el momento en Francia de que la nacion se apercibiese que la independencia de los reyes era la servidumbre de los pueblos; y entonces se levantó indignada á fuerza de sufrimientos y pidió justicia: pero faltando jueces para el poder real, la nacion se hizo ella misma juez, y la excomunion fué recmplazada por una sentencia de muerte."²

El otro fenómeno que se nota en las sociedades políticas desde la recrudescencia de la razon libre, es la insubordinacion turbulenta de los pueblos hácia sus gefes. Acabamos de manifestar una de sus principales causas: ¿por qué no se puede decir con toda verdad que la libertad absoluta de pensar trae en pos de sí la libertad absoluta de obrar? ¿No es cierto igualmente que si se cree permitido poner en cuestion todo lo que concierne al orden religioso, con mas fuerte razon

¹ Del Papa.

² Historia de la Revolucion, tom. I, pág. 252.

debe creerse en el derecho de someter á discusion todo lo que constituye el orden político? Si, puesto que desde el momento en que un poder es discutido, su existencia queda pendiente del resultado incierto de la solucion: y era difícil que ésta fuera favorable á los reyes. La libertad es en el hombre una pasion, y pasion tanto mas viva, cuantò que reside en el mismo fondo de su sér. Como todas las demas pasiones, necesita estar contenida por una fuerza superior, tomada de un origen sobrenatural. Que quiera el hombre, solo con su razon, luchar contra esta pasion, no solamente será vencido, sino que su razon se ligará muy pronto con su pasion y suministrará á ésta nuevas armas para combatirle. Esto es lo que el cristianismo ha comprendido maravillosamente; y en este caso es en el que ha brillado especialmente su sabiduría. Conociendo el sentimiento innato de independecia que hace latir el corazon del hombre, sabia que él no se someteria nunca voluntariamente al dominio de sus semejantes si consideraciones superiores no venian á ennoblecer su obediencia. Él hizo, pues, remontar el principio de autoridad hasta Dios. Todo soberano legítimamente instituido mandaba no en su nombre propio sino en el de Aquel que quiere que el orden reine sobre la tierra; y cualquiera que le resiste, resiste á Dios mismo.

Sin embargo, la Iglesia habia previsto que el soberano podia ser infiel á su mision y que dejando de ser el padre de sus pueblos se convertiria en su tirano. En estas circunstancias delicadas era en las que la Iglesia interponia su pacífica mediacion, exhortando al príncipe á seguir en mejor vía; suplicándole, amenazándole en nombre de Dios; separándole de la comunion cristiana si se obstinaba; y, despues de haber agotado inútilmente todos los medios, declarando, en fin, á los súbditos que sus juramentos no les obligaban ya á someterse á unas órdenes injustas. De esta suerte la tiranía podia ser legalmente desarmada; y las naciones, estando protegidas contra sus excesos, se encontraban igualmente al abri-

go de sus propios furores, y evitaban las terribles calamidades que producen las revoluciones y las guerras civiles. Mas luego que el espíritu filosófico hubo echado por tierra ese sistema de derecho divino, del que no comprendía ni comprende hoy todavía el objeto ni aun el sentido, las relaciones de los pueblos con sus gefes sufrieron un cambio profundo y funesto. De una y una parte desapareció el respeto para hacer lugar á la desconfianza y al odio. Los reyes creyeron con demasiada facilidad que los súbditos estaban hechos para servir de instrumentos ciegos á su voluntad y á sus deseos; y estos á su vez, embriagados de un loco orgullo, poseidos de una pasión desenfrenada de libertad, aborrecieron hasta la sombra del poder y se precipitaron en el espantoso caos de la anarquía, de donde cayeron todos llenos de fango y de sangre en los brazos del despotismo militar. Tal es la historia de los dos países que bebieron á tragos mas largos, en la copa filosófica, el funesto veneno de las malas doctrinas; la Inglaterra, entregada al fanatismo de los Cabezas-Redondas y doblegándose bajo la espada de Cromwell; la Francia, sumida por la ferocidad de los sansculotes, en un terror desconocido hasta entonces en el mundo, y que solo la mano de hierro de Bonaparte pudo sofocar. Los pueblos, queriendo libertarse de la tiranía de los reyes cayeron bajo la tiranía mil veces mas tremenda y opresiva de las facciones, y para salvarse luego de ésta, se arrojaron en brazos de algunos déspotas audaces y ambiciosos.

Así el estado social cristiano fué reemplazado por el estado social pagano: los pueblos oscilaron entre el despotismo y la anarquía, la anarquía y el despotismo.

Si ahora, abandonando el horizonte político, echamos una mirada sobre la esfera de las artes y de las ciencias, descubriremos que el nuevo espíritu ha favorecido su desarrollo y su progreso? Especulativamente hablando, cuando la inteligencia se deja arrastrar á cuestiones teológicas y filosóficas, absorbentes, irritantes, sin solución definitiva é irrecusable,

ella se fatiga, se agota, y no tiene ya gusto ni vigor para ocuparse de las cuestiones de un órden secundario. La preponderancia, por otra parte, del elemento racional no es favorable á la expansión y al vuelo del sentimiento. El Bajo-Imperio está enervado y gangrenado en sus disensiones sofisticas, y la Europa moderna ha gastado el mas bello vigor de su adolescencia en luchar ya en pro ya en contra de las fantasmas salidas del cerebro enfermo de los pretendidos reformadores. Las artes y las ciencias no florecen sino en los dias de paz intelectual y material; y no prosperan en medio de las disputas borrascosas, de los tumultos populares y de las guerras civiles. Pero, haciendo abstracción de estas consideraciones generales, ¿qué han ganado positivamente las artes y las ciencias, con la manumisión del espíritu humano? El protestantismo se declara su enemigo; y como dice M. de Chateaubriand, "si hubiese obtenido un éxito completo, habria establecido al menos, durante algun tiempo, otra especie de barbarie. Teniendo por supersticiosa la pompa de los altares, por idolatría las obras maestras de la escultura, de la arquitectura y de la pintura, intentaba asimismo hacer desaparecer la alta elocuencia y la gran poesía deteriorando el gusto, repudiando los modelos é introduciendo algo de seco, de frio y pelilloso en el espíritu. La Europa, el mundo están cubiertos de monumentos de la religion católica. ¿Cuáles ha erigido el protestantismo? Él os mostrará las ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines y establecido algunas fábricas de manufacturas."¹

El siglo diez y ocho en Francia fué asimismo una época de decadencia mas bien que de perfección: nunca sostendrá la comparación con los grandes siglos de Leon X y de Luis XIV. El Bramante, Miguel Angel y Rafael, esos grandes artistas de la Iglesia, no han podido encontrar rivales entre los partidarios de la razón pura, ni el impío Voltaire es ciertamente superior al católico Racine. Sacrificando el sentimiento á la

¹ *Estudios históricos*, tom. III, pág. 445.

razon, el filosofismo no vivifica el gusto; poniendo en problema todas las verdades morales, conmueve igualmente las verdades artísticas: la insubordinacion que infunde en las voluntades se comunica á las inteligencias; así se subleva contra las leyes del arte, como contra las leyes de las costumbres, y el gusto de lo bello sobrevive rara vez al amor del bien. Además, hemos visto á la razon estraviarse hasta atacar no solo las reglas del arte sino el arte mismo con las ciencias. Rousseau, no viendo sino lo que vinan á ser éstas en manos de las libertades desarregladas, las ha acusado de ser los vehículos de la corrupcion social; y Babœuf las ha proscrito como atentatorias á la igualdad fraternal y que no servian sino para alimentar la ociosidad y los placeres de los ricos.

No puede negarse que durante el período filosófico, las ciencias que se refieren al orden material é intelectual, como las ciencias físicas y matemáticas, hicieron grandes progresos; pero sus raíces las tenían en las edades católicas, cuyos descubrimientos no ceden en nada á los descubrimientos modernos. Por lo demás, es evidente que el principio de su desarrollo no se deriva de la época de la independencia de la razon, pues que la mayor parte de los grandes genios que lo han promovido, como Pascal, Descartes, Cassini, Euler, Newton, Leibnitz, pertenecian de hecho ó de corazón al catolicismo; y que un gran número de talentos de primer orden y que se han distinguido en todas materias, han probado sobradamente que el nombre de hijo de la Iglesia no era un título de incapacidad científica.

Podemos ahora darnos fácil cuenta del resultado de los trabajos de la razon libre. Ella ha destruido la sociedad moral establecida por Jesucristo; ha destruido los principios morales y pervertido las costumbres; ha trastornado las naciones y engendrado la anarquía y el despotismo. Las artes tienen que quejarse altamente de sus desprecios y de sus ataques; las ciencias no le son deudoras tampoco de ningun favor, de ninguna gracia. Si algo bueno ha quedado, en los

que ha corrompido y estraviado, emana de la Iglesia; lo malo, es obra de ellos exclusivamente. La Iglesia les habia hecho beber la vida en su pura fuente; la razon libre los ha conducido á cisternas fangosas donde han sorbido á tragos prolongados la corrupcion y la muerte.

CAPITULO XXXVIII.

Fuera de la Cruz no hay salvacion para la humanidad.

Todas las religiones son buenas, han dicho los falsos filósofos, y el vulgo irreflexivo, á quien se deslumbra fácilmente, se ha apresurado á repetir sus palabras. Sin duda que no tratándose sino de un dios cualquiera, ya se le adore bajo la forma de un mono ó de un fetiche, ó bien se le reconozca bajo los rayos de Júpiter ó de Vénus, á los ojos de un filósofo que se vanagloria de ser superior á las preocupaciones, es cosa de tan poca importancia que no merece ocuparse de ella seriamente. Pero venid acá, poderosos racionadores; si, según vuestra opinion, todas las religiones son buenas, ¿toda moral es igualmente buena? porque, reflexionadlo bien, una religion no es solamente un culto sino tambien una moral; ¿y cómo considerais las de esas religiones antiguas que santificaban la prostitucion, el adulterio y los sacrificios humanos? ¿y qué decis de las sectas modernas que consagran la poligamia, la esclavitud y el fatalismo? Prosternémonos entonces á los piés de Priapo; mezclémonos á los misterios de la buena diosa; erijamos templos á las heroínas del lupanar; construyamos serrallos para encerrar á nuestras concubinas; á bien que hay religiones que no solo nos lo permiten, sino que nos autorizan á hacerlo.

razon, el filosofismo no vivifica el gusto; poniendo en problema todas las verdades morales, conmueve igualmente las verdades artísticas: la insubordinacion que infunde en las voluntades se comunica á las inteligencias; así se subleva contra las leyes del arte, como contra las leyes de las costumbres, y el gusto de lo bello sobrevive rara vez al amor del bien. Además, hemos visto á la razon estraviarse hasta atacar no solo las reglas del arte sino el arte mismo con las ciencias. Rousseau, no viendo sino lo que vinan á ser éstas en manos de las libertades desarregladas, las ha acusado de ser los vehículos de la corrupcion social; y Babœuf las ha proscrito como atentatorias á la igualdad fraternal y que no servian sino para alimentar la ociosidad y los placeres de los ricos.

No puede negarse que durante el período filosófico, las ciencias que se refieren al orden material é intelectual, como las ciencias físicas y matemáticas, hicieron grandes progresos; pero sus raices las tenían en las edades católicas, cuyos descubrimientos no ceden en nada á los descubrimientos modernos. Por lo demás, es evidente que el principio de su desarrollo no se deriva de la época de la independencian de la razon, pues que la mayor parte de los grandes genios que lo han promovido, como Pascal, Descartes, Cassini, Euler, Newton, Leibnitz, pertenecian de hecho ó de corazon al catolicismo; y que un gran número de talentos de primer orden y que se han distinguido en todas materias, han probado sobradamente que el nombre de hijo de la Iglesia no era un título de incapacidad científica.

Podemos ahora darnos fácil cuenta del resultado de los trabajos de la razon libre. Ella ha destruido la sociedad moral establecida por Jesucristo; ha destruido los principios morales y pervertido las costumbres; ha trastornado las naciones y engendrado la anarquía y el despotismo. Las artes tienen que quejarse altamente de sus desprecios y de sus ataques; las ciencias no le son deudoras tampoco de ningun favor, de ninguna gracia. Si algo bueno ha quedado, en los

que ha corrompido y estraviado, emana de la Iglesia; lo malo, es obra de ellos exclusivamente. La Iglesia les habia hecho beber la vida en su pura fuente; la razon libre los ha conducido á cisternas fangosas donde han sorbido á tragos prolongados la corrupcion y la muerte.

CAPITULO XXXVIII.

Fuera de la Cruz no hay salvacion para la humanidad.

Todas las religiones son buenas, han dicho los falsos filósofos, y el vulgo irreflexivo, á quien se deslumbra fácilmente, se ha apresurado á repetir sus palabras. Sin duda que no tratándose sino de un dios cualquiera, ya se le adore bajo la forma de un mono ó de un fetiche, ó bien se le reconozca bajo los rayos de Júpiter ó de Vénus, á los ojos de un filósofo que se vanagloria de ser superior á las preocupaciones, es cosa de tan poca importancia que no merece ocuparse de ella seriamente. Pero venid acá, poderosos racionadores; si, segun vuestra opinion, todas las religiones son buenas, ¿toda moral es igualmente buena? porque, reflexionadlo bien, una religion no es solamente un culto sino tambien una moral; ¿y cómo considerais las de esas religiones antiguas que santificaban la prostitucion, el adulterio y los sacrificios humanos? ¿y qué decis de las sectas modernas que consagran la poligamia, la esclavitud y el fatalismo? Prosternémonos entonces á los piés de Priapo; mezclémonos á los misterios de la buena diosa; erijamos templos á las heroínas del lupanar; construyamos serrallos para encerrar á nuestras concubinas; á bien que hay religiones que no solo nos lo permiten, sino que nos autorizan á hacerlo.

Trasladada á este terreno la cuestion de indiferencia en materia religiosa, no es difícil resolverla. Admitir esta indiferencia, seria á los ojos del simple buen sentido un monstruoso absurdo; reducirla á la práctica, seria en nuestras sociedades modernas, cometer un crimen previsto por las leyes. Partiendo, pues, de este principio irrecusable, que toda religion importa un sistema moral, vendremos á concluir fácilmente que no teniendo todos el mismo grado de perfeccion sucede lo mismo con las religiones á que se refieren, y que si hay una moral mas perfecta hay tambien una religion mejor que todas las demas. ¿Pero cuál será esta religion? Considerando las cosas no mas que bajo el punto de vista social, será ciertamente aquella que ofrezca mas garantías para la direccion acertada, segura y dichosa de la libertad. Pero en la sucesion de los siglos, ¿qué religion encontraremos, cuál encontramos hoy todavía, que, asentada sobre una base inmutable de hechos materiales, que siempre pueden comprobarse y por consecuencia razonablemente aceptables, ofrece principios de conducta ciertos, sancionados universalmente, y que reúne de un extremo á otro del mundo todas las inteligencias en una misma fé, todos los corazones en un mismo amor, todas las voluntades en una misma moral, depurándolas, santificándolas y elevándolas á un grado de perfeccion casi divina? No hay mas que una, una sola, y es la religion católica. Todas las demas abandonan al hombre á los caprichos de su libertad, ó si por autoridad quieren imponerla la regla de los deberes, carecen de la fuerza y de los títulos necesarios para sostener esta alta pretension. ¿Con qué derecho, por ejemplo, el *Budhaismo*, el *Brahmanismo* ó el *Mahometismo* podrian imponer á una sociedad civilizada sus absurdos, sus innobles doctrinas que mantienen á los pueblos en una eterna barbarie? ¿Cómo el judaismo, religion esclusiva de una nacionalidad destruida, de una promesa realizada, de un orden social que habia ya concluido, osaria aspirar al imperio universal de las naciones regeneradas? ¿Con qué autoridad, por otra parte, el protes-

tantismo podria dictar leyes á las voluntades? Él no reconoce ni autoridad ni leyes superiores al sentido privado de los individuos; él no tiene tampoco principios fijos, y por lo tanto sus doctrinas de hoy no serán las mismas mañana. A la religion católica pertenece, pues, únicamente posesionarse de este dominio como reina legítima de la libertad.

Cuando la filosofía ha puesto á todas las religiones á una misma altura; cuando las ha elevado á todas al igual una de la otra, no era ni por admiracion ni por simpatía hácia ellas; era como el voto que formaba Calígula de que el pueblo romano no tuviese mas que una sola cabeza, á fin de poder aniquilarlo con un solo golpe. Un momento hubo en que ella creyó haber llegado á su objeto; cuando en medio de los aplausos de los pueblos usurpó el cetro de las ideas morales: pero ¡ay! en sus manos, el cetro que profanaba se cambió luego en hacha y en martillo, y muy pronto no reinó ya sino en un vasto cementerio! Hoy se vé compelida á confesarlo en alta voz, y lejos de ruborizarse manifiesta en ello cierta especie de audacia y de orgullo. "El siglo diez y ocho, dice por boca de M. Cousin, ha destruido mucho y no ha edificado nada. La mision que le confió la historia era acabar con todo lo que quedaba de la Edad Media: él ha llenado esta trágica mision, y no podia hacer mas. Un siglo, un siglo solo, no puede estar encargado de dos misiones simultáneamente."¹

Estas estrañas palabras que parecen una burla hecha al buen sentido, tienen al menos el mérito de espresar con mucha claridad que la filosofía no ha sabido mas que arrojar por tierra el edificio moral, y que es urgente levantarlo de en medio de sus ruinas. ¿Pero quién será capaz de ello? ¿Acaso ese mismo espíritu de destruccion que lo ha derribado? A pesar del poco éxito de sus esfuerzos anteriores, aunque no ha podido nunca constituir una sombra siquiera de sociedad, ha conservado bastante confianza en sí mismo para arullarse con esta esperanza, é intentar realizarla; pero para

¹ Ensayo de un curso de historia de la filosofía.

salir bien de su empresa se ha visto obligado, por la misma fuerza de las cosas, á infringirse una contradiccion flagrante, y á tributar un espléndido homenaje á los principios sobre que la Iglesia descansa.

Al punto, en efecto, que el espíritu filosófico ha intentado reconstruir algo en el lugar de lo que habia destruido, se ha visto en la necesidad de desmentir su propia naturaleza, y de hacerse violencia para poder aproximarse á los principales dogmas católicos, y sobre todo, al dogma de autoridad. El protestantismo, resintiéndose desde luego las funestas consecuencias de la independencia racionalista y espantándose de ellas, ha querido remontar la corriente rápida del torrente que le arrebatava. Ya Lutero y Calvino se encontraban desbordados y querian oponer su autoridad personal á los excesos de la libertad de exámen. "Si el mundo dura todavía mucho tiempo, decia el primero, será necesario á causa de las interpretaciones que se hacen ahora de la Escritura, admitir de nuevo, á fin de conservar la unidad de la fé, los decretos de los concilios y acogerse á ellos."¹ Despues, sintiendo despertarse en él el orgullo de gefe de secta, exclamaba: "Mi palabra es la palabra de Jesucristo; por mi boca habla Jesucristo. El que no adopte mi doctrina no puede salvarse; el que crea otra cosa de lo que yo creo está destinado al infierno."² Segun el testimonio de Juan Jacobo Rousseau, ningun hombre fué mas picante, mas imperioso, mas decisivo, mas infalible que Calvino, para quien la menor oposicion era siempre una inspiracion de Satanás, un crimen digno del fuego.³ En vano los maestros de la herejía se encolerizaban contra sus audaces discípulos y pretendian contenerlos en los límites doctrinales que les habian trazado con su dedo de carne; los discípulos salvaban ligeramente este débil obstáculo, y se internaban siempre mas y mas en el laberinto de la duda, de

¹ Epíst. á Zuingle.

² Obras de Lutero, tom. II, pág. 44; tom. IV, pág. 478.

³ Cartas de la Montagne.

la division y del error. Entonces, para no perecer, el protestantismo, que habia declamado tanto contra la intolerancia, se hizo intolerante; y para guardar al menos la apariencia de una sociedad, puso sus destinos en manos del poder temporal, aunque habia considerado insoportable la autoridad del poder espiritual. ¡Esfuerzos inútiles! el principio de muerte que oculta en sus entrañas, iba siempre prosiguiendo su obra de destruccion y de anarquía: ¡era para él la túnica de Nesso! Sin embargo, el protestantismo no se ha desalentado; ha luchado contra su mal con una energía digna de mejor causa: para aplacar los dolores que le causaba, se ha adherido con toda la fuerza de la desesperacion, al símbolo de los metodistas y pietistas. Hoy todavía quisiera encadenar á él la actividad de la razon libre; pero la razon libre ha derribado esos impotentes símbolos, y á traves de sus despojos se ha abierto dos amplias salidas: la una por el puseismo en el catolicismo; la otra por las doctrinas de Socin y de Strauss, en el racionalismo. Fuera de sí el protestantismo convoca en vano concilios por el órgano de sus reyes-pontífices; no puede, por mas que hace, forjar una ligadura bastante fuerte con que atar las voluntades divergentes; no puede formarse un cuerpo, y no contempla en torno de sí mas que el triste espectáculo de la anarquía; sus partidarios, como ha dicho Hegel, *no están unidos sino en la nulidad*. ¡Orgullo inconcebible! ¡insufrible presuncion del espíritu de secta! ¿Creeis que la herejía acepte el fallo de la esperiencia y abjure de un principio que la conduce á la nada? Muy al contrario; ella se envanece de lo mismo que hace su derrota, y queriendo todavía engañarse, llama progreso á su continua decadencia. Celosa de las maravillosas prerogativas de la Iglesia, ya que no puede arrebatárselas, querria á lo menos mancillarlas. Su unidad admirable, su estabilidad á toda prueba, su indefectibilidad divina, las reputa de inercia, de estagnacion, de inmovilidad: ella las acusa de haber enrayado el carro de la perfectibilidad humana, y se decreta á sí misma grandes elo-

gios por haber roto estas funestas trabas. "El servicio inmenso, escribía últimamente M. Coquerel, que la reforma ha hecho al mundo, es el de haber repuesto en el cristianismo el elemento de progreso que el catolicismo le había arrancado. El cristianismo católico es inmóvil, estereotípico, estacionario porque nada hay que perfeccionar en una infalibilidad."¹ ¡Qué maliciosa confusión de términos! ¡qué juego pueril de palabras! ¡Cuánto se necesita contar con la ignorancia ó con las preocupaciones de los lectores para poder abusar de ellos con semejantes sofismas! ¿Conque según este raciocinio, el sol es opaco porque está inmóvil, y la tierra luminosa porque da vueltas? ¿la brújula, fija sobre su eje, contraría los movimientos del navío, y el soplo inconstante de los vientos los dirige? ¿El ciego marcha con mas seguridad que el que tiene vista; y el matemático, armado de sus infalibles instrumentos, está mas sujeto á error que el que está desprovisto de ellos? ¡Estraña dialéctica en verdad! La Iglesia, sabiendo distinguir divinamente la verdad del error, asegura menos la perfección humana que si estuviese sujeta á confundirlos? ¡Según esto, si hay un sér inmóvil, estereotípico, estancado, es Dios! Dios, el sér esencialmente inmutable, infinito, perfecto, no es mas que un inmenso límite....! ¡el mas grande enemigo de los progresos de la humanidad....! Pero he aquí á otro ministro de la religion reformada que se encuentra en oposicion absoluta (lo que le es muy permitido) á la opinion de que M. Coquerel se ha constituido intérprete. "El espíritu del luteranismo, dice M. Descotes, substituyó á la infalibilidad del Papa su propia infalibilidad, que, necesario es decirlo, ha puesto mas obstáculos al progreso de las luces que la primera."²

La Iglesia es, pues, verdaderamente infalible, porque habla en nombre de Dios; y porque es infalible es por lo que tiene el derecho de dirigir las voluntades libres, que única-

¹ *Cristianis. experiment.* pág. 399.

² *Armonía de las ciencias con la religion*, pág. 180.

mente ella puede hacerlo con toda seguridad por las sendas de la verdad y de la perfección. El protestantismo, es por el contrario falible, porque es la palabra del hombre; y por lo mismo que es falible no tiene ningun título para reclamar el honor de guiar los pasos de la humanidad, á la que no podrá conducir, sino de variaciones en variaciones y de errores en errores. "Si un ciego da la mano á otro ciego, los dos, según el oráculo sagrado, caerán en el hoyo."

Después de la herejía, la filosofía se ha puesto atrevidamente á trabajar por su lado en la reedificación del edificio social. ¿Obtendrá un éxito mas dichoso que la otra? Desde luego la lógica ha respondido negativamente. Partiendo del mismo principio que la herejía, la filosofía debe llegar á las mismas consecuencias. Ella, sin embargo, no ha desesperado de prepararse mejor destino. Deteniéndose un momento para contemplar las vastas ruinas acumuladas en su carrera, ha vuelto á empezar el camino que tan trágicamente habia recorrido, y descubriendo en distintos parajes algunos ricos materiales sepultados intactos bajo los escombros, arrancando, además, con una mano profana algunas bellas piedras al indestructible edificio del catolicismo, ha saltado de gozo pensando que muy pronto elevaria un monumento digno de la admiración de todos los siglos. "Se estudiará á Dios, dice M. Damiron, por la naturaleza y por el hombre: no será ya necesario un nuevo Mesías para enseñarnos milagrosamente lo que podremos saber por nosotros mismos con nuestras luces naturales; y toda una religion saldrá del seno de esta vasta filosofía. Será si se quiere el cristianismo, pero depurado, perfeccionado y hecho al fin catolicismo."¹ Pero ah! los arquitectos no están de acuerdo ni sobre los planes, ni sobre los materiales, ni aun sobre las bases del monumento: ellos trastornan mutuamente sus concepciones, se confunden en su eclecticismo, y mas desdichados que los obreros de Babel, han dejado de entenderse aun antes de haber puesto la

¹ *Ensayo de historia*, tom. I, pág. 271 y 276.

primera piedra. "Porque, añade M. Damiron, las filosofías del siglo diez y nueve son tan diferentes, que los principios, las consecuencias, todo en ellas es distinto, y aun frecuentemente opuesto. Desde la simple psicología hasta la metafísica, en moral como en artes, en política como en religion, sobre toda cuestion fundamental, sus doctrinas se dividen y hacen un sistema aparte." De despecho entonces, se ponen á hacinar, mezclados y confundidos los restos y los escombros, y mirando con orgullo este acumulamiento monstruoso, han dicho: "Todo está bueno; todo es perfectamente justo en este mundo; todo tiene su razon de sér, todo está en su lugar; el error no es mas que un fragmento de la verdad; todo es verdadero, tomado en sí mismo."¹ Y en su delirio, han rodado remolinándose hasta el abismo insondable del panteísmo germánico.

Así, pues, cansados de los sueños vacíos é incoherentes de la ideología, los restauradores racionalistas se han arrojado en un terreno mas práctico, mas fecundo, el terreno de la política: han creído para la regeneracion de los pueblos en la omnipotencia de una forma gubernamental. Así como sus antecesores habian imitado por principios facticios los principios verdaderos y legítimos de la Iglesia, ellos han abandonado los sistemas absolutistas ó republicanos, nacidos de las ideas paganas, y han vuelto, aunque no en el espíritu, á la forma política de la Edad Media, la monarquía templada por la representacion. Habiéndoles parecido la independencia de la razon una garantía poco segura para la tranquilidad de sus instituciones, han inventado una infalibilidad á su modo, la infalibilidad de la mayoría, que es acaso la mas injuriosa acusacion que se haya hecho jamas al espíritu humano. Se le ha considerado incapaz de decidir por sí mismo sobre la verdad; y en lo de adelante no es el juicio y la verdad lo que se consultará antes que todo, sino el número:

¹ Cousin, *Curso de 1828*, lecciones 5ª y 7ª.—Introd. á la histor. de la filosof., lecciones 7ª, 9ª y 10ª.

los mas numerosos tendrán razon; se crearán partidos, mayorías facticias; el vencido de ayer redoblará sus esfuerzos para ser vencedor mañana; y como una cantidad menor multiplicada por el movimiento, puede parecer mas considerable que una cantidad superior abandonada á la fuerza de inercia, acontecerá frecuentemente que una mayoría discreta y pacífica será oprimida por una minoría loca y turbulenta. ¿Acaso no mas una cierta forma política y la verdad del número, es lo que se necesita para salvar á los pueblos? No, sin duda; y esto se ha comprendido muy pronto: se ha sentido que era necesario moralizarlos á fin de que una forma de gobierno seductora en la apariencia, no encubriese en el fondo la putrefaccion y la muerte. ¿Pero de qué manera se moraliza á los pueblos? Derramando en su cabeza, se ha dicho, la instruccion cual un nuevo bautismo. Muy bien! no queremos contradeciros en esto; pero ¿cuál es, podréis decirnos, esa instruccion tan pura que ha de servir nada menos que de agua regeneradora? Habeis dado maestros de enseñanza á los ignorantes y sencillos, les habeis servido con profusion las producciones de la inteligencia, les habeis permitido sentarse á esa mesa cargada de manjares seductores y de bebidas incitantes; y sin embargo, podria suceder que estos manjares y estas bebidas no fuesen otra cosa que un cebo engañoso y dañado, el cual, en vez de derramar en los que de él se saciasen un líquido reparador, infiltrase en ellos un veneno mortal. Rousseau, como hemos dicho antes, habia hecho ya el proceso de la cultura intelectual: su opinion fué considerada como la paradoja de un misántropo, pero ya hoy los estadistas parecen darle la razon. El diario de los *Debates* reconoce que en toda proporcion que se observe, el número de acusados instruidos escede en mucho al de los ignorantes;"¹ M. Dupuin confiesa que la clase que posee una instruccion superior á la de la enseñanza primaria es la que escede á todas las demas, por la multiplicidad de los críme-

¹ *Journal des Debates*, 26 de Diciembre de 1838.

nes contra las personas ;”¹ y M. Lauvergne esclama : “ Compulsad los anales de la jurisdiccion criminal y reconoceréis que el mayor número de los homicidas, asesinos, envenenadores, falsarios, &c. son todos hombres de letras : que los criminales reincidentes é incorregibles son hombres de letras ; que ellos son el origen de todo mal, y del contagio de la moral ; que los propagadores del vicio y del crimen en las villas, en las aldeas y en los campos son hombre de letras ; en una palabra, que una falsa literatura, una instruccion facticia, es en donde quiera la causa de todos los males que sobrevienen á la sociedad.”² En efecto, si el pueblo es instruido, si sabe leer, ¿qué es lo que lee con mas frecuencia ? Periódicos impostores, novelas licenciosas ; obras impías y obscenas. De aquí no puede venir indudablemente la moralidad ; es necesario, pues, buscarla en otra parte.

Hay una ciencia que se llama *economía política*, y que se propone por problema la produccion de la riqueza en las naciones. Esta ciencia, en la cual las escuelas no han podido hasta hoy llegar á entenderse, y que parece deber participar de todas las dudas de la filosofía, á la que pretende enlazarse ¿llegará alguna vez al objeto que se propone ? No queremos nosotros inquirirlo, y aun suponemos de buen grado que, cual nueva piedra filosofal, lo cambiará todo en oro ; pero lo que sí le disputamos es el de que tenga un valor moral cualquiera. Sus numerosos partidarios, esperan sin embargo de ella, y de ella únicamente, la regeneracion de las costumbres. Pero en verdad, ¿se habria podido creer nunca que una ciencia que ha rebajado al hombre hasta las proporciones de una máquina de trabajo ; que se ha hecho culpable de las monstruosas teorías de un Malthus ; que ha llegado á considerar como una locura la de socorrer á los niños que llama supernumerarios, y aun á proponer premios á las madres que destruyeran el fruto de sus entrañas ; que esta ciencia, repetimos,

¹ *La Moral, la Enseñanza, la Industria*. Discurso, pág. 23.

² *Los presidiarios*, pág. 327.

haya pretendido servir á los intereses de la humanidad. . . . ? Desde lo alto de la tribuna de la representacion nacional, la Francia ha escuchado, y toda la Europa ha podido recoger esta nueva leccion : “ ¡ Enriqueceos ! la moralidad está en proporcion de la riqueza ! ” ¡ Pobres, á quienes Jesucristo amó tanto ! ¿ ha llegado hasta vuestros oidos este fallo de la dureza filosófica, este insulto irónico á vuestra miseria, este ultraje á vuestra dignidad de hombres ? No, no ; la filosofía moderna lo ha dicho, bajo vuestros harapos no puede latir un corazon noble, la virtud no puede abrigarse sino en el seno del lujo y bajo vestidos de seda y de oro ! Enriqueceos, pues, por todos los medios, ya que se os incita á ello en nombre de todo lo que hay mas sagrado ; ó si vuestra conciencia lo repugna, resignaos á no ser mas que unos seres abyectos, sin derecho ninguno á nada. . . . ! ¿ De dónde vienen esas ideas perturbadoras que encienden en las almas el fuego de la codicia, de la concupiscencia y de los celos ? La antigüedad pagana no las ha conocido : todos sus grandes filósofos, todos sus grandes legisladores han considerado las riquezas como fatales á las costumbres, como una causa de ruina para los Estados ; y hasta en las leyendas mitológicas han consignado esta opinion, cuya verdad ha comprobado la esperiencia frecuentemente. ¿ Habrémos, pues, descendido mas abajo que los paganos, y deberá ser peor una segunda muerte que la primera ?

Los habitantes de la isla de Siphnos, descubrieron en sus altas montañas abundantes minas de oro y de plata, pero estas riquezas lejos de moralizarlos les comunicaron los vicios mas vergonzosos. Su depravacion llegó á ser proverbial entre los griegos ; y los dioses para castigar su perfidia y la corrupcion de sus costumbres, hicieron que el mar absorbiese los metales preciosos que los habian degradado enriqueciéndolos. ¿ No podriamos muy bien temer que los modernos apóstoles de la civilizacion nos preparasen la suerte de los insulares de Siphnos ? ¿ Qué ha sucedido ya ? Hoy se confie-

sa abiertamente que la corrupcion corroe el corazon de las naciones, que la codicia las devora, que el egoismo las envilece. Pero ved aquí otro fenómeno que se manifiesta. El desarrollo de la riqueza en algunos, engendra la miseria en el mayor número; allí, donde florecen las fortunas colosales, la llaga del pauperismo llega al estado de sistema y de poder, va ensanchándose mas y mas: cerca de los magníficos monumentos del comercio y de la industria, junto á las mansiones suntuosas de hombres oscuros enriquecidos, hay seres humanos que mueren de hambre; niños infelices, cuyos miembros ateridos no puede reanimar el tenue calor de sus débiles madres! y los pueblos, decaidos por las teorías nuevas se lamentan en su desesperacion y claman, que son pobres! Así, desde hace mucho tiempo, un odio sordo murmura contra esas sociedades que no dan la dicha, cuya pasion, por otra parte, han aguijoneado tanto; y ardientes reformadores se han presentado para hacer justicia, es decir, para destruirlas hasta los cimientos, y colocar á la humanidad sobre otras bases.

¡Regocijaos, pues, desventurados mortales que gemís bajo el peso del sufrimiento y del infortunio! los goces del paraíso terrestre os van á ser devueltos; la razon pura ha encontrado al fin el secreto perdido de la felicidad; entregaos sin desconfianza á sus magníficas utopias! Ya Saint-Simon ha soñado la teocracia absoluta del pontífice hombre y mujer, gefe espiritual y temporal, legislador y juez, mantenedor y distribuidor de la fortuna social, cabeza única de la humanidad: bajo su amable gobierno *la carne será rehabilitada y las pasiones santificadas*; la mujer gozará de una libertad sin límites, y solo al padre de sus hijos conocerá: por otra parte, el derecho hereditario debe desaparecer y una filiacion convencional se sustituirá á la filiacion de la naturaleza.—Fourrier, por su lado, ha inventado encerrar á los hombres en la colmena del falasterio, donde se entregarán sin reserva al impulso de sus pasiones y gozarán de todas las ventajas de la poligamia y de la poliandria.—Roberto Owen concibe una socie-

dad sin vínculos, sin creencias, sin deberes y sin derechos. No mas religion, no mas matrimonio, ni familia, ni propiedad, ni responsabilidad de las acciones; todo sér está sujeto á la ley de la naturaleza ó de los acontecimientos; la fatalidad sola determina aquí en la tierra del bien y del mal.—Babeuf predica el comunismo, quiere una expropiacion general de los particulares á favor del Estado; éste resume y concentra en sí toda la actividad nacional. Desde entonces el individuo no es ya mas que un autómeta que no puede comer, beber, dormir, pasearse, trabajar, sino bajo la direccion de un gefe absoluto. Las relaciones de familia no existen, y el gobierno se apodera de los hijos; las artes y las letras deben tambien desaparecer en el interes de la ignorancia comun, ¡y desgraciado de aquel que no profese la creencia comunista! ¡Será espulsado del territorio y condenado á perpetuo destierro!—M. Pierre Leroux, en fin, despues de haber imaginado una familia sin gefe, una patria sin gobierno, una propiedad sin títulos, estipulado por el egoismo, suprime con un rasgo de pluma la otra vida, la expiacion ó la recompensa que en ella nos aguarda; y declarando que la tierra no está fuera del cielo, limita á ella el curso de nuestros destinos, pero nos halaga siempre con la esperanza de una indefinida metempsícosis.

¿Faltan todavía mas locuras? ¿no se ha deshonrado aún bastante la razon humana? ¡Pueblos ciegos! ¿no comprendéis nunca hasta qué ignominia, hasta qué degradacion os impulsa el orgullo del espíritu filosófico? “Hasta aquí, esclama M. Reybaud, obedecer á los instintos naturales era el destino del bruto, dominar estos instintos era el deber del hombre. Hoy la ley que gobernaba la isla de Circé, ha hallado comentadores y apóstoles; en lo sucesivo el cuerpo será el señor y la alma la esclava: no hay que escoger entre las pasiones; mejor es obedecerlas á todas. ¿A qué civilizacion puede esto conducir? Se ha impulsado á nuestro siglo hácia las satisfacciones materiales, y se le precipita en esta senda

con un encarnizamiento que espanta. Se ha querido inspirarle el desprecio á esas virtudes austeras que fueron en otros tiempos el honor y la gloria de la humanidad; se le ha predicado el culto de lo útil y parece haberse perdido toda noción de la verdadera grandeza. En política, los cargos y las dignidades son objeto de un asalto continuo en el cual los combatientes no hacen mas que cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han traspasado todos los límites; el desprecio de toda medida y de toda regla ha conducido directamente á la depravacion y al caos: la antigua moralidad ha desaparecido y no se sabria decir adónde está la nueva. En lugar de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba no há mucho á las generaciones, se tienen ahora cátedras para todas las locuras y oyentes para todas las monstruosidades. El vértigo está en las cabezas, la duda anida en las almas; no se sabe qué creer ni qué proscribir; si nada se ha fundado, en cambio todo se ha conmovido; diríase que la sociedad reniega de sí misma, que se complace en las ruinas, y que presta sus manos para su propia destruccion!"¹

He ahí cuál ha sido la obra del espíritu libre que se habia prometido orgullosamente reparar el edificio moral, cuya destruccion habia causado. Una vez todavía, á pesar de todos sus esfuerzos, él se ha estrellado, como la naturaleza de su principio le hará estrellarse siempre, en la anarquía mas completa. Espantado á la vista de este triste espectáculo, M. Reybaud, sin ser católico de espíritu, se ve casi conducido lógicamente á la fórmula católica: "*Autoridad sobre el hombre en el orden moral; libertad para el hombre en todo lo demas!*"²

¿Pero dónde tomaréis la autoridad moral? ¿Está en la mano de los soberanos, de los herejes ó de los filósofos? ¿Se siente vuestra conciencia obligada á obedecer á Enrique VIII, á Lutero, á Babeuf ó á Fourrier? ¿Quién nos mandará, pues,

¹ *Estudio sobre las Reformas modernas*, tom. I, pág. 273.

² *Idem*, tom. I, pág. 290.

en el orden moral. . . .? La Iglesia católica ó nadie. Solo ella posee los títulos del dominio de las almas; solo ella ha probado que sabe dirigir infaliblemente las voluntades: fuera de ella no hay sociedad moral, y sin sociedad moral no hay salvacion para la humanidad. El catolicismo únicamente sabrá inspirar bastante fé para domar las pasiones, bastante esperanza para ennoblecer las almas, bastante caridad para vencer el egoismo, y consolar todas las miserias y todos los dolores. Hace mucho tiempo que el Apóstol lo ha proclamado á la faz del mundo: "No encontraréis en otra parte la salud; *non est in alio aliquo salus.*"¹

CAPITULO XXXIX.

Lo que ha venido a ser la humanidad fuera del reino de la Cruz.

Desarrollad delante de vos la carta del mundo y echad sobre ella una atenta mirada. Ved cómo los hijos de Adán se han multiplicado y esparcido sobre la tierra que Dios les ha dado, y cómo se han distribuido los continentes y las islas; pero considerad cuál es la diferencia de los destinos que se han formado. Los unos gozan de todos los beneficios de la civilizacion, los otros vegetan en la barbarie, ó se encenagan en el estado salvaje. No seria, sin embargo, bastante el haber confirmado este hecho si no se inquiera la causa. Pero donde quiera que se percibe una cruz se puede decir con seguridad, que al abrigo de este signo tutelar los pueblos se desarrollan, se perfeccionan y marchan de progreso en progreso: progreso en las artes, progreso en las ciencias y progreso,

¹ *Actas de los Apóstoles*, cap. 4.

con un encarnizamiento que espanta. Se ha querido inspirarle el desprecio á esas virtudes austeras que fueron en otros tiempos el honor y la gloria de la humanidad; se le ha predicado el culto de lo útil y parece haberse perdido toda noción de la verdadera grandeza. En política, los cargos y las dignidades son objeto de un asalto continuo en el cual los combatientes no hacen mas que cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han traspasado todos los límites; el desprecio de toda medida y de toda regla ha conducido directamente á la depravacion y al caos: la antigua moralidad ha desaparecido y no se sabria decir adónde está la nueva. En lugar de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba no há mucho á las generaciones, se tienen ahora cátedras para todas las locuras y oyentes para todas las monstruosidades. El vértigo está en las cabezas, la duda anida en las almas; no se sabe qué creer ni qué proscribir; si nada se ha fundado, en cambio todo se ha conmovido; diríase que la sociedad reniega de sí misma, que se complace en las ruinas, y que presta sus manos para su propia destruccion!"¹

He ahí cuál ha sido la obra del espíritu libre que se habia prometido orgullosamente reparar el edificio moral, cuya destruccion habia causado. Una vez todavía, á pesar de todos sus esfuerzos, él se ha estrellado, como la naturaleza de su principio le hará estrellarse siempre, en la anarquía mas completa. Espantado á la vista de este triste espectáculo, M. Reybaud, sin ser católico de espíritu, se ve casi conducido lógicamente á la fórmula católica: "*Autoridad sobre el hombre en el orden moral; libertad para el hombre en todo lo demas!*"²

¿Pero dónde tomaréis la autoridad moral? ¿Está en la mano de los soberanos, de los herejes ó de los filósofos? ¿Se siente vuestra conciencia obligada á obedecer á Enrique VIII, á Lutero, á Babeuf ó á Fourrier? ¿Quién nos mandará, pues,

¹ *Estudio sobre las Reformas modernas*, tom. I, pág. 273.

² *Idem*, tom. I, pág. 290.

en el orden moral. . . .? La Iglesia católica ó nadie. Solo ella posee los títulos del dominio de las almas; solo ella ha probado que sabe dirigir infaliblemente las voluntades: fuera de ella no hay sociedad moral, y sin sociedad moral no hay salvacion para la humanidad. El catolicismo únicamente sabrá inspirar bastante fé para domar las pasiones, bastante esperanza para ennoblecer las almas, bastante caridad para vencer el egoismo, y consolar todas las miserias y todos los dolores. Hace mucho tiempo que el Apóstol lo ha proclamado á la faz del mundo: "No encontraréis en otra parte la salud; *non est in alio aliquo salus.*"¹

CAPITULO XXXIX.

Lo que ha venido a ser la humanidad fuera del reino de la Cruz.

Desarrollad delante de vos la carta del mundo y echad sobre ella una atenta mirada. Ved cómo los hijos de Adán se han multiplicado y esparcido sobre la tierra que Dios les ha dado, y cómo se han distribuido los continentes y las islas; pero considerad cuál es la diferencia de los destinos que se han formado. Los unos gozan de todos los beneficios de la civilizacion, los otros vegetan en la barbarie, ó se encenagan en el estado salvaje. No seria, sin embargo, bastante el haber confirmado este hecho si no se inquiera la causa. Pero donde quiera que se percibe una cruz se puede decir con seguridad, que al abrigo de este signo tutelar los pueblos se desarrollan, se perfeccionan y marchan de progreso en progreso: progreso en las artes, progreso en las ciencias y progreso,

¹ *Actas de los Apóstoles*, cap. 4.

sobre todo, en las ideas morales: así como donde la cruz no ha podido penetrar todavía, donde no ha sido recibida, ó donde tal vez ha sido arrancada despues de haberse plantado, los desgraciados hijos de Adan han quedado como envueltos en las fajas de la infancia, ó mas bien, en la mortaja de la decrepitud: semejantes á esas momias de Egipto, duermen tristemente á la sombra de la muerte, y no pueden romper esas vendas funerarias que las ciñen hace siglos.

Hay quienes creen que el hombre puede, por sus propias fuerzas, y haciendo abstraccion de toda revelacion, elevarse á la altura de la perfeccion humana; si ellos no recuerdan á qué estado de degradacion llegó la antigüedad á medida que olvidó los dogmas de la revelacion primitiva, que establezcan en su espíritu una comparacion entre los pueblos formados en la escuela de la revelacion cristiana y los que todavía no han sido alumbrados por su luz ó que se han dejado arrebatarse la antorcha; entonces podrán conocer fácilmente lo que puede la razon humana aislada de la razon divina y tocarán con el dedo los inmensos beneficios que nos ha hecho el Evangelio.

¿Cuál es, en efecto, el espectáculo que se ofrece á nuestros ojos fuera de esas comarcas que él ha vivificado? En el fondo de sus bosques y de sus vastos desiertos el salvaje continúa errando como los animales montaraces, comiendo á sus enemigos y prosternándose ante toscos y ridículos ídolos. El tiempo no ha obrado allí nada: estos hombres que se encuentran así desde hace siglos no han imaginado todavía echar las bases de un contrato social. Ellos han perdido el hilo de las tradiciones primitivas; y la razon, tan arrogante cuando les tiende su mano, no ha podido volvérselos, ni hacerles salir del laberinto de embrutecimiento en que se han encerrado.

Pero dejemos los aduares de los salvajes y trasportémonos en medio de las innumerables poblaciones del Asia. Aun cuando ellas hayan conservado una apariencia de vida social, aun cuando se hayan mantenido en relaciones con los pue-

blos cristianos, no dejaremos por eso de notar cuánto han perdido en no haber sido esclarecidas en la verdadera fé. La India, que fué la cuna de la primera civilizacion, se haya como petrificada en la mole inmutable de sus castas. Las supersticiones del budhaismo y del brahmmanismo, rodean su cabeza de nubes siniestras y tenebrosas; todo su cuerpo se sumerge en las aguas estancadas y cenagosas del panteismo y del fatalismo. Ella tributa todavía piadosos homenajes al buey ó al elefante blanco; venera las estrañas reliquias del Dalaí-Lama; cree en las metempsícosis y en absurdas teogonías: allí reinan la poligamia, la esclavitud y una horrible disolucion de costumbres que la religion índica, no procura ni aun siquiera reprimir. Sus mujeres se queman sobre la tumba de sus esposos; sus fanáticos se hacen aplastar bajo las ruedas sagradas del carro de Djaggernath, y sus brachamanes se someten á horribles torturas.

¿Qué hay mas allá de esa gran muralla detras de la cual se oculta al resto del mundo una misteriosa nacion? La filosofia incrédula del último siglo habia imaginado, con el designio de oscurecer la gloria civilizadora del cristianismo, un ideal de civilizacion tan perfecto, que traia á la memoria los bellos dias de la edad de oro; pero esta brillante ilusion no tardó en desvanecerse ante los tristes desengaños de la realidad. Lejos de encontrarse en ese gran parque de hombres un pueblo-modelo, no se han encontrado mas que criaturas cobardes y corrompidas, incapaces de comprender la humanidad y de asociarse á su vida. ¿Qué aspecto han mostrado últimamente ante algunos artilleros europeos esos chinos tan vanidosos y que desde hace mucho tiempo, se dice, habian inventado la pólvora? ¿Dónde está su marina, aunque ellos hayan conocido la brújula antes que nosotros? ¿Cuáles son los progresos que han hecho en las artes y en las ciencias durante los largos siglos de su existencia? ¿Dónde están sus obras maestras de escultura, de pintura y de música? Ellos no tienen idea alguna de la perspectiva, y no saben aun po-

ner las sombras en un cuadro. ¿A qué grado han llegado sus conocimientos en historia, en geografía, en matemáticas, en física, en química y en astronomía? Apenas poseen los primeros elementos de estas ciencias. Su agricultura tan ponderada, es rutinera; su industria es inmensamente inferior á la de Europa, y no sobresalen sino en baratijas y bujerías. En religion, son idólatras, panteistas ó ateos: sus costumbres son las costumbres depravadas de los paganos. Nada es mas frecuente entre ellos que el infanticidio, si no es que antes se ha producido el aborto. El hombre sufre todavía allí el yugo horrible é ignominioso de la esclavitud; la mujer no ha recobrado la dignidad de esposa única; una costumbre bárbara las obliga á veces á mutilarse los piés para disminuir las inquietudes celosas de su esposo y amo.

A pesar de sus preocupaciones filosóficas, Voltaire no ha podido menos de proclamar la superioridad manifiesta de las naciones cristianas del Occidente comparadas con las naciones paganas del Oriente. "Los países, dice, donde el Bramante y Miguel Angel han construido á San Pedro de Roma, donde Rafael ha pintado, donde Newton ha calculado el infinito, donde Leibnitz participó de esta gloria, donde *Cinna* y *Atalia* se han escrito, son sin duda los primeros países de la tierra. Los pueblos orientales, á pesar de su antigüedad y de lo que la naturaleza ha hecho por ellos se hallan actualmente en la infancia ó en la barbarie en materia de bellas artes."¹

Volvamos ahora nuestras miradas hácia aquellos pueblos mas cercanos á nosotros y cuyo legislador, posterior seis siglos á Jesucristo, ha podido inspirarse, y en efecto, ha estado muchas veces inspirado del Evangelio. A las puertas de la Europa, sobre las riberas del Bósforo, y á lo largo de las costas del Mediterráneo, se elevan imperios, reinos y regencias, que en otro tiempo fueron Estados cristianos y civilizados. Pero la cruz ha desaparecido de aquellas regiones, para de-

¹ *Enciclopedia*, en la palabra *Japon*.

jarle el lugar á la media luna. ¿Y qué ha resultado? Que la cruz se ha llevado consigo los secretos de la civilizacion y que la media luna ha arrastrado en pos de sí una incurable barbarie. Las ciencias, la industria, las bellas artes, todo ha desaparecido, todo ha muerto bajo la nueva influencia; y esta tierra, antes tan hermosa, ha tomado un aspecto salvaje. Los pueblos que aplaudian la elocuencia de los Agustines y de los Crisóstomos se han convertido en turcos y beduinos. Desnaturalizado su espíritu y su corazon por los dogmas y los preceptos de una religion bastarda, adoran á Dios y creen en el fatalismo; hablan de caridad y son crueles; ejercen la hospitalidad bajo su techo, y matan sin escrúpulo á su huésped, luego que ha pasado el umbral de su puerta: soportan rigurosas abstinencias y se abandonan á indignos deleites. En el siglo diez y nueve, á la faz de las naciones civilizadas, se les ve todavía reducir á sus semejantes al mas completo envilecimiento: ellos dan el espectáculo horrible de esos mercados en que se trafica con el hombre cual si fuese animal ó mueble, y esos vergonzosos harenes en que se encierran rebaños de mujeres para esperar la hora de los caprichos lúbricos de un sultan. En vano vienen á pedir á los pueblos cristianos la limosna de algunos harapos de sus artes ó de sus ciencias; heridos de incapacidad moral no se libertarán de la barbarie si no estirpan hasta en sus últimas raíces el mal que los devora, y acabarán de disecarse como una charca impura, hasta que la Europa impaciente los arroje á sus primitivas soledades, y restablezca la cruz en estas regiones que ellos han agostado, para vivificarlas de nuevo.

Tal es el estado en lo general que guardan los pueblos que han vivido separados de la sociedad moral evangélica. Las consecuencias que se pueden deducir, son un alto y brillante testimonio de la virtud redentora de la cruz. "¡Hecho increíble y que es, sin embargo, de una evidencia irresistible!" dice con este motivo el P. Lacordaire; "Aténas y Roma antes de Jesucristo habian llegado á la civilizacion, es verdad,

pero desde que el derecho del Evangelio ha sido promulgado, el pueblo que no lo ha reconocido ha permanecido con respecto á los pueblos cristianos en un estado de inferioridad que inspira todavía mas desprecio que lástima: y es que antes de Jesucristo el derecho universal y perfecto no existia para nadie; los pueblos estaban todos, bajo este respecto, bajo un pié de igualdad: era, pues, posible en este estado de miseria comun que un legislador, sostenido por circunstancias que le favoreciesen de raza, de tiempo y de clima, y sobre todo, por una secreta proteccion de la Providencia, elebase á una nacion á cierto grado de cultura y de rectitud de costumbres: pero hoy, que el Evangelio ha aparecido, que el fanal de la perfeccion brilla á los ojos de todos, el pueblo que lo rechaza está necesariamente condenado á relaciones de un órden inferior que no le permiten sostener la comparacion, y que le hacen vegetar, si se obstina en su ceguedad, en una invencible y vergonzosa barbarie."

CAPITULO XL.

Destinos futuros del reino de la Cruz.

Parecerá tal vez temerario el querer sondear lo que la noche de los tiempos encierra en sus profundidades, y el seguir en ellas hasta la consumacion de los siglos los destinos de este reino de la cruz que no se ha desarrollado sino en medio de las luchas, de los combates, de las mas terribles peripecias, y que parece apenas á cubierto de la terrible tempestad á la cual no ha escapado sino por milagro. Sin duda que la vista del hombre es demasiado débil para penetrar los ve-

los del tiempo; pero á los ojos de Dios el tiempo no tiene velos; el mas lejano porvenir es para Él lo mismo que el presente. Así, pues, para afirmar nuestra fé, para asegurar á la humanidad en sus esperanzas de regeneracion, se ha dignado revelarle por la boca de su Hijo, y la de sus santos profetas algunos de los secretos de su divina presciencia sobre la marcha, el objeto y el término de la grande obra de la redencion. Dirigidos por el hilo profético, podremos traspasar los lindes del espacio y del tiempo, y delinear con anchos rasgos el cuadro de las realidades que no vemos todavía, pero de las cuales la Iglesia guarda en sí misma el precioso gérmen.

Es un hecho primeramente, hecho capital y dominante que se encuentra consignado en cada página de los libros santos, que la sociedad moral fundada por Jesucristo, está á prueba de todas las catástrofes, y que no perecerá jamas. Ella será el blanco de los tiros de numerosos y terribles enemigos; y no marchará á traves de los siglos sino entregada á perpetuos combates; pero nada podrá abatirla; por el contrario, vencerá y hará caer á sus piés á todos sus adversarios y levantará orgullosa la cabeza despues de haber bebido en el agua del torrente. "Tened confianza, decia Jesucristo á sus apóstoles; yo he vencido al mundo y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia." Así es cómo los cristianos han estado siempre llenos de una completa seguridad: de siglo en siglo no han cesado de repetir que la Iglesia no perecerá mas. Hoy mismo, despues de mil ochocientos años, lo repetimos con la misma certidumbre, y los que vengan despues lo repetirán á su vez, y admirarán, como nosotros, el cumplimiento milagroso de los divinos oráculos.

La Iglesia, sin embargo, no debe permanecer y resistir como una masa inerte, como un cadáver que los perfumes preservan de la corrupcion y de los gusanos, como esas sociedades del Oriente inmóviles y petrificadas; ella por el contrario, debe subsistir obrando, engrandeciéndose tal como el árbol á quien el Hijo de Dios la ha comparado, que grano

pero desde que el derecho del Evangelio ha sido promulgado, el pueblo que no lo ha reconocido ha permanecido con respecto á los pueblos cristianos en un estado de inferioridad que inspira todavía mas desprecio que lástima: y es que antes de Jesucristo el derecho universal y perfecto no existia para nadie; los pueblos estaban todos, bajo este respecto, bajo un pié de igualdad: era, pues, posible en este estado de miseria comun que un legislador, sostenido por circunstancias que le favoreciesen de raza, de tiempo y de clima, y sobre todo, por una secreta proteccion de la Providencia, elebase á una nacion á cierto grado de cultura y de rectitud de costumbres: pero hoy, que el Evangelio ha aparecido, que el fanal de la perfeccion brilla á los ojos de todos, el pueblo que lo rechaza está necesariamente condenado á relaciones de un órden inferior que no le permiten sostener la comparacion, y que le hacen vegetar, si se obstina en su ceguedad, en una invencible y vergonzosa barbarie."

CAPITULO XL.

Destinos futuros del reino de la Cruz.

Parecerá tal vez temerario el querer sondear lo que la noche de los tiempos encierra en sus profundidades, y el seguir en ellas hasta la consumacion de los siglos los destinos de este reino de la cruz que no se ha desarrollado sino en medio de las luchas, de los combates, de las mas terribles peripecias, y que parece apenas á cubierto de la terrible tempestad á la cual no ha escapado sino por milagro. Sin duda que la vista del hombre es demasiado débil para penetrar los ve-

los del tiempo; pero á los ojos de Dios el tiempo no tiene velos; el mas lejano porvenir es para Él lo mismo que el presente. Así, pues, para afirmar nuestra fé, para asegurar á la humanidad en sus esperanzas de regeneracion, se ha dignado revelarle por la boca de su Hijo, y la de sus santos profetas algunos de los secretos de su divina presciencia sobre la marcha, el objeto y el término de la grande obra de la redencion. Dirigidos por el hilo profético, podremos traspasar los lindes del espacio y del tiempo, y delinear con anchos rasgos el cuadro de las realidades que no vemos todavía, pero de las cuales la Iglesia guarda en sí misma el precioso gérmen.

Es un hecho primeramente, hecho capital y dominante que se encuentra consignado en cada página de los libros santos, que la sociedad moral fundada por Jesucristo, está á prueba de todas las catástrofes, y que no perecerá jamas. Ella será el blanco de los tiros de numerosos y terribles enemigos; y no marchará á traves de los siglos sino entregada á perpetuos combates; pero nada podrá abatirla; por el contrario, vencerá y hará caer á sus piés á todos sus adversarios y levantará orgullosa la cabeza despues de haber bebido en el agua del torrente. "Tened confianza, decia Jesucristo á sus apóstoles; yo he vencido al mundo y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia." Así es cómo los cristianos han estado siempre llenos de una completa seguridad: de siglo en siglo no han cesado de repetir que la Iglesia no perecerá mas. Hoy mismo, despues de mil ochocientos años, lo repetimos con la misma certidumbre, y los que vengan despues lo repetirán á su vez, y admirarán, como nosotros, el cumplimiento milagroso de los divinos oráculos.

La Iglesia, sin embargo, no debe permanecer y resistir como una masa inerte, como un cadáver que los perfumes preservan de la corrupcion y de los gusanos, como esas sociedades del Oriente inmóviles y petrificadas; ella por el contrario, debe subsistir obrando, engrandeciéndose tal como el árbol á quien el Hijo de Dios la ha comparado, que grano

al principio imperceptible, se ha desarrollado y crecido indefinidamente hasta cubrir con su sombra á todas las aves del cielo. Jesucristo, elevado de la tierra, debe atraerlo todo á sí; la multitud de las naciones entrará en su Iglesia; Él llamará á los pueblos desterrados desde los cuatro ángulos de la tierra; las islas lejanas oirán hablar de Él, y todos los reyes del mundo le adorarán. Un día llegará en que todos los pueblos no formen mas que un solo rebaño bajo el cayado espiritual del pastor: entonces una era nueva se abrirá para la humanidad, la cual volverá á hallar su perdida felicidad. En esos días la justicia se levantará y con ella la abundancia y la paz, y su duracion igualará á la de los astros. Los pobres comerán hasta saciarse; arrancados de las manos del poderoso y librados de la violencia y de la usura, su sangre será preciosa ante Dios. Se sembrará hasta en la cima de las montañas y el viento resonará entre las espigas como entre los cedros del Líbano; los habitantes de las ciudades se multiplicarán como la yerba de los prados.¹ "El lobo habitará con el cordero, el leopardo descansará cerca del cabritillo: la ternera, el leon, la oveja andarán juntos y un niño bastará para conducirlos. El recién nacido jugará con el áspid en el regazo de la madre; y el que acabe de destetarse llevará la mano á la caverna del basilisco. Estos animales no harán ya ningun daño; porque la ciencia de Dios, inmensa como el mar, inundará la tierra."²

Tales son los brillantes destinos anunciados al reino de la cruz, y que serán los de la posteridad de Adán regenerada. ¿Pero cuándo se cumplirán estos destinos? ¿Hasta cuándo la Iglesia será el blanco de las pasiones desencadenadas? El momento llegará, y muy pronto, en que los hombres comprendan al fin su verdaderos intereses; en que sintiendo que la causa de todos sus males reside en el vicio de su naturaleza, demandarán sinceramente al cristianismo que esclarezca

¹ Salmo 71.

² Isaías, caps. 11 y 12.

su inteligencia debilitada, que fortifique su corazon desfallecido y dirija su voluntad incierta haciéndoles marchar con un paso firme y seguro en la senda que debe conducirlos á la verdadera felicidad. Sobre este punto los oráculos sagrados callan ó son menos explícitos. Bien habria querido Dios revelar á sus servidores las pruebas que les aguardan, á fin de que no fuesen sorprendidos, y mostrarles de antemano el término dichoso para recompensarles desde luego con las santas esperanzas de la fé; pero Él se ha reservado el secreto de la duracion de estas pruebas y de los siglos benditos en que la tierra regenerada por su espíritu recobrará una vida nueva. Algunas palabras únicamente de la misteriosa profecía del discípulo querido, aquel á quien Jesucristo confiaba de preferencia, en una expansion afectuosa, los pensamientos de su presciencia, parecen anunciar, si los aplicamos bien, que el día de los triunfos de la Iglesia no está lejos. "Porque si Satanás, dice San Juan, ha sido desatado, no será sino por poco tiempo, *modico tempore*; si las naciones seducidas se han reunido para el combate y han rodeado el campo de los santos y la ciudad querida, Dios debe entregarlas á un fuego devorador, y Satanás será de nuevo hundido en el abismo por los siglos de los siglos, y el poder de pervertir las almas no le será mas concedido."¹

He ahí lo que Dios nos ha permitido leer ó entrever en los eternos designios de su misericordia, con relacion á la humanidad decaida. Veamos ahora cuáles son las conjeturas racionales que los datos históricos y la marcha sucesiva de las cosas pueden sugerirnos, y cómo ellas coinciden con la revelacion divina.

Hace ya diez y ocho siglos que la Iglesia fundada por el Hijo del carpintero y propagada por doce pescadores, se ha apoderado del imperio moral del mundo: ninguna otra sociedad ha podido arrebatárselo desde entonces. La persecucion, el cisma, la herejía, la filosofía han venido alternati-

¹ Apoc., cap. 20.

vamente á ensayar sus fuerzas contra esta reina inmortal de la verdad. ¡Inútiles esfuerzos! La hacha ha caído de las manos cansadas del verdugo; las saetas rebeldes han venido unas tras otras á morir al pié de las gradas del trono de su poderosa dominadora: la filosofía con los piés metidos en la sangre, errante en medio de las ruinas de los sistemas, acaba de desvanecerse en las alucinaciones de una peligrosa locura; en tanto que la Iglesia vigorizada en los combates, ha salido de ellos mas poderosa, y reaparece despues de todas las tempestades que ha sufrido como un sol glorioso en un cielo sereno. Tal como una madre atenta y solícita, ha vigilado sin cesar la actividad del espíritu humano: ella ha seguido á este hijo pródigo en todos sus extravíos; y á pesar de su resistencia, á pesar de sus gritos y de sus furores, ella le ha designado con un dedo seguro los escollos, los precipicios, los peligros del camino que tenia que recorrer, y nunca ha desobedecido á esta infalible advertencia sin sufrir muy pronto la pena. Declarando en voz alta que emana de Dios, y que está investida por él de la infalibilidad en el orden de las verdades morales, la Iglesia se colocaba en la necesidad de un perpetuo milagro; ponía sobre sus hombros una carga, que si no era sincera, debía prontamente aplastarla; preparaba, en fin, ella misma su propia ruina. ¡Cuántas cuestiones le han sido sometidas en el curso de las edades! ¡Cuántas discusiones ha sostenido y cuántas sentencias doctrinales ha sido llamada á pronunciar! ¿Ha retrocedido ante esta tarea temible? ¿Ha dormido tranquilamente como las otras religiones sobre el almohadon de un signo inmóvil, dejando á las pasiones humanas en completo desahogo y no pidiéndoles mas sino que no turben su reposo? No; al punto que el error y el vicio han asomado su horrible cabeza, lejos de pactar con ellos se ha alzado espontáneamente para combatirlos, y ha querido mejor esponerse á todos los martirios que abandonar la santa causa que tenia que defender. Su moral, sus instituciones, los títulos de su existencia, todo ha sido ataca-

do, analizado, puesto al descubierto por el escalpelo de la razon: sistemas nuevos ó renovados se han dado á luz incesantemente; la Iglesia, sin embargo, sin ceder un palmo se ha mantenido en su propio terreno, en su propio campo, de donde ha rechazado siempre, sin sufrir ninguna pérdida, al enemigo que creia poder aniquilarla. Pero ¡oh prodigio inaudito! si dirigiendo atras sus miradas, ahora que la antorcha de la ciencia brilla con un resplandor tan vivo, revista los decretos y los anatemas de los papas y de sus concilios, ¿hay alguno, uno solo siquiera de que deba avergonzarse y que la acuse evidentemente de haber faltado á su mision? Respondiendo á toda la tierra desde hace tantos siglos, ¿en qué ocasion la Iglesia ha sido incontestablemente engañada? ¡Jamás! podemos decir con el conde de Maistre. "Pueden hacerle chicanas, pero no alegar nunca nada decisivo."¹ ¿A quién, por otra parte, ha dado el tiempo la razon: á la Iglesia ó á sus enemigos? ¿Qué doctrinas han recibido la sancion de todas las edades? ¿Son las de Neron ó las de Juliano el Apóstata, de Arrio ó de Eutychés, de Wicleff ó de Lutero, de Voltaire ó de Holbach? De ninguno; porque todos á su vez han sido desmentidos ú olvidados por los hombres sabios y aun por sus admiradores y sus discípulos. Se ha visto, pues, que la Iglesia habia juzgado bien condenándolos. Si cualquiera hombre reflexivo y de buena fé, estudia seriamente las decisiones dogmáticas de los papas y de los concilios, admirará ciertamente la superior sabiduría que ha presidido á la definicion de los mas altos misterios y á la solucion de los problemas morales mas delicados; se verá precisado á convenir que esta sabiduría, trasmitida así de generacion en generacion como una herencia magnífica, nunca oscurecida ni aun en los siglos de la mas brutal ignorancia, tiene sus raices mas lejos que nuestra miserable tierra.

El pasado, pues, de la Iglesia nos asegura indudablemente de su porvenir; y si se consideran los obstáculos que ha

¹ Del Papa.

superado, no se ve qué es lo que en adelante pueda detener su carrera. El presente, además, está muy lejos de ser alarmante. Por donde quiera se hace sentir la necesidad de volver á las creencias sanas y seguras del catolicismo: se ha comprendido que existía una relación íntima entre los pensamientos y las acciones; que los unos se modelaban por las otras, y participaban de su carácter: por todas partes se repite que es necesario moralizar á los pueblos. Los grandes pensadores siguen todos los movimientos de la sociedad, interrogan todas las pulsaciones de sus arterias, quieren saber, por último, cuál es la causa verdadera de los males de este ilustre enfermo, y cuál el remedio que conviene aplicarle. Todo lo que ha pasado en Europa desde que la invadió el espíritu pagano, las guerras, los trastornos, las matanzas, la anarquía, en fin, que la ha desolado, ha conmovido profundamente las almas y les ha inspirado graves reflexiones: se ha hecho, pues, un trabajo de comparación que, lo esperamos, producirá los más dichosos frutos. Ya los libros están abiertos: se registra con ardor la historia: se quiere preguntar á los muertos las condiciones de la vida. Un interesante paralelo se ha establecido y parece que vamos á asistir á un primer juicio del mundo. Según la palabra de Jesucristo, en lo adelante, por sus frutos es por lo que se han de apreciar las doctrinas.

Evocadas por genios poderosos, las obras nacidas del espíritu pagano por una parte, y las obras inspiradas por el espíritu cristiano por la otra, se han presentado al gran tribunal de la humanidad para ser, al fin, pesadas en la balanza de una imparcial justicia. Antes que ninguno, el ilustre M. de Chateaubriand ha colocado resueltamente en relación á los dos espíritus que se disputan el mundo; y comparando las influencias de naturaleza diversa que han ejercido sobre las artes, sobre las ciencias, sobre las instituciones y sobre la civilización, ha pronunciado una memorable sentencia, la cual todos los pueblos civilizados no han podido menos de aplaudir.

El paganismo ha sido condenado y se ha adjudicado la palma del triunfo al cristianismo. En esta carrera tan noblemente abierta, una multitud de escritores distinguidos se han precipitado á competencia: cada día se ha tributado un nuevo homenaje á la Iglesia; cada día se ha destruido una preocupación, y ha brotado algún destello de verdad; cada día los ecos de la fama nos hacen saber que ilustres tráfugas, escapando del campo enemigo, han venido á colocarse bajo la bandera de que sus padres desgraciadamente habían desertado. No se desprecia ya el arte cristiano; por el contrario, se le admira: no se rechaza ya la moral del Evangelio, sino que se la encuentra sublime: sus dogmas lejos de haber perdido en el progreso de la verdadera ciencia, han venido á recibir una nueva sanción.

El movimiento de los espíritus en el siglo presente, es pues, un movimiento de ascension hácia las doctrinas de la Iglesia. Todo conduce á creer que no se detendrá, ó que si se detiene será solo momentáneamente hasta que llegue al término de su carrera. Es imposible que las inteligencias privilegiadas no perciban al fin, que no hay más que dos maneras de constituir á la sociedad moral, y que si el principio de autoridad es rechazado, la humanidad tiene que resignarse á ser perpetuamente víctima de una mortal anarquía. Así, pues, todo se prepara para un nuevo y acaso próximo triunfo de la Iglesia, cuando sus ciegos enemigos entonen, como siempre, el canto de sus funerales. ¿De qué dichosos síntomas no somos, por otra parte, testigos? ¹ Un santo pontífice sube á la cátedra de Pedro, y desde lo alto de este trono inmortal, indica á los pueblos embriagados de una libertad sin medida y sin freno, la vía trazada á la libertad verdadera; da el ejemplo de la clemencia, de la magnanimidad, del amor de los hombres, y he ahí cómo el mundo entero, palpita, parece re-

¹ Esta obra estaba concluida antes de la revolución de Febrero; así es que su autor viendo aun reinar el orden no ha hecho más que presentar los resultados definitivos de la independencia de la razón.

nacer, y tiende sus brazos á este salvador inesperado. Una era nueva comienza: Jesucristo se hace sentir en la persona de su vicario, recobra manifiestamente el timon de la humanidad que se creia haber arrancado para siempre de sus divinas manos.

Sin embargo, no nos lo disimulemos: el espíritu filosófico podría muy bien no haber acabado todavía su obra terrible, su obra de destruccion. Ya ha derribado la *sociedad moral* y trastornado la *sociedad política*, pero tal vez no es el término último de las funestas consecuencias que él encierra en sí; es necesario que destruya y que destruya todavía: es necesario que la *sociedad civil*, resienta á su turno la influencia mortal de su soplo deletéreo; es necesario que no teniendo ya mas que devorar, semejante al famélico Eresichthon, él se devore á sí mismo. Entonces nada quedará en pié. Yo no me engaño: cuando las espesas nubes de polvo levantadas de en medio de los escombros se hayan disipado, cuando el cielo vuelva á manifestarse sereno, se verá aparecer un majestuoso edificio, espléndido como el oro purificado en el fondo del crisol; y á este aspecto inesperado los pueblos, reducidos á la mas horrorosa desesperacion, lanzarán gritos de alegría y volverán á abrigarse en la casa de su Padre, que habian abandonado para ir á consumir su sustancia en regiones desoladas y lejanas. Curados, esperámoslo, por tantas crueles esperiencias, de las locuras de la juventud, entrarán con resolucion en la fase de la edad madura, y dóciles á las doctrinas saludables de la cruz, prepararán para las generaciones futuras la era de la felicidad predecida por los profetas.

Hoy que nos hallamos hundidos en una confusion de opiniones, en un caos de dudas, de vicios y de errores, esta era maravillosa no nos parece mas que una delirante utopia, pero que se suponga (y queremos creer por honor de la humanidad que esta suposicion no es puramente imaginaria), que se suponga, decimos, á los espíritus penetrados de esta verdad: que la virtud es nuestro primer bien y que el Evan-

gelio es el mas perfecto ideal; que los padres y las madres y los que están encargados de instruir á los niños los eduquen en este principio, dándoles el buen ejemplo, embalsamándoles en una atmósfera celeste, que los preserve de los miasmas de las pasiones; que la cátedra, la prensa, las artes, el teatro mismo, que todas las voces se unan como en un santo concierto para ensalzar la virtud y condenar el vicio; que se haga todo esto y se verá cómo en menos de una generacion, el mundo está renovado. Quedarán todavía sus debilidades, no hay duda; pero estas debilidades él las deplorará, en vez de justificarlas y envanecerse de ellas; él las enmendará y aun las hará servir á su propia grandeza por un generoso arrepentimiento.

¿Llegará, pues, este dia venturoso en que los hijos de Adan renunciando á todas las quimeras que los seducen y los pierden hace mas de seis mil años, se abracen para siempre de la verdad, principio de toda dicha, que poseen en medio de ellos? ¿Irán, en fin, un dia á beber la vida en su mas pura fuente?

Entretanto, la Europa, por la eficacia de la legislacion cristiana, ha venido á ser, á pesar de su inferioridad geográfica, la primera de las partes en que está dividido el mundo. Las otras partes del globo en que domina todavía el paganismo, no son mas que sus humildes vasallas. La América, principalmente la que fué española, en medio de las agitaciones que conturban continuamente la existencia de aquellos pueblos por la anarquía política que los devora desde que se emanciparon de su gran metrópoli, la unidad y la virtud del principio católico defiende todavía esta existencia que de otra manera habria ya sucumbido.¹ En cierto sentido Jesucristo

¹ En estos últimos tiempos, el espíritu falso filosófico ha venido á aumentar la corrupcion que las revueltas políticas han engendrado: la prensa desbordada se ha introducido en el campo de la religion y ha venido á aumentar los conflictos y el desórden; pero no han faltado escritores ilustres que levanten su voz para defender los principios ortodoxos y evitar la anarquía moral.

reina ya sobre toda la tierra, y es fácil prever que en una época mas ó menos lejana, ella inclinará voluntariamente la cabeza bajo el dulce yugo de su Salvador. Cuando el espíritu filosófico haya penetrado en esas regiones, hace tanto tiempo entregadas al feticismo, á la idolatría y á ridículas supersticiones; cuando haya puesto en evidencia todas esas miserias de que es, sin embargo, el autor, se hará muy pronto entera justicia; pero como este espíritu está condenado á no ser mas que un soplo disolvente, el espíritu le seguirá de cerca, y se apoderará de las almas, á quienes habrá dejado desoladas en el vacío inmenso de la negacion y de la duda.

Asistimos, segun parece, al comienzo de esta revolucion inmensa. Los pueblos infieles se sienten atraidos hácia la Europa, y la Europa se siente atraida hácia ellos: pero la diferencia es que ellos vienen suplicando, pidiendo la limosna de sus artes y de sus ciencias, en tanto que la Europa marcha sobre ellos como dominadora: en pos de sus pasos la cruz avanza, cual en la Edad Media, en la conquista de las naciones idólatras, como reina pacífica y consoladora. Así toma posesion de todas las regiones del globo que no le estaban aún sometidas: se le ve elevarse sobre las riberas del Asia y del Africa, y hasta en las islas mas remotas de la Oceanía. Segun la prediccion del profeta Isaías, la ciencia tiende á llenar el mundo cristiano. Los valles están cegados, se han abatido las colinas, los caminos que eran tortuosos se han enderezado para dejar pasar á la augusta Verdad: el espacio está vencido; el hombre llevado en alas de fuego, vuela con la rapidez del pájaro: ni las altas montañas ni los vastos mares lo detienen; todos los obstáculos se desvanecen ante la fuerza y la perseverancia de su voluntad. ¿No vendrá á suceder que la tierra renovada por los multiplicados enlaces de sus diversas partes, forme en un dia próximo una familia de hermanos, dichosos en invocar juntos al mismo Padre celestial que los ha salvado por la sangre de su divino Hijo? La Europa que se ha mostrado tan solícita en despertar á los demas pueblos

de su sueño de muerte, ¿no los atraerá hácia ella rápidamente en las circunvoluciones de su órbita cristiana?

Sin embargo, no estará todo cumplido, aun cuando la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia. Dios se acordará entonces de los restos de la nacion deicida, ciega á causa de su incredulidad, errante en medio de los pueblos para servirles de ejemplo por su castigo y dar hasta el fin testimonio de la verdad. Querida aún, á causa de sus padres, de Aquel que la hiere con tanto rigor, ella resentirá al fin la influencia omnipotente de la gracia. Sus ojos abatidos se abrirán, se despertará como de un prolongado letargo y espantada de su aislamiento en el mundo, *ella mirará á Aquel á quien ha traspasado; le llorará como se llora á un hijo único, como se llora á un primogénito*, y las lágrimas de arrepentimiento la purificarán, y el Padre escuchará la súplica del Hijo por sus verdugos: *Padre perdonadlos; ellos no saben lo que hacen!* "Porque, como dice San Pablo, si los judíos han caído ahora en la incredulidad, es para dar lugar á que ellos, á su turno, reciban la misericordia que ya nosotros hemos recibido: habiendo Dios encerrado á todos los hombres en la incredulidad, á fin de hacer misericordia á todos." Y el grande apóstol, como trasportado por una radiosa vision, esclama: "¡Oh profundidad misteriosa de los tesoros de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son sus juicios y cuán incomprensibles sus caminos! Todo viene de Él; todo es para Él; todo es en Él. ¡A Él se le debe honor y gloria por los siglos de los siglos!"¹

Los destinos humanos no han llegado aún á su último término: hay una hora suprema ya marcada en el cuadrante de los siglos en que el gran drama de este mundo tendrá un terrible y final desenlace. ¿Cuándo llegue esta hora? Es un secreto que el Padre celestial se ha reservado á sí propio; y que los ángeles mismos del cielo ignoran. En este tiempo, acontecerán prodigios en el sol, en la luna, en las estrellas: los hombres se sentirán sobrecogidos de terror, esperando lo

¹ *Epíst. á los Romanos, cap. II.*

que debe suceder á todo el universo; porque las virtudes celestiales estarán conmovidas. Entonces el signo del Hijo del Hombre aparecerá en los cielos; todos los pueblos de la tierra harán estallar su dolor, y ellos verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Rodeado de sus ángeles se sentará sobre el trono de su gloria; y todas las naciones estarán reunidas delante de Él; y separará los unos de los otros como un pastor separa á las ovejas de los machos cabríos. Y colocará á las ovejas á su derecha y á los machos cabríos á su izquierda. Y el Rey dirá á los que están á su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, venid y poseed el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo.* Y despues á los que están á su izquierda: *Apartaos de mí, malditos! id al fuego eterno que ha sido preparado para Satanás y para sus ángeles.* Y estos irán á los eternos suplicios, mientras que los justos disfrutarán de la vida y de las delicias de una dicha sin fin.

CAPITULO XLI.

La Cruz.

Una nacion tiene su bandera, un ejército sus pendones, una ciudad sus blasones, una familia sus escudos de armas; toda sociedad quiere tener un símbolo que la caracterice. ¿Cuál será, pues, el de la gran sociedad moral de la tierra? ¿qué signo podrá reunir en sí y espresar claramente á todas las miradas los caracteres generales de la humanidad? LA CRUZ. La cruz, sí, en otro tiempo el patíbulo de los esclavos, es decir, de las tres cuartas partes del género humano; la cruz sobre la cual el Libertador esperado durante cuarenta siglos ha muer-

to en ese género de suplicio á fin de abolir para siempre toda esclavitud: he ahí el estandarte de los pueblos manumitidos y reconocidos por su libertad.

La cruz es la mas alta espresion de la humanidad: ella la refleja de una manera admirable hasta en sus mas imperceptibles gradaciones; es un libro inmenso adonde se revelan nuestro origen, nuestra naturaleza, nuestros destinos, nuestro fin; es el compendio del cielo y de la tierra. Ella recuerda al Dios criador, al Dios redentor, al Dios santificador: ella tambien trae á la memoria al hombre inocente, al hombre decaído, al hombre regenerado: es el punto de confluencia en que se hallan divinamente unidas, la santidad, la justicia y la misericordia; es el término de todas las antiguas tradiciones; es el altar donde el pecado se halla abismado en la expiacion y el arrepentimiento.

Si las obras de la creacion revelan un Dios poderoso y magnífico, la obra de la cruz revela todo lo que la bondad y el amor divino tienen de mas profundo y mas conmovedor. Es un Dios ultrajado y es un Dios que perdona; es el hombre que peca y es el Dios que expia.

¿Qué es, pues, el hombre para haber merecido tal sacrificio?... *Habéis sido rescatados á precio muy caro*, nos dice el Apóstol; y estas palabras nos hacen comprender que si la cruz es el signo de nuestra debilidad, de nuestra miseria, de nuestra corrupcion, ella es tambien el signo de nuestra grandeza, de nuestra dignidad, de todas las nobles prerogativas de nuestro sér. Ella nos dice muy alto que hemos merecido la muerte; pero nos dice mas alto todavía que hemos valido un Dios.

Sí; todos los hombres valen un Dios, y en lo de adelante, no se podrá llamar vil á una alma rescatada por la sangre de Jesucristo. La igualdad; pero una igualdad noble, descendiendo de lo alto de la cruz y marca en la frente, con un carácter glorioso, al mas ínfimo de los hijos de Adán, al niño mismo que no vive todavía sino en el seno maternal. La cruz manda respetar al hombre cualquiera que sea, al débil como al

que debe suceder á todo el universo; porque las virtudes celestiales estarán conmovidas. Entonces el signo del Hijo del Hombre aparecerá en los cielos; todos los pueblos de la tierra harán estallar su dolor, y ellos verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Rodeado de sus ángeles se sentará sobre el trono de su gloria; y todas las naciones estarán reunidas delante de Él; y separará los unos de los otros como un pastor separa á las ovejas de los machos cabríos. Y colocará á las ovejas á su derecha y á los machos cabríos á su izquierda. Y el Rey dirá á los que están á su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, venid y poseed el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo.* Y despues á los que están á su izquierda: *Apartaos de mí, malditos! id al fuego eterno que ha sido preparado para Satanás y para sus ángeles.* Y estos irán á los eternos suplicios, mientras que los justos disfrutarán de la vida y de las delicias de una dicha sin fin.

CAPITULO XLI.

La Cruz.

Una nacion tiene su bandera, un ejército sus pendones, una ciudad sus blasones, una familia sus escudos de armas; toda sociedad quiere tener un símbolo que la caracterice. ¿Cuál será, pues, el de la gran sociedad moral de la tierra? ¿qué signo podrá reunir en sí y espresar claramente á todas las miradas los caracteres generales de la humanidad? LA CRUZ. La cruz, sí, en otro tiempo el patíbulo de los esclavos, es decir, de las tres cuartas partes del género humano; la cruz sobre la cual el Libertador esperado durante cuarenta siglos ha muer-

to en ese género de suplicio á fin de abolir para siempre toda esclavitud: he ahí el estandarte de los pueblos manumitidos y reconocidos por su libertad.

La cruz es la mas alta espresion de la humanidad: ella la refleja de una manera admirable hasta en sus mas imperceptibles gradaciones; es un libro inmenso adonde se revelan nuestro origen, nuestra naturaleza, nuestros destinos, nuestro fin; es el compendio del cielo y de la tierra. Ella recuerda al Dios criador, al Dios redentor, al Dios santificador: ella tambien trae á la memoria al hombre inocente, al hombre decaído, al hombre regenerado: es el punto de confluencia en que se hallan divinamente unidas, la santidad, la justicia y la misericordia; es el término de todas las antiguas tradiciones; es el altar donde el pecado se halla abismado en la expiacion y el arrepentimiento.

Si las obras de la creacion revelan un Dios poderoso y magnífico, la obra de la cruz revela todo lo que la bondad y el amor divino tienen de mas profundo y mas conmovedor. Es un Dios ultrajado y es un Dios que perdona; es el hombre que peca y es el Dios que expia.

¿Qué es, pues, el hombre para haber merecido tal sacrificio?... *Habéis sido rescatados á precio muy caro*, nos dice el Apóstol; y estas palabras nos hacen comprender que si la cruz es el signo de nuestra debilidad, de nuestra miseria, de nuestra corrupcion, ella es tambien el signo de nuestra grandeza, de nuestra dignidad, de todas las nobles prerogativas de nuestro sér. Ella nos dice muy alto que hemos merecido la muerte; pero nos dice mas alto todavía que hemos valido un Dios.

Sí; todos los hombres valen un Dios, y en lo de adelante, no se podrá llamar vil á una alma rescatada por la sangre de Jesucristo. La igualdad; pero una igualdad noble, descendiendo de lo alto de la cruz y marca en la frente, con un carácter glorioso, al mas ínfimo de los hijos de Adán, al niño mismo que no vive todavía sino en el seno maternal. La cruz manda respetar al hombre cualquiera que sea, al débil como al

fuerte, al humilde como al poderoso, al hombre cubierto de andrajos como al que se envuelve en un manto de púrpura. Ella pide que haciéndose abstracción del crimen, se honre aun la persona del criminal y se le compadezca en su desgracia. Ella nos muestra en todos nuestros semejantes hermanos á quienes ama el Padre comun, y por los cuales nos debemos sentir abrasados en una caridad viva y dispuestos siempre á los sacrificios de la mas pura abnegacion. Por la sangre preciosa que la baña nos exhorta á la magnanimidad, á la clemencia y al perdón de todas las injurias. ¿Qué corazón por duro que sea no se sentirá conmovido profundamente oyendo repetir la súplica de Jesus por sus verdugos: *Padre, perdónadlos; ellos no saben lo que hacen?* "No se podría creer, dice M. de Chateaubriand, cuántos actos de misericordia han producido estas divinas palabras, cuántos brazos ya levantados por la venganza han detenido repentinamente."

Rescatando al hombre del pecado, dándole la fuerza de combatirlo y de vencerlo, la cruz no solamente ha proclamado la libertad, sino que ella ha traído verdaderamente á este mundo esa noble libertad de los hijos de Dios, que es el desprendimiento de todas las pasiones abyectas, esa libertad que los excesos de la licencia no deshonrarán jamas.

Para los grandes lo mismo que para los pequeños, para los ignorantes como para los sabios, el árbol redentor es un libro siempre abierto, es una enseñanza siempre viva de las mas sublimes virtudes. Él predica la dulzura, la paciencia, la humildad, la abnegacion, el amor del prójimo, el horror al vicio, la lucha contra la naturaleza corrompida, todas las virtudes, en fin, que brillan con un esplendor tan grande en el Hombre-Dios. Emblema celestial de la fé, de la esperanza y de la caridad, él vivifica las almas, las fortifica, las abrasa, é imprimiéndoles una actividad nueva, las dirige, las sostiene y las preserva de los extravíos y de las caídas.

De este modo es la cruz la fuente de la gloria de Jesucristo; su título mas augusto es el de *Crucificado*, y la cruz, por úl-

timo, es el poderoso iman que atraerá á Él toda la tierra. Con la cruz en la mano es como los apóstoles se lanzaron á la conquista del mundo; en ella fué donde pusieron todo su valor y toda su esperanza.

Formados por sus ejemplos y por sus lecciones los primeros fieles profesaron la mayor veneracion hácia el sagrado signo de la salvacion del mundo. Trazándola sobre su frente, sobre su pecho y sobre todo su cuerpo, era como se consagraban al servicio de Dios é imploraban su asistencia. "Cuando salimos de nuestras casas ó entramos en ellas, dice Tertuliano; cuando tomamos nuestros vestidos y cuando nos lavamos; cuando encendemos nuestras lámparas y vamos á tomar algun descanso; en una palabra, en todos nuestros actos y ocupaciones, comenzamos por hacer la señal de la cruz."¹ Y San Efren esclama á su turno: "Grabemos el signo de vida sobre nuestras puertas, sobre nuestras frentes, sobre nuestra boca, sobre nuestro pecho y sobre todos nuestros miembros; que esta armadura, siempre victoriosa, sea nuestro mas bello adorno. Ella ha vencido á la muerte; ella es la esperanza del mundo, la luz de los pueblos, el baluarte de la verdadera fé, la salvaguardia de la Iglesia."²

Todos los Padres emplean el mismo lenguaje. Ellos están unánimes en recomendar el signo de la cruz y en proclamar su gran virtud y eficacia. Esta santa tradicion se ha transmitido de edad en edad. En todos tiempos la Iglesia ha honrado la cruz con un culto particular; y no ha temido confundirla en una comun adoracion con el Salvador mismo. Incesantemente ha exhortado á los fieles á poner en ella toda su confianza, á santificarla por medio de todas sus acciones. Para dar el ejemplo, ella le ha consagrado oraciones, bendiciones, ceremonias, sacrificios, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Trinidad inefable de personas unidas en el signo del mas admirable amor.

¹ Tertul., de *Oratione*.

² San Efren, de *Panoplia*.

¡Honor, pues, y reconocimiento á la cruz! Ella es la que ha sostenido al mártir en sus tormentos, al anacoreta en las austeridades de la penitencia, al doctor en sus trabajos y meditaciones, á la vírgen en sus combates y al hombre piadoso en la práctica de todas las virtudes: ella es la que inspira al pobre la paciencia, al desgraciado la resignacion; la que consuela al enfermo en su lecho de dolor; la que hace brillar á los ojos del moribundo los rayos celestiales de la esperanza. El pecador la invoca en sus angustias, y en ella es por último, donde el culpable, cuya cabeza va á caer bajo la cuchilla de la ley, va á descansar sus miradas, fatigado de los hombres é inquieto de la eternidad.

De esta manera es como la piedad de los cristianos ha plantado por todas partes, como un símbolo tutelar, el árbol redentor de la humanidad. Él corona los altares y la cima de los templos; santifica el recinto de los pretorios y adorna la diadema de los reyes: él se eleva sobre las plazas públicas y á lo largo de los caminos; él aparece en la profundidad de los desiertos, y en lo mas espeso de los bosques; él se destaca sobre las montañas escarpadas y á la vista de los abismos inmensos del océano; él predomina, en fin, sobre el campo de los muertos como la esperanza de la misericordia y de la resurreccion. Si alguna tempestad os arroja náufrago y desnudo sobre una tierra desconocida y vuestros ojos perciben á lo lejos la cruz de Jesucristo, consolaos, porque habeis tocado en una ribera hospitalaria; vuestros hermanos se apresurarán á daros socorros: pero si en ninguna parte del horizonte entreveis el signo de la salvacion, temed encontrar enemigos mas temibles que las olas enfurecidas del océano; habréis arribado á una playa salvaje, y allí tal vez los hombres serán peores para vos que los tigres y los leones.

Un día, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, una insensata filosofía hizo desaparecer la cruz, emblema de la santa independenciam de las almas, y la sustituyó con la encina simbólica de la independenciam del salvaje

que disputa su fruto á los animales de las selvas: pero este día habia sido marcado con un nombre satánico, con un nombre tal, que ningun día de la tierra lo habia todavía llevado; se llamaba *El Terror*.

Es, pues, indudable que la causa de la cruz es la de la verdadera libertad, de la civilizacion, de la humanidad entera; es la causa de las almas nobles y de los sentimientos generosos. Cualquiera que ame la virtud, cualquiera que se apasione por el sacrificio y la caridad, debe sentirse, tarde ó temprano, atraído á la bandera de Aquel que con un amor infinito se sacrificó por todos los hombres, y aceptó una muerte infame para librarlos de la corrupcion y de los males terribles que ella engendra.

RESUMEN.

Los dos reinos.

Hemos reconocido ya la existencia de dos reinos sobre la tierra: el reino de la cruz, y el reino de Satanás. Examinados en su origen, en su desarrollo y en sus resultados, estos reinos ofrecen constantemente caracteres diametralmente opuestos. El reino de la cruz ha sido fundado sobre el derecho y sobre el orden, es decir, sobre la palabra de Dios y sobre la obediencia á esta palabra; el de Satanás procede de la injusticia y del desorden; es decir, de un orgullo insensato y de la rebelion contra la autoridad legítima del Criador. Que se guarde el hombre de tocar al fruto de la ciencia del bien y del mal, porque morirá: he aquí el precepto divino.—Que el

¡Honor, pues, y reconocimiento á la cruz! Ella es la que ha sostenido al mártir en sus tormentos, al anacoreta en las austeridades de la penitencia, al doctor en sus trabajos y meditaciones, á la vírgen en sus combates y al hombre piadoso en la práctica de todas las virtudes: ella es la que inspira al pobre la paciencia, al desgraciado la resignacion; la que consuela al enfermo en su lecho de dolor; la que hace brillar á los ojos del moribundo los rayos celestiales de la esperanza. El pecador la invoca en sus angustias, y en ella es por último, donde el culpable, cuya cabeza va á caer bajo la cuchilla de la ley, va á descansar sus miradas, fatigado de los hombres é inquieto de la eternidad.

De esta manera es como la piedad de los cristianos ha plantado por todas partes, como un símbolo tutelar, el árbol redentor de la humanidad. Él corona los altares y la cima de los templos; santifica el recinto de los pretorios y adorna la diadema de los reyes: él se eleva sobre las plazas públicas y á lo largo de los caminos; él aparece en la profundidad de los desiertos, y en lo mas espeso de los bosques; él se destaca sobre las montañas escarpadas y á la vista de los abismos inmensos del océano; él predomina, en fin, sobre el campo de los muertos como la esperanza de la misericordia y de la resurreccion. Si alguna tempestad os arroja náufrago y desnudo sobre una tierra desconocida y vuestros ojos perciben á lo lejos la cruz de Jesucristo, consolaos, porque habeis tocado en una ribera hospitalaria; vuestros hermanos se apresurarán á daros socorros: pero si en ninguna parte del horizonte entreveis el signo de la salvacion, temed encontrar enemigos mas temibles que las olas enfurecidas del océano; habréis arribado á una playa salvaje, y allí tal vez los hombres serán peores para vos que los tigres y los leones.

Un día, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, una insensata filosofía hizo desaparecer la cruz, emblema de la santa independenciam de las almas, y la sustituyó con la encina simbólica de la independenciam del salvaje

que disputa su fruto á los animales de las selvas: pero este dia habia sido marcado con un nombre satánico, con un nombre tal, que ningun dia de la tierra lo habia todavía llevado; se llamaba *El Terror*.

Es, pues, indudable que la causa de la cruz es la de la verdadera libertad, de la civilizacion, de la humanidad entera; es la causa de las almas nobles y de los sentimientos generosos. Cualquiera que ame la virtud, cualquiera que se apasione por el sacrificio y la caridad, debe sentirse, tarde ó temprano, atraído á la bandera de Aquel que con un amor infinito se sacrificó por todos los hombres, y aceptó una muerte infame para librarlos de la corrupcion y de los males terribles que ella engendra.

RESUMEN.

Los dos reinos.

Hemos reconocido ya la existencia de dos reinos sobre la tierra: el reino de la cruz, y el reino de Satanás. Examinados en su origen, en su desarrollo y en sus resultados, estos reinos ofrecen constantemente caracteres diametralmente opuestos. El reino de la cruz ha sido fundado sobre el derecho y sobre el orden, es decir, sobre la palabra de Dios y sobre la obediencia á esta palabra; el de Satanás procede de la injusticia y del desorden; es decir, de un orgullo insensato y de la rebelion contra la autoridad legítima del Criador. Que se guarde el hombre de tocar al fruto de la ciencia del bien y del mal, porque morirá: he aquí el precepto divino.—Que el

hombre coma de este fruto y llegará á ser como un dios: he ahí el consejo satánico. *Independencia absoluta, deificación de la razon humana*, escribió Satanás en su estandarte:—*Vasallaje de la razon humana en el orden moral, soberanía en todo lo demas*; tal fué la divisa de la cruz.

Bajo el imperio de la una ó de la otra de estas dos ideas, es como la humanidad ha seguido su marcha á través de los siglos.

El reino de Satanás se ha desarrollado sin obstáculos; apoyado por las pasiones humanas y secundado por todos los esfuerzos del poder y de la inteligencia; el reino de la cruz se ha inaugurado en medio de las mas crueles persecuciones y ha sido anunciado por los pobres y los ignorantes. El primero ha tomado por bases de su constitucion la ciencia, el placer y el egoismo; el segundo la fé, el sufrimiento y la abnegacion. Prometiéndole á los hombres la independencia moral, Satanás los ha conducido á una triple y degradante servidumbre; la de las pasiones, la del error y la de la fuerza material. La libertad entregada á sí misma, sin freno y sin guías, no ha engendrado, en el dominio de los sentidos, sino la depravacion, la decadencia y la ruina; en el de la inteligencia, la disolucion, la division y la corrupcion, ó la filosofía, la herejía y la idolatría; en el de la voluntad, la anarquía y el despotismo. Ella ha matado la igualdad, la fraternidad, y con el mismo golpe se ha aniquilado á sí misma. Seguid las huellas de esta libertad satánica, y encontraréis por todas partes ruinas, confusion y sangre: ruina de los Estados, confusion de sistemas y sangre de revoluciones.

Jesucristo no ha abusado así de la humanidad: Él le ha revelado su origen, le ha hecho patente su debilidad y le ha demostrado la necesidad que tenia del auxilio divino. Pero Él ha sostenido esta debilidad y ha provisto esta necesidad. Su mano poderosa y benéfica se ha extendido sobre nosotros para guiar nuestros pasos; para alumbrar nuestros ojos y para revivir nuestras fuerzas. Apartándonos de las pendientes

peligrosas, de las ilusiones de la falsa creencia, de las vacilaciones de la voluntad, ha creado en nosotros una libertad santa, madre de la equidad, de la concordia y de la caridad, que procurando siempre el bien nos hace dignos de ser admitidos en el rango de los hijos de Dios. Purificacion de los corazones, certidumbre en las doctrinas, sumision libre de las voluntades; ¡tal es la obra de Jesucristo!

Así es como el reino de Satanás no ha sido mas que un progreso incesante hácia la decadencia moral, en tanto que el reino de Jesucristo ha sido un progreso permanente hácia la perfeccion que constituye la verdadera felicidad. Dirigiendo éste al hombre, segun su propia naturaleza, le ha conducido á la santidad; lisonjeando aquel su orgullo y sus malas pasiones, le ha arrojado en el abismo de la abyeccion. Salido del infierno, sin raices en el pasado, sin fundamento en el presente y sin apoyo en el porvenir, el reino de Satanás no será nunca mas que una vasta ruina; descendido del cielo, enraizado en los patriarcas, en los profetas y los justos de la antigua ley; fundado en Jesucristo, apoyado sobre su Iglesia, el reino del Salvador es un magnífico edificio que no teme el furor de las olas ni el desencadenamiento de las tempestades.

En una palabra: *Escepticismo, corrupcion, anarquía, negacion*, he ahí los caracteres del reino de Satanás:—*Fé, santidad, unidad, vida eterna*, he aquí los caracteres del reino de Jesucristo.

¿A quién escogeremos, pues, por Señor? ¿A quién perteneceremos definitivamente? ¿Creeremos en Dios, que nos asegura que sin su asistencia no llegaremos nunca á fundar la sociedad moral; ó bien seguiremos los consejos del ángel de las tinieblas, cuya audacia impía nos asegura que Dios ha querido abusar de nosotros? Seis mil años de tristes experiencias han debido instruirnos suficientemente, y lo que pasa hoy á nuestros ojos debería acabar de desengañarnos. Hace tres siglos que el hombre ha comenzado de nuevo á desmontar, con mas ardor que nunca, el campo estéril y ve-

dado de la ciencia del bien y del mal: ¿y qué resultado ha obtenido? Una mezcla confusa de opiniones donde ya nada se reconoce cierto; un caos de doctrinas que espanta á los mas intrépidos.

En la víspera de las grandes crisis sociales, Dios concede casi siempre á los pueblos por algun signo evidente, una última advertencia. Esta advertencia nos la ha dado en su inescrutable misericordia, solícita siempre por salvarnos. Un hombre que por su eminente genio y por el augusto carácter de que está revestido, se ha elevado bastante alto para que pueda atraer sobre sí todas las miradas, resume en su persona los efectos diversos de los dos reinos que acabamos de comparar, y ministra el exámen y la apreciacion fácil para todas las inteligencias aun las mas limitadas. En otro tiempo hijo dócil de la Iglesia, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia* seguia su carrera como un astro glorioso que ilumina y fecunda; hoy, discípulo de la razon pura, no es mas que uno de esos globos errantes cuyo siniestro fulgor difunde por donde quiera el espanto: siguiendo un curso rápido él va, sin duda, á precipitarse en el espacio tenebroso y sin límites que, antes que otro, él mismo habia designado y de donde no se vuelve ya! *Impius, eum in profundum venerit, contemnit.* Y como si esta advertencia no fuese todavía suficiente, Dios ha permitido, no há mucho, con grande admiracion del mundo, que una voz, cuyos acentos bajo la inspiracion de la fé parecian mezclarse á los conciertos de los ángeles, no elevase ya su vuelo al soplo de la razon sino para cantar los altos hechos de los salvajes de la libertad.

De cualquier modo que se le considere, el siglo presente ofrece un espectáculo digno de interesar en el mas alto grado á un observador reflexivo. La tierra está como suspensa y en silencio; óbrase en ella no sé qué trabajo, que parece preparar un nuevo porvenir: se oye como el ruido sordo de una multitud de martillos y no se sabe si demuelen ó reconstruyen. ¿Qué sucederá al fin? ¿Hacia que lado iremos á incli-

narnos? ¿Caeremos de nuevo en las envolturas del viejo mundo? Niños decrepitos ¿deberemos morir en nuestra cuna, ó bien adolescentes robustos romperemos con un esfuerzo vigoroso nuestras ligaduras para marchar libres del error y de las pasiones en los senderos del hombre nuevo? ¿Cuánto tiempo deberemos todavía vagar en el desierto antes de llegar á la tierra prometida? Este es el secreto de Dios. Elevemos hácia Él nuestras manos suplicantes, y segun el precepto de su Hijo repitamos esta deprecacion sublime: “¡Padre; venga hácia nos tu reino y que vuestra voluntad se cumpla en la tierra lo mismo que en los cielos!”

CONCLUSION.

El progreso moral.

En todos los elementos que la constituyen, la humanidad es susceptible de progreso. Por la industria engrandece su elemento material; por las artes su elemento sensible; por las ciencias su elemento intelectual, y por la moral su elemento activo. Para completar la perfeccion humana es necesario realizar el conjunto de esos diversos progresos: pero si se considera cada uno separadamente, es fácil reconocer que no tienen todos el mismo grado de importancia relativa. El progreso moral, en particular, se muestra de tal modo superior á los demas géneros de progreso, que podria suplirlos á todos sin que ninguno pudiese suplirlo á él.

En efecto, si una nacion está verdaderamente moralizada, por poco adelantada que esté respecto de las otras, ella esta-

rá infaliblemente llamada á los mas gloriosos destinos ; pero si sus costumbres están corrompidas, el esplendor de la industria, las maravillas de las artes y de las ciencias lejos de salvarla acelerarán su ruina. Ella no será mas que un sepulcro blanqueado, cuyo interior contiene la putrefaccion y la muerte. “¿De qué sirven, decian los antiguos, sin las costumbres unas leyes vanas? *Quid proficiunt vanæ leges, sine moribus?* Así, pues, el Evangelio nos exhorta á buscar antes que todo el reino de Dios y su justicia, asegurándonos que lo demas nos será dado por aumento.”

Y sin embargo, por un fenómeno digno de notarse, mientras que los demas progresos son del resorte del hombre y puede ejecutarlos por sí propio, el progreso moral escede á sus fuerzas, y es impotente sin una asistencia superior para realizarlo. Abandonado á sí mismo, él no adquirirá jamás con entera certidumbre el conocimiento del bien y del mal ; y en el caso de adquirirlo le faltaria siempre la autoridad y la sancion necesarias para imponerlo como una ley y para hacer que ésta se observase. “Apagad la lumbrera de Dios, ha dicho M. de Lamartine, y el hombre queda á oscuras : en medio de la noche de su ignorancia podrá tomar al acaso la virtud por el crimen y el crimen por la virtud.”

¿El progreso moral reclama, pues, la intervencion divina? ¿Pero dónde ha intervenido Dios? ¿á quién ha hablado? ¿dónde ha dictado sus leyes? ¿En la conciencia? ¿Pero la conciencia, viciada como la razon por la falta de origen, no tiene para cada individuo un lenguaje diverso que no se sabria igualmente reconocer por el lenguaje de Dios? ¿La conciencia inspiraba á Bossuet lo mismo que á Voltaire, á Luis XVI lo mismo que á Marat?

Digamos tambien nosotros : *Apagad la antorcha de Jesucristo y el mundo moral queda envuelto en las densas sombras de una oscura noche, donde se podrá tomar al acaso la virtud por crimen y el crimen por virtud.* Si Dios no ha hablado por la boca de Jesucristo no ha hablado por ninguna otra boca ; y

la tierra abandonada del cielo debe resignarse á errar sin esperanza en medio de las tristes sombras del escepticismo.

¿Podria suceder, sin embargo, que Aquel que ha tenido tanto cuidado del hombre, que le ha tratado como una criatura privilegiada, colmándolo de sus mas bellos dones, le hubiese condenado á no aspirar jamas á la mas noble de las perfecciones, á la perfeccion moral? No ; este pensamiento seria un ultraje y una blasfemia contra la sabiduría y la bondad supremas. No es Dios el que ha faltado al hombre, es el hombre el que ha faltado á Dios. Dios nos ha hablado por medio de su Hijo ; nos ha revelado las santas leyes de la libertad, y nos ha concedido gratuitamente la fuerza necesaria para cumplirlas. Pero nosotros hemos querido mejor cerrar los ojos para no ver y para no reformarnos ; hemos preferido las tinieblas á la luz porque nuestras obras eran malas. ¿Esperaremos llegar de este modo á nuestros fines inmortales? ¿creeremos poder despreciar impunemente los beneficios divinos? Jesucristo solo, sepámoslo y aprovechémonos de ello, Jesucristo solo tiene las palabras de la vida ; solo Él tiene las promesas del tiempo y de la eternidad. No olvidemos ya, puesto que estamos advertidos, que su palabra no será vana ; y que no volverá á Él sin efecto : preciso es que vivifique ó que mate : *Verbum meum no revertetur ad me vacuum.* En el nombre de Dios, ha decretado en favor de la humanidad derechos que ella ha recibido con entusiasmo, y de los cuales no se desprenderá jamas ; pero estos derechos son tan elevados y tan estensos, que ellos suponen, y que Jesucristo efectivamente les ha dado por correlativos, grandes é imperiosos deberes. Aceptar el beneficio de los derechos que el Evangelio confiere rehusando la carga de los deberes que impone, es la muerte : admitir con igual reconocimiento estos derechos y estos deberes, es la vida, es la dicha y la salud del mundo. *Hic pontus est in ruinam et resurrectionem multorum.*

Locamente los pueblos y sus gefes han creido hasta ahora poder desafiar al Hijo de Dios y sustraerse á su imperio ; es

necesario que, de grado ó por fuerza, le reconozcan por su rey moral. Si ellos aceptan voluntariamente su yugo, vendrá á serles dulce y ligero; pero si le rechazan con orgullo, las terribles amenazas de los profetas se cumplirán. "Tú conducirás á las naciones con una vara de hierro; las romperás como un vaso de arcilla, y abatirás á los reyes en el día de tu cólera." Y para tomar así venganza de los que menosprecian sus leyes, no tendrá necesidad de escitar su infinito poder; le bastará únicamente dejar obrar su palabra. Lo pasado nos ha revelado sus terribles efectos y el porvenir parece ya preparar negras tempestades á los enemigos de Cristo. "Ahora comprendedlo é instruios, ¡oh reyes y gefes que juzgais la tierra!

Si alguna vez la Iglesia parece adormecida é inerte, no nos apresuremos á anunciar su muerte y á preparar sus funerales. ¡Cuán insensatos somos! pues que, ¿no percibimos que Dios por uno de sus altos juicios nos ha abandonado como nosotros lo hemos abandonado á Él, y que entregados á nuestros depravados sentidos, venimos á ser los artífices de nuestra propia ruina...?

Sin embargo, cuando vueltos en sí de nuestras ilusiones, cansados de vagar por las sendas tenebrosas de la mentira, volvamos nuestras miradas hácia el cielo, para implorar su auxilio y su misericordia, la cruz se nos aparecerá allí como el astro milagroso que guió á los Magos á la morada del Rey futuro, y nos conducirá de nuevo á la vía recta y bienhechora de la justicia y de la virtud. A la cruz es á quien solamente se ha concedido el volver á levantar las voluntades caídas; y solo la cruz puede realizar el progreso moral en la tierra.

Pero este progreso moral no llegará á su último período sino en el momento solemne en que la ciudad de Dios, la sociedad moral, haya llegado á su mas alto punto de perfeccion. Cuando todas las naciones, atraídas al pié de la cruz desde los cuatro ángulos del mundo por una virtud divina, se ha-

llen reunidas en el mismo redil, bajo el cayado del mismo pastor, entonces solamente la anarquía de las voluntades desaparecerá, y la libertad volverá á ser la hija inmortal del cielo. En este dichoso término, la Redencion habrá llegado á su objeto supremo, y el voto inefable del Hijo de Dios se habrá cumplido: *nosotros seremos resumidos en la unidad.*

"PADRE, YO OS RUEGO QUE TODOS JUNTOS NO SEAN MAS QUE UNO EN NOSOTROS, COMO VOS Y YO SOMOS EN UNO."¹

¹ Evangelio de San Juan, cap. 17.

FIN DE LA OBRA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

	Págs.
ESPOSICION.—Anarquía y Sociedad.....	1
INTRODUCCION.—El reinado de la Cruz.....	7
CAPITULO I.—De la Libertad.....	13
CAPITULO II.—Sobre el misterio de la libertad humana.....	17
CAPITULO III.—El reino de Satanás.....	25
CAPITULO IV.—El reino de Satanás ha producido la anarquía moral y el despotismo de la fuerza material.....	33
CAPITULO V.—Cómo un nuevo reino que habia sido anunciado y era es- perado, habia de ser el que destruyese el reino de Satanás.....	51
CAPITULO VI.—O la Cruz, ó Satanás.....	76
CAPITULO VII.—El Crucificado.....	78
CAPITULO VIII.—Con este signo vencerás.....	94
CAPITULO IX.—Del misterio de la Cruz.....	105
CAPITULO X.—De qué modo la Cruz ha acercado el hombre á Dios....	114
CAPITULO XI.—La Cruz ha sido una expiación suficiente del pecado....	126
CAPITULO XII.—La Cruz ha depositado en el mundo un principio de bien bastante eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal.	135
CAPITULO XIII.—La vía trazada por la Cruz.....	146
CAPITULO XIV.—La verdad revelada por la Cruz.....	167
CAPITULO XV.—La vida que emana de la Cruz.....	194
CAPITULO XVI.—Los primeros soldados de la Cruz.....	218
CAPITULO XVII.—Los enemigos de la Cruz.....	234
CAPITULO XVIII.—Las primeras conquistas de la Cruz.....	245
CAPITULO XIX.—Los conquistadores de la Cruz.....	256
CAPITULO XX.—Los combates de la Cruz.....	268
CAPITULO XXI.—Combates de la Cruz contra la fuerza material.....	270

	<u>Págs.</u>
CAPITULO XXII.—Combates de la Cruz contra la fuerza intelectual....	285
CAPITULO XXIII.—Combates de la Cruz contra la fuerza sensual.....	305
CAPITULO XXIV.—Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia.....	323
CAPITULO XXV.—Luchas de la Cruz contra el tiempo y el espacio....	327
CAPITULO XXVI.—El triunfo de la Cruz.....	332
CAPITULO XXVII.—El reino de la Cruz.....	347
CAPITULO XXVIII.—Contra quienes ha tenido la Cruz que defenderse..	356
CAPITULO XXIX.—Lo que la Cruz ha edificado.....	371
CAPITULO XXX.—De qué manera ha gobernado la Cruz.....	388
CAPITULO XXXI.—Influencia del gobierno de la Cruz en las sociedades temporales.....	408
CAPITULO XXXII.—La sociedad moral.....	432
CAPITULO XXXIII.—Gran rebelion del espíritu filosófico pagano contra el reinado de la Cruz.....	443
CAPITULO XXXIV.—Estabilidad del reino de la Cruz en medio de las pruebas.....	450
CAPITULO XXXV.—Que sin la Cruz, los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad no pueden realizarse en la tierra.....	457
CAPITULO XXXVI.—Cómo el espíritu filosófico ha destruido la sociedad moral pretendiendo reformarla.....	477
CAPITULO XXXVII.—Que la independencía de la razon no ha ejercido una influencia dichosa en la política ni en el progreso de las ciencias y de las artes.....	491
CAPITULO XXXVIII.—Fuera de la Cruz no hay salvacion para la humanidad.....	499
CAPITULO XXXIX.—Lo que ha venido á ser la humanidad fuera del reino de la Cruz.....	513
CAPITULO XL.—Destinos futuros del reino de la Cruz.....	518
CAPITULO XLI.—La Cruz.....	530
RESUMEN.—Los dos reinos.....	535
CONCLUSION.—El progreso moral.....	539

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OTEC